

Inés Apraiz Castellanos

# Si hubieras bailado para mí



# Si hubieras bailado para mí

Inés Apraiz Castellanos



# **Si hubieras bailado para mí**

**Inés Apraiz Castellanos**

Todas las canciones a las que  
se hace referencia en  
este libro se encuentran en:

<http://sptfy.com/sihubierasbailadoparami>

# **SI HUBIERAS BAILADO PARA MÍ**

© Inés Apraiz Castellanos, 2017

Primera edición en formato digital: abril de 2017.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Índice de contenido

## SI HUBIERAS BAILADO PARA MÍ

1.

Gorka.

Washington D. C., madrugada del lunes 11 de julio de 2016.

2.

Elisa.

Vitoria-Gasteiz, mañana del lunes 11 de julio de 2016.

3.

Teresa.

Vitoria-Gasteiz, lunes 11 de julio de 2016.

4.

Gorka.

En el avión. Washington D. C.- Barcelona, noche del lunes 11 de julio de 2016.

5.

Gorka.

Vitoria-Gasteiz, agosto de 1985.

6.

Gorka.

En el avión. Washington D. C.- Barcelona, madrugada del martes 12 de julio de 2016.

7.

Gorka y Jon.

Partido amistoso España- Guinea. Malabo, 16 de noviembre de 2013.

8.

Elisa.

Vitoria-Gasteiz, mañana del martes 12 de julio de 2016.

9.

Gorka.

Barcelona, martes 12 de julio de 2016.

10.

Elisa.

Camino de Barcelona, mañana del miércoles 13 de julio de 2016.

11.

Gorka.

Barcelona, miércoles 13 de julio de 2016.

12.

Fiestas de la Virgen Blanca.

Vitoria-Gasteiz, 6 de agosto de 1987.

Vitoria-Gasteiz, 8 de agosto de 1987.

13.

Barcelona, madrugada del jueves 14 de julio de 2016.

14.

Málaga, junio de 1998.

15.

En el hotel. Marcos.

Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.

16.

En el hotel. Ander.

Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.

17.

Montjuïc. Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.

18.

Irene.

Camino de Sant Cugat, jueves 14 de julio de 2016.

19.

Jon.

Parque Natural de Collserola, un domingo de mayo de 2016.

20.

Vallvidrera, mañana del viernes 15 de julio de 2016.

21.

Playa del Bogatell, tarde del viernes 15 de julio de 2016.

22.

En el hotel. Calle Princesa, madrugada del sábado 16 de julio de 2016.

23.

Jon.

Sant Cugat, domingo 10 de julio de 2016.

24.

Elisa.

Regreso a Vitoria-Gasteiz, mañana del sábado 16 de julio de 2016.

25.

Gorka.

Regreso a Washington, mañana del sábado 16 de julio de 2016.

26.

Irene.

Sant Cugat, mañana del domingo 17 de julio de 2016.

27.

Teresa.

Vitoria-Gasteiz, tarde del domingo 17 de julio de 2016.

28.

Teresa.

Vitoria-Gasteiz, mañana del lunes 18 de julio de 2016.

Notas

Agradecimientos

**A Vicky**



**A Javier**

**Gorka.**

***Washington D. C., madrugada del lunes 11 de julio de 2016.***

## I

El dolor que sentía en la espalda no le dejaba conciliar el sueño.

Echó una ojeada al reloj de la mesilla: todavía eran las cuatro de aquella madrugada, que empezaba a antojársele eterna. Se había tomado un analgésico antes de acostarse, con la esperanza de que la dosis fuera lo suficientemente fuerte como para permitirle dormir unas cuantas horas seguidas. Pero a aquellas alturas de la noche, ya le había quedado claro que no sería tarea fácil.

Procurando no hacer ruido para no despertarla a ella, se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Accionó el interruptor, y el fognazo impertinente de la luz artificial le obligó a entrecerrar los párpados.

Observó su imagen ante el espejo: el pelo, ligeramente largo y revuelto, le caía despeinado sobre los ojos; una fina y descuidada barba evidenciaba los tres días que llevaba sin afeitarse; bajo sus azules ojos, las marcadas ojeras delataban a un hombre visiblemente cansado por los excesos del trabajo realizado durante los últimos días.

La semana anterior había sido realmente muy dura, y a consecuencia de ello, su mente y su cuerpo le estaban empezando a pasar factura. Tantos viajes seguidos...

Tantos incidentes sin justificación...

El gobierno norteamericano tendría que encontrar pronto la manera de atajar aquella epidemia de injusticia, que hasta el momento parecía estar escapándosele de las manos.

El periódico para el que trabajaba como corresponsal en Washington D.C., le había enviado a cubrir las numerosas protestas que se sucedían a lo largo y ancho de todo E.E.U.U., a raíz de la ola de asesinatos de hombres negros a manos de policías blancos que estaba teniendo lugar.

Lo que aparentemente comenzaron siendo unos lamentables incidentes aislados, se estaba convirtiendo en un goteo constante de casos de abusos policiales y muerte de inocentes, derivando a su vez en una sucesión de manifestaciones y altercados, que se iban produciendo a lo largo de prácticamente todos los estados del país.

En el calor de las noches de aquel mes de julio, Gorka optaba por dormir con el torso desnudo, utilizando tan solo el pantalón del pijama. Se giró de medio lado para poder ver su hematoma reflejado en el espejo: en medio de su formada y bien tonificada espalda, una gran mancha que comenzó siendo sonrosada y por momentos se iba tornando violácea, evidenciaba que la rotura de capilares causada por el traumatismo sufrido, no había sido cosa menor. Sin duda, había recibido un buen golpe. Y eso, por fuerza, tenía que doler.

Abrió el armarito situado detrás del espejo, y extrajo de su caja otra pastilla del fuerte analgésico que le habían recetado en el hospital. Sabía que no debía abusar de los medicamentos, pero empezaba a estar harto de acumular tanto cansancio. Necesitaba dormir a toda costa y aquel maldito fármaco tendría que hacer efecto, tarde o temprano.

Las primeras manifestaciones de protesta a las que había asistido días atrás en busca de testimonios fiables, resultaron ser completamente pacíficas. En el estado de Florida, en West Palm Beach y Fort Lauderdale, miembros del movimiento *Black Lives Matter* [\[1\]](#) organizaron unas marchas en las que no se registraron incidentes, mostrando eslóganes y proclamando consignas a favor de la paz y de la convivencia interracial.

Un reportero del *Palm Beach Post* que iba con él, tuvo la oportunidad de captar el momento en el que un participante de la manifestación daba la mano a un agente, cuando la protesta comenzaba a disolverse. Incluso hubo abrazos entre manifestantes y las fuerzas del orden, como en Charlotte, donde un conocido activista enfureció a buena parte de los suyos al dejarse fotografiar confraternizando con los policías.

Y en Dallas, un niño negro conmovió al mundo al aferrarse al cuello de un agente, tras la masacre que se había producido durante las protestas del jueves. Gorka reconocía que ese día, él había llegado a temer por su propia seguridad: en el momento en el que trataba de entrevistar a algún organizador de los que encabezaban la marcha, se empezaron a oír los primeros disparos. La gente no sabía de dónde provenían las balas ni cuántos eran los atacantes, así que todo el mundo corrió despavorido en busca de refugio. Al final, solo hubo un responsable de aquel tiroteo que costó la vida a cinco policías y causó heridas a otras nueve personas. Resultó ser un francotirador negro, veterano de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, que pretendía vengar aquellas muertes, derramando para ello la sangre de otros muchos inocentes.

Se dirigió a la cocina, en busca de un poco de leche que le ayudara a disimular el amargo sabor que aquel fármaco le dejaba en la boca. Aprovechando que hacía una magnífica noche de verano, salió a tomárselo a la terraza de su apartamento, situado en el cruce de la Avenida New Hampshire con la calle M.

Aquella zona era estupenda, no se podía quejar. Andreu Balgrats, - el redactor jefe de la sede de su periódico en Barcelona, para la que Gorka trabajaba, - se había portado muy bien con él, poniendo a su disposición aquel magnífico ático situado en

Dupont Circle, el barrio de la ciudad que estaba más de moda en los últimos tiempos, y en consecuencia, en el que los alquileres alcanzaban los precios más desorbitados. Desde allí podía llegar a la Casa Blanca en unos minutos, dando un tranquilo paseo.

Gorka estaba deseando que cesaran aquellos desafortunados incidentes y así poder retomar su agenda habitual, sin verse obligado a viajar continuamente por todo el país, como había estado haciendo a lo largo de la semana anterior. Su trabajo diario consistía en realizar un exhaustivo seguimiento de la política norteamericana y de las importantes decisiones que allí, a escasa distancia de su propia casa, se tomaban, resoluciones que podían afectar a cualquier otro país de cualquier otro continente, y alterar el equilibrio y la estabilidad mundial, en cuestión de unos pocos días.

Por primera vez en toda la semana, tenía un minuto libre para echar un vistazo a su móvil y a su correo particular. Durante aquellos ajetreados días, tan solo había atendido los mensajes relacionados con el trabajo, dejando que los personales se fueran almacenando sin revisar.

Abrió la aplicación de *WhatsApp*, allí se acumulaban más de seiscientos comentarios pertenecientes al foro de sus amigos de la infancia. Tal como él se imaginaba, toda aquella locuacidad escrita resultaba ser tan intrascendente como divertida. Se estuvo riendo un buen rato leyendo los comentarios acerca de los temas más disparatados e hilarantes que, al parecer y durante el transcurso de la semana, se habían alzado al *top ten* de la palestra informativa de aquel foro.

El contacto con sus amigos de siempre era vital para él. Aunque se tratara de una conexión a través de una red social, el hecho de poder bromear y reírse con aquel sentido del humor tan familiar que empleaban sus colegas de toda la vida, a Gorka le resultaba cálido y cercano. Era el hilo conductor que le mantenía ligado a sus orígenes, sin importar que se encontrara a miles de kilómetros de distancia de su pequeña ciudad natal, Vitoria-Gasteiz.

Acto seguido, chequeó las llamadas perdidas de los últimos días que figuraban en su número de teléfono personal. El registro daba cuenta de que se habían producido más de veinte. La mayoría de ellas eran de su madre, que trataba sin éxito de ponerse en contacto con él y, a cambio, tan solo recibía unos escuetos e ingratos comunicados por mensajería instantánea, del tipo: “*Estoy bien*”, “*No seas pesada*”, o “*Te llamo luego*”.

“*Pobre mamá*” – pensó Gorka, porque lo cierto era que no había cumplido su promesa.

No le había llamado en toda la semana.

Tendría que hacerlo ese mismo día. Sin falta. De hecho, si de verdad quisiera, podría hacerlo en aquel preciso instante, porque en Barcelona sería ya de día, desde hacía unas cuantas horas. Para entonces su madre estaría en Sitges, en su apartamento

de verano, cerrando las maletas y ultimando los preparativos para disfrutar junto a su padre de su habitual escapada vacacional a Mallorca.

Cada año y por esas mismas fechas, ambos tenían por costumbre embarcarse en un velero rumbo a la isla balear, en compañía de unos amigos. Salían desde el puerto deportivo de Aiguadolç, aquel pintoresco enjambre de casitas blancas apiñadas y calles estrechas, en cuyos muelles solían atracar un gran número de embarcaciones de recreo como la suya.

Gorka recordaba con deleite los veranos familiares que solía pasar en la pequeña y tranquila playa del mismo nombre, que se encuentra al costado del puerto. Añoraba especialmente la sensación de profundo bienestar que experimentaba al tumbarse el día entero bajo una sombra, entregado a la lectura como única y exclusiva actividad, y levantando la vista del libro, tan solo para observar desde su hamaca cómo los atardeceres teñían de rojo el cielo del puerto, mientras los pequeños barcos comenzaban a regresar al amarre, tras pasar su día en el mar.

Oh, el solo hecho de evocar aquella idílica playa de arena fina, bañada por las suaves y arrullantes olas de las cálidas aguas mediterráneas, a Gorka le supo a recuerdo extrañamente vago, una realidad muy alejada de su día a día, viéndose él allí sentado, en mitad de la noche, observando distraídamente el incesante tráfico que cruzaba a aquellas horas la Avenida New Hampshire. ¿Es que nunca dormían en esa ciudad? ¿Ni siquiera un domingo? En la acera de enfrente, los rezagados clientes de un local de copas salían a la calle, al tiempo que un empleado procedía a bajar la persiana y a echar el cierre.

Gorka chequeó el resto de llamadas perdidas de su móvil. Sabía que a principios de la semana anterior, su amigo Jon había estado tratando de localizarle. Era consciente de ello, porque en un par de ocasiones vio su nombre reflejado en la pantalla, coincidiendo con momentos en los que no le pudo atender. Pensó que ya tendría ocasión de hablar con él más adelante, en cuanto las cosas se calmaran un poco.

Pero lo cierto era que Jon, pasados los primeros días, no había vuelto a insistir. Y él por su parte, inmerso como estaba en otros asuntos, se había olvidado por completo de devolverle las llamadas.

Y ahora comprobaba con cierto desasosiego que, en realidad, Jon había tratado de contactar con él en muchas más ocasiones de las que se imaginaba. En el registro de llamadas de su teléfono móvil figuraban un total de nueve intentos, realizados todos ellos en el transcurso de tan solo dos días. En concreto, Jon le había llamado insistentemente a lo largo de la mañana y de la tarde del lunes de aquella semana pasada, y también lo hizo durante la mañana del martes.

Y después, nada. Silencio absoluto.

Inmediatamente, volvió a revisar la aplicación de *WhatsApp*, en busca de algún

mensaje de su amigo que se le hubiera pasado desapercibido la primera vez que miró. Si Jon realmente quería comunicarse con él y no lo conseguía a través del teléfono, lo más lógico era que tratara de hacerlo por esta vía.

Pero no encontró nada.

También revisó el correo electrónico, obteniendo idéntico resultado. Nada. No le había escrito, no le había enviado ningún mensaje, ninguna pista que justificara esa necesidad apremiante que parecía tener por contactar con él a principios de semana. Aquello, a Gorka le resultó desconcertante.

Notó una punzada de remordimiento. Realmente, aquella semana había estado descuidando a sus seres más queridos. ¿Tanto le habría costado llamar, al menos a su madre, aunque fuera una sola vez? ¿A ella, que tan preocupada estaba al pensar que su único hijo pudiera estar exponiéndose a algún tipo de peligro?

En el fondo, sabía que no le había devuelto las llamadas para que no le atosigara, para librarse de aquellas prédicas maternas en las que ella solía implorarle que se mantuviera alejado de toda amenaza potencial, bajo cualquier circunstancia o pretexto. Y él no quería oír aquello. No le apetecía escuchar sermones. Si había estudiado la carrera de periodismo, especializándose después en investigación, no era precisamente para calentar día tras día la misma silla de un cómodo despacho, sino para estar en primera línea de la noticia.

Solo que esta vez, los acontecimientos habían tomado un cariz bien distinto del esperado, y la delgada línea que separa al informador de la noticia se había ido difuminando poco a poco, como si hubiera sido trazada con tiza bajo el aguacero de una tormenta.

Para cuando tuvieron lugar los incidentes de Saint Paul, Minnesota, las cosas ya se habían puesto bien feas. Los asesinatos indiscriminados se sucedían día tras día y la indignación crecía en las calles. Cuando las manifestaciones pacíficas finalizaban y la gente se retiraba a sus casas, era el momento en que los altercados y los enfrentamientos con la policía comenzaban.

En Baton Rouge, un periodista de *The Associated Press* que se encontraba cubriendo la noticia al igual que Gorka, recibió el impacto de un bote de humo que le produjo un fuerte traumatismo laríngeo, y que le condujo directamente al hospital. A pesar de lo peligroso que resultaba el hecho de no guardar las distancias, Gorka no se resignaba a ser un espectador más, su deseo era obtener la información de manos de los propios protagonistas. Quería conocer sus historias, lo que experimentaban y lo que sentían, aunque para ello tuviera en ocasiones que arriesgar su propia integridad física.

Como, de hecho, acabó ocurriendo la madrugada del sábado al domingo, en los suburbios de Saint Paul.

Los participantes de la protesta habían bloqueado la interestatal I- 94, las fuerzas de

seguridad intentaron dispersarlos, y éstos respondieron arrojándoles piedras y todo tipo de objetos. Durante el enfrentamiento llegaron a herir a un policía, arrojándole un ladrillo desde uno de los puentes que cruza la carretera. Algunos testigos aseguraban incluso, que los más radicales llevaban cócteles molotov para arrojar a los agentes.

La tensión crecía por momentos, desembocando finalmente en unos graves altercados. Las fuerzas del orden comenzaron a arrojar botes de humo y gas pimienta, a fin de dispersar a los manifestantes que se habían concentrado en las salidas de la Avenida Lexington hasta la zona este de la calle Dale. Fue entonces cuando Gorka recibió aquel tremendo golpe en la espalda, propinado probablemente por un agente del orden que, durante el fragor de la contienda, no había podido o no había querido distinguir entre los alborotadores y los miembros de la prensa.

Pero ahora ya daba igual. Aquello era agua pasada. Después de ser atendido en el *Regions Hospital*, próximo al lugar de los hechos, le habían trasladado al aeropuerto de *Minneapolis- Saint Paul*, donde cogió el primer avión de regreso a Washington D.C.

---

## II

Nancy le había ido a recoger al *Washington- Dulles* aquella misma tarde.

La joven se había preocupado mucho por él. Le esperaba ansiosa junto a la puerta de llegadas del aeropuerto, y en cuanto lo vio aparecer con aquel aspecto fatigado, arrastrando su maleta de viaje con una leve mueca de dolor grabada en el rostro, se abalanzó sobre él abrazándolo con fuerza y besándolo en la cara, en los párpados, en los labios, con tal ansia que parecía una novia de guerra recibiendo a un intrépido soldado que regresara herido del frente.

- ¡Vale! ¡Tranquila! ¡Si no ha pasado nada! – trató de calmarle Gorka, sintiéndose a la vez muy halagado por las profusas muestras de cariño de las que estaba siendo objeto.

Tenía que reconocer que así daba gusto regresar a casa.

Ya en su apartamento, la maleta se había quedado tirada en medio del salón, abierta y con el contenido desparramado por todo el suelo. Nancy le había estado esperando demasiados días. Y no estaba dispuesta a alargar la espera ni un minuto más. Quería que le hiciera el amor allí mismo, apasionadamente, como a ella le gustaba, sin reparar en que los botones de la camisa saltaran por los aires al tratar de arrancarse mutuamente la ropa, o que la lámpara de la mesita auxiliar acabara rodando por la

alfombra.

Él, antes de entregarse a los deseos de ella, apenas tuvo tiempo de poner a salvo en un estante sus más valiosas pertenencias: su ordenador portátil, el bloc de notas y la pelota de goma gris reventada que alguien le regaló una vez, aquel amuleto que le acompañaba a todas partes, aunque en esta ocasión no le hubiera traído demasiada suerte.

Gorka decidió aguantar estoicamente el dolor de su espalda para no desairar a la joven que, si bien le había procurado toda clase de mimos y cuidados durante el trayecto en taxi hasta la Avenida New Hampshire, pareció olvidarse por completo de que él estaba lesionado, en el mismo momento en el que ambos cruzaron el umbral de la puerta.

Bruscamente, ella le había apresado contra la pared, para proceder seguidamente a introducirle su ávida lengua en la boca, frotando efusivamente todo su cuerpo contra el de él que, por su parte, estaba dispuesto a sufrir un poco más de la cuenta si la recompensa era sexo del bueno, como la cosa prometía. También aguantó con firmeza un segundo asalto, sin emitir el más mínimo suspiro de queja que pudiera perturbar el sonido de los gemidos de ella, agradeciendo eso sí, que para esta ocasión la escena amorosa se hubiera trasladado al mullido colchón de la cama de su dormitorio.

Después de todo aquello, no podía extrañarse de que el dolor que sentía en la espalda se hubiera vuelto tan insoportable.

-----

### III

Abandonó la terraza y volvió al interior del apartamento. En la penumbra del dormitorio, apenas iluminado por las tenues luces que provenían de las farolas de la calle, Gorka observaba a Nancy mientras ésta dormía profundamente, desnuda sobre la cama.

Él permanecía allí de pie, pensativo, con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta de su habitación. Reflexionaba acerca de los seis últimos meses transcurridos, durante los cuales su vida había experimentado un cambio sin precedentes.

Harto de la insoportable situación sentimental en la que se encontraba estancado en Barcelona, aceptó aquel puesto de corresponsal que Andreu le acababa de proponer, sin apenas pestañear. Tomó la decisión fríamente, sin consultarlo antes con nadie, ni tan siquiera con sus padres, que se mostraron muy sorprendidos con aquel cambio de rumbo tan insospechado que acababa de dar.



Realmente, aquella generosa propuesta no era para pensársela dos veces: le estaban ofreciendo un puesto de enorme responsabilidad, que le otorgaría un gran prestigio profesional y que, por añadidura, estaba francamente bien remunerado.

Ningún periodista de la redacción se habría podido resistir a una proposición como ésa. Y precisamente él, que ya había demostrado en anteriores ocasiones su espíritu inquieto y aventurero en pos de la noticia, menos que nadie.

Así que todo el mundo en su entorno achacó su decisión a este cúmulo de buenas razones, sin llegar nadie a sospechar siquiera, que los motivos que le llevaron a aceptar la corresponsalía en Washington D.C. eran, en realidad, de una naturaleza bien distinta.

Gorka escuchaba la suave respiración de Nancy mientras ésta dormía plácidamente, de espaldas sobre la cama. Su rubia melena, ligeramente ondulada, descansaba despeinada sobre la almohada, formando largos y ondulados bucles.

Aquella chica era realmente preciosa. Y aparte de eso, se veía tan joven... Aún no había cruzado el umbral de la treintena, mientras él acababa de cumplir los cuarenta y cinco, cosa que a Gorka le causaba una cierta desazón. Se preguntaba de continuo si era juicioso por su parte el haberse embarcado en una relación como aquélla.

Pero claro, pensaba Gorka en su descargo, ¿cómo podría haberse resistido él al influjo de tan hermosa mujer, si ésta le profesaba un amor tan ardiente y entregado como el que Nancy le regalaba diariamente a él, sin asomo alguno de fisuras? Para Gorka, lo que pudiera estar pasando dentro de la cabeza de Nancy era un completo misterio sin resolver: una chica como ella, una joven que podría tener todo lo que quisiera en este mundo, y sin embargo... ¿cómo era posible que se hubiera enamorado de un tipo como él?

---

## IV

Se habían conocido mientras ambos realizaban sus respectivos trabajos, él como corresponsal de su periódico, y ella, por su parte, como rostro televisivo de las *Breaking News* en el canal local *WJLA*, una filial en Washington D.C. del canal *ABC*.

Antes de que se dirigieran por primera vez la palabra, se habían mirado en varias ocasiones, generalmente durante alguna de las numerosas ruedas de prensa que tenían lugar en la Casa Blanca, y a las que ambos asistían habitualmente.

Tras obtener la información oportuna, Gorka solía dirigirse a una sala de prensa contigua, habilitada a disposición de los periodistas, para redactar allí su artículo del

día, mientras que Nancy salía a hacer su trabajo a los exteriores de la Casa Blanca. Ella siempre iba acompañada por su inseparable cámara, un joven muchacho que aún no había acabado de librarse del acné, y que le seguía a todas partes como si fuera su perrito faldero. Una vez se encontraba fuera del recinto, y con la impoluta fachada principal de la Casa Blanca a sus espaldas, Nancy retocaba su maquillaje, se atusaba su espléndida melena y ofrecía su crónica de la jornada ante la cámara, conectando en directo con el informativo de noticias de la una del mediodía.

Todo empezó durante una de aquellas ruedas de prensa. Gorka estaba acabando de formular sus preguntas al portavoz de turno, - en un inglés más que loable, - cuando se percató de que Nancy no le quitaba los ojos de encima, sosteniéndole la mirada más allá de lo que la discreción aconseja en este tipo de situaciones. Le estaba observando de una manera tan descarada, que él mismo optó por dejar a un lado los ceremoniosos disimulos que priman en toda sociedad bien educada, y actuar con idéntico desparpajo.

Y después, una vez finalizó su turno de preguntas, abandonó su asiento sin miramientos y se fue a ocupar otro que se encontraba disponible, justo al lado de donde ella se sentaba. Nancy dio su aprobación a aquel gesto de manera inmediata, correspondiéndole a su vez con una amplia sonrisa y una mirada cautivadora.

Minutos más tarde, el destino quiso que tuviera la ocasión de quedar como un perfecto galán, librándole a ella de un más que seguro pertigazo que estuvo a punto de recibir en toda la cabeza de no ser por él, que lo vio venir y sujetó con fuerza el mástil de aquel micrófono, en el preciso instante en que el artilugio se le escapaba de las manos a un compañero de sonido situado al fondo del pasillo. El muchacho se disculpó insistentemente con los periodistas sentados en las primeras filas, haciendo gala de una gran educación y también, de un enorme sonrojo.

Gorka aprovechó el murmullo que se había generado en la sala a raíz de aquel pequeño incidente, para invitar a Nancy a tomar un café a la salida.

Ocuparon una mesa al fondo de aquel local que frecuentaban a todas horas los miembros de la prensa y los trabajadores de la Casa Blanca en general. Se sentaron uno frente al otro, ajenos al frenético ir y venir de los profesionales que en torno a ellos apuraban sus cafés, mientras escribían a la carrera la crónica del día en sus *laptops*, o informaban a sus jefes de redacción mediante alguna aplicación de sus teléfonos móviles.

Ellos, en cambio, no parecían tener ninguna prisa. Se miraron a los ojos y, de inmediato, se sintieron cómplices el uno del otro. Ella le dijo que llevaba mucho tiempo deseando que se conocieran, que se acordaba del día en que lo vio por primera vez durante una rueda de prensa, y que le había recordado a *Ethan Hawke*.

Él se rio con aquella ocurrencia y pensó que no se parecía al actor en absoluto, pero no obstante, se sintió muy halagado con la comparación. Trató de encontrar un parecido razonable con el que poder devolverle el cumplido a la joven, pero lo cierto era que

solo le venía a la mente su nombre, Nancy, y con él, la figura de conocidos personajes de la cultura popular norteamericana como Nancy Reagan. Inmediatamente, dio por hecho que a ella le horrorizaría semejante asociación de ideas, así que se ahorró comentarla en voz alta.

Acto seguido pensó en Nancy Sinatra y su canción, *These Boots Are Made for Walkin'*. Ésa sí que era a todas luces una buena referencia, pero aun así, optó igualmente por no decir nada. Se rio para sus adentros pensando que si se lo decía, ella consideraría que su comentario era de lo más viejuno, y le traería a la mente la época de sus padres, o incluso, la de sus abuelos. Y lo último que Gorka pretendía en aquella primera cita, era que aquella preciosa joven acabara identificándole a él mismo con la década de los sesenta, como si fuera mucho mayor de lo que en realidad era.

Viendo que ella no trataba de disimular en lo más mínimo su interés por él, Gorka fue al grano y le preguntó su edad, confesándole acto seguido que él superaba esa cifra en más de quince años. Nancy afirmó que aquello era algo irrelevante para ella, y que él no parecía en absoluto mayor. Le dijo que con su manera de vestir, en ocasiones trajeada y casi siempre desenfadada, resultaba mucho más atractivo que cualquier otro joven de su edad.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez. Al día siguiente ya estaban cenando juntos en un restaurante de moda en Dupont Circle, situado a solo tres manzanas del apartamento de Gorka. Ella bromeó sobre lo poco que duraría él en ese ambiente si no contara con su protección, en clara alusión a la gran cantidad de homosexuales que se encontraban en el local, no en vano aquél era considerado, además del barrio más chic, el más gay de toda la ciudad.

Nancy insistía en asegurar que todos aquellos hombres no tardarían en fijarse en Gorka y tirarle los tejos de no ser por la presencia de ella, y Gorka no dejaba de asombrarse del alto concepto que la joven parecía tener acerca de los atributos físicos de él.

Poco después de acabar los postres y de apurar la segunda botella de un excelente vino californiano, ya habían recorrido la exigua distancia que separaba aquella mesita decorada con velas perfumadas, de la amplia y confortable cama de su espacioso ático.

-----

## V

Todo había sucedido muy rápido, demasiado rápido, pensaba Gorka mientras observaba a la joven que, tras emitir un suspiro, cambiaba levemente de postura y

acomodaba de nuevo su cabeza en la almohada, sin abandonar por ello su plácido sueño.

Él tan solo llevaba dos meses viviendo en Washington D.C., y estaba aún tratando de cogerle el pulso a la ciudad y a sus nuevas responsabilidades, cuando, sin siquiera proponérselo, se había visto inmerso en una relación que le resultaba tan excitante como desconcertante, a partes iguales. Y no tenía ni idea de cómo acabaría todo aquello con el paso del tiempo.

Ella, a pesar de su juventud, parecía tener las cosas tremendamente claras, y estar muy segura de sus sentimientos. Y mientras tanto, él, a una edad en la que la mayoría de la gente parece haber alcanzado un cierto equilibrio sentimental, no se veía capaz de despejar las dudas que aquella relación le producía.

Aunque apenas habían transcurrido cuatro meses desde que empezaran a salir, Nancy pretendía llevar la situación un paso más allá. De una manera cada vez menos sutil, iba dejando caer ciertas insinuaciones acerca de la posibilidad de mudarse a aquel piso con él, y comenzar juntos una vida en común.

También insistía en hacerle saber lo feliz que se sentiría si él accediera a conocer a su familia en su ciudad natal, Filadelfia. Podrían ir hasta allí cualquier fin de semana que a él le viniera bien. Si iban en coche, tan solo tardarían un poco más de dos horas y media en recorrer el trayecto que separaba el centro de Washington D.C. de la mismísima puerta de su casa. De hecho, Nancy ya lo había intentado sin éxito el cuatro de julio, alegando que sus padres sabían de su existencia y estaban deseando conocerle.

Pero él trató de imponer en todo momento algo de sensatez en aquella pretensión suya, explicándole que su relación se hallaba todavía en un estado tan embrionario, que lo más prudente era esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Y ese mismo razonamiento le servía a Gorka para justificar su oposición a la idea de vivir juntos.

Todo un jarro de agua fría para Nancy.

- El problema es que tú aún no confías en esta relación tanto como yo – había sentenciado ella un día, decepcionada por toda la serie de negativas que estaba recibiendo. – No te quieres implicar a fondo porque crees que soy demasiado joven, temes que un buen día decida cambiar de opinión y acabe desapareciendo de tu vida. Pero te demostraré que no será así, que lo nuestro es algo por lo que vale la pena luchar. Tú dame tiempo, tan solo eso. Es lo único que te pido.

Nancy solía echarle en cara que fuera una persona difícil de conocer. Le acusaba de levantar barreras infranqueables entre ellos dos, y de guardar rincones secretos a los que a ella le estaba prohibido acceder.

Un domingo de primavera, paseaban frente a una bonita playa de aguas tranquilas y

poco profundas de la Bahía de Chesapeake. Estaban bromeando acerca de la posibilidad de que al hacerse viejecitos, se retiraran los dos juntos a pasar sus últimos días en algún lugar como aquél, al borde del mar, cuando Nancy le hizo una pregunta:

- Y viviendo en una ciudad tan bonita como dicen que es Barcelona, que incluso tiene sus propias playas, ¿cómo es que decidiste dejarlo todo y venirte aquí? – quiso saber ella, entre risas.

- Porque me estaba ahogando – contestó Gorka, con aspereza.

Al instante, se arrepintió de haber permitido que su voz le delatara. Fue el subconsciente el que habló, antes de que él tuviera tiempo de procesar sus palabras y suavizarlas. Y a Nancy, la crudeza de su respuesta no le había pasado desapercibida.

- Y sobre todo, porque tenía que venir a conocerte a ti – prosiguió Gorka, empleando para ello un tono de voz exageradamente cariñoso.

Y en un intento por enmendar su error, hizo gala de la más seductora de sus sonrisas, a la vez que trataba de atraerla hacia sí con intención de besarla. Pero Nancy rehuyó su abrazo y se encaró con él.

- No, no, ahora no intentes embaucarme – le dijo. - ¿Ves?, a eso me refiero cuando me quejo de tu hermetismo.

Entonces, ella optó también por desplegar la más bella de sus sonrisas y, apuntándole con el dedo índice, advirtió:

- Pero acabaré descubriendo todos tus secretos. No tengas la menor duda.

---

## VI

Gorka se hallaba inmerso en lo más profundo de sus pensamientos, y por eso al principio no escuchó el tono de su teléfono móvil, que no paraba de reclamar su atención desde la mesita de la terraza donde lo había dejado olvidado. Extrañado de que alguien le llamara a aquellas horas tan intempestivas, corrió a descolgar a toda prisa, antes de que aquel molesto sonido acabara por despertar a Nancy.

En la pantalla pudo ver reflejado el nombre de uno de sus mejores amigos de la infancia, Marcos, que al parecer, y a pesar de todo lo que él se estaba demorando en responder, no estaba dispuesto a desistir en su empeño por hablar con él.

- ¡Marcos, tío, qué pasa! – preguntó Gorka, alarmado. Aquella insistencia suya no podía deberse a nada bueno.

- Hola Gorka. No sabía si llamarte tan temprano. Sé que allí todavía es muy pronto.

Pero es que aquí ya son más de las diez de la mañana, y he pensado que tenía que hacerlo aunque te despertara... - contestó al otro lado un divagante Marcos, con un hilillo de voz.

- ¡Marcos, hombre, ve al grano! – exigió Gorka, tajante.

A aquellas horas de un lunes, Marcos tendría que estar trabajando en su puesto de cirujano en el *Hospital de Txagorritxu* de Vitoria-Gasteiz, preparándose para abrir a alguien en canal, o haciendo cualquier otra cosa por el estilo. Todo, menos estar de charla con un amigo. Estaba claro que algo pasaba.

- ¡Dime de una vez qué ocurre! – exigió.

- Malas noticias, Gorka. Pero que muy malas noticias – contestó Marcos, tratando de controlar un tono de voz que comenzaba a percibirse alterado. – Ha ocurrido algo. Algo terrible. Se trata de Jon. Ha sufrido un ictus y está hospitalizado. Su estado es muy grave.

- ¿Qué? ¿Cómo? ¡Pero qué dices! ¡De qué me estás hablando! – exclamó un incrédulo Gorka, incapaz de comprender de qué iba todo aquello.

- Está muy grave, Gorka, muy grave– repitió Marcos. – Y el pronóstico es desalentador. Aquí estamos tan impactados con la noticia como tú, no nos lo acabamos de creer. Yo me he enterado esta misma mañana y estoy llamando a todo el mundo. Al parecer ocurrió ayer domingo, de madrugada. Hace apenas unas ocho horas. Algo totalmente repentino.

- ¡Pero cómo es posible! ¡Si Jon no estaba enfermo! ¡Si se mantenía en plena forma! ¡Más que tú y que yo, juntos! ¡Eso es imposible! ¡No puede ser!

- Lamento muchísimo tener que decirte que sí, que claro que puede ser. Y no tiene nada que ver con estar en forma o no. Algunas veces, se debe a malformaciones congénitas... Aunque muchos detalles están aún por ver. Pero te aseguro que, desgraciadamente, estas cosas pasan. Y con más frecuencia de la que imaginamos...

A Marcos se le quebraba la voz al afirmarlo. Sabía muy bien de lo que estaba hablando, no en vano él, a lo largo de su vida profesional, había conocido muchos casos similares. Pero nunca antes le habían golpeado tan de cerca. Nunca, en la figura de un amigo.

- No, Marcos, que eso es imposible. No puede ser. No puede ser – negaba Gorka, obstinado, sin querer comprender ni rendirse ante la evidencia. – Será un error. Jon estará en Barcelona, con Irene y con los niños. ¿Quién te ha contado a ti eso?

- Precisamente, ha sido Irene la que me ha llamado a mí. No es un rumor. Es un hecho. Está ingresado en la U.C.I. del *Hospital General de Catalunya* – afirmó Marcos pausadamente, tratando de que sus palabras derribaran por fin la barrera protectora de incredulidad que su amigo trataba de fabricarse a toda costa. Se sentía desbordado por el hecho de haber sido él el elegido por la mujer de Jon, para

transmitir al resto del grupo aquella terrible noticia. – Por ahora, la poca información que tengo es algo confusa. Creo que estaban los dos en su casa, en Sant Cugat. Así que es muy probable que también estuvieran los niños presentes en el momento de... bueno... ya sabes...

- Pero cómo es posible... ¡Cómo es posible! – Gorka seguía sin dar crédito a lo que escuchaba. - ¿Cómo dices que se llama eso que le ha ocurrido?

- Un ictus, Gorka. Con el agravante de que, al parecer, ha sido un ictus hemorrágico – repitió Marcos. – Es un accidente cerebrovascular muy grave, que implica el sangrado dentro del cerebro.

- ¿Cómo? ¿Hemorrágico? ¿Sangrado? – Gorka repetía aquellas palabras sin comprender, totalmente estupefacto.

- Sí, un derrame cerebral – explicó Marcos, pacientemente. – Y la cosa pinta muy pero que muy mal. He contactado con un colega de la facultad, que casualmente es neurólogo en ese hospital, y me dice que Jon tenía un aneurisma de gran tamaño que ha acabado por romperse. Desconocen si ha ido creciendo lentamente o si por el contrario, ha sido algo repentino, pero de cualquier forma, la hemorragia intracerebral que presenta es muy extensa. Le han hecho una exploración por T.A.C. y lo saben a ciencia cierta – Marcos tomó aire antes de concluir. – La sangre se ha extendido por todo el cerebro, Gorka. No hay ninguna posibilidad de que sobreviva. Lamento muchísimo tener que decir que, a todos los efectos, ya lo hemos perdido...

En la cabeza de Gorka, aquellas palabras no conseguían encajar. A pesar de las evidencias, su mente buscaba desesperadamente un argumento al que aferrarse, como si fuera una tabla de salvamento.

– Pero dices que todavía está vivo, ¿no? – preguntó con terquedad, como si no hubiera escuchado las últimas palabras que acababa de pronunciar su amigo. – Pues aún no está todo perdido.

- No alimentes falsas esperanzas, Gorka - dijo Marcos, y suspiró con tristeza. - Créeme, no te harán ningún bien. Tan solo es cuestión de horas...

- No, no. No puede ser. Tiene que aguantar. Él es fuerte. Lo superará – contestó Gorka, obstinado. – Iré a Barcelona. Tengo que verle. No puede ser. No, no. Algo se podrá hacer. Tengo que ir allí y darle ánimos. Si ve que todos le apoyamos, tal vez entonces...

- No, Gorka – le interrumpió Marcos. - No está consciente. Me temo que no vas a poder hablar con él – sentenció, odiando tener que hablarle a su amigo con tanta franqueza. – Siento muchísimo ser yo quien tenga que darte semejantes noticias...

Al otro lado del teléfono, Gorka permaneció en silencio durante unos segundos, para volver al ataque acto seguido.

- Pero todavía respira, ¿verdad? Pues si respira, no podemos perder la esperanza,

eso sí que no. Voy a ir a verle. Hoy mismo. Sí. Hoy mismo. Voy a buscar un billete de avión, inmediatamente.

- Como quieras, Gorka – dijo Marcos, dando por perdida la batalla por intentar que su amigo comprendiera la gravedad del asunto. Al fin y al cabo, pensó, cada cual necesita su propio tiempo para asimilar las cosas. – Yo me quedo a la espera de noticias. En cuanto sepa algo más, prometo llamarte.

- Hazlo, por favor Marcos. En cuanto sepas algo. Hazlo sin falta – balbuceó Gorka antes de colgar, sintiendo cómo todo su cuerpo se había quedado rígido, paralizado por aquella insoportable sensación de vértigo que se había apoderado de él, como si en aquel mismo instante hubiera tomado la decisión de saltar al vacío los once pisos que le separaban de la calle y estuviera a punto de hacerlo, con los pies preparados y bien juntos, asomando las puntas al borde de la cornisa.

- ¿Con quién hablabas? ¿Qué quería a estas horas? – preguntó Nancy detrás de él, con la voz adormilada. Se había puesto una camiseta vieja de los *Smiths* que había encontrado en un cajón de la cómoda, rebuscando entre la ropa de Gorka.

- Llamaban para decirme que un amigo mío está ingresado en el hospital. Y que está muy grave. Al borde de la muerte – respondió Gorka, sin poder dar crédito a las palabras que salían de sus propios labios.

- Vaya... Qué pena... Lo siento mucho...

Nancy cogió una silla y la colocó junto a la de Gorka, sentándose a su lado y acurrucándose contra él, a la espera de recibir por su parte un enorme y cálido abrazo. Pero Gorka no reaccionó como ella esperaba. Muy al contrario, permanecía cabizbajo, con los brazos caídos y la mirada ausente, de modo que fue ella la que le pasó una mano por la espalda y se la acarició suavemente, tratando de reconfortarlo.

– Y a ese amigo tuyo... - prosiguió, - ¿hace mucho tiempo que lo conoces?



***Elisa.***

***Vitoria-Gasteiz, mañana del lunes 11 de julio de 2016.***

## I

- ¡Marcos, no me puedo creer lo que me estás contando! – exclamó una asustadísima Elisa, tras recibir aquella llamada de su primo. - ¡Dime por favor que no es cierto!

Durante unos segundos que parecieron eternos, Marcos aguantó estoicamente el silencio que se hizo entre ambos, apenas interrumpido por el llanto entrecortado de Elisa.

- Lo siento, prima – respondió él, agotado.

En el transcurso de las dos últimas horas, Marcos no había hecho otra cosa que no fuera enfrentarse al estupor primero y más tarde al dolor, de todos los amigos a los que iba llamando para comunicarles la terrible noticia. Y él también necesitaba concederse el derecho a venirse abajo y a llorar tranquilo, a solas.

– A medida que sepa algo más, te iré informando. Te lo prometo – añadió Marcos mecánicamente, repitiendo aquella frase por enésima vez a lo largo de aquella mañana.

- ¡No puede ser! ¡No puede estar tan mal! - negó Elisa, tajantemente. – ¡Voy a ir a verlo a Barcelona! ¡Hoy mismo! ¿Quién sabe? ¡Tal vez sea capaz de mejorar y de sorprender a los médicos! ¡No sería la primera vez que esto ocurre!

- A ver, Elisa. Te digo lo mismo que a Gorka. No te crees falsas expectativas. Yo sé que es muy duro, pero...

- ¿Has hablado con Gorka? – le interrumpió Elisa, cortante, y la pregunta sonó mucho más enfática de lo que ella hubiera deseado. – Quiero decir, ¿le has llamado tú? ¿Se ha enterado ya de lo que ha sucedido?

- Sí. Acabo de hablar con él. Justo antes de llamarte a ti. Me ha dicho que va a coger el primer avión que salga para Barcelona.

- ¿Ah, sí? ¿Él también está pensando en ir?

- Sí. Eso me ha dicho – respondió Marcos, extrañado. - ¿Por qué lo preguntas?

- Por nada – se apresuró a responder Elisa. - ¿Ves? ¡No soy la única persona que no quiere perder la esperanza de verlo con vida!

- ¡Joder, qué dos cabezotas sois! – protestó Marcos, completamente indignado. –  
¿De verdad creéis que soy yo el que exagera la gravedad de la situación? ¿Es que no  
sois capaces de escuchar lo que os digo? ¡Está técnicamente muerto! ¡Joder! ¡JODER!

En ese momento, era el llanto de su primo el que se oía al otro lado del teléfono.

- Lo siento, Marcos... Perdóname... Lo siento muchísimo...

-----

## II

Elisa lloraba en silencio, sentada detrás del mostrador de su pequeño local. Antes de dar rienda suelta a su tristeza, había tomado la precaución de bajar la persiana y cerrar la puerta. No quería que ninguna orgullosa mamá, portando un bebé de rechonchos mofletes, apareciera por allí en ese preciso instante para encargarle una sesión de fotos. No era el momento más apropiado. En absoluto.

Se quedó allí sola un buen rato, derramando lágrimas desconsoladas mientras un montón de niños sonrientes le miraban desde los retratos que empapelaban las paredes, impertérritos ante su dolor.

Cuando consiguió calmarse un poco, llegó al convencimiento de que sería incapaz de ponerse a trabajar aquel día. Sintió la imperiosa necesidad de ver a su marido, Pablo, y de contarle en primera persona lo que había sucedido. Él y Jon habían sido muy buenos amigos en la infancia, a ambos les unía desde pequeños la pasión por el fútbol y por los deportes en general, y aunque no pertenecían a la misma pandilla, sí habían compartido grandes momentos juntos.

Aquella noticia le iba a afectar mucho. No podía esperar a verlo a la hora de comer, decidió que iría a buscarlo a su empresa esa misma mañana.

Subió a su coche, que estaba aparcado en la acera frente a su estudio de fotografía, y condujo desde el centro hasta el polígono industrial de Júndiz, situado al oeste de la ciudad. Allí tomó la avenida principal y luego giró a la derecha dos calles más abajo, hasta dar con la moderna fachada de aluminio metalizado que recubría el edificio principal de la empresa, destinado a oficinas, y que precedía a la gran nave industrial propiedad de Pablo.

No se podía negar que su marido tenía buena vista para los negocios: tras heredar aquella trasnochada empresa familiar de manos de su padre, en una situación de declive y de atraso tecnológico total, invirtió en ella mucho tiempo y esfuerzo - además de una suma importante de dinero en su modernización, - y consiguió convertirla en una compañía puntera, líder en el mercado del mecanizado de precisión. El acierto de

Pablo estuvo, entre otras cosas, en apostar por el departamento de I+D, en el que contaba con la presencia de varios ingenieros especializados en el sector, entre los que se encontraba él mismo.

La plantilla de la empresa iba en aumento, y en ocasiones variaba tanto, que Elisa no llegaba a conocer a todo el mundo que trabajaba allí. Además, casi nunca ponía los pies en ese edificio. Le incomodaba verse a sí misma como a una extraña en aquel ambiente tan técnico y tan alejado de su profesión, algo que a ella le hacía sentir que estaba completamente fuera de lugar. No quería inmiscuirse en los asuntos de Pablo, y sus visitas eran escasas a la par que breves.

Saludó a una joven y atractiva recepcionista que encontró tras el flamante mostrador de Corian retroiluminado de la entrada – “¿Qué habrá sido de la señorita Puri?”, pensó, – y, sin darle tiempo a que ésta se ofreciera amablemente a ayudarla, se encaminó escaleras arriba hacia el despacho de Pablo.

Llamó con los nudillos a la puerta y sin esperar respuesta alguna, accionó la manilla y entró. Pablo se encontraba reunido con varios de sus ingenieros, que juntaban sus cabezas en torno a una gran mesa repleta de planos desplegados. Al verla aparecer, todos levantaron la vista al unísono, sorprendidos.

Elisa saludó educadamente, especialmente a aquéllas y a aquellos a los que creía conocer, y se disculpó por la manera tan brusca con la que había interrumpido la reunión. Tras intercambiar unas breves palabras de cortesía, los técnicos fueron saliendo uno a uno del despacho dejándolos solos, y Pablo cerró la puerta tras de ellos.

- ¡Qué ocurre! ¿Por qué has venido sin avisar? – preguntó él, extrañado por la inesperada aparición de su mujer. – Confío en que sea algo importante porque me pillas en un mal momento, Elisa. Mañana recibimos la visita de los clientes alemanes y no tenemos las piezas rematadas, aún nos quedan pequeños detalles por resolver. Hay que dar una buena impresión si queremos que confíen en nosotros. De verdad que no tengo mucho tiempo que...

- Jon se muere – le interrumpió Elisa sin miramientos, con la voz quebrada por el dolor. – Se muere, Pablo. Jon se muere.

- Jon... Jon... ¿Pero qué Jon? – preguntó Pablo, dando la impresión de que no sabía a ciencia cierta de quién le estaba hablando.

Elisa pensó, irritada, que viniendo de ella, Pablo no podía tener ninguna duda con respecto a quién se refería. Estaba claro que solo podía tratarse de uno.

- ¡Jon Urialde! – exclamó Elisa, rompiendo a llorar. - ¡Joder, Pablo! ¡Cuántos amigos de verdad tenemos que se llamen como él!

Pablo se quedó desconcertado. Aquello no se lo esperaba, de ninguna de las maneras.

- ¡Elisa, lo siento! ¡Perdona! Es que dicho así, tan de repente... Pero... Pero... ¿Se sabe qué ha sucedido? – preguntó, desconcertado, tratando de asimilar rápidamente la noticia.

- Un derrame cerebral. Algo totalmente repentino. Se muere, Pablo, ¡Se va a morir! Y no van a poder hacer nada por evitarlo...

Pablo abrió los brazos en un gesto que Elisa aprovechó de inmediato para buscar refugio contra su pecho, y enjugar allí las gruesas lágrimas que le surcaban el rostro.

- Joder, qué fuerte... - exclamó Pablo, comenzando a hacerse a la idea. – Pero quién lo iba a decir... Con lo deportista que era...

De inmediato, Elisa se zafó de su abrazo y le dedicó una severa mirada.

- ¡No hables de él en pasado! – le ordenó. - ¡Todavía no! – Y empezó a dar vueltas por el despacho, nerviosa. – Tenemos que ir a verlo antes... Antes de...

Elisa volvió a fijar su mirada asustada en el rostro de Pablo. Tenía los ojos vidriosos, el rímel corrido y la frente arrugada en un gesto de enorme sufrimiento.

- ¡Pablo, vamos a Barcelona esta misma tarde! – exclamó, suplicante.

- No, Elisa, me temo que eso no puedo hacerlo. – le contestó él, sacudiendo la cabeza con firmeza. – Ya te he dicho que mañana vienen los alemanes. Tengo una semana terrible. Sintiéndolo muchísimo, lo cierto es que no vamos a poder ir, compréndelo.

Elisa esperaba esa respuesta de antemano. Sabía lo ocupado que estaba su marido y en consecuencia, daba por hecho que le resultaría imposible moverse de allí. Pero quería brindarle a Pablo la oportunidad de ofrecerse a acompañarla, antes de que escuchara la propuesta que ella realmente había venido a hacerle.

- Claro que lo comprendo. No te preocupes. Quédate tú. Iré yo sola.

En el fondo de su ser, Elisa sabía que, aún a pesar de las circunstancias, su marido se iba a disgustar al oír aquello. Eran muchos los años que llevaban casados, como para no darlo por hecho. Como para no saber que, al instante, se dibujaría en su rostro aquel rictus de contrariedad tan característico en él, que aparecía cada vez que Pablo sentía que su esposa no secundaba sus decisiones. Aquélla era la antesala de una discusión más que segura.

- Mira, Elisa: creo sinceramente que, en esta ocasión, si yo no puedo ir, no deberíamos ir ninguno de los dos. Además, tú acabas de regresar hace cuatro días, no tiene sentido que vuelvas allí otra vez - le contestó él de inmediato, con aquel tono tan paternalista que utilizaba con ella cuando creía estar en posesión de la verdad absoluta.

- Esto es importante, Pablo. En serio. Tengo que ir por encima de todo. Si tú no puedes acompañarme es una pena, pero yo he de ir de todos modos.

Entonces fue Pablo el que se puso a dar vueltas por su despacho con las manos a la espalda, pensativo. Elisa sabía a ciencia cierta que le estaba preparando un buen sermón.

- Elisa, Elisa... - comenzó, en tono pausado. – No puedes elegir peor momento. Y lo sabes. Yo estoy a tope de trabajo y necesito un poco de colaboración por tu parte. A mí también me gustaría salir corriendo a Barcelona cada vez que me diera la gana, como sueles hacer tú, pero cada uno tenemos nuestras responsabilidades, y hemos de hacernos cargo de ellas.

Elisa le escuchaba cabizbaja, sin decir palabra.

– Por ejemplo – prosiguió él, - me da la impresión de que a veces te olvidas de que tenemos una hija pequeña, June, te suena, ¿verdad? ¿Quién se va a ocupar de cuidar de ella, si tú te vas? Recuerda que mis padres, que son los que suelen hacerse cargo de la niña, se acaban de ir de vacaciones. Y los tuyos, no es que sean de gran ayuda, la verdad...

Elisa odiaba aquella manera reiterada que tenía Pablo de acusarla de no atender lo suficientemente bien a su hija. Recurría a ello – velada o descaradamente, según el día, - cada vez que tenían la más mínima discusión, aunque el asunto que la motivara no tuviera nada que ver con la pequeña. Y de propina, también era habitual que arremetiera contra sus padres.

En esta ocasión, decidió no perder el tiempo teniéndoselo en cuenta, y centrar toda su atención en lo que verdaderamente le importaba en aquel momento, que no era otra cosa que salirse con la suya y regresar a Barcelona cuanto antes.

-Lo arreglaré. Te lo prometo – le aseguró Elisa, en un tono que rozaba el ruego. - Deja que hable con mis padres. Ellos me echarán una mano, ya lo verás. Encontraré la solución. Pero esto es algo que yo debo hacer sin falta...

- Si me permites que te dé mi opinión – le interrumpió Pablo, - lo que deberías hacer sin falta es ocuparte de tu familia. Eso es lo que deberías hacer, y no otra cosa distinta. Hoy hace un día espléndido y le habías prometido a June que por la tarde irías con ella a la piscina, y eso es algo que le llevas prometiendo toda la semana pasada, sin cumplirlo. Creo que ya va siendo hora de que no le defraudes más.

Elisa sintió una punzada de remordimiento. Era verdad que se había pasado la semana prometiendo a la niña que al día siguiente le llevaría a la piscina, pero al final, los días pasaban uno tras otro y ella no cumplía su promesa. Y es que, a su última escapada a Barcelona a mediados de semana, se le sumaba el hecho de que a lo largo del verano estaba teniendo muchísimo trabajo inesperado.

Al parecer, alguna mamá que había quedado muy satisfecha con su trabajo, iba hablando maravillas de ella por la ciudad, alabando su profesionalidad y su buen hacer como fotógrafa de niños. Y a raíz de aquel encargo, le habían llovido otros muchos

más. Todos sus clientes agradecían su estilo natural y sin artificios, que hacía que los niños se sintieran cómodos y relajados con ella, y de este modo, conseguía captar sin asomo alguno de cursilería, lo más hermoso y entrañable que cada uno de los pequeños llevaba en su interior.

Aquello tendría que ser de por sí un motivo de satisfacción para ella, y sin embargo, el hecho de no estar atendiendo a su hija como debía, unido a las recriminaciones que recibía por parte de Pablo, le estaban causando una tremenda infelicidad.

A veces se lamentaba de que su trabajo no estuviera tan reconocido como el de su marido. Él podía ausentarse el día entero de casa para atender su negocio – cosa que, de hecho, hacía habitualmente, – y ella tenía que mostrarse muy agradecida porque Pablo fuera un hombre tan responsable y trabajador. Sin embargo, en el momento en que ella conseguía medrar mínimamente – y contra todo pronóstico - en su profesión, aquello se percibía como un abandono en toda regla de sus verdaderas responsabilidades y, sobre todo – y lo más doloroso para ella, - como una desatención hacia su hija.

Viendo que el trabajo arreciaba y que las vacaciones escolares se le echaban encima, Elisa había intentado convencer a Pablo para matricular a June en las colonias que se organizaban cada verano en el propio colegio de la niña. Le propuso que la pequeña asistiera a jornada completa, al menos durante los primeros quince días del mes de julio. Pero éste se había negado rotundamente, alegando que su hija necesitaba disfrutar de unas verdaderas vacaciones, y para ello, convenía alejarla del centro escolar en el que estudiaba todos los días.

Elisa, tras arduas negociaciones, consiguió persuadirlo para que al menos le permitiera dejar a la niña allí hasta el mediodía. De este modo, ella comenzaba su jornada llevando a June al colegio a las nueve de la mañana, y después iba rápidamente a su estudio, que se encontraba a tan solo dos manzanas de distancia. Allí atendía sus compromisos profesionales lo mejor que podía, y salía nuevamente a la carrera cuatro horas más tarde para recoger a la pequeña, llevarla a casa y darle de comer.

El tiempo del que disponía ella por las mañanas era a todas luces insuficiente, por lo que si pretendía dar cumplimiento a todos sus encargos puntualmente, no le quedaba otro remedio que atender a algunos de sus clientes por la tarde, cosa que le obligaba a dejar a la niña con los abuelos, y a retrasar su promesa de llevarla a la piscina, una y otra vez.

Ahora, se arrepentía de no haber reservado una tarde libre a lo largo de toda la semana anterior, como para haber cumplido ya con su hija. Aquello le hacía sentir culpable, de modo que no se vio con fuerzas como para rebatir los argumentos de su marido.

- De acuerdo. Tienes razón. Esta tarde llevaré a June a la piscina – accedió, apesadumbrada, mientras se aproximaba a la puerta del despacho y la abría,

disponiéndose a salir.

Y justo antes de hacerlo, se giró hacia Pablo y le miró, desafiante.

- Pero que sepas que mañana temprano me iré a Barcelona. Con, o sin tu visto bueno.

- Tú verás lo que haces... - se limitó a responder Pablo, volviendo a centrar su atención en los planos que tenía sobre la mesa, y dándole a entender que aquella conversación ya se había terminado.

---

### III

Elisa comenzó a bajar las escaleras que conducían al vestíbulo principal, sintiendo cómo la rabia se iba apoderando de ella por momentos. Notaba que su rostro estaba tan caliente, que parecía que iba a empezar a arder.

Pablo ya se lo había advertido a principios de mes: “*¡Nada de escapadas a Barcelona durante el verano!*”. Y ella, al regresar aquel jueves pasado le había prometido que así sería, por no discutir. Pero esa mañana cuando fue a verlo, Elisa creyó firmemente que entendería que aquello era una excepción, un hecho sin precedentes que escapaba a cualquier pacto que ambos hubieran podido sellar con anterioridad.

Ella pensaba que al enterarse de la trágica noticia, Pablo lo lamentaría muchísimo y le permitiría hacer aquel viaje sin poner excesivas objeciones. Incluso llegó a pensar que tal vez la animaría a acudir cuanto antes, enviándole a Jon de su parte todo su cariño y sus buenos deseos para una pronta recuperación, como buen amigo suyo que una vez fue en el pasado.

Pero qué ilusa era. Una vez más y para su total decepción, Pablo le había fallado. Y en esta ocasión, además, en un asunto de suma importancia. Ella no tenía la menor duda de que su marido lo habría sentido de veras, pero su comportamiento distaba mucho de haber estado a la altura de las circunstancias. Ni tan siquiera se había acercado. Y Elisa no sabía si achacarlo únicamente a la imperiosa necesidad que él tenía de salirse siempre con la suya, o si tal vez también, en esta ocasión, habrían influido aquellos celos velados y nunca reconocidos que Pablo sentía por Jon, desde hacía muchísimos años.

Antes de abandonar el edificio, echó un último vistazo alrededor de aquel vestíbulo tan espacioso y de diseño tan actual, que sin duda alguna proporcionaría una muy grata impresión a cualquier potencial cliente que pisara aquella empresa por primera vez. Revistiendo las paredes principales, una serie de imágenes de gran formato recibían al

visitante y daban buena muestra de las exclusivas piezas de ingeniería de precisión que allí podrían diseñar para él.

Las fotografías eran realmente buenas. Pero no las había hecho ella.

Pablo decidió que aquél era un trabajo de gran trascendencia y, por consiguiente, era mejor encargárselo a un estudio de renombre y que contara con mucha más experiencia que ella.

*“Y luego, me sorprende de por qué no me gusta venir aquí”* – pensó Elisa, enfadada.

Se dirigió apresuradamente hacia la salida, oyendo a sus espaldas el rápido taconeo de la eficiente recepcionista que, sin duda alguna, querría saber cuál había sido el motivo de su visita.

Sin darle tiempo a que la alcanzara, Elisa salió por la puerta y se introdujo inmediatamente en su coche, arrancando el motor a toda prisa.

Ya en la carretera, redujo el ritmo. Se encontraba muy alterada y tenía miedo de no estar lo suficientemente atenta a la conducción. Además, las gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas le impedían ver el camino con claridad.

Desconsolada, se preguntaba cómo era posible que hubieran llegado a esa situación. En qué preciso instante, su matrimonio había dado las primeras muestras de hallarse tan deteriorado.

Y lo peor de todo, era tener que reconocerse a sí misma que sabía la respuesta.

---

## IV

El suyo era un matrimonio que ella siempre habría calificado como razonablemente feliz.

En términos generales, se podría decir que ambos compartían la mayor parte de sus gustos y de sus aficiones. Pablo era, además, el marido ideal que toda mujer habría soñado tener, y aquello no se debía tan solo a que se trataba de un hombre muy atractivo y que se encontraba en una forma física envidiable, gracias a que practicaba mucho deporte en su tiempo libre. A aquellos indudables atributos físicos se sumaban, además, el hecho de ser muy trabajador, inteligente, responsable, y ante todo – y aquello era lo fundamental, – el ser un hombre que vivía aparentemente volcado en su familia.

Pablo siempre procuraba el bienestar de su hija y atendía a las mil maravillas los



deseos de su mujer. O eso parecía. En el transcurso de aquellos años, había organizado para Elisa los mejores viajes, la había llevado a conocer los lugares más hermosos del planeta, e incluso había sido capaz de planificar las más originales escapadas de fin de semana, o de sorprenderle con una cena romántica la noche más inesperada, en el último sitio de moda de la ciudad. Era un hombre muy detallista y todas las amigas de Elisa apreciaban esta cualidad por encima del resto.

Y Elisa también lo hacía. Hasta que se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

En realidad, Pablo nunca había tratado de complacer los deseos de ella. Tan solo se limitaba a satisfacer los suyos propios, y lo que de verdad esperaba de Elisa, era que ella le respaldara sin ningún tipo de reservas. Si Pablo sugería realizar un crucero por alguna isla griega, ella tal vez habría preferido conocer mejor algún país del norte de Europa, pero viendo la ilusión que él tenía, retiraba discretamente su propuesta en favor de la de su marido o, directamente, no planteaba nada, y aceptaba de buen grado la proposición de Pablo, sin mostrar la menor objeción. Al fin y al cabo, Elisa sabía que Pablo pondría todo su empeño en que los planes que organizaba salieran bien, cosa que de seguro acababa sucediendo. Por tanto, ella no encontraba motivo alguno para llevarle la contraria. Resultaba mucho más práctico apuntarse a su plan, y verlo disfrutar.

Y aquella costumbre de ceder siempre a los deseos de él, que comenzó en un principio con los viajes y las vacaciones, se fue extendiendo a medida que pasaban los años hacia cualquier otra actividad o toma de decisión que afectara a la pareja, por pequeña que ésta fuera. Si tenían que elegir unas cortinas nuevas para el cuarto de June, Elisa aguardaba pacientemente a que Pablo se decidiera por alguno de los tejidos del extenso catálogo que les mostraba el dependiente del comercio en el que las iban a encargar. Y cuando veía que éste se decantaba por un modelo en concreto, ella decidía al momento que, efectivamente, aquél era el que más le había gustado desde el principio. Si tenían que comprar un coche nuevo, ella se limitaba a asentir todo el rato o a negar con la cabeza, al compás de lo que dijera su marido, en perfecta sincronía. Elisa no tenía duda de que Pablo elegiría siempre lo más correcto y adecuado para cada circunstancia.

Y aunque Elisa al principio no fue consciente de ello, lo cierto era que aquella actitud suya tan complaciente la llevaba arrastrando desde que eran novios. Y de hecho, habría seguido comportándose así toda la vida, de no ser porque de repente surgió una discrepancia entre ellos dos, que no estaba dispuesta a pasar por alto.

De ninguna de las maneras.

-----

## V

Elisa trabajó durante muchos años en un estudio de fotografía que gozaba de gran prestigio.

Era uno de esos sitios a los que la gente acude para encargar el reportaje del bautizo del niño, la comunión o - la guinda del pastel, - la boda. Al tratarse de los fotógrafos más reconocidos de la ciudad, eran también los más solicitados. En este tipo de eventos tan señalados, los clientes quieren asegurarse de que nada va a fallar, y por eso, contratan con profesionales del mayor prestigio y de la máxima garantía, seguros de que cumplirán a rajatabla su cometido, y de que al final ellos no se llevarán ninguna sorpresa desagradable.

Y efectivamente, así era. En este estudio se realizaban unas bonitas fotografías en las que se podía ver a los novios posando muy sonrientes y felices, solos o en compañía de sus también muy sonrientes y felices invitados. Todo el material se entregaba a gran formato y con excelente calidad de imagen, de modo que los clientes salían de allí muy contentos y satisfechos, sabedores de haber hecho una apuesta segura y sin sobresaltos.

Elisa era una de las fotógrafas encargadas de realizar y después procesar aquellas imágenes. Muchas veces, hojeando el material en el estudio, ella era consciente de que le costaba distinguir una boda de la siguiente. Todas tenían un acabado muy profesional, de eso no cabía duda, pero a la vez, todas eran muy de serie. Mostraban a personas que, a pesar de ser diferentes, se retrataban copiando los mismos planos y adoptando idénticas poses, como si todos ellos estuvieran cortados con el mismo patrón. Y al final, todo ello resultaba muy correcto. Muy convencional. Y muy aburrido.

En varias ocasiones, Elisa trató de persuadir a sus jefes para que le permitieran cambiar un poco la dinámica de trabajo. Su intención era probar con nuevos puntos de vista, diversos enfoques de cámara y en definitiva, adoptar una actitud más participativa ante el acontecimiento que se iba a celebrar. Pretendía que el objetivo no se limitara a captar los posados de la gente, sino que también capturara el movimiento, y con él, las risas, los abrazos, las lágrimas y en general, procurara abarcar gran parte del cúmulo de emociones que se llegan a producir en ese tipo de acontecimientos.

Elisa trataba de explicar a sus jefes todas estas nuevas ideas que le rondaban por la cabeza. Lo hacía apasionadamente, exponiendo con vehemencia sus razones y sus convicciones, segura de que conseguiría contagiar su entusiasmo a los dueños del local.

Pero éstos por su parte, atendían sus argumentaciones con el mismo interés con el que las vacas miran al tren. Le dejaban hablar por pura educación, sabiendo de antemano que sus propuestas no les iban a interesar en absoluto.

Y es que la palabra “cambio”, no figuraba para nada en su diccionario. Aquellos dos buenos señores entrados en años, que llevaban toda la vida ejerciendo el oficio de la misma manera, no se habían planteado jamás la posibilidad de alterar su estilo en lo más mínimo. Además, por qué motivo querrían hacerlo, si como estaba, ya estaba bien. Si no daban abasto con la cantidad de encargos que recibían. Para qué demonios iban ellos a cambiar. Bastante esfuerzo les había costado adaptarse al mundo digital, - y enterrar sus tan queridos tomavistas y cámaras de vídeo, teniéndolos que sustituir a la fuerza por aquellos engendros modernos sin película, - como para tener que modificar algo más.

Ambos le explicaron a Elisa que su negocio estaba bien así. Que gracias a su buen nombre, no tenían competencia en la ciudad, y que por tanto, no encontraban motivo alguno para aceptar sus sugerencias. Y ya de paso, le recomendaron que se centrara en cumplir a rajatabla su cometido según se le había sido encomendado, y que hiciera el favor de no volver a mencionar aquellas excentricidades suyas nunca más.

Cuando Elisa comprendió que no tenía nada que hacer, comenzó a sentirse frustrada en aquel empleo a media jornada. Profesionalmente no le aportaba nada, y estaba empezando a aborrecer lo que hacía.

Un buen día decidió hablarlo abiertamente con Pablo, confiando en que él arrojaría algo de luz sobre su situación. Elisa le expuso su falta de motivación ante los escasos retos personales que se le planteaban en su trabajo, y le manifestó su creciente desánimo. Le dijo que no se veía a sí misma ocupando aquel puesto tan anodino para siempre, desperdiciando su vida y tirando su talento por la ventana. Le hizo partícipe de todas sus preocupaciones, pero, a cambio, solo obtuvo un consejo que no le sirvió absolutamente de nada.

- Elisa, tienes un buen empleo – sentenció Pablo. – Es seguro, sin sorpresas y ante todo tiene un horario de mañana muy cómodo, lo cual te deja toda la tarde libre para cuidar de June. ¿Qué más quieres? ¿Qué más se puede pedir?

- Ya, pero es que no me gusta... Es que yo quiero hacer otras cosas... - trató de replicar Elisa, a sabiendas de que sus argumentos no eran lo suficientemente sólidos para su marido.

- Ay, Elisa, Elisa... - le contestó éste, dedicándole una sonrisa de lo más paternalista. Era como si le estuviera riendo la gracia a una niña que acaba de tener una ocurrencia totalmente inocente. – Ya va siendo hora de que te dejes de fantasías, y abras los ojos a la realidad. ¡No sabes cómo me gustaría a mí poder llevar tu estilo de vida! Trabajar unas pocas horitas... Sin demasiadas responsabilidades... ¡Yo es que no sé de qué te quejas, si tu empleo es el sueño de cualquiera!

Y con aquella sonrisita suya y una cariñosa palmadita en la espalda, Pablo dio por zanjado aquel asunto. Para siempre.

Pero aquellas palabras de su marido no consiguieron calar en su ánimo, porque Elisa, lejos de aparcarse sus aspiraciones, empezó a acariciar cada vez con más fuerza la idea de dejar aquel empleo tan triste y que le hacía sentir tan desdichada. Soñaba con hacerse autónoma y abrir su propio estudio. Empezaría de una manera muy sencilla, alquilando un local muy pequeñito y que, a poder ser, fuera lo más económico posible.

Después de mucho buscar por toda la ciudad, al final encontró el sitio ideal: se trataba de una antigua mercería que cerraba porque su dueña se acababa de jubilar. El local estaba situado al final de un callejón poco transitado, y era realmente pequeño y oscuro. La luz natural no llegaba a su interior, porque estaba precedido por un desvencijado armatoste de madera maciza que hacía las veces de escaparate, y que lograba atrapar hasta el más mínimo rayo de sol que tratara de traspasarlo. Pero también tenía una parte positiva: el alquiler era barato y se encontraba muy cerca del colegio de June, a medio camino también de su casa. Y aquellos dos eran motivos más que suficientes para que Elisa tuviera una buena corazonada. De inmediato, albergó la total certeza de que era el lugar perfecto para montar su estudio.

Aquel día fue corriendo a casa para comunicarle a Pablo la buena noticia. Sin darle tiempo a reaccionar, le agarró de la mano y se lo llevó hasta aquella callejuela cercana, a fin de que viera con sus propios ojos el que iba a ser su nuevo local.

- ¡Este antro es espantoso! – sentenció Pablo, apostado delante del escaparate de madera reseca y desportillada.

Ante él, el gran cartel que anunciaba el nombre de la antigua mercería aparecía despintado y peligrosamente ladeado, avisando de que en cualquier momento optaría por caerse al suelo y hacerse pedazos.

– No puedes trabajar aquí – concluyó Pablo. - No sé si te das cuenta de lo que estás haciendo.

- Bueno, mi prioridad ante todo era encontrar un sitio barato – alegó Elisa, con firmeza.

No estaba dispuesta a dar ni un paso atrás, por mucha resistencia que Pablo ofreciera.

- Tú me dijiste que no me podías prestar el dinero para que yo abriera mi negocio – prosiguió ella, - así que se lo he pedido a mis padres. Y esto es todo lo que me puedo permitir con su ayuda, al menos por el momento.

Elisa sonrió para sí misma, satisfecha. Cuando le dijo a Pablo que ella estaba firmemente dispuesta a seguir adelante con su proyecto de instalarse en solitario, éste le había ofrecido un sinnúmero de razones por las cuales debería abandonar de inmediato, tratando insistentemente de desanimarla con sus demoleedores argumentos.

Uno de los más convincentes, o eso creía él, era sin duda el hecho de haberle negado el crédito, alegando que ella no podía disponer del dinero de la familia – y por tanto,

del sustento de su hija, – tan alegremente como para embarcarse en una aventura tan disparatada. Pensó que aquello terminaría por quitarle las ganas de intentarlo. Y ahora comprobaba que se había equivocado.

- Está bien. Tú ganas – se rindió. – Te daré el dinero. Pero haz el favor de buscar otro local, uno que no me avergüence, a poder ser. No puedo permitir que mi mujer se ponga a trabajar en semejante cuchitril. Esto da muy mala imagen.

- No. Me quedo con este local. Me gusta – contestó Elisa, desafiante. – Además, está cerca del colegio de June – y se giró hacia él, dedicándole una sonrisa burlona. - Así podré atender mejor a nuestra hija, ¿no te parece?

- Tú verás lo que haces...

-----

## VI

Como era de esperar – y como Pablo le había vaticinado, - el negocio de Elisa no acababa de arrancar. En la ciudad de Vitoria-Gasteiz ya había demasiados estudios de fotografía, y eran lo suficientemente reputados como para que ella tuviera la más mínima oportunidad de hacerse un hueco dentro de aquel mundillo. Además, el hecho de trabajar en un local tan cutre, escondido en una calleja tan fea y poco frecuentada, no ayudaba en absoluto a crear una buena imagen profesional. Y aunque estuviera situado en un lugar muy céntrico, casi nadie lo conocía ni pasaba por allí, aunque solo fuera por casualidad.

Elisa intentaba atraer la atención de los tan ansiados clientes, exponiendo algunos de sus exiguos trabajos en el escaparate. Aquellas fotografías cumplían una doble misión: por un lado, su cometido principal era dar buena muestra de su saber hacer como profesional de la fotografía, y por otro, - y no menos importante, - servían para ocultar de la mejor manera posible aquella vetusta madera tan deprimente que cubría todo el escaparate, y que impedía con su presencia la entrada de la luz del sol.

Pero el simple hecho de tratar de exhibir sus fotografías, suponía un enorme problema para ella: había realizado muy pocos trabajos por cuenta propia y en consecuencia, no tenía gran cosa que enseñar. Sus fotos más preciadas eran las que le había ido realizando a su hija desde el momento de nacer, pero ni por un instante se le ocurrió la idea de colgar una sola de esas imágenes en el escaparate: Pablo se lo había prohibido terminantemente.

Pasaba el tiempo y Elisa veía cómo sus esperanzas de montar su propio negocio comenzaban a desvanecerse. Los pocos encargos que recibía - siempre de la mano de

alguna amiga o de conocidas, - apenas llegaban para pagar el alquiler.

Ella salía de vez en cuando a la puerta, ávida por recibir la luz del día de la que dentro carecía, y observaba desesperanzada cómo algún que otro transeúnte recorría aquella calle desierta sin reparar siquiera en la presencia de su local. Su mente la atormentaba con pensamientos cargados de malos augurios. Se imaginaba a un sonriente Pablo sentado en el bordillo de la acera de enfrente, que le mostraba con insolencia un enorme reloj de agujas cuyo mecanismo sonaba sin parar: “tic- tac”... “tic- tac”... Y mientras lo hacía, no dejaba de reírse de ella a carcajadas.

Estaría esperando pacientemente a que la oxidada persiana de hierro de aquel deprimente puestucho se bajara por última vez, encerrando tras de ella las ilusiones y los sueños que Elisa había acariciado largamente.

---

## VII

Pero fue precisamente en el momento en que parecía que iba a tocar fondo cuando su suerte cambió, de la manera más inesperada. Y todo, gracias a aquella llamada que recibió una mañana.

Corría el mes de mayo de 2014. Mientras Elisa estaba en su estudio haciendo limpieza y poniendo un poco de orden para matar el tiempo, escuchó que su móvil sonaba.

- Hola, Elisa, buenos días. Soy Gorka Aizaga. No sé si te acordarás de mí... - le preguntó él, con cautela.

Elisa sabía perfectamente quién era, sin la menor duda. Y reconoció al instante en su voz y en su actitud, al niño un tanto retraído que muchos años atrás conoció.

- ¡Claro que sí, Gorka! ¡Cómo no me voy a acordar! – exclamó ella.

Gorka era uno de los mejores amigos de su primo Marcos. Elisa pensó entonces en las numerosas ocasiones en las que ambos habían coincidido y conversado a lo largo de su vida. Parecía mentira que él pudiera creer que ella se habría olvidado por completo de él.

- ¿Qué tal te va todo por Barcelona? – preguntó Elisa, contenta de oír su voz.

- ¡Ah! ¡Ya veo que te acuerdas! Vaya, me alegro mucho... Te confieso que no sabía si me ibas a reconocer...– respondió él, aliviado. – Es que hace muchos años que no nos vemos...

Elisa sonrió recordando a aquel muchacho al que le costaba tanto hablar, al que casi

había que sacarle las palabras a la fuerza. También se acordaba de lo mucho que había ido cambiando con los años desde que se fuera a vivir a Barcelona, tanto física como emocionalmente. Las últimas veces que ella había tenido la ocasión de verlo, se había llevado una grata impresión.

Poco a poco, él se había convertido en un hombre muy atractivo y aparentemente muy seguro de sí mismo. Pero para alguien que le conociera de mucho tiempo atrás como ella, bastaba con iniciar una simple conversación como aquella para darse cuenta de que, detrás de esa nueva y flamante identidad, seguía latiendo el espíritu de aquel niño tímido que una vez fue.

- ¿Sigues trabajando para el mismo periódico de siempre?

- ¡Pues sí, en efecto! – exclamó él, sorprendido una vez más al ver que ella lo recordaba. – Y de eso quería hablarte precisamente.

Y a partir de ese momento, Gorka comenzó a exponerle los motivos de su llamada.

- Verás: mi periódico publica semanalmente un suplemento. Es una revista de divulgación general, con secciones que van desde los reportajes de actualidad, hasta las páginas de moda, ¿sabes a lo que me refiero?

- Sí, claro. De hecho, los domingos la suelo comprar. Trae artículos muy interesantes.

- ¡Vaya! ¡Qué bien! – A medida que avanzaba la conversación, la voz de Gorka comenzaba a sonar más distendida. – Bueno, pues resulta que dentro de tres semanas, la revista cumple diez años desde el inicio de su publicación, y mis jefes quieren celebrarlo por todo lo alto. Así que están preparando un fiestón, de ésos a los que invitan a todo el mundo que se precie dentro del ambiente periodístico y literario, además de a numeroso famoseo en general, que de eso nunca suele faltar.

Elisa escuchaba atentamente las explicaciones de Gorka, preguntándose a dónde iría a parar y qué pintaba ella exactamente en todo aquello.

- La fiesta va a ser un acontecimiento muy especial – prosiguió Gorka. - Las fotos del evento saldrán publicadas a toda plana, precisamente en el ejemplar número quinientos de la revista. Habitualmente, las imágenes que ilustran esta publicación se subcontratan a diversas agencias de comunicación. Pero esta vez, los jefes quieren que las fotos sean de elaboración propia.

Llegados a este punto, Elisa agudizó el oído: empezaba a intuir que aquello le iba a interesar.

– Tenemos un fotógrafo muy bueno en plantilla para cubrir todo tipo de eventos, pero en la dirección temen que para una ocasión como ésta, en la que habrá tantísimos invitados, la presencia de un único profesional va a resultar insuficiente – continuó Gorka. - Así que han decidido contratar a un segundo fotógrafo de apoyo. Y yo, de inmediato, he pensado en ti.

- ¿En mí?! – preguntó Elisa, completamente sorprendida. - ¿Pero cómo que en mí? ¿Acaso no tenéis suficientes fotografías en esa ciudad, como para que tengas que llamarme a mí? – bromeó ella entre risas, notando cómo el corazón se le aceleraba dentro del pecho.

- ¡Ja, ja, sí, claro que hay fotografías buenos aquí! – le contestó Gorka, riendo también. – Pero ninguno como tú. He visto tu trabajo y es magnífico. Eres la persona que estamos buscando, y así se lo he hecho saber a mis jefes.

Elisa se quedó boquiabierta. En un primer momento, no supo qué responder, ni cómo reaccionar ante semejantes elogios.

- ¿Elisa? ¿Estás ahí? – preguntó Gorka, tratando de comprobar si se había cortado la comunicación.

- ¡Sí, sí, claro que sí! – se apresuró a decir ella, saliendo de su estupor. – Perdona que no contestara, es que me ha sorprendido muchísimo lo que me acabas de decir... Yo... No sé...

- Bueno, yo lo que quiero saber es si aceptas la propuesta. Si es por los honorarios no te preocupes, me he asegurado de que sean generosos. Además, el periódico correrá con todos los gastos del viaje, alojamiento y dietas, eso por descontado. Si quieres, te puedo mandar por *mail* el precontrato para que compruebes que...

- ¡No, no! ¡No se trata de eso! ¡De ninguna manera! – se apresuró a asegurar Elisa, totalmente desconcertada. - ¡Si con la ilusión que me hace, iría incluso aunque no me pagaran!

Y rieron los dos.

- Entonces, ¿interpreto que me has contestado que sí? – preguntó Gorka.

- Pero... Pero... Gorka, sinceramente... Yo no entiendo... Yo... - balbuceó Elisa, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresarse.

Lo que Elisa quería saber, era por qué recurría a ella para un encargo de semejante relevancia.

A ella, que no tenía trabajo, ni currículum, y que apenas había realizado un par de sesiones profesionales en su corta vida laboral como independiente.

Aquello no tenía sentido. Era demasiada la confianza que depositaba en alguien como ella, que aparentemente no se lo merecía. Pero lo último que Elisa deseaba era expresarse con semejante franqueza. La realidad era, a su juicio, tan deprimente, que no quería inspirar lástima, y menos aún a sí misma. Finalmente, se decantó por plantear sus dudas de una manera directa, aunque más sutil.

- ¿Pero acaso conoces mi trabajo? ¿Has visto alguna vez una de mis fotografías?

- ¡Sí, por supuesto! ¡He visto muchas en *Facebook*! – contestó Gorka, tranquilamente. – En la página de tu primo Marcos. ¡Recuerda que yo soy amigo suyo, y



veo todo lo que él publica! Es un fan incondicional tuyo, supongo que lo sabrás. No para de comentar y compartir tus fotos, siempre acompañadas de frases de elogio y de numerosas alabanzas. ¡Deberías pagarle por ello!

Y los dos se rieron de nuevo.

– Creo que he visto fotos de cada uno de vuestros eventos familiares. ¡Marcos las republica todas! – concluyó Gorka.

Elisa agradeció el hecho de que él no pudiera verla en aquel preciso momento, porque lo cierto era que se había sonrojado como si fuera un tomate maduro. Jamás imaginó que pudiera llegarle algo de trabajo a través de su página de *Facebook* personal, siendo precisamente éste, el único lugar donde ella colgaba sus fotos sin otra pretensión que la de mostrárselas a sus allegados. Aquello le resultó muy chocante.

Efectivamente, era innegable que ella ponía todo su entusiasmo al retratar los encuentros familiares, tales como cumpleaños, comidas de primos, etc., y si lo hacía, era tan solo por el mero placer de inmortalizar el momento y de guardar el recuerdo de sus seres queridos.

Pero Pablo siempre le reprochaba que, a su juicio, malgastara tontamente sus energías en aquellas ocasiones. Solía decirle que se esforzaba demasiado por realizar unas fotos que, siendo para los de casa, bien se podrían sacar con cualquier móvil. Que mejor haría en sentarse con los demás y charlar un rato, en lugar de ir arrastrando las rodillas por el suelo para obtener el mejor plano de cada niño y de cada adulto sentado a la mesa.

- Total, luego nadie te lo agradece – sentenciaba. – Y si te descuidas, ni tan siquiera las miran.

Después de seleccionar las mejores, ella acostumbraba a publicarlas en su muro, a fin de compartirlas exclusivamente con sus familiares y amigos. Y ahora que caía, era bien cierto que Marcos figuraba entre los primos que más comentarios les dedicaba, y que mejores críticas hacía. Y también era frecuente que las republicara, algo que Elisa siempre solía agradecerle efusivamente. Pero nunca fue consciente de que, de ese modo, los amigos de Marcos también las veían.

Nunca pensó que Gorka las vería. Estaba realmente sorprendida.

- Bueno, y ahora hablando en serio – continuó Gorka. – Lo cierto es que las fotografías que yo he tenido la oportunidad de ver, son excepcionales. En particular, los retratos que realizas me parecen magníficos. Están vivos, y transmiten esa vida al que los observa. Me encantan. Y eso es justamente lo que necesitamos.

Elisa estaba tan emocionada que trataba de contenerse para no romper a llorar. Todo aquello era lo más bonito que le habían dicho nunca. Por primera vez –primos aparte, - escuchaba unos verdaderos elogios profesionales acerca de su trabajo. Ella, que había tenido que luchar por sus ilusiones contando tan solo con su propia fe en sí misma, y

arrastrando la oposición y el desánimo que le infundía un marido empeñado en hacerle desistir de su intento.

Pero a pesar de creer firmemente en su propio potencial, y de repetirse a diario como un mantra que ella podía, que ella valía, lo cierto era que la magnitud de aquel reto que le proponía Gorka, estaba consiguiendo que le temblaran las piernas.

Podría aceptar el encargo y hacerlo fatal.

Y dejarle a Gorka en mal lugar, por haberla recomendado ante sus jefes.

Y volver a casa con las orejas gachas, y tener que contarle a un exultante Pablo que había fracasado estrepitosamente.

No iba a poder.

No iba a saber.

Y aquello, a Gorka, tenía que confesárselo.

- Gorka, muchas gracias, de verdad. Te agradezco muchísimo que hayas pensado en mí, te lo aseguro, no sabes cuánto – dijo Elisa, al tiempo que sentía cómo se le estaba empezando a formar un nudo en la garganta. – Pero considero que he de ser sincera contigo. Yo no tengo la suficiente experiencia. Y no estoy segura de que lo pueda hacer bien, o cuando menos, todo lo bien que se requiere para estar al nivel de una publicación como la vuestra. Me temo que no doy la talla.

Elisa se detuvo y no habló más.

No quería ponerse a llorar, y que Gorka le oyera hacer el más estrepitoso de los ridículos.

- ¿Ése es todo tu argumento para no aceptar el encargo? – preguntó Gorka.

Y de repente, a Elisa le pareció que él empleaba un tono de voz extremadamente serio, y se sintió ligeramente intimidada.

- Sí – contestó ella escuetamente, atrapando un suspiro delator que trataba de escapársele.

- Vale. De acuerdo – concluyó Gorka, más serio aún. - En ese caso, contamos contigo para dentro de dos sábados. Te mandaré los billetes de avión y toda la información acerca del evento. También te iré a buscar al aeropuerto para llevarte hasta tu hotel, así que tendremos tiempo para comentar los detalles.

- Pero... Pero... Gorka, yo... - trató de protestar Elisa, asustada, sin que su voz consiguiera fluir con normalidad a través de su garganta.

- Nada de peros – zanjó Gorka. - Dame una razón de peso para rechazarlo. Solo una. Dime que te has roto una pierna. Que te han echado mal de ojo – Elisa rio con la ocurrencia, y Gorka también. - Dame un buen pretexto, uno de los de verdad. Pero por favor, no te escudes tras burdas excusas. Tu trabajo es bueno, y tú lo sabes. Y por eso

te he llamado. Y yo sé bien lo que hago, no tengas duda.

- Vale, Gorka... Bueno... Lo pensaré...

- Ah, y por cierto, no soy el único que cree que tu trabajo es impecable. Jon también lo ha visto, y piensa lo mismo que yo.

- ¿Ah, sí? ¿Jon? ¿En serio?

¡Jon había visto su trabajo! Aquello le sorprendió muchísimo a Elisa, y de repente, aquella revelación hizo que se sintiera mucho más decidida a aceptar aquel encargo, más segura de sí misma y de sus posibilidades.

- Sí, Jon. ¿Te he dicho ya que también está invitado a la fiesta? Vienen unos cuantos redactores de su periódico deportivo. ¡Espero que no se pasen toda la noche hablándonos de cómo marcha la liga!

Elisa se rio con ganas. Recordaba perfectamente cómo Gorka era el único de su grupo de amigos al que no le gustaba el fútbol.

- ¡Bueno, al menos, yo no tendré que sufrirlos! – exclamó Elisa entre risas, siguiéndole la broma. - ¡Afortunadamente, estaré trabajando!

Hacía muchísimo tiempo que Elisa no veía a Jon. Desde que él también se fuera a vivir a Barcelona, años después de que lo hiciera Gorka, sus visitas a Vitoria-Gasteiz se habían espaciado considerablemente.

Pensó en él. Y sintió unas enormes ganas de volver a verlo.

- Vale. Ahora está claro. Esto es un sí en toda regla – afirmó Gorka. - Me alegro muchísimo de que aceptes, Elisa. Ya verás que todo va a salir bien. Te lo prometo. Confía en mí.

---

## VIII

Elisa llegó a casa aquel día exultante de felicidad, irradiando seguridad y autoestima por los cuatro costados. Ni siquiera se inmutó cuando Pablo reaccionó ante aquella noticia con un monumental enfado, que le duró prácticamente las dos semanas que tardó ella en irse a Barcelona.

Durante el día, él se dedicaba a martillearle constantemente la cabeza, acusándola sin el menor reparo, de estar dispuesta a abandonarlos a su hija y a él durante todo un fin de semana, como si no existieran, como si no formaran parte de su vida.

- No te preocupes, Pablo - le respondía ella, pausadamente. – Tu madre me ha

prometido que se ocupará de la niña y de ti con sumo cariño. No os vais a morir de hambre, créeme.

- Sí, tú búrlate si quieres. Pero no estás teniendo en cuenta lo que yo pienso al respecto – contestaba Pablo, indignado. – Y que yo sepa, mientras vivamos juntos, mi opinión también cuenta. ¡Solo pido que se me respete! ¿Tan difícil resulta de entender esto para ti?

Por las noches, la presión subía de intensidad. En el momento en que ella comenzaba a dormirse, Pablo se dejaba caer por el dormitorio, encendía la luz y sacaba nuevamente el tema, echándole en cara una y otra vez la falta de respeto que, en su opinión, ella estaba demostrando hacia él y hacia toda la familia en general.

Y aunque Elisa le dejara despacharse a gusto y no le replicara en ningún momento, él continuaba su discurso hasta altas horas de la mañana. Pablo trataba a toda costa de barrenar los cimientos de esa determinación de la que últimamente hacía gala su esposa, y con la que él no acababa de familiarizarse en absoluto.

Pero todo daba igual, ella estaba decidida a marcharse aquel sábado por la mañana a Barcelona.

Y nada de lo que él dijera, podría detenerla.

---

## IX

Habían transcurrido más de dos años desde entonces y, mientras conducía de vuelta a su estudio tras su última discusión con Pablo, Elisa echaba la vista atrás recordando aquella primera bronca, la que marcó el comienzo de sus viajes a Barcelona.

Estaba más convencida que nunca de que ese día tomó la decisión correcta. Había sido capaz de resistir estoicamente ante las presiones de su marido, y el tiempo le había dado la razón. Y gracias a que se atrevió a aceptarlo, aquel encargo puntual trajo consigo una serie de trabajos que la revista le siguió encomendando y que, con el transcurso de los meses, desembocaron en una colaboración continua y periódica, que ella llevaba realizando regularmente hasta la fecha.

Elisa se desplazaba a Barcelona cada quince días, casi todos los meses del año, exceptuando un período de aproximadamente un mes de duración en Navidades, y de dos meses en verano. Muy en contra de su voluntad, así se lo había prometido a Pablo y así tendría que cumplirlo, si no quería tener más de un encontronazo con él.

Elisa compaginaba esas visitas regulares a Barcelona con su trabajo en su estudio de

Vitoria-Gasteiz. Los ingresos que le proporcionaba la revista, le habían permitido abandonar aquel local tan insalubre en el que dio sus primeros pasos y alquilar uno mucho mejor que, aunque también era pequeño, se encontraba en perfectas condiciones y, además, estaba situado en una de las calles más comerciales de la ciudad. De este modo, su visibilidad aumentó considerablemente y con ella, también lo hizo su clientela.

---

## X

Efectivamente, el hecho de haber aceptado aquel primer encargo, fue la mejor decisión profesional que había tomado en toda su vida.

Aquel evento resultó ser tan importante y decisivo como Gorka le había anunciado que sería. La primera duda que se planteó, tuvo que ver con su propia indumentaria: iba a ser una fiesta muy exclusiva, ¿cómo habría de vestir ella?

Después de darle muchas vueltas, al final optó por enfundarse de color negro toda entera, con unas mallas ajustadas y una camiseta de manga larga. Consideró que cumpliría mucho mejor su cometido si lograba ser lo más invisible y discreta que le fuera posible. Al fin y al cabo en este tipo de eventos, en los que la gente se muestra excesivamente preocupada por salir bien en la foto, todos posan de un modo muy artificial en cuanto ven una cámara, exhibiendo un rictus a modo de sonrisa que no siempre les hace parecer más atractivos.

Y precisamente para evitarlo, ella pretendía pasar totalmente desapercibida, caminar sigilosamente entre la gente sin que apenas advirtieran su presencia y de este modo, captar las conversaciones, las risas y los gestos de la manera más natural. Y así lo hizo, tratando de fotografiar al mayor número de personas que le fue posible, ya que el lugar estaba tan concurrido que no podía detenerse en exceso con ninguno de los invitados.

Y como bien le había dicho Gorka, nadie en la ciudad se había querido perder aquella fiesta: se celebró en una magnífica noche del mes de mayo, y los jardines del Palacio de Pedralbes lucían iluminados y engalanados con tal esplendor, que aquello parecía el acto de clausura de algún prestigioso festival de cine.

En la invitación figuraba expresamente que se requería etiqueta, y ninguno de los invitados había pasado por alto aquel detalle, a juzgar por los espectaculares vestidos de gala y las numerosas joyas que lucían ellas, y los elegantes trajes de chaqueta que llevaban ellos.

En aquel encuentro se fusionaban el mundo empresarial con el intelectual, el periodístico con el de la moda y, por añadidura, también el del cine o la televisión estuvieron representados. Por allí desfilaron conocidos escritores junto a modelos de pasarela, mezclados con diseñadores y blogueros de rabiosa actualidad.

Elisa se movía en aquel ambiente con discreción y sin apenas hacer ruido, aprovechando que todos estaban demasiado entretenidos tratando de socializar, como para advertir la presencia de una mujer menuda que se deslizaba entre ellos como si de una sombra se tratara.

- ¡Señorita, por favor, nosotros también queremos una foto! - oyó que alguien decía a sus espaldas.

Se giró, y allí estaban ellos.

Jon y Gorka.

Ambos se mostraban muy sonrientes, y se rieron divertidos en cuanto vieron la cara de asombro que puso ella al verlos. Y desde luego, no era para menos: su aspecto era absolutamente deslumbrante, ataviados como estaban con sendos esmóquines negros que les sentaban de maravilla. Formaban un dúo perfecto, uno moreno y el otro rubio, y Elisa pensó entonces que sería realmente difícil encontrar en aquella fiesta a dos hombres que pudieran competir con ellos.

- ¡Guau! ¡Estáis de muerte! – exclamó ella mientras los repasaba de arriba abajo con la mirada, totalmente impresionada. - ¡Parecéis dos modelos de pasarela!

- ¡Venga, Elisa, no te cachondees! – protestó Gorka, entre risas.

- ¡En serio! ¿Pero os habéis visto bien? ¡Tendríais que aparecer en las páginas de moda!

Los dos se rieron con el comentario, interpretándolo simplemente como una broma de su amiga. Ambos trataban de restar importancia a su propia presencia en aquel evento, mostrándose espontáneos y naturales, aunque en el fondo, Elisa notó que se sentían algo cohibidos. Tanto Jon como Gorka estaban poco o nada acostumbrados a moverse en aquellos ambientes tan protocolarios en los que, sin embargo, y cuando la ocasión lo requería, eran capaces de encajar a la perfección.

Ella analizaba con ojos profesionales la apariencia fresca y desenvuelta que ofrecían ambos amigos y pensaba que, indudablemente, daban un plano magnífico. Elisa insistió en confesárselo a ambos una vez más con total sinceridad, pero no consiguió que ninguno de los dos se lo tomara en serio. Muy al contrario, ellos seguían manteniendo una actitud modesta y reservada, y le respondían tirando de ironía, aunque en el fondo, las alabanzas de su amiga les estaban agradando tanto como les abrumaban, a partes iguales. De vez en cuando, uno de los dos recurría a desviar la mirada hacia la punta de sus zapatos, tratando de huir del intenso análisis al que ella les estaba sometiendo.

- Va, tía, no nos sigas vacilando, que sabemos que estás de guasa – protestó Jon, incapaz de aguantar por más tiempo su sonrojo. - ¡Corta el rollo de una vez!

- De acuerdo, no me creáis si no queréis... – zanjó Elisa, en tono burlón. Y acto seguido, les ordenó:- ¡Venga, juntaos los dos, que voy a hacer os una foto!

Elisa disparó su cámara con celeridad, aprovechando aquel momento de complicidad que había surgido entre los tres. Y el hecho de que ella fuera tan diligente resultó ser todo un acierto, porque aquel instante tan íntimo y especial estaba a punto de esfumarse con la misma rapidez con la que se había iniciado.

Y es que Elisa no era la única que había reparado en el hecho de que aquellos dos eran, con mucho, los hombres más atractivos de toda la fiesta.

Detrás de Jon y de Gorka apareció una exuberante joven muy sonriente que, tras propinar un contundente golpetazo de cadera a cada uno de ellos – gesto no exento de vulgaridad, a criterio de Elisa, - les obligó a separarse con el objeto de colocarse ella entre ambos. Ellos dos por su parte, no parecieron oponer la menor resistencia ante los groseros culetazos que les acababa de asestar aquella hermosa mujer, que resultó ser una modelo de cierto renombre. Lejos de eso, ambos le dedicaron una enorme sonrisa y se hicieron a un lado, cediéndole galantemente un espacio entre ambos, aquél que ella había reclamado tan burdamente.

Pero eso no parecía haberles molestado en absoluto, es más, a los dos se les veía encantadísimos de contar con su presencia. Ella entonces les agarró a cada uno de ellos por un brazo como si fueran dos trofeos y, haciendo gala de un tremendo desparpajo, se dirigió hacia Elisa y exclamó:

- ¡Por favor, háganos una foto! – y se colocó bien erguida, sin dejar por un momento de sonreír.

Elisa, volviendo a enfundarse en su rol profesional, accionó el disparador de la cámara en ráfaga aunque sabía a ciencia cierta que saldrían bien a la primera. Y es que la chica era realmente despampanante y sabía posar, y junto con sus dos amigos formaban un trío espectacular al que no le iban a hacer falta retoques.

Aquella joven, muy conocida por su singular belleza, llevaba un vestido rojo de lentejuelas con un escote de vértigo que apenas dejaba nada a la imaginación. Sin duda alguna, sería capaz de hacer palidecer a cualquier mujer que osara ponerse a su lado. Elisa era consciente de que en el aquel preciso instante había sentido una pequeña punzada de celos, completamente absurdos, por supuesto, razonaba ella.

Y ya no pudo retomar la conversación con sus amigos, porque la sonriente modelo no estaba dispuesta a soltar a sus encantadísimos acompañantes hasta que éstos la llevaran a tomar una copa. Y ellos, para no desairar a la joven, accedieron inmediatamente a cumplir sus deseos sin dar ninguna muestra de sentirse disgustados en su compañía. Ni un poquito siquiera.

Elisa aprovechó aquella interrupción para retomar su trabajo, y ya de paso, para tratar de aliviar la turbación que ella misma había sentido al encontrarse con sus dos amigos.

---

## XI

Ahora, transcurridos más de dos años, lo recordaba todo perfectamente.

Jon.

Tan elegante. Tan sonriente. Tan guapo. Derrochando vida y energía por todas partes.

Y esa sonrisa suya tan hipnótica...

La sonrisa que hizo que ella un día se enamorara de él...

Y sin embargo...

Mientras apartaba las lágrimas de su rostro, trataba infructuosamente de buscar un sitio donde poder aparcar en las inmediaciones de su estudio. La calle estaba a esas horas abarrotada de coches y no parecía que fuera a conseguirlo. No en vano aquella era una arteria muy céntrica y comercial de la ciudad, y también estaba cerca del colegio de June y de su casa, requisitos ambos indispensables para Elisa. Aparte de esto último, su actual local no tenía nada que ver con aquel agujero oscuro donde montó su primer estudio.

Las cosas eran bien distintas desde que Gorka le telefonara aquel día.

Y cuando lo hizo, ella no fue capaz de imaginar hasta qué punto se iba a ver alterada su vida.

Todo, por una simple llamada.

No conseguía parar de llorar, y tampoco conseguía aparcar. Mientras sentía cómo la frustración iba aumentando en su interior, se percató de que había alguien sentado en la puerta de su local, una figura menuda que observaba con atención el ir y venir de la gente.

Horrorizada, llegó rápidamente a la conclusión de que se trataba de su hija June. ¿Pero qué demonios hacía la niña allí, completamente sola? Miró el reloj y su espanto no hizo más que aumentar: era la una y veinte del mediodía. La niña salía del colegio a la una en punto.

Y ella tendría que haber estado allí para recogerla.



Inmediatamente dejó el coche tirado en un vado y salió corriendo hacia donde se encontraba su hija. La pequeña se había sentado en un pequeño reborde que sobresalía del escaparate una vez bajaba la persiana, y se abrazaba las piernas con los brazos como si tratara de protegerse a sí misma. Viéndola allí sentada, tan pequeña e indefensa, a Elisa le dio un vuelco el corazón.

- ¡June! – gritó, y la niña se levantó de un salto, como propulsada por algún resorte oculto que la hiciera salir despedida.

Rápidamente, los brazos de su madre se abrieron de par en par para acogerla amorosamente contra su pecho y, acto seguido, se cerraron con fuerza en torno a su pequeño y frágil cuerpo.

- ¡Mi pequeña June! ¡El amor de mi vida! – exclamó Elisa, tratando de valorar el grado de disgusto que reflejaba la cara de su hija de siete años. - ¿Pero qué haces aquí solita, en medio de la calle?

- Esperarte, mamá – contestó la niña, con la voz temblorosa por la emoción. – Como no has venido a buscarme...

Era la una y veinte... ¡La una y veinte! Y Elisa no paraba de repetirse a sí misma que resultaba absolutamente imperdonable que se hubiera olvidado de recoger a su hija. Tras el tremendo disgusto que se había llevado esa mañana, ni tan siquiera había sido consciente de que el tiempo volaba.

- Tesoro, escúchame bien – le ordenó a la pequeña, agarrando su carita entre las manos y dedicándole una mirada muy seria. – No vuelvas a hacer esto nunca jamás, ¿entendido? ¡No salgas sola del colegio bajo ningún pretexto!

La niña le escuchaba atentamente asintiendo en silencio, y comenzaba a hacer pucheros.

- En el caso de que mamá no llegue a tiempo por la razón que sea, tú me esperas en la portería hasta que aparezca, ¿lo has entendido?

- ¡Mamá, me estás riñendo! – protestó June, rompiendo a llorar. - ¡Y yo no he hecho nada malo!

- ¡No, mi vida! ¡No, mi vida! ¡Claro que no!

Elisa trató de tranquilizar a la niña dándole otro enorme abrazo. Ahora sí que se sentía una madre horrible. Una madre abominable, capaz de abandonar a su hija, sola e indefensa, a la primera de cambio. ¿Y si le hubiera ocurrido algo de camino hasta allí? ¿Y si le llega a atropellar un coche? Elisa pensaba amargamente que tal vez Pablo tenía razón, que ella no cumplía con sus obligaciones como madre, era un ser irresponsable que no se merecía tener a su cargo a esa criatura tan única y maravillosa que la vida le había regalado.

- Mamá, no aprietes tanto, que me haces daño...

Sin darse cuenta, Elisa abrazaba a la niña con tal fuerza que la estaba aplastando.

- Perdóname, cariño, perdóname... - y decidió que era el momento de revertir la situación hacia algo positivo. - ¿Sabes qué? ¡Esta tarde nos vamos las dos a la piscina!

- ¡Bieennn! – gritó la niña, feliz.

Elisa pensó entonces en lo bonita que resultaba ser la infancia, y en cómo los niños eran capaces de dejar atrás los momentos tristes para volcarse de inmediato en los buenos, con tan solo una fracción de segundo de por medio.

- ¡Y podrás estrenar ese bañador tan precioso que compramos la semana pasada!

Y mientras hablaba, Elisa cogió a su hija de la mano y se encaminó con ella hasta el coche, que seguía abandonado sobre el vado tal cual lo había dejado al salir corriendo, con la puerta del conductor abierta y el contacto encendido.

- ¿Sabes cuál te digo? – prosiguió Elisa, - el de las florecitas azules que tanto te gustó en la tienda.

La niña asentía, sonriendo y dando pequeños saltitos de alegría.

– Y para merendar, te podrás tomar un helado.

Elisa sentó a June en su sillita, situada en el asiento trasero del vehículo, y ajustó el cinturón.

- ¿Te parece bien, mi amor?

- ¡Sí, claro! ¡Por fin me vas a llevar de verdad! ¡Vas a cumplir tu promesa! ¡Yupiii!

Otra punzada de remordimiento fue a clavársele a Elisa en lo más profundo de su corazón. Una más. Ya casi no quedaba sitio libre, y como Pablo se enterara de aquello, de seguro le faltaría tiempo para clavarle otras tantas.

Afortunadamente para ella, lo más probable era que él no se hubiera percatado de que Elisa había ido a visitarle demasiado tarde, y que por tanto, no llegaría a tiempo de recoger a la niña a su hora, enfrascado como estaba en sus propios asuntos. Lo mejor sería que no se llegara a enterar nunca.

- Escúchame June, tesoro... - le dijo a la niña, mientras conducía camino de casa. – Verás, me gustaría que esto que ha pasado hoy, se quedara entre nosotras, ¿vale? Que no se lo contaras a papá...

- ¿Y por qué no? – preguntó la niña, curiosa.

- Bueno... ¿Sabes qué? A veces, no hay necesidad de contar todas, tooodas las cosas que suceden... ¡Se me ocurre que podría ser nuestro pequeño secreto! ¿Qué te parece? ¿Quieres que tengamos un secreto entre chicas?

- ¡Yupiiii!

Elisa observó atentamente a su hija por del espejo retrovisor, y suspiró aliviada al ver que la niña, aparentemente tranquila y relajada, sonreía mientras contemplaba la

calle a través el cristal de la ventanilla.

*“Ni siquiera el propio dolor es tan pesado como el dolor sentido con alguien, por alguien, para alguien, multiplicado por la imaginación, prolongado en mil ecos.”*  
 Milan Kundera, *“La insoportable levedad del ser.”*

***Teresa.***

***Vitoria-Gasteiz, lunes 11 de julio de 2016.***

## I

Apenas había despuntado el alba cuando Teresa se levantó de la cama. No le costó ningún esfuerzo hacerlo, durante las pocas horas que permaneció acostada aguardando el amanecer no fue capaz de conciliar el sueño.

Se obligó a sí misma a desayunar al menos una tostada y un café, le esperaban unos días muy duros por delante y no pensaba otorgarse el privilegio de desfallecer en ningún momento. Tomó una ducha rápida, se vistió, y cerró la maleta que había preparado apresuradamente de madrugada, con las pocas pertenencias que pensaba llevarse en aquel tren con destino a Barcelona.

No sabía si era cuestión de días.

O tal vez, serían semanas.

Un viaje al purgatorio de ida y vuelta, sin que al final de las siete gradas le esperara aquel paraíso con el que Dante soñara una vez. Un camino sombrío, minado de dudas, con la desesperanza como única compañera de viaje. Sentía que había comenzado su propia travesía por el desierto, todos los demonios que jamás pudo exorcizar habían regresado, cargados de inquina, a cumplir sus peores presagios.

Y a todos ellos, Teresa habría de hacerles frente. Ella sola. Como siempre.

Aunque a estas alturas ya se sintiera vieja y cansada, sin apenas fuerzas para luchar. Durante toda su vida trató de dar esquinazo a un destino que le era adverso y al final, parecía que la fatalidad había terminado por encontrarla. Y no tenía escapatoria.

Sentía que el viento nunca más volvería a soplar a su favor.

---

## II

- ¿Teresa...?

La voz sonó tan débil y congestionada al otro lado del teléfono, que le costó caer en la cuenta de que se trataba de su nuera, Irene.

- ¿Teresa...? – repitió aquella voz trémula. – Teresa, siento mucho tener que despertarte...

Ella, totalmente adormecida, miró las manecillas del reloj y vio que eran casi las tres y media de la madrugada. De un respingo, se sentó en la cama y asió con fuerza el teléfono. Algo grave había pasado, de eso no tenía duda.

- ¡Irene! – exclamó, desorientada. - ¡Irene! ¿Eres tú? ¿Pero qué ocurre? ¿Por qué me llamas a estas horas?

El llanto que escuchó al otro lado, le vino a confirmar sus peores sospechas.

- Ay Teresa, no sé cómo explicarte... - sollozaba Irene. - Cómo contarte... Teresa, se trata de Jon. Tu hijo ha sufrido un accidente... Las condiciones... son... complicadas... Sería bueno que vinieras mañana sin falta...

Teresa creyó que el corazón se le detenía allí mismo, que la sangre había dejado de circular y se le congelaba dentro de las venas.

- ¡Qué ha pasado! ¿Un accidente, dices? ¿De qué tipo? ¿Está grave? ¿Le han ingresado? ¿Qué dicen los médicos? – No podía parar de preguntar, necesitaba obtener de inmediato las respuestas a todas sus preguntas.

Al otro lado los sollozos se iban acallando, contenidos. Irene estaba haciendo acopio de todo el aplomo posible para tratar de explicarle a su suegra lo sucedido.

- Dicen que ha sido un accidente cerebrovascular... Parece ser que es como una hemorragia... Una hemorragia cerebral... Teresa, es algo inexplicable, yo... Yo aún no entiendo... Yo no sé por qué... - Irene balbuceaba, tratando de acabar las frases. – Ha ocurrido hace un par de horas, se ha desplomado en mis brazos, como si se hubiera desmayado...

El relato se veía continuamente interrumpido por el llanto de Irene, que era incapaz de controlarse. Mientras escuchaba a su nuera, Teresa sentía que las sienas le empezaban a palpar, desbocadas. Se aflojó el cuello del camisón al notar que empezaba a tener dificultades para respirar con normalidad.

- Ha venido una ambulancia - prosiguió Irene. – La he llamado por teléfono, y no ha tardado ni diez minutos en llegar. Y según tengo entendido, eso es de vital importancia

en este tipo de casos, así que en ese sentido me he quedado más tranquila. Acto seguido, se lo han llevado al *Hospital General de Catalunya*. Ya sabes que está a un paso de nuestra casa, afortunadamente. Allí le han atendido de inmediato. Tengo una gran confianza en que hayan podido parar la hemorragia a tiempo. Yo he dejado a los niños con una vecina y les he seguido en mi coche. Lo han ingresado en la U.C.I. Está en observación.

- Hija mía... Pero qué me estás contando...

Teresa sintió un vahído e instintivamente apoyó la espalda en el cabecero de la cama, incapaz de permanecer erguida. Sudaba y notaba cómo la sensación de ahogo iba aumentando por momentos.

- Lo siento muchísimo... Y sé que no debería haberte llamado a estas horas, pero necesitaba hablar contigo... Tenía que contártelo para que vengas cuanto antes a verlo... En cuanto amanezca a poder ser...

- Claro que sí, hija, claro que sí – contestó Teresa, armándose de valor. – Por supuesto, has hecho muy bien. Mañana a primera hora me planto en la estación y cojo el primer tren. Pero dime: ¿él cómo se encuentra?

- Solo sé que está dormido... – respondió Irene, rompiendo a llorar de nuevo, desconsolada.

- Dormido... - repitió Teresa, perpleja. – Eso querrá decir que lo habrán sedado, ¿no crees?

- Pues sí... Eso espero, sí... Claro, así será... - razonó Irene, tratando de buscar consuelo.

Pero había algo en el relato de su nuera que a Teresa no le acababa de encajar.

- Irene, hija, yo... Yo no sé si lo entiendo bien... - dijo, desconcertada.

Teresa repasaba mentalmente las explicaciones que le había dado ésta, como si se las hubiera formulado en otro idioma y ella se viera obligada a hacer un gran esfuerzo para traducirlas. Se sentía inmersa en una pesadilla absurda de la que, sin duda, estaría a punto de despertar de un momento a otro.

- No entiendo bien lo que pasó – prosiguió Teresa, tratando de ordenar sus ideas. - ¿Dices que se desmayó? Pero mañana es lunes... Por lo tanto, hace un par de horas... estaríais durmiendo, ¿no es así?

- S...s... Sí. Así es...

Por un instante, Irene dudó antes de responder, optando finalmente por ocultarle la verdad a su suegra. No estaba preparada para compartir con ella los detalles de las extrañas circunstancias en las que se habían desarrollado los acontecimientos. Y desde luego, y por mucho que la apreciara de veras, no tenía la menor intención de hacerle partícipe de sus más íntimas preocupaciones acerca de su matrimonio.

- ¿Pero cómo se desmayó, si ya estaba dormido? ¿Qué ocurrió exactamente? ¿De repente se encontró mal, y se despertó?

- Así es... Sí, así es...- mintió de nuevo Irene, entre lágrimas.

- ¿Y después, se desmayó?

- En mis brazos...

El llanto de Irene era totalmente desgarrador. Teresa sintió una punzada en el corazón tan lacerante, que pensó que podría morir allí mismo del dolor.

- Poco más me han dicho los médicos hasta el momento— concluyó Irene, sonándose la nariz. – Aparte de eso, me han recomendado que me acueste y que trate de dormir, que mañana Jon me necesitará descansada y llena de energía. Y me han obligado a marcharme a casa... Te estoy llamando desde la puerta de urgencias, acabo de salir...

- Madre mía... madre mía... madre mía... - repetía Teresa de fondo, como una letanía.

- Teresa. Teresa, por favor. Trata de dormir un poco tú también – le rogó Irene, procurando transmitir algo de serenidad en su voz.

Le preocupaba pensar que aquella noticia pudiera alterar la salud de su suegra, ya de por sí delicada a causa de la tensión arterial. Ahora se arrepentía de haberla llamado tan pronto, se había dejado llevar por los nervios y la desesperación, y por su necesidad apremiante de desahogarse.

- Teresa, descansa, te lo ruego – insistió. – Mañana te espera un duro viaje. Y no nos podemos permitir ahora que te pongas enferma. Jon te necesita a su lado. Tenemos que ser fuertes. Descansa. Descansa – le ordenó. – Duerme un poco... Eso es lo que intentaré hacer yo también...

Pero aquello a Teresa le iba a resultar del todo imposible. En cuanto colgó el teléfono, trató de incorporarse de la cama poco a poco, sentándose primero, poniendo los pies en el suelo después, procurando habituarse a cada nueva posición antes de pasar a la siguiente, y haciendo un esfuerzo por sacudirse la sensación de mareo que le estaba invadiendo por momentos.

En cuanto estuvo segura de que las piernas le sostenían en pie y que no se caería rodando por el suelo, se dirigió a la cocina a tomar una de sus pastillas. Iba a necesitar una dosis extra para que su hipertensión no se disparara por las nubes. Acto seguido, sacó su vieja maleta de viaje del armario trastero y se dispuso a introducir en ella unas cuantas prendas, escogidas casi al azar. Se veía incapaz de seleccionarlas de una manera racional.

Estaba terminando de hacerlo cuando su teléfono volvió a sonar.

- Teresa, soy yo otra vez, ¿te he despertado? – preguntó Irene.

- No, hija no. Creo que me resultará imposible dormir.

- Ya me lo imaginaba. Por eso me he atrevido a llamar de nuevo. Yo acabo de llegar a casa.

Irene hizo una pausa y continuó hablando con voz temblorosa.

– Quiero pedirte algo: a Jon siempre le ha gustado mucho esa foto en blanco y negro de cuando él era un niño, ¿sabes cuál te digo?, ésa que está en tu salón, en la que sale junto a un futbolista.

Teresa contestó que sí, que sabía a cuál se refería, e Irene prosiguió.

– Yo he querido pedírtela prestada un montón de veces para hacer una copia y así tenerla también en nuestra casa. Pero al final, nunca lo hice... Siempre pensé que ya me la prestarías más adelante, en otra ocasión... – confesó Irene, con un deje de profunda tristeza. – Tráemela, por favor. Ya no quiero esperar a que haya una próxima vez.

-----

### III

Salió de su portal de la calle Francia tirando de su maleta de ruedas, y a pesar de llevar poco equipaje, a ella se le antojaba que era tremendamente pesado. Tal vez no fuera la maleta lo que ralentizaba sus pasos, sino el peso de su alma. Era un reo al que le habían colgado un grillete al cuello del que pendía una gruesa bola de acero, difícil de arrastrar.

El día acababa de despertar y, salvo algunos repartidores que realizaban sus entregas en panaderías y comercios, el resto de los habitantes de la ciudad parecían sumidos en un profundo sueño.

Caminó por las calles desiertas, bañadas por los primeros haces de luz que, tímidamente, empezaban a calentar una fresca mañana de verano, como acostumbraban a ser todas en Vitoria-Gasteiz. Pero con el transcurso de las horas, aquellos rayos de sol irían haciéndose cada vez más fuertes, propiciando la que sin duda sería una jornada muy calurosa de mediados de julio.

Iba caminando despacio. Sabía por experiencia que era demasiado temprano para que saliera ningún tren. Y no quería malgastar de buena mañana las pocas energías que no se habían negado a acompañarla en aquel viaje. Sentía que sus piernas, inseguras, obedecían los mandatos de su cerebro con la fragilidad de dos juncos secos, a punto de quebrarse ante cualquier movimiento brusco.

Tras atravesar la calle General Álava, enfiló sus pasos hacia la calle Dato. Avanzaba lentamente, escoltada por dos hileras de frondosos magnolios, mudos



testigos de su pesaroso caminar.

Ya se divisaba la estación de trenes a lo lejos. Al final de la calle.

---

## IV

Su hijo Jon vivía en Barcelona junto a su mujer y a sus dos hijos pequeños. Aunque tanto Irene como él eran de Vitoria-Gasteiz, llevaban tanto tiempo viviendo en la ciudad condal, que hasta los niños habían nacido allí. Y este hecho quedaba patente en los nombres que habían escogido para sus nietos: Gala se llamaba la mayor, de diez años, y Marc el pequeño, de siete. Se sentían plenamente integrados en la vida de la ciudad, desde aquel 2006 en el que a Irene le ofrecieron un puesto de trabajo que no pudo rechazar.

Cuando su jefe de la asesoría fiscal en la que trabajaba en Vitoria le llamó a consulta aquella mañana temprano, se temió lo peor. Estaba embarazada de su primera hija y no le gustó nada el tono tan oficial que empleó para decirle aquello de “*Nos vemos en mi despacho*”. Le sonó fatal, a relego a la mesa del último rincón oscuro del fondo del pasillo, o peor aún, a despido inmediato y fulminante.

Y frente a aquel fatídico escenario, por la vía judicial sabía que poco podría hacer para defender sus derechos: su empresa contaba con el respaldo del mejor departamento jurídico que se podría tener, no en vano era una asesoría de reconocido prestigio, con sede en las principales ciudades del país. Y aunque se hablaba tanto de la conciliación familiar y de los derechos de las mujeres, Irene era consciente de que en realidad, las cosas no eran tan sencillas como a veces los políticos querrían hacernos creer. Así que acudió resignada al despacho del jefe, jurándose a sí misma que, escuchara lo que escuchase, y a pesar de que sus hormonas últimamente estuvieran allí para jugarle malas pasadas, no se iba a permitir el lujo de romper a llorar. Se mantendría entera hasta el final y saldría por aquella puerta llevándose consigo su dignidad intacta, metida al fondo de una caja de cartón.

Pero por fortuna, su brillante instinto natural apuntaba a los números y no lo hacía en cambio a las predicciones agoreras, porque enseguida descubrió que no podría haber estado más equivocada. Lo que en realidad le quería ofrecer su jefe era un puesto de mayor responsabilidad en su sede de Barcelona. Era una oferta tan tentadora, que apenas la podría rechazar.

No obstante, se mordió el labio inferior para acallar un grito de júbilo que pretendía escapar de su boca, y pidió que se le concedieran unos días de margen antes de dar una

respuesta definitiva. Dijo que se lo tendría que pensar y que lo consultaría con su marido. Aceptar aquel cargo supondría que Jon dejara su trabajo y se mudara con ella. Y, por descontado, antes lo tendrían que valorar serenamente.

En un primer momento, Irene temió que Jon rechazase su propuesta. Resulta muy común que las mujeres aparquen su trabajo y abandonen su vida personal para seguir los pasos de sus maridos, en caso de que éstos emprendan un camino profesional muy prometedor lejos de casa. Socialmente es una realidad más que aceptada. Pero otra cosa bien distinta era plantearle a un hombre que hiciera tres cuartos de lo mismo, en pos de brindar a su esposa la oportunidad de desarrollar una excelente carrera laboral. Irene no conocía a ninguna pareja en esta situación. Y aunque a Jon siempre le había gustado muchísimo Barcelona y, de hecho, allí había estudiado la carrera, ella no estaba del todo segura acerca de cómo iba a reaccionar.

Por aquel entonces él trabajaba en una emisora de televisión local, llevando las riendas de un programa de deportes. Y aunque no ganaba mucho dinero, formaba parte de ese reducido grupo de privilegiados que logran conjugar dos conceptos tan habitualmente antagónicos como son trabajo y aficiones.

Él lo había conseguido, sin duda, gracias a que supo enfocar su carrera periodística hacia la crónica deportiva y, sobre todo, al especializarse en lo que siempre fue su gran pasión: el fútbol.

---

## V

Teresa se detuvo un momento en mitad de la calle Dato y se pasó el dorso de la mano por la frente, tratando de secar la película de sudor que se le estaba empezando a formar. Suspiró, acalorada. Aquellos tímidos rayos templados que apenas hacían notar su presencia unos minutos antes se envalentonaban ahora, arrojándose en picado desde lo alto de un cielo azul sin rastro de nubes, procedentes de un sol que prometía ser inmisericorde.

*“Es demasiado temprano para que haga tanto calor”*- pensó, quitándose la chaqueta que prudentemente llevaba puesta y desanudándose el pañuelo del cuello. Aquello que en Vitoria-Gasteiz era el inicio de una jornada calurosa, en Barcelona podría convertirse en un día de auténtico bochorno, húmedo e insoportable.

A su mente acudió aquel cálido día de verano en el que llevó a su hijo a ver al Alavés cuando era apenas un niño. El partido tuvo lugar en el Estadio de Mendizorrotza. Aquella tarde sí que hacía un calor abrasador, ella hubiera preferido ir

a refrescarse junto a Jon a las piscinas del *Estadio*, pero era tanta la ilusión que tenía el chiquillo por ver jugar a sus ídolos, que no pudo resistirse ante aquella mirada de ojillos suplicantes y compró dos entradas. Irían juntos y disfrutarían del encuentro, madre e hijo.

No recordaba de qué partido se trataba, pero estaba segura de que debía de ser algún encuentro de cierta importancia. Tampoco se acordaba de quién era el rival. Si le hubieran preguntado si era amistoso, si era de liga, o tan solo, en qué división jugaba el Alavés en aquellos tiempos, se habría encogido de hombros. Nada le importaba a ella el fútbol. Lo único que le encendía la sangre y le hacía proferir gritos de júbilo - mimetizándose con el resto de la afición, - era contagiarse de la alegría y la emoción que desprendía la cara de su pequeño. Y por aquello, habría dado la vida.

Cuando acabó el partido, el niño se empeñó en acercarse a saludar a los jugadores que permanecían en el campo firmando autógrafos y haciéndose fotos con sus seguidores.

- Jon, no nos van a dejar pasar... Mira qué de gente hay... - trató de desanimarlo Teresa, tirando del brazo del niño, que ejercía una feroz resistencia.

Pero Jon no cedía, y hacía alarde de poseer una fuerza inusitada, difícil de adivinar tras aquel cuerpecillo de aspecto frágil. Él estaba empeñado en bajar al campo. Y Teresa ya sabía que, desde bien pequeño, su hijo era de los que conseguían aquello que se proponían.

De un último tirón, el niño se zafó de la mano de su madre y salió corriendo gradas abajo, seguido de una contrariada Teresa que trataba de evitar, tanto que el pequeño cayera rodando por las escaleras y se hiciera daño, como que lo hiciera ella misma.

Jon llegó corriendo hasta el corrillo que se había formado en torno a los jugadores a la entrada de los vestuarios. Intentó abrirse paso a codazos entre los adultos, pero aquello le resultó completamente imposible: formaban un muro infranqueable para un niño pequeño como él.

Entonces, optó por arrastrarse bajo sus pies y reptar sobre el césped hasta lograr traspasar aquella barrera humana. Para cuando lo consiguió, allí solo quedaba un puñado de jugadores rezagados que atendían a los aficionados más insistentes.

De inmediato, Jon reconoció a su favorito.

- ¡Valdano! - se puso a gritar. - ¡Valdanoooo! - Jon corrió hacia el argentino y se abrazó con tal fuerza a sus piernas, que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

- ¡Qué tierno niño!- exclamó Jorge Valdano. - ¿Cómo te *llamás*, vos?

Al pequeño le sorprendió aquel acento desconocido, pero igualmente le contestó que su nombre era Jon, sin parar de abrazarse a sus piernas y de sonreír, feliz y satisfecho por haber logrado su objetivo.

Mientras tanto, Teresa había conseguido abrirse paso entre la gente y observaba emocionada la entrañable escena. A un fotógrafo de la prensa local tampoco le pasó desapercibido el emotivo gesto del niño, y se dispuso a retratarlo junto a su ídolo.

- ¡Jorge! ¡Aquí!- gritó el reportero, tratando de llamar la atención del futbolista. – ¡Mira aquí, por favor! ¡Y que mire el niño también!

El jugador miró, Jon le imitó, y el fotógrafo apuntó con su cámara y disparó, congelando para siempre aquel instante maravilloso y fugaz.

En cuanto hubo terminado de hacerlo, Teresa abordó al hombre para asegurarse de que le entregaría una copia de la foto.

- ¡A mi hijo le haría una ilusión tremenda tenerla! – Le aseguró.

- No se preocupe señora, yo se la envío – contestó el fotógrafo, muy amablemente. – Dígame la dirección de su casa y en cuanto la haya revelado, le mandaré una copia.

Y efectivamente, el hombre cumplió su promesa.

A los pocos días el cartero le entregó a Teresa un sobre rígido con la foto en su interior. Aquella preciosa imagen en blanco y negro de un sonriente y jovencísimo Valdano, junto a un emocionado Jon de apenas ocho años de edad, pasó a ocupar un lugar de honor en una mesita del salón de su casa. Y desde allí, año tras año veía los días pasar a través de su cristal, protegida por un labrado marco de plata.

Así permaneció hasta aquel día, en el que Irene le había rogado encarecidamente que llevara la foto consigo a Barcelona.

Y ella la había introducido en la maleta con marco y todo, bien protegida entre los pliegues de la ropa y cuidadosamente envuelta en un papel de celofán.

-----

## VI

Teresa ya había llegado al final de la Calle Dato y estaba entrando en la estación.

Al ser tan temprano, el vestíbulo principal se encontraba prácticamente vacío, salvo por la presencia de unos pocos viajeros que aparecían desperdigados por doquier. Se dirigió a la ventanilla desierta y pidió un billete para Barcelona en el próximo tren.

- Señora, llega usted muy pronto. El primero de hoy no sale hasta las doce del mediodía – le informó el hombre que expendía los billetes.

- No importa. Puedo esperar.

- Pero es que faltan más de tres horas... Y todavía está cerrada la cafetería...

- Es igual, no se preocupe. Esperaré lo que haga falta.

El empleado de la ventanilla observó a Teresa por encima de sus gruesas gafas de pasta. Se había pasado los últimos cuarenta años de su vida contemplando a la gente desde aquel mostrador que era como un puesto de vigía, y desde allí acostumbraba a observar con ojos curiosos aquel ir y venir de gentes que se movían apresuradamente y en cualquier dirección, seres que se esfumaban con la misma facilidad con la que aparecían, sin dejar rastro alguno. Y con el tiempo había desarrollado una especie de sexto sentido, una sensibilidad que le permitía percibir los estados de ánimo ocultos tras aquellos rostros anónimos.

Lo que las miradas dicen. Lo que la gente calla.

El hombre observó a la solitaria anciana que tenía ante sí y le llamó especialmente la atención aquel rostro compungido, los ojos vidriosos, la mirada ausente, y supo enseguida que aquella mujer estaba sumida en una profunda tristeza. Instintivamente, sintió lástima por ella.

- Señora, le deseo un buen viaje – le dijo, entregándole su billete. – Si necesita usted cualquier cosa mientras espera, no dude en pasarse por aquí y pedírmela... Si en algo le puedo ser de utilidad...

Teresa dio las gracias a aquel señor tan amable y se dirigió al andén por el que haría su entrada el *Alvia* con destino a Barcelona. Permanecería allí sentada las horas que hicieran falta, hasta ver aparecer su tren.

En ningún lugar iba a estar mejor.

Sentía que aquella estación y aquella espera le acercaban a su hijo, aunque fuera tan solo un poco.

Otro tren estaba a punto de hacer su entrada, y el andén se había llenado de pasajeros. Teresa trató de buscar con la mirada un hueco libre donde sentarse. Al percatarse de ello, un joven cargado con una gran mochila y otros bultos menores, liberó la mitad del banco en el que había desplegado todos sus bártulos y le invitó educadamente a sentarse a su lado, gesto que ella agradeció.

El chico tenía pinta de aventurero, de ir a vivir mil experiencias nuevas durante aquel verano, allá donde su destino tuviera a bien llevarlo. Mientras observaba discretamente a aquel muchacho y a su desparramado equipaje, los ojos de Teresa se toparon de pronto con la brillante superficie de una papelería de acero inoxidable que tenía justo al lado, y el reflejo le devolvió la imagen de una mujer mayor, abatida y cansada.

Hubo un tiempo en que a ella también le sobraban las energías, en el que nada se le ponía por delante y en el que luchaba con todas sus fuerzas por conseguir todo aquello que quería. Pero ahora, al borde de cumplir los setenta y cinco años de edad, sentía que había recibido de la vida una estocada mortal, la daga del matador que,

meticulosamente, estudia con frialdad dónde clavar ese último golpe de gracia que hará que el animal, jadeante y sanguinolento, caiga al fin desplomado sobre el duro suelo.

El tren al que todas aquellas personas esperaban hizo su entrada en la estación y la gente desapareció rápidamente de la vista, engullida en su interior. Aquel joven tan simpático que se sentaba a su lado se despidió de ella con una sonrisa y subió también, llevándose con él su numeroso y desbaratado equipaje.

En cuestión de pocos minutos, el intenso ruido antes reinante en todo el andén, dio paso al más profundo de los silencios.

Parecía como si el tiempo se hubiera detenido en aquella estación desierta.

Tan solo quedaban allí, esparcidas por el suelo, un puñado de hojas sueltas de un periódico local, a las que una leve corriente de aire se empeñaba en arremolinar contra una esquina.

Tan solo quedaba allí, sentada en el extremo de un banco vacío, una solitaria mujer con la cabeza gacha y el cuerpo encorvado, a la que la vida se empeñaba en zarandear con mayor virulencia aún de la que el aire empleaba con aquellas insignificantes hojas de papel.

Sentada en el banco, Teresa se resignaba a ver las horas pasar.

Como si fuera un juguete roto, que un niño ha dejado tirado en un banco de cualquier estación sin nombre.

-----

## VII

Estaba agotada. Se prometió a sí misma que trataría de dormir un rato en cuanto llegara el tren y consiguiera ocupar su asiento. Tendría que intentarlo, al menos. Últimamente aquel viaje se le hacía tan largo...

Por mucho que estuviera acostumbrada a ello, con el transcurso de los años – y a pesar de estar deseando ver a los suyos, – el hecho de subirse a uno de aquellos vagones suponía para Teresa realizar un esfuerzo cada vez mayor. Ella nunca había sido una persona muy viajera. De hecho, a lo largo de toda su vida apenas había salido de su casa, y así habría seguido siendo, de no ser por aquellos desplazamientos que desde hacía muchísimos años realizaba para visitar a su hijo.

La vida de Jon siempre había estado ligada a Barcelona. Al terminar C.O.U. y aprobar la Selectividad, no se lo pensó dos veces y se fue a la ciudad condal a cursar sus estudios de periodismo. Tomó esa decisión porque allí vivía su mejor amigo de la

infancia, Gorka Aizaga, que además había escogido la misma carrera que él.

Para cuando llegó Jon, Gorka ya llevaba más de cuatro años viviendo en Barcelona con su familia. Se habían mudado allí en el año 85, al aceptar su padre un relevante puesto como directivo en una multinacional muy prestigiosa.

A los dos les entusiasmaba la idea de estudiar juntos en la facultad y también la de compartir alojamiento. Y aunque más tarde se acabaron instalando por su cuenta, durante el primer año de carrera Jon se fue a vivir a casa de su amigo.

Gorka y sus padres residían en un espacioso dúplex de un elegante edificio situado en el Paseo de la Bonanova, en la parte alta de la ciudad. Durante el tiempo en el que los chicos estuvieron con ellos, los buenos señores se empeñaron en que Teresa se alojara allí también cada vez que fuera a visitar a su hijo. Y a ella no le quedó más remedio que aceptar aquella amable invitación, entre agradecida y resignada, porque ante la insistencia de la madre de Gorka, no fue capaz de encontrar una manera educada de negarse, por mucho que lo intentara.

Pero lo cierto era que Teresa se sentía fuera de lugar en aquel ambiente al que ella estaba tan poco acostumbrada, donde una empleada del hogar filipina llamaba cada mañana a su puerta de la habitación de invitados con la intención de hacerle la cama. Aquello, a Teresa le resultaba realmente chocante. Y daba gracias de que, al menos, los padres de Gorka no fueran demasiado exigentes con las formas y permitieran que aquella muchacha tan diligente vistiera como quisiera. Teresa había llegado a ver a otras jóvenes compatriotas suyas desfilando por el edificio de riguroso uniforme, e incluso a alguna llevando una cofia en la cabeza. Circulaban por ahí de esa guisa, haciendo recados por el barrio o jugando con los niños en los cuidados jardines de la parte posterior de la finca, y todo el mundo – exceptuándola a ella, – parecía encontrar aquello de lo más normal.

En general, todo el barrio de Sant Gervasi destilaba un estatus social que a ella le incomodaba, sin que fuera capaz de atribuirlo a una razón en especial. Al final, Teresa lo acabó achacando al hecho de que ella provenía de una familia obrera y trabajadora, y no estaba acostumbrada a manejarse en aquel entorno tan acomodado. Y aunque todos se comportaban con ella de una manera exquisitamente educada, lo cierto era que no conseguía relajarse de verdad, hasta que no se encontraba sentada de nuevo en el tren de regreso a casa. No era de extrañar por tanto, que se sintiera aliviada en el momento en que los chicos decidieron irse a vivir a un piso de estudiantes.

Nada más comenzar el segundo año de carrera, los dos amigos alquilaron un apartamento en la primera planta de un edificio decimonónico, situado en una agradable zona de la Avenida Diagonal. En cuanto ambos se hubieron instalado - junto con un muchacho francés de lo más simpático que ocupaba la tercera habitación, - Teresa sintió que recuperaba de nuevo su independencia, y aunque agradecía de corazón las múltiples atenciones que los padres de Gorka le habían dispensado, a

partir de ese momento contaba con total libertad para ir y venir a la ciudad cuando le apeteciera. Ella, por su parte, comenzó a alojarse en una modesta pensión que encontró cerca del piso de los chicos. Y en cuanto éstos se iban a clase aprovechaba para hacerles la colada, limpiarles la casa y prepararles un montón de comida casera que luego les dejaba en el congelador, procurando que siempre tuvieran algo decente que llevarse a la boca, hasta su próxima visita.

Teresa sabía a ciencia cierta que para Jon, aquélla había sido una etapa muy feliz de su vida.

---

## VIII

Pensó entonces en Gorka y en lo maravilloso que le parecía aquel muchacho, que siempre se había mostrado con ella tan afectuoso y atento. Jon y él eran muy buenos amigos desde la más tierna infancia, de modo que Teresa le tomó un gran cariño cuando era apenas un niño. Le tenía tanto aprecio, que para ella era como si fuera un segundo hijo. Y a pesar de haberse mudado a Barcelona a la temprana edad de catorce años, la estrecha amistad que ambos muchachos compartían no se vio en absoluto afectada por la distancia. Muy al contrario, cada vez que estaban juntos se comportaban como si Gorka nunca se hubiera marchado.

Año tras año, Gorka regresaba puntualmente a Vitoria-Gasteiz a pasar las Navidades, o durante las vacaciones de verano. Y cuando no lo hacía en compañía de sus padres, acostumbraba a quedarse a dormir con ellos en su casa. Teresa guardaba un inmejorable recuerdo de aquellas visitas: el piso se llenaba de risas y de alegría con la presencia de aquel nuevo habitante, al que le encantaban los platos que ella preparaba para darle la bienvenida.

Aquello de cocinar para Gorka, era una costumbre que comenzó muchos años atrás. Desde que los dos amigos eran bien pequeños y el niño iba a jugar a su casa, ella, que siempre había disfrutado mucho entre fogones, aprovechaba para preparar alguna de sus mejores recetas. Se sentía feliz al pensar que por fin alguien apreciaría de veras sus guisos y comería con ganas en aquella casa, para variar, porque Jon en cambio era un niño que no solía tener mucho apetito.

Y esta diferencia entre ambos chiquillos se ponía de manifiesto también en su constitución: si bien Jon era un niño muy alto y muy delgado, de piernecitas tan finas como palillos, Gorka era sensiblemente más bajito y visiblemente más ancho. Durante su más tierna infancia y a comparación de su amigo, se podría decir que a Gorka le sobraban unos cuantos kilitos, precisamente aquellos que, por el contrario, le faltaban a



Jon. Pero este hecho que de niños era bien patente, con los años se fue normalizando, suavizándose durante la etapa de la adolescencia y desapareciendo por completo en la edad adulta. Ya de mayor, en Gorka no quedaba ni rastro de aquel ligero sobrepeso que le acompañó durante sus años más jóvenes, y que tan negativamente pareció haber influido en su autoestima.

También en cuanto a su forma de ser, los dos niños eran bien distintos: Jon era desenvuelto y decidido, capaz de expresarse con total desparpajo ante cualquier persona que le quisiera escuchar, mientras que Gorka era más bien tímido y retraído, y apenas se atrevía a hablar si se encontraba en presencia de algún adulto. Siempre que había uno delante, él esperaba a que se diera media vuelta y se marchara para poder explayarse a sus anchas, y entonces sí, resultaba ser un niño muy alegre y locuaz.

Cuando iba a jugar a su casa, a Teresa le divertía escuchar durante unos instantes las conversaciones que ambos niños mantenían, sin que ellos se dieran cuenta de que lo hacía. Si casualmente pasaba por el pasillo y oía que estaban hablando en voz alta en el cuarto de Jon, se paraba un momento tras la puerta cerrada y prestaba atención. Y cuando lo hacía, siempre acababa riéndose con las ocurrencias de los pequeños que, al creerse completamente solos, se ponían a disertar durante horas sobre los temas más pintorescos y disparatados.

La única afición que nunca compartieron los dos amigos, fue la pasión por el fútbol. Jon era un niño rápido como las balas, que gozaba corriendo detrás del balón, sorteando con enorme destreza a todos sus rivales. Sin embargo, las pocas veces en las que Gorka accedía a jugar - siempre a regañadientes, - enseguida se hacía un lío con sus propias piernas y aquella maldita pelota se le resbalaba entre los pies como si de agua se tratara, de modo que no era capaz de dar un solo paso sin que otro niño se la arrebatara con facilidad.

Pero contrariamente a lo que pudiera parecer en un primer momento, su falta total de sintonía en lo que a deportes se refería no supuso el final de su amistad, ni muchísimo menos. Con el paso del tiempo, y lejos de producirse un distanciamiento entre ellos, su afinidad no hizo más que crecer y consolidarse. Ambos se sentían cómodos realizando ciertas actividades cada uno por su cuenta y en compañía de otros amigos, y juntándose de nuevo para disfrutar de otras muchas aficiones que sí compartían. La suya era una relación sólida y fraternal, a prueba de diferencias.

Eran amigos de los de verdad, y estaban unidos por una de esas amistades que se prolongan en el tiempo y que duran toda la vida.

-----

Mientras Jon cursaba sus estudios en Barcelona, Teresa acostumbraba a realizar aquel viaje varias veces al año a lo largo del período académico. Pero después, al acabar la carrera, él regresó a Vitoria-Gasteiz y vivió varios años con su madre hasta que se casó con Irene, una antigua compañera suya de los tiempos del colegio. Y una vez que ambos regresaron de nuevo a la capital catalana - una década había transcurrido ya desde que Irene aceptara aquel empleo, - Teresa retomó el hábito de realizar ese viaje regularmente, ahora ya para visitar a toda la familia.

Llevaba tantos viajes a las espaldas, que hasta podría recorrer aquel trayecto con los ojos cerrados: al bajar del tren en la estación de *Sants*, cogería la línea tres o la línea cinco de metro hasta la parada de *Provença* y desde allí, los Ferrocarriles de la *Generalitat de Catalunya* hasta Sant Cugat, donde la familia se había establecido al nacer el segundo de sus hijos, Marc. Pensaron que una casita con jardín en una localidad cercana a Barcelona y bien comunicada con la ciudad, sería el sitio ideal para ver crecer a sus dos hijos. De este modo, se alejaban del ajetreo mundano del Ensanche y de las estrecheces de aquel diminuto piso de la calle *Rocafort*, en el que pasaron sus primeros años en la ciudad.

Porque sí, en efecto: Jon aceptó de buen grado la propuesta de Irene, y ambos se mudaron a Barcelona cuando ella estaba embarazada de su primera hija. La idea de regresar allí donde guardaba sus mejores recuerdos de estudiante y donde seguía viviendo su gran amigo Gorka, le agradaba y le motivaba enormemente, ayudándole por otro lado a mitigar la sensación de incertidumbre que, sin duda, se cernía sobre su futuro profesional. Pero por encima de toda consideración, estaba el hecho de que adoraba a su mujer y sabía valorar la importancia que tenía para ella aquel ascenso, así como las oportunidades que su nuevo puesto de trabajo le brindarían en una urbe tan cosmopolita como aquélla.

- Y no te preocupes por mí – le tranquilizó a Irene, abrazándola.- Yo estaré bien. Barcelona es para mí como mi segundo hogar. Ya encontraré un trabajo pronto, tenlo por seguro.

A Jon no le asustaban los cambios. Sabía reconocer sin prejuicios que su carrera profesional no atravesaba un momento tan bueno como la de su mujer y pensaba que, incluso, un giro de estas características podría suponer una buena oportunidad para que él mismo se abriera nuevos horizontes. Al fin y al cabo, una ciudad como Barcelona tenía que estar llena de oportunidades para un buen periodista deportivo que fuera trabajador y entregado, un luchador inasequible al desaliento como lo era él. Y con ese espíritu tan resiliente, se despidió de la cadena de televisión en la que en los últimos años se había sentido a gusto y feliz, y se dispuso a hacer las maletas.

Al poco tiempo de instalarse en Barcelona nació su hija, a la que llamaron Gala. A ambos les sedujo el nombre de la que fuera esposa y musa del singular pintor, Salvador

Dalí. Los dos habían caído rendidos ante la genialidad del artista, un buen día en el que Gorka les llevó a visitar Figueres y Portlligat para conocer su obra y vida, a falta de un par de meses para que naciera la niña.

Y también fue Gorka el padrino del bautizo de la pequeña, por expreso deseo de Jon. Ésa fue la única condición que les impuso él a los padres de Irene, en caso de que quisieran celebrar el acto religioso. Jon era un ateo convencido, y toda esa parafernalia de los faldones y las aguas bautismales le causaba cierto repelús. De modo que, si por complacer a su familia política no tenía más remedio que pasar por todo aquello, al menos exigía que aquel papel tan representativo recayera en la figura de su mejor amigo, su casi hermano. La madre de Irene, ferviente católica, accedió de inmediato sin rechistar. Ella hubiera preferido que fuera su hijo Andoni el que apadrinara a la niña, pero toda renuncia era poca si con ello conseguía al menos que su nieta recibiera aquel sagrado sacramento de manos de su párroco de cabecera. Habría aceptado que nombraran padrino hasta al mismísimo Pato Donald, si así se lo hubieran exigido.

Gorka se sintió muy honrado con aquel gesto, y aunque él tampoco era creyente, aceptó de buen grado desplazarse a Vitoria-Gasteiz – que allí habría de celebrarse el acto, por deseo expreso de la madre de Irene. En la iglesia de San Pedro para más señas, lugar donde se bautizaron sus propios hijos, – y estuvo encantado de representar su papel a la perfección. Para ello se puso un traje oscuro entallado, que resaltaba la espléndida forma física que había ido adquiriendo con los años. Teresa recordaba la magnífica sensación que le había causado. Ella misma se sorprendía al comprobar que cada vez que lo veía, Gorka tenía mejor aspecto. Sin haber perdido su natural simpatía, cada día sus gestos desprendían más seguridad y confianza en sí mismo. Nada en él dejaba entrever al niño retraído e inseguro que una vez fue.

Con el paso del tiempo y con la experiencia que dan los años, había sido capaz de controlar y disimular aquella timidez innata en él, relegándola a un lugar oscuro, oculto en lo más profundo de su ser.

---

## X

El tren con destino a Barcelona hizo finalmente su aparición en la estación de Vitoria-Gasteiz. Teresa se dispuso a levantarse de aquel banco, notando cómo sus entumecidas piernas se negaban a acompañarla. Las largas horas durante las cuales había permanecido allí sentada sin apenas moverse le habían agarrotado los músculos, y a consecuencia de ello le costó bastante trabajo ponerse en pie.

Se aferró a su maleta con determinación y se dispuso a hacer todos los esfuerzos que

estaban en su mano para tratar de subirse a aquel vagón por sus propios medios. Odiaba aquellos endiablados escalones de acceso, estrechos y empinados, que año tras año parecían querer ponérselo todo un poco más difícil.

- *“Llegará un momento en el que no pueda subirlos más”* – pensó, desalentada. – *“Y ese día, ya no podré volver a Barcelona.”*

Se obligó a apartar aquel negro pensamiento de su mente. Se sentía saturada de tristezas. No había sitio para una más.

-Permítame que la ayude, señora. – Le dijo un amable joven que esperaba detrás de ella, asiéndola por un brazo y propiciando que Teresa pudiera alcanzar al menos el primer escalón.

Otro señor que había subido delante de ella, le tomó la maleta y la introdujo en el interior del vagón. Acto seguido agarró a Teresa por el otro brazo, y entre los dos lograron finalmente que la mujer pudiera subirse al tren. Ella dio las gracias a ambos, colocó su maleta en el portaequipajes – ayudada de nuevo, esta vez por una muchacha joven, - y se dispuso a buscar su butaca donde se desplomó, completamente extenuada.

Le había tocado ventanilla. Bien. Aquello era un alivio. Necesitaba distraer la vista durante el camino, abstraerse en la contemplación de aquellos paisajes tan familiares. Paulatinamente, el verde de los pequeños bosques y los viñedos se iría tornando dorado sobre los campos de maíz, para amarillear más tarde en la estepa árida y desértica de los Monegros, horizontes polvorientos donde refulgiría rabiosamente el sol.

Y para después, al fin, reverdecer con timidez sobre los prados de frutales y en los olivares, volviendo a brillar rabiosamente sobre las hojas de las vides, al adentrarse el tren en las fértiles y rojizas tierras de Cataluña.

---

## XI

Como era de esperar, los comienzos profesionales de Jon en su reencuentro con Barcelona no fueron nada fáciles.

A pesar de invertir mucho tiempo, ganas e ilusión en preparar cada nueva entrevista de trabajo a la que acudía, no se le escapaba el hecho de que había decenas de aspirantes como él, deseosos de ocupar cualquier puesto que estuviera vacante. Y eso, sin importar que la oferta de trabajo fuera poco atrayente de por sí o en condiciones laborales más que precarias. Había días en los que, después de patearse la ciudad sin ningún éxito, volvía a su pequeño apartamento de *Rocafort* con la moral por los suelos,

tratando de sacudirse de encima el creciente desasosiego que iba instalándose en su interior con cada nuevo ciclo de intentos y su correspondiente e inevitable tanda de fracasos.

La otra cara de la moneda la constituía una radiante Irene que llegaba cada noche a casa muy fatigada pero, al mismo tiempo, exultante de felicidad. Mientras cenaban ella solía acaparar toda la conversación, con sus minuciosos relatos acerca de los nuevos retos a los que se enfrentaba, las peculiaridades del puesto, las descripciones de los compañeros, anécdotas, bromas y algún que otro pequeño roce o disgusto del que se quería desahogar. Aquello podía convertirse en un ininterrumpido soliloquio que, por otro lado, Jon agradecía sobremanera, porque en cuestiones laborales él no tenía nada agradable que contar.

Por su parte – y dado que no todos los días tenía alguna entrevista de trabajo a la que acudir, - él prefería hablarle de la niña y del microuniverso que ambos, padre e hija, compartían: si aquel día había dormido bien, si se había terminado todo el biberón, si se reía con ganas...

En cierto modo, el hecho de que Jon no encontrara trabajo de inmediato les vino bien a ambos. Irene no podía permitirse disfrutar en sus comienzos de una larga baja maternal, y alguien se tenía que ocupar de cuidar a la criatura y de realizar las tareas domésticas más básicas. De este modo evitaban que las abuelas por ambas partes, deseosas de ayudar a la pareja y ávidas de malcriar a la niña, se plantaran en Barcelona cada dos por tres con la intención de quedarse con ellos. Y si no siempre lo lograban, al menos conseguían que su estancia no se prolongara por más tiempo del que resulta aconsejable para que una pareja acostumbrada a manejarse con independencia no acabe perdiendo su intimidad.

Los dos primeros años transcurrieron entre búsquedas de empleo y trabajos intermitentes y no siempre bien pagados, encadenando contratos por meses e incluso, por horas, o por número de palabras escritas. Pero Jon trataba de no desanimarse, poniendo el énfasis de su situación en el hecho de que tenía la oportunidad única e impagable de ver crecer a su hija y cuidar de ella, con toda la paciencia y el mimo que la niña requería.

Por su parte, Gorka, que trabajaba por aquel entonces en una revista dedicada exclusivamente a la economía, procuraba ayudarle como buenamente podía. El problema era que, a pesar de compartir profesión, sus campos de trabajo eran totalmente distintos: mientras la especialidad de Jon eran los deportes, Gorka intentaba abrirse camino entre los periodistas del mundo de las noticias, las finanzas o la política. Su vocación le llevaba hacia el periodismo de investigación, rama que consideraba totalmente apasionante, y en aquel mundillo carecía de contactos a los que recomendar a Jon. En su revista era un redactor más y, por descontado, en la línea editorial de la publicación para la que trabajaba, no había espacio alguno para una

sección deportiva. Aun así, trataba de dar las mejores referencias de su amigo allí donde veía una oportunidad, por remota que ésta fuera, de modo que de vez en cuando conseguía que contaran con él, aunque solo fuera para algunas colaboraciones puntuales en periódicos o revistas.

Al concluir el segundo año de su estancia en Barcelona, Irene le propuso tener otro hijo.

- Es ahora o nunca – sentenció ella.

Siempre habían expresado su deseo de tener dos hijos bastante seguidos para que no hubiera mucha diferencia de edad entre ellos. Pero con tantas novedades en su vida, el tiempo había pasado volando y ahora se encontraban en la tesitura de cumplir, aunque fuera *in extremis*, con aquel anhelo que ambos sintieron en su día, o aplazar la cuestión *sine die*, con el riesgo que ello implicaba de que, sin darse apenas cuenta, aquella oportunidad pasara irremediablemente de largo.

Jon se lo planteó muy en serio: era obvio que su situación como el cabeza de familia que asegura el sustento y la estabilidad de los suyos, dejaba mucho que desear. Pero por otro lado, la idea de que su hija se criara sin ningún hermano cerca con el que jugar, le desagradaba enormemente. No quería que su preciosa niña se sintiera sola en ningún momento de su infancia.

Tan sola como se había sentido él tantas veces cuando era un chaval.

Así que accedió a los deseos de Irene y a los suyos propios y, con la confianza puesta en que el futuro habría de ser más halagüeño de lo que lo fueron los años pasados, decidieron emplearse a fondo en la búsqueda de su segundo hijo.

Y resultó que su decisión fue a todas luces la más acertada porque, contra todo pronóstico, 2009 fue un año extraordinariamente bueno para la familia, de ésos que son como para enmarcar las hojas del calendario. Parecía que todos los astros se habían alineado a su favor. Gracias a la mediación de un compañero de la revista de Gorka, Jon consiguió una entrevista de trabajo como colaborador deportivo en una emisora de radio. Entusiasmado con la idea, acudió a la cita y todo salió a pedir de boca. Congenió de inmediato con el director del programa, y consiguió el empleo a la primera.

A los pocos meses nació su hijo Marc, un hermoso niño que tenía un frondoso pelo oscuro y los ojillos vivarachos de su padre, y que fue recibido en la familia con la mayor de las alegrías. Y al igual que sucediera cuando nació Gala, tanto Teresa como los padres de Irene acudieron apresuradamente a Barcelona, a fin de conocer al recién nacido. Para entonces ya habían estrenado su nuevo domicilio en Sant Cugat del Vallés, una casita adosada de fachadas blancas y cubierta plana que contaba con un bonito jardín delantero y otro más amplio en su parte posterior, donde los niños podrían jugar a sus anchas y crecer felices.

Su hijo se había labrado al fin una bonita vida.

Su hijo, su único hijo...

Aquél, que durante la infancia fue capaz de sortear todas las dificultades que la vida puso en su camino.

Aquél, que con tanto esfuerzo y entrega había salido adelante en una ciudad como Barcelona, que a Teresa se le antojaba demasiado grande para resultar acogedora y a la que, sin embargo, estaba ella tan agradecida por haberle brindado las mejores oportunidades.

Allí se había formado muchos años antes y allí también había desarrollado una brillante trayectoria profesional, dando el salto en pocos años desde su puesto de comentarista en aquella emisora de radio local, hasta la redacción del mejor diario deportivo del país. Y fue precisamente en este diario donde comenzó trabajando como redactor sin firma, pasando por toda serie de puestos intermedios hasta alcanzar, a principios de aquel año, nada menos que el cargo de director. Toda una hazaña, una carrera meteórica en apenas ocho años de duro trabajo.

Así era Jon.

---

## XII

Recostada en su asiento, Teresa se había quedado un rato adormilada, aunque seguramente lo había hecho durante mucho menos tiempo del que ella hubiera deseado. Necesitaba tanto descansar...

Al otro lado de la ventanilla el paisaje iba cambiando lentamente, anunciando que el tren se acercaba a Zaragoza. Ya se divisaba a lo lejos el encadenado de pequeñas colinas que bordea la ciudad por su lado norte. Los campos de cultivo comenzaban a cubrirse de amplias extensiones de maíz, exhibiendo sus tallos verdes y sus puntas amarillas de aspecto sedoso brillando al sol, que pedían a gritos ser acariciadas con la yema de los dedos. Un sistema de riego con forma de insecto- palo gigante, espolvoreaba agua sobre los cultivos. Las cigüeñas acomodaban sus nidos en los diseminados postes de alta tensión. Un grupo de yeguas con sus potrillos, correteaban alegremente por un prado cercano a las vías del tren.

Apartada del resto de las yeguas, una de ellas permanecía tranquila en un rincón junto a su potrillo, al que prodigaba todo tipo de atenciones. Con delicados movimientos de cabeza, la yegua le mesaba las crines a su pequeño, tan encantado con los cuidados de su madre que apenas se movía. La ternura que se desprendía de aquella

bucólica estampa resultaba conmovedora. Pero Teresa pensó, amargamente, que aquel potrillo ya estaba bien crecido y que por tanto, no tardarían en arrebatárselo a la madre.

Aquellas caricias no se repetirían nunca más.

Aquellos momentos de intimidad, madre e hijo, tenían las horas contadas.

Y ellos, naturalmente, lo desconocían. Sería mejor así. Que disfrutaran del poco tiempo que les quedaba para estar juntos, antes de que fueran víctimas del cruel y fatal destino que les aguardaba a la vuelta de la esquina, y que pronto caería irremediablemente sobre ellos como una losa.

Necesitaba descansar, sí... Pero cómo hacerlo... Cómo poder... Le dolía en el alma su hijo.

Su hijo...

Aquél del que tan orgullosa se sentía.

Aquél en el que ella había basado toda su existencia.

Aquél en el que siempre creyó, a pesar de que hubo un tiempo en el que nadie más creía.

---

## XIII

- Su hijo presenta un serio déficit de atención.

Eso fue lo primero que les espetó el director del colegio, nada más llegar. Teresa y su marido acababan de poner los pies en su despacho, y aquel hombre con gesto adusto les había indicado que se sentaran delante de la gran mesa que lo presidía. Era la primavera del 78, y Jon aún no había cumplido los siete años de edad.

- Tanto el que les habla, como el resto de docentes que han tenido la desgr...

El señor director consiguió frenarse a tiempo, antes de llegar a pronunciar alguna palabra realmente inconveniente, que incluso él mismo habría reprobado por encontrarla fuera de lugar. Al fin y al cabo, él era el máximo representante de aquel centro escolar, y como tal, estaba obligado a moderar sus formas al margen de las circunstancias. Aquel hombre de rostro cetrino y cuerpo rechoncho quería exponer a los padres del chico los hechos con vehemencia, pero sin que pudiera parecer que sentía animadversión alguna por el chaval.

- Los docentes que le imparten alguna asignatura a su hijo – rectificó, retomando la



senda correcta de su discurso, – corroboran unánimemente que este niño es incapaz de prestar atención en clase. En cualquier momento se distrae, se queda como embobado, contemplando a las musarañas, y ni tan siquiera se aprecia por su parte intento alguno por disimular...

La severa mirada del director se clavaba en el rostro asustado de Teresa para, acto seguido, hacer lo propio en el de su marido y regresar al de Teresa de nuevo en una alternancia ininterrumpida, propia de un imaginario partido de tenis que se estuviera celebrando entre dos amedrentados padres que le observaban en silencio, sin atreverse siquiera a pestañear.

- Y cuando el profesor le afea su actitud – continuó aquel hombre, - tiene la desfachatez de no prestarle la menor atención. El lunes por la mañana, sin ir más lejos, don Eustaquio, el profesor de matemáticas, se acercó a él para reprocharle su falta de interés, y ¿saben ustedes cómo reaccionó su hijo? – preguntó, aun a sabiendas de que no le iban a contestar, porque aquellas dos personas se habían convertido hacía un rato en un par de estatuas de sal. – Le miró a don Eustaquio a los ojos y le dijo algo así como “¡iffggg!!”

Y en un intento por transcribir con exactitud el silabeo que supuestamente le estaba atribuyendo a Jon, comenzó a escupir.

Si no fuera por la gravedad de la situación, habría resultado cómico ver cómo el señor director trataba de imitar el balbuceo de un niño que está pronunciando palabras ininteligibles. Desde luego, a los alumnos de su colegio les habría parecido que aquella parodia resultaba ser del todo hilarante. Y es que los chavales solían mofarse de él a sus espaldas por su modo de hablar rebuscado y por su extraño aspecto físico. A aquel hombre orondo y desprovisto de un cuello que uniera su cabeza al cuerpo, que parecía estar hecho todo él por partes y con la ayuda de un compás, los estudiantes le llamaban a sus espaldas “don Banderilla de Aceitunas”, abreviado más tarde con el apelativo de “El Banderilla”, término que aquellas tiernas criaturas encontraban más coloquial.

”¡FFFGGGG!!” – seguía repitiendo él, por si no hubiera quedado lo suficientemente claro, subiendo el tono de su gruñido y lanzando un escupitajo de saliva que cayó directamente sobre la mano de Teresa. Ella, a pesar del asco que le produjo el hecho de haber recibido semejante impacto, no se atrevió a retirarla siquiera y optó por disimular, fingiendo como si no se hubiera dado cuenta.

- ¿Se hacen ustedes cargo de lo oprobioso de la situación? ¡Toda la clase riendo! ¡Le estaba tomando el pelo a don Eustaquio en su propia cara, y delante del resto de compañeros!

El señor director sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón de franela y se secó las gotitas de sudor que comenzaban a poblar su frente. El minucioso relato de los hechos que estaba llevando a cabo le exasperaba sobremanera, y hacía que todo su

cuerpo comenzara a transpirar copiosamente.

- Y llegado el momento en el que el profesor no cabía más en su asombro, su hijo culminó la hazaña... - prosiguió, tras hacer previamente una teatral pausa con objeto de crear expectación. - ¡Orinándose en los pantalones! ¡No les quiero ni contar la algarabía que semejante desatino produjo en el resto del alumnado! ¡Don Eustaquio tuvo que abandonar la clase, ante la imposibilidad supina de restaurar el orden! ¡Un profesor veterano como él, avergonzado ante todo el aula!

Silencio. Definitivamente, los padres de Jon se habían quedado mudos.

Teresa tenía el corazón encogido en un puño. De sobra sabía ella del extraño comportamiento de su hijo, y de aquellos episodios de ensimismamiento que le sobrevenían sin previo aviso. Y hacía ya tiempo que se temía que aquello no ocurriría tan solo en el ámbito de su hogar, donde ella era capaz de ocultarlo incluso a los ojos de su marido. Era evidente que si le sucedía a menudo en casa, en el colegio también tendría que pasar, por fuerza.

Y en cuanto se producía, el niño se quedaba como ausente, con la mirada perdida en algún punto del infinito. Ella entonces esperaba pacientemente a que su hijo regresara de aquella nebulosa a la que parecía acudir cada vez con más frecuencia. A veces, trataba de hablarle con dulzura para que regresara de donde quiera que su mente y sus pensamientos fueran a parar en esos momentos, pero nunca lo conseguía.

Algunos días, el niño balbuceaba palabras incomprensibles como si fuera un bebé que está aprendiendo a hablar. Y después, a los pocos segundos, volvía a su estado normal y no recordaba nada de lo sucedido. Entonces Teresa se comportaba con naturalidad, tratando de reaccionar como si nada hubiera pasado y animando a su hijo a retomar la actividad que había dejado a medias, bien fuera un juego, unos deberes, o el simple hecho de caminar.

Estaba realmente preocupada porque no conseguía entender qué demonios era lo que le ocurría a su hijo durante aquellos trances, pero jamás se le pasó por la cabeza la posibilidad de hacerle el menor comentario al padre de Jon. Al fin y al cabo, el hombre pasaba muchas horas trabajando fuera de casa, y no quería importunarlo. O mejor dicho, ésa era la excusa con la que ella misma se autoconvencía para mantener aquel asunto en secreto. En el fondo, sabía que no podía refugiarse en su marido en busca de ayuda de ningún tipo: era un hombre con un carácter muy difícil, y Teresa lo último que deseaba era tener el más mínimo problema con él. Por nada del mundo.

Desde aquella tarde en la que Jon volvió del colegio con los pantalones mojados, ella ya esperaba la llamada del colegio con resignación. Y efectivamente, así fue. Al día siguiente el teléfono sonó, y al otro lado del auricular, la secretaria del director les instó a concertar una cita con él. Entonces supo que no podría proteger a su hijo por más tiempo, y sus peores augurios se hicieron realidad.

- Señores de Urialde – prosiguió el director, una vez expuestos los hechos. – Este colegio es una institución de primera fila. Los jóvenes que aquí educamos son nuestro orgullo y nuestra seña de identidad. No solo defienden los colores de nuestro uniforme en los eventos deportivos, - de lo cual, dicho sea de paso, nos sentimos tremendamente orgullosos, - sino que además, a través de su conducta y de su ejemplo sin tacha, son un claro exponente a lo largo y ancho de esta ciudad, de nuestro buen saber hacer.

Oyéndose hablar a sí mismo, al hombre se le llenaba la boca de orgullo y autocomplacencia.

– Señores de Urialde – insistió, tratando de enfatizar su sentencia final. – Creo que ha llegado el momento de que piensen en otro colegio para su hijo.

Ante semejante ultimátum, el padre de Jon abandonó inmediatamente su estupor y tomó la palabra, dirigiéndose al señor director con la máxima educación y dando excesivas muestras de respeto y admiración, que a Teresa se le antojaron vergonzosa pleitesía. Le rogó, poco menos que de rodillas, que no expulsaran a su hijo del centro. Afirmó que él mismo había sido un antiguo alumno de aquella prestigiosa escuela y que se sentía tremendamente orgulloso de ello. Aseguró que hablaría con el chaval para que comprendiera lo nefasto de su comportamiento y que, sin duda, le obligaría a entrar en razón y a rectificar su actitud.

El director, sabiéndose el ganador de aquel denigrante y desigual combate, les contempló desde la altura que le proporcionaba su superioridad moral y les dijo que se lo tendría que pensar, pero no les prometió nada. Teresa imaginó entonces que para completar la humillación a la que les estaba sometiendo, a aquel hombre tan desagradable solo le había faltado estirar su mano y ofrecerles aquel anillo tan ostentoso como vulgar que exhibía en uno de sus rechonchos dedos, y pretender que ambos se lo besaran, como si del mismísimo César o de un obispo de Roma se tratara.

El matrimonio salió cabizbajo y silencioso de aquel despacho. Al otro lado de la puerta les esperaba el pequeño Jon, balanceando nervioso sus piernecitas mientras permanecía sentado en un banco de madera de los muchos que se alineaban a lo largo del pasillo. Al verlos aparecer, se levantó dando un brinco y salió corriendo hacia ellos. Pero no tuvo tiempo ni tan siquiera de preguntar por cómo había ido la reunión. Su padre le asestó una tremenda bofetada, que resonó a lo largo de todo aquel inhóspito corredor de altos techos. Instintivamente, Jon se llevó la mano al carrillo izquierdo, que se estaba poniendo colorado y le empezaba a escocer. El niño miró atónito a su padre, incapaz de dar crédito a lo que acababa de suceder.

Y el hombre le devolvió la mirada, pero la suya iba cargada de odio y de rabia contenida. Apretando fuertemente los puños, exclamó:

- ¡Este niño es gilipollas!

Y acto seguido se dio media vuelta y se fue, sin esperar siquiera a su mujer.

Rápidamente, Teresa se arrodilló junto a su hijo hasta tener su cara a la altura de la del niño, y procedió a abrazar con ternura su pequeño cuerpecito, que temblaba como la hoja de un árbol al viento. Una vez superado el estupor inicial, ahora el niño sollozaba. Y mientras, unos gruesos lagrimones rodaban por su cara.

- ¡Shhhh! – le susurró ella, llevándose un dedo a la boca en señal de silencio. – No llores. Aquí no. No les des ese gusto. Vamos a la calle, amor.

Salieron los dos apresuradamente del edificio y una vez fuera, se sentaron en el primer banco que encontraron por el camino. Teresa quería hablar con su hijo a solas, y de paso, retrasar al máximo la hora de regresar a casa y de enfrentarse a su colérico marido. Ella tenía la secreta esperanza de que éste se hubiera refugiado en algún bar, tal como solía hacer cuando necesitaba desahogarse, y volviera medio borracho y con ganas de dormir. Se estremecía solo de pensar en lo que les esperaba al regresar, en caso de que aún le durara el enfado. Era casi impensable que alguno de los dos acabara la jornada sin llevarse algún golpe, de los que luego le obligaban a ella a ingeniárselas para ocultar las marcas.

Instintivamente, apartó ese negro pensamiento de su mente para centrarse en lo realmente le importaba en aquel momento, que era tratar de reconfortar a su pequeño.

- Tesoro mío – le dijo, empleando su tono de voz más cariñoso, y pasando un brazo por los hombros del niño para que se sintiera protegido. - ¿Cómo no me habías contado que tenías problemas en clase?

Y le miró a los ojos, ahogándose ella misma en la tristeza que aquellos dos hermosos pozos oscuros le devolvían.

- Odio este cole, mamá – contestó Jon. – Los niños se meten conmigo y se ríen de mí. – El pequeño hizo una pausa y posó su mirada en el suelo, cabizbajo.- Y cuanto más se ríen y me molestan, más me pasa... "Eso"... Ya sabes...

Ninguno de los dos había puesto nunca nombre a aquello que a Jon le solía suceder. Le llamaban simplemente, "eso", a la espera de que, precisamente, "eso", cualesquiera que fueran las causas por las que había hecho acto de presencia, optara al fin por desaparecer igual que había venido, y no fuera necesario nombrarlo nunca más.

- No te preocupes, mi vida – le tranquilizó Teresa. – Te buscaremos otro cole, uno donde todos los niños puedan ser tan especiales como tú lo eres, sin tener que preocuparse por que se metan con ellos. Te lo prometo. Y ahora, vamos a casa. Se hace tarde.

Se levantaron del banco dándose un último y largo abrazo, y después se encaminaron hacia casa con paso firme, cogidos fuertemente de la mano. Teresa estaba decidida a cumplir la promesa que le había hecho a su hijo. Ahora solo faltaba saber cómo iba a arreglárselas ella para conseguirlo.

Por la noche, el niño se despertó gritando y empapado en sudor. Su madre voló a su

lado, corriendo por el pasillo como si le persiguiera el diablo. Al llegar junto a su cama trató de tranquilizarlo, envolviéndolo entre sus brazos.

- ¡No despiertes a papá! ¡No despiertes a papá! – le susurraba al oído, abrazándolo con tanta fuerza que empezaba a temer que podría llegar a romper alguno de aquellos frágiles huesecillos suyos, tan delgados, tan delicados...

Y aunque ella por nada del mundo habría querido hacerle daño, notaba con auténtico espanto cómo aquel pequeño cuerpecito se estaba empezando a reblandecer bajo sus manos, y cómo, al instante, se volvía tan maleable como la arcilla, deshaciéndose acto seguido hasta quedar reducido a un polvo fino y blanco que se le escapaba entre los dedos, mientras ella trataba desesperadamente de retenerlo apretando con fuerza sus puños...

---

## XIV

- Señora...

Oyó que alguien le llamaba desde algún lugar, no sabía exactamente de dónde procedía aquella voz.

- ¡Señora!- llamó la voz de nuevo, esta vez con más fuerza.

Y entonces sí, se vio obligada a reaccionar, tuvo que abrir los ojos y ver a una joven que le observaba con preocupación, sentada a su lado en aquel vagón de tren.

-¿Se encuentra usted bien?

La chica bajó la mirada hacia el regazo de Teresa y ella, aturdida, hizo lo mismo. Allí vio cómo sus propias manos aferraban desesperadamente el pañuelo que por la mañana había llevado al cuello y lo retorcían con saña, dos puños surcados de venas hinchadas por el esfuerzo, que, agarrotados, no paraban de temblar. Instintivamente, soltó el arrugado pañuelo y se dispuso a plancharlo con la palma de la mano, como si quisiera disculparse por haberlo agredido.

- Nada, no es nada... – afirmó Teresa, tratando de esbozar una sonrisa mientras tomaba consciencia de dónde se encontraba, restándole importancia a lo ocurrido. - Sin duda, me habré quedado dormida, y con el calor...

Pero aquella explicación no pareció ser suficiente para satisfacer a la muchacha, que seguía observándola con cara de preocupación.

- Me ha parecido que estaba usted tremendamente excitada – le dijo, frunciendo el ceño con desconfianza. – La verdad, no me da la impresión de que se encuentre usted

demasiado bien...

- Sí, sí, te lo aseguro, no te preocupes por mí. Me he quedado dormida y he debido de soñar con algo, eso es todo – trató de justificarse Teresa.

Acto seguido le dio las gracias a la joven, y ésta regresó a ocupar su asiento al otro lado del pasillo, no sin antes ofrecerse a ayudarla en caso de que volviera a tener cualquier problema.

Teresa suspiró, entre avergonzada y asustada. Aquella pesadilla había sido realmente espantosa, y no estaba segura todavía de haberla dejado completamente atrás. Se obligó a sí misma a respirar honda y pausadamente, a fin de aminorar el ritmo de los latidos de su corazón.

Entonces se percató de que el tren se hallaba detenido, pero ella no sabía precisar en qué momento lo había hecho, ni dónde.

- Nos encontramos en la estación de Zaragoza – le informó la joven desde su asiento, viendo que Teresa seguía estando algo desorientada. Los pasajeros que acababan de subir, terminaban de acomodar sus pertenencias en los portaequipajes. – El tren está punto de arrancar.

En cuanto se puso en marcha de nuevo, Teresa se levantó de su butaca y se dirigió al vagón- cafetería. Le vendría bien comer algo y tomarse un refresco con cafeína que le ayudara a despejarse, porque todavía no se había logrado sacudir del todo la angustia que aquel espantoso sueño le había producido. Su hijo se le había deshecho poco a poco entre los dedos, sin que ella hubiera podido hacer nada por evitarlo...

¿Y acaso, no había sucedido así en realidad?

Ella no había sido capaz de protegerlo, por mucho que llevara toda la vida intentándolo. Esta vez no. En esta ocasión, la peor de las pesadillas se había convertido en la más cruda realidad.

Teresa sacudió la cabeza, tratando de alejar la angustia de su lado.

No, de ninguna de las maneras, no.

No iba a permitir que el desánimo hiciera mella en ella, mientras hubiera un ápice de esperanza al que aferrarse. No le convenía rememorar ahora los malos recuerdos, quería evocar los buenos momentos vividos, permitir que invadieran hasta el último rincón de su memoria y no dejaran sitio alguno para el abatimiento y el dolor.

Habían sido muy felices los dos.

Habían compartido tanta dicha juntos como para llenar una vida entera, instantes inolvidables que revivir una y otra vez y que permanecerían allí, imborrables, para siempre.

-----

## XV

Desde que su marido los abandonara, un par de años después del incidente con el director del colegio, las cosas no habían hecho más que mejorar.

El hombre decidió que no quería seguir aguantando a esa mujer tan contestataria con la que se había casado y que, además, solo había sido capaz de darle un hijo demasiado débil, del que se avergonzaba. Así que un buen día se marchó por la puerta para no volver. Entre otras muchas cosas, no perdonaba la deshonra que a su juicio había supuesto el tener que cambiar a Jon de colegio, poco menos que saliendo por la puerta de atrás. Pero su esposa le convenció de que debían hacerlo de inmediato, mientras aún estaban a tiempo, antes de que se corriera la voz por todo el centro de que su hijo era “especial”, y se llegaron a enterar los padres de los demás alumnos, muchos de ellos, antiguos compañeros de clase de su marido. Le hizo ver que era preferible esconder al niño en otro colegio donde nadie lo conociera y pudiera pasar más desapercibido. Y a aquel hombre, en su mezquindad, estos argumentos le parecieron de lo más plausibles y accedió sin rechistar.

En cuanto obtuvo su aprobación y sin darle tiempo a que se lo pensara dos veces, Teresa actuó con gran celeridad: sacó a Jon de aquel colegio encorsetado en el que no encontraba su sitio, y lo matriculó en otro centro en el que los niños no tenían la obligación de defender los colores de nadie, ni de ser símbolo ni estandarte de ningún tipo. Y aquella decisión no pudo haber sido más acertada. En cuanto Jon vio que tenía la oportunidad de empezar de nuevo, se relajó sobremanera. Desde el primer día se sintió a gusto con sus nuevos compañeros y con los profesores, mucho más comprensivos que los anteriores, y partidarios de aplicar métodos pedagógicos menos drásticos y más inclusivos. Enseguida hizo un buen número de amigos, - entre ellos Gorka, su compañero más fiel, - de esos que duran para toda la vida y acompañan en el camino mientras uno se va haciendo mayor. Y poco a poco fue dejando atrás aquellos episodios de ausencias momentáneas, que tanto habían llegado a preocupar a su madre.

Se convirtieron en un capítulo del pasado, cerrado y a olvidar.

En el otoño de 1981, nada más entrar en vigor la ley del divorcio que promovió Adolfo Suárez, el padre de Jon se lo reclamó inmediatamente a Teresa. Al parecer, había conocido a una mujer de la que estaba enamorado y se quería volver a casar, y así formar una familia de verdad en otra ciudad, bien lejos de allí. Ella se lo concedió de buen grado. Teresa ganaba algún dinero aceptando pequeños encargos como modista a domicilio, y además contaba con unos ahorros que le dejaron sus padres al fallecer. No necesitaba nada de aquel individuo que les había amargado la existencia durante tantos años. Lo mejor que podía hacer por ellos era desaparecer de sus vidas,

definitivamente.

Aquello suponía para ella una auténtica liberación, y por tanto, estaba dispuesta a soportar todos sus inconvenientes. Llevaría la cabeza bien alta pese al estigma social que el divorcio representaba en la puritana sociedad vitoriana de principios de los 80. Por aquel entonces, en una ciudad tan pequeña y endogámica como aquélla, donde casi todo el mundo se conocía y se saludaba por la calle, los entretenimientos favoritos de los corrillos de las buenas señoras del lugar eran el cotilleo y las habladurías. Y en semejante escenario, un divorcio era, a todas luces, la noticia estrella de la temporada, un motivo de peso que daba autoridad moral a cualquiera, fuera quien fuese, y tuviera o no relación alguna con la persona afectada, para meterse en la vida ajena y despellejar a sus protagonistas hasta que no les quedara ni un trozo de epidermis pegado al cuerpo. Porque por mucho que la ley estuviera más que aprobada y el divorcio fuera completamente legal, otra cosa bien distinta era que la sociedad vitoriana viera aquello con buenos ojos. Sin ir más lejos, la mejor amiga de Teresa le dijo un buen día que se sentía muy violenta dejándose ver por la calle en su compañía, no fuera a pensar la gente que ella también se iba a divorciar, y que por tal motivo, no podrían volver a verse nunca más.

Pero a Teresa, el puritanismo de aquella ciudad le traía completamente sin cuidado, y nunca se preocupó lo más mínimo por el qué dirán. Al fin y al cabo, ¿qué les importaba a los demás su vida privada! ¿Acaso habían tenido ellos que soportar la convivencia con aquel hombre horrendo? ¿Habían llegado a maquillarse en exceso la sombra de un ojo, o a llevar manga larga en pleno verano, a la espera de que desapareciesen las marcas de sus abusos? Pues eso. Ya podían hablar a sus espaldas con mayor o menor disimulo, que a ella le daba igual.

Recordaba un episodio particularmente curioso que sucedió en un mes de agosto, cuando Jon contaba once años de edad. Eran las fiestas de Vitoria-Gasteiz, madre e hijo habían acudido al paseíllo de las cinco de la tarde por la Calle Dato y estaban viendo a los *Blusas* pasar, entretenidos con el espectáculo. Aquélla era una tradición que no solían perderse: los jóvenes de la ciudad, ataviados con blusón y fajín, y calzados con albarcas, hacían su recorrido diario por esa céntrica calle vitoriana, agrupados por cuadrillas y acompañados de numerosas charangas, que con su música y sus bailes contribuían a amenizar las fiestas de la ciudad. Y mientras el paseíllo discurría por el centro de la calle, la gente se situaba a ambos lados y les miraba al pasar.

Los dos se habían colocado en primera línea del público y estaban contemplando el desfile, cuando Jon se percató de que había dos mujeres justo enfrente de ellos que no les quitaban la vista de encima. Y mientras los observaban con ojos escrutadores, mantenían una animada conversación en la que se tapaban la boca al hablar a modo de confidencia, gesticulando de una manera que a Jon le pareció excesivamente teatral. No



tenía ningún sentido que trataran de ocultarse tras sus manos para cuchichear: con el ruido ensordecedor que reinaba en aquel momento, ellos jamás habrían podido oír nada de lo que se decían, aunque gritaran. Además, esas miradas tan descaradas que les dirigían, hablaban por sí solas. Jon, furioso, cayó en la cuenta de que en realidad, aquellas dos arpías con sus amanerados gestos no pretendían disimular sino todo lo contrario, querían que tanto la madre como el hijo tuvieran muy claro que estaban hablando de ellos y se sintieran avergonzados, como si fueran culpables de algo.

- Mamá, aquellas señoras nos miran – le informó Jon a su madre.

El niño se giró para ver la reacción de ésta y por la expresión de su cara, supo que ella también se había dado cuenta. No obstante, había optado por ignorarlas.

- Ya lo sé, cariño – respondió Teresa. – Tú no les hagas ni caso, ya se cansarán.

Pero esas estúpidas mujeres no se cansaban, no, y seguían mirándolos con tal desfachatez, que al niño le empezó a hervir la sangre dentro de las venas. En un arrebato de rabia, cerró la mano en un puño dejando bien estirado el dedo corazón y, tensando el brazo con determinación, les dedicó un soez gesto a aquellas señoras que, escandalizadas, abrieron sus bocas como si fueran dos buzones de Correos. Parecían los leones dorados del edificio de Postas, con sus rostros desencajados en una mueca de total asombro y estupor. “*¡Qué desfachatez!*”, parecían decir entre aspavientos.

Inmediatamente, Teresa se percató de lo sucedido y apresó el dedo de su hijo con una mano, obligándole a bajar el brazo.

- ¡Jon! ¡No! – le amonestó. - ¿Pero qué haces? ¡El dedo “palabrota” no, por favor! ¡Van a pensar que no te estoy educando bien!

Ya solo le faltaba a ella que corriera un nuevo bulo por la ciudad, en el que se aireara a los cuatro vientos que su niño era un grosero y un maleducado al que ella no sabía controlar. Pero claro, qué se podía esperar del hijo de una divorciada...

- ¡Ellas sí que son unas maleducadas, mamá!- protestó Jon - ¡Ellas sí lo son, y no yo!

El niño apretaba los dientes con tanta fuerza, que parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

- Venga cariño, vámonos de aquí – Teresa le agarró de la mano y se dispuso a marcharse, abriéndose paso entre la multitud. - ¿A dónde te gustaría ir? – le preguntó, tratando de distraer la atención del pequeño. - ¡Elige el sitio! ¡Vamos donde tú quieras!

Pero Jon no contestaba. Permanecía con el gesto enfurruñado, arrugando el ceño y con un mohín de asco dibujado en la cara.

- ¡Ya sé qué haremos! – se le ocurrió a ella, de pronto. - ¡Vamos a tomar una leche helada! ¡Ése sí que es un buen plan!

Sabía que aquélla era una proposición que Jon no podría rechazar por muy enfadado que estuviera, porque ése era su dulce favorito, sin ninguna duda. Anduvieron

despacio, sorteando a la multitud que abarrotaba las calles, hasta que consiguieron llegar a la Plaza del General Loma. Una vez allí, traspasaron el umbral del local donde se preparaba la leche helada más deliciosa de la ciudad. Aquella entrada enmarcada en piedra de sillería, con su elevada altura, impresionaba a cualquier niño que la contemplara por primera vez. Cuando era más pequeño, Jon creía seriamente que habrían tenido que llamar a un gigante para colocar arriba del todo aquel toldo que rezaba “*Helados Casa Quico*” con grandes letras blancas.

El interior estaba muy concurrido como era lo habitual, así que se pusieron al final de la cola y esperaron pacientemente. El señor Quico estaba siempre en su puesto, detrás de una fila de arcones frigoríficos que hacían las veces de mostrador. Aquel hombre preparaba su leche helada en directo y siguiendo un metódico y pautado ritual, que hacía que los niños lo observaran con verdadera atención, completamente hipnotizados: con un vasito de plástico blanco en la mano, abría el arcón del hielo picado y echaba un cacito en el fondo; después introducía un gran cazo sopero en el siguiente arcón y lo extraía chorreando una leche que vertía dentro del vasito y que olía a gloria. Era evidente que aquel preparado contenía otros ingredientes aparte de la leche en sí, pero de seguro que la fórmula del señor Quico era más secreta que la de la propia Coca-Cola. Después llegaba el turno del arcón del helado de nata, y aquel señor ponía en el vasito una generosa bola blanca. El toque final lo daban el espolvoreado de canela, la pajita y un palito de madera, todo listo para disfrutar de uno de los más deliciosos placeres que cualquier niño pudiera degustar en Vitoria-Gasteiz durante la década de los 80.

Jon se quedaba embobado observando todo el proceso de preparación, pero aquello no era lo único que despertaba su interés. Detrás del señor Quico, había una puerta que habitualmente estaba abierta y de la cual colgaba una cortinilla metálica de cuentas, de ésas que solían poner en las carnicerías. A través de ella se divisaba el interior de una sala de estar, presidida por una mesita baja sobre la que reposaba un gran televisor que solía permanecer encendido, y frente a él había un sofá, siempre abarrotado de niños.

Como no había sitio para todos, además de ocupar los asientos, los chavales se acomodaban en los reposabrazos e incluso a veces se apretujaban unos con otros sentándose sobre el respaldo. Aquello parecía la proa de un buque que estuviera a punto de hundirse, y donde todos los supervivientes se hubieran agolpado en el único extremo que se mantenía a flote.

Jon pensaba que, seguramente, aquel tropel de niños apelotonados serían los nietos del señor Quico. Siempre que los observaba, no podía evitar fantasear con lo maravilloso que habría sido para él tener hermanos con los que compartir juegos y tardes de tele, y le daba una punzada de tristeza el corazón.

Pero enseguida se le pasaba, en cuanto su madre y él se sentaban en una de aquellas mesitas cuadradas de mármol blanco y patas de hierro forjado. El niño columpiaba las

piernas sin cesar mientras se entretenía en deshacer el helado, ayudado por el palito de madera. Si tenía paciencia y esperaba un poco a que se derritiera aquella bola de nata, la leche helada estaba aún más rica. Mientras él disfrutaba, Teresa lo observaba encantada, satisfecha de poder proporcionar a su hijo aquel pequeño momento de dicha.

Y como Jon estaba distraído, ni siquiera se quejaba cuando ella, delicadamente, le peinaba el cabello con las yemas de los dedos, tratando que domar algún que otro mechón rebelde que se escapaba de su oscuro cabello...

---

## XVI

Teresa se levantó de su mesa del vagón- cafetería lo más rápido que pudo y se dirigió apresuradamente al cuarto de baño. Aquellos recuerdos habían hecho que rompiera a llorar desconsoladamente. Inútil fue tratar de contener las lágrimas, era como si se hubieran roto los muros de contención de una presa y el agua comenzara a manar, totalmente descontrolada. Las personas con las que se iba cruzando a lo largo del estrecho corredor le miraban de reojo, y al ver su rostro cargado de dolor apartaban la vista, sintiéndose incómodas.

*“Qué extraño es el mundo en el que vivimos” - pensaba ella, - “donde la risa se exhibe y es motivo de ostentación, mientras que el llanto se oculta pudorosamente, como si se tratara de algo vergonzoso o que causara rubor. La sociedad solo admite a la gente feliz”.*

Echó el cerrojo del baño y allí dio rienda suelta a su angustiada necesidad de llorar.

---

## XVII

- Hola Teresa, ¿qué tal estás? ¿Cómo va el viaje?

Irene volvía a llamarle al móvil. Habían hablado varias veces durante el trayecto. A lo largo de todo el día, su nuera le había ido poniendo al corriente de todo cuanto acontecía: le contó que los niños estaban bien; que, afortunadamente, tenían una vecina maravillosa que les estaba echando una mano y que cuidaba de ellos; que sus padres viajarían a Barcelona al día siguiente...

Que Jon se encontraba estable...

Que dormía...

Teresa, reclinada en su butaca, miró por la ventanilla. A lo lejos, las caprichosas formas de la montaña de Montserrat le daban la bienvenida. Eran cerca de las cuatro de la tarde. En poco más de una hora, el tren haría su entrada en Barcelona.

- Bien, estoy bien... He dormido un rato... - contestó Teresa, sin ser del todo sincera para no inquietar a su nuera. - ¿Cómo va todo por allí? ¿Tenemos noticias nuevas?

- N... no... Nada nuevo. Jon sigue igual.

Hasta ese momento, cuando Teresa había preguntado por el estado de su hijo, Irene le había respondido siempre con tono firme, asegurándole que no había novedades al respecto. Pero en esta ocasión sin embargo, el titubeo que percibió en la voz de su nuera le hizo dudar. Y aquello podía deberse tan solo al cansancio o, tal vez, al hecho de que le estuviera escondiendo algo, como ella se temió.

- ¿Estás segura, hija? – preguntó, extrañada. - ¿De verdad que no te han dicho nada nuevo los médicos?

- N... no... Qué va... Nada.

Oyéndole hablar con tan poca determinación, Teresa estaba cada vez más convencida de que su nuera le estaba mintiendo.

- Irene, por favor. A mí dime qué ocurre - ordenó, taxativa. – Noto que me ocultas algo. Tienes que contármelo, te lo ruego.

- Teresa, hablaremos mejor cuando llegues... Pronto nos vemos... Ya falta muy poco...

- ¡Irene, habla de una vez! ¡Me estás ocultando información, lo sé!

Los llantos que se escucharon al otro lado, confirmaron sus peores sospechas.

- ¡Ay, Teresa! ¡No me dan ninguna esperanza! ¡Ninguna! – exclamó Irene, llorando angustiada.

Había llegado el momento de sincerarse con su suegra.

– ¡Esta misma mañana me han dicho que no se puede hacer nada! ¡Nada en absoluto! – repitió ella, completamente angustiada.

Y tras una pausa, sentenció:

- Esto es el fin... Es el fin...

---

## XVIII

Una hora más tarde aproximadamente, el tren hizo su entrada en la estación de Sants. Teresa recogió su maleta, bajó penosamente los endiablados escalones del vagón como pudo, y se dirigió apresuradamente a la parada de taxis. Quería llegar al hospital cuanto antes, sin pasar siquiera por casa de su hijo para dejar su equipaje.

Transcurrida una media hora de trayecto, la familiar silueta del *Hospital General de Catalunya* apareció ante sus ojos, exhibiendo sus múltiples volúmenes blancos, ordenados perpendicularmente unos con otros y rodeados de verdes y cuidados jardines. Aquel edificio siempre le había traído buenos recuerdos: allí vinieron al mundo sus dos adorados nietos, y también fue allí donde ella tuvo el honor de verlos por primera vez en su vida. Nunca antes había precisado acudir a ese hospital por un motivo que no fuera agradable. Y mucho menos aún, de una manera tan imperiosa y apremiante como aquélla.

Dejaron atrás el helipuerto, y Teresa le indicó al taxista que se detuviera en la puerta de urgencias, justo detrás de una ambulancia que estaba allí estacionada. Tras pagar la carrera, descendió rápidamente del coche y cruzó decidida la puerta de acceso. Frente al mostrador principal, varias personas esperaban con resignación a ser atendidas, por lo que no tuvo más remedio que armarse de paciencia y ponerse ella también al final de la cola. Al cabo de unos minutos que le parecieron una eternidad le tocó el turno al fin, y una amable enfermera le preguntó qué quería.

- Busco a mi hijo. Se llama Jon Urialde. Ha sufrido un accidente. Un ictus, concretamente – y mientras Teresa hablaba, la enfermera procedía a buscar aquel nombre en su ordenador. –Lo han traído aquí esta madrugada. Me han dicho que está en cuidados intensivos. Yo no sé dónde está eso. Si fuera usted tan amable de ayudarme...

Pero no había acabado de formular la frase entera, cuando un técnico de la ambulancia vino a robarle la atención de la enfermera con un asunto que, al parecer, requería de una larga y complicada explicación. Teresa no podía contener su impaciencia. Se sentía como si fuera una olla a presión que estuviera a punto de estallar. O encontraba rápidamente la manera de canalizar toda aquella ansiedad que la invadía por momentos, o era muy probable que acabara gritando y tirándose al suelo allí mismo, protagonizando un auténtico ataque de locura.

Y mientras tanto, la enfermera seguía debatiendo con su compañero acerca de un asunto que a Teresa le resultaba completamente ajeno. Ella solo pensaba en la manera de encontrar a su hijo. Y no podía perder más tiempo. Porque tiempo era, precisamente, aquello que su hijo no tenía.

- La U.C.I. está en la cuarta planta – le susurró una amable señora que esperaba detrás de ella, apiadándose de la angustia que veía reflejada en la cara de aquella mujer.

Teresa le dio las gracias y, sin pensárselo dos veces, abandonó la maleta en un costado del mostrador y se adentró a toda velocidad en el laberinto de pasillos que conformaba el área de urgencias. Tenía que encontrar inmediatamente un ascensor que la condujera hasta su hijo.

- ¡Señora! ¡Señora, espere por favor! ¡Por ahí no se puede pasar!

Detrás de Teresa resonaba la voz de la enfermera de urgencias, la misma que un minuto antes no había tenido tiempo para atenderla. Al parecer, ahora sí tenía todo el interés del mundo en hablar con ella, y así se lo hacía saber, llamándola a gritos para que se detuviera y la esperara. Pero Teresa no estaba ya para formalismos y se limitaba a ignorarla, imprimiendo la mayor velocidad posible a su carrera. Tan solo quería encontrar a su hijo, y ni un millón de enfermeras escoltadas por un ejército de guardas de seguridad, se lo iban a impedir.

- Déjalo, Núria, ya me ocupo yo. Vuelve a tu puesto –ordenó un doctor.

A la enfermera que gritaba a viva voz la sustituyó aquel joven doctor del área de urgencias. Había escuchado la explicación de Teresa acerca del hijo al que buscaba, y él también había salido a perseguirla en cuanto ésta se puso a correr por los pasillos como una posesa.

- Señora, no se preocupe, no tiene usted por qué ir tan deprisa. Yo la voy a acompañar hasta donde se encuentra su hijo – le ofreció aquel amable doctor, poniéndose a su lado y guiándola entre aquella selva de corredores que parecían no llevar a ninguna parte.

- ¡Es usted muy amable, no sabe cuánto se lo agradezco! – exclamó Teresa, dando un suspiro de alivio. Por un momento creyó que jamás conseguiría escapar de aquel angustioso laberinto.

- No se preocupe, señora, faltaría más. Estamos aquí para ayudar.

Ambos atravesaron la puerta cortafuegos que delimitaba aquel sector, y llegaron hasta un descansillo en el que se encontraba el módulo de ascensores. Inmediatamente subieron en uno y pulsaron el botón de la cuarta planta.

– Yo he sido el médico que ha atendido a su hijo esta madrugada – le dijo el doctor, recordando las pésimas condiciones en las que había llegado aquel hombre hasta él, y la extrema gravedad de las lesiones que presentaba.

Lamentablemente, casos tan dramáticos como ése llenaban a diario la sala de urgencias del hospital. Y aunque los médicos empleaban todos los medios a su alcance para tratar de dar esquinazo a la muerte, en numerosas ocasiones no podían hacer otra cosa que armarse de resignación y prepararse para perder.

Pero por mucho que aquello sucediera una y otra vez, y que aquel doctor asistiera diariamente al sobrecogedor espectáculo de contemplar cómo la vida agonizaba ante sus ojos, él no conseguía evitar sentirse psíquicamente afectado, a pesar de sus

continuos intentos por marcar las distancias entre sus pacientes y su propio equilibrio emocional. No lograba acostumbrarse al dolor de tantas madres destrozadas que, como Teresa, acudían allí clamando al cielo en busca de sus malogrados hijos, a los que una enfermedad o la carretera les arrebatara trágicamente la vida.

Una vez estuvieron en la Unidad de Cuidados Intensivos, el joven guio sus pasos hasta una cortina blanca que se encontraba desplegada, una más entre las decenas de cortinas que en aquella enorme sala separaban a unos pacientes de otros. Detrás de las que estaban recogidas, se adivinaban los pálidos cuerpos de los seres inertes que permanecían tapados apenas con unas finas sábanas, todos ellos recosidos de tubos transparentes y escoltados por complejas máquinas repletas de luces de colores, que emitían ininterrumpidamente unos molestos e irritantes pitidos.

Aquel joven doctor apartó lentamente la cortina y se hizo a un lado para permitir que Teresa pudiera pasar.

Ya estaba allí.

Junto a su hijo.

Ahora por fin podría transmitirle las buenas vibraciones que había ido acumulando durante todo el camino para él. Un torrente de energía positiva que habría de atravesar su propio cuerpo e invadir el de su hijo, y sanar así todos los males que le mantenían en aquel terrible estado.

Teresa tomó con fuerza la mano de Jon y cerró los ojos. Permanecería allí de pie, aferrada a su hijo, propiciando que él a su vez permaneciera aferrado a ella, de manera recíproca. Y de ese modo, Teresa aspiraba a ser el ancla que lo mantuviera firmemente sujeto a este mundo.

Nada le importaba a su madre caer fulminada al suelo en aquel preciso instante, si de ese modo fuera posible darle a él aquello que ya le regalara una vez, el bien máspreciado que toda mujer es capaz de ofrecerle a su hijo: la propia vida.

---

## XIX

- Qué hacemos... No son horas de visita...

El médico responsable de la unidad miraba su reloj con cierta inquietud. A su lado, el doctor que había guiado a Teresa hasta allí desde el área de urgencias, guardaba silencio. Ambos observaban a aquella mujer que permanecía inmóvil ante ellos, manteniendo la yerta mano de su hijo apretada entre las suyas.

Siempre se repetía la misma historia.

Nunca se acostumbrarían.

- Vamos a dejar que se quede hasta que ella quiera – decidió al fin el joven doctor. – Mañana temprano, tendremos que comunicarle que vamos a proceder a desconectar el respirador.

- Sí, mejor dejemos que se quede. – afirmó el intensivista, corroborando la decisión tomada por su compañero.



## **Gorka.**

### ***En el avión. Washington D. C.- Barcelona, noche del lunes 11 de julio de 2016.***

A bordo de aquel Boeing 767 que surcaba el océano Atlántico, todo lo que acertaba a divisar a través de la ventanilla era una enorme extensión de agua, uniforme y monótona. Y al poco tiempo de despegar, ya ni tan solo se veía aquello. La oscuridad cubrió con su manto el cielo entero, y las exiguas vistas de las que disfrutaba inicialmente desde su asiento fundieron a negro.

- ¿Desea tomar usted algo, señor?

Una guapa azafata, ataviada con un llamativo pañuelo al cuello y un gracioso sombrero azul sujeto sobre un tirante moño, le sonrió amablemente con sus labios rojos y perfilados, pasando a continuación a mostrarle la enorme colección de botellas que llevaba dentro de un carrito metálico. Gorka echó un vistazo al interior del carro y se sorprendió al ver la gran variedad de bebidas alcohólicas que contenía, de todo tipo y graduación. Y viendo aquello, pensó que lo último que le apetecía a esas horas de la noche, encerrado como estaba en aquel espacio presurizado y a más de 8.000 metros de altitud, era meterse un lingotazo de whisky entre pecho y espalda, así que declinó amablemente la invitación.

Por la mañana, bien temprano, había comprado un billete de avión en un vuelo directo que le costó una fortuna. Pero no le quedaba otro remedio. El resto de vuelos que le ofrecía su buscador de internet hacían una o dos escalas, con interminables esperas en cada una de ellas. Y él tenía prisa. No podía permitirse malgastar la friolera de entre nueve y doce horas en el J.F.K. de Nueva York, o en el aeropuerto de Dublín. Bastante tiempo perdería ya de por sí con la diferencia horaria: le dolían aquellas seis horas de menos que marcaban los relojes en Washington.

Acto seguido y con los billetes ya impresos, había hablado con su jefe de Barcelona. Le puso al corriente de lo que había sucedido y éste se mostró muy comprensivo con la situación.

- Tranquilo, lo entiendo perfectamente – le había dicho Andreu. - Tómate los días libres que necesites. Y ya de paso, aprovechando que estarás por aquí, llámame si tienes algún rato libre y te puedes pasar por la redacción. Me gustaría que tomásemos

un café juntos.

Gorka le prometió que lo intentaría sin demasiada convicción, porque en aquellos momentos, su mente y su corazón estaban en otro lugar. Para él lo imprescindible era ver a su amigo Jon, y si éste necesitaba que se quedara a su lado, no pensaba ir a ninguna otra parte. Quería estar con él, y nada le distraería de su objetivo. Se sentía muy mal en su piel, desde que esa misma madrugada descubriera aquellas nueve llamadas perdidas de Jon reflejadas en su teléfono móvil. Le había fallado a su mejor amigo, y eso era absolutamente imperdonable.

Pero no estaba dispuesto a fallarle de nuevo. Eso, de ninguna de las maneras. En cuanto llegara a Barcelona, no se movería de su lado, no. Esta vez, tenía la firme intención y la voluntad acérrima de hacer las cosas bien.

Aquella misma mañana, también se había decidido por fin a llamar a su madre. A la pobre mujer casi le da un infarto al enterarse de lo que le acababa de suceder a su amigo Jon.

- ¡Dios mío! – exclamó. - ¿Pero de verdad, está tan grave?

- Eso dicen. Pero yo lo tengo que averiguar por mi cuenta – contestó Gorka, descreído. – Esta noche tomaré un avión a Barcelona, quiero verlo con mis propios ojos.

- ¡Ay cariño! ¡No me digas que vienes! – se sorprendió su madre. - ¡Pero haberlo dicho antes! ¡Nos pillas de viaje a Mallorca, estamos en medio del mar! – protestó.

- Mamá, hasta hace unas cuantas horas, ni tan siquiera yo sabía que tendría que hacer este viaje, ¡cómo te iba a avisar! – razonó Gorka, armándose de paciencia. – ¿No ves que se trata de una emergencia? ¡No estaba planificado!

- Ay, hijo... No sé por qué tuviste que marcharte... - se lamentó su madre, cambiando de tema. – Con lo bien que estabas aquí, cerca de nosotros... ¡Qué necesidad tenías de irte tan lejos!

“*Si tú supieras, mamá...*” – pensó Gorka, para sus adentros. Pero, evidentemente, no iba a tratar de explicárselo a su madre en aquel momento. Ni en ningún otro.

- Tesoro, me estoy poniendo muy nerviosa – continuó ella. – Será mejor que nos demos media vuelta. Voy a hablar con tu padre. Con lo que está ocurriendo, tenemos que regresar a casa.

- ¡No, de ninguna de las maneras! – replicó Gorka, tajante. – Vosotros disfrutad de vuestras vacaciones. Yo te iré informando puntualmente de todo lo que ocurra.

- Hijo... De verdad... A veces pienso que no quieres vernos... - se lamentó su madre.

- No digas eso, mamá – negó él. – Sabes que no es verdad. Quiero que estéis tranquilos y que disfrutéis de vuestras vacaciones, eso es todo.

Gorka era consciente de que ella no andaba desencaminada en sus suposiciones ya que, en realidad, el hecho de saber que no coincidiría con sus padres en aquella ocasión le producía un gran alivio, y se sintió culpable por ello. No cabía duda de que él los quería muchísimo a ambos, pero, analizándolo fríamente, llegó a la conclusión de que prefería estar solo. Tenía que ordenar sus pensamientos, bastantes temas se acumulaban dentro de su cabeza ya de por sí, como para añadir uno más.

Desde que se mudara a Washington D.C. a principios de año, su intención no había sido otra que la de alejarse de sus obsesiones, y de todo aquello que se le escapaba de las manos y que no podía controlar. Y para tratar de olvidarse definitivamente, se prometió a sí mismo no volver a pisar Barcelona en mucho, muchísimo tiempo. Y sin embargo, el fatídico destino había querido burlarse de él obligándole a regresar, y lo hacía además de la manera más dramática y dolorosa posible.

- ¿Irás a dormir a casa, cariño? – preguntó su madre, antes de colgar. – Puedo llamar al portero para que te entregue un juego de llaves...

- No, mamá, muchas gracias. Te lo agradezco enormemente, pero he reservado habitación en un hotel.

- Ah... Bueno... De qué me sorprende, yo... Ingenua de mí... - protestó su madre. – No quieres ni venir a casa... Era de esperar...

- Mamá, por favor. Lo único que quiero es no causar molestias... - se excusó Gorka.

- ¿Y dónde está ese hotel, si puede saberse? – preguntó ella, quisquillosa.

- En la calle Princesa, mamá. En *Ciutat Vella* – contestó Gorka, suspirando. Sabía de antemano que a su madre no le iba a gustar aquello.

- ¡Uy, qué horror! – exclamó ella, indignada. - ¡No se te ha podido ocurrir un sitio peor! ¡A ver si te atracan!

- Es un barrio genial, mamá – le replicó Gorka, aburrido con la conversación. – Aunque tú no lo creas, la ciudad no se termina en la Bonanova...

- ¡Sí, claro! ¡Tú búrlate de mí, si quieres! – protestó su madre. – En fin, haz lo que te dé la gana, como has hecho toda la vida...

Desde que Gorka era bien pequeño, su madre venía arrastrando un sentimiento de frustración producido por aquel evidente desapego que mostraba su hijo hacia ella: siempre había sido tan independiente, tan inescrutable, tan aparentemente insensible a la imperiosa necesidad que ella tenía por averiguar lo que pasaba dentro de su mente... No obstante, no quiso que la despedida les dejara a ambos un mal sabor de boca, como si estuviera enfadada o dolida con él.

- Te quiero mucho, hijo – le confesó, imprimiendo una gran dulzura a su voz. – Que no se te olvide llamarme para contarme cómo va todo, ¿de acuerdo? Siento mucho lo que le ha sucedido a Jon. Pobre chico, pobre chico...

- Yo también te quiero, mamá – le contestó Gorka, con sincero cariño. – Descuida, te llamaré puntualmente para informarte de cómo va su evolución.

Ambos colgaron el teléfono. Era triste reconocerlo, pero se había quitado un gran peso de encima. No estaba preparado para que su madre, con la mejor de las intenciones, tratara de fiscalizar todos sus movimientos, hurgara en sus sentimientos, en su corazón... No quería verse obligado a fingir con ella, ni tampoco a mentirle. No, en esta ocasión.

Y quién sabía si, de todas maneras, no le iba a tocar fingir ya de por sí en cuanto llegara a Barcelona.

Eso, en caso de que la viera a ella.

Estaba anímicamente hecho polvo, y aquello nada tenía que ver con los dramáticos acontecimientos ocurridos hacía apenas 24 horas. Era algo que arrastraba dentro de sí desde mucho tiempo atrás, una pesada carga que le lastraba hasta el punto de llegar a hacer insoportable su estancia en Barcelona por más tiempo. Y de aquello, en ningún momento nadie de su entorno se había llegado siquiera a enterar. Se había convertido en un secreto que guardaba en el fondo de su corazón y que amenazaba con estallarle en medio del pecho, en el momento más inesperado.

Ésa era la verdadera razón por la que se había marchado bien lejos de allí, poniendo tierra e incluso océanos de por medio, para tratar de cicatrizar y de sanar una herida abierta que no paraba de supurar.

Para olvidarse de ella.

Elisa...

¿Pensaría ella alguna vez en él? Probablemente no, eso lo tenía más que asumido, y aquel convencimiento le llenaba de impotencia y de rabia. Era muy duro saber a ciencia cierta que ella no dedicaría un minuto de su existencia a su recuerdo, mientras que él, por su parte, no conseguía arrancarla ni tan siquiera un mísero segundo de su pensamiento.

A raíz del accidente de Jon... ¿Estaría ella en Barcelona también? ¿Coincidirían los dos?

No estaba preparado para verla, no.

No estaba preparado para nada, en realidad.

Aquello le había pillado a contracorriente, y su ánimo se estaba resintiendo considerablemente. Los miles de kilómetros que les distanciaban a ambos desde hacía seis meses, le habían servido a Gorka para tratar de serenarse y de retomar una cierta calma interior. Y además, daba la casualidad de que había conocido a Nancy, esa criatura maravillosa que le devolvió la sonrisa y la confianza en sí mismo, aquella joven que había comenzado a reparar su maltrecho amor propio con pequeñas

puntadas, que iban logrando reunir poco a poco todos los pedazos desperdigados en los que se había quedado reducido su corazón.

Y justo en el momento en que empezaba a encontrarse bien, tocaba regresar a casa. Y quién sabía si, tal vez, tendría que enfrentarse también a aquel rompecabezas que había dejado sin resolver.

Puede que, al fin y al cabo, salir huyendo no hubiera sido la mejor de las ideas. Estaba claro que el destino siempre acababa por encontrarle, por mucho que tratara de esconderse bien.

Ella... Siempre ella.

Omnipresente.

Aquella sí que era una larga historia...

“El amor empieza por una metáfora.”

Milan Kundera, “*La insoportable levedad del ser.*”

**Gorka.**

**Vitoria-Gasteiz, agosto de 1985.**

## I

Si eres el único niño de tu pandilla al que no le gusta el fútbol, has de tener bien claro desde la más tierna infancia, que habrá momentos en los que te sentirás como el paria del grupo y te quedarás completamente solo. Ya puedes estar pasando un rato superagradable con tus amigos entre bromas y risas que, en el preciso instante en el que haga acto de presencia alguno de esos engendros con forma esférica, todos saldrán corriendo detrás de él completamente hechizados, como si del mismísimo *flautista de Hamelín* se tratara.

Eso era al menos lo que pensaba Gorka, cabizbajo, mientras trataba de pasar el rato leyendo un caso de *Perry Mason* tumbado en su toalla, extendida sobre el césped del complejo deportivo del *Estadio*. Su pandilla y él elegían siempre un lugar junto a la piscina de los trampolines, porque allí se agrupaban los adolescentes y la gente joven en general, mientras que la otra piscina, la de “*mujeres*” - llamada así desde la fundación del *Estadio*, por la segregación de géneros que allí se imponía durante el franquismo, - era la que escogían habitualmente las familias con niños pequeños.

En aquellos momentos, el resto de toallas se hallaban vacías y él se sentía abandonado y frustrado, cuando tan solo media hora antes se había estado divirtiendo a base de bien en compañía de sus amigos. Y todo por culpa de aquel tal Pablo que, para desgracia de Gorka, decidió hacer su aparición con su inseparable balón de reglamento debajo del brazo.

Pablo era un chico alto y de complejión atlética que contaba con gran popularidad entre los chavales que frecuentaban las instalaciones del *Estadio*, no en vano se trataba de un gran deportista al que se le daba bien practicar casi cualquier actividad física. Y es que aquel joven tan bien dotado, no solo disfrutaba enormemente haciendo ejercicio sino que, además, resultaba ser tremendamente competitivo y tenaz, de modo que era casi imposible acercarse al *Estadio* un buen día de verano y no encontrárselo tirando

unas canastas en la pista de baloncesto, o disputando un partido de fútbol junto a un montón de niños que estaban deseando jugar con él. En ocasiones, Gorka se preguntaba si ese chico no tendría una casa a la que acudir de vez en cuando y una familia que le echara de menos, porque daba la impresión de que se había instalado a vivir allí a perpetuidad. Su implicación en cualquier partido que se estuviera disputando era tan intensa y constante, que a Gorka le entraba el cansancio de golpe con solo mirarlo.

Y es que a él, si en aquella época alguien le hubiera pedido que se definiera a sí mismo con dos palabras, seguro que se habría descrito inmisericordemente como un chico fondón y desgarrado. Era plenamente consciente de que, a diferencia de muchos de sus amigos, él no contaba con la menor forma física. Gorka nunca se había dejado seducir por lo que de maravilloso tenía, al parecer, el mundo del deporte, él prefería mil veces quedarse en su toalla leyendo un libro, o al borde de la piscina manteniendo una animada conversación con sus amigos, antes que exponerse a recibir un balonazo que le hiciera morder el polvo, o a dejarse las rodillas en carne viva cayéndose de bruces sobre aquella gravilla rasposa que conformaba el precario pavimento del campo de fútbol.

Definitivamente, aquello no le motivaba en absoluto, y probablemente nunca lo haría.

Y no era eso lo único que marcaba la diferencia entre Pablo y él, y que hacía que fueran tan distintos como el día y la noche: Pablo, además de ser un chico bien formado y muy desarrollado para su edad, combinaba a la perfección sus atributos físicos con un perfecto y uniforme bronceado que lucía desde el minuto uno del verano, y que le confería un aspecto magnífico y digno de la envidia de cualquiera. A Gorka, en cambio, más le valía no exponerse al sol tan alegremente como lo hacían los demás, ya que la piel se le abrasaba con cierta facilidad. Y por este motivo siempre se aseguraba de tener a mano algún árbol bajo cuya sombra poder resguardarse de los temibles rayos amarillos. Eso, si no quería acabar el día enterrado bajo kilos de crema hidratante, con la piel chamuscada y cayéndosele a tiras, con el consecuente aspecto repugnante que tal efecto, a su juicio, le confería.

Él no podía evitar que ese chico tan apuesto y aparentemente perfecto le recordara a *Ken*, el novio de la muñeca *Barbie*, aunque para ser justos, había de reconocer que no estaba siendo del todo objetivo con él. Lo que a Gorka de verdad le dolía en el alma era el hecho de que Jon y él se estuvieran haciendo cada vez más amigos. Él no dudaba de que eso fuera algo del todo lógico y normal, ambos compartían la misma pasión por el fútbol y, por tanto, era comprensible que les apeteciera estar juntos. Reconocía que así habría de ser, pero lo cierto era que aquello, inevitablemente, le dolía. En el fondo de su ser temía que llegara el día en el que Jon se olvidara de él y lo sustituyera por aquel otro amigo con el que era obvio que tenía tantas cosas en común.

Y aquel pensamiento resultaba aún más doloroso en un momento tan delicado como

aquél, en el que Gorka estaba a punto de marcharse.

Ése era, en efecto, su último verano antes de partir. En septiembre se mudaría junto a sus padres a vivir a Barcelona y la vida sería muy distinta para él: comenzaría a estudiar el bachiller en un nuevo colegio, con nuevos compañeros... Confiaba en que, al menos, haría nuevos amigos... Y mientras tanto, los suyos de toda la vida continuarían estudiando todos juntos y en el mismo colegio, y la posibilidad de que la distancia lograra acabar definitivamente con su amistad le causaba una gran preocupación y un creciente desasosiego, que hacía que no lograra disfrutar como a él le hubiera gustado de aquellas últimas semanas de sus vacaciones.

¿Se olvidaría Jon de él? ¿Lo harían también todos los demás?

Muy a su pesar, lo cierto era que ante aquella inquietante posibilidad, no había nada que Gorka pudiera hacer. Tenía bien claro que si eso llegaba a ocurrir, no trataría de reprochárselo a nadie. Al fin y al cabo, él se marchaba bien lejos y eso suponía perder el contacto del día a día, de modo que en aquel contexto podría pasar casi cualquier cosa. Tan solo era cuestión de esperar y de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

- ¡Qué hay, tíos! ¿Echamos un partidillo?

Pablo había saludado a todo el grupo y esperaba de pie plantado frente a ellos mientras desplegaba una enorme sonrisa de oreja a oreja, convencido de conocer a ciencia cierta la respuesta: siempre que recibían aquella invitación, los amigos de Gorka no tardaban ni un minuto en secundar la propuesta y salir corriendo detrás de aquel chico, maldita sea, el primero de todos y como no podía ser de otro modo, Jon.

Y entonces, él sabía que los perdería de vista durante el resto de la tarde. Le tocaba armarse de paciencia y esperar resignadamente a que se cansaran de dar patadas al puñetero balón - y de paso, se repartieran unas cuantas coces y zancadillas entre ellos mismos, - y volvieran de nuevo la piscina, a retomar otro tipo de actividades más sedentarias que ahora se veían interrumpidas.

Por esa razón, y en previsión de los numerosos momentos que habría de pasar completamente solo, Gorka siempre llevaba consigo un libro o un tebeo con el que distraerse, algo que fuera su fiel compañero cuando los de carne y hueso optaran por desaparecer. A sus catorce años, le encantaban todos los cómics de la época: desde *Astérix y Obélix*, pasando por el *Capitán Trueno*, *Mortadelo y Filemón* y el increíble *Tintín*. Pero también devoraba novelas de misterio, como las de *Los Cinco* de *Enid Blyton* o las aventuras de los detectives más famosos, del estilo de *Hércules Poirot* o el propio *Mason*, y los casos de la señorita *Marple*.

Algunos días no le incomodaba tanto eso de estar solo. En contadas ocasiones, incluso era capaz de disfrutar leyendo tranquilamente un libro que le resultara interesante, aunque eso no siempre funcionaba como él esperaba. La mayoría de las



veces le molestaba el hecho de verse allí colgado, rodeado de grupos de amigos que no eran los suyos y que se le antojaban molestos y gritones. Cuando se hartaba de que algún cretino le llenara su libro de salpicaduras de agua o le pisara sin darse cuenta, divirtiéndose con sus colegas mientras él parecía haberse vuelto invisible ante el mundo, el desasosiego lo empujaba a rendirse y a buscar la compañía de sus amigos allá donde éstos se encontraran disputando un partido de fútbol, que sin duda alguna le resultaría tremendamente soporífero.

Y cuando lo hacía, optaba por sentarse bien atrás en las gradas del campo, y resignarse a observar a los demás jugar aquellos interminables encuentros no exentos de riñas, empujones y disputas sempiternas acerca de, al parecer, algún tipo de infracción cometida por alguna de las dos partes. Gorka no tenía ni idea de si el motivo que generaba la discusión se podría deber a una falta o no, desconocía las reglas más básicas del juego y tampoco le interesaba en absoluto aprenderlas. Pero al menos allí estaba acompañado por sus amigos e, incluso, alguna rara vez, hasta sucedía algo que resultaba realmente divertido y todo, y en esos momentos se sentía feliz de poder compartir unas risas con ellos.

No era necesario tener conocimientos de fútbol para darse cuenta de que, precisamente, Jon y Pablo eran los chicos que mejor jugaban. Ambos arrebataban con sorprendente facilidad el balón de los pies del rival y corrían veloces hasta la portería contraria, donde acababan chutando con tal fuerza y pericia que rara vez el portero de turno era capaz de reaccionar a tiempo. El chaval se quedaba plantado delante de los postes como un lelo, incapaz de reaccionar. Y entonces, como no, retomaban las discusiones: que si había sido clarísimamente un fuera de juego, que si esto, que si lo otro...

Generalmente, Ander, el amigo que tenía el espíritu más bromista y pendenciero de todos ellos, era el primero en iniciar las disputas y el que llevaba la voz cantante en todas ellas, la mayoría de las veces por el puro placer de provocar y discutir. Por su parte Marcos, el cabal, trataba de poner orden y restablecer la paz en aquel guirigay que se solía organizar. Y mientras tanto, los demás, tomaban partido por uno u otro bando según se terciara la situación. Las acusaciones volaban por el aire: que si claro que ha sido penalti; que si no te lo crees ni tú; que a ver si haces el favor de pasar la pelota al resto; que, oye, ¡los demás también jugamos!...

Aburrido, aburrido, aburrido... ¡Todo aquello resultaba ser mortalmente aburrido!

Aunque afortunadamente para él, no todos los días iban a ser iguales...

-----

## II

Sucedió una de aquellas tardes en las que Gorka estaba sentado viendo jugar a sus amigos.

Así fue como Elisa habló por primera vez a solas con él.

Elisa...

Apareció por allí sin ninguna razón aparente. Fue el azar el que la condujo hasta él. Y también fue así como, sin quererlo, la más trivial de las casualidades dejó una impronta imborrable en el corazón de Gorka. Se grabó como lo harían las pisadas sobre un pavimento fresco que no hubiera tenido tiempo suficiente para secar.

Y lo que sucede en un momento, apenas si acaso un instante, a veces permanece profundamente marcado en la memoria y se mantiene imperturbable con el paso del tiempo, aunque los años susurren otros nombres al oído y dejen otras huellas en la piel, incapaces de dejar marcas tan profundas como aquéllas que se quedaron grabadas una vez.

Elisa paseaba charlando con sus amigas por la zona deportiva, cuando se percató de que su primo Marcos estaba disputando un partido de fútbol junto a sus amigos, y entonces, la curiosidad la llevó a acercarse hasta el terreno de juego para observar el encuentro.

Gorka advirtió su presencia y no pudo evitar ponerse un poco nervioso. No le gustaba nada que ella anduviera por allí. Aunque nunca lo habría admitido, esa niña le provocaba una extraña sensación en el estómago. Reconocía perfectamente aquel hormigueo, como si se le estuviera revolviendo algo por dentro, y acto seguido le invadía una especie de vértigo que hacía que se le erizara hasta el vello de la nuca. Y ya para acabar de empeorar las cosas, si algún día daba la casualidad de que ella se encontraba en las proximidades e, inconscientemente, llegaba a invadir su perímetro de seguridad, a Gorka inmediatamente se le empezaba a trabar la lengua. De repente se sentía incapaz de construir una simple frase, enredándose en circunloquios y sudando tinta a mares, al tratar de expresarse en los términos más sencillos. Y aunque por suerte nadie de su entorno parecía percatarse de ello, en su fuero interno sentía que aquello le hacía parecer un auténtico tonto, y lo odiaba profundamente.

De modo que Gorka siempre optaba por la solución más sencilla: si en algún momento del verano se encontraban con la prima de Marcos y con sus amigas, bien fuera en la piscina o saliendo de la tienda de las chucherías, él procuraba camuflarse detrás de todos sus amigos y no cruzar una sola palabra con ella. Así evitaba exponerse a un posible ridículo y a que los demás notaran hasta qué punto la presencia de Elisa le impedía expresarse con normalidad. Eso era, sin duda alguna, lo más prudente y lo más seguro.

En aquel momento, Elisa se encontraba observando el transcurso del partido

aparentemente relajada y divertida, ajena por completo a la presencia de él, sentado como estaba detrás de ella en una solitaria grada, unas cuantas filas más atrás. Y él por su parte respiraba tranquilo, dándose gracias a sí mismo por haber tomado la sabia decisión de sentarse bien lejos del campo. En su estratégica posición, Gorka se creía completamente a salvo, en el convencimiento de que Elisa no se dignaría a mirar siquiera en aquella dirección.

Aliviado por esta certeza, volvió a concentrar su atención en lo que acontecía en el terreno de juego: para un buen observador como él, no pasaba desapercibido el hecho de que, nada más hacer acto de presencia esta nueva e inesperada espectadora, los chicos que jugaban aquel partido habían sufrido una mágica metamorfosis que les había dotado de nuevas y renovadas energías, gracias a las cuales parecían mucho más activos y osados de lo que cabría esperar de ellos, tan solo un par de minutos antes. Al igual que si acabaran de ingerir la poción mágica de *Asuracentúrix* o el brebaje de otro druida por el estilo, súbitamente habían iniciado un juego mucho más rápido y agresivo, arriesgándolo todo en cada jugada, corriendo como locos de un lado a otro del campo, e intentando por todos los medios llevarse cada uno de ellos la medalla al pecho por haber marcado el gol de la victoria.

Desde el anonimato que le otorgaba su discreta ubicación en las gradas, Gorka comenzaba a sonrojarse por efecto de la vergüenza ajena: era obvio que los chicos habían detectado que Elisa les observaba y estaban intentando impresionarla, empleando para ello sus mejores y más agresivas tácticas de juego. Eso se notaba a la legua. Y a él, la sola idea de que ella también pudiera haberse percatado de ese pequeño detalle, le provocaba un intenso bochorno y unas inmensas ganas de que se lo tragara la tierra, para tratar de escapar al fin de aquella situación que se estaba poniendo cada vez más incómoda.

Contemplando aquel comportamiento de sus amigos, Gorka se daba cuenta de que, a veces, él era excesivamente severo consigo mismo y con sus propias inseguridades. A juzgar por el espectáculo que estaba teniendo lugar ante sus ojos, él no era el único que parecía un idiota cuando se hallaba en presencia de algún espécimen del género femenino. Al fin y al cabo, a los demás también les pasaban cosas extrañas.

En ocasiones, sus amigos, cuando se topaban con un grupo de conocidas y se paraban a charlar con ellas, adoptaban de manera casi orquestada unas poses tremendamente forzadas: se les veía más nerviosos de lo habitual, más habladores, más propensos a proferir auténticas tonterías con el fin de resultar chistosos y de hacer reír a las chicas... Aquel verano algo estaba cambiando, se percibía en el ambiente. Las prioridades del grupo ya no eran las mismas de siempre, y su actitud frente al sexo opuesto iba mudando paulatinamente desde la acostumbrada indiferencia de la que hasta entonces habían hecho gala, hasta el más puro y recién estrenado interés.

Y a pesar de que ésa era una realidad casi palpable, no era cosa de empezar a

comentarlo entre ellos ni a airear sus sentimientos públicamente, así como así. A ninguno le resultaba sencillo hablar de sus preocupaciones íntimas, y más concretamente, de aquéllas que afectaban directamente al corazón, de modo que mantenían su silencio al respecto como una especie de acuerdo tácito, un pacto en el que solo estaba permitido hablar de cosas divertidas y preferentemente, del todo intrascendentes. Así que Gorka pensaba que cada uno de ellos llevaría los cambios a su manera, era de suponer.

Pero aquel repentino despliegue de dotes futbolísticas por parte de sus amigos, con un ojo puesto en el juego y el otro en el público, tratando de percatarse de si el resto de amigas de Elisa se acercaban también a verlos jugar o no, a él le estaba resultando de lo más molesto. A su juicio, se estaban poniendo en evidencia de una manera escandalosa.

Él por su parte, también se concedió a sí mismo un instante para mirar discretamente a Elisa y darle un furtivo repaso: era comprensible que los chicos se hubieran puesto nerviosos al verla, porque lo cierto era que la niña, que tenía su misma edad, era realmente preciosa. Con gesto desenvuelto se apoyaba en la valla que separaba al público del campo, y lo hacía con elegancia y soltura, derrochando una seguridad en sí misma que a Gorka le resultaba del todo fascinante. Era una chica de mediana estatura y más bien delgada, que tenía unos hermosos ojos castaños y un pelo ligeramente rojizo y liso, que se salpicaba de finas mechass rubias en las que en verano, el sol parecía disfrutar dejándose atrapar con deleite. Por encima del bañador llevaba una camiseta que por lo menos era tres tallas más grande que ella y le llegaba hasta la mitad del muslo. – Una característica relevante de las niñas de los 80, era que por todos los medios trataban que evitar que se les adivinara la forma del trasero, a poder ser tapándose con una camiseta o sudadera extra larga, o anudando un jersey a la cintura, estratégicamente situado en el lugar oportuno. – La camiseta llevaba impresa la imagen de los componentes del grupo *Duran- Duran*, destilando nuevo romanticismo y kilos de laca por los cuatro costados. Gorka recordaba haber visto recientemente el videoclip del tema *New Moon on Monday* en el programa *Tocata* [2]. En una esquina de la foto se adivinaba el logo de la revista *Súper Pop*, una publicación muy conocida durante esos años y que todas las niñas leían ávidamente en la piscina, formando apretados corrillos. Al final de sus finas piernas llevaba puestas unas chanclas y las uñas pintadas de divertidos colores.

Rápidamente, Gorka grabó en su memoria todos y cada uno de aquellos pequeños detalles como si fuera una computadora, y en cuanto hubo terminado se obligó a mirar al frente, concentrando toda su visión – que no sus pensamientos, que volaban por libre, - en el partido que se estaba disputando, el mismo que si ya de por sí le interesaba bien poco, ahora transcurría de manera invisible ante sus ojos.

Y mientras él se esforzaba por mantener la mirada fija en aquel encuentro, sin osar

siquiera a pestañear, por el rabillo del ojo pudo observar con verdadero terror que Elisa acababa de advertir su presencia y que, decidida y resuelta, estaba subiendo las gradas en dirección a él. Y en cuanto Gorka fue consciente de ello, sintió de pronto que la sangre se le congelaba dentro de sus venas y que todo su cuerpo se ponía tenso y duro, como si estuviera hecho de madera.

A medida que la niña se aproximaba a donde él se encontraba, Gorka llegó a la conclusión de que no podría seguir fingiendo por más tiempo que no la veía, así que le dedicó una breve e indiferente mirada de soslayo, e hizo un raquítrico amago de saludo con la cabeza, como si realmente no le importara lo más mínimo lo que ella anduviera haciendo por allí. Acto seguido, volvió a clavar sus ojos al frente como si fueran dos chinchetas, haciendo acopio para ello de una disciplina más férrea de la que tendría cualquier soldado de la mismísima Guardia Real británica.

- ¡Hola! – oyó que le decía Elisa.

Automáticamente, él giró la cabeza hacia aquella carita salpicada de pecas, que le estaba dedicando una amplia y hermosa sonrisa.

- ¡Ah, hola! – contestó Gorka, falsamente indiferente. - ¿Qué tal?

- Bien. ¿Puedo sentarme aquí? – preguntó ella.

- Sí, claro. Adelante – respondió él.

Las gradas estaban completamente vacías, no había nadie allí excepto él. ¿Por qué demonios habría optado Elisa por sentarse justo a su lado, si nunca antes se habían dirigido expresamente la palabra? Gorka comprendió entonces con espanto que por alguna extraña razón que a él se le escapaba por completo, Elisa había buscado deliberadamente su compañía e, incluso, parecía estar dispuesta a entablar una conversación con él. Sintiendo completamente azorado, decidió que no podía mantener por más tiempo aquella actitud tan distante con la que la había recibido o de lo contrario, correría el riesgo de que ella pensara que él era un chico tremendamente antipático. Y una cosa era parecer desinteresado, y otra bien distinta, quedar como un borde. Indudablemente, debía mostrarse un poco más amable y dialogante, de modo que trató desesperadamente de encontrar algún comentario ingenioso que hacer o del que echar mano, pero al no hallar ninguno, se resignó a seguir manteniéndose callado.

- Veo que te gusta mucho el fútbol, no pierdes detalle – comentó la niña mientras se sentaba a su lado, percatándose de que él no despegaba los ojos del partido y ni siquiera parecía respirar.

- Bueno.... Sí – mintió Gorka, con timidez. Y se volvió a quedar callado de nuevo.

Se estaba devanando los sesos por hallar un hilo de conversación del que tirar y, viendo que era incapaz de encontrar uno, comenzaba a sentirse realmente desesperado.

Gorka trató entonces de despejar su confusa mente y de analizar aquella inusual situación con frialdad. Porque si lo pensaba bien, podía afirmar sin lugar a dudas que

Elisa no se sentía atraída en absoluto por él, o de otro modo jamás habría tenido el valor de sentarse a su lado con tanta naturalidad. Las cosas no funcionaban así, desde luego que no. Por aquel entonces, y al menos en su ciudad natal, si a alguna chica le gustaba un chico, las evidencias eran otras bien distintas. Lo habitual era que se pusiera a hablar de él formando un corro con sus amigas, y entonces todas comenzarían a reír nerviosamente en voz supuestamente baja y a hacer aspavientos, tratando de guardar una discreción que resultaría a todas luces un auténtico fracaso porque, seguramente, a alguna de ellas no tardaría en escapársele el secreto más temprano que tarde, y de aquello se acabaría enterando tanto el mismísimo aludido y todos sus compañeros, como la piscina entera y hasta el portero de la entrada.

Por tanto, era de imaginar que Elisa veía a Gorka como a un amigo más de su primo, un chaval tranquilo e inofensivo con el que poder sentarse un rato a charlar, sin mayores consecuencias. Una vez llegó a esta conclusión, se tranquilizó un poco. Esta nueva certidumbre restaba presión a la importancia de su papel en todo este asunto y en consecuencia, al hecho de que no fuera capaz de encontrar un tema lo suficientemente interesante del que hablar. Se convenció a sí mismo de que, en realidad, no tenía ninguna importancia lo que él dijera ni sobre qué tratara, él no tenía nada que hacer con ella y por la misma regla de tres, tampoco nada que perder. Bastaba con que fuera él mismo y se dejara llevar como si hablara con cualquier otra persona, nada más.

Esta reflexión le ayudó bastante a relajarse, y a tomarse aquella insólita tesitura con relativa calma.

- ¿Y si te gusta tanto el fútbol, por qué tú no juegas? – quiso saber Elisa.

*Touché.* Ella acababa de hacer una pregunta que tenía toda la lógica del mundo. Él sonrió, bajó la mirada y decidió sincerarse.

- Vale. Me has pillado – confesó. - La verdad es que no me gusta nada en absoluto. Estoy aquí por la sencilla razón de que están jugando todos mis amigos. Son unos pelmazos. Un día alguien les va a arrojar una pelota a un precipicio, y se van a despeñar todos detrás. – Y los dos rieron a la vez con la ocurrencia. – Pero bueno, lo importante es que al menos estoy con ellos... Y eso es mejor que nada...

Gorka se arrepintió al instante de haber dicho esto último. Una cosa era mostrarse natural, y otra bien distinta, resultar patético y triste.

- Tiene que ser muy difícil ser chico y que no te guste el fútbol – le contestó Elisa, mostrándose muy comprensiva.

*“No lo sabes tú bien”* – pensó Gorka.

Pero por primera vez en su vida, aquello parecía tener sus ventajas.

De eso no tenía la menor duda.

---

### III

Desde aquel día, cada vez que sus amigos se juntaban con el tal Pablo o decidían jugar un partido de fútbol por iniciativa propia, a Gorka le daba un vuelco el corazón. A veces trataba de disimular su repentino interés por asistir a esos encuentros, quedándose un poco rezagado y retrasando el momento de presentarse en el terreno de juego bajo cualquier pretexto, todo con tal de no levantar las sospechas de los demás. Se excusaba diciendo que primero quería leer un rato, y entonces contaba los segundos con impaciencia hasta que consideraba que había transcurrido un tiempo más que prudencial como para dejarse caer por allí como si nada, fingiendo cierta desgana incluso, algo que todos interpretarían como un comportamiento habitual en él. Después, se sentaba en las gradas con la vista perdida en algún punto del partido y con su radar interno completamente desplegado, dispuesto a emitir la señal de alarma al menor indicio de que ella se encontrara en las proximidades.

En cada una de aquellas ocasiones, él acudía con la misma impaciencia y la misma secreta esperanza de verla, aunque no siempre Elisa hacía acto de presencia. Pero cuando aparecía, Gorka consideraba que la espera había valido la pena porque el día cambiaba de color y se iluminaba para él. De repente, era como si se abriera el cielo y un cálido haz de luz bañara su rostro, invadiéndole una incontrolable sensación de euforia que a duras penas lograba disimular.

Los redondos ojos de Elisa eran para él los soles de sus días claros. Su dulce voz era la sintonía de su verano, y todos aquellos sentimientos que experimentaba por primera vez en su vida le emocionaban y le avergonzaban al mismo tiempo hasta tal punto, que temía que su piel comenzara espontáneamente a enrojecer, poniéndolo en evidencia delante de todos. Y lo último que él deseaba era que sus amigos se percataran de hasta qué punto se estaba volviendo él vulnerable bajo la influencia de Elisa, y de cómo su corazón se estaba empezando a derretir como si fuera de mantequilla.

Demasiadas metáforas, pensaba Gorka. Eso no podía ser bueno, en absoluto. Se sentía muy confuso y corría el riesgo de acabar delatándose torpemente si en algún momento no lograba contenerse a tiempo. Intentaba repetirse a sí mismo una y otra vez que aquella chica no buscaba en él otra cosa que no fuera un poco de conversación, y que el motivo por el que ella aparecía casi todas las tardes por el campo de fútbol no era otro que el de ver jugar a su primo, nada más. Él trataba de no desviarse de aquella certeza en ningún momento, en un intento por ponerse a salvo de entelequias y de no perder la perspectiva de la situación. Ante todo, no quería hacer el ridículo delante de

todo el mundo.

Eso, de ninguna de las maneras.

---

## IV

En una de aquellas ocasiones, Elisa le propuso que se fueran a bañar los dos juntos.

- ¡Vaya rollo de partido! – había exclamado ella. – Esto cada día es más aburrido, ¿no te parece?

Y él asintió, porque no podía estar más de acuerdo con ella. Los chicos se habían enredado en una de sus soporíferas discusiones acerca de una supuesta falta cometida por alguien, de modo que el juego llevaba parado un buen rato.

- ¿Quieres que nos vayamos tú y yo a la piscina? ¿Te gusta nadar?

A él nunca le había interesado nadar, ni cualquier otra actividad física de ninguna índole o condición, pero era evidente que a ella sí le gustaba.

- ¡Sí, claro! ¡Me encanta! – respondió él a toda prisa, mostrando un gran interés.

Y aunque en aquel momento era una mentira, lo cierto era que Gorka no tardaría mucho en descubrir que practicar regularmente aquel deporte sería para él un hábito esencial en su nueva vida en Barcelona, siendo el que le ayudaría a adquirir un envidiable tono físico al cabo de los años.

- ¡Pues a qué esperamos! ¡Vamos allá! – y Elisa se levantó resuelta de la grada en la que se hallaban sentados, dedicándole otra de sus hermosas sonrisas.

Ambos se dirigieron hacia la piscina de trampolines, que a aquellas horas se encontraba abarrotada de jóvenes que se divertían en el agua. Las chicas, por lo general, llevaban puesto el gorro de goma que dictaba el reglamento de uso y que resultaba ser un complemento obligatorio para todas aquellas que llevaran el cabello largo. Pero también había alguna que sorteaba el cumplimiento de esta norma y se bañaba con el pelo suelto, arriesgándose así a que la viera algún vigilante malhumorado de los que rondaban continuamente por las piscinas y le dedicara una sonora reprimenda o un castigo aún peor, que incluso podría acarrear la retirada del carnet durante unos días.

- Yo no me pienso poner el maldito gorro. Es de un plasticucho horroroso y me hace poner cara de pez. Paso de los “gorreros” y de sus broncas – afirmó Elisa, desafiante, mientras se desprendía de su inseparable camiseta gigante, dejando al descubierto un escueto bikini rosa que le sentaba fenomenal.



Antes de que hubiera acabado de quitársela, Gorka ya se había tirado precipitadamente al agua, agradeciendo que estuviera lo suficientemente congelada como para borrar de un plumazo cualquier evidencia del intenso rubor que aquella visión le había producido.

- ¡Uy qué fría!- exclamó Elisa, metiendo un pie en el agua con delicadeza, y descendiendo pausadamente las escalerillas de mano.

- Buf, no te creas, una vez que estás dentro no es para tanto, ya verás...

Gorka sentía tal concentración de calor dentro de su cuerpo, que temía que el agua empezara a hervir a su alrededor en cualquier momento. Azorado, pensaba que, de seguir así, podría llegar a elevar la temperatura de la piscina un par de grados, él solito.

- ¿Echamos una carrera? – propuso Elisa.

Y echaron varias. Tres largos completos, para ser exactos. Gorka sentía que estaba a punto de desfallecer, ni él mismo daba crédito a aquella hazaña que acaba de realizar, cuando por regla general, él no solía completar por su cuenta ni la distancia de un largo entero. Le faltaba el aliento pero aun así, estaba dispuesto a ahogarse allí mismo si fuera necesario, con tal de no tener que admitir ante ella que se encontraba totalmente extenuado. No era cuestión de desairar a la muchacha y ya de paso, quedar mal. En cada uno de los tramos que recorrían, él fingía dejarse ganar galantemente, aunque lo cierto era que a duras penas lograba ir detrás de ella, esforzándose hasta lo indecible para no quedarse demasiado rezagado y tratar de salvar así su exhausta dignidad.

Felizmente para él, al cabo de un rato Elisa dio muestras de estar cansada también, así que se sentaron en el bordillo de la piscina a reponer fuerzas, con los pies sumergidos dentro del agua. Ella no paraba de hablar: le contaba cómo habían transcurrido sus vacaciones, le decía que había estado en la playa con su familia a principios de aquel mes de agosto, y que el resto del verano lo acabarían de pasar en Vitoria-Gasteiz. Le hablaba de sus amigas, del nuevo ciclo escolar, de los planes que tenía para ese curso que estaba a punto de empezar...

Y Gorka por su parte, esperaba pacientemente el momento oportuno para contarle al fin que cuando llegara septiembre, él ya no estaría allí, que se marchaba a vivir a Barcelona con sus padres y que tendría que dejar todo aquello que hasta entonces le era conocido para embarcarse en una vida nueva, lejos de todos sus amigos... Lejos de ella...

Pero esas explicaciones sonaban a tristeza y a despedida dentro de su cabeza, y no estaba seguro de poder expresarlas sin que le temblara la voz por la emoción. No, él no quería arruinar la magia de aquel momento, entregado como estaba a la incesante verborrea de Elisa, que destilaba alegría y buen humor por los cuatro costados. Quería disfrutar intensamente de aquella dicha que sentía estando allí junto a ella, los dos

sentados uno al costado del otro, notando el contacto de la piel mojada del antebrazo de ella contra la del suyo, observando aquella preciosa boca que no paraba de moverse: esos labios finos que temblaban ligeramente a causa del frío, por los que resbalaban pequeñas gotitas de agua que se precipitaban al vacío, y que ahora se veían realmente pálidos y húmedos.

De aquella boca salían palabras cantarinas que él ya no lograba entender, porque lo cierto era que no escuchaba nada de lo que le decían. Todos sus sentidos se habían concentrado en uno solo y permanecían absortos en la contemplación del movimiento de esos labios hipnóticos que le atraían hacia ellos con una fuerza irresistible. Él notaba cómo aquel campo gravitatorio era mil veces más poderoso que su propia voluntad, y poco a poco toda su espalda se iba arqueando hacia él, y todo su cuerpo iba adquiriendo la posición idónea y se preparaba para besarla, y sus ojos se iban cerrando bajo aquel influjo demoledor...

Pero en realidad, Gorka no se había quedado sordo como él pensaba, no, porque en aquel preciso instante Elisa gritó, y él pudo oírlo perfectamente, al tiempo que abandonaba bruscamente su ensoñación.

- ¡Ostras! ¡Que viene “*Patapalo*”! – exclamó ella, interrumpiendo los íntimos pensamientos de su amigo. A la niña se le habían tensado todos los músculos del cuerpo. - ¡Me ha visto! ¡Viene a echarme la bronca por no ponerme el gorro!

Aun así, a Gorka le costó unos segundos reaccionar, atrapado como estaba dentro de aquel agujero negro de atracción que eran los labios de Elisa. Pero cuando por fin lo hizo, no tardó en darse de bruces con la cruda realidad: a escasa distancia de donde ellos se encontraban pudo ver al vigilante de la barba tupida y las cejas espesas, aquél que era famoso por desayunarse a un par de niños cada mañana, y por los cuales demostraba sentir una profunda animadversión. El hombre, que no paraba de proferir toda clase de improperios y amenazas, se dirigía a paso firme directamente hacia donde ellos se encontraban, y a pesar de la enorme cojera que padecía, se movía a gran velocidad, resuelto y decidido. Si se quedaban allí quietos mirándolo sin hacer nada, de seguro que no tardaría ni un minuto en plantarse justo delante de ellos.

Gorka ya se estaba empezando a hacer a la idea de lo que se les venía encima, cuando Elisa decidió mostrar su lado más subversivo.

- ¡Tírate al agua! – le ordenó ella. - ¡Vamos a nadar hasta el otro lado, y escaparemos por detrás de los trampolines!

Y sin esperar respuesta alguna, ella se lanzó de cabeza a la piscina con gran agilidad.

Él dudó un instante, y acto seguido hizo lo propio y nadó con todas sus fuerzas siguiendo la estela de ella, que se dirigía a buen ritmo hacia los trampolines situados en el extremo opuesto de la piscina. En los intervalos entre brazadas, justo cuando

sacaba la cabeza a la superficie para respirar, Gorka aún podía escuchar los gritos que seguía vociferando aquel hombre horrible, que imponía a los niños tanto terror como rechazo, a partes iguales.

La piscina estaba muy concurrida ese día, y de seguro que en esos momentos todos estarían contemplando la escena, deseosos de saber cómo se resolvía. Era obvio que aquel vigilante no les iba a perdonar tan fácilmente, resignándose a que le dejaran en evidencia delante de todo el mundo. Como buen ogro de los niños que era, él tenía un prestigio ganado a pulso y no iba a permitir que dos chavales insolentes se lo fueran a arruinar. Si conseguía atraparlos, la bronca iba a ser monumental. Gorka, por su parte, lo último que hubiera deseado era despertar la ira de aquel colérico personaje, pero lo cierto era que ya no había vuelta atrás. Más les valdría a ambos nadar tan rápido como les permitieran sus brazos y piernas, y tratar de desaparecer de la vista cuanto antes, sin detenerse a pensar en las consecuencias.

Llegaron a los pies de los trampolines y salieron rápidamente del agua, sin girarse siquiera a mirar a aquel hombre que gritaba, maldecía, corría, cojeaba y hacía aspavientos, todo al mismo tiempo. Sin pensárselo dos veces, tomaron un camino situado justo detrás de la zona de las piscinas, flanqueado por altos árboles que le conferían al paseo una gran privacidad. Ése era sin duda alguna el lugar favorito de numerosas parejas de adolescentes, que buscaban entre sus frondosos árboles la oportunidad de disfrutar de unos momentos de intimidad.

Elisa y Gorka no pararon de correr hasta que encontraron uno de aquellos rincones ocultos entre la maleza que servían de refugio a los enamorados, lo suficientemente apartado como para que nadie pudiera verlos. Y una vez estuvieron resguardados tras una tupida hilera de arbustos que les servían de parapeto, se sintieron por fin a salvo.

Ocultos tras ellos, los dos se vieron sorprendidos por un repentino ataque de risa nerviosa, que de seguro acabaría delatándolos si no eran capaces de frenarlo a tiempo. Y para lograrlo, ambos se hacían gestos reclamándose silencio el uno al otro, y se agarraban de las manos y se tapaban la boca mutuamente, consiguiendo con ello que les entraran aún más ganas de reír. Por suerte, no parecía que aquel hombre les hubiera seguido hasta allí, porque de haberlo hecho ya les habría descubierto, sin ninguna duda.

Agudizaron el oído: afortunadamente, no se escuchaban las pisadas desacompañadas de aquel vigilante, ni el característico sonido metálico de su pierna ortopédica al golpear el suelo. En lugar de eso, tan solo llegaba hasta ellos el rumor de los cuchicheos y de las risas ahogadas de alguna de las parejas que pasaban por allí.

Aun así y a fin de estar completamente seguros de que no les había seguido, decidieron mantenerse alerta durante un buen rato más. Permanecían inmóviles el uno junto al otro, cuando Gorka advirtió que Elisa estaba tiritando.

- ¿Tienes frío? – le preguntó él, entre susurros.

Ella asintió con un gesto de cabeza, y él pudo apreciar cómo las mandíbulas de la muchacha golpeaban una contra otra en una reacción incontrolable. Como Gorka no tenía nada que prestarle, decidió abrazarla contra él suavemente, la cabeza de Elisa sobre su pecho, abarcándola con sus brazos en un gesto lleno de ternura.

Daba igual que el verano estuviera a punto de acabar. Daba igual que él tuviera que marcharse lejos. Aquél era su momento, y todas las dudas que le invadían y toda la angustia que sentía estaban desapareciendo por momentos, se esfumaban ahuyentadas por aquel íntimo abrazo, que él hubiera deseado que fuera eterno.

No pensaba estropear aquel instante por nada del mundo. Esperaría al menos un día para contarle que se marchaba. Aún había tiempo. Estaba decidido incluso a pedirle que por favor no lo olvidara, y a confesarle que para él sería imposible poderla olvidar. Se sentía con ganas de decirle todas esas cosas y muchas más.

Pero todo eso, por supuesto, lo haría mejor un día más tarde, en cuanto hubiera reunido el valor suficiente como para dar ese paso.

Y el día siguiente llegó.

Y llovió.

Y al día siguiente también.

Y cuando por fin, al tercer día paró, hacía un tiempo tan desapacible que nadie quiso ir a la piscina. Gorka se enfundó su impermeable y se acercó hasta allí, en un vano intento por que se obrara el milagro y ella apareciera por casualidad, en la pista de fútbol...

Pero eran otros los niños que ese día jugaban un partido, y no había corrillos de chicas en la piscina leyendo revistas, ni juegos, ni risas en el agua.

Septiembre estaba a punto de comenzar, y una primera hoja marrón que se desprendió de un árbol y fue a caer a sus pies, le anunció que las vacaciones se habían ido definitivamente, una marcha silenciosa y sin previo aviso. Como la suya.

Sin despedidas.

Sin un hasta luego.

Sin un adiós.

---

## V

Esa misma noche, Gorka llegó a casa nervioso e irritable. Hasta sus padres se

dieron cuenta de su excitación y lo achacaron a los preparativos de la mudanza, y al hecho de que apenas faltaban un par de días para su marcha. Aquel hogar que había sido su refugio durante toda su infancia, lucía ahora un aspecto frío y desangelado, donde las cajas se amontonaban a lo largo de un pasillo de paredes desnudas y repletas de marcas sucias, mudos testigos que delataban la ausencia de unos cuadros que días antes colgaban de ellas.

Cenó poco y lo hizo rápido, zafándose en cuanto pudo de su preocupada madre y de sus inquisidoras preguntas acerca de su estado de ánimo. Entró en su habitación y cerró la puerta con pestillo, tratando de encontrar un momento de intimidad. Por fortuna, entre las escasas pertenencias que le quedaban sin dismantelar en su habitación, estaba su escritorio y las cosas que contenía, entre ellas y la más imprescindible de todas, su *radio-cassette Pioneer* de doble pletina, en el que tantísimas veces había grabado recopilatorios con su música favorita para sí mismo o para dárselos a sus amigos. En aquellos días se encontraba preparando una cinta que aún estaba a medias. Quería regalársela a Jon, a modo de despedida.

Aquella mañana había estado eligiendo los temas, el último que le había grabado era *It's too bad*, de los *Jam*, un grupo que sabía a ciencia cierta que a su amigo le gustaba tanto o más que a él.

*“El mismo viejo sentimiento cada vez que te veo,  
y cada avenida que camino estoy detrás de ti.  
Tu espalda se dio media vuelta y tus ojos se cerraron, niña.  
Te mueves en círculos que ahora están fuera de mi alcance...”*

Extrajo de la pletina principal la cinta original del disco *All Mod Cons*, e introdujo otra que contenía un *mix* con sus canciones favoritas del momento.

Pulsó el *Play* y comenzó a sonar *Simple Minds* y su *Don't Forget About Me*. Al instante, la música envolvió cada rincón de su cuarto.

*“No te olvides de mí.  
No, no, no,  
no te olvides de mí.  
¿Me mirarás con atención?  
¿Verás mi camino?”*

Gorka se sentó ante su escritorio con la mirada perdida en ninguna parte, mientras experimentaba el más absoluto de los abatimientos.

Sentía que se le había formado un nudo en la garganta del que no lograba

desprenderse y que pujaba insistentemente por salir, y un torbellino de emociones se agolpaban en su corazón y lo oprimían incesantemente, llenándolo de angustia.

Tenía que dar rienda suelta a todos esos sentimientos que se acumulaban en su interior, o de otro modo temía que fueran a estallarle dentro, reventándole el pecho como si de una bomba de relojería se tratase.

Debía encontrar cuanto antes la manera de canalizar todas aquellas inquietudes que le asaltaban, y de repente, tuvo la apremiante necesidad de plasmar sus pensamientos en un papel. Las palabras serían, sin duda alguna, el bálsamo que calmara su desazón y su profunda desdicha.

*“La lluvia continúa cayendo,  
la lluvia continúa cayendo.  
¿Me reconocerás?”*

Inmediatamente, abrió un cajón de su escritorio y sacó un cuaderno de notas.

Necesitaba exteriorizar todo aquel tormento de sensaciones. Las turbaciones que en esos momentos se apoderaban de él, habrían de abandonar su cuerpo y transformarse en tinta, liberándole así de tanta tensión acumulada.

*“¿Me llamarás por mi nombre  
o seguirás andando?  
La lluvia continúa cayendo,  
la lluvia continúa cayendo...”*

Comenzó a escribir unas líneas, la primera estrofa de un poema, versos que hablaban de una niña de hermosos ojos color avellana y de cabellos resplandecientes como el sol.

*“No te olvides de mí.  
No, no, no,  
no te olvides de mí...”*

Una niña que escribía con su dedo índice palabras de amor sobre el cristal empañado de una ventana, durante una tarde de lluvia.

*“¿Me llamarás por mi nombre  
cuando te vayas?  
Oh, ¿te irás?”*

*¿Te irás?”*

Una niña que dibujaba un corazón para él, bajo la firme promesa de que nunca lo olvidaría...

*“Oh, llámame.*

*¿Me llamarás por mi nombre?”*

Gorka soltó el bolígrafo sobre la mesa, exhausto. No era capaz de entender lo que le estaba pasando, por qué se había puesto a escribir como si le fuera la vida en ello, como si estuviera realmente pirado. Releyó aquellas frases que había anotado con pulso tembloroso e indeciso, salpicadas por múltiples tachaduras y por los borrones de tinta que habían dejado sus lágrimas al derramarse sobre el papel, y descubrió que estaban cargadas de imágenes tan nítidas y palpables como una fotografía, por lo que no pudo evitar emocionarse aún más.

En ese momento sonaba *Souvenir*, de los *OMD*.

*“Es mi dirección,*

*es mi propuesta,*

*es tan duro...”*

Notó cómo las lágrimas resbalaban de nuevo por sus mejillas, para seguir precipitándose sobre aquel cuadernillo de papel cuadriculado.

*“Mis sentimientos aún permanecen.*

*Mis sentimientos aún permanecen...”*

De repente, Gorka se vio a sí mismo tan ridículamente vulnerable, que sintió una profunda vergüenza y rabia. Con brusquedad, abrió el cajón del escritorio y lanzó el cuaderno en su interior, cerrándolo de un golpe.

Si al menos le hubiera dicho a Elisa que se marchaba...

Pero no había sido capaz.

Ni tampoco se había atrevido a confesarle lo mucho que la echaría de menos, cada día, a cada minuto.

No había tenido el valor.

Pero total, qué más daba. Probablemente, de habérselo hecho saber, a Elisa no le habría importado lo más mínimo. Con el curso a punto de comenzar, era seguro que ella tendría muchas cosas mejores que hacer y en las que pensar, y no como él, que se sentía

incapaz de hacer algo que no fuera permanecer allí sentado escuchando música y compadeciéndose de sí mismo.

Ella, en cambio, ya se habría olvidado de él y de aquel verano que habían compartido juntos, de aquellas charlas y de las risas de las que ambos habían disfrutado bajo el sol...

Aquellos patéticos versos suyos no eran más que una prueba delatora de su amor no correspondido, y al instante, Gorka se arrepintió de haberlos escrito. Para acabar de fastidiarlo todo, él iba a dejar las evidencias de sus ridículos sentimientos al alcance de cualquiera, metidos en el cajón de uno de los pocos muebles que quedaban aún por desmontar en aquella casa, tan expuestos, que sin duda a su madre no le costaría ningún esfuerzo encontrarlos y leerlos.

Abrió el cajón de nuevo y arrancó aquellas páginas del cuaderno, rompiéndolas en mil pedazos.



**Gorka.**

***En el avión. Washington D. C.- Barcelona, madrugada del martes 12 de julio de 2016.***

## I

- ¿No se duerme usted, señor? ¿Es que no se encuentra cansado?

La simpática azafata le distrajo de sus pensamientos. Era más de medianoche, aquella joven le había proporcionado una manta hacía un buen rato y ahora regresaba, solícita, a interesarse por su aparente falta de sueño.

- Oh, no se preocupe, señorita, siempre me ha resultado complicado dormir en los aviones - se justificó Gorka, agradeciéndole sus atenciones con una amable sonrisa.

Ella le correspondió sonriéndole a su vez, desplegando toda una fila de perfectos dientes blancos, enmarcados por aquellos gruesos labios de un rojo encendido.

- Si necesita usted cualquier cosa, no dude en llamarme – contestó la azafata, sin borrar aquella bonita sonrisa de su cara.

Y antes de que se diera media vuelta, Gorka creyó adivinar un gesto en su rostro que casi se le pasa desapercibido. ¿Le había guiñado ella un ojo, o eran imaginaciones suyas? En realidad, poco importaba. En aquel momento tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Estaba Elisa.

¿Por qué demonios se había pasado tantos años sufriendo por ella? ¿Acaso era él un obseso enfermizo, o un masoquista empedernido, incapaz de pasar página y seguir adelante de una maldita vez? Elisa había sido la mujer de su vida, de eso no tenía la menor duda, pero él jamás llegó a ser el hombre de la suya, y aquella desgarradora realidad se había prolongado en el tiempo de una manera absurdamente dolorosa. Y ya estaba harto de tanto padecer.

Desde su juventud, el nombre de Elisa había estado ligado para él, primero al deseo y después a la decepción y al desamor, y el simple hecho de regresar ahora a Barcelona le volvía a causar tal inquietud, que era como si nunca se hubiera marchado. ¿Es que no iba a librarse jamás de la turbación que le producía aquella mujer? A estas alturas ya tendría que haberlo superado, máxime cuando su vida empezaba a funcionar

a las mil maravillas en otra parte, junto a otra persona...

¿O acaso no era así? ¿Sería posible que, tal vez, él no hubiera logrado aún desprenderse de su recuerdo, a pesar de la distancia?

¿A pesar de todo lo que había sucedido?

---

## II

La primera vez que Elisa le partió el corazón, fue durante las Navidades de 1995.

Gorka y sus padres habían regresado a Vitoria para celebrar las fiestas en compañía de la familia, y se alojaban en casa de una hermana de su madre. Y no eran los únicos que habían sido invitados por la tía a compartir con ella tan señaladas fechas: el piso había sido tomado al asalto por un ejército de primos, hermanos, cuñados y demás parientes, que armaban tal jaleo a la hora de las bienvenidas que, a buen seguro, los vecinos estarían tentados de hacer las maletas y emigrar a un lugar más pacífico. Y eso mismo era lo que Gorka deseaba hacer, mientras trataba infructuosamente de entenderse con su amigo Jon, al que había llamado por teléfono nada más poner un pie en la ciudad.

- Hemos quedado todos para vernos en el *Txukun*, a las nueve –le informó éste, puntualmente.

- ¿¡Cómo!?! – gritó Gorka, a viva voz.

Había telefonado a Jon desde el aparato de pared que había en el pasillo, y le estaba resultando imposible entenderse con él, en medio de la escandalera que se había organizado. Los hijos pequeños de sus primos no paraban de correr por toda la casa, persiguiéndose unos a otros por las habitaciones y chillando como auténticos salvajes. Aparte de eso, se juró a sí mismo que, en cuanto colgara el teléfono, asesinaría a aquél de sus parientes que se había atrevido a poner a todo volumen un trillado disco de villancicos deprimentes en el viejo picú de la abuela.

- ¡Te digo que hemos quedado en el *Txukun*! ¡En el bar *Txukun*! ¡A las nueve! – le repitió Jon a gritos, desde el otro lado de la línea. – ¡Pero tío, qué tenéis ahí montado! ¡Os van a echar del edificio! – rio su amigo, sorprendido por el elevado nivel de ruido que escuchaba a través del auricular.

- ¡Ni me hables! – le contestó Gorka, riendo también. – ¡No sé si largarme corriendo, o cortarme las venas!

- Gorka, el caso es que te quería contar una cosa... – la voz de Jon sonó de pronto

especialmente animada. - ¡Pero mejor, me espero a verte!

- ¿¡Qué!?! – gritó Gorka.

Era imposible oír nada con semejante alboroto.

- ¡Que luego te cuento!

A las nueve de la noche, todos los amigos hicieron su aparición puntualmente en aquel bar. Entre cerveza y cerveza comenzaron a prodigarse los habituales saludos y bromas, poniendo especial énfasis en dar la bienvenida a Gorka, que había sido el último de los que vivían fuera en llegar a la ciudad.

Al cabo de aproximadamente una hora, Unai y Jon anunciaron que tenían que marcharse. Habían quedado con alguien.

- Nos están esperando en *El Nuevo*, tíos. ¿Qué os parece si os venís todos? – sugirió este último, dedicándole a Unai una mirada de complicidad.

Se notaba que Jon irradiaba felicidad, y Gorka se quedó muy sorprendido. Desconocía por completo de qué iba todo aquello.

- ¡Uy sí! ¡Id corriendo! ¡No vaya a ser que hagáis enfadar a las novias! – se pitorreó Ander, siempre dispuesto a importunar a los demás con sus comentarios mordaces y burlones.

La cara de Gorka seguía reflejando su total perplejidad.

- ¿Se puede saber de qué habláis? - preguntó. - Jon, no me has contado nada...

- ¡Si es que no se podía hablar contigo, con el nivel de ruido que había en casa de tu tía! – se justificó Jon.

- Pues ya te cuento yo – se ofreció Koldo, otro amigo de la pandilla. – Resulta que este par de cabrones, el fin de semana pasado pillaron con dos chicas - le dijo. – Y encima, no te creas que eligieron nada mal...

Mientras tanto, los demás se divertían propinándose codazos entre ellos y convirtiendo a los dos protagonistas de esa historia en el blanco de sus bromas. Y éstos por su parte, felices y dichosos como estaban, aguantaban todas las chanzas de sus amigos sin apenas inmutarse, incapaces de disimular la inmensa satisfacción que reflejaban sus rostros.

- Unai se enrolló con Marta Agirre – continuó relatando Koldo, - y Jon, por su parte, con Elisa Unza, la prima de Marcos.

Gorka se quedó petrificado. Aquello no se lo esperaba. En absoluto.

- ¡Y te advierto, Jon! – exclamó Marcos, dándose por aludido. - ¡Si te portas mal con mi prima, te cortaré la polla a cachitos!

Y tras aquella terrible amenaza, el grupo entero estalló en risas.

Gorka aguardó con impaciencia hasta el momento en el que salieron todos juntos de

aquel local y, mientras caminaban hacia lo alto de la Cuesta de San Francisco con destino al bar de la cita, aceleró el paso y se situó al costado de Jon, tratando de apartarlo discretamente del resto de los amigos, a fin de entablar una conversación privada.

- No me habías dicho nada de lo de Elisa – insistió, esforzándose por emplear un tono de voz que resultara absolutamente neutro. – Ni siquiera sabía que te gustaba...

- Ya, tío, es que ha sido todo muy repentino. ¡Pero si hasta hace unos días, ni tan siquiera me sentía atraído por ella! – le confesó Jon, con total sinceridad. - Y mira que nos conocemos desde hace un montón de años. Íbamos juntos a clase, ¿lo sabías?

Gorka, muy serio, asintió con la cabeza. Recordaba perfectamente aquella época en la que en su antiguo colegio empezaron a admitir chicas. Y una de las primeras en llegar, fue precisamente Elisa. También se acordaba de lo mal que le sentó a él la noticia cuando se enteró, sabiendo que ella compartiría aula con todos sus amigos menos con él, que por aquel entonces ya vivía en Barcelona.

- Lo cierto es que Elisa siempre me ha parecido una chica supersimpática – prosiguió Jon, - pero nunca me habría imaginado que sucedería algo entre nosotros...

En aquel momento, Gorka sintió el envite de una puñalada que se le clavaba bruscamente en el pecho. No obstante, no dijo una sola palabra y continuó escuchando.

Acto seguido, Jon pasó a relatarle los pormenores de lo que había sucedido durante el sábado anterior. Casualmente, coincidió que se habían juntado todos los amigos para salir por la noche: ninguno de los que vivían en Vitoria-Gasteiz se había querido quedar en casa, y en cuanto a los que residían fuera, ya estaban todos de vacaciones y habían llegado a la ciudad. El único que faltaba por aparecer para que el grupo estuviera completo, era Gorka.

Pura casualidad.

A ciertas horas de la madrugada, se habían topado con Elisa y con el resto de las chicas en uno de aquellos bares que ambas pandillas solían frecuentar. Ellas también estaban al completo, incluidas Irene y Marta, las mejores amigas de Elisa. Al parecer, se trataba de una de aquellas noches en las que todo parece fluir con naturalidad, en las que las personas convergen de manera fortuita y entonces, la conversación surge espontáneamente y con ella, también lo hace la química que a veces la acompaña. En el ambiente de aquella noche reinaba la alegría general ante el inicio de las vacaciones de Navidad, y todos estaban contentos y felices. Ambos grupos comenzaron a hablar animadamente y a mezclarse entre sí, de modo que, cuando llegó el momento de moverse al siguiente bar, lo hicieron todos juntos y ya no volvieron a separarse en toda la noche.

Jon no recordaba haber tenido nunca antes una conversación tan interesante con Elisa, ni tampoco haber hablado durante tanto tiempo seguido con ella. La imagen que

de Elisa conservaba en su memoria se remontaba a los tiempos del colegio, en los que ambos compartían pupitre, dado que sus apellidos comenzaban con la misma letra. Por aquel entonces, él pensaba en Elisa como en una chica seria y formal, que siempre atendía en clase y le prestaba los apuntes en caso de que él, por su parte, anduviera distraído maquinando algún plan con su amigo Ander, o con cualquier otra cosa que en esos momentos ocupara su mente. Claro que, probablemente, no era la actitud de ella la que estuviera fuera de lugar en aquellos tiempos, sino más bien la suya, que durante los últimos años del colegio tuvo un comportamiento ciertamente disperso.

Sea como fuere, el caso era que aquel día y para su total sorpresa, estaba descubriendo que Elisa era una chica muy simpática y divertida, como pocas había conocido él hasta entonces. De una manera totalmente inesperada, estaba disfrutando enormemente con su conversación y su compañía. Y además de caer en la cuenta de que estaba muy guapa y que incluso había mejorado con los años, cosa en la que nunca antes había reparado, sintió que se estaban compenetrando a las mil maravillas, algo que en aquella mágica noche resultó ser una completa revelación.

Gorka seguía escuchando la narración de su amigo, sin decir palabra.

- Y ya, hacia el amanecer, estábamos bailando en la discoteca *Swing* a las tantas de la mañana... - prosiguió Jon, bajando sensiblemente la voz y adoptando un tono de confidencia, - cuando llegó la hora de cerrar, y para que nos fuéramos enterando todos y empezáramos a marcharnos a nuestras casas, pusieron una balada lenta, una de *Cindy Lauper, True Colors* se llama, ¿te suena ese tema?

Gorka asintió. Le sonaba, sí, y al instante, aquella dulce melodía acudió a su mente.

*“Y yo veo tus verdaderos colores brillando a través.*

*Veo tus verdaderos colores, y es por eso que te amo.”*

- Pero lejos de irnos, lo que hicimos fue ponernos a bailar por parejas, medio en serio, medio en coña... ¿sabes cómo te digo?

Gorka asintió de nuevo, sin decir nada. Él seguía escuchando aquella música que sonaba a melancolía dentro de su cabeza.

*“Así que no temas mostrar tus verdaderos colores.*

*Los verdaderos colores son hermosos como un arco iris.”*

- Pero al final de la canción, ya no íbamos de broma, ¿sabes? – dijo Jon, y sus ojos se iluminaron con un brillo que Gorka no había visto nunca antes en ellos. - Y entonces, nos besamos en mitad de la pista – y sonrió recordando aquel momento. - ¡Jo, estuvo genial! ¡La verdad es que ahora me siento de maravilla! ¡Y mira que no me lo esperaba! Veremos a ver a dónde nos conduce todo esto...

*“Tus verdaderos colores son hermosos como un arco iris...”*

Jon hizo una pausa y miró a su amigo, que parecía hallarse completamente ausente. De repente su rostro se había tensado, convirtiéndose en un bloque de cartón- piedra.

- ¿Te pasa algo, Gorka?

Sobresaltado, éste abandonó de inmediato sus pensamientos y trató de reaccionar con fingida naturalidad.

- ¡No, qué va! ¡Qué dices, tío! – negó tajantemente, dedicándole una amigable sonrisa a su amigo y propinándole una afectuosa palmada en la espalda. – Me alegro mucho por ti. Espero que os vaya muy bien.

Y a pesar de aquel lacerante dolor que le invadía, lo cierto era que se alegraba de corazón por Jon y por el hecho de ver lo entusiasmado que estaba. Por muy dolorosa que fuera la situación para él, a su mejor amigo siempre le desearía toda la felicidad del mundo. Aunque tuviera que ser a costa de sacrificar la suya propia.

- Pues si te soy sincero, Gorka – confesó Jon, - te parecerá una tontería, pero el caso es que estoy bastante ilusionado. Creo que me va a gustar salir con ella. Te aseguro que esto es, con mucho, lo mejor que me ha pasado desde que he vuelto a Vitoria al terminar la carrera.

- Claro que sí. Sin duda alguna, lo será – afirmó Gorka rotundamente, mientras trataba de esbozar de nuevo otra sonrisa, que cada vez resultaba ser más forzada.

Y sin apenas darse cuenta, mientras conversaban habían llegado a la puerta del bar *El Nuevo*.

Gorka notó que le temblaban ligeramente las piernas. Haciendo acopio de entereza, tomó aire antes de entrar.

El local estaba abarrotado de gente, como siempre a aquellas horas de la noche, jóvenes que bebían y bailaban alegres y despreocupados, al ritmo de las canciones de moda de los años 80 y los 90. En aquel momento sonaba *Karma Chameleon* de los *Culture Club*, un tema de ritmo muyailable, que todo el mundo en el bar se puso a corear de inmediato.

*“Karma, karma, karma, karma, karma, de camaleón,  
vienes y vas, vienes y vas...”*

De pronto, Elisa se dejó ver entre la gente. Ella también bailaba, lo hacía de una manera desenvuelta y muy divertida, con una soltura que a Gorka le pareció absolutamente arrebatadora. En cuanto Elisa se percató de la presencia de Jon, sus ojos se abrieron de par en par como dos capullos floreciendo a cámara rápida. Desde donde ella se encontraba le dedicó una amplia sonrisa y, sin dejar de bailar, se fue

aproximando a pequeños pasitos, de frente hacia donde él estaba – y a su lado, un desconcertado Gorka, en el que ella ni tan siquiera había reparado, – moviéndose con gracia y estilo, al ritmo desenfadado de la melodía.

*“El amor podría ser fácil si tus colores fueran como mis sueños, rojo, dorado y verde, rojo, dorado y verde...”*

Elisa llegó bailando deliciosamente hasta ellos, y en cuanto estuvo situada frente a Jon, su cara se iluminó por completo. Le dedicó otra de sus preciosas sonrisas de complicidad y, acto seguido, se puso de puntillas para alcanzar sus labios y se los besó suavemente, gesto al que Jon respondió de inmediato, asiéndola por la cintura y atrayéndola hacia sí para corresponder a su vez con unos ardientes y nada recatados besos.

Y mientras esto sucedía, Gorka se encontraba tan cerca de ambos, que incluso había sentido cómo la mano de ella le rozaba, sin querer.

*“Si tus colores fueran como mis sueños...”*

- ¡Qué, Gorka! ¿Te vienes a la barra? – le preguntó Julen, sacándolo de su ensimismamiento de un codazo.

- Sí, ahora voy – respondió él, de inmediato.

Pero en cuanto su amigo se dio media vuelta aprovechó para escapar del local, saliendo al exterior y sentándose en la acera de enfrente, en medio de la multitud que abarrotaba la calle. En esos momentos agradeció que fuera de noche y que aquella zona de bares estuviera a rebosar, así nadie se percataría de su presencia ni le preguntaría qué demonios hacía allí solo, sentado en un bordillo entre vasos de plástico aplastados y botellines de cristal vacíos. Necesitaba tomar un poco de aire fresco, más bien gélido, ya a aquellas horas. Tenía que serenarse y ordenar sus ideas, antes de entrar de nuevo en ese bar y volver a juntarse con sus amigos, para comportarse como si no pasara nada.

Y mientras estaba sentado en medio de aquella acera tan concurrida, la música que alcanzaba sus oídos provenía de otro local, uno que al parecer, estaba en mejor sintonía con sus actuales sentimientos que aquél del que acababa de salir huyendo. Hasta él llegaba el triste estribillo de *Alphaville* y su *Forever Young*, recordando que hemos de morir todos, tarde o temprano, y Gorka se sintió reconfortado por la tristeza que desprendía la melodía de aquella canción.

*“Tantas aventuras que hoy no han podido ocurrir...”*

Jon estaba saliendo con Elisa. De las miles de personas que podían haberse cruzado

en el camino de su amigo, tenía que haber sido precisamente ella quien lo hiciera...

*“Tantas canciones que olvidamos tocar...”*

Y todo había sucedido hacía menos de una semana, en una noche en la que Gorka podría haber estado perfectamente en Vitoria-Gasteiz si se lo hubiera propuesto. Si hubiera llegado a tiempo...

*“Tantos sueños abriéndose a la tristeza...”*

Si se hubiera dejado caer por la ciudad, tan solo unos días antes... Puede que, en ese caso, Elisa hubiera hablado con él, en lugar de hacerlo con Jon. Y puede que la chispa hubiera saltado entre ellos dos, en lugar de hacerlo entre ella y su mejor amigo...

*“Dejemos que se hagan realidad...”*

Y puede ser que entonces, sí, solo entonces, ella hubiera bailado para él.

-----

### III

Gorka comenzó a revolverse en su asiento del avión, sintiéndose verdaderamente incómodo. Le volvía a doler la espalda, pero no era eso lo único que le molestaba en aquellos momentos. Estaba enfadado consigo mismo, y no sabía si achacarlo a la naturaleza en sí de los recuerdos que acudían a su mente, o a su evidente incapacidad para olvidarlos a pesar de todo el tiempo transcurrido. Enseguida llegó a la conclusión de que se debía más bien a lo segundo: cómo era posible que siguiera dándole vueltas a los sucesos ocurridos hacía tantísimos años, y reviviéndolos con el mismo dolor de antaño, una y otra vez. Masoquismo en estado puro, pensó. Ganas de torturarse a sí mismo gratuitamente, sin ningún sentido.

Miró la hora en su reloj: era la una de la madrugada. Eso significaba que en España serían ya las siete de la mañana. Más le valdría que se pusiera a dormir inmediatamente, en lugar de malgastar su tiempo haciendo mala sangre con viejos recuerdos que a nadie le importaban lo más mínimo. A nadie, excepto a él.

Mientras tanto, la dulce azafata de la eterna sonrisa atravesaba el pasillo del avión empujando lentamente aquel carrito repleto de bebidas, que contenía la suficiente cantidad de alcohol como para provocar un coma etílico a todos los pasajeros del avión al mismo tiempo.



- ¡Señorita! – la llamó Gorka, levantando una mano para atraer su atención. Ella se acercó amablemente a su asiento. – Señorita, por favor, ¿aún estoy a tiempo de aceptarle esa copa que me ha ofrecido antes?

Con gran profesionalidad, la joven le preparó un whisky y se lo sirvió con diligencia. En el instante en que sus dedos se rozaron, ella le miró de frente y le volvió a guiñar un ojo. Efectivamente, él no se lo había inventado: aquella azafata estaba flirteando con él. Aun así, Gorka no le dio la menor importancia. Puede que la joven se aburriera durante aquellos vuelos tan largos, y ésa fuera su manera de matar el tiempo. O tal vez se tratara de algún tipo de tic nervioso que la chica no pudiera evitar.

Sea como fuere, él seguía estando de muy mal humor, y confiaba en que aquella copa le ayudara a relajarse y a conciliar el sueño, si es que aquello era aún posible a esas alturas.

---

## IV

No tenía que remontarse hasta el pleistoceno, para recordar aquellos momentos de su vida en los que se había obsesionado por completo con Elisa.

Bastaba con echar la vista algo más de dos años atrás, para caer en la cuenta de cómo él mismo había propiciado que volviera a entrar en su mente y en su corazón, después de tantos años sin verla y sin saber apenas de ella. Tenía que reconocer que el culpable había sido él. Si Gorka no hubiera realizado esa llamada, en aquel momento la situación sería bien distinta y él no se habría vuelto a quedar absolutamente colgado de ella, una vez más.

Antes de que se le ocurriera la genial idea de restablecer el contacto, Elisa ya formaba parte del pasado. Gorka apenas conocía los detalles más esenciales de su vida: sabía que era fotógrafa profesional, que se había casado con aquel tal Pablo con el que Jon jugaba al fútbol en su juventud, y que ambos eran padres de una niña pequeña. Por lo demás, nada había vuelto a saber de ella en los últimos años. Y aunque él regresaba a Vitoria-Gasteiz de vez en cuando, nunca más la había visto por la calle o se la había encontrado en un bar, entre otras cosas, porque las salidas nocturnas ya no eran tan frecuentes como antaño.

La vida de Gorka estaba definitivamente ligada a Barcelona: allí llevaba viviendo casi treinta años y también lo hacían sus seres más queridos. Después de la jubilación de su padre, su madre y él habían decidido quedarse. Y por otro lado, su mejor amigo, Jon, hacía muchos años que también vivía en Sant Cugat. Por tanto, no era de extrañar

que sus escapadas a Vitoria-Gasteiz se hubieran ido espaciando con el tiempo, y cuando se producían, nunca daba la casualidad de que llegara a coincidir con ella.

Elisa era, a esas alturas de su vida, tan solo un recuerdo para él.

Con el transcurso de los años, la mayoría de sus amigos se habían ido casando y formando sus propias familias, dando la bienvenida a los hijos que comenzaban a llegar poco a poco. Parecía que todos ellos, tarde o temprano, lograban alcanzar la estabilidad sentimental en sus vidas. Y sin embargo, él, continuaba dando tumbos en lo que a aquel farragoso terreno se refería, encadenando una novia tras otra, sin que ninguna de ellas llegara a calar lo suficientemente hondo en su corazón.

Al final de cada relación, todas le acababan acusando de adolecer prácticamente de lo mismo: le echaban en cara su hermetismo y su incapacidad supina para expresar sus sentimientos, o para permitir que ellas ocuparan un puesto relevante en su vida. Fundamentalmente, le reprochaban el hecho de que evitara a toda costa comprometerse. Las relaciones se terminaban sistemáticamente, en cuanto ellas pretendían avanzar un paso más y asentarse en una relación consolidada. Y como el tiempo transcurría con rapidez, sus eventuales parejas comenzaban a mostrar antes su disconformidad con la falta de compromiso de él, declarando con mayor urgencia su legítima intención de mantener una relación estable y duradera, con visos de fundar una familia. Así que no era de extrañar que sus idilios fueran cada vez más breves.

Pero a él no parecía importarle demasiado el paso del tiempo y sus consecuencias. Era incapaz de entregarle su corazón enteramente a nadie, porque en el fondo no tenía grandes esperanzas en el amor, y mucho menos confiaba en las relaciones a largo plazo.

Y así habría vivido feliz y tranquilo durante el resto de sus días, a gusto con su vida condenada a las largas etapas de soledad, si no se le hubiera pasado por la imaginación aquella peligrosa idea de llamarla.

En su desconocimiento, había ignorado una de las lecciones más básicas que todo adicto que desea redimirse ha de tener grabada a fuego: la que advierte de que uno jamás se ha de volver a aproximar a menos de dos pasos de su adicción, si no quiere verse arrastrado de nuevo por su persuasivo influjo.

Era el mes de mayo de 2014, su periódico necesitaba un fotógrafo de soporte para una ocasión muy especial, y Gorka, inconscientemente, pensó en ella.

Y no se trató de un acto meditado y calculado, que respondiera a un planteamiento de la situación, y a su consecuente búsqueda de soluciones racionales.

No.

Era una simple y directa asociación de ideas, que prendió fuego en su mente como si hubiera sido causada por un chispazo, en el que la mecha encendida fuera la fotografía y el incendio, su nombre: Elisa.

Fue Marcos, su amigo de la infancia y primo de Elisa, el que le facilitó su teléfono para que pudiera llamarla. El día en el que se decidió a hacerlo, Gorka estaba verdaderamente nervioso. Temía que ella ni siquiera se acordara de cómo se llamaba, tantos años después. Al fin y al cabo, él había sido para Elisa tan solo uno más de los muchos amigos de su primo. Y para su desgracia, también había sido uno más de los muchos amigos de su ex- novio, Jon.

Instintivamente, apartó aquel incómodo pensamiento de su mente y marcó su número.

Al recibir aquella llamada, la reacción de Elisa fue muy positiva: por supuesto que se acordaba de él, incluso recordaba que vivía en Barcelona y trabajaba para un periódico que, al parecer, ella solía leer, o al menos reconoció que leía el suplemento de los domingos. Pasado el primer minuto, Gorka se relajó y disfrutó manteniendo su primera conversación realmente adulta con Elisa.

Ella quiso saber cómo era posible que Gorka estuviera familiarizado con su trabajo y éste, por su parte, improvisó rápidamente una respuesta y se justificó alegando que había visto sus fotografías en el muro de *Facebook* de su amigo Marcos. Y aquello, no obstante, no faltaba a la verdad. Pero lo que no le contó era que también se había estudiado minuciosamente su perfil en *Flickr*, en *Instagram* y, por supuesto, su página *web* profesional, todo con total discreción para que ella no llegara a enterarse en ningún momento de que él la había estado espiando. En definitiva, se cuidó muy mucho de decirle que había realizado un exhaustivo análisis de sus instantáneas y que conocía a la perfección cada imagen que ella hubiera podido llegar a publicar alguna vez en alguna parte, aunque fuera en el rincón más recóndito e inhóspito de todo internet. Ante todo, no quería parecer un acosador.

También había visto los retratos de su hija, y era preciosa, una niña con el cabello sembrado de mechones dorados y una infinidad de pecas repartidas por toda la cara. Una adorable criatura que le recordaba terriblemente a otra que él mismo llegó a conocer un buen día, mucho tiempo atrás...

Pero aquello era cosa del pasado. Esta vez, Gorka no estaba dispuesto a poner su corazón en juego, no iba a dejarse arrastrar por sentimientos fútiles que le hicieran perder la razón como en ocasiones anteriores, no. En este momento se trataba tan solo de un asunto estrictamente laboral. Él, como periodista que era, estaba juzgando la labor de una fotógrafa con ojos profesionales. Y en base a criterios exclusivamente objetivos, había llegado a la conclusión de que aquel trabajo era absolutamente impecable. Más allá de la enorme calidad técnica del material examinado, sus imágenes llevaban una gran carga de autenticidad en cada paisaje capturado, y de emotividad en cada ser vivo retratado, resultando ser a todas luces de una categoría excelente. Así que no dudó en elegirla a ella para el encargo, ignorando que aquella decisión suya, tan aparentemente ecuánime y racional, acarrearía consecuencias imprevisibles para él, de las que no llegaría a ser consciente en un primer momento.

Hasta que ya no hubo remedio.

Hasta que volvió a asomarse a aquel precipicio al que sus sentimientos acostumbraban a arrastrarlo. Y en realizar semejante imprudencia tardó, exactamente, lo que se tarda en coger el coche un sábado por la mañana, tomar la Ronda Litoral y llegar al aeropuerto de *El Prat*, para ir a recogerla a ella. En cuanto la vio aparecer por la puerta de llegadas, vestida con una vaporosa blusa blanca, unos tejanos desgastados y una preciosa sonrisa en los labios, pensó que la edad adulta le había sentado de maravilla y que los años no habían hecho otra cosa que mejorar la imagen de aquella hermosa mujer. Y nuevamente, sintió cómo su corazón volvía a palpar con aquella fuerza de antaño, enloquecido y desbocado, y reconoció desde el primer latido aquella sensación de total y absoluta entrega que le resultaba tan increíblemente familiar.

Aquel día todo salió a la perfección. Gorka la llevó a comer a una terraza de la Barceloneta y una vez allí, mientras disfrutaban de una paella frente a los muelles del puerto y bajo el sol y la luz de una espléndida jornada de mayo, acabaron de perfilar el encargo que ella habría de realizar durante esa misma noche. Elisa le confesó que estaba realmente nerviosa, no sabía si estaría a la altura de las circunstancias, y si los jefes de Gorka le felicitarían por su elección o si, por el contrario, no volverían a confiar en él y en su criterio para designar a personas de confianza nunca más, y la sola posibilidad de dejar a su amigo en un mal lugar le preocupaba sobremanera. Gorka se reía de sus temores e intentaba rebatírse los todos en tono de broma, tratando de infundirle seguridad en sí misma. Quería conseguir que Elisa se relajara y que fuera capaz de disfrutar de aquella nueva experiencia, en lugar de sufrir con ella, como parecía estar dispuesta a hacer. Él por su parte, estaba convencido de que ella cumpliría con su cometido de una manera excepcional. En su fuero interno, no albergaba la más mínima duda.

Después de comer, la acompañó hasta el hotel en el que ella se alojaría esa noche, situado en la Rambla de Canaletas, y se ofreció gustosamente a volver a buscarla más tarde para llevarla a la fiesta, que tendría lugar en los Jardines del Palacio de Pedralbes. Elisa agradeció de corazón su ofrecimiento pero lo rechazó de plano: ella había ido allí a trabajar, de modo que era asunto suyo buscarse la vida y encontrar la manera de cumplir con su cometido, de principio a fin. No quería importunar a nadie, y menos aún a Gorka que, por su parte, era uno de los invitados al evento, y por tanto, aquella noche habría de centrar toda su atención en arreglarse convenientemente y en disfrutar de la velada. Y aunque él en realidad estaba deseando acompañarla, al final no tuvo más remedio que desistir de su empeño, porque no hubo manera de convencerla. Ella únicamente aceptó recibir de su parte unas escuetas indicaciones de cómo llegar al lugar sin perderse, tomando nota sobre un pequeño plano de todo lo que Gorka le decía.

Elisa no conocía Barcelona. Era un destino que Pablo siempre había tratado de esquivar en sus viajes, de modo que no tenía ni la más remota idea de cómo manejarse por la ciudad. Sin embargo, se mostró muy resuelta cuando Gorka le explicó dónde habría de coger la línea tres de metro, en la Plaza de Cataluña, muy cerca de su hotel, y dónde se habría de bajar, en la parada de *Palau Reial*, que le dejaría en la Avenida Diagonal, justo enfrente de su destino, el Palacio de Pedralbes. Elisa pensó entonces que aquello no tenía pérdida, incluso para alguien que, como ella, pisara la ciudad por primera vez, y así se lo hizo saber a Gorka para tranquilizarlo.

Durante la fiesta, Gorka estuvo muy ocupado. Al ser su periódico el anfitrión del evento, a él le tocó saludar a un montón de gente de la profesión y atender a muchos invitados estelares, a los que debía mostrar su más sincero agradecimiento por haber asistido a aquel acto. A fin de cuentas, y aunque tuviera una copa en la mano, él también estaba allí por trabajo, y a ello se dedicó la mayor parte de la velada, mientras trataba de localizar entre la multitud a su amigo Jon y, por supuesto, a Elisa. Al cabo de cierto tiempo, sus esfuerzos se vieron recompensados y logró encontrar al primero, de modo que la noche empezó a mejorar para él, considerablemente.

Por aquel entonces, ya hacía un par de años que Jon había dejado su puesto de comentarista en una emisora de radio, para fichar en la plantilla del mejor diario deportivo del país, aquél en el que, tiempo después, acabaría convirtiéndose en director. Pero por aquella época todavía era un redactor más, y acudió a la fiesta rodeado de otros compañeros de trabajo, todos ellos fervientes acólitos del mundo del esférico, con el que Gorka tenía tan poco que ver. No obstante, Jon no dudó en abandonar los corrillos futbolísticos y acompañar a su amigo en todo momento, de manera que la fiesta se fue convirtiendo para Gorka en un evento mucho más animado y placentero.

Y para redondear la noche, al final también acabaron por encontrarla a ella.

Al principio Elisa no los vio, enfrascada como estaba en su trabajo, moviéndose entre los asistentes con una discreción tan sutil, que éstos apenas se percataban de su presencia. Pero él sí que reparaba en ella. Cómo no hacerlo. Con su pelo ligeramente despeinado, recogido en un moño alto, y un maquillaje suave y ligero, a Gorka le pareció que aquélla era la mujer más atractiva de toda la fiesta, sin duda alguna. Por su belleza natural y su sencilla elegancia, destacaba entre todo aquel plantel de mujeres enjoradas y engalanadas, como lo haría una hermosa rosa entre las petunias. Y a pesar de que muchas de ellas derrochaban clase y estilo, a él le pareció que ninguna podía competir con ella. Por muy bonitos que fueran los vestidos que desfilaban ante sus ojos, a nadie le sentaba tan bien el suyo, como a Elisa le quedaban aquella camiseta negra y esas mallas ajustadas que llevaba.

La fiesta resultó ser todo un éxito y el trabajo de Elisa, aún más. Con la cautela que empleaba y su invisibilidad, había conseguido realizar algunas instantáneas

verdaderamente curiosas, donde los invitados se mostraban relajados y naturales. Al desconocer en la mayoría de los casos que estaban siendo fotografiados, eran captados en actitudes y gestos llenos de espontaneidad. Los jefes de Gorka quedaron encantados con el trabajo realizado. Tanto era así, que siguieron contando con ella puntualmente como colaboradora de la revista. Y como todos los encargos que le encomendaban los realizaba a la perfección, los trabajos fueron a más, y en poco tiempo sus visitas a Barcelona pasaron a ser regulares.

A partir de su siguiente viaje, Jon y Gorka se propusieron ir enseñándole poco a poco a Elisa todas las maravillas que encerraba la ciudad. Comenzaron dando un paseo por el Barrio Gótico, una mañana en la que casualmente bailaban sardanas delante de la Catedral. A ella le encantó descubrir la arquitectura modernista de los grandes genios de principios del siglo XX: disfrutó subiendo las interminables escalinatas espirales que conducían a lo alto de las torres de la inacabada Sagrada Familia de Gaudí, o contemplando el esplendor de las vidrieras de la casa Lleó Morera, de Domènech i Montaner. Siempre que podían, acudían los tres juntos a exposiciones y a conciertos de música, e incluso, dependiendo de la época del año en la que se encontraran y del número de días en los que ella fuera a permanecer en la ciudad, Gorka organizaba alguna fugaz escapada para conocer las localidades de los alrededores, desde los pueblos del interior hasta la costa.

Y aunque Jon siempre trataba de hacer un hueco en su agenda y de unirse a ellos a medida que los planes iban surgiendo, lo cierto era que, muy a su pesar, algunas veces le resultaba totalmente imposible hacerlo. Aparte de su trabajo, tenía una familia a la que atender y con la que disfrutar de su tiempo libre. Su mujer, Irene, nunca participaba en aquellos encuentros. Hubo un tiempo muy lejano en el que Elisa y ella fueron inseparables. Su amistad se remontaba a la más tierna infancia, a la época en la que ambas eran alumnas en un colegio de monjas. Desde niñas compartieron juegos, crecieron juntas y, más tarde, las dos cambiaron a la vez de centro escolar, pasando a ser compañeras de clase de Jon y del resto de la pandilla de los chicos.

Pero aquella vieja amistad no superó las trabas que el destino le puso en el camino, y estaba muerta y enterrada desde hacía muchos años. Y por esa misma razón, Jon no solía mencionarle a su mujer que, a veces, cuando quedaba con Gorka, también lo hacía con Elisa, pasando de puntillas sobre el tema. Al fin y al cabo, él no acostumbraba a explicarle a Irene los pormenores de dónde y con quién se había citado cada vez que salía de casa. Su labor como periodista implicaba que tuviera múltiples compromisos profesionales que atender fuera del horario estrictamente laboral, y entre ellos también figuraba la obligación de asistir a numerosas comidas y cenas de trabajo, de modo que Irene nunca solía hacer demasiadas preguntas al respecto.

Sus ausencias del hogar en horas poco convencionales estaban plenamente justificadas, y por tanto, a los ojos de su esposa no levantaban la menor sospecha.

---

## V

Gorka recordaba con especial cariño uno de aquellos primeros encuentros de los que habían disfrutado los tres juntos. Corría el mes de noviembre de 2014 y Jon les había invitado a Elisa y a él a conocer las instalaciones de su periódico en la Plaza de las Glorias, unas modernas oficinas situadas en las proximidades de la espectacular Torre Agbar. A continuación y aprovechando que hacía un soleado día de otoño, caminaron a lo largo de la Diagonal hasta llegar a la Rambla de Poblenou, una bonita avenida con una amplia acera peatonal en el centro, que refleja en su animado comercio y en sus múltiples restaurantes y cafés, toda la esencia y la personalidad de este característico barrio de origen industrial y trabajador.

Dispuestos a disfrutar del agradable calor de los tibios rayos de sol que asomaban aquel día, decidieron comer en la terraza de un concurrido restaurante que Jon y sus compañeros de trabajo solían frecuentar. Al terminar, dieron un buen paseo a lo largo de toda la rambla y, casi sin darse cuenta, sus pasos les condujeron hasta la Playa del Bogatell.

A pesar de que el mes en el que se encontraban anunciaba que el otoño estaba ya muy avanzado, todavía disfrutaban de unas temperaturas realmente agradables, cosa que propiciaba que la playa estuviera bastante animada. Algunos paseantes, aunque ataviados con abrigo y gruesos jerséis, caminaban despreocupadamente sobre la fina arena con los zapatos en la mano, e incluso, lo más osados, se mojaban los pies a orillas del mar.

- ¡Qué! ¿Nos atrevemos nosotros también a meter los pies en el agua? – propuso Elisa a los chicos. - ¿Quién se viene conmigo? – les retó, sonriendo con picardía.

- ¡Venga! ¡Vamos allá! – exclamó Jon, secundando la propuesta. Se quitó los zapatos a toda prisa e inmediatamente, sus amigos hicieron lo mismo.

Los tres corrieron hacia la orilla con decisión, pero antes de llegar, Elisa decidió pensárselo dos veces.

- ¡Uy, no! ¡Mejor lo dejamos! ¡Que el agua tiene pinta de estar helada! – exclamó ella, al tomar conciencia de lo realmente fría que estaba la arena húmeda al borde del mar.

- ¡Ah, qué bonito! ¡Primero nos provoca, y ahora la señorita se raja! – le replicó Jon, con sorna.- Lo siento bonita, pero te toca mojarte – dijo, y la rodeó fuertemente con sus brazos, tratando de arrastrarla hasta donde sus pies entraran en contacto con las gélidas

aguas.

Elisa, por su parte, se resistía, gritando a viva voz y riéndose a la vez, mientras forcejeaba con un Jon que, por su altura y su fuerza física, gozaba de una clara ventaja sobre ella, que nada podía hacer excepto insultarlo y tratar de golpearlo con los puños, mientras no paraba de reírse a carcajadas.

Entretanto, Gorka contemplaba aquella escena que estaban representando sus amigos, más propia de unos alocados quinceañeros que de dos adultos de su edad, y se sentía algo descolocado, no sabiendo muy bien cómo debía él reaccionar ni qué partido tomar. Lo que estaba claro era que, en caso de que decidiera intervenir en aquel momento para auxiliar a Elisa, su gesto, en lugar de ser visto como una galantería hacia una dama en apuros, se interpretaría como una auténtica cortada de rollo en toda regla. Así que, ante aquella perspectiva, se limitó a observar la escena, a la espera de que se acabara pronto la broma o, por el contrario, de tomar cartas en el asunto, en el caso de que Jon decidiera pasarse de la raya y estuviera dispuesto a meterla toda ella en el agua o a hacer cualquier otra insensatez por el estilo.

Mientras Gorka vacilaba acerca de cómo debía comportarse él ante aquella inusitada tesitura, Jon ya había conseguido forzar a Elisa para que introdujera sus pies en el agua y ahora, por el contrario, abandonaba su papel de villano para comportarse como un caballero, levantándola en volandas por el aire para evitar que se mojara más, y cogiéndola en brazos como si fuera una novia en la noche de bodas. Gorka, en su fuero interno, rogó porque se acabara de una vez aquel espectáculo que le estaba haciendo sentir tan incómodo por momentos, y deseó con todas sus fuerzas que Jon procediera al fin a dejarla sobre la arena seca, cosa que, afortunadamente, él hizo a continuación.

- ¡Me has empapado hasta los bajos de los vaqueros! ¡Eres un cabrón! – le gritó Elisa a Jon, fingiendo un enojo que estaba muy lejos de sentir.

Muy al contrario, se la veía encantada, y eso a Gorka lo condujo a la desagradable certeza de que en aquella situación, él era poco menos que prescindible, y no pudo evitar sentir una punzada de envidia hacia Jon. Gorka se había quedado completamente al margen de aquel momento de complicidad que se acababa de producir entre ellos dos, y así sucedería siempre, con total seguridad: por mucho que él lo deseara, nunca podría mostrarse tan espontáneo y divertido delante de Elisa, como lo hacía su amigo.

- ¿Ves qué bien? ¡Ya puedes contar en Vitoria que te has metido en el mar, en pleno mes de noviembre! – se mofó Jon, sin parar de reír.

Y Elisa por su parte, le respondió propinándole un puñetazo en el brazo, que él apenas sintió.

Mientras secaban sus pies al sol, se recostaron los tres en la arena, disfrutando de aquella agradable y reconfortante luz que bañaba la playa y robaba destellos plateados



al mar. Estuvieron allí charlando animadamente durante un largo rato, como si el tiempo se hubiera detenido y no tuviera prisa ninguna por avanzar, en cómplice deferencia al hermoso día que estaban compartiendo juntos. Entonces, Elisa extrajo su cámara de fotos del bolso y se dispuso a inmortalizar la magia de aquel momento, procediendo a retratar a ambos amigos.

Acto seguido, Jon le pidió prestada la cámara, alegando que ella también debía aparecer en alguna foto y no limitarse tan solo a hacerlas, y le instó a posar junto a Gorka. Ella se colocó al lado de su amigo y sonrió, mientras Jon apretaba el botón de disparo. Y por último, fue Gorka el que fotografió a Elisa junto a Jon.

En aquel momento, un balón que pasaba rodando junto a ellos distrajo su atención. Haciendo gala de unos excelentes reflejos, Jon se puso en pie de un salto y lo detuvo con un ágil golpe de talón, pasando a darle una magistral tanda de toques. Los chicos que estaban jugando al fútbol unos metros más allá y a los que pertenecía aquel balón, comenzaron a aplaudirle, admirados por el control y la extraordinaria habilidad que él estaba demostrando tener. Cuando Jon se dispuso a devolverles la pelota, aquellos chavales le animaron para que se uniera a ellos. Jon miró a sus amigos en busca de su aprobación, y éstos accedieron sin ambages, animándole con aplausos y vítores para que fuera a jugar un rato con ellos.

- ¡Hay que ver cómo le gusta el fútbol a Jon! ¡Es que siempre ha sido su gran pasión, no cabe duda! – exclamó Elisa, y a Gorka sus palabras le sonaron a sincera admiración.

Gorka asintió con la cabeza, contrariado. Una vez más, hacía su aparición aquel maldito deporte con el que Jon podía lucirse con habilidad y soltura, mientras que él quedaba relegado de nuevo a un segundo plano muy próximo a la invisibilidad, como si tan solo se tratara de un ser torpe y anodino, incapaz de competir en nada con su amigo.

- ¿Te acuerdas de cuando veíamos jugar a los chicos, tú y yo, sentados en las gradas del campo de fútbol del *Estadio*? – preguntó Elisa, divertida. - ¿Recuerdas cómo se picaban entre ellos, y lo mucho que discutían? – rio ella, alegremente.

A Gorka, aquel comentario le pilló desprevenido. Por supuesto que se acordaba, cómo no hacerlo. Aquella anécdota había marcado el inicio de su obsesión por ella, a una edad muy temprana. Pero precisamente por ese mismo motivo, jamás se le habría ocurrido mencionárselo a Elisa. Además, era un recuerdo que guardaba para él un sabor agridulce.

Con la perspectiva que dan los años, Gorka había llegado al convencimiento de que por aquel entonces, Elisa se dejaba caer con frecuencia por el campo de fútbol con el único propósito de poder ver, o bien a Jon, con el que años más tarde saldría, o bien a Pablo, con el que definitivamente se casaría. Gorka no sabría precisar a ciencia cierta cuál de los dos era el que ocupaba su corazón en aquellos tiempos, pero al fin y al cabo, eso a él le daba exactamente igual. Sea como fuere, lo que estaba

meridianamente claro era que en ningún momento Elisa se había acercado allí buscándolo a él. Tenía la certeza de que durante aquel verano, ella lo había utilizado como a un simple comodín, un pretexto para poder presentarse cada tarde en el terreno de juego a observar al chico que realmente le gustaba, sin llamar excesivamente la atención. Y nada más. La realidad era muy dura, pero siempre era mejor aceptarla tal cual, que engañarse absurdamente tratando de maquillarla.

- Bueno, recuerdo que a ti te gustaba mucho sentarte allí a mirar cómo jugaban... - respondió él discretamente, resignándose al papel de personaje secundario que, muy a su pesar, le había tocado interpretar en aquel capítulo del pasado.

Y entonces, sorprendentemente, ocurrió algo que Gorka nunca hubiera imaginado, y que rompió todos los postulados en los que él había creído hasta el momento. Al oírle decir aquello, Elisa se giró hacia él mientras se apartaba del rostro unos finos mechones de cabello que la brisa se empeñaba en alborotar, lo miró fijamente con sus preciosos ojos entornados por el sol, y con aquellos finos labios sonrosados que tanto lo hipnotizaban, le dijo:

- Y quién te ha dicho a ti que yo fuera a verlos a ellos...

Y acto seguido se levantó y se dispuso a fotografiar a un radiante Jon, que parecía estar disfrutando enormemente junto a sus jóvenes y desconocidos compañeros, jugando aquel improvisado partido de fútbol sobre la arena.

Mientras tanto, Gorka permaneció allí sentado, inmóvil, pegado al suelo como si le hubieran echado cemento encima, tan desconcertado con aquellas palabras de Elisa, que tuvo que pensárselas dos veces antes de dar credibilidad a lo que sus oídos juraban haber escuchado.

---

## VI

Ya eran las nueve y media de la mañana, hora europea. El avión seguía atravesando el océano, pero ya se intuía a lo lejos que la tierra firme estaba cada vez más cerca. Gorka creyó distinguir las islas británicas a su izquierda, y al frente, lo que a él le pareció ser la costa atlántica de Francia. Pero todas estas deducciones suyas no eran más que puras suposiciones, basadas en el hecho de que había consultado previamente un mapa para conocer la ruta que seguiría el avión, y no porque él confiara en su capacidad innata para distinguir desde el aire con exactitud las formas concretas de aquellas masas rocosas.

El sol brillaba en lo alto. Pronto estarían en Barcelona.

Consultó su teléfono móvil. Desde que embarcó, no había recibido ni un solo mensaje personal, y aquello le llamó poderosamente la atención. Al parecer, el foro de *WhatsApp* de sus amigos permanecía completamente mudo, circunstancia que le empezaba a crear una gran preocupación. ¿Por qué no llegaban noticias nuevas acerca del estado de Jon?

Por otro lado, aquellas llamadas perdidas de la semana anterior, realizadas entre el lunes y el martes... No podía quitárselas de la cabeza. ¿Por qué Jon le había estado llamando insistentemente durante dos días seguidos? ¿Y por qué razón, no continuó haciéndolo durante los días posteriores, ni le mandó un correo, o un *WhatsApp* privado? En la mente de Gorka, iba tomando forma el nefasto presentimiento de que aquellas llamadas podrían haber sido decisivas en todo lo que aconteció con posterioridad. ¿Estarían de algún modo relacionadas con lo que le había sucedido a su amigo, tan solo cinco días después?

¡Oh, aquello era para volverse loco! Gorka se obligó a sí mismo a razonar con calma: Marcos le había explicado que el accidente cerebral que había sufrido Jon podría deberse a causas congénitas. Por tanto, parecía poco probable que estuviera relacionado con ningún acontecimiento que hubiera tenido lugar durante aquellos últimos días. Pero, aun así... ¿Cabría la posibilidad de que hubiera sucedido algo excepcional en la vida de Jon que, de algún modo, actuara como catalizador, desencadenando prematuramente aquel fatídico desenlace?

Gorka nunca habría sido capaz de adivinar que Jon pudiera tener un problema de salud. Nada más lejos de su imaginación. Muy al contrario, para él simbolizaba el ideal del perfecto deportista, el hombre que, sin esfuerzo aparente, domina un sinnúmero de actividades físicas con gran habilidad y destreza. ¡Cómo era posible que, llegados a este punto, le estuvieran tratando de vender una imagen tan distorsionada de su amigo! Para él resultaba a todas luces inconcebible, no podía ni quería dar crédito a lo que Marcos había tratado de explicarle, tan solo veinticuatro horas antes.

Durante su largo viaje en avión, él también había intentado obtener información por su cuenta: “*Ictus hemorrágico*”, buscó en internet, de madrugada; “*Aneurisma: protuberancia en la pared de un vaso sanguíneo. Riesgo de rotura y hemorragia grave*”, diagnosticaba uno de tantos artículos que encontró al respecto. Al parecer, aquella especie de bulto o deformación que supuestamente se alojaba en alguna vena o arteria del cerebro de Jon, podría haber estado allí desde siempre, como una bomba de relojería conectada a un temporizador, programado para hacerla estallar en el momento más inesperado.

Desde siempre...

Desde su más tierna infancia; desde los juegos de niños que ambos compartieron; desde su adolescencia; desde los años de universidad que tan buenos recuerdos les dejaron a ambos; desde su boda; desde el nacimiento de sus hijos...

Desde siempre...

Oculto en las sombras, acechando, sin dejarse ver jamás y sin que se pudiera intuir su macabra presencia. Esperando pacientemente en la oscuridad su momento de gloria para masacrar...

No quería pensar en su amigo como en un ser enfermo, no. Quería preservar en su memoria el recuerdo de aquel hombre activo y resuelto, un deportista neto del que él siempre había admirado sus cualidades físicas. Sí, así seguiría siendo para él, sin duda alguna. Aunque ahora tuviera que verlo vencido y postrado en la cama de un frío hospital. Se juró a sí mismo que nada de lo que sus ojos pudieran contemplar al desembarcar aquel día en Barcelona, le haría cambiar la imagen que de él tenía. De ninguna de las maneras.

Porque si lo hiciera, si sucumbiera a la tentación de rendirse ante una mala impresión, correría el riesgo de alterar, no solo su manera de concebir el presente, sino también su forma de mirar al pasado. Los recuerdos se transformarían de repente en algo bien distinto, desvirtuándose para siempre, como si la vida que ambos compartieron pasara a ser contada por un narrador desconocido que distorsionara el relato de los hechos. Ya no podría ver nada con los mismos ojos, ni juzgarlo con los mismos criterios de antaño.

Si empezara a ver a su amigo como a una persona distinta de la que recordaba, si en lugar de tener presente al hombre fuerte y seguro que era, él lo considerara como un ser débil y vulnerable, probablemente aquello le llevaría a echarse en cara el no haberle procurado en el pasado unos cuidados especiales, y empezaría a sentirse culpable por tantos momentos en los que no se preocupó en exceso por su bienestar, creyéndolo sano y dotado de una forma física envidiable.

Por las numerosas ocasiones en las que le había visto jugar al fútbol bajo un copioso aguacero, sin recomendarle que se resguardara y se abrigara.

Por aquel sábado en los tiempos de la facultad en el que, a sabiendas de que había estado enfermo y con fiebre, le permitió e incluso le alentó a salir de casa y a regresar junto a él a las tantas de la madrugada, tosiendo y tiritando empapado en sudor, pero feliz por haber disfrutado de una magnífica noche de diversión por las calles de Barcelona.

Por aquella vez en la que, guiado por su instinto periodístico y cegado por su afán por descubrir la verdad hasta sus últimas consecuencias, llegó a exponer la vida de ambos a los numerosos peligros que se les presentaron en aquel país lejano y desconocido, arrastrando a su amigo con él en una misión excesivamente arriesgada y de consecuencias imprevisibles.

No debía haber permitido que aquello sucediera. Tendría que haberse negado a que Jon lo acompañara.

Al recordarlo, sintió cómo un escalofrío le recorría toda la espalda.

## ***Gorka y Jon.***

### ***Partido amistoso España- Guinea. Malabo, 16 de noviembre de 2013.***

#### **I**

- ¡Hombreee! ¡A quién tenemos aquí! ¡Al nuevo *Josep Pedrerol* [3] en persona! – exclamó Jon con tremenda sorna, en cuanto vio aparecer a Gorka por la terminal de vuelos internacionales del aeropuerto de Madrid.

Jon había llegado con tiempo a *Barajas*, antes incluso de medianoche, y le estaba esperando impaciente, deseoso de compartir junto con su mejor amigo aquel viaje y, ya de paso, aprovechar para mofarse de él hasta quedarse a gusto. Y no era para menos: resultaba bastante chocante que el periódico de Gorka lo hubiera escogido precisamente a él, detractor acérrimo del deporte patrio, para cubrir un acontecimiento de carácter deportivo. A él, que no tenía ni pajolera idea de fútbol. Y Jon no estaba dispuesto a desperdiciar una oportunidad como aquélla para tomarle el pelo a su amigo.

- ¡Aprovecharemos esta magnífica ocasión para beber del maná de tus conocimientos futbolísticos, oh gurú del bello arte del balompié! – continuó burlándose Jon, mientras le agarraba amistosamente por el cuello con una mano y le revolvía el pelo con la otra.

- Bueno, veo que hoy vienes gracioso, ¿verdad? – protestó Gorka, también en tono de chanza. - ¡Madre mía, menudo vuelo me espera!

Pero ambos sabían que estaban bromeando. Aquélla era una ocasión única e irrepetible de realizar juntos, mano a mano, un viaje por motivos profesionales. Seguramente, nunca volverían a darse las excepcionales circunstancias que propiciaron aquella confluencia. No habría una segunda vez, de modo que tenían que aprovecharla bien.

Una parte importante del trabajo que Jon realizaba para su diario deportivo, consistía en seguir a la selección española en sus encuentros nacionales e internacionales. Acostumbraba a viajar acompañando a los jugadores y al cuerpo técnico, y conocía a todos y cada uno de los miembros del equipo, dirigiéndose a ellos con total familiaridad. Por el contrario, su amigo Gorka estaba completamente fuera de

lugar en aquel entorno.

Cuando éste le telefoneó para contárselo tres días antes, Jon no podía dar crédito a lo que escuchaban sus oídos:

- ¿En serio? ¿De verdad que te envían a ti a cubrir el partido amistoso España-Guinea? - Se oyeron auténticas carcajadas al otro lado. - ¡Joder tío! ¡Pero qué mal está ese periodicucho para el que trabajas! ¡Peligra el periodismo especializado! ¡Esto es de preocupar!

Y más risas. Jon se estaba despachando a gusto a su costa, y Gorka le dejaba hacer: al fin y al cabo, aquélla era precisamente la clase de reacción que esperaba de él, y lo aceptaba, divertido. Sabía que le aguardaba un viaje plagado de bromas jactanciosas acerca de su ignorancia futbolística, cosa que por otra parte, estaba dispuesto a asumir con total deportividad. Lo que realmente le importaba a Gorka en esos momentos era que, el hecho de viajar acompañado por su gran amigo, en un ambiente en el que sin duda reinaría la camaradería y el buen humor, a él le sería de gran ayuda. Necesitaba calmar los nervios que aquella misión le estaban produciendo en el estómago.

Mientras que Gorka era el único representante de su periódico presente en aquella terminal, a Jon lo acompañaban dos de sus colaboradores más cercanos, - un periodista de su redacción llamado Carlos Méndez y un fotógrafo al que Gorka no conocía, - con los que había viajado desde Barcelona hasta Madrid, y que se desplazaban junto a él a Malabo con el fin de cubrir aquel encuentro entre las selecciones de ambos países que se iba a disputar dos días más tarde.

Aparte de ellos, la comitiva que rodeaba a los jugadores españoles contaba con una nutrida representación de profesionales de la comunicación, compuesta tanto por cronistas deportivos como por periodistas pertenecientes a distintos ámbitos. Al tiempo que los primeros iban dispuestos a informar acerca de lo estrictamente futbolístico, los segundos, por su parte, se centrarían en las circunstancias que rodeaban al evento, dada la repercusión mediática que aquel polémico viaje estaba teniendo a nivel mundial.

No en vano, ningún otro país de Europa entendía cómo la Federación Española de Fútbol se había prestado a participar en aquel encuentro. Se enfrentarían a la selección de un país sometido por uno de los peores regímenes dictatoriales de toda África Ecuatorial en el que cada día, los derechos humanos de sus habitantes eran pisoteados hasta quedar reducidos a escombros. Y menos comprensible era aún, que aquel despropósito contara con el visto bueno del Gobierno español, el mismo que aquellos días enviaba a su ministro de exteriores de visita oficial a Estados Unidos para vender la marca España, mientras que por detrás, auspiciaba acercamientos diplomáticos de dudosa moralidad con el dictador Obiang. En resumen, todo un polvorín a nivel informativo en un país como España, tristemente acostumbrado ya de por sí a los escándalos políticos de los últimos tiempos.

Dada la doble vertiente de la noticia, y a pesar de no renunciar a gastarle alguna que otra broma al respecto, Jon daba por hecho que el cometido de Gorka sería sin duda alguna el de informar sobre la cuestión política y diplomática, y no sobre el partido de fútbol en sí. Y aunque no andaba desencaminado, tampoco esa explicación se ajustaba exactamente a la realidad. La verdadera misión de Gorka era mucho más ambiciosa y arriesgada de lo que Jon podría llegar a imaginar. Además, Gorka era consciente de que aquello podría resultar peligroso, y por tanto, no pensaba compartir sus planes con nadie.

Y mucho menos, con su mejor amigo.

---

## II

Aquel viaje de Gorka hacia la excolonia española, gobernada desde hacía décadas por un dictador de puño férreo y nulo respeto por los derechos humanos, tenía como finalidad investigar aspectos que iban más allá de lo puramente futbolístico y de sus posibles repercusiones diplomáticas. Pero para llevar a cabo su investigación de una manera discreta, qué mejor camuflaje a la hora de entrar en el país, que hacerse pasar por un periodista más de los muchos que acompañaban a la comitiva española.

Al parecer, el dictador se había propuesto lavar la cara de su mandato, realizando actos como aquel partido amistoso, que enfrentaría a su modesta selección con la victoriosa “Armada española”, cosa que le proporcionaría reconocimiento y una buena publicidad internacional. Y el Gobierno de España, le había seguido el juego.

- ¿Por qué?- se preguntaba Andreu Balgrats, el redactor jefe de Gorka, aporreando sobre la mesa de reuniones un ejemplar de su propio periódico, abierto por la página en la que aparecía el anuncio del inminente encuentro deportivo. - ¿Por qué el Gobierno de España se presta a semejante ignominia? – insistía. - ¿Qué se le ha perdido en Guinea? Desde luego, este tipo de noticias no reportan una buena imagen para el país, así que ha de haber alguna otra razón por la que les merezca la pena ensuciarse las manos, visitando la casa de un dictador como éste...

Hacía tiempo que el veterano periodista llevaba a cabo un exhaustivo seguimiento de la figura del presidente Teodoro Obiang, publicando numerosos artículos acerca de la corrupción que campaba de mano en mano entre los oligarcas de su país – familiares en muchos casos del propio dictador, – y siguiendo muy de cerca los procesos judiciales abiertos, tanto en Estados Unidos como en Francia, contra el más desenfrenado y derrochador de todos sus hijos, además de favorito para la sucesión: su primogénito, Teodorín.



- El dictador acostumbra a repartir los negocios clave del país entre sus hijos legítimos y sus sobrinos – explicaba Balgrats. - A Teodorín le tocó en suerte la explotación de la tierra, siendo nombrado por designación directa, ministro de Agricultura y Bosques del Gobierno. Y aunque según afirma la ONG *Global Witness*, Teodorín cobra del Gobierno de su padre un sueldo anual que no llega a los 50.000 euros, se calcula que su fortuna asciende a varios cientos de millones de euros.

Andreu hizo una pausa antes de continuar con su exposición, siendo consciente de la expectación que levantaban sus palabras entre todos los asistentes a la reunión.

- ¿Cómo es posible que un simple ministro de un país africano, de menos de un millón de habitantes y cuyo tamaño no supera al de Galicia, sea capaz de amasar un patrimonio semejante? – se preguntaba Balgrats, de manera retórica.

Aquella mañana temprano, había convocado a todos los redactores del equipo de investigación para tratar el tema, y éstos le escuchaban atentamente, sentados en torno a aquella gran mesa ovalada que presidía su sala de reuniones.

- Y sorprende mucho más, si tenemos en cuenta que estamos hablando de un país en el que el 70% de los ciudadanos sobrevive con un dólar al día, la mayoría de su población carece de agua o electricidad, y la esperanza de vida no alcanza los 51 años de edad. Y falta añadir el dato más escalofriante de todos: según la ONU, el 20% de los niños guineanos muere antes de cumplir los cinco años.

Se hizo el silencio en la sala. Cada redactor, incluido Gorka, procesaba mentalmente la información que les estaba transmitiendo su jefe.

- A la justicia francesa le llamó poderosamente la atención el hecho de que Teodorín - o *el Patrón*, como se le conoce en Malabo, - se permitiera el lujo de vivir como un multimillonario en su mansión de la Avenida Foch de París, derrochando a manos llenas ingentes cantidades de dinero en efectivo – prosiguió. - El dinero lo trae directamente en maletines desde Malabo. Para ello utiliza la valija diplomática, de modo que nunca es interceptado. Luego lo gasta en asuntos de naturaleza tan exquisita y altruista como son, y cito textualmente, las “*drogas, alcohol y putas*”, tal como le ha confesado su mayordomo a la justicia. Teodorín está siendo investigado en Francia por extorsión y blanqueo de capitales, entre otros cargos.

Balgrats tomó aire. Notaba que, después de permanecer de pie durante un buen rato exponiendo los hechos ante su equipo, sus piernas se empezaban a cansar. Pensó que era bien cierto aquello que siempre se oía decir acerca del tiempo, que no pasa en balde.

- Lo esencial para la justicia en estos momentos – continuó, - es demostrar que ese blanqueo proviene del chantaje al que somete a las empresas extranjeras que, engañadas por las promesas de incipiente mercado que ofrece la embajada guineana, invierten ingentes cantidades de dinero en el país. Algunos de los empresarios

extorsionados, han relatado que los problemas surgen cuando se hartan de pagar las abusivas comisiones que les exigen, y llega un buen día en que no lo vuelven a hacer más. Entonces es cuando comienzan los chantajes y las amenazas, a veces incluso de muerte. Llegado este momento, el empresario extranjero en cuestión acaba abandonando el país para salvar su vida y la de su familia, dejando atrás toda la inversión realizada, que termina en manos de alguno de los hijos de Obiang. Y así es como todos ellos consiguen amasar unas fortunas descomunales y, desgraciadamente, en muchos casos, sin dejar rastro alguno.

Andreu hizo una pausa y contempló las caras de sus redactores, que tomaban notas o escuchaban su relato sin perder detalle.

- Y digo que no dejan rastro – prosiguió, - hasta que algunos de ellos, como es el caso de Teodorín, comienzan a cometer importantes errores que los delatan. Hace unos pocos meses, el primogénito de Obiang se presentó en el *Grand Palais* de París, donde *Christie's* iba a celebrar una lujosa subasta de antigüedades. Allí empezó a pujar por diferentes obras de arte que en su día pertenecieron al modisto *Yves Saint Laurent*, y no paró hasta gastarse dieciocho millones de euros. El pago de semejante fortuna, lo efectuó a través de una cuenta del *Barclays Bank* de París que está a nombre de su empresa maderera, la *Somaqui Forestal*. La Justicia francesa ha comenzado a tirar de ese hilo, descubriendo que dicha empresa es tan solo una tapadera y que el dinero procede, en realidad, de la extorsión a la que somete a empresarios del sector de la madera – continuó. – Pero, como siempre en estos casos, para que los cargos presentados contra él tengan consistencia, es indispensable que vengan avalados por el testimonio de testigos fiables, que puedan declarar en primera persona cómo eran sometidos al chantaje y a las amenazas de Teodorín.

Andreu se frotó los ojos por debajo de las gafas con dos dedos de una mano, en un gesto muy característico suyo, que solía realizar cuando estaba muy concentrado en un tema.

- Hace cosa de un mes, tuve la ocasión de entrevistar en Madrid a un testigo clave. Se trata de un empresario valenciano dedicado al negocio de la explotación de la madera que, junto con otros dos socios más, instaló un aserradero en Luba, al sur de Malabo, en la isla de Bioko. Los tres han sido víctimas de Teodorín, que presuntamente les ha estafado varios millones de euros. Cuando yo le entrevisté, este hombre acababa de declarar ante los jueces franceses, que se habían desplazado a Madrid exclusivamente para este fin. Les aseguró que *el Patrón* exigía comisiones millonarias a las madereras extranjeras, de las que él pasaba a ser automáticamente un socio más. No en vano, su padre aprobó una ley por la que todas las empresas que operan en el país, han de tener obligatoriamente un socio guineano. Al parecer, Teodorín reclama a las madereras la cuantía de sus elevadas mordidas en metálico, o en cheques al portador. Y si en algún momento dado, se hartan de someterse a tales abusos y no

acceden a pagar, comienzan las extorsiones. En su caso, este empresario huyó del país en cuanto vio peligrar su seguridad. Tuvo que abandonar toda su inversión y salir pitando de allí para salvar la vida.

Andreu, pensativo, comenzó a caminar lentamente alrededor de la concurrida mesa con las manos entrelazadas a la espalda. Se detuvo frente al extenso ventanal de la sala que daba sobre la Gran Vía, y allí dirigió distraídamente su mirada hacia el abundante tráfico que congestionaba la calzada, unos cuantos metros más abajo. Aquello era lo habitual en un día de labor cualquiera. Las estridentes luces de los coches se reflejaban en los impolutos vidrios de la fachada y en los cristales de sus apaisadas gafas.

- Como ya os he dicho, este empresario colaboró activamente con la justicia – prosiguió. – El problema fundamental de toda esta historia, es que dejó de hacerlo el día en que en la puerta de su casa, se plantaron dos sicarios colombianos que le partieron varias costillas a su hermano, al que confundieron con él. Y de seguro lo hubieran matado allí mismo a navajazos, de no ser porque les ahuyentaron los gritos de una vecina que presenció el ataque. Después de este incidente ha retirado su declaración, y como consecuencia de ello y a falta de su principal testigo, la causa ha quedado seriamente debilitada.

A esas alturas del relato, los redactores del departamento se miraban los unos a los otros con cierta inquietud. Hasta entonces, de aquel asunto se habían ocupado casi en exclusiva Balgrats y uno de sus más estrechos colaboradores, y no había sido necesario convocar a toda la sección para exponer el tema. Estaba claro que la investigación iba a tomar un cariz diferente y que, en mayor o menor medida, les acabaría involucrando a todos.

- Ya os he comentado que este hombre montó el aserradero de Luba junto con un par de socios más, ¿verdad? Pues bien, ninguno de los otros dos se ha resignado a perder todos sus bienes, ni a entregárselos a Teodorín sin plantar batalla. Ambos han decidido quedarse en Guinea arriesgando sus propias vidas, con el fin de defender sus naves y su cuantiosa inversión en el país. Nuestros contactos nos informan de que uno de ellos, llamado Simón Vesga, acaba de ser detenido, falsamente acusado de violación. Hoy mismo ha sido conducido a la siniestra prisión de *Black Beach*, donde permanece incomunicado. Ya solo queda un socio en libertad, y su vida corre serio peligro.

Ahora sí que las caras de todos los compañeros de redacción reflejaban una absoluta expectación.

- El tercer empresario es un hombre llamado Miguel Martín, de 57 años de edad. Es de vital importancia dar con su paradero y averiguar su situación. Hemos de entrevistarnos con él y obtener su testimonio, y que nos confirme hasta qué punto se siente amenazado. Hay que averiguar si continúa en el país por propia voluntad o lo están reteniendo por la fuerza. Conseguir esa exclusiva sería todo un lujo para nosotros, una entrevista al más alto nivel periodístico. Su testimonio es fundamental

para que pueda progresar la investigación judicial. Debemos hablar con él y convencerlo para que ofrezca su valiosa declaración a la justicia francesa.

Andreu caminaba de nuevo alrededor de la mesa con los brazos a la espalda, concentrado en sus explicaciones.

- Sin embargo - prosiguió, - no resulta nada sencillo entrar en el país. Los permisos que se conceden a los extranjeros están tremendamente restringidos, máxime si no eres ciudadano norteamericano. A mí, en concreto, no me dejarían acceder ni en un millón de años, dada a la ingente cantidad de tinta que llevo vertida en nuestro periódico acerca de su régimen corrupto. Sería detenido inmediatamente por difamación y enviado a una de sus horribles cárceles, sin necesidad de que mediara un juicio de por medio.

Andreu volvió a situarse en la cabecera de la mesa, colocando ambas palmas sobre su pulida y brillante superficie, y formando con sus brazos una uve invertida.

- De modo que tendrá que ir otra persona en mi lugar – sentenció.

Alzó la vista por encima de aquellas gruesas gafas y, a continuación, fue barriando con la mirada a todos los presentes en la sala, escudriñándolos atentamente, deteniéndose un par de segundos a observar la expresión que iba dibujándose en el rostro de cada uno de ellos.

El nerviosismo de los redactores se podía palpar en el ambiente. Algunos no conseguían mantener aquel enfrentamiento visual con el jefe y acababan bajando los ojos involuntariamente, incapaces de soportar tanta tensión. Sin embargo, cuando la escrutadora mirada de Balgrats fue a toparse con la de Gorka, éste no solo no apartó la vista, sino que la mantuvo alzada, desafiante incluso. Quería ser el elegido para aquella misión. No había ninguna duda de que estaba aceptando el reto.

- Bien, Gorka. Veo que ya tenemos un voluntario. No esperaba menos de ti – manifestó Andreu, satisfecho con la respuesta que acababa de darle uno de sus redactores favoritos. – No te voy a engañar: es un encargo que entraña sus riesgos. No obstante, no vas a embarcarte en esta aventura a cara descubierta. Realizarás el viaje camuflado entre el nutrido grupo de prensa que cubrirá el encuentro de fútbol. Irás junto a ellos hasta Malabo, y también volverás. Queda terminantemente prohibido que alargues tu visita, ni tan siquiera durante unas pocas horas. El tratar de permanecer en el país por más tiempo que el resto del grupo, resultaría ser una temeridad extremadamente peligrosa.

Andreu hizo una pausa y continuó con su retahíla de instrucciones.

- Los guineanos desconfían absolutamente de los extranjeros y vigilarán todos vuestros movimientos al milímetro. Has de saber que tus posibilidades de dar esquinazo a la policía secreta, que os escoltará en todo momento, son más bien escasas, y por tanto necesitarás emplearlas bien. Contarás con muy poco tiempo para

localizar a Miguel Martín y entrevistarlo. Tendrás que hacerlo justo la tarde de vuestra llegada, puesto que al día siguiente, inmediatamente después del partido, cogeréis el avión de regreso a Madrid. Y en cuanto al encuentro, la mala noticia para ti es que tendrás que asistir, sin tratar de ausentarte o de retrasarte amparándote en ninguna excusa, por muy buena que a ti te pueda parecer. Consigas tu objetivo o no, tendrás que regresar junto con toda la comitiva española.

Gorka tomó aire y trató de calmar los nervios que empezaban a adueñarse de su estómago. Se había ofrecido para aquella misión de una manera completamente impulsiva, pero sabía a ciencia cierta que no se arrepentiría de ello.

Y en cuanto al resto de vosotros – dijo Andreu, girándose hacia los compañeros de Gorka, que respiraban aliviados, - os pido que pongáis todo vuestro ingenio al servicio de este asunto. Hay que preparar el viaje de Gorka a conciencia. Necesitamos recabar la mayor cantidad de información que nos sea posible acerca de este empresario: buscad a sus familiares en España, preguntadles cuándo fue la última vez que se pusieron en contacto con él; averiguad dónde vive en Luba y cómo se puede llegar hasta allí; consultad a todo aquél que conozca mínimamente el país y que nos pueda aportar algo de información al respecto, por nimia que parezca. Además, Gorka necesita tramitar a toda prisa sus papeles, solicitar visados, acreditaciones de la federación, y pases de prensa para el partido. Y, por supuesto, una buena cantidad de dinero en efectivo.

Y para concluir, ordenó a viva voz:

- ¡Poneos todos a trabajar en ello! ¡De inmediato!

-----

### III

Dentro de aquel avión camino a Malabo, Gorka trataba de conciliar el sueño a pesar de las dificultades. El hecho de dirigirse a un país desconocido para cumplir una misión tan arriesgada y peligrosa como aquélla, ya era lo suficientemente malo de por sí como para tener que soportar, por añadidura, el tormento producido por los desaforados gritos y cánticos que profería aquella comitiva en pleno. Entre jugadores, equipo técnico y periodistas, allí estaba representada la flor y nata del deporte patrio y sin embargo – y a pesar de que los primeros formaban parte de la élite futbolística mundial, - se comportaban todos como si tan solo fueran unos entusiastas hinchas más, transformando aquella exaltación en ríos de atronadores decibelios.

Y a Gorka, no le cabía ninguna duda de que el gesto resultaba de lo más simpático:

todo aquel compañerismo sano entre jugadores y periodistas, daba muestras del entendimiento cordial que existía entre ambas profesiones y del carácter sencillo y para nada elitista de aquellos astros del balón. Y esa cercanía hasta podría haberle resultado conmovedora, si no fuera porque iba irremediabilmente ligada a un nivel de ruido ensordecedor, capaz de provocar dolor de cabeza a cualquiera que, como él, no participara de sus eufóricas celebraciones.

Aquellos profesionales del deporte, convertidos por un momento en apasionados aficionados, no pararon de proferir vítores, corear himnos y lanzar consignas a viva voz durante gran parte del viaje. Y entre todos ellos y como no podía ser de otro modo, destacaba un más que locuaz Jon que, agarrado al cuello de un conocido futbolista por un lado – Gorka supuso que se trataba de Iniesta, uno de los pocos jugadores de la selección al que él era capaz de reconocer, - y de un compañero de profesión por el otro, formaba parte de aquella improvisada coral masculina. El grupo destilaba deportividad y camaradería, pero carecía por completo de sincronía o de afinación, lo que les hacía proferir innumerables gallos. El vocerío se prolongó por más tiempo del que Gorka creía poder soportar, hasta que los más animados del grupo pretendieron hacer una conga por el pasillo del avión y la azafata decidió llamarles la atención. Gorka se alegró tanto, que a punto estuvo de levantarse y agradecerle personalmente el gesto a aquella señorita tan amable.

Tras la amonestación recibida, el ambiente se fue calmando y los corrillos comenzaron a disolverse pacíficamente. Los periodistas aprovecharon para hacer su trabajo: hubo entrevistas a los jugadores y fotos de grupo para inmortalizar el momento. Tanto el entrenador como los futbolistas evitaron pronunciarse acerca del debate político que inevitablemente acompañaba a aquel encuentro. Se notaba que habían sido aleccionados de antemano: la consigna empleada por todos ellos consistía en desentenderse de dar su opinión, en aquellos aspectos que no estuvieran directamente relacionados con lo estrictamente deportivo.

Pero después, en conversaciones más informales, muchos de ellos reconocían la tremenda incomodidad que sentían al haberse visto obligados a disputar aquel encuentro. A ninguno le gustaba la polémica que se había generado, pero era un asunto que no estaba en sus manos. Solo pensaban en llegar, hacer su trabajo y regresar a casa de nuevo, cuanto antes. Y por encima de todo, querían evitar que el dictador se hiciera una foto con ellos. Sabían que eso era precisamente lo que él buscaba: retratarse junto a la célebre selección española, que acababa de ganar el Mundial de Fútbol. Aquello les generaba una gran preocupación. Algunos aseguraban que, en caso de que lo llegara a intentar siquiera, ellos saldrían corriendo fuera de plano.

Nadie en aquel avión entendía muy bien por qué se les había involucrado a ellos en un asunto tan feo.

---

## IV

Las últimas horas de vuelo resultaron ser pacíficas y relajadas, y todo el mundo consiguió finalmente dormir un rato. Por la mañana temprano, aterrizaron en el aeropuerto de Malabo. Antes de permitirles poner un pie en tierra firme, les proporcionaron una serie de recomendaciones básicas para su salud: que no bebieran agua sin embotellar, que se lavaran las manos con frecuencia y que trataran de protegerse de los mosquitos, dado que el paludismo en Guinea Ecuatorial sigue siendo una enfermedad endémica.

- Ah, una cosa más – añadió el responsable de la Federación que les hablaba. – Malas noticias para los adictos a internet y a las redes sociales: en este país, el régimen controla cualquier medio de comunicación disponible, por tanto ya podéis imaginar que también censura los contenidos de la red. Así que no os sorprendáis si no os funcionan las aplicaciones o las páginas *web* que visitéis habitualmente.

Y al parecer, muchos de los presentes desconocían este punto, porque se oyeron bufidos y sonoras protestas entre las filas de los jugadores y periodistas.

Al abrirse la puerta del avión, bellas señoritas vestidas con trajes típicamente africanos y portando hermosos ramos de flores, esperaban a los jugadores a los pies de la escalerilla para darles una cálida bienvenida. Ellos fueron los primeros en bajar y exponerse a los flashes de los fotógrafos locales, no sin cierto reparo ante la posibilidad de que Obiang aprovechara aquel momento de despiste para aparecer por allí y hacerse la tan temida foto. Pero para alivio de la comitiva española al completo, no ocurrió así. No había ni rastro del dictador, fue el Ministro de Deportes y nadie más que él, el encargado de darles la bienvenida al país.

A continuación, los llevaron a todos a una terminal donde fueron sometidos a una rigurosa identificación, que sorprendentemente incluía la obtención de sus huellas dactilares. Se tomaron su tiempo para registrarles concienzudamente las maletas, carteras y bolsos, y una vez finalizado todo aquel proceso, los subieron a un autobús y los condujeron hasta un lujoso hotel de la capital, empleando en el desplazamiento poco más de diez minutos. Sorprendía comprobar lo cerca que estaba el aeropuerto del centro de la ciudad, unidos ambos por una autopista completamente nueva, cuyo trazado era prácticamente una línea recta.

A las puertas del hotel ya no les esperaban más señoritas cargadas con ramos de flores, sino un nutrido grupo de hombres malencarados y pésimamente trajeados, liderados por un tal Wenceslao, que se presentó a sí mismo como el garante de su seguridad. Aparte de eso, también les anunció que sería su guía personal, lo que para

los más avisados, se traducían indudablemente en que aquel individuo trataría de ser su sombra y su continuo y acechante custodio.

- Cualquier consulta que quieran ustedes realizar, no duden en formulármela a mí o a alguno de mis hombres – prosiguió Wenceslao, haciendo un ademán con la mano a modo de presentación de aquel grupo de matones que se hallaban detrás de él, todos ellos con pinta de haberse escapado de alguna película policíaca de serie B. - Les atenderemos gustosamente – prosiguió, - y resolveremos cualquier problema que les pueda surgir. Estamos aquí para ayudarles, así como para protegerles y propiciar que tengan una feliz estancia en nuestro país.

El hotel en el que se alojaban, situado en el barrio de Santa Isabel, derrochaba lujo y confort por los cuatro costados. Contaba con hermosas piscinas de aguas templadas y con un completo gimnasio, requisito indispensable para los jugadores de la selección, que necesitaban un lugar bien equipado donde poder realizar sus ejercicios diarios. Se encontraba situado al borde del mar y presumía de tener una amplia terraza rodeada de palmeras, que dominaba las vistas sobre la Bahía de Venus. Mientras daban una vuelta para conocer las instalaciones del hotel, Gorka pudo comprobar que aquellos hombres de la seguridad les acompañaban a cada paso que daban, apostándose en cada esquina y en cada pasillo que pretendían recorrer. Estaba claro que mientras permanecieran en la isla, la vigilancia a la que estarían sometidos sería constante.

Tras un descanso de aproximadamente una hora de duración, durante el cual pudieron tomar una ducha y acicalarse, todos se reunieron de riguroso traje en un salón del hotel para escuchar al seleccionador nacional, Vicente Del Bosque, que había convocado una rueda de prensa para esa misma mañana. El entrenamiento se realizaría aquella tarde, el partido tendría lugar a primera hora del día siguiente e inmediatamente después, cogerían el avión de vuelta a Madrid. Sin, duda, se palpaba en el ambiente la incomodidad que le generaba a la Federación Española la celebración de aquel encuentro. Habían apretado al máximo el programa de actos de la selección, con la intención de permanecer en el país el menor tiempo que les fuera posible. Concretamente, querían dar carpetazo a aquel asunto en menos de cuarenta y ocho horas.

Gorka se sentó en una de aquellas butacas de la sala de prensa, tratando de interesarse por las explicaciones del seleccionador acerca de las cuestiones técnicas y estrictamente futbolísticas de aquel encuentro. Y mientras los compañeros de otros medios tomaban notas en sus libretas u ordenadores portátiles, a él le faltó muy poco para quedarse dormido allí mismo, luchando continuamente por retener las cabezadas que trataban de escapársele a cada minuto. Arrastraba el cansancio producido por el viaje y los nervios, y todo ello unido a la fatiga que sentía, podía más que sus intentos por prestar atención a una intervención de la que no tenía duda ninguna de que sería de lo más edificante, pero que a él no le interesaba nada en absoluto, por más que se



esforzara.

A continuación y una vez finalizada la comparecencia de Del Bosque, pasaron todos a comer a una gran sala tan engalanada como si fueran a celebrar una boda en ella, en la que degustaron un exquisito menú de cocina francesa. Después tocaba descanso y tiempo libre, - sin abandonar el hotel, eso sí, - hasta que dieran las siete de la tarde, hora fijada para el entrenamiento y primera oportunidad que tendría el equipo de tomar contacto con el flamante *Nuevo Estadio* de Malabo. Aquel magnífico campo, ubicado dentro de la Ciudad Deportiva, acababa de albergar justo el año anterior uno de los mayores eventos deportivos del continente, nada menos que la Copa Africana de Naciones.

Gorka y Jon se despidieron a las puertas de sus respectivas habitaciones, con el fin de descansar un rato antes de acudir al estadio. Jon compartía su habitación con su compañero Carlos, mientras que Gorka dormía solo. Al despedirse, los tres manifestaron sentirse muy cansados y estar deseando echar una reconstituyente siesta que les ayudara a recuperar fuerzas.

Pero Gorka tenía otros planes. Aquél era el momento de actuar.

En cuanto estuvo completamente solo, procedió a introducir apresuradamente en una mochila todo el material que consideró indispensable para llevar a cabo su misión. Metió en ella su cámara de fotos y un bloc de notas: era preferible escribir a mano que arriesgarse a que le confiscaran su portátil. También cogió una pequeña cámara de vídeo, con la remota esperanza de que aquel hombre al que salía a buscar, Miguel Martín, accediera a que sus declaraciones fueran grabadas. Revisó papeles, permisos y visados. No se olvidó tampoco de su inseparable amuleto: la pelota de goma gris reventada, recuerdo de aquella manifestación que había tenido lugar muchos, muchos años atrás. Necesitaba que le trajera un poco de suerte para lograr su objetivo, o al menos, para poder regresar sano y salvo de aquella aventura.

Se quitó el traje y la corbata con los que había acudido a la rueda de prensa, y se dio una ducha rápida para desprenderse del pegajoso sudor que la intensa humedad del lugar le producía. Se puso ropa cómoda y zapatillas, sin olvidar un chubasquero, porque estaban en plena época de lluvias y en el momento más inesperado podía caer un tremendo aguacero, como si se anunciara la llegada del mismísimo Diluvio Universal.

Ya estaba todo preparado. Guardó unos segundos de silencio mientras se concentraba y repasaba mentalmente su plan. Había llegado el momento de abandonar aquella habitación y de echarle valor al asunto. Abrió lentamente la puerta y salió con sigilo al pasillo. Con “demasiado” sigilo, como él mismo cayó en la cuenta de inmediato. Aquello le hacía parecer sospechoso a los ojos de cualquiera que pudiera estar observándole. Se lamentó de que, como espía, sin duda él resultaría ser un auténtico desastre.

Y no andaba desencaminado porque, en efecto, en aquel preciso instante había alguien en el pasillo al que no le pasó desapercibido lo extraño de su comportamiento.

- ¿A dónde va usted, señor? – oyó que una voz firme le inquiría a sus espaldas.

Instintivamente, se sobresaltó. Pero mientras se giraba hacia la persona que le había hablado, se dio cuenta de que aquel timbre de voz le resultaba muy familiar. En efecto, era Jon, cómo no. Éste le sonreía burlonamente mientras le contemplaba, de pie y con los brazos cruzados, desde el quicio de la puerta de su habitación en el que estaba apoyado.

- ¡Joder qué susto me has dado! – exclamó Gorka, llevándose la mano al pecho para tratar de calmar el desbocado ritmo de su corazón. - ¿Por qué no estás descansando? – preguntó.

- ¿Y tú? – fue la respuesta de Jon. - ¿A dónde demonios se supone que vas?

Gorka dudó por un instante si confesarle a su amigo la verdad, pero al final optó por resistirse y tratar de colarle alguna excusa que resultara sencilla y creíble.

- Voy a dar una vuelta. Tú descansa, que luego nos vemos – dijo, intentando expresarse con la mayor naturalidad que pudo.

- ¡Ja! – exclamó Jon, tajante - ¿Te crees que me voy a tragar semejante patraña? – y buscó con la mirada los ojos de su amigo, que esquivaba los suyos de manera deliberada. – Te llevo viendo raro desde que comenzó este viaje. Se nota que estás nervioso, tenso. Te conozco bien, Gorka, sé reconocer cuándo estás preocupado. ¿De verdad pensabas que no me iba a dar ni cuenta?

Jon hizo una pausa, esperando que su amigo planteara algún tipo de objeción al respecto, pero Gorka permaneció callado, sin saber muy bien qué decir.

- Tú no has venido a Malabo tan solo por lo de la polémica que ha generado este partido – prosiguió. – Tú estás aquí por algo más. Y no me lo quieres decir. No me cabrees Gorka, hombre, que somos amigos. Confiesa de una vez.

Estaba claro que no podría seguir ocultándole a Jon la verdadera finalidad de su viaje.

- Vamos a mi habitación. Allí hablaremos con más tranquilidad – señaló Gorka, sacando la llave de su bolsillo e introduciéndola en la cerradura. Antes de acceder, se aseguró de que no hubiera nadie por el pasillo en aquel preciso instante. Y una vez dentro, dio un rápido repaso a las esquinas de los muebles y al interior de las lámparas de la habitación en busca de micrófonos ocultos, sin encontrar nada que le resultara sospechoso.

- Tío, pero qué haces... Te veo un poco paranoico... - le dijo Jon, que observaba el extraño comportamiento de su amigo con auténtico asombro.

- Salgamos a la terraza – señaló Gorka, abriendo de par en par las dobles puertas

que daban paso a una amplia balconada que miraba hacia el mar. – En cualquier caso, hablar fuera del edificio será siempre más seguro.

Y una vez allí, le explicó detalladamente el porqué de su estancia en la isla, cuál era su verdadero cometido y de qué modo lo pensaba llevar a cabo. Su plan consistía en salir del hotel sin ser visto, coger un taxi, poner rumbo a Luba y una vez allí, localizar el aserradero de los españoles y justo al lado, la casa del empresario al que necesitaba entrevistar. A continuación y una vez obtenida toda la información que venía a recabar, pretendía regresar al hotel antes de las siete de la tarde, hora en la que se reuniría con el resto de la comitiva para asistir al entrenamiento de la selección.

- No sé con certeza si encontraré a este hombre en su casa, si habrá huido, o ni tan siquiera si seguirá con vida, porque su familia en Valencia le contó a uno de mis compañeros que hace días que perdieron el contacto telefónico. El plan es complicado y muy arriesgado, y no estoy dispuesto a implicarte en él. Por eso no te he dicho nada. Ahora, vuelve a tu habitación y tan solo te pido que no me delates, ¿de acuerdo?

- ¡Eh! ¡De eso nada! ¡Te creerás que te vas a librar de mí tan fácilmente! – protestó airadamente, Jon. - ¡A donde tú vayas, yo voy también!

Y ya, en tono de broma, añadió:

-¿Pero cómo crees que vas a poder sobrevivir tú en esta jungla, si no me tienes a mí a tu lado?

---

## V

La primera buena idea que tuvo Jon, fue la de bajar a la calle a través de una escalera de emergencia exterior que se encontraba adosada a una fachada lateral del edificio, y a la que accedieron saltando por una ventana del pasillo.

- Si nos presentamos en el vestíbulo del hotel como si nada, e intentamos poner un pie en la calle, ya puedes dar por hecho que los de la policía secreta nos van a interrogar para saber a dónde vamos, y en el caso de que nos permitan salir, nos van a seguir todo el rato - dedujo Jon.

Y tenía toda la razón. Gorka se sintió aliviado al contar con la tan inestimable como inesperada colaboración de su amigo: de haber tenido que irse él solo, probablemente habría cometido los primeros errores sin necesidad de traspasar siquiera las puertas del propio hotel.

Aquello de emplear las escaleras de emergencia, resultó ser un poco más

complicado de lo que parecía en un principio: cuando se encontraban a pocos metros del suelo, descubrieron con desagrado que el último tramo de la escalera metálica estaba replegado sobre el tramo anterior, y atado con un grueso candado de hierro.

- ¡Vaya mierda de salida de emergencias! – protestó Gorka. – No creo que aquí pasen demasiadas inspecciones municipales...

- Calculo que estaremos a unos dos metros de altura con respecto al suelo – estimó Jon. – No queda otra que saltar. Al menos, el terreno que nos espera en nuestra caída tiene pinta de ser bastante blando.

La escalera desembocaba en un callejón estrecho y sucio, en el que el suelo no se encontraba asfaltado. En lugar de eso, el barro seco y los socavones aparecían por doquier, causados estos últimos por las rodaduras de los vehículos de servicio del propio hotel, al pasar sobre un firme inestable y castigado por las abundantes lluvias que acostumbraban a caer en aquella estación.

Evitando pensárselo dos veces, ambos amigos saltaron desde el último tramo accesible de la escalera hasta el suelo, logrando aterrizar de una manera bastante satisfactoria, aunque eso sí, levantando con su caída una aparatosa polvareda. Afortunadamente para ellos no se hicieron el menor rasguño, lo cual ya era mucho, pero sus ropas se volvieron grises a causa de la espesa nube de polvo que flotaba en el aire y que les hacía toser a raudales. Hacía horas que no llovía y al abrigo del edificio el terreno se encontraba bastante seco, propiciando que sedimentaran las partículas de tierra más diminutas.

- Y ahora, tenemos que conseguir un taxi - dijo Gorka, tosiendo y tratando de sacudirse el polvo de los pantalones.

Se asomó discretamente al inicio del callejón, sopesando sus posibilidades de salir a la calle principal sin ser vistos. Desde allí pudo reconocer a los hombres de Wenceslao, camuflados de paisano con aquellos trajes baratos que tanto desentonaban en un hotel de semejante categoría. Con ese aspecto tan extraño que tenían, lograban precisamente el efecto contrario al que perseguían: eran reconocibles en la distancia, de un simple vistazo. Por lo que Gorka pudo constatar, allí permanecían por lo menos cuatro de ellos. Se encontraban apostados a ambos lados de la fachada principal, flanqueando la puerta de acceso al hotel y observando con cara de desinterés a los escasos huéspedes que deambulaban por las inmediaciones.

- Hay que alejarse de aquí cuanto antes – dijo Jon. – Si nos ven esos matones, se acabó nuestra aventura.

- Mira, por allí se ve la Catedral – apuntó Gorka, señalando las dos altas torres de estilo neogótico que asomaban por encima de los edificios, recortándose sobre la línea del horizonte en dirección este. – Eso significa que estamos cerca del centro de la ciudad. De seguro que no tardamos nada en encontrar alguna parada de taxi.

Se encaminaron hacia allí apresuradamente, pero evitando echarse a correr para no llamar la atención de la gente. Pronto se percataron, aliviados, de que en aquel barrio no eran los únicos blancos que circulaban por la calle. De hecho, entre los múltiples viandantes se apreciaba una amalgama de gentes de todos los colores y procedencias. El auge del petróleo había provocado que el país se llenara de norteamericanos e, incluso, de asiáticos. Por tanto, no había motivo alguno para pensar que ellos dos pudieran llamar la atención, más allá de por su aspecto algo sucio y polvoriento.

Al pasar junto a la Catedral se toparon con la Plaza de la Independencia, un amplio espacio ajardinado donde unos niños jugaban a la pelota, pero en el que no hallaron ni rastro de lo que buscaban. Tan solo vieron otro elegante hotel, en el que se decidieron a entrar para encomendar al recepcionista – previo pago de una propina, - la tarea de conseguir un taxi, a poder ser un todoterreno, ya que no sabían exactamente con qué tipo de carreteras se iban a encontrar. El hombre hizo una llamada y el coche llegó de inmediato.

- Llévenos a Luba, por favor – pidió Gorka al taxista. - ¿Conoce usted la Parroquia de Nuestra Señora de Montserrat?

- Sí señor – respondió el hombre, solícito. – Se encuentra a las afueras de la ciudad, hay que tomar un desvío antes de llegar al centro. La parroquia está en el interior, donde comienzan los bosques.

- Nosotros queremos ir a un aserradero que está más allá de esa iglesia. ¿Sabría usted llegar hasta allí?

- ¿Se está refiriendo a la finca de los españoles? ¡Sí, cómo no! ¡Descuide, señor! – contestó él, amablemente.

Gorka le explicó al taxista que el objetivo de su viaje era reunirse con una persona y a continuación, regresar a la ciudad. Por tanto, acordaron que una vez llegaran a destino, el hombre tendría que esperar dentro del coche hasta que ellos dos dieran por finalizada su visita, para después traerlos de regreso nuevamente hasta Malabo. El conductor exigió que le pagasen 5.000 francos CFA de África Central la hora – al cambio, 7,50 euros, - y ellos accedieron sin discutir. Sabían que debían haber intentado regatear, pero no estaban allí para perder el tiempo. Una vez que todo quedó claro, se pusieron en marcha.

- ¿Sabría usted decirnos cuánto tardaremos en llegar? – preguntó Gorka.

- Por distancia, calculo que menos de una hora, señor – contestó el taxista, sonriendo. – Esta isla es muy pequeña.

A medida que se alejaban del centro, también dejaban atrás los magníficos edificios de estilo colonial que caracterizaban la arquitectura de su núcleo urbano, para adentrarse en toda una serie de barriadas que, conforme avanzaban a través de ellas, iban ofreciendo un aspecto cada vez más lamentable.

Al abandonar la ciudad, tomaron la autopista y se alejaron definitivamente de aquellos paupérrimos barrios periurbanos. Pero aun así, a lo lejos, se seguían divisando los poblados de chabolas que crecían dispersos por todas partes, carentes de servicios y de cualquier tipo de instalación o suministro. Perdidos, en definitiva, de la mano de algún dios despiadado. Tan solo se trataba de interminables hileras formadas por unas hacinadas y precarias construcciones, fabricadas todas ellas a base de tablones de madera combada y techos de chapa recalentada bajo el sol, de aspecto tan frágil e inestable, que parecían apuntalarse las unas a las otras para evitar derrumbarse. Caminando por el barrizal que conformaban sus insalubres calles, se vislumbraban algunas mujeres cargando pesados fardos sobre la cabeza y a su lado, niños de corta edad que correteaban desnudos entre el fango, exhibiendo sus abultadas barrigas.

Ante aquel lamentable espectáculo, Gorka y Jon procuraron guardarse para ellos la enorme sensación de tristeza que les producía, limitándose a mirarse a los ojos y a no hacer el menor comentario en voz alta. Estaban advertidos de que los ecuatoguineanos son muy reticentes a las críticas de los extranjeros con respecto a su país, sobre todo si van dirigidas a su presidente. Y a pesar de vivir explotados bajo un régimen dictatorial, cualquier comentario inoportuno acerca de la mala gestión de los fondos públicos de su gobierno, podría ser interpretado como una ofensa grave.

En contraste con aquel chabolismo espeluznante, la autopista por la que circulaban se veía recién estrenada y era francamente buena.

- ¡Qué carreteras tan estupendas tienen ustedes! – le comentó Jon al taxista.

Recordaba que aquello le había llamado la atención desde el mismo momento en que abandonaron el aeropuerto y subieron al autobús que les condujo al hotel. Carreteras de lujo, frente a ciudadanos que no cubren sus necesidades más básicas. Un contraste, en su opinión, intolerable.

- ¡Por supuesto, señor! – exclamó el taxista, orgulloso. - ¡Nuestro presidente se preocupa mucho por las infraestructuras del país!

Ambos se ahorraron comentar que por aquellas maravillosas rutas, aparte de su taxi, apenas circulaban coches. La visión de aquel entorno resultaba un tanto fantasmagórica: mientras ellos atravesaban una carretera desértica, digna del más evolucionado primer mundo, a ambos lados de la calzada se extendía la frondosa selva y dentro de ella, malvivían en sus chabolas los habitantes del tercer mundo, seres que jamás soñarían con tener un vehículo que rodase sobre aquel asfalto perfecto. A lo lejos, un solitario perro cruzaba la carretera con parsimonia, sin que ningún vehículo acudiera a interrumpir su tranquila marcha.

- Luba está a menos de 50 km, a este paso llegaremos enseguida – le dijo Gorka a Jon, en tono tranquilizador. – Podremos estar de vuelta en el hotel para la hora del entrenamiento, no te preocupes.

Pero se equivocaba con su predicción. Si bien las carreteras eran magníficas, Gorka no contaba con el tiempo que les harían perder en los numerosos controles militares que se establecían por doquier. No habían avanzado ni quince kilómetros cuando se toparon con el primero. Unos soldados fuertemente armados y vestidos con ropa de combate les dieron el alto. De una minúscula garita situada a un lado de la carretera, salió un hombre tan grande y tan fuerte que parecía imposible que hubiera podido caber dentro de ella. Aquel forzudo tenía todo el aspecto de ser el que estaba al mando del puesto. Se encaminó hacia el taxi, observando a sus ocupantes con gesto altanero y tambaleándose ligeramente al andar, cosa que evidenciaba que se encontraba bajo los efectos del alcohol. A Gorka ya se lo habían advertido. Le dijeron que procurara viajar a primera hora, porque si llegaba a toparse con un control militar, tendría más probabilidades de que el jefecillo de turno no estuviera aún demasiado cansado o demasiado borracho. Pero no había podido ser. Si por la mañana se hubiera atrevido a faltar a la rueda de prensa de Del Bosque, seguro que alguien se habría dado cuenta.

Antes de que aquel hombre orondo y malencarado se asomara a través de la ventanilla del conductor, el taxista, prudentemente, ya había procedido a bajar el cristal con la manivela. El supuesto militar dedicó una mirada desafiante a los dos extranjeros que ocupaban el asiento trasero.

- Buenas tardes – saludó, en un tono que no resultaba para nada cordial. - ¿Pueden decirme a dónde van?

- A Luba – respondió Gorka, sin titubear. – Nos han dicho que es una ciudad fantástica y que tiene unas playas preciosas.

- ¿Son ustedes turistas? – preguntó, entre sorprendido e incrédulo.

Desde la parte de atrás se podía percibir con total claridad la pestilencia que desprendía el aliento de aquel hombre, cuyo nauseabundo olor hedía a rancio y a litros de alcohol.

- No, en realidad hemos venido con la selección de fútbol de España, pero tenemos algo de tiempo libre y queremos aprovechar para conocer mejor la isla – contestó Gorka, pasando por alto el mencionar que eran periodistas, pero con la esperanza de que a aquella mole humana le gustara el fútbol y por ese motivo, empatizara mínimamente con ellos.

Pero no resultó ser así, en absoluto. Aquel hombre no demostraba tener ningún interés por otra cosa que no fuera mirarlos con su cara de perro, como si estuviera a punto de arrestarlos en cualquier momento.

- ¡Los papeles! – gritó, sin más contemplaciones.

Tanto Gorka como Jon le entregaron de inmediato sus pasaportes y visados, documentación que él examinó atentamente, constatando que se hallaba todo en regla.

- ¿Qué lleva usted en esa bolsa?

El militar señaló la mochila de Gorka. Éste la abrió y le mostró su contenido. El hombre reparó inmediatamente en la cámara de fotos profesional que había dentro de ella.

- ¡Para poder hacer fotos, necesitan un permiso especial! – sentenció, en tono autoritario.

- Sí, señor. Aquí lo tengo – contestó Gorka, obedientemente.

Y acto seguido se lo mostró, agradeciendo que sus compañeros de la redacción se hubieran asegurado de hacer bien su trabajo, proporcionándole hasta el último documento que podría llegar a necesitar. Pero aquello no parecía ser suficiente para ese hombre.

- ¡Si pretenden visitar el país, necesitan un permiso especial! - sentenció, de nuevo.

- Sí, señor, también lo tengo – y Gorka se lo enseñó, solícito.

Aquel enorme individuo ataviado con un uniforme color caqui, lejos de mostrarse satisfecho con la diligencia que los dos extranjeros demostraban a la hora de cumplir sus exigencias, parecía estar poniéndose cada vez de peor humor.

- ¡Me tiene que entregar fotocopias de todos esos papeles! – reclamó, cortante.

- Sí, señor – respondió Gorka, diligente. – Precisamente tengo aquí unas copias a color de todos los documentos que...

Gorka no pudo terminar la frase. Aquel hombre estaba visiblemente enfadado, parecía como si la sangre se le estuviera empezando a acumular en el rostro, y éste estuviera a punto de estallarle. Ya solo le faltaba empezar a expulsar espumarajos por la boca.

- ¡Bueno, basta ya! ¡Que me deis algo, coño! – bramó aquel hombre con tremenda rabia, mientras apretaba con fuerza la correa del fusil de asalto *kalashnikov* que llevaba colgando al hombro.

Todos los ocupantes del coche dieron un respingo, incluido el taxista, que presumiblemente debía de estar más que acostumbrado a presenciar toda clase de atropellos como ése. Gorka reparó inmediatamente en su error: aquel hombre, los únicos papeles que quería ver desde un principio eran los que se imprimían en la fábrica de la moneda. Los pasaportes y demás documentación, en realidad, le importaban un bledo. Y con la diligencia que habían demostrado al entregarle todo lo que pedía, le habían obligado a ponerse en evidencia y a reclamar el soborno directamente, sin rodeos. Sin pretenderlo, le habían humillado y eso no resultaba nada bueno para ellos. De ninguna de las maneras.

Sin perder ni un segundo más, Gorka sacó de su cartera 2.000 francos – 3 euros al cambio, – y los puso sobre la palma de la inmensa mano abierta que aquel individuo había introducido a través de la ventanilla del conductor. Y al ver que la mano seguía



allí extendida y el hombre no parecía dispuesto a retirarla, sacó otro billete de 1.000 francos y lo puso encima de los demás. Esta vez sí, el militar procedió a cerrar el puño atrapando el dinero en su interior, y se apartó bruscamente de la ventanilla del coche. Acto seguido, trató de erguirse a fin de adoptar un aspecto digno y marcial en su retirada, efecto que por otra parte, y dados sus andares serpenteantes, estuvo muy lejos de conseguir.

- ¡Continúen! – les gritó otro soldado y el taxi arrancó de inmediato, retomando su viaje sin que ninguno de sus ocupantes osara siquiera mirar hacia atrás.

Sin embargo, no fue ésa la única ocasión en la que se cruzaron con un puesto militar: a lo largo de aquella dichosa carretera se toparon nada menos que con cuatro de aquellos controles, viéndose obligados a pagar una media de unos 2.000 francos en cada uno de ellos.

- Esto sale más caro que nuestras autopistas de peaje – comentaron los dos amigos, escandalizados ante la impunidad con la que, al parecer, actuaban los soldados a la hora de exigir sobornos, a plena luz del día y a la vista de cualquiera.

En algunos puestos intentaban enseñar primero el pasaporte, pero en otros mostraban los billetes directamente, sin andarse con formalismos. Ése fue el caso de uno de aquellos controles, el más surrealista de todos los que se encontraron ese día. En él, tres hombres malencarados y fuertemente armados les esperaban en medio de la carretera. No tenían garita ni señalización de ningún tipo, nada que pudiera alertar a lo lejos de su presencia en aquel punto. Como todo “mobiliario”, contaban con un par de bidones de gasolina vacíos y oxidados, que habían colocado a ambos lados de la calzada y cuya misión consistía en sujetar un tablón de madera carcomido, que hacía las veces de barrera. Viendo aquel despliegue de medios tan cutre, pagaron directamente y se marcharon, sin que en dicha transacción mediara intercambio dialéctico alguno con los soldados.

- Perdona que le pregunte, señor, pero este último control que acabamos de pasar... - se dirigió Gorka al taxista, - era totalmente ilegal, ¿no le parece?

Resultaba más que obvio que lo era, pero Gorka no quería parecer descarado. El conductor escuchó la pregunta y se rio socarronamente.

- Bueno, el ejército está muy mal pagado, ¿sabe usted? – dijo, como toda respuesta.

El abono de los pertinentes sobornos a lo largo de todo el trayecto les hizo perder casi una hora de más, pero finalmente lograron llegar a la ciudad de Luba. Apenas habían comenzado a ver las primeras casas, cuando el taxista giró a la izquierda dejando el mar a sus espaldas, y comenzó a adentrarse en el espesor de la selva, a través de un camino de tierra que estaba plagado de hoyos y socavones. Al cabo de unos minutos, pasaron por delante de lo que parecía ser una iglesia, y a partir de allí la selva comenzó a hacerse cada vez más densa. Entre lo plomizo del cielo, que daba la

impresión de estar amenazando lluvia constantemente, y la espesura de la vegetación, tanto Gorka como Jon tuvieron la sensación de que se estaba haciendo de noche a toda prisa.

Al cabo de un rato de traquetear sobre aquel camino de tierra, - con la sensación de ir a lomos de un camello en lugar de en todoterreno, - fueron a parar a un claro que se abría en medio de la vegetación, y frente a ellos apareció un muro de piedra que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. El centro de aquel muro se veía interrumpido por una alta verja de hierro forjado que contenía la puerta de entrada, y cuyos barrotes eran tan gruesos que apenas permitían entrever nada de lo que se encontraba al otro lado. El taxista aparcó a escasos metros de la puerta y los dos amigos se bajaron del coche.

- Nos espera usted aquí, ¿de acuerdo? – ordenó Gorka, y el hombre asintió. Para estar seguros de que no se le ocurriera marcharse y abandonarlos en aquel lugar, tan solo le pagaron una pequeña parte de lo acordado.

Gorka llamó al timbre que encontró a un lado de la valla y éste resonó en el interior de la finca. Su estridente musiquilla les llegó de regreso, a un volumen perfectamente audible. Sin embargo, no obtuvieron respuesta alguna. Tan solo se oía a un perro que ladraba a lo lejos, probablemente alertado por su presencia.

Llamaron otra vez. Nada. Silencio. Únicamente, los ladridos lejanos de aquel animal como toda prueba de que la finca estuviera habitada. Esperaron unos minutos y llamaron otra vez, resultando ser este nuevo intento tan infructuoso como lo fue el primero.

- Ya lo siento, tío – dijo Jon, viendo la decepción reflejada en la cara de su amigo. – Después de todo lo que nos ha costado llegar hasta aquí... Es una pena, la verdad. Lo siento mucho.

Pero Gorka no parecía escucharle, estaba demasiado ocupado escudriñando la verja, el muro, los alrededores, estudiándolo todo con verdadera avidez.

- ¿Pero se puede saber qué estás buscando? – preguntó Jon, sorprendido.

- Trato de encontrar la manera de saltar la valla y entrar – contestó Gorka, taxativo. – Esto no se va a acabar aquí.

- ¡Pero qué dices! ¡No se te ocurra hacerlo, Gorka! ¡Eso tiene un nombre! ¡Allanamiento de morada! – le intentó desanimar, Jon.- ¡Y vete tú a saber cómo lo castigan aquí!

- Me da igual. Yo voy a entrar como sea – respondió Gorka, tozudo. – Tú espérame en el coche.

- Que no, tío, que ese hombre no está en casa, vámonos de una vez antes de que nos metamos en un lío...

- Pero está su perro, ¿no? – razonó Gorka. – Pues mi instinto me dice que en este caso, eso significa que también tiene que estar él.

- Oye, Gorka, dile a tu instinto que se vaya a tomar por culo. No seas insensato, vámonos antes de que esto se ponga feo... - Y ante el poco caso que su amigo le estaba haciendo, Jon insistió. - Piensa que ese perro puede ser de alguna raza peligrosa, ¿has caído en ello?, tal vez es un psicópata asesino de ésos que se lanzan a morderte la yugular y... y... Gorka... Gorka... ¿Me escuchas? ¿Pero qué demonios estás haciendo?

Mientras su amigo no paraba de hablar, Gorka se había fijado en la larga y aparentemente flexible rama de un frondoso árbol que crecía al borde del muro, había trepado con enorme arrojo - y escasa elegancia, eso sí, porque escalar árboles no era precisamente su especialidad, - por su grueso tronco hasta alcanzar dicha ramificación, y ahora se estaba intentando colgar de ella, sin demasiado éxito.

- ¡Pero qué coño haces! – exclamó Jon, perplejo ante los desesperados intentos de su amigo por domar aquella rama, tratando de dirigirla hacia el interior de la finca. - ¿Quién te has creído que eres? ¿El puto Tarzán?

Pero Gorka no le hacía ningún caso, obcecado como estaba en lograr su objetivo. Al final, la rama se partió y a punto estuvo de caerse del árbol e ir a parar de bruces contra el suelo.

- ¡Joder tío, que te vas a partir la crisma! – le reprendió Jon.

Y viendo que su amigo no cejaba en su empeño, se resignó a trepar él también por aquel tronco y a prestarle su auxilio, a fin de que lograra alcanzar otra extremidad del árbol, a poder ser más gruesa y fiable que la anterior.

Con la ayuda de Jon, Gorka logró valerse de aquella nueva rama y sortear el muro, dejándose caer estrepitosamente en el interior de la finca. Un montón de hojas secas y pequeñas ramas arrancadas, le acompañaron en su aparatosa caída. Acto seguido, también Jon se dejó caer a su lado, conservando algo más de dignidad en el aterrizaje que su amigo, pues no en vano su forma física era claramente superior a la de él.

Miraron a su alrededor, tratando de ubicarse lo más rápidamente posible. Ante sus ojos se extendía una vasta superficie de terreno, que contaba con varias naves dispersas por doquier. Algunas de ellas carecían de paredes, se componían tan solo de una estructura metálica con su correspondiente cubierta, bajo la cual se amontonaban unas enormes pilas de troncos de árbol, aserrados todos ellos de manera uniforme, agrupados según su diámetro y longitud. Por detrás de aquellas naves asomaba la silueta de lo que probablemente sería una vivienda, a juzgar por su forma y dimensiones, y por las macetas de flores que embellecían el balcón situado en el primer piso.

- Vamos a ver si nuestro hombre se esconde allí – señaló Gorka.

Y de repente, mientras se encaminaban sigilosamente hacia aquella edificación,

oyeron el estruendo producido por un disparo y sintieron cómo una bala pasaba silbando por el aire, no muy lejos del lugar donde ellos se encontraban, para acabar impactando contra un muro que tenían a sus espaldas. Instintivamente, ambos se tiraron al suelo. El sonido de un segundo disparo retumbó ruidosamente a su alrededor.

- ¡Este tío está loco! – le susurró Jon a Gorka, tendidos ambos como estaban sobre la maleza del terreno, y sin atreverse ninguno de los dos a levantar la cabeza para localizar a su agresor. - ¡Nos va a matar!

- ¡Cabrones! – gritó una voz masculina desde aquella casa. - ¡No vais a poder cogerme! ¡Salid de mi propiedad cagando leches!

Gorka alzó tímidamente los ojos y pudo comprobar que aquella voz provenía de la planta baja del edificio. El hombre que les acababa de disparar se había parapetado tras una puerta entreabierta, de la que solo se veía asomar el oscuro cañón de una escopeta de caza.

- ¡Señor Martín! – gritó Gorka. - ¡Señor Martín! ¡No dispare, por favor! ¡Somos periodistas! ¡Venimos a ayudarle!

- ¿A ayudarme? – gritó aquel hombre, fuera de sí. - ¡Y una mierda! ¡Os manda ese desgraciado de Teodorín para que me partáis las piernas! ¡Largaos de aquí inmediatamente!

- ¡Escuche, señor Martín, somos periodistas, se lo aseguro! – insistió Gorka, gritando a viva voz para que aquel hombre alcanzara a oírle desde su posición. A medida que hablaba, se iba incorporando con suma lentitud, poniendo las manos en alto para que él mismo pudiera comprobar que no iban armados. – ¡Tengo mi acreditación en el bolsillo, se la puedo enseñar! ¡Por favor, no dispare! ¡Nosotros también nos hemos jugado el pellejo para venir a hablar con usted!

Parecía que aquel hombre empezaba a dar crédito a sus palabras, y en prueba de ello, tras el cañón de la escopeta también asomó por aquella puerta una despeinada cabeza, apenas cubierta por un ralo y excesivamente largo cabello de color blanco, que aparecía totalmente alborotado. En su cara, unos diminutos ojillos como de ratón asustado se abrían de par en par, al cobijo de unas pobladas cejas oscuras.

- Vale. Os creo. Ese acento no es de por aquí, ni corresponde a un esbirro colombiano – dedujo el hombre. – Venga, acercaos. Que yo os pueda ver bien. Hablaremos dentro.

Gorka y Jon se levantaron del suelo, aliviados, y se sacudieron de la ropa los restos de barro y hierbajos que se les habían pegado por todas partes. Ya en el interior de la vivienda, aquel hombre de aspecto nervioso, cuyo rostro y gestos evidenciaban el pánico y la tensión extrema a las que estaba siendo sometido, les invitó a sentarse en torno a una mesa.

- Ya podéis perdonar que no os ofrezca nada para tomar – les dijo, - pero estoy

realmente en las últimas. Esos hijos de puta me han cortado la luz, el agua, el teléfono... Todo. De entrada, hace ya una semana que me requisaron el pasaporte y hasta se quedaron con mi teléfono móvil, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Me tienen aquí incomunicado, a oscuras y sin apenas víveres para subsistir.

Llegados a este punto del relato, el hombre bajó la voz, como si quisiera hacerles una confidencia al más alto nivel.

- Y sé, - afirmó, - lo presiento, que a punto están de venir a por mí. Pero mi buena amiga y yo estamos bien preparados, esperándoles impacientes, y les daremos el cálido recibimiento que se merecen. ¿Verdad que sí, bonita mía?

Al hablar en plural, ni Gorka ni Jon acertaron en un primer momento a saber a quién se estaba refiriendo. Pero enseguida se percataron del modo tan afectuoso con el que el señor Martín acariciaba su escopeta, para después propinarle unas cariñosas palmaditas. Era evidente que aquel hombre estaba muy solo. Alarmantemente solo.

Miguel Martín tenía el aspecto de un loco, como si se tratara del mismísimo Jack Nicholson caracterizado para el papel que interpretó en *“El Resplandor”*. Su escaso pelo revuelto, sus ojos desencajados de las órbitas y su aspecto desaseado en general, daban testimonio de la angustiada situación que llevaba padeciendo en los últimos tiempos.

- Esos hijos de mala madre... - continuó relatando el hombre, dotando a sus palabras de un enorme desdén. – En cuanto mis socios y yo nos instalamos aquí, se acabaron las buenas palabras. Y eso que ya les habíamos pagado la friolera de 200.000 € estando aún en España. Pero son insaciables, nunca se cansan de pedir, y pedir, y pedir... Al principio, nos ofrecieron toda clase de facilidades. Nos cedieron este terreno que veis, que ocupa nada menos que seis hectáreas. Ilusionados con las buenas perspectivas de negocio, nos trajimos desde Valencia toda la maquinaria que necesitábamos para explotar la finca: bulldozers, camiones, cortadoras, segadoras... Contratamos en España a cuatro técnicos y les encargamos que formaran a los obreros guineanos. En total, fueron más de cuarenta hombres locales a los que ofrecimos un empleo estable. Tardamos casi dos años en poner en marcha el aserradero y cuando todo estuvo listo, no llegamos a exportar ni la primera remesa de madera. En cuanto tuvimos el almacén lleno a rebosar, empezaron los problemas. Los hombres de Teodorín le ponían pegas a todo: aducían falta de permisos, toda serie de excusas, a cuál más absurda y enrevesada. Ninguno de los tres socios entendíamos nada. Al final logramos sacar cuatro contenedores cargados de madera, gracias a que sobornamos a algunos trabajadores del puerto, aquí en Luba.

El señor Martín hizo una pausa para tomar aliento, y una mueca de disgusto se dibujó en su rostro. Por una parte, le estaba sentando bien el tener la oportunidad de relatar sus penurias después de tantos días sin poder desahogarse con nadie. Pero, al mismo tiempo, recordar todo lo acontecido durante los últimos meses le revolvía las entrañas.

Aquel hombre le había dado su permiso a Gorka para que grabara su testimonio en vídeo y éste así lo estaba haciendo, mientras escuchaba en silencio los padecimientos de aquel empresario y de sus desdichados socios.

- Los secuaces de Teodorín empezaron a apretarnos más las tuercas – continuó Martín. - Nos venían a visitar a la oficina y nos exigían más dinero. Les dijimos que no volveríamos a pagarles ni un solo franco, hasta que no viéramos nuestra madera saliendo del puerto a bordo de un barco. Nos decían que tuviéramos muchísimo cuidado con lo que contábamos por ahí. Mi socio de mayor edad, Alberto González, no pudo resistir tanta presión y se marchó huyendo a España, pero tengo entendido que allí tampoco le ha ido muy bien. No se ha librado de los matones de Teodorín. Al parecer a su hermano lo han molido a palos, o eso es lo que me han contado.

Gorka asintió. Le comentó al señor Martín que estaban al tanto de los hechos, y que su jefe de redacción había entrevistado a aquel hombre, poco tiempo después de que declarase ante la policía francesa.

- Pobre Alberto... - dijo Martín, suspirando. – Renunció a todo por salvar la vida, y total, para qué... No se está seguro en ningún sitio.

Y prosiguió su relato:

– A mi segundo socio se lo llevaron hace unos días a la inmundada prisión de *Black Beach*, famosa por las palizas que reciben los presos, sometidos como están a todo tipo de vejaciones. Dijeron que había violado a una chica, ¡pero eso es mentira! – Martín se encendió con solo pensarlo. - ¡Aquella era una de las muchas barbaridades que nos decían, cuando venían a amenazarnos a nuestro despacho! ¡Si no pagáis, os acusaremos de violación! ¡Y mirad por dónde, que lo han cumplido!

Los ojos de Miguel Martín apuntaron al infinito, como si se encontraran absortos en la contemplación de algo muy lejano. Parecía que iba a interrumpir definitivamente su relato, cuando de repente continuó hablando:

- Me he enterado de que, desde que está allí, no le han dado apenas de comer. Que duerme en el suelo, pisando sus propias heces porque no tiene ni un baño siquiera donde hacer sus necesidades, rodeado de presos aquejados de malaria y de todo tipo de enfermedades. Lo más probable es que él mismo no tarde mucho tiempo en enfermar.

Martín hizo una última pausa. Poniéndose muy serio, afirmó:

- Y ahora... Ahora ya solo les queda venir a por mí.

Martín levantó la vista y les miró a los dos fijamente, y en su rostro se dibujó la firme determinación de un hombre que lo ha perdido todo, y que está dispuesto a dar la batalla por salvar lo último que le queda en este mundo: su propia vida.

Gorka y Jon le escuchaban sin apenas interrumpirle, sabedores de la importancia que aquel testimonio podría adquirir si lograban presentarlo ante un tribunal de justicia.

Pero a medida que avanzaban las agujas del reloj, se estaban empezando a impacientar. En el exterior comenzaba a oscurecer y lo último que deseaban ambos dos, era que la noche les sorprendiera en aquel inhóspito lugar perdido en medio de la selva. Aunque por otro lado, tampoco podían abandonar a aquel hombre a su suerte en semejantes condiciones, y su delicada situación les preocupaba sobremanera.

- Señor Martín, si permanece aquí solo por más tiempo, corre usted un serio peligro – le advirtió Gorka, en medio de la penumbra que comenzaba a cubrir la sala en la que se encontraban. - Dada su situación, creo que lo más conveniente es que se venga con nosotros a Malabo.

- ¡Cómo voy a hacer tal cosa! – exclamó el hombre. - ¡No tengo pasaporte! ¡Y las carreteras están plagadas de militares corruptos que montan controles por todas partes! ¡Esos perros hambrientos no me permitirían llegar muy lejos! ¡Ya es demasiado tarde para huir!

- Se equivoca – aseguró Jon. – Nunca es tarde. Siempre hay una oportunidad.

Gorka y Jon se miraron a los ojos, y les bastó con hacerlo solo un instante para saber que ambos tenían la firme determinación de ayudar a aquel hombre hasta sus últimas consecuencias. En el fuero interno de cada uno de ellos, el hecho de haber llegado hasta allí implicaba el sentirse responsables de la suerte que Miguel Martín pudiera correr, y los dos supieron que no podrían marcharse con la conciencia tranquila sin llevarlo consigo.

- Le meteremos en el maletero del coche – propuso Jon. – Al venir hacia aquí nadie nos ha pedido que lo abramos, así que es probable que nadie lo haga tampoco al regresar. Sobornaremos a todos y a cada uno de los militares que nos encontremos por el camino.

- ¡Pero a dónde voy a ir yo! ¡Si no puedo salir de la isla! – exclamó el señor Martín, visiblemente nervioso con aquel plan, que le estaba pillando totalmente desprevenido.

- Le llevaremos a la Embajada Española – se le ocurrió a Gorka, de pronto. – Ellos le ofrecerán protección y le ayudarán a obtener un nuevo pasaporte con el que pueda abandonar el país. No se preocupe, señor Martín. Lo tenemos todo controlado – y dijo esto último para tranquilizar a aquel hombre aunque, obviamente, estaba muy lejos de ser lo que pensaba en realidad.

- Es demasiado peligroso – aseguró Martín, que todavía no acababa de convencerse.

El hombre se estaba devanando los sesos, tratando de decidir cuál sería su mejor opción. Si se arriesgaba a morir matando, defendiendo lo que era suyo, tenía pocas probabilidades de salir airoso de un hipotético enfrentamiento con asesinos profesionales. Sin embargo, si se escondía en el maletero de un coche, tendría alguna posibilidad de salir ileso de todo aquello, aunque también era posible que le descubrieran en un control y en ese caso, sí que estaría completamente indefenso y a

merced de esos corruptos militares, que venderían su piel a cambio de una botella del whisky más barato. Desde luego, esta última opción era la única que tenía visos de poder salir bien, pero aun así, resultaba ser demasiado arriesgada como para que se decantara por ella de inmediato.

– Os puedo ocasionar un gran problema. Yo... No debería... - Martín continuaba debatiéndose en un mar de dudas.

- No se hable más – zanjó Jon. – Viene usted con nosotros. Está decidido.

- ¿Y qué hago con mi perro? – preguntó Martín, cayendo súbitamente en la cuenta de que no estaba completamente solo. – Lo tengo atado en el cobertizo para que no me lo envenenen. No puedo abandonarlo aquí...

Pero aquello no podía ser: si metían al perro dentro del maletero, éste ladraría sin cesar y les descubrirían en el primer control en el que se vieran obligados a parar.

- Señor Martín, olvídese del perro. No podemos llevarlo con nosotros – zanjó Gorka. - Resulta del todo imposible, compréndalo. ¿No tiene usted algún vecino de confianza con quien dejarlo? – preguntó, tratando de buscar la solución menos dolorosa para aquel hombre.

Miguel Martín dio un respingo, como si acabara de escuchar una blasfemia o le hubieran tocado la piel con un hierro candente. Le miró fijamente a Gorka, taladrándole allí mismo con aquellos ojos suyos de loco que infundían un profundo respeto. Aquel par de redondeles oscuros con los que ese señor le atravesaba, cubiertos por las espesas cejas que los protegían, y enmarcado todo ello por aquel cabello tan lacio y que, extrañamente, tenía la propiedad de mantenerse tieso por sí mismo, conferían a aquel hombre un aspecto realmente esperpéntico. Sin dejar de castigar a Gorka con su mirada por la osadía de su comentario, el señor Martín aseveró:

- Si no viene Pantuflas conmigo, yo de aquí no me muevo.

---

## VI

Al taxista se le salían los ojos de las órbitas al escuchar la propuesta que le hicieron aquellos dos extranjeros locos: pretendían llevar a un tercer hombre escondido en el maletero de su taxi, y a un corpulento mastín inglés sentado junto a ellos en el asiento de atrás. Y aquello, si les descubrían, podría acarrearle un montón de problemas.

- ¡Ah, no! ¡De ninguna de las maneras! ¡Yo no me expongo a que me cojan! – gritaba, indignado. - ¡Ni por todos los francos del mundo haría yo tal cosa!



Dinero. Acababa de mencionar aquella palabra mágica, que al parecer abría todas las puertas en aquel condenado país.

- Bien, pues hablemos de francos entonces – propuso Gorka.

La negociación económica con el taxista resultó ardua y complicada. El hombre aseguró que él era capaz de ganar hasta 80.000 francos en un día, - algo más de 120 euros, - y que por menos del doble de aquella cantidad, él no se exponía a acabar sus días en *Black Beach* comiendo chinches e infestado de piojos. Por su parte, Gorka y Jon cedieron a sus exigencias e incluso a más, le prometieron pagarle 200.000 francos y le juraron que asumirían todas las responsabilidades si los militares localizaban a aquel hombre en el interior de su vehículo. Le aseguraron que su versión de los hechos consistiría en afirmar que ellos distrajeran su atención y que, abusando de su ingenuidad y su buena fe de honrado taxista y hombre de bien, aprovecharon un descuido suyo para introducir al polizón en el maletero sin su consentimiento. Que le excusarían de todo, que convencerían a los militares de que no tenía conocimiento de nada. Finalmente el taxista aceptó a regañadientes, sin haberse parado a pensar siquiera en el hecho de que, para el asunto del perro, no tenían planeada ninguna excusa.

El viaje de vuelta se les hizo larguísimo y resultó agotador, con toda la tensión que llevaban acumulada en su interior. Por suerte, el grado de humedad era tan elevado, que el sudor que les provocaban la ansiedad y los nervios no les delataba en absoluto, al confundirse con el sudor propio de sus cuerpos, tan poco acostumbrados como estaban a un clima tan extremo.

Los primeros controles los pasaron sin demasiados problemas, pagando el correspondiente soborno a los militares, que se limitaron a cobrarles y a dejarlos marchar. Y entre control y control, paraban un momento y abrían el maletero para que aquel pobre hombre pudiera respirar un poco de aire fresco y no acabara ahogándose dentro de su sofocante escondite. El señor Martín aprovechaba aquellos descansos para jurar y maldecir como un poseso, asegurando sentirse totalmente arrepentido de haber aceptado aquella descabellada proposición por parte de sus irreflexivos compatriotas. Acto seguido, lo introducían de nuevo en el maletero y proseguían su camino.

Afortunadamente, para aquellas horas en las que declinaba el día, el puesto improvisado de los bidones y el madero carcomido ya había desaparecido por completo. Sin embargo, el control que más miedo les daba, - el que se encontraba más próximo a Malabo, - estaba aún por llegar, y ambos amigos temían que con todo el tiempo que habían tardado en ir a Luba y regresar, de seguro que aquel militar orondo y desagradable estaría más borracho y pendenciero aún que cuando lo vieron por primer vez.

Y efectivamente, no andaban desencaminados.

En cuanto aquel hombre les vio llegar, se dispuso a salir de su diminuta garita dando tales tumbos a diestro y siniestro, que casi tira abajo de un culetazo la frágil estructura que la sustentaba. Se acercó torpemente al vehículo por el lado del conductor, dando unos vergonzosos trompicones al enredarse con sus propios pies. El taxista bajó rápidamente la ventanilla y al instante, Gorka alargó un brazo con los 3.000 francos que llevaba preparados de antemano. Esta vez no iba a esperar a que aquel hombre inmundo tuviera que rebajarse a pedirselos. El militar, por su parte, los agarró con fuerza a la vez que echaba un intimidante vistazo a los ocupantes de la parte de atrás. Sus ojos inyectados en sangre repararon primero en uno de aquellos extranjeros, el alto y moreno de tez bronceada, para después pasar a fijarse en su acompañante, el rubito respondón de la piel clara y los ojos azules. Y por último, dedicó una fugaz mirada al enorme perrazo de cabeza ancha y color caramelo que se sentaba entre ambos y que ocupaba la mayor parte del asiento trasero, aprisionando a cada uno de aquellos hombres contra los laterales de la carrocería del coche. El perro mostraba una actitud aparentemente tranquila y bonachona, jadeando con la boca abierta y dejando su gruesa lengua colgando fuera de ella, mientras iba poniéndolo todo perdido de babas.

Los dos amigos nunca llegaron a saber si la indiferencia con la que reaccionó el militar ante aquel perro se debía a los efectos del alcohol, o simplemente al hecho de que no se tratara de ningún ser humano. Pero lo cierto fue que a aquel horrendo personaje no le despertó la menor curiosidad la presencia del animal dentro del vehículo, ni procedió a hacer ninguna pregunta incómoda. Como todo comentario al respecto, dedicó a los presentes un sonoro y nauseabundo eructo que se propagó por todos los rincones del vehículo, como si se tratara de la llamada de un dragón. Gorka y Jon contuvieron el aliento, disimulando la tremenda arcada que les produjo la llegada de aquel pestilente olor, y aguantaron el tipo, impasibles, hasta que el coche retomó su camino y se alejó rápidamente de allí.

A las puertas de la Embajada de España procedieron a pagar al taxista la cantidad convenida y éste, exultante de alegría, les mostró una enorme sonrisa plagada de dientes como el marfil, y les dedicó unas acaloradas palabras de agradecimiento rebosantes de bendiciones cristianas, dirigidas tanto a los tres extranjeros como a su bonito perro. Una vez se hubieron despedido de aquel hombre, accedieron todos juntos al interior del edificio y manifestaron a los funcionarios allí presentes su intención de ser recibidos urgentemente por el embajador. Era casi de noche y el hombre ya hacía tiempo que se había ido a su casa, no obstante le llamaron por teléfono y regresó enseguida, solícito y dispuesto a socorrer a cualquier ciudadano español que manifestara encontrarse en apuros.

Sintiéndose a salvo de todos los peligros que le habían acechado hasta el momento, el señor Martín relató con toda clase de detalles al embajador y a sus dos benefactores, los pormenores de la extorsión a la que tanto él como sus dos socios habían sido sometidos, aportando detalles comprometedores que sin duda serían de gran utilidad

para la investigación que se hallaba en curso. Aseguró que a su regreso a España estaba dispuesto a declarar contra Teodorín Obiang ante la justicia francesa, ante la americana, o incluso ante la china, si ello fuera necesario, y el embajador se comprometió a darle su protección y a proporcionarle a la mayor brevedad posible un pasaporte en regla para que tanto él como su perro pudieran abandonar el país sin ningún problema.

Antes de que ambos amigos se marcharan, Miguel Martín les agradeció su impagable ayuda con lágrimas en los ojos.

- Ya podéis disculpar por la manera que tuve de recibiros en mi casa. Si no fuera por vosotros... – sollozaba el pobre hombre, que se había mostrado muy entero en todo momento hasta que llegó a la embajada, donde se derrumbó tanto física como anímicamente. - Tal vez a estas alturas ya estaría muerto. Os lo agradezco de todo corazón.

-----

## VII

Los dos amigos se encaminaron de regreso hacia el hotel, disfrutando de la maravillosa sensación que les producía el saber que lo hacían con el deber cumplido. Gorka había conseguido su tan preciada entrevista y mucho más que eso, entre los dos habían logrado salvar la vida de un hombre inocente y que éste se comprometiera a colaborar con la justicia, aportando un testimonio que sin duda resultaría clave. La causa recuperaría a un testigo principal, lo cual supondría que el juicio al corrupto hijo del dictador no se tendría que suspender. Se sentían realmente orgullosos de su labor y sabían que no era para menos. Días como aquél, hacían que ambos amaran profundamente la profesión que un día escogieron.

Pero las complicaciones para ellos estaban lejos de terminar: todavía les faltaba encontrar la manera de acceder al hotel sin levantar sospechas. Jon consultó su reloj. Eran casi las diez de la noche.

Hacía horas que eran conscientes de que no llegarían a tiempo para acompañar a la selección al entrenamiento, y por eso, mientras regresaban de Luba a Malabo en aquel taxi, habían tratado de improvisar un plan B. Éste consistía en esperar su regreso ocultos detrás de algún edificio cercano, para unirse a ellos en cuanto la comitiva descendiera del autobús. Discretamente, se mezclarían con el resto del grupo como si nunca se hubieran ausentado, y accederían todos juntos al hotel sin levantar la menor sospecha. De este modo se ahorrarían el tener que dar explicaciones al tal Wenceslao y a sus secuaces.

Pero se estaban dando cuenta de que ya era demasiado tarde para eso también.

- Por la hora que es, me temo que lo más probable es que ya estén todos de vuelta del *Nuevo Estadio* – razonó Jon mientras caminaban apresuradamente.

Y en efecto, tan solo habían recorrido la mitad de la Calle de Argelia, - en cuyo extremo opuesto se alojaban, - cuando se cruzaron con el autobús de la comitiva española que regresaba vacío, después de que sus pasajeros hubieran descendido a las puertas del hotel.

- Bueno, se acabó – sentenció Jon. - A ver cómo nos las ingeniamos ahora nosotros para entrar...

Y a juzgar por el nerviosismo que se adivinaba entre los hombres de la seguridad - apostados muchos de ellos en el exterior del hotel, - ya debían de haberse dado cuenta de que faltaban dos españoles. A la distancia se podía apreciar perfectamente cómo funcionaba la cadena de mando: Wenceslao en persona daba instrucciones a un corrillo formado por tres hombres más, y después éstos, a su vez, daban instrucciones al resto, a raíz de lo cual el grupo se dividía. Algunos de ellos se disponían a entrar precipitadamente en el edificio, mientras otros permanecían inmóviles en la entrada, y unos terceros revisaban los alrededores o se dirigían presurosos a recorrer la calle, directamente en línea recta hacia donde ellos se encontraban.

- ¡Qué hacemos! – exclamó Jon. - ¡O nos largamos de aquí, o nos van a pillar, fijo!

- Creo que ya sé dónde podemos escondernos – anunció Gorka, señalando un cartel de color negro situado sobre la blanca fachada de un edificio cercano, que con gruesas letras igualmente blancas rezaba el nombre de *Buddha Bar*.

Aquel local estaba precedido por un pequeño jardín delimitado por un muro de un color níveo impoluto, en el que había una verja de entrada custodiada por un forzudo portero. El hombre vigilaba con celo que nadie accediera al local si no estaba correctamente vestido, y los asistentes, de hecho, parecían saberlo de antemano, porque la mayoría de los que hacían cola para entrar vestían impecablemente de fiesta.

– Vamos a tomarnos unas cuantas copas aquí - propuso Gorka. - Y así, cuando nos encuentren los hombres de Wenceslao, pensarán que solo somos unos irresponsables que se han ido de juerga, en lugar de hacer su trabajo. Siempre será mejor eso, que pasar por unos espías extranjeros que han venido a desestabilizar el gobierno del país, ¿no te parece?

Jon observó la cola que se había formado ante la puerta del local. Un grupito de jóvenes guineanas, vestidas toda ellas con unos ceñidos y cortísimos vestidos de fiesta repletos de lentejuelas, reían divertidas mientras esperaban su turno para entrar.

- No nos van a dejar pasar – se lamentó Jon. – Mira qué pintas llevamos.

Efectivamente, dados los avatares a los que se habían tenido que enfrentar a lo largo

del día, entre los que se incluían el haber sufrido varios revolcones por el suelo, y el haber soportado el incesante babeo de un gigantesco mastín, sus ropas estaban manchadas de barro y polvo, y cubiertas de pegotes de pelo húmedo de perro, por lo que su aspecto en general resultaba ser bastante descuidado y a todas luces desaliñado.

- Bueno, me da la sensación de que a los extranjeros les ponen menos pegas para acceder, máxime si son hombres – dijo Gorka, observando el comportamiento del portero del local.

Aquel individuo escrutaba minuciosamente a los isleños que pretendían entrar, y sin embargo, se mostraba aquiescente con los de fuera, - en su mayoría pertenecientes al sexo masculino, - a los que permitía la entrada sin apenas reparar en su aspecto.

– Vamos a intentarlo – propuso Gorka, y se encaminó con paso firme y decidido a situarse en la cola, seguido de Jon.

Cuando al cabo de unos minutos de espera les llegó el turno, el portero no pudo evitar fijarse en el hecho de que aquellos dos hombres vestían vaqueros y zapatillas de deporte, y no iban todo lo limpios que cabría esperar. Les repasó con la mirada de arriba a abajo, y en su cara se dibujó una mueca de desaprobación. Antes de que aquel hombre tuviera tiempo de abrir la boca, Gorka sacó disimuladamente dos billetes de 1.000 francos de su cartera que el vigilante aceptó de buen grado, procediendo a dejarles pasar con una sonrisa dibujada en los labios.

Ya en el interior, el local les resultó a ambos amigos un tanto chocante. La ambientación era pretendidamente exótica al estilo oriental, con bustos de *Buddah* situados sobre pedestales y alguna que otra referencia más a la cultura asiática. Aparte de eso, la decoración era minimalista en tonos blancos y negros, con una barra de bar tan encalada como la propia fachada del edificio. La música envolvía la sala y la gente bailaba sin cesar los trepidantes ritmos que sonaban en español, meneando enérgicamente las caderas sin el menor recato. De un simple vistazo, se adivinaba que aquel local lo frecuentaban muchos hombres extranjeros, que probablemente recalaban en la ciudad por negocios y buscaban un poco de diversión al finalizar la jornada. Y no cabía duda de que en un sitio como aquél, la encontraban con facilidad: muchos de aquellos hombres estaban en compañía de simpáticas y jóvenes muchachas guineanas que, ataviadas con vestidos diminutos, como aquéllas que habían visto antes de entrar esperando en la cola, accedían gustosamente a bailar con ellos de una manera, en ocasiones, un tanto indecorosa. A Gorka, este comportamiento le dio mala espina.

- Me parece a mí, que aquí se sirve algo más que copas... – le comentó a su amigo.

Ambos se acercaron a la barra, pidieron un par de cervezas – a precios escandalosamente europeos, – y salieron a tomárselas a la terraza trasera del local, lejos del bullicio que se respiraba en su interior. La noche era hermosa y las vistas que se abrían sobre la bahía, impresionantes.

- ¿Tendrás algún problema con tu periódico por no haber asistido al entrenamiento de esta tarde? – preguntó Gorka, preocupado.

- ¡No, qué va! Ni siquiera tienen por qué enterarse en la redacción. Hablaré con los dos colegas que me acompañan en este viaje, estoy seguro de que ambos me habrán cubierto las espaldas. Sobre todo Carlos, mi compañero de habitación, en él tengo una confianza absoluta. Además, el programa de hoy no era importante, al fin y al cabo, el partido se juega mañana. – Y ya en tono de broma, Jon continuó: - ¡Y allí estaremos, querido amigo! ¡Al pie del cañón, contemplando el encuentro y animando a la selección! – exclamó. - ¡Menuda ilusión te hace!, ¿verdad?

Y le dio una amistosa palmada en la espalda a Gorka mientras se reía, y éste le siguió la broma, poniendo los ojos en blanco y profiriendo toda clase de denuedos que expresaban a la perfección las ganas que tenía él de asistir al condenado partido de marras. Tras el tenso día transcurrido, los dos comenzaban a relajarse y a disfrutar de su mutua compañía.

Después de tomarse unas cuantas cervezas, ambos se pasaron al whisky.

- Bueno, yo creo que con la ayuda de un par de éstos – dijo Gorka, señalando su vaso, - estaremos listos para volver al hotel apestando a alcohol, y presentar nuestros respetos al amigo Wenceslao.

Ambos rieron, divertidos, imaginando cómo les mirarían aquellos hombres cuando les vieran aparecer ebrios por el vestíbulo del hotel. Era de esperar que incluso empatizaran con ellos y se mostraran comprensivos, sin llegar a sospechar siquiera en qué tipo de asuntos habían estado metidos en realidad. Copa en mano, se iban sintiendo cada vez más distendidos y relajados. Resultaba cuando menos curioso, el estar disfrutando de una noche tan magnífica como aquella en una terraza al aire libre, en manga corta en pleno mes de noviembre, y en el corazón del único lugar de África donde la lengua oficial era el español, y donde los ritmos latinos arrasaban en las pistas de baile, a juzgar por las evidencias. Y aunque aquella música no era precisamente del estilo que a ellos les gustaba escuchar, tenían que reconocer que, por primera vez en todo el día, se sentían verdaderamente a gusto en aquel país.

Hasta que aparecieron ellas.

Una se llamaba Gladis y la otra, Mathilde. Eso les dijeron cuando se presentaron. Eran dos chicas guapísimas de piel negra como el azabache y en apariencia, excesivamente jóvenes para llevar toda aquella capa de maquillaje en la cara, y los labios cubiertos de aquel intenso y rojo carmín. Lucían sendos vestidos ajustados que apenas les cubrían los muslos, y caminaban sobre unos altísimos tacones de aguja. Ni Gorka ni Jon las vieron venir, abstraídos como estaban en sus propias risas y en su animada conversación.

- Chicos, ¿queréis que os hagamos un poco de compañía? – preguntó Gladis muy

educadamente, desplegando una simpática sonrisa de dientes blancos.

Gorka sopesó mentalmente la edad de aquellas chicas y llegó a la conclusión de que tal vez, ni siquiera fueran mayores de edad. Inmediatamente, sintió que se le encogía el corazón.

- No, muchas gracias señoritas. Mi amigo y yo estamos a punto de marcharnos.

- No obstante, siempre hay tiempo para tomar una copa con unas bellas jovencitas – saltó de pronto Jon, y ellas sonrieron, sintiéndose halagadas.

Gorka le miró, asombrado, tratando de entender por qué su amigo acababa de hacer semejante comentario.

- ¿Qué os apetecería beber, guapas? – continuó diciendo Jon, a la vez que desplegaba la más encantadora de sus sonrisas.

Las chicas dijeron que tomaban *Gin Tonic* y Jon se ausentó, solícito, dispuesto a pedir la bebida en la barra, y exhortó a Gorka para que fuera con él. Ya en el interior del local, Gorka se encaró con su amigo.

- ¿Pero es que has perdido la cabeza? ¿No has visto que son prostitutas? ¡Y encima, son unas crías! – le espetó. - ¿En qué demonios estás pensando? Mira que, de los dos, aquí el único que está casado y tiene hijos, precisamente eres tú, no yo, y...

- ¡A ver! ¡Que no me he vuelto loco! – le cortó Jon, tajante. – Parece mentira que no me conozcas. Estas pobres chicas, si no se quedan esta noche con nosotros, acabarán la velada con cualquier otro par de tipos que encuentren en este garito y que no tengan tantos escrúpulos como tú y como yo, ¿no es cierto?

- Sí, claro, pero bueno, eso no significa que nosotros debamos... - Gorka seguía protestando, pero Jon no le dejaba terminar las frases.

- Escucha lo que vamos a hacer, tengo un plan – anunció Jon, mientras saludaba con la mano a las dos chicas que, mientras esperaban la llegada de sus consumiciones, se habían dirigido a la pista de baile y allí se contoneaban la una frente a la otra, de una manera tremendamente sensual. – Vamos a tomar aquí una copa con estas chicas. Y después, nos las vamos a llevar al hotel.

- ¿¡Qué!?! – Gorka no daba crédito a lo que oía. Definitivamente, su amigo debía de estar a punto de perder el juicio.

- Sí, al hotel. Vamos a entrar con ellas en el vestíbulo, y los hombres de Wenceslao se van a morir de envidia. Van a pensar que además de jueguistas, somos unos puteros. Y seguro que hasta les parece bien, que ellos en nuestro lugar harían lo mismo. Así que confío en que no hagan preguntas. ¡Qué demonios van a preguntar, si ya se imaginarán la película entera! – exclamó Jon. Y después, continuó hablando en un tono más serio. – Subimos los cuatro a tu habitación, porque en la mía a estas horas ya estará Carlos, y podría flipar en colores si me viera aparecer en semejante compañía. Pedimos que nos

suban una botella de champán, nos la tomamos en tu estupenda terraza con vistas al mar, y al cabo de una hora, les pagamos lo que nos pidan y les invitamos amablemente a que se vayan a su casa. ¿Qué te parece mi idea?

Las chicas habían dejado de bailar y se dirigían hacia donde ellos se encontraban, derrochando sonrisas y simpatía. Eran muy jóvenes, demasiado jóvenes. Y aquello daba ganas de llorar.

- Vale. Me parece un buen plan – reconoció Gorka, después de meditarlo durante unos segundos. – Vamos allá.

Sin previo aviso, aquellas muchachas se habían plantado cada una delante de uno de ellos, y al son de esa música tan caribeña, comenzaban a oscilar rítmicamente sus caderas frotándose contra la pelvis de ambos, provocación que los dos amigos rechazaron de inmediato, de la manera más educada y discreta que les fue posible. Acto seguido, ellas trataron de arrastrarlos hasta la pista de baile y, aunque en aquel intento hicieron gala de unas más que indudables dotes de seducción, ellos se resistieron a separarse de la barra, y alegaron ser unos pésimos bailarines. Afirmaron que preferían charlar con ellas mientras apuraban sus copas.

Ninguna de las dos demostró ser una gran conversadora. Era evidente que estaban acostumbradas a dejar que los hombres hablaran y fanfarronearan de sus cosas, para después limitarse a asentir y a reírles las gracias, con independencia del interés que su relato hubiera despertado realmente en ellas. Gorka, en cambio, procuró interesarse por sus vidas, por los estudios que habían realizado hasta la fecha y por si seguían intentando estudiar o lo habían abandonado por completo, pero con aquellas preguntas tan inusuales, lo único que estaba consiguiendo era dejarlas perplejas y desconcertadas. Como toda respuesta y no sabiendo qué otra cosa decir, ambas jóvenes se limitaban a reír insulsamente una vez más, como si les estuvieran contando algo muy gracioso. Jon le dio un codazo a su amigo para que dejara de hacer ese tipo de preguntas tan fuera de lugar.

Cuando las chicas acabaron sus copas, llegó el momento en el que Jon les propuso que subieran con ellos a la habitación de su hotel. Al tiempo que el rostro de Gorka adquiría la tonalidad bermellón propia de un tomate bien maduro, las jóvenes cruzaron sus miradas buscando la aprobación de la otra, e inmediatamente dijeron que sí. De este modo, los cuatro abandonaron el local y salieron a la calle de Argelia, dispuestos a recorrer los escasos cien metros que les separaban de aquel cinco estrellas en el que ellos se alojaban. Gorka lo hizo cogido de la mano de Gladis, mientras que Jon llevaba a Mathilde agarrada por la cintura, como si de dos parejas de enamorados se tratara.

Una vez accedieron al interior del vestíbulo y como era de esperar, los hombres de Wenceslao salieron rápidamente a recibirlos. En un tono muy educado, les pidieron que tuvieran la amabilidad de esperar mientras avisaban a su jefe, que había estado muy preocupado por ellos. Al cabo de escasos minutos hizo su aparición Wenceslao, que



observó a los recién llegados con franca sorpresa. Al comprobar que aquellos dos extranjeros iban tan bien acompañados, el rictus severo que llevaba dibujado en el rostro comenzó a difuminarse por momentos.

- No sabíamos dónde estaban ustedes – dijo el hombre, escudriñándolos con la mirada, tratando de detectar en aquellos individuos cualquier anomalía que despertara sus sospechas. – No han acudido al entrenamiento junto con el resto del grupo. Los hemos estado buscando durante toda la tarde.

- Bueno, Wenceslao, amigo, - dijo Jon, tratando de aparentar que había bebido algo más de lo que lo había hecho en realidad. – Ya sabe usted cómo somos los hombres... Nos gusta conocer bien a fondo los países que visitamos... - e hizo un gesto con la cabeza señalando a Mathilde, dando a entender que se estaba refiriendo a ella de una manera soez y ladina.

Con la pinta de gañanes que tenían aquel individuo y sus secuaces, Jon dio por hecho que se estaban ganando la complicidad de aquellos hombres. Y efectivamente, había acertado: el rostro de Wenceslao cambió inmediatamente de expresión, desplegando una enorme sonrisa de aprobación. Gorka y Jon respiraron aliviados. Estaba claro que se había tragado el anzuelo.

- ¡Que se diviertan ustedes, señores! ¡Buenas noches! – les dijo, y el propio Wenceslao notó cómo él mismo se iba relajando poco a poco.

Llevaba toda la tarde en tensión, y hacía rato que le habían empezado a doler las vértebras del cuello. Y no era para menos: dos españoles que estaban a su cargo habían desaparecido, y si sus superiores se llegaban a enterar de lo sucedido, aquello podría acarrearle muchos problemas. Pero ahora comprobaba, aliviado, que no tenía motivos para preocuparse. Comenzaba a respirar tranquilo mientras decía adiós con la mano a los dos extranjeros, que se alejaban camino de sus habitaciones. Ambos, junto a sus bellas acompañantes, desaparecieron de su vista tras el cierre de las puertas del ascensor que les conduciría, sin duda alguna, a culminar por todo lo alto una magnífica noche de excesos y placer.

Una vez estuvieron los cuatro en la habitación de Gorka, llevaron a cabo su sencillo plan. Pidieron una botella de champán, que un elegante camarero les sirvió dentro de una cubitera de plata repleta de cubitos de hielo, y se dispusieron a tomárselo tranquilamente junto a las chicas. Desde un primer momento y a fin de evitar que se produjeran equívocos o situaciones comprometidas, procedieron a dejar muy claras cuáles eran sus intenciones.

- No queremos hacer nada con vosotras, ¿vale? – explicó Gorka, y las muchachas se miraron entre sí, muy extrañadas. – Tan solo pretendemos charlar un rato y tomar una copa. Nos habéis parecido unas chicas muy simpáticas y nos apetece conoceros mejor, pero nada más.

Ambas jóvenes le escucharon en silencio sopesando sus palabras, sorprendidas por aquel planteamiento tan inusual que les acababa de hacer, y seguidamente se volvieron a mirar, entre asombradas e incrédulas, sin saber muy bien ni qué decir.

- ¿No seréis de los que quieren hacer cosas raras, verdad? – pregunto Mathilde, algo incómoda con la situación tan insólita en la que se encontraban.

- ¡No, no, te lo aseguro! – aclaró Gorka, agobiado ante la posibilidad de que ellas pudieran desconfiar de sus buenos propósitos. - ¡De verdad, solo queremos hablar! – Y a fin de que estuvieran más tranquilas, prosiguió.- Por supuesto, dad por hecho que os pagaremos igual. No tenéis que preocuparos por eso. Charlaremos un rato y os daremos lo que nos pidáis. Después, os podréis marchar. Eso es todo.

Al oír aquello, las chicas se relajaron y aceptaron de buen grado la propuesta, encantadas con la idea de pasar un rato tranquilo. Jon cogió dos copas y salió a la terraza a disfrutar de las vistas junto a Mathilde, mientras que Gorka por su parte, se quedó en el interior de la habitación charlando con Gladis. Esta última, una vez se vio liberada del yugo que suponía el tratar de complacer al cliente de turno, se dedicó a hablar sin parar acerca de sus cosas, dando rienda suelta a una verborrea desmedida. Durante más de media hora estuvo charlando sin parar, disertando acerca de un sinnúmero de asuntos diversos ante los cuales, Gorka no tenía nada que añadir, ni la menor gana de opinar. Realmente se sentía un espectador, inmerso como estaba en el monólogo de una adolescente que parloteaba acerca de los temas más banales e intrascendentes.

Después de todas las emociones tan intensas que habían vivido aquel día, se sentía muy cansado y no veía el momento de irse por fin a dormir. Pero en lugar de poder hacerlo, estaba allí plantado escuchando a una chica que solo hablaba de trivialidades. Y como se aburría enormemente, sin quererlo, se estaba vaciando él solito la botella de champán, algo que unido a todo lo que llevaban ingerido de por sí, hacía que cada vez le doliera más la cabeza.

De vez en cuando, se excusaba un momento con Gladis y se acercaba discretamente a la terraza para comprobar si Jon tenía las mismas ganas que él de poner fin a aquel encuentro, confiando en que su amigo también quisiera pedirles amablemente a aquellas chicas que se fueran a su casa y les dejaran descansar. Sin embargo, no parecía que Jon estuviera en la misma tesitura que él, ni que su conversación fuera igual de aburrida y pueril que la suya con Gladis. Muy al contrario, él conversaba animadamente con Mathilde y de vez en cuando se reía con algo que ella decía, ignorando las bengalas de auxilio que Gorka trataba de lanzarle con la mirada. Estaba claro que su amigo mantenía una animada conversación con aquella chica, y para desesperación de Gorka, no tenía ninguna prisa por concluir la velada de una vez.

Al cabo de un rato, Gorka no pudo más y se acercó nuevamente a la pareja de la terraza con la firme intención de poner punto y final a aquel encuentro. Y cuando lo hizo, se quedó muy sorprendido al observar que en un gesto fugaz - que sin embargo, a

él no le pasó desapercibido, - la mano de Mathilde y la de Jon se rozaban, y ella recibía de su parte lo que parecía ser una tarjeta, que inmediatamente guardaba dentro de su bolso con discreción.

- Chicos, ya siento interrumpiros, pero me muero de sueño – se excusó Gorka, evitando dar muestras de haber visto lo que acababa de pasar. - Además, me temo que mañana tendré que asistir a un tedioso partido de fútbol de principio a fin, y me han dicho que los bancos del *Nuevo Estadio* son muy duros para echar la siesta, así que, si no os importa...

Mathilde no pareció entender la broma, pero Jon sí, y se echó a reír con ganas.

- Claro, hombre. Creo que ha llegado la hora de que estas dos señoritas se vayan a dormir también.

Antes de que se marcharan, les pagaron la cantidad que ellas habían demandado previamente. También se aseguraron de que, al salir, las jóvenes no hicieran comentarios inapropiados a los hombres de Wenceslao acerca de lo que había, o mejor dicho, no había ocurrido en aquella habitación.

- Chicas, si al pasar por el vestíbulo, os preguntan por lo que ha sucedido aquí arriba – advirtió Jon, - contadles por favor que todo ha transcurrido dentro de lo habitual, ¿de acuerdo? Si les decís a los hombres de la entrada que en realidad no ha pasado nada, pueden pensar que no nos habéis gustado, y tal vez comiencen a hablar mal de vosotras.

- ¡Oh, no, no, por supuesto! – exclamó Gladis, alarmada. Desde luego, no sería nada bueno para ellas que se corriera la voz de que no habían conseguido seducir a unos clientes. – Tranquilos, no diremos nada. No queremos que piensen eso de nosotras...

Se despidieron de las chicas a las puertas de la habitación, dándose los consabidos dos besos de rigor en un tono muy amistoso y afable. Pero así como a Gladis no le costó ningún esfuerzo darse media vuelta y dirigirse resuelta hacia los ascensores, Gorka vio claramente que Mathilde, en cambio, no era partidaria de soltar la mano de Jon, y la mantenía retenida entre las suyas por más tiempo de lo que resultaba estrictamente necesario para ser cordial. Finalmente se desprendió de ella con suavidad y a cámara lenta, como si a la vez que la soltara, la estuviera acariciando dulcemente con sus dedos. Y justo antes de encaminarse tras los pasos de su amiga, aquella hermosa joven de piel negra y ojos oscuros como profundos pozos, se giró y le dedicó a Jon una preciosa y tierna sonrisa cargada de agradecimiento, para después alejarse definitivamente de allí.

- Vaya, parece ser que alguien ha roto un corazón esta noche... - comentó Gorka, mientras contemplaba asombrado cómo el rostro de su amigo no revelaba ni el más mínimo signo de cansancio, mientras que él se sentía al borde del desfallecimiento. - ¿Qué era exactamente esa tarjeta que le has dado a la chica? – preguntó.

- Oh, nada en particular – respondió Jon, un tanto azorado por el hecho de haber sido sorprendido. Hasta ese momento, no había sido consciente de que Gorka se hubiera percatado de ello. – No es más que una tarjeta profesional de visita, con mi dirección del periódico – afirmó, restándole importancia. – Pura cortesía. Por si alguna vez se pasa por Barcelona y quiere hacerme una visita.

***Elisa.***

***Vitoria-Gasteiz, mañana del martes 12 de julio de 2016.***

## I

- June, tesoro, ¿me das tu palabra de que serás buena?

A las puertas del colegio, por fin la niña había parado de llorar. Pero no obstante seguía haciendo pucheros.

- June, ¿me escuchas? – insistió Elisa. - ¿Te vas a portar bien? ¿Obedecerás a la abuela cuando venga a buscarte al mediodía?

La pequeña asintió en silencio con un leve gesto de su cabecita, sin levantar siquiera la vista del suelo.

- Venga, dame un beso. Mamá se tiene que marchar. Por mi parte, yo te aseguro que regresaré de Barcelona lo antes posible, cariño mío – prometió Elisa, consciente de que la palabra por ella dada, no valía gran cosa para su hija.

Elisa se agachó hasta ponerse a la altura de la niña, le ofreció su mejilla y cerró los ojos al notar el contacto de los labios de la pequeña, recibiendo aquel preciado beso que le produjo un dulce y tierno cosquilleo, tan delicado como el batir de las alas de una mariposa. Acto seguido, June se dio media vuelta y se encaminó hacia el interior del edificio. Elisa la vio alejarse de espaldas, con sus pequeños hombros caídos y arrastrando penosamente los pies.

La profesora que se hallaba junto a la puerta, viéndola llegar tan abatida, se apresuró a recibirla afectuosamente, pasándole un brazo por encima de los hombros en un gesto que pretendía ser tan protector como reconfortante. Al mismo tiempo, a su mamá le hizo una señal con el dedo pulgar hacia arriba que pretendía decir: *“Tranquila, vete sin miedo, todo irá bien”*.

Y Elisa agradeció sobremanera el detalle que aquella agradable mujer acababa de tener con ella. Por fin alguien parecía entenderla, alguien no la juzgaba, no pensaba que era una pésima madre que abandonaba a su desamparada hija una mañana de verano para salir corriendo hacia Barcelona... una vez más. En realidad, June ya estaba acostumbrada a las ausencias de su mamá cada cierto tiempo, pero en esta ocasión mediaba la promesa hecha por Elisa de que no se separarían durante todas las vacaciones, y la pequeña no se estaba resignando a que la incumpliera. Igual que la

había incumplido en tantas otras ocasiones, y por diferentes motivos.

Para colmo, la noche anterior había terminado mal. Durante la tarde que pasaron juntas, Elisa había querido compensar a su hija por todas aquellas ocasiones en las que le había fallado y, a fin de tenerla contenta, le había comprado un helado para merendar. Y después de eso, le compró un polo. Aquello no tenía ninguna lógica, Elisa lo sabía, pero la pequeña se había encaprichado de aquel asqueroso pedazo de hielo de vivos colores, y ella no quiso contrariarla.

Y tampoco lo hizo más tarde, cuando June se empeñó en comprarse unas golosinas. Y el agua de la piscina estaba demasiado fría como para seguir bañándose pasadas las ocho de la tarde, cuando ya no quedaba ni rastro de sol y las temperaturas empezaban a descender, pero tampoco en esto quiso Elisa decirle a su hija que no. Así que fue acumulando un error tras otro, hasta que llegó la hora de dormir y la niña comenzó a sentirse indispuesta, quejándose de un intenso dolor de tripa. Para la una de la madrugada, la pobre June ya estaba vomitando en el cuarto de baño como una posesa. Y toda la colección de dulces que había ingerido por añadidura, acompañó puntualmente a la cena en aquella violenta expulsión fuera de su pequeño cuerpecito.

- Mamá, no me vuelvas a dar chuches, que me sientan mal - suplicaba la niña a su madre, mientras intentaba recomponerse después de la tremenda vomitona.

La pequeña le miraba con cara triste y con los ojillos medio cerrados, porque a pesar del mal rato que acababa de pasar, aún andaba medio dormida.

- No quiero volver a comer chuches nunca más... - insistió June.

- No, cariño, no lo haré. Venga, tesoro, no grites. No quiero que despiertes a papá...

Lo último que necesitaba Elisa en aquellos momentos, era que Pablo se levantara de la cama y se enterara de que la niña estaba sufriendo una enorme indigestión por su culpa. Y todo, porque ella había querido enterrar su mala conciencia bajo quilos de golosinas y caprichos, y lo único que había conseguido era sacar a relucir aún más, si aquello era materialmente posible, sus nefastas dotes como madre. Si Pablo lo descubría, de seguro que no perdería la ocasión de hacer punzantes astillas de aquel árbol medio vencido que era su autoestima.

Bastante desagradable había sido ya de por sí la conversación que habían mantenido ambos, antes de irse a dormir.

-----

## II

- Así que estás decidida a marcharte mañana temprano – dijo Pablo, poniéndose muy serio. – Y de todo lo que yo te he dicho, y de todo lo que yo opino, vas a hacer caso omiso. Como siempre.

Elisa le escuchaba en silencio, mientras retiraba el cobertor de la cama de matrimonio y sacaba su pijama de debajo de la almohada. Tendría que ser hábil y manejar bien sus cartas si pretendía acostarse pronto y descansar, porque Pablo ya había tomado la senda de las sempiternas discusiones, y no resultaría tarea fácil distraerle de aquel camino.

- Tengo que ir, Pablo. Entiéndelo – contestó ella, tratando de no darle mayor importancia a las palabras de su marido, mientras se mostraba aparentemente concentrada en la tarea de apilar sobre una butaca los cojines que previamente había retirado de la cama.

Pero en su interior, su corazón y su sangre bullían de rabia contenida. Estaba deseando soltarle a Pablo a la cara, la decepción tan profunda que le había causado su indiferencia ante la tragedia sufrida por Jon. Y mientras ella estaba destrozada por dentro, él permanecía aparentemente frío e impassible, incapaz de plantearse lo sucedido de un modo que no fuera completamente racional.

Elisa sentía que Pablo, de alguna manera, estaba aprovechando la situación para castigarla a ella. Que aquélla era la forma que tenía de hacerle pagar por todos los celos que se habían ido acumulando en su interior, desde hacía tantos años.

-----

### III

- ¿Todavía sientes algo por él? – le había preguntado una vez de repente, tiempo antes de casarse, y sin venir a cuento en absoluto.

- ¿Cómo? ¿Por qué me dices eso? – le había respondido ella entre risas, realmente sorprendida.

- Te lo estoy preguntando en serio – había insistido él. - Y aún no me has contestado.

- ¡No! ¡Claro que no, por supuesto que no! ¡Eso es agua pasada!

Pero por alguna extraña razón, parecía que Pablo no había sido capaz de encajar el hecho de haber llegado a la vida de su esposa después de que lo hiciera Jon, aunque nunca lo había reconocido abiertamente. Y Elisa intuía que había cierto rencor en ello, que su marido no había logrado superar una irracional desconfianza que, por otro lado, fue incapaz de admitir. De hecho, a partir de que Elisa y Pablo empezaran a salir, ella

advirtió que Pablo comenzaba a distanciarse poco a poco del que fuera su gran amigo y compañero de entrenamientos y partidos. Hasta que llegó el día en que, como era de esperar, ambos acabaron perdiendo el contacto por completo.

Y ahora que Elisa viajaba tanto a Barcelona, precisamente a la ciudad en la que residía Jon, el simple hecho de que ella mencionara su nombre era motivo más que suficiente para que Pablo iniciara una discusión, siempre enmascarada bajo cualquier otro pretexto. Con el tiempo, ambos prefirieron evitar nombrarlo y, de forma tácita, el tema había pasado a convertirse en una especie de tabú entre los dos.

---

## IV

Por todo ello y siendo consciente de que pisaba un terreno peligroso, Elisa no quería dar muestras de estar enfadada. Tampoco quería que Pablo se percatara de lo terriblemente afectada que estaba por la desgracia que había golpeado a Jon. Ni siquiera se permitía a sí misma exteriorizar la inmensa preocupación que sentía por lo que pudiera acontecerle a éste a partir de ahora, máxime después de escuchar el aciago pronóstico que su primo Marcos le había vaticinado. Así que echó mano de todo el autocontrol que fue capaz de reunir, y trató de comportarse como lo haría un día normal.

Como lo haría una noche normal. Como si nada hubiera sucedido, y el mundo siguiera girando sobre su eje.

Pero como Elisa ya se temía, Pablo no estaba dispuesto a pasar por alto una oportunidad de enfrentamiento como aquella, por mucho que ella tratara de esquivarla.

- Vamos a tener que hablar muy seriamente, tú y yo – soltó, tajante, y sus palabras llegaron hasta el cuarto de baño, donde Elisa había comenzado a desmaquillarse frente al espejo, sonando con la rotundidad de una amenaza.

- Vale, Pablo. Cuando tú quieras – contestó ella, sin inmutarse, mientras pasaba un algodón impregnado en tónico sobre su rostro.

Entonces Pablo se plantó súbitamente ante la puerta abierta del cuarto de baño, con el gesto adusto y las mandíbulas apretadas, y Elisa se sobresaltó al verlo. No obstante, hizo un gran esfuerzo por mantenerse aparentemente impassible.

- Elisa, lo estoy diciendo muy en serio. Aunque solo sea por educación, podrías salir del baño y mirarme a la cara cuando te hablo.

- Sí, ya puedes perdonar, Pablo. Ahora mismo salgo – contestó ella, tranquilamente,



mientras cerraba el frasco del líquido desmaquillante y se giraba, situándose frente a él.

Ambos confrontaron sus tensas miradas.

– Ya estoy. Y ahora, dime – le convidó ella a continuar, y aquella breve frase suya, sonó como un desafío.

- Te he dicho que tendremos que hablar – insistió él, muy nervioso, mirándola con gesto amenazador. – No te tomas en serio nada de lo que te digo, ¿verdad?

- Sí que lo hago, Pablo, por supuesto que lo hago. Hablemos de todo lo que tú quieras – replicó ella, mientras continuaba manteniendo la tensión de aquella mirada cruzada, sin apartar la vista.

Y su respuesta, aparentemente complaciente, seguía sonando a reto. Y en efecto, lo era. Elisa le estaba invitando a que soltara de una vez aquellas palabras que parecía tener tantas ganas de pronunciar.

De nuevo.

Como ya lo hiciera unos meses atrás.

-----

## V

- ¡A este paso, vas a lograr que me vaya de casa! – le había dicho Pablo, muy enfadado, en una de aquellas ocasiones en las que ella estaba a punto de marcharse a Barcelona. – ¡Acabarás consiguiendo que te pida el divorcio!

- Bueno Pablo, si eso es lo que verdaderamente quieres... - le había contestado ella, asiendo su maleta con una mano, mientras que con la otra aferraba el pomo de la puerta, dispuesta a marcharse de todas formas. – Sabes que respetaré todas tus decisiones. Yo tan solo quiero que seas feliz.

Y dicho lo cual, salió al rellano del ascensor, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Al regresar a casa, las amenazas de ruptura parecían haberse esfumado, y aparentemente la situación había vuelto a la normalidad. Aquello había sido un farol, Pablo no tenía la menor intención de divorciarse ni de marcharse de su lado. Tan solo era una burda llamada de atención hacia su persona, en un intento desesperado por conseguir que su esposa se plegase a su voluntad. Pero no le había salido bien y, a pesar de que ya había enseñado sus cartas, desde aquel día Pablo solía recurrir a aquella artimaña a menudo, siempre que se sentía tremendamente frustrado y

contrariado.

Al parecer, él seguía sin darse cuenta de que aquél era un truco excesivamente manido, que ya había perdido toda su magia.

---

## VI

Y en esta ocasión, el escenario de la contienda era el apropiado para tales maniobras, sin duda alguna. Era de esperar que la conocida amenaza saliera nuevamente a relucir.

- ¡Habla! – insistió Elisa, mirándole fijamente a los ojos, los dos de pie frente a frente junto a la puerta del cuarto de baño. – Te escucho atentamente. Dime todo lo que me tengas que decir.

Pablo apretó con fuerza los puños, y un rictus de profundo disgusto se dibujó en su rostro.

- Hablaremos cuando vuelvas – sentenció él al fin, aplazando la discusión. - Hoy ya es tarde y me quiero ir a dormir. Tan solo me estás provocando porque sabes que mañana madrugo, y es un día importante para mí.

Pablo aguardó la airada reacción de Elisa ante este último dardo envenenado que le acababa de lanzar, pero no obtuvo respuesta alguna. Ella conocía de sobra sus estrategias para hacerla enfadar y no cayó en la trampa, pasando de largo aquel nuevo ataque y permaneciendo impertérrita frente a él, manteniendo aquel pulso de miradas desafiantes sin tan siquiera pestañear.

- ¿Me estás escuchando? ¿Me oyes cuando te digo que no haces más que provocarme, que te pasas el día buscando la manera de hacerme enfadar?

Elisa aguantó la respiración en silencio, y al final le respondió:

- Tienes razón, Pablo, has de descansar. Vamos a acostarnos y a dormir, que mañana nos espera un largo día a ambos.

Y sin dar tiempo a la réplica, esquivó a su marido y se dirigió directamente a su lado de la cama.

---

## VII

Tras dejar a June en el colegio, Elisa se dirigió de regreso a casa, dispuesta a preparar a toda prisa un sencillo equipaje y a partir cuanto antes camino de Barcelona. Ella habría preferido dejarlo todo listo la noche anterior y ponerse en marcha de inmediato. Pero el simple hecho de abrir la maleta y disponerse a llenarla delante de Pablo, podría haber sido interpretado por éste como una nueva provocación, así que pensó que sería mucho más prudente esperar al día siguiente y hacerla por la mañana, cuando él ya se hubiera marchado a trabajar.

Estaba decidiendo apresuradamente qué par de zapatos se iba a llevar, cuando escuchó el sonido de su teléfono móvil, que reclamaba su atención desde el interior de su bolso. Hurgó rápidamente en él, y al extraer el aparato pudo ver reflejado en la pantalla el nombre de su primo.

- ¡Hola Marcos! – saludó, nerviosa. - ¿Tenemos alguna novedad?

- ¿Dónde estás? – preguntó él, sin dar respuesta a su pregunta.

- En casa. A punto de salir para Barcelona. Tan solo me falta cerrar la maleta, y me voy a la estación, ¿por qué lo preguntas? – le contestó Elisa, intrigada.

- No la cierres.

- ¿Cómo? No te entiendo...

- Que no la cierres. No tengas prisa por marchar. No es necesario. Ya no.

Se hizo el silencio entre los dos.

Elisa intentó tragar saliva y notó que ésta no le pasaba por la garganta. Se le estaba formando un angustioso nudo que le impedía hacerlo. Tampoco le salían las palabras.

- Pero Marcos... Qué... qué quieres decir... - preguntó ella con un hilo de voz, aunque se estaba temiendo la respuesta.

- Ha fallecido, Elisa. Esta mañana, a eso de las nueve. Lo han desconectado, no tenía ningún sentido alargarle la vida artificialmente...

Marcos hizo una pausa, y tomando aire, continuó:

- Jon ha muerto, Elisa. Y siento muchísimo tener que ser yo quien te lo comunique, no sabes cuánto...

Silencio otra vez. Elisa no acertaba a encajar ese último mazazo de la vida dentro de su atribulada mente. Definitivamente, era el golpe de gracia que reducía a añicos todas las esperanzas de posible recuperación que ella había albergado tan celosamente en su interior, durante aquellas últimas veinticuatro horas.

- De acuerdo... - dijo al fin, con voz queda, rindiéndose ante la nefasta evidencia. – Entiendo... Gracias por avisarme...

- De nada, Elisa. Yo... yo...

A Marcos también le costaba hablar. Los sentimientos se agolpaban en su corazón y sin embargo, las palabras no alcanzaban a expresarlos, no eran lo suficientemente elocuentes como para manifestar tantas emociones juntas, cubiertas todas ellas por el áspero y vasto manto de la desolación.

- ¿Marcos? – llamó ella, rompiendo aquel último silencio.

- ¿Sí?

- Te quiero mucho, Marcos.

Por su parte, eso fue lo único que Elisa acertó a decir, con voz temblorosa. Y para ello tuvo que hacer un gran esfuerzo. No resultaba sencillo articular palabra, mientras sentía cómo el frío filo de una cortante espada se le clavaba bruscamente en mitad del pecho y le rasgaba lentamente el corazón, de un extremo al otro, de un solo tajo.

- Y yo a ti, prima...

Elisa colgó el teléfono y se dejó caer rendida sobre la cama de su habitación, desplomándose como un títere al que le acaban de cortar todos los hilos, completamente desarmada.

Y allí permaneció sentada durante largo rato, con la cara cubierta por ambas manos, los codos apoyados en las rodillas, temblando y llorando desconsoladamente.

**Gorka.**

**Barcelona, martes 12 de julio de 2016.**

## I

Casi era mediodía cuando las puertas del avión procedente de Washington D.C. se abrieron, y los pasajeros comenzaron a descender por la escalerilla metálica. La tripulación al completo les esperaba junto a la cabina del piloto y, antes de marchar, les deseaba uno a uno que tuvieran un buen día, en una rutina cargada de ceremonia y buenos deseos.

Gorka pasó por delante de aquella simpática azafata que había tonteado con él a lo largo de todo el vuelo, y en el último instante decidió devolverle el flirteo, guiñándole él también un ojo a modo de despedida. Y el gesto pareció agrandar a la joven, que le correspondió de inmediato dedicándole un seductor aleteo de pestañas y desplegando una enorme y sugerente sonrisa.

Él por su parte sonrió para sus adentros y se dispuso a abandonar el avión. Nada más poner un pie en el exterior, el sol le cegó los ojos y aquel calor intenso y húmedo de la ciudad de Barcelona cayó sobre sus hombros como un pesado manto, dándole su cálido y sofocante abrazo de bienvenida.

Estaba de vuelta en casa, y ya desde lo alto de la escalerilla podía percibir aquel característico olor de la brisa del mar, que por un momento le trajo a la mente la dulce sensación de bienestar que experimenta todo aquél que regresa al hogar tras una larga ausencia.

Ya en la terminal del aeropuerto, realizó todos los trámites a los que están sujetos los pasajeros procedentes de un vuelo internacional, con la mayor celeridad posible. Una vez estuvo en posesión de su maleta, se dirigió rápidamente al mostrador de la compañía de alquiler de vehículos más próximo. Quería un coche que no fuera excesivamente grande y le dieron un *Audi A1* aparentemente nuevo, de reluciente carrocería color azul metalizado.

En cuanto tuvo el vehículo estacionado en el aparcamiento y le fueron entregadas las llaves, procedió de inmediato a llamar a Irene. Ella tardó muy poco en descolgar el teléfono. Estaba esperando su llamada.

- ¡Irene! ¡Hola, ya estoy aquí! ¡He alquilado un coche! ¡Voy directo al hospital! ¿Tú

dónde te encuentras? ¿Te parece bien que nos veamos allí? – Gorka comenzó a hablar atropelladamente, ansioso como estaba por llegar a Sant Cugat cuanto antes para poder visitar a su amigo y permanecer a su lado el mayor tiempo posible.

Lo hacía tan deprisa, que no reparó en el hecho de que Irene estaba tratando de interrumpirle desde el principio.

- Gorka, no vayas al hospital - dijo ella, cuando al fin le permitió hablar. – Ya es demasiado tarde. Jon no está allí. Hace tres horas que ha fallecido.

Para Gorka, recibir aquella noticia fue como si una losa del parking se hubiera desplomado sobre su cabeza, dejándolo completamente aplastado. Comenzó a maldecir a viva voz y, acto seguido, descargó la tremenda rabia que sentía estrellando su puño reiteradas veces contra la columna del aparcamiento que se hallaba más cercana. Aquellos golpes contra la rugosa superficie del hormigón le desgarraron los nudillos, y de la piel levantada comenzaron a surgir pequeños hilillos de sangre, que se fueron haciendo más copiosos a cada instante. Gorka trató de estirar los dedos de su mano, que parecían haberse quedado agarrotados, y observó sus sanguinolentas magulladuras, incapaz de sentir nada.

No había dolor. Todo el sufrimiento se concentraba en su pecho, comprimiéndole los pulmones y no dejándole apenas respirar.

Al oír sus gritos y juramentos, la gente que se encontraba en el aparcamiento se había girado para ver qué pasaba, pero una vez la escena se acabó, perdieron inmediatamente todo el interés y retomaron sus múltiples actividades.

- Gorka, ¿estás ahí? – preguntó Irene, asustada. Había escuchado los exabruptos y después los golpes, y estaba preocupada por su amigo. – No estarás conduciendo, ¿verdad?

- No, no, qué va. El coche está aún aparcado. Perdona si te he asustado – se disculpó Gorka. – Irene, yo no sé... No sé ni qué decir...

- No digas nada – respondió ella, tajante. – A ti no te hacen falta las formalidades. Desde luego, no conmigo. Los dos sabemos de sobra lo mucho que le querías.

Gorka no contestaba. Tenía los ojos cegados por las lágrimas que inundaban sus párpados y que, al desbordarlos, se precipitaban a lo largo de sus mejillas, y no acertaba a articular palabra. Su mente y su garganta se habían aliado para que no escapara un solo sonido de su boca.

- Gorka, ven a casa. Así podremos hablar con tranquilidad – le pidió Irene, que escuchaba su agitada respiración desde el otro lado del teléfono. – Y ante todo, conduce con mucho cuidado, te lo ruego.

-----

## II

Media hora más tarde, Gorka estaba aparcando el coche frente a la casa en la que había vivido su gran amigo junto a su familia durante los últimos diez años. Se hallaba de nuevo en aquella calle que le resultaba tan familiar y a la que tantas veces acudió antes, en los tiempos en los que venía a buscar a Jon para salir los dos juntos, o cuando Irene y él le invitaban a una de aquellas magníficas barbacoas que solían organizar en su jardín durante los fines de semana de primavera o, incluso, en algunas calurosas noches del verano.

En noches como la de aquel día.

Los recuerdos quemaban, agolpándose atropelladamente contra su pecho y abrasándolo por dentro.

Cruzó la calzada hacia la acera opuesta y se dirigió a la entrada de la finca, una puerta metálica situada sobre el muro de ladrillo que delimitaba el pequeño jardín delantero de la casa. Mientras lo bordeaba, no pudo evitar reparar en el mal estado que presentaba aquel cierre de fábrica. Una zona del muro se encontraba semiderruido, como si hubiera sufrido el impacto de algún vehículo, y unos cuantos ladrillos esparcidos por el suelo eran mudos testigos de todo lo que allí hubiera acontecido.

Llamó al timbre.

Fue Teresa, la madre de Jon, la que le abrió la puerta.

Sin decirse nada, ambos se fundieron en un enorme y cálido abrazo, custodiados por las floridas hileras de azaleas que flanqueaban ambos lados del camino.

-----

## III

- Qué bruto eres, Gorka. Te podías haber roto algún hueso.

Cuando vio las múltiples contusiones que presentaba la mano de su amigo, Irene no pudo evitar regañarle como si fuera un niño pequeño. Suspiró, resignada, mientras procedía a colocar su brazo con delicadeza sobre una toalla blanca y a estirar sus lacerados dedos, abriendo acto seguido el botiquín que siempre tenía a mano por si se hacían daño los niños, y desinfectando cuidadosamente todas sus heridas. Tanto los dedos como los nudillos presentaban gran parte de la piel rasgada y levantada, y estaban empezando a hincharse, adquiriendo un intenso tono rojizo.

Ambos se encontraban sentados ante la mesa de la cocina, y desde allí observaban a través de un amplio ventanal a Teresa y a los niños, que jugaban sobre el césped del jardín trasero. La abuela le pasaba cariñosamente la pelota al pequeño, y éste a su vez se la lanzaba a su hermana mayor, que se la devolvía a Teresa y así comenzaban otra vez.

- ¿Cómo están los niños? – preguntó Gorka, apartando la vista de los pulcros cuidados que Irene le estaba prodigando a su mano, para fijarla en el juego de los pequeños. - ¿Están siendo capaces de comprender lo que ha sucedido?

Irene dio otro suspiro. Aquélla era la parte más difícil de afrontar. Ella sabía que podría aguantar lo indecible y estaba dispuesta a soportarlo todo, por muy duro que esto fuera. Pero el hecho de ver sufrir a sus hijos le resultaba demasiado desgarrador, y cuando pensaba en ellos se sentía desfallecer, le flaqueaban las piernas y le faltaba el aire que respirar. Y eso era algo que una madre no se podía permitir por nada del mundo. Su prioridad absoluta en aquellos momentos era el bienestar de sus hijos.

Sus hijos. Lo que más habían querido en este mundo, tanto ella como Jon.

- No, no creo que sean capaces de asimilarlo en mucho tiempo – contestó Irene, recogiendo las gasas y el material sobrantes y cerrando el botiquín.

Había vendado la mano de Gorka con gran profesionalidad, un trabajo digno de la más eficiente de las enfermeras.

– Ayer durmieron en casa de una vecina, y hoy lo han hecho conmigo – continuó ella hablando. - Y me temo que así seguirá siendo durante muchísimo tiempo. No quieren volver a dormir solos. Marc se ha pasado la noche gritando y llamando a su padre. Ha sido horroroso, de verdad. Yo...

Irene apretó un puño contra su boca para tratar de retener la angustia y el llanto que pugnaban por emerger. Rápidamente, Gorka se puso de pie y la envolvió con un fuerte y reconfortante abrazo. Y así permaneció largo rato, hasta que estuvo seguro de que ella había dejado de temblar.

- Gracias, Gorka – acertó a decir Irene, una vez se hubo calmado un poco. – Te lo agradezco, de veras, no sabes cuánto...

Inmediatamente, ella se asomó a la cristalera y comprobó cómo los niños, fuera, en el jardín, seguían inmersos en sus juegos y no habían sido testigos de ese momento de debilidad que acababa de sufrir su madre. No quería desmoronarse a la vista de ellos. No quería que se alarmaran. A partir de aquel momento, ella habría de ser para sus hijos la roca sólida y segura a la que los pequeños pudieran aferrarse cuando lo necesitaran. Y para conseguir su objetivo, tendría que transmitir una imagen de seguridad en sí misma, que estaba muy lejos de alcanzar.

- Ahora me toca a mí ser la fuerte – dijo Irene, y trató de sonreír, aunque su risa sonó como un sollozo ahogado en su garganta. – Tengo que sacar a mi familia adelante.



- Pero no olvides que no estás sola – se adelantó a contestar Gorka. – Yo estoy aquí para ayudarte con aquello que te haga falta. Tú solo tienes que pedírmelo, y yo lo hago – insistió.

Estaba deseoso de poder ser útil de algún modo, y de sacudirse aquella horrible sensación de impotencia que le embargaba.

– Además, yo soy el padrino de Gala y me gustaría ejercer como tal. A partir de ahora, no me dejes a un lado de vuestra vida, por favor. Cuenta conmigo, puedo venir todas las veces que os haga falta, e incluso en la distancia, me puedo ocupar de muchas cosas. Quiero que sepas que estoy a tu lado para todo lo que sea necesario.

- Ya lo sé, Gorka. Sé que tú vas a estar ahí, como lo has estado siempre. No tengo ninguna duda. Eres un gran amigo.

E Irene le dedicó una sonrisa cariñosa y sincera, aunque también estuviera cargada de tristeza, y le aferró con fuerza la mano que no se había lastimado, en señal de afecto y agradecimiento.

Ambos permanecieron callados durante un largo rato, compartiendo su dolor en silencio mientras contemplaban a los niños a través del ventanal. Marc había perdido la pelota y mientras corría a recogerla, su hermana Gala aprovechaba que el pequeño no podía verla para secarse discretamente una lágrima que le corría por la mejilla. Teresa ayudaba al niño a recuperar la pelota de entre los arbustos, y a pesar del agotamiento que reflejaba su rostro, no parecía dispuesta a abandonar a los pequeños en sus juegos.

- Teresa está haciendo un gran esfuerzo – le confesó Irene a Gorka. – No ha dormido nada en toda la noche. Desde que llegara ayer por la tarde, no ha hecho otra cosa que permanecer al lado de Jon, sujetando su mano durante horas. En cuidados intensivos se han portado muy bien con nosotras, a Teresa le han permitido quedarse allí durante toda la noche acompañando a su hijo, como ella quería. Hasta le trajeron una butaca reclinable para que se pudiera estirar, al menos durante un rato, y evitar así en la manera de lo posible que hoy le doliera todo el cuerpo.

Hizo una pausa, y su semblante se ensombreció por momentos.

- Luego, esta mañana, nos hemos tenido que enfrentar al momento más duro – continuó. – Bien temprano, ha venido el jefe de servicio y nos han comunicado que lo iban a desconectar...

Gorka apretó la mano de Irene con fuerza mientras ella rompía a llorar de nuevo, y no dijo nada. Sus ojos lo decían todo por él. Permaneció allí sentado, abatido, incapaz de asimilar tanta tristeza de una sola vez. No sabía ni qué decir, ni a qué palabras mágicas recurrir para lograr que Irene se sintiera mejor.

Pero estaba dispuesto a permanecer a su lado y a escucharla mientras ella sintiera la necesidad de expresar su dolor en voz alta y de compartirlo con él, y a poner su

hombro para que ella pudiera llorar encima, para que ninguna lágrima quedara atrapada en su interior y los sentimientos encontraran el camino necesario para poder, al fin, fluir.

---

## IV

El tiempo que llevaban charlando a solas les estaba sentando bien a ambos. Sin apenas darse cuenta, se habían puesto a repasar un montón de anécdotas, algunas tan divertidas que su recuerdo les produjo la risa, y otras tan entrañables que despertaron su añoranza y su tristeza, haciendo que volvieran a aflorar las lágrimas a sus ojos. Habían perdido la noción del tiempo pero sentían que eso era, con mucho, lo que más necesitaban en esos momentos: afrontar aquellas durísimas primeras horas de desconcierto juntos, encontrando ambos consuelo y comprensión el uno en el otro, incluso en los silencios.

- Mis padres han llegado hoy temprano por la mañana – le comentó Irene al cabo de un rato, cuando estuvo más tranquila. – Ahora están haciendo la compra en Mirasol. No tengo nada en la nevera... - Y se encogió de hombros, en un gesto que reflejaba un sentimiento de total impotencia. – Agradezco muchísimo que hayan venido y, sobre todo, que me ayuden con los niños. Pero entre unos y otros, me van a volver loca... - suspiró. - Demasiada tensión...

- Me hago una idea... - convino Gorka. - ¡Si yo solo tengo a mis padres, y a veces ya me dan ganas que salir corriendo! ¡Mira si no, lo lejos que me he tenido que marchar para poder estar tranquilo! – bromeó, y se alegró al ver que conseguía robar una sonrisa de los labios de Irene.

Acto seguido, la tristeza regresó a su rostro.

- Tengo pensado realizar una ceremonia en su memoria, para los amigos y demás – anunció ella. – Se me ha ocurrido que sería bonito celebrarla en Montjuïc, siempre me ha parecido un sitio precioso. He llamado al tanatorio esta mañana, y me han asegurado que podría oficiarse el jueves por la mañana. Tan solo falta que me confirmen la hora.

- Me parece muy bien – asintió Gorka. – El lugar ideal. Tiene unas vistas maravillosas.

- Desde allí veremos el mar... – dijo Irene, pensativa. Y continuó. – Ya he hablado por teléfono con Ane, y se está encargando de avisar a todo el mundo en Vitoria. Parece ser que son muchos los amigos de nuestra pandilla que quieren venir...

- ¡Oh, por supuesto! ¡No me cabe ninguna duda! – exclamó Gorka, convencido de

que los buenos amigos de siempre acudirían sin dudarlos.

- Y después, el viernes, me gustaría esparcir parte de sus cenizas desde algún lugar elevado – prosiguió Irene. - Aún no he pensado dónde, tengo que reflexionar. He de encontrar el emplazamiento idóneo. Tiene que ser un sitio muy especial, aquél en el que a él le gustaría estar.

- Cualquier sitio que sea especial para ti, seguro que también lo será para él – aseguró Gorka.

Y los dos se quedaron callados al mismo tiempo.

- Jon te quería muchísimo – afirmó Gorka al cabo de unos minutos, atreviéndose a romper el silencio.

Y al instante se arrepintió de haber formulado aquellas palabras, porque al escucharlas, Irene reaccionó rompiendo bruscamente a llorar. Él trató inmediatamente de consolarla.

– Perdona, Irene, tal vez no ha sido oportuno... No debería haberlo dicho...

Irene negaba con la cabeza, haciendo un esfuerzo por calmarse y por retomar la serenidad que le era indispensable para tratar de explicarse.

- No, no es eso Gorka, no es eso... - contestó ella, entre sollozos. – Hay algo más...

En ese momento, Gorka se dio cuenta de que Irene estaba a punto de hacerle algún tipo de confidencia.

- ¡Oh, Gorka! ¡Si tú supieras! Oh, qué difícil es todo...

Y ella volvía sus ojos hacia el techo, como si en las alturas fuera a encontrar respuesta a las preocupaciones que tanto la atormentaban, que hervían en su interior como un puchero puesto al fuego.

– ¿Sabes?, las cosas nunca son tan bonitas como parecen... - prosiguió ella. – Siempre hay un lado... digamos... oscuro...

- No... no entiendo lo que me quieres decir – titubeó Gorka, sorprendido. – Jon te quería como a nadie en el mundo. Y a los niños también. ¡Erais la razón de su vida!

Gorka vio reflejada la angustia en la cara de Irene, que trataba en vano de encontrar las palabras apropiadas para explicar lo que quería decir.

- Gorka, yo... Yo quisiera explicarte... Yo no sé cómo decirte esto, ¿sabes? Bueno, al fin y al cabo, él era tu amigo... Confiaba en ti... Pero lo cierto es que no sé hasta qué punto, Jon te hacía partícipe de todos sus secretos...

- ¿Secretos? – preguntó Gorka, incrédulo.- ¿Pero de qué secretos me hablas?

Inmediatamente, pensó en aquellas intrigantes llamadas que Jon había tratado de hacerle a principios de la semana anterior.

- Irene... ¿Sabes si en los últimos tiempos, Jon estaba especialmente preocupado por

alguna razón?

Entonces Irene, entre sollozos, trató de contestar, pero al instante ambos fueron conscientes de que su momento para las confidencias había llegado a su fin.

La puerta de la cocina se abrió, y tras ella aparecieron los padres de Irene, cargados con numerosas bolsas de la compra que iban repletas a rebosar. El matrimonio traía la tristeza impresa en sus rostros, expresión que cambiaron por un instante al descubrir que Gorka había venido a visitarlos.

- ¡Hola muchacho! ¡Cómo me alegro de verte! – exclamó el padre de Irene, mientras le daba unas efusivas palmadas en la espalda a Gorka. - ¡No sabes lo que te agradezco que estés aquí! Teniendo en cuenta lo que estamos pasando...

Y el hombre empleó la palma de la mano para secarse una lágrima que se le había escapado de los ojos.

Pero poco más pudo añadir el buen señor, porque al instante, otros asuntos más mundanos requirieron toda su atención. Concretamente, fue su mujer la que reclamó su presencia con apremio. Le esperaba de pie ante la puerta abierta del congelador y se estaba empezando a impacientar, viendo cómo la bolsa de los congelados que su marido llevaba en la mano, comenzaba a escurrir gotitas de agua por todo el suelo sin que él llegara a percatarse en absoluto.

- ¡Antonio, no te quedes ahí parado como un pasmarote y tráeme el pescado! – le increpó con brusquedad, y el hombre cortó la conversación de cuajo y acudió presuroso a complacer a su esposa.

- ¿Quieres quedarte a comer? – preguntó Irene. - Mi madre es una gran cocinera, seguro que nos prepara algo rápido a todos...

- No, gracias Irene. Te lo agradezco de veras, pero estáis muchos en casa y yo no quiero molestar. Es preferible que me marche y os deje tranquilos – contestó Gorka.

En ese momento, la madre de Irene detuvo su incesante trajinar a lo largo y ancho de la cocina y se dirigió directamente hacia Gorka, secándose las manos con el delantal que se acababa de poner, y dispuesta a plantarle dos afectuosos besos en la cara.

- Ya puedes perdonar, hijo, que no te haya saludado hasta ahora. Pero es que con este calor se me derrite el pescado, y si no meto rápidamente la comida en la nevera, se me estropea toda. Y lo primero es lo primero.

Y una vez aclarado este importante punto, la mujer dio rienda suelta a una llorera descontrolada.

- ¡Ay, qué desgracia! ¡Qué desgracia madre mía! ¡Cómo nos ha podido pasar esto a nosotros!

Irene y Gorka se miraron, impotentes y dolidos, e Irene trató de consolar a su madre acariciándole la espalda con la palma de su mano.

Pero la señora no tardó mucho tiempo en sustituir el tono doliente por el reivindicativo:

- ¡Y por si fuera poco, ni funeral, ni entierro cristiano le van a hacer!

- ¡Mamá! ¡Ya hemos hablado de eso! – le reprendió Irene a su madre, cambiando la caricia comprensiva por la mueca de reprobación. - ¡Deja a Gorka en paz, no le metas en esto!

- ¡Que no, hija, que no! ¡Que así no se hacen las cosas! – insistió la mujer. - ¡Gorka, muchacho, tú que eres un buen chico, convence a esta atolondrada para que haga lo que es debido!

- ¡Mamá! ¡Claro que va a haber un funeral! ¡Va a ser una ceremonia laica! ¡Ya te lo he explicado antes!

- ¡Eso no es un funeral, ni es nada! – replicó su madre. Parecía que aquel asunto le preocupaba sobremanera, y su cara era un fiel reflejo de la angustia que sentía. – Y en cuanto a lo de esparcir parte de las cenizas por ahí... Mira que luego no nos van a permitir darle un entierro cristiano, si no está todo junto. Que lo están avisando los curas, que eso no se puede hacer...

Mientras tanto, Gorka asistía a aquel enfrentamiento sin atreverse a abrir la boca. Tratándose de un asunto tan delicado, procuraba preservar su neutralidad a toda costa.

- ¡Mamá! ¡Basta ya! ¡No queremos enterrarlo en ningún cementerio! ¡Nosotros no somos creyentes, olvídате de eso de una vez!

- Gorka, ayúdame un poco, por favor... - rogó la madre, y bajó el tono de voz a modo de confidencia, al percatarse de que Teresa y los niños acababan de darse cuenta de su llegada, y venían a su encuentro desde el jardín. – Y mira que Teresa tampoco me apoya... Y eso que es la madre... Yo no entiendo nada, la verdad...

- ¡Mamá! ¡Teresa tampoco es una persona religiosa! – le gritó Irene a su madre. Estaba empezando a enfadarse de verdad. - ¡Para de una vez! ¿Verdad Gorka, que ella no tiene por qué meterse en todo esto?

Y aunque en un principio parecía que Irene le dejaría al margen, lo cierto era que Gorka acabó enfrentándose a dos pares de ojos que lo observaban atentamente, y se dio cuenta de que no tenía más remedio que tomar partido.

- Carmen, lo siento mucho, créame, pero yo soy de la misma opinión que su hija, a mí todo lo que ella propone me parece una buena idea...

- ¡Ay hijo, cómo sois los jóvenes! – protestó la señora. - ¡A ver si, al menos, a mi regreso a Vitoria consigo que el Padre Pascual acepte dar unas misas por su alma, panda de descreídos!

Teresa entró en la cocina acompañada por los dos niños y, afortunadamente para Gorka, se acabó la discusión. Entre ambas mujeres se dispusieron a preparar algo para

comer, mientras insistían una vez más en tratar de convencerlo para que se quedara y compartiera mesa con ellos, invitación que él rechazó nuevamente.

- No, de verdad, muchísimas gracias, pero no quiero molestar. Os dejo que comáis tranquilos.

- ¿Y a estas horas, dónde vas a encontrar un sitio para comer? – se preocupó Carmen.- Ya son más de las tres... Y encima tú, que vienes de fuera...

- Mamá, Gorka sabe manejarse solito perfectamente – replicó Irene, echándole un cable. – Y además no te olvides de que ésta ha sido su ciudad y lo será siempre, aunque ahora viva lejos. Desde luego, descuida que no se va a perder.

Y ya dirigiéndose a su amigo, con una sonrisa en los labios, añadió:

- Bienvenido a casa, Gorka. Te hemos echado mucho de menos.

Gorka repartió besos y abrazos entre toda la familia, especialmente entre los pequeños de la casa, y salió al jardín delantero acompañado por Irene. Allí se despidieron, dándose un cálido abrazo.

- ¡Gracias por tus magníficos cuidados! – exclamó Gorka, señalando su mano vendada. – Hasta va a parecer que me he hecho algo gordo y todo... – añadió en tono de broma, restándole importancia a aquel percance.

Y ambos sonrieron.

- Prométeme que te cuidarás mucho estos días – le pidió él, en un tono más serio, y ella asintió con la cabeza. – Voy a estar toda la semana por aquí. Llámame si necesitas cualquier cosa, o cuando tengas tiempo para que nos volvamos a ver. Yo por mi parte, ten por seguro que te llamaré también.

Y ya en voz queda, Gorka añadió:

- Además, creo que tenemos una conversación pendiente...

Instintivamente, al oír aquello, Irene giró la cabeza hacia el interior de la vivienda, como si quisiera asegurarse de que nadie les estuviera escuchando.

- Sí, Gorka, yo te llamo, no te preocupes – contestó ella, una vez se hubo cerciorado de que nadie les podía oír. - Y también trataré de descansar, aunque ya ves que con la casa llena de gente, resulta un poco difícil. Y con mi madre calentándome la cabeza a todas horas, como bien has podido comprobar... - Irene se encogió de hombros, en un gesto cargado de resignación. - Pero te prometo que lo haré, descuida. Y entonces, hablaremos.

Gorka le dio un fuerte beso en la mejilla y se marchó, llevándose consigo todos sus recuerdos.

-----

## V

No tenía prisa por llegar a su hotel. En realidad, no tenía prisa por llegar a ninguna parte.

Al abandonar Sant Cugat, tomó la sinuosa carretera de la Arrabassada y se detuvo en un mirador que discurría paralelo a un tramo recto de la calzada, al que llegó tras salir de una pronunciada curva. Aparcó el coche de frente a la pendiente y paró el motor.

Era primera hora de la tarde y la explanada se hallaba desierta, no había allí más vehículo estacionado que el suyo. La panorámica que se podía contemplar desde aquel privilegiado lugar era realmente magnífica. La ciudad de Barcelona se extendía ante su parabrisas, y las vistas abarcaban desde el Puerto Olímpico hasta el Tibidabo, pasando por la montaña de Montjuïc o el Delta del Llobregat. Frente a él, la cuadrícula perfectamente ordenada de *l'Eixample* mostraba su pulcra geometría, y más allá, el reluciente destello plateado de las diminutas olas, jugaba caprichosamente a crear reflejos sobre el suave azul del mar. La ciudad deslumbraba con su espectacular belleza. Solo para sus ojos.

Gorka agradeció profundamente el poder gozar de aquel momento de intimidad. Del bolsillo trasero de sus vaqueros, extrajo una memoria USB que conectó al reproductor MP3 del vehículo, y acto seguido lo puso en marcha. Al instante, se oyeron los primeros compases del disco *The Queen Is Dead* de los *Smiths*, uno de los álbumes favoritos de Jon.

Gorka subió el volumen, reclinó el asiento del conductor y se dispuso a sumergirse en su preciado momento de nostalgia en soledad, mientras disfrutaba contemplando la ciudad a sus pies.

Sonaba *I Know It's Over*:

*“Oh madre, puedo sentir el techo cayendo sobre mi cabeza...”*

Aquella misma ciudad que le traía a la mente tantas vivencias compartidas, tantos momentos que ambos amigos pasaron juntos, y que ahora se esfumaban en el aire como el humo de un cigarro...

*“Sé que se terminó; aún sigo aferrado.*

*No sé a dónde más puedo ir...”*

Recuerdos que, a la vez, eran tan nítidos como si acabara de vivirlos hacía unas pocas horas. Imborrables y efímeros, todo al mismo tiempo, como una absurda

paradoja de la existencia.

*“Sé que se terminó,  
y que nunca verdaderamente comenzó.”*

Recuerdos de los últimos tiempos...

*“Pero en mi corazón fue tan real...”*

De Jon... de Elisa...

*“Si eres tan gracioso, entonces, ¿por qué estás solo esta noche?”*

De él mismo...

*“Y si eres tan inteligente, entonces, ¿por qué estás solo esta noche?”*

En su mente comenzaban a agolparse los sentimientos.

*“Y si eres tan entretenido, entonces, ¿por qué estás solo esta noche?”*

Sentimientos de pérdida. Sentimientos de ausencia. Sentimientos de dolor...

*“Y si eres tan apuesto, entonces, ¿por qué estás solo esta noche?”*

Nada había salido como él hubiera deseado.

*“¿Por qué duermes solo esta noche?”*

Nada era como debía ser.

*“Yo sé...”*

*“Porque la de hoy ,es como cualquier otra noche”*

Si las cosas hubieran sido diferentes...

*“Mientras ellos están en brazos de otros.”*

Si todo hubiera sucedido de otra manera... Si los acontecimientos no se hubieran torcido de la forma en la que lo hicieron...

*“El amor es natural y real,*



*Pero no para ti, mi amor.  
No esta noche, mi amor.”*

De haber sido así, tal vez, él podría haber llegado a ser verdaderamente feliz...  
*“El amor es natural y real,  
pero no para alguien como tú o yo, mi amor...”*

---

## VI

Súbitamente, el teléfono móvil vino a sacarlo de su ensimismamiento. No pudo evitar dar un respingo al oír su estridente tono. Era Ane quien llamaba, la mujer de su amigo Marcos. Gorka bajó el volumen de la música y se tomó su tiempo antes de contestar, mientras se enjuagaba las lágrimas con el dorso de la mano.

- Hola Ane – dijo al fin al descolgar, una vez estuvo convencido de que sus palabras se escucharían con relativa normalidad.

- ¡Gorka! ¡Hola Gorka! – exclamó Ane. Su tono de voz evidenciaba lo alterada que estaba. - ¿Has llegado ya a Barcelona? ¿Te has enterado? ¿Alguien te lo ha contado?

- Sí. Acabo de estar con Irene.

- ¡Oh, entonces ya sabes que ha fallecido! ¡Esto es horrible! ¡Es horrible! – exclamó Ane, y Gorka escuchó el sonido de su llanto al otro lado del teléfono.

Al cabo de unos segundos, Ane se repuso y continuó hablando.

– Yo también he podido conversar con Irene esta mañana. Me ha contado lo de la ceremonia de despedida que se va a celebrar el jueves – Ane hizo una pausa, y prosiguió. - Gorka, vete pensando en escribir algo para ese día, tienes que decir unas palabras.

Gorka sintió una punzada de dolor en el pecho. Unas palabras, decía ella... ¿Y qué podría expresar él, en tan solo unas pocas palabras? ¿Acaso creía que se podían resumir tantos sentimientos en unas cuantas líneas?

- Ane, no sé si me veo con ganas... - contestó Gorka, desanimado.

- ¡Oh, sí, sí! ¡Tienes que hacerlo, claro que sí! – exclamó Ane, en tono autoritario.

A Gorka no le gustó nada que le diera órdenes, pero dadas las circunstancias, no quiso tenérselo en cuenta.

- ¡Quién mejor que tú para dedicarle unas palabras! – seguía insistiendo ella. - Tú eres periodista, ¿no?, además de ser su mejor amigo. ¡Pues venga, escribe algo! ¡Mañana tienes todo el día!

- Bueno, Ane, lo pensaré, de verdad...

Y antes de que su amiga siguiera intentando organizarle la vida, Gorka se disponía a dar por terminada la conversación y a despedirse, cuando ella le retuvo un poco más. Aún no había terminado de exponerle los motivos de su llamada.

- ¡Espera, Gorka, no cuelgues! – le ordenó. – Todavía tengo otro recado para ti. Ya sabrás que son muchos los amigos de Vitoria que quieren acudir a la despedida de Jon. ¿Podrías reservar habitaciones para todos en tu hotel, para la noche de mañana miércoles? La mayoría de ellos piensan quedarse el jueves también, para acompañar a Irene el viernes con lo de las cenizas.

- De acuerdo, lo haré – se comprometió Gorka. - Y si no tuvieran suficientes habitaciones disponibles, preguntaría en los hoteles más cercanos. Pásame por correo una lista en la que figuren los nombres de todos los que venís, y qué noches os pensáis quedar. Veré lo que puedo hacer.

- Desgraciadamente, Gorka, yo no estaré en esa lista. Sintiéndolo mucho, me resulta imposible ausentarme, tengo que atender a los niños y además, me toca guardia pasado mañana en el hospital – confesó Ane, tremendamente apenada. – Pero cuenta con Marcos, por supuesto. Y luego está toda la pandilla, que no faltarían por nada del mundo: Unai y Marta, su mujer; Óscar, Ander, Julen, Koldo... Estos últimos no sé si vienen con sus mujeres o no... Tengo que preguntárselo a ver... Me temo que Julen me ha dicho que no... Pero segura del todo no estoy... Voy a llamarle a Nerea y así salgo de dudas...

- Bueno, Ane, venga, luego me mandas un correo con lo que sea... – trató de atajar Gorka, impacientándose, deseoso de poner punto y final a aquella conversación.

Por todos era bien conocida la tendencia natural que tenía Ane para situarse siempre a la cabeza de cualquier iniciativa, fueran cuales fuesen las circunstancias que la motivaran, y desde allí repartir instrucciones y órdenes expresas para todo el mundo, aunque tuviera que hacerlo a la distancia, como en esta ocasión. Unas dotes de mando que, cuando las empleaba a fondo, podían llegar a resultar un tanto exasperantes para el resto del grupo.

Y aunque Gorka reconocía que, en esta situación, su papel como organizadora era muy de agradecer, dentro del coche comenzaban a sonar los primeros acordes del tema *There Is A Light That Never Goes Out*, y él no veía el momento de colgar la llamada para volver a sumergirse por completo en su pozo privado de tristeza. Y así, una vez dentro, dar rienda suelta a aquella agrídulce melancolía que le invadía hasta los huesos.

*“Llévame fuera esta noche,  
donde hay gente y hay música  
que sean jóvenes y estén vivos...”*

- ... creo que la mujer de Óscar también va a Barcelona, dame unos minutos y te lo confirmo. En algún momento lo he tenido que apuntar por aquí, espera a ver si lo encuentro... – continuaba parlotando Ane, aunque Gorka ya apenas le prestaba atención.

Había subido el volumen del reproductor, se había vuelto a recostar en el asiento, y se estaba dejando llevar de nuevo por la música.

*“Y si un autobús de dos pisos  
se estrella contra nosotros,  
morir a tu lado  
es una manera tan celestial de morir...”*

Su mente retomaba el vuelo hacia el interior de sí mismo y de sus recuerdos, ajena a los largos listados mentales que Ane se empeñaba en repasar en voz alta, sintiendo cómo la voz de su amiga le parecía cada vez más remota y distante.

*“Y si un camión de diez toneladas  
nos mata a ambos,  
morir a tu lado,  
bueno, el placer y el privilegio, son míos...”*

- ¡Ay! ¡Que no se me olvide! – exclamó Ane, de repente. - Cuenta con Elisa, que me acaba de llamar. Me ha dicho que mañana temprano saldrá camino de Barcelona. Reserva una habitación para ella también.

Y mientras, la música, seguía sonando...

*“Hay una luz que nunca se apaga,  
hay una luz que nunca se apaga,  
hay una luz que nunca se apaga...”*

***Elisa.***

***Camino de Barcelona, mañana del miércoles 13 de julio de 2016.***

## I

Las verdes hojas de los viñedos resplandecían bajo el sol a ambos lados de la autopista, a su paso por las llanuras de La Rioja. La circulación era muy fluida a aquellas primeras horas de la mañana, y Elisa tan solo se cruzaba en su camino con algún que otro vehículo, tan solitario como el suyo.

Ya puestos, ella habría preferido esperar a la tarde para emprender el viaje: la ceremonia de despedida de Jon no tendría lugar hasta el día siguiente, de modo que, en un principio, Elisa no tenía ningún motivo para salir de Vitoria-Gasteiz antes de comer.

Desgraciadamente, ya no había ninguna prisa, no.

Pero al final, aquella mañana se levantó muy temprano y salió de la ciudad con las primeras luces del día. Y todo, a raíz de la intrigante conversación que había mantenido el día anterior con su jefa de Barcelona.

La directora de la revista en la que colaboraba, - dependiente a su vez del periódico para el que trabajaba Gorka, - era una mujer muy agradable con la que Elisa había entablado una buena amistad, al margen de lo estrictamente profesional. Ella también conocía a Jon desde hacía algunos años, de modo que Elisa le llamó el martes para informarle de su fallecimiento, pocas horas después de haber tenido conocimiento ella misma. Y como las noticias vuelan, Roser le respondió que estaba enterada de todo.

- Ya se ha corrido la voz por el mundillo periodístico – dijo. - Todos coinciden en valorar, no tan solo la pérdida humana, sino también la profesional. Su diario deportivo se queda sin un magnífico director.

Se mostró muy abatida por lo sucedido, y le comentó a Elisa que tenía intención de asistir a la ceremonia que se celebraría el jueves por la mañana en Montjuïc.

- Entonces, nos veremos allí – le dijo Elisa. – Yo tengo planeado llegar mañana por la noche.

- Ah, ¿eso significa que vas a venir? – se sorprendió Roser. – No había caído en ello. Pensé que celebraríais otra despedida allí, en vuestra ciudad.

- Sí, supongo que en Vitoria se oficiará algún tipo de acto también. Pero yo no dejaría de asistir al de Barcelona por nada del mundo – aseguró Elisa, tratando de que no le temblara la voz al decirlo.

- El caso es que yo no contaba con volver a verte hasta septiembre... - comentó Roser, e hizo una pausa.

Parecía estar meditando lo que diría a continuación.

- Pues siendo así - prosiguió, - me gustaría mucho que quedásemos, las dos solas. ¿Qué te parece si adelantas tu hora de llegada y te reúnes conmigo? Ya sé que no es el momento más oportuno, pero estaría bien que pudiésemos comer juntas.

- Bueno... No sé si podría... Es complicado... - intentó disculparse Elisa. No tenía ánimos para hacer otra cosa que no fuera despedir a Jon, pero tampoco se le ocurría una excusa convincente que poner.

- Pues lo voy a tomar como un sí – concluyó Roser, taxativa. – Realmente, me viene muy bien que vengas. El viernes pasado tuvimos una reunión del consejo de redacción de la revista, y ya te puedo adelantar que para la próxima temporada se avecinan cambios importantes. Así que he marcado en mi agenda como asunto pendiente el hablar contigo. Y si resulta que se me presenta la oportunidad de hacerlo antes del verano, pues mucho mejor. Solo te robaré un par de horas, te lo prometo.

Así que Elisa cambió sus planes de nuevo, y decidió madrugar y ponerse en camino a primera hora de aquel miércoles por la mañana. Pero antes de eso, se prometió a sí misma que en esta ocasión haría las cosas mejor que el día anterior.

Quería irse con la conciencia tranquila y para ello, la tarde del martes se dio una nueva oportunidad con su hija, dedicándose por completo a disfrutar de la pequeña. Y esta vez lo hizo sin dejarse arrastrar por caprichos ni remordimientos absurdos, sabiendo que no le conducirían a ninguna parte. Se planteó de antemano que las horas que pasara junto a June, habrían de transcurrir de una manera serena y sosegada. Comprendió que tenía que aprender a disfrutar del momento y dejar de preocuparse de una vez por todas por aquellas cosas que, simplemente, no podían ser, porque la angustia que le generaba tanta preocupación, era la manera más baldía que existía de dejar escapar su felicidad presente, como si fuera agua que fluyera irremediabilmente entre sus dedos.

Ambas cogieron sus bicicletas y se fueron a pasear por uno de los múltiples recorridos del Anillo Verde de la ciudad. Comenzaron cruzando el Parque de La Florida y a continuación, recorrieron el Paseo de la Senda y después el de Fray Francisco, pedaleando hasta el Parque del Prado. Una vez allí, tomaron el Paseo de Cervantes y continuaron hasta llegar a Armentia para, posteriormente, adentrarse en su denso y espectacular bosque.

Se sentaron a merendar a la sombra de unos preciosos arces, leyeron un cuento y se

entretuvieron peinando a las muñecas favoritas de June, que la niña había llevado consigo dentro de su mochila. Ambas pasaron una tarde maravillosa durante la cual, Elisa fue capaz de distanciarse de sus propias quejas y lamentaciones, aparcando por un momento sus preocupaciones. Si de algo había tomado ella conciencia en aquellos dos últimos días, era de la necesidad impostergable que tenía de exprimir al máximo el presente y de vivir con plenitud el día a día.

El mañana no existía, y nadie sabía con certeza qué sería lo que podría suceder.

---

## II

Muy a su pesar, Elisa no fue capaz de propiciar un ambiente de encuentro tan cordial y gratificante con Pablo como lo había hecho horas antes con su hija, después de que, fatigadas y risueñas, ambas regresaran a casa tras su feliz paseo en bicicleta de la tarde.

Mientras conducía por aquella carretera semidesierta, todavía recordaba con hastío la conversación que había mantenido con él al caer la noche.

Elisa se había dado una ducha y tras ella, se disponía a dejar todas sus cosas preparadas para poder salir cuanto antes al día siguiente. La maleta estaba cerrada desde la mañana, y permanecía discretamente aparcada en un rincón de la habitación, lugar en el que ella consideró que llamaría menos la atención de Pablo. Ante todo, Elisa trataba de no alimentar la discordia con su marido y por ello, también habría deseado no tener que hacerle ningún comentario más con respecto a su viaje. Tan solo deseaba esperar a que amaneciera pacíficamente para después, marchar.

Pero era evidente que había ciertos asuntos que tenía que tratar con él antes de partir, de modo que no le quedaba otro remedio que sacar el tema, aunque con ello pudiera dar pie a que Pablo iniciara una discusión, de las muchas que acostumbraba a protagonizar en los últimos tiempos.

Una vez más se armó de valor, y cuando él se dejó caer por el dormitorio, tomó aire y decidió plantearle la cuestión sin rodeos:

- ¿Pablo, qué coche prefieres que me lleve mañana a Barcelona? – le preguntó ella, con la mayor naturalidad posible, mientras se secaba el pelo con una toalla. - ¿Me llevo el familiar, o prefieres que sea el pequeño?

- ¿Pero no vas a ir en tren? – se sorprendió él. Elisa tenía por costumbre realizar aquel trayecto en el *Alvia*.

- No, bien pensado, prefiero ir en coche. Si a ti te parece bien...

“*Si te parece bien...*” Aquélla era, sin duda, una de las frases estrella con las que comenzaban la mayor parte de sus discusiones.

- ¡Uy, a mí que más me da! ¡Vete como quieras! - respondió Pablo, haciéndose el indiferente.

- Entonces, me llevo el pequeño.

- No. Me hace falta a mí para ir a reunirme de nuevo con los alemanes – objetó Pablo. - Ya sabes que por la zona en la que se alojan, se aparca fatal.

- Vale, pues entonces, el familiar.

- En el familiar está la sillita de June. Si me dejas sin él, no podré llevar a la niña a ninguna parte.

- Pero es que, realmente, estos días no hay que llevar a la niña a ninguna parte... – dejó caer Elisa.

- Eso nunca se sabe. Tal vez la tenga que llevar al hospital, si se pone peor...

Elisa cogió aire y aguantó aquella nueva provocación como si no le hubiera dolido. Pablo estaba realmente molesto con ella, y no le iba a poner las cosas fáciles. Él deseaba con todas sus fuerzas que no fuera a Barcelona, que se quedara allí con él, del mismo modo que lo había deseado en todas y cada una de las ocasiones en las que ella se había empeñado en ir con anterioridad. Y esta vez, además, el motivo era totalmente personal, y a Pablo aquello le desagradaba sobremanera. Él nunca se habría atrevido a prohibirle abiertamente a Elisa que hiciera aquel viaje: sabía a ciencia cierta cuál sería la reacción de ella, y no quería arriesgarse a quedar completamente en evidencia. En lugar de eso, procuraba recurrir a todas las argucias emocionales que se le pasaban por la imaginación, para tratar infructuosamente de forzarla a que ella misma se replanteara su decisión, provocando de este modo los diálogos y las confrontaciones más descabelladas.

Y era evidente que en aquella conversación, ya estaba tardando en salir el siempre efectivo ardid de acusarle veladamente de ser una mala madre, capaz de abandonar a su hija de siete años a la primera de cambio. El día anterior le había funcionado a las mil maravillas, y de esta manera, había logrado frenar a su mujer para que no saliera corriendo a Barcelona esa misma tarde. Era indudable que aquélla era una buena táctica, y Elisa sabía a ciencia cierta que no dudaría en emplearla cuantas veces fuera necesario.

A todo esto, la pequeña ya se había recuperado totalmente del empacho de la noche anterior.

- Pablo, la niña está perfectamente – aclaró Elisa. – Solo fue una indisposición.

- También podría tratarse de una gastroenteritis – replicó él. – Y tú, sin darle

importancia. Y no eres médico, que yo sepa, tan solo hablas por hablar...

Elisa tomó aire de nuevo, y contó hasta tres antes de contestar.

- Vamos a hacer una cosa: colocaremos la sillita de June en el asiento trasero del coche pequeño, por si al final resulta que, efectivamente, necesitas llevarla a alguna parte – sugirió, conciliadora.

- ¡De ninguna de las maneras! – replicó Pablo. – Sería incomodísimo acceder a ella desde el asiento delantero. ¡Cómo quieres que me maneje en ese coche tan diminuto, con la niña sentada detrás! ¿Y si vomita? ¿Qué sugieres que haga? – Pablo empezaba a subir el tono. - ¡Hay niños que incluso se ahogan, si no son atendidos rápidamente! ¡Es una malísima idea!

Elisa sabía por experiencia que ese tipo de combates los ganaba aquél que era capaz de aguantar por más tiempo dialogando absurdamente sin perder los nervios, y ella estaba dispuesta a no darse por vencida.

- De acuerdo, pues me llevo el pequeño, y así no hace falta mover la sillita de su sitio.

- Ya te he dicho que lo necesito yo. A ti no te lo parecerá, pero estas reuniones son verdaderamente importantes. Te recuerdo que es precisamente por culpa de las malditas reuniones que tengo esta semana, por lo que no puedo acompañarte a Barcelona – y la cara de Pablo reflejaba un profundo enojo. - ¡Lo sabes perfectamente! ¿Es que no te parece suficiente motivo, acaso? ¡Me da la impresión de que no te das cuenta de los sacrificios que tengo que hacer por mi trabajo, la verdad!

Una vez más, otro desvío de atención. Elisa respiró profundamente y decidió que no cejaría en su empeño por reconducir aquella enervante conversación hasta que consiguiera su único objetivo: llevarse uno de los dos coches, no importaba cual.

Ahora que había tenido tiempo de pensárselo mejor, había decidido que esta vez no quería ir en tren. No le apetecía estar rodeada de gente y verse obligada a comportarse con normalidad, como si fuera una pasajera más que realiza un trayecto rutinario como tantos otros. Aquel viaje era demasiado especial, era un periplo hacia el adiós, una despedida dolorosa para la que no deseaba contar con testigos incómodos.

Quería dar rienda suelta a su desconsuelo: poner su música favorita a todo volumen, cantar a pleno pulmón y llorar de igual manera a voz en grito, hasta que no le quedaran fuerzas para seguir haciéndolo. Y así lo haría durante todo el camino si fuera necesario, hasta que consiguiera descargar la rabia y la impotencia contenidas que llevaba en su interior, todos los sentimientos que escondía amargamente desde hacía dos días y que en su casa le resultaba imposible expresar.

Hasta que le dolieran los nudillos de mordérselos.

Hasta que saliera la última lágrima de sus ojos, y éstos se quedaran completamente secos.



Lo cierto era que todos aquellos actos liberadores tan necesarios para ella, nunca podría llevarlos a cabo si Pablo estuviera presente. Su marido era una persona muy cerebral, para nada acostumbraba a manifestar en voz alta sus emociones, y por tanto, muy poco inclinada a comprender y a tolerar las reacciones tremendamente expresivas con las que le sorprendía a menudo su mujer. Y daba igual que se tratara de dar muestras de júbilo o, por el contrario, de profunda tristeza: a Pablo, ambas reacciones le irritaban por igual si excedían unos límites que, en su opinión, se encontraban dentro de lo normal y lo aceptable.

Habitualmente Pablo le reprendía por aquella conducta suya tan emotiva, le reñía como si fuera una niña pequeña a la que él tuviera que enseñar buenas maneras, y Elisa, con el tiempo, se acostumbró a enterrar sus emociones en su interior y a guardárselas para ella, justo igual que lo hacía él.

Durante aquellas dos noches, después de que Marcos le alertara primero de la gravedad del estado de Jon, y le comunicara después su fallecimiento, Elisa tuvo que apretar los puños y morderse los labios hasta dejárselos amoratados para no gritar, para no aullar de dolor, para limitarse a llorar en silencio, inmóvil, recostada en su lado de la cama de matrimonio y de espaldas a Pablo, abrazando sus piernas recogidas contra su pecho como si toda ella fuera un ovillo, procurando que su marido no oyera su respiración entrecortada en medio del silencio de la noche, ni notara el temblor de su cuerpo a través del colchón que ambos compartían.

Él nunca habría entendido este tipo de reacción, y además, tratándose de Jon, el hecho de que Elisa se dejara llevar hasta tal punto por las emociones, supondría para Pablo una evidencia clara y manifiesta de que las sospechas que arrastraba desde hacía tantos años estaban sobradamente justificadas. Probablemente, llegaría a la conclusión de que entre ella y Jon todavía quedaba algo, y empezaría a elucubrar sobre la posible cuantía de dicho “*algo*”, y sobre cuán estrecha habría sido la relación entre su esposa y su antiguo amigo en los últimos tiempos, en los que Elisa viajaba a Barcelona con tanta frecuencia. Por consiguiente, ella tendría que ser aún más cauta y discreta con sus reacciones de lo que ya era habitualmente, para no despertar unos celos que en esas circunstancias podrían resultar tremendamente inoportunos.

Elisa hizo un nuevo esfuerzo por retomar el tema principal de la discusión.

- Bueno, pues esto es lo que haremos: me llevo el coche grande y le dejo la sillita de June a mi padre. En el hipotético caso de que necesites llevar a la niña a algún sitio, él estará dispuesto a dejarte su coche inmediatamente.

- ¡No, Elisa, lo que me faltaba! ¡No metas a tu padre por medio, que bastante tengo ya!

- Pablo, me llevo el coche familiar. No hay otra solución – zanjó Elisa, con voz firme.

- Muy bien. Pues como quieras. Si al final, siempre acabas haciendo lo que te da la gana... – contestó Pablo, muy irritado. – Pero reza para que la niña no enferme más, ahora que tú te marchas y me dejas a mí solo y a cargo de todo...

-----

### III

La paulatina aridez del paisaje le indicaba a Elisa que se estaba adentrando en la provincia de Zaragoza. Los resecos ribazos mostraban sus profundos surcos entre la rala y marronácea vegetación que apenas los cubría, y se alternaban con vastas extensiones verdes de terreno bien regado, donde se alineaban las tupidas plantaciones de frutales. Vistos a la distancia, los diminutos collarines blancos que adornaban cada arbolito, daban a los campos la apariencia de hallarse sembrados de unas curiosas motitas níveas.

Aunque todavía era temprano, el sol empezaba a castigar con fuerza dentro de su *Renault Space*, así que Elisa encendió el aire acondicionado. Seguidamente, también subió el volumen de su reproductor de música.

Estaba sonando *A Letter to Elise*, de los *Cure*.

Recordaba perfectamente la primera vez que había escuchado aquella canción. Se remontaba a los tiempos en los que Jon y ella salían juntos. Fue durante una fría y desapacible tarde de invierno. La madre de Jon estaba fuera y había anunciado que tardaría en regresar, circunstancia que ambos aprovecharon para dirigirse rápidamente a su casa. Nada más llegar, los dos se fueron directos al dormitorio de Jon, donde se despojaron a toda prisa de los abrigos, se descalzaron y se tumbaron sobre la cama entre risas cómplices, abrazándose con fuerza y frotando mutuamente sus pies con los del otro para tratar de entrar en calor. Y al instante comenzaron a besarse con ímpetu, bajo un póster a gran tamaño del grupo *Joy Division* por un lado, y uno de los *Smiths* por el otro. Estas imágenes flanqueaban ambos costados de la cabecera de Jon desde que era un adolescente. No hacía mucho tiempo que había regresado a Vitoria tras acabar la carrera, y se resistía a retirar aquellos vestigios de años pasados que resultaban tan icónicos para él, retrasando voluntariamente el momento de dar a su habitación un toque más acorde con el veinteañero que entonces era.

Al cabo de un rato, Jon se detuvo y dejó de besarla. Parecía como si acabara de recordar algo muy importante.

- Elisa, quiero que oigas algo que te va a gustar.

De un salto se incorporó de la cama, se dirigió a la estantería que había junto al

escritorio y comenzó a revolver entre sus caóticas filas, plagadas a reventar de infinidad de vinilos.

- Quiero mostrarte uno de los discos más especiales que me compré cuando vivía en Barcelona. Escuchándolo el otro día, me acordé de ti. Enseguida sabrás por qué.

Y sacó del estante el álbum *Wish*, de los *Cure*. Extrajo el vinilo de su funda, lo puso sobre el plato y fue directo al corte número nueve. Mientras la canción comenzaba a sonar, Jon regresó a la cama y se tumbó junto a ella, abrazándola de nuevo.

*“Oh Elisa no importa lo que digas,  
simplemente no me puedo quedar aquí todo el tiempo...”*

- ¿La canción dice mi nombre? – se sorprendió ella, divertida, mientras ambos se sonreían mutuamente mirándose a los ojos, la frente del uno apoyada contra la del otro.

- Este tema siempre me va a recordar a ti – afirmó Jon, y comenzó a besarla otra vez.

---

## IV

Elisa se estremeció al recordarlo. En su corazón y en su mente volvían a aflorar aquellos sentimientos que le invadieron entonces. Oh, estaba tan enamorada de él...

Lo estaba, de hecho, desde hacía mucho tiempo atrás. Desde que, con tan solo dieciséis años, compartieran pupitre en el colegio en el que ella acababa de ingresar. Sus apellidos comenzaban con la misma letra y por ese motivo, los sentaron juntos durante toda la primera evaluación. Tanto ella como su amiga Irene venían de un colegio de monjas en el que solo había alumnas, de modo que, para ellas, el tener compañeros masculinos suponía toda una novedad.

Pero Elisa no se dejó impresionar tan solo porque fuera la primera vez que se sentaba junto a un chico, ni muchísimo menos. Para ser exactos, aquello le traía sin cuidado. Por aquel entonces, sus expectativas acerca de lo que se iba a encontrar el primer día de curso, eran más bien bajas. Los chicos eran para ella, en general, unos seres inmaduros y carentes de todo misterio, incapaces de mantener una conversación mínimamente interesante, o de emocionarse con algo que no estuviera relacionado con el mundo de los deportes. Aquélla era la idea que llevaba preconcebida en su mente, y no esperaba otra cosa de sus nuevos compañeros que no fuera un continuo derroche de inmadurez y de bromas insulsas.

No era de extrañar por tanto, que su sorpresa fuera mayúscula al conocer a Jon.

Elisa ya lo había visto antes en compañía de su primo, y aunque no era uno de los amigos de Marcos con el que ella hubiera tratado con especial asiduidad, como podía serlo Gorka, sí que se acordaba de haber coincidido con él en alguna ocasión y, particularmente, lo recordaba jugando aquellos aburridísimos e interminables partidos de fútbol que solían disputar en el *Estadio* junto al resto de la pandilla, durante las largas tardes de verano. Sin embargo, nunca le había llamado especialmente la atención, ni tampoco recordaba haber hablado directamente con él.

Y aun así y contra todo pronóstico, aquel chico que hasta entonces había pasado desapercibido ante sus ojos, se convirtió de la noche a la mañana en alguien completamente imprescindible para ella.

En cuanto Elisa, algo cohibida por ser el primer día de clase, se dispuso a ocupar su sitio en aquel pupitre que ambos debían compartir, él le retiró amablemente la silla para que pudiera sentarse, le miró a los ojos y le dedicó una hermosísima sonrisa de bienvenida, haciendo gala de un desparpajo y una naturalidad arrebatadoras, que la dejaron completamente desarmada. Al instante, ella sintió un cosquilleo en el estómago y se preguntó cómo era posible que nunca antes hubiera reparado en aquel chaval, alto y delgado, de tez morena, pelo oscuro, y enormes y profundos ojos marrones, siendo como era, sin duda alguna, el chico más guapo que había visto en toda su vida.

No fue hasta que tuvo la oportunidad de contemplar de cerca esos hermosos ojos oscuros y de verse reflejada en ellos, que cayó en la cuenta de que aquella profunda mirada le resultaba absolutamente cautivadora, y que nada podría hacer ella al respecto, excepto rendirse y dejarse arrastrar por un amor al que habría de entregarse incondicionalmente.

Pero el problema radicaba en que, por aquel entonces, esa rotunda e incondicional entrega suya, parecía estar cayendo en saco roto. Y es que, mientras Elisa no podía evitar estremecerse de pies a cabeza cada vez que él le hablaba y le dedicaba una de aquellas encantadoras sonrisas, Jon por su parte, no parecía tener un especial interés por ella, ni daba muestras de estar deseando corresponder a su amor.

Él era un chico muy alegre y desenvuelto, que contaba con muchos amigos en la clase, y que se relacionaba con todo el mundo con gran facilidad. Y Elisa, en cambio, no conseguía sacudirse la timidez del primer día, que se apoderaba de ella cada vez que él estaba presente. Ella lamentaba profundamente aquella incapacidad suya para comportarse con naturalidad, siendo precisamente su manera de medir las palabras, la que la hacía tan poco interesante a los ojos de él. Por aquella época, Elisa era consciente de que no encajaba en el perfil de chica que parecía gustarle a Jon, y sabía que para él, solo era una compañera de clase con la que podía charlar agradablemente durante un rato, a la espera de que el profesor de turno hiciera su aparición. Pero nada más.

No fue hasta mucho tiempo después, al cumplir ambos los veinticuatro años y una

vez que terminaron sus estudios y volvieron a coincidir, que tuvieron la oportunidad de relacionarse en un ambiente y en unas condiciones muy diferentes a las del entorno escolar. Para sorpresa de Jon, fue entonces cuando conoció a una Elisa mucho más distendida y divertida de la que recordaba de los años del colegio.

Parecía que al fin se daban las condiciones ideales para que ellos dos descubrieran lo bien que se compenetraban, y acabara así de prender entre ambos la llama del amor correspondido.

---

## V

Cuántos recuerdos... Elisa sintió cómo se agolpaban dentro de su pecho y aceleraban los latidos de su corazón.

*“Oh Elisa, no importa lo que digas,  
simplemente no me puedo quedar aquí todo el tiempo  
y seguir representando lo mismo...”*

*A letter to Elise...* Una carta para Elisa. Aquélla había sido su canción, el tema con el que Jon prometió que siempre la recordaría.

Y Elisa, al principio de su relación, se quedó con la melodía. Pero apenas reparó en lo que decía la letra.

*“Oh Elisa no importa lo que hagas,  
sé que nunca entraré en ti en realidad  
para hacer que tus ojos obtengan el fuego  
que deberían tener...”*

No cayó en la cuenta de que se trataba de una canción triste de despedida, acerca de una carta que un chico le escribía a una chica llamada Elisa, y que hablaba de ruptura y de desamor.

*“Elisa, créeme que nunca quise esto.  
Pensé que esta vez cumpliría todas mis promesas.”*

Una especie de premonición de que su idilio no duraría eternamente...

*“Pensé que eras la chica con la que siempre había soñado.”*

Un presagio de lo que acontecería más tarde, apenas dos años después...

*“Pero dejo a los sueños partir,  
y las promesas rotas.”*

Y entonces sucedió, el día menos pensado.

Y Elisa fue consciente de que su relación con Jon se había roto por completo.

A jirones.

Igual que su corazón.

*“Y la necesidad de creer, se acabó...”*

Muchos quisieron ver en ello una traición.

Pero Elisa nunca quiso tomárselo de aquel modo.

¡Qué sabría la gente, de lo que había entre ellos dos! Los demás no formaban parte de su relación, aquél era un asunto que solo les concernía a ambos. A Jon y a ella.

Y a Irene...

Y a pesar de lo que ocurrió, Elisa no fue capaz de guardarles rencor por aquello, a ninguno de los dos.

Y menos aún, a Jon. No, a él. Nunca, a él.

Aunque nadie de su entorno lo acabara de entender cuando sucedió, lo cierto era que Elisa nunca habría podido albergar malos sentimientos hacia Jon.

De ninguna de las maneras.

-----

## VI

Sin embargo, no le sucedía lo mismo con Gorka. A él sí que le guardaba un enorme rencor. Era pensar en él, y Elisa notaba cómo afloraban los resentimientos en su interior.

Gorka había decidido partir un buen día, sin echar la vista atrás.

Pero no quería pensar en él en aquel momento.

Ni en aquel momento, ni en ningún otro.

Gorka no se merecía robarle ni un minuto de sus pensamientos, máxime cuando toda su mente y todo su corazón estaban volcados en evocar a un Jon al que acababa de perder. Para siempre.

Hacía un rato que había dejado atrás Zaragoza. La negra silueta del gigantesco toro de lidia que un día fuera el símbolo de Osborne, junto con las ruinas de un castillo prácticamente derrumbado, le contemplaban desde lo alto de aquel cerro desértico que les servía de atalaya, como silenciosos testigos de las abundantes lágrimas que Elisa derramaba al pasar bajo sus pies.

Ya no volvería a verlo nunca más... Así que debía guardar cada pequeño detalle del tiempo que pasaron juntos en su memoria, por minúsculo que éste fuera, dentro de una preciada caja de cristal.

Porque hasta el recuerdo más reciente que de él tenía, se había convertido ya en pasado, en un abrir y cerrar de ojos. Todavía podía escuchar sus palabras...

Sí... Cómo olvidarlas...

Fue justo el miércoles anterior a que todo sucediera, cuatro días antes de aquel fatal desenlace. El último miércoles en la vida de Jon.

Elisa recordaba aquel postrero encuentro... Aquel último abrazo... Fuerte, dulce y tierno, con el que se dijeron adiós...

Habían quedado para despedirse. Elisa le había prometido a Pablo que no iría más a Barcelona durante los meses de verano y que se quedaría en casa atendiendo a su hija, así que no tendrían otra oportunidad de volver a estar juntos hasta que llegara septiembre.

Se citaron en aquel restaurante tailandés de la calle Diputación que tanto le gustaba a Gorka, y al que éste solía llevarlos cuando todavía residía en Barcelona. Y aunque hacía meses que Gorka ya se había marchado a vivir a Washington, ellos dos seguían frecuentándolo, ya sin él.

Cuando llegó el momento de despedirse a las puertas del local, ella lloraba. Él la abrazó y la apretó fuertemente contra su pecho. Y como era tan alto, ella notó que la envolvía por completo y se sintió profundamente consolada y reconfortada.

*“La vida es demasiado corta como para no intentar ser plenamente feliz.”* - Le había dicho él mientras la abrazaba, consolándola como nadie más sabía hacerlo. Como nadie más sabría hacerlo jamás.

Jon podía conseguir, con tan solo un abrazo, que el sol volviera a asomar entre las nubes, abriéndose paso con sus cálidos rayos en medio de la más terrible e iracunda de las tormentas. Ése era su gran don.

Elisa ya no podía más. A duras penas, entre las gruesas lágrimas que le nublaban la

vista, logró divisar un cartel que anunciaba la proximidad de un área de servicio y se dispuso a detenerse allí mismo, lo más apartada posible del aparcamiento y de la gente que comenzaba a abarrotarlo. Muchas de aquellas personas eran veraneantes que comenzaban sus vacaciones ese día, a juzgar por lo colorido de sus vestimentas y por la satisfacción que reflejaban sus rostros.

Paró el motor y dejó que las lágrimas fluyeran libremente de sus ojos, a borbotones.



**Gorka.**

**Barcelona, miércoles 13 de julio de 2016.**

## I

- ¡Pide un deseo! – le había ordenado una Elisa preadolescente, una soleada tarde de aquel mes de agosto, en la que ambos se encontraban sentados sobre el césped del Estadio.

- ¿Cómo dices...? – había preguntado Gorka, sin comprender.

Parecía que ella estuviera guardando algo celosamente entre sus manos, y Gorka quiso averiguar de qué se trataba. Las horas avanzaban y el sol iba descendiendo lentamente del cielo, bañándolo todo con una luz absolutamente cegadora. Gorka ni siquiera conseguía abrir bien los ojos. A duras penas, acertó a ver un diminuto punto de color bermellón en el extremo de uno de los dedos índices de la niña. Hizo un esfuerzo por fijarse mejor. Se trataba de una pequeña mariquita, con su reluciente caparazón rojo moteado de minúsculos lunares negros.

- ¡Pide un deseo! – insistió ella. – ¡Si piensas un deseo antes de que la mariquita eche a volar, entonces se cumplirá!

Y Gorka cerró los ojos y pidió con todas sus fuerzas que se le concediera aquello que tanto anhelaba, y que guardaba con celo en lo más profundo de su corazón.

Pero a lo mejor fue demasiado lento en hacerlo, porque para cuando abrió los ojos de nuevo, Elisa ya había soplado con dulzura sobre aquel pequeño insecto invitándolo a partir, y éste, obediente, había emprendido el vuelo.

Él solo acertó a ver cómo se alejaba por el aire, segundos antes de desaparecer para siempre, engullido por los fulgurantes rayos postreros del sol de aquella tarde de verano.

---

## II

Gorka se despertó, sobresaltado.

Súbitamente, se sentó en la cama, como impulsado por un resorte oculto.

¿Por qué motivo se le habría aparecido aquel recuerdo en mitad de sus sueños? Creía haberlo olvidado por completo, y de repente, allí estaba, resurgiendo inusitadamente de algún recóndito lugar de su memoria, después de tanto tiempo.

Su camiseta estaba empapada en sudor, y tras aquella manera tan brusca que había tenido de despertar, sentía un fuerte dolor en la zona de la espalda que aún tenía amoratada. Se levantó de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño de su habitación del hotel. Llenó un vaso con agua del grifo y se tomó otra pastilla de aquel analgésico que tenía tan mal sabor. Estaba deseando dejarlo de una vez, pero al dolor de su espalda se le unía ahora el de su mano hinchada. Si el día anterior no había sentido nada al liarse a puñetazos contra aquella columna del aparcamiento, hoy sin embargo, lo estaba sintiendo todo de golpe. Le dolía el cuerpo entero. Y mucho peor era aún tener que soportar el dolor del alma.

Sumergió la mano izquierda bajo el chorro del agua del grifo y se mojó con ella la cara y el resto de la cabeza, tratando de domar con sus dedos húmedos aquellos mechones de rubio cabello que se le alborotaban. Si su madre pudiera verlo, de seguro le diría que tenía que cortarse el pelo. Gorka agradeció el hecho de que, afortunadamente, ella no estuviera por ahí cerca en esos momentos.

Descorrió las cortinas de su habitación y se asomó al balcón que daba a la calle Princesa, una céntrica arteria de la *Ciutat Vella* que acostumbraba a estar siempre muy concurrida. Allí abajo, la vida retomaba su ritmo alegre y bullicioso de todas las mañanas, completamente ajena a la naturaleza de su desgracia. Los comercios y los cafés subían las persianas y abrían sus puertas al ajetreo cotidiano, y los primeros turistas comenzaban a realizar sus frenéticas rondas de la jornada.

Miró su reloj. Eran las diez de la mañana. Había dormido tan mal aquella noche y se había despertado tan a menudo, que para cuando logró conciliar el sueño, ya eran casi las tres de la madrugada. Y al final, lo único que había conseguido era levantarse igualmente cansado y encima, tarde. Estaba de un humor de perros.

Se dio una ducha rápida, se vistió y salió a la calle con intención de desayunar en una cafetería con muy buena pinta que había fichado la noche anterior. Antes de eso, entró en el colmado de un pakistaní que estaba enfrente del hotel y compró toda la prensa del día, en concreto, un ejemplar de cada uno de los diarios de tirada local y nacional. Ya en la cafetería, eligió una amplia mesa junto a la cristalera que daba a la calle, y se sentó delante de un gran tazón de café bien cargado. Acto seguido, fue desplegando uno a uno todos los periódicos que acababa de comprar.

Como él bien suponía, en cada uno de ellos figuraba una reseña acerca del fallecimiento de Jon. Y como denominador común, en todos aquellos diarios se hacía

referencia a su impecable trayectoria profesional y se enviaba un mensaje de condolencia a la familia. Así se reflejaba la noticia en la prensa en general, pero en los periódicos de ámbito exclusivamente deportivo, la información era mucho más completa y exhaustiva.

Y ya en su propio diario, un extenso reportaje aparecía destacado a doble plana, ocupando las páginas centrales. Una gran foto suya ilustraba el artículo. En ella se veía a un sonriente Jon, posando dentro de lo que parecía ser una sala de prensa acristalada, cuyas vistas se abrían hacia el césped de un gran estadio de fútbol. Gorka leyó al pie de foto que se trataba del interior del *Camp Nou*.

El artículo estaba fantásticamente bien redactado y describía con todo lujo de detalles al gran profesional y al enorme ser humano que Jon había llegado a ser. No cabía ninguna duda de que lo había escrito alguien que sentía un profundo afecto por su amigo. Se refería a él de un modo que iba más allá de la pura obligación que tendría el periodista que lo suscribía, de ensalzar al que fuera durante un breve espacio de tiempo, el director de uno de los diarios de mayor tirada nacional.

Gorka buscó el nombre del redactor que firmaba aquel texto, y descubrió que se trataba de Carlos Méndez, el inseparable compañero de Jon. Lo recordaba bien, formaba parte del grupo de profesionales que acompañó a la Selección Española de Fútbol, en aquel complicado viaje que realizaron todos juntos a Guinea Ecuatorial. Era un hombre amable, el más fiel de sus colaboradores, según las propias palabras de Jon. Aquél que había trabajado a su lado, codo con codo, durante los últimos años de su vida.

Gorka agradeció sobremanera que hubiera sido él quien le dedicara a su amigo unas palabras tan cargadas de franco y sincero afecto, y no pudo evitar sentir una insana envidia por la aparente facilidad con la que había logrado transformar sus emociones en frases repletas de sentimiento. Él, por su parte, se sentía totalmente incapaz de hacerlo.

“*¡Escribe unas palabras!*”

La autoritaria voz de Ane resonaba dentro de su cabeza.

- Ane, vete a la mierda – masculló Gorka entre dientes, y al instante se arrepintió de haberlo hecho. No era justo arremeter contra su amiga a causa de sus propias frustraciones. Pero lo cierto era que no encontraba la manera de llevar a cabo su cometido, por mucho que pusiera todo su empeño en ello.

Miraba con recelo la libreta de notas *Moleskine* que había colocado a un lado de la mesa, en la que había pretendido sin ningún éxito esbozar al menos unas primeras líneas de su discurso. Pero aquellas hojas de un blanco impoluto le devolvían insolentemente la mirada, desafiantes y burlonas, retándole a que las llenara al fin de una amalgama de reflexiones aderezadas con los tachones de la espesa tinta de su

pluma.

No podía escribir nada. Se sentía completamente bloqueado.

---

### III

De regreso al hotel, llamó a su madre y le puso al corriente de las últimas y terribles noticias. Jon había fallecido. Y él ni siquiera había llegado a tiempo para despedirse. La pobre mujer se llevó un disgusto terrible. No estaba disfrutando en absoluto de aquellas vacaciones en Mallorca.

- No tendríamos que haber venido... - se lamentó ella.

- Claro que sí, mamá, nadie podría haber imaginado que esto iba a pasar – le trató de animar Gorka.

- Supongo que en Vitoria también oficiarán algún tipo de despedida, ¿no crees, hijo? Seguro que Teresa estará pensando en ello... - comentó su madre, apesadumbrada. – A esa ceremonia sí que asistiré. Me avisarás si sabes algo, ¿verdad?

---

Y aunque aún era demasiado temprano en Washington, acto seguido llamó a Nancy.

- Me has despertado... - respondió ella, adormilada, desde el otro lado del océano.

- Perdona, Nancy, pero más tarde voy a estar muy ocupado. Nos vamos a reunir un montón de amigos, y probablemente no encuentre un momento para hablar a solas contigo en lo que queda del día. – se disculpó él. – Quería contarte que mi amigo ha fallecido, finalmente.

- ¡Oh, lo siento muchísimo, Gorka! – exclamó una Nancy de voz somnolienta, incorporándose de la cama. - ¡Lo siento, de veras! – Y preocupada por él, añadió- ¿Y tú cómo te encuentras? ¿Estás bien?

- No muy bien, la verdad. Son momentos muy duros...

- Ya me lo imagino, amor. Lo serán, sin duda alguna...

Nancy hizo una pausa, en la que dejaba constancia de su hondo pesar.

- ¿Y cuándo piensas volver? – preguntó ella, acto seguido.

- Oh, no lo sé aún... Supongo que en cuanto pueda, no sabría decírtelo ahora con

certeza.

- Pero tendrás una fecha en mente, ¿no es así? – Nancy parecía haber dado por concluido el capítulo de las condolencias, y en su tono de voz se empezaba a intuir cierta impaciencia.

- ¡No lo sé, de verdad! ¡Ahora mismo no soy capaz de pensar en ello! – exclamó Jon, sintiéndose presionado. – Volveré en cuanto me sea posible, de eso puedes estar bien segura.

- Te echo de menos... - le confesó ella, rebajando el tono de exigencia y optando por otro más zalamero. – Es la segunda vez que te vas de mi lado en menos de una semana. No me gusta nada tenerte lejos durante tanto tiempo...

- Ya, Nancy, lo comprendo, claro está. Pero entiéndeme tú a mí. Estoy atravesando un momento muy complicado y...

- Dime, ¿son guapas las chicas de Barcelona? – le soltó Nancy, de pronto.

- ¿Cómo dices? – contestó él, descolocado.

- Te pregunto si son muy guapas. ¿Tan extraño te parece? Estás tan solo... Al menos, me consuela pensar que tu acento allí pasará desapercibido, y no resultará tan exótico como lo es aquí, ¡de modo que si pretendes ligar durante estos días, en ese sentido cuentas con desventaja! – y se rio alegremente, divertida con su propia ocurrencia. – De todos modos, no me gustaría que pasaras demasiado tiempo sin mí, por si acaso...

Gorka no podía creer que Nancy estuviera bromeando de semejante manera. Realmente, no se estaba dando cuenta de la trascendencia que tenía para él el hecho de haber perdido a su mejor amigo.

- Nancy, ahora mismo no estoy para bromas, de verdad. Te volveré a llamar en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

- Dime que me quieres – ordenó ella, poniéndose muy seria.

- ¿Qué?

- Quiero oír cómo lo dices. Desde que te has ido, no lo he vuelto a escuchar de tus labios ni una sola vez.

- Nancy, te lo ruego, creo que no es el momento...

- ¡Dímelo! – insistió, con mayor vehemencia.

- Te quiero. Por supuesto. Ya lo sabes. Te quiero – afirmó Gorka, y a él mismo le pareció que su voz sonaba vacía y hueca, como si se tratara del eco rebotando en el interior de una caverna.

- Que no se te olvide nunca decírmelo... - advirtió Nancy, antes de despedirse.

Gorka colgó el teléfono. Por primera vez desde el inicio de su relación, sintió que la distancia que les separaba a ambos dos se podría medir en años luz. Nancy era una

chica guapa, joven y alegre, acostumbrada a conseguir lo que deseaba a la primera, y a la que todo en la vida le había salido siempre bien. Era incapaz por tanto de comprender la tortuosa experiencia que suponía para cualquiera, el tener que enfrentarse al dolor de una gran pérdida.

Sin embargo, él era un veterano de la frustración, que se exponía ahora a la experiencia más traumática de toda su vida. Notaba cómo se abría lentamente un abismo entre los dos, en el que sin duda, ella permanecería inocente y feliz en el lado de las rosas, mientras que a él le aguardaba el rincón donde se concentraban las más punzantes espinas.

Y Gorka pensó entonces que jamás se perdonaría a sí mismo si acabara arrastrando a aquella joven tan dichosa y feliz, a su mitad oscura de tristeza y pesadumbre. Tenía claro que, antes de que ella se llegara a contagiar por su abatimiento y a impregnar de su melancolía, él debería apartarse de su lado y proseguir por su cuenta su solitario camino.

---

## IV

Al salir del hotel se dirigió a las oficinas de su periódico situadas en la Gran Vía, y en sus instalaciones se pasó la mayor parte del día, ultimando asuntos pendientes y saludando a los compañeros. Se sentía bastante cansado, pero decidió que era preferible mantenerse ocupado, que tener demasiado tiempo libre para pensar. Porque pensar era, precisamente, lo que menos le apetecía hacer en aquellos momentos.

Andreu Balgrats, su redactor jefe, le había recibido afectuosamente en su despacho.

- Ya siento que tengamos que vernos en estas circunstancias – le dijo. – Es terrible lo que le ha sucedido a tu amigo. Supongo que ya habrás visto los periódicos de hoy...

Gorka asintió con la cabeza, y Andreu prosiguió hablando.

– Se le va a echar mucho de menos en los círculos deportivos. Una gran pérdida, la verdad. Todos los redactores de la sección de deportes van a asistir mañana a la ceremonia de despedida. Por descontado, cuenta con que yo también acudiré.

- Muchas gracias, Andreu. Te lo agradezco de veras...

Más tarde se centraron en repasar los principales asuntos de la política norteamericana, de cuyo seguimiento e información, Gorka era el máximo responsable.

- Me preocupan las elecciones de noviembre a la Casa Blanca, Gorka.

- ¿Por qué, exactamente, Andreu? Clinton cuenta con una clara ventaja, es de esperar

que...

- No te fíes de las encuestas – le interrumpió Balgrats.- El voto oculto va a ser decisivo en esta ocasión, ya lo verás - afirmó.

Y Gorka sabía por experiencia que el olfato periodístico de aquel viejo reportero no solía fallar.

– Necesito que te pongas con ello en cuanto regreses a Washington – dijo Andreu. - Has de seguir todos los movimientos de los candidatos, sus respectivas campañas, ver cómo termina el asunto de los correos de Clinton, qué pasa con Trump y su estrecha amistad con Putin... ¡No quiero que les quites el ojo de encima, a ninguno de los dos!

-----

Algunos de sus colegas del periódico se iban a comer a un restaurante cercano, y le animaron a que se uniera a ellos. Pero Gorka no tenía apetito en absoluto y se disculpó amablemente, prometiéndoles que se reservaba aquella invitación para la próxima vez que se dejara caer por la ciudad. Se compró un sándwich en una de las máquinas expendedoras que había en el pasillo y acto seguido se encerró en una sala, dispuesto a escribir su discurso del día siguiente.

Se prometió a sí mismo que no abandonaría aquellas cuatro paredes, hasta que no tuviera un texto que ocupara al menos una planilla entera de su libreta. Así que, sin más dilación, se puso a escribir casi sin pensar, y de un tirón acabó de rellenar aquella maldita página al completo, de principio a fin. Cuando hubo terminado, releyó en voz baja lo que acababa de anotar y le pareció que aquello era una auténtica basura. Amargamente, llegó a la conclusión de que estaba plagado de tópicos, de frases hechas y de expresiones que servirían para referirse a cualquiera.

“¡Oh, sí! ¡Despedir a un amigo, qué tristeza más grande!” – pensó, con sarcasmo. Eso se decía siempre, naturalmente, como no podría ser de otro modo.

Lo realmente difícil era expresar todo lo que diferencia a esa persona del resto de las demás; todo lo que distingue el propio dolor, del resto de los demás, porque... ¿cómo se despide a un amigo, a un hermano, cuando se trata del tuyo propio? ¿Cómo condensar los sentimientos, cuando las palabras se quedan cortas para expresar tanto dolor?

Cerró la libreta, frustrado. A esas alturas, Gorka tenía claro que sería incapaz de escribir una sola frase que tuviera algún sentido para él.

Estaba decidido, tendría que improvisar. No había otra posibilidad.

Sacó su teléfono móvil y llamó a Irene. Era su tercer intento de aquel día, pero ella seguía sin contestar. Al cabo de un rato, le llegó un mensaje de texto en el que Irene se

disculpaba por no poder atenderle, y alegaba que estaba tremendamente ocupada realizando multitud de gestiones.

Mañana nos vemos, Gorka – decía el escrito. - Muchas gracias por preocuparte.

Gorka guardó su teléfono, apesadumbrado. No dejaban de resonar en su cabeza las palabras que Irene había formulado el día anterior:

“*Las cosas nunca son tan bonitas como parecen...*” “*Jon tenía sus secretos...*”

¿A qué se estaba refiriendo exactamente cuando dijo todo aquello? Estaba totalmente intrigado.

Eran cerca de las cinco de la tarde, cuando recibió la llamada de Marcos:

- ¡Ya estoy entrando en Barcelona! – le comunicó éste desde su vehículo, a través del manos libres. - ¿Te parece que vayamos quedando nosotros dos, antes de que empiecen a llegar los demás?

---

## V

Gorka decidió dar una pequeña vuelta en coche por la ciudad, antes de dirigirse al encuentro con su amigo en el café de la calle Ferrán en el que ambos se habían citado, muy próximo al hotel de la calle Princesa donde se alojaban todos.

Al pasar por la Avenida Diagonal, echó un vistazo a las ventanas de su antiguo piso de estudiantes, en el que vivieron varios años Jon y él junto a un chico francés que estaba de Erasmus y que estudiaba Biología.

Didier, se llamaba. Era un muchacho pintoresco, aquél. Gorka lo recordaba perfectamente:

- Mi madre no entiende español – les había contado un día a los dos, en un castellano bastante precario y con un marcado acento.

No hacía mucho tiempo que había llegado al país, y se acababa de instalar en el piso.

– Cuando me llame por teléfono y yo no esté, tenéis que decirle la siguiente frase: “*Rappelle à six heures*” - explicó.

- ¿¡Cómoo!?! – preguntaron Jon y Gorka, ambos a coro, entre divertidos y burlones – que quieres que le digamos... ¿¡qué!?

Porque ninguno de los dos hablaba ni una sola palabra de francés.

Didier puso los ojos en blanco, desesperanzado. Parecía que aquella sencilla tarea



que trataba de encomendarles, iba a resultar ser una misión imposible. Armándose de paciencia, el chico trató de repetir la frase muy despacito, vocalizando lo mejor que pudo:

- ¡*Ra- ppelle- à- six- heures!* – dijo, marcando claramente las sílabas. - O sea, que me llame a las seis, a esa hora ya suelo estar de vuelta en casa.

Y viendo que sus dos compañeros de piso se reían con sorna, añadió:

- ¡No es tan difícil, caramba!

Por supuesto, no pasaron muchos días antes de que la buena señora llamara a su hijo.

- *Bonjour! Didier, s'il vous plaît?*

Inmediatamente Gorka, que fue el que se levantó y descolgó el teléfono, comenzó a hacerle gestos a Jon, que permanecía tumbado en el sofá mirando la tele.

- ¡Jon! ¡Jon! – le llamó, entre susurros. - ¡Es la madre de Didier! ¿Cómo era la frase de marras aquélla que le teníamos que decir?

Jon se levantó a su vez, se dirigió a la cocina y se puso a revolver entre una pila de papeles que se amontonaban en una esquina del fregadero.

- Espera, que creo que lo dejó escrito por aquí... Ah, sí, ya lo he encontrado, toma.

Y le alargó una hoja de papel en la que Didier había dejado escrita la consabida frase con letra de palo, para que sus compañeros la entendieran bien. A ambos amigos les dio un ataque de risa.

- ¿Y cómo coño se pronuncia esto? – exclamó Gorka, tratando de acallar sus propias carcajadas.

- *Allô? Bonjour?* – al otro lado del auricular, la madre de Didier seguía reclamando su atención.

Gorka decidió hacer un gran esfuerzo y, tratando de poner su mejor boca de piñón, intentó pronunciar aquella frase de la mejor manera posible.

- Ra... rapel... ¡asiséj! – fue todo lo que consiguió decir.

- *Comment? Qu'est-ce que vous dites?* – respondió la madre de Didier, perpleja.

- ¡RAPEL... ASISÉJ! – repitió Gorka, partiéndose de la risa.

Realmente se estaba esforzando mucho por hacerlo bien y su intención era buena, pero no conseguía mantener a raya aquel ataque de hilaridad que sufría, y que estaba haciendo que se le saltaran las lágrimas.

Mediante gestos, Jon le reclamó que le pasara el auricular del teléfono.

- Déjame a mí, que tú lo haces fatal – se burló, y ya dirigiéndose a la madre de Didier, trató él también de hacer gala de su igualmente nefasto francés. - ¡MADAM! – gritó, como si aquella falta de comunicación entre ambos lados del aparato, fuera tan solo cuestión de subir el volumen. - ¡Rapel asiséj! ¡ASISÉJ! ¿GÜI? ¿GÜI? ¡ASISÉJ!

A Gorka se le escapó una sonrisa al recordar aquello...

Qué tiempos...

Eran años felices, entonces no existían las grandes preocupaciones, más allá de preparar correctamente un examen o de realizar a tiempo un trabajo de clase.

Los recuerdos comenzaban a ser de oro para él.

---

## VI

Eran las seis de la tarde. Marcos le había llamado de nuevo, diciéndole que acababa de llegar al hotel. Ambos habían quedado en encontrarse en el café *Schilling* de la calle Ferrán, y Gorka le esperaba allí tomándose una cerveza, en aquel antiguo local que fuera una armería en el pasado, cuyos altos techos surcados de siluetas de sinuosas curvas, junto con los esbeltos pilares de hierro forjado que los sustentaban, le traían a la mente los ecos del modernismo.

Aquél era un bar que a Gorka le agradaba. Estaba cerca del hotel de las Ramblas donde se hospedaba Elisa cuando venía a trabajar a Barcelona, y por ese motivo, era el lugar en el que ambos solían quedar.

Recordaba aquellos primeros tiempos en los que ella comenzó a frecuentar la ciudad: se sentaban en torno a una de aquellas mesas de mármol y comenzaban a charlar animadamente mientras se tomaban una jarra de espumosa cerveza que, con un poco de suerte, se acababa convirtiendo en un par, o incluso, en tres...

Gorka nunca tenía prisa por marchar. Aquellos ratos que pasaba conversando con Elisa transcurrían para él en un suspiro, y siempre deseaba que duraran un poco más.

También guardaba multitud de anécdotas relacionadas con Jon en aquel café. Allí dieron comienzo y finalizaron muchas de las salidas nocturnas que ambos amigos protagonizaron a lo largo de los años.

Gorka tuvo la impresión de que, a partir de ese momento, cada bar y cada esquina de aquella ciudad, le susurrarían al oído recuerdos de las personas a las que más había querido en toda su vida.

---

Al cabo de un rato, Marcos hizo su aparición por la puerta del *Schilling*. Vio a

Gorka sentado en aquella mesa junto a la pared forrada de botellas y se encaminó hacia él. Nada más verle, Gorka se puso en pie y ambos se abrazaron efusivamente. Pidió una caña para su amigo y una segunda para él. Acto seguido, se sentaron uno enfrente del otro.

- Dime, Marcos, tú como profesional de la medicina que eres: ¿cómo ha podido suceder esto? ¡Tiene que haber una explicación!

Marcos se frotó los ojos con las yemas de los dedos en un gesto que denotaba cansancio, antes de comenzar a hablar.

- ¡Ay, Gorka! – exclamó, suspirando. – ¡Qué más quisiéramos los médicos, que tener las respuestas a todas las preguntas!

- ¡Pero por qué, precisamente, Jon! ¡Si era tan deportista! ¡No conozco a nadie que estuviera más en forma que él! – protestó Gorka. – Es que no puedo dar crédito a lo que ha sucedido. Sencillamente no, no puedo.

Gorka dio un trago largo a su cerveza antes de seguir hablando. Decidió que ya era hora de compartir con alguien aquello que le venía preocupando desde hacía días.

- Jon me estuvo llamando por teléfono insistentemente a principios de la semana pasada, tan solo unos días antes de su fallecimiento, y yo no le contesté – explicó Gorka. - No encontré el momento oportuno para hacerlo. Estaba teniendo una semana muy complicada. Pensé que tendría ocasión de hablar con él más tarde, sin saber que aquella sería mi última oportunidad...

- Gorka, no puedes culparte por eso – aseguró Marcos. - Si todos fuéramos conscientes del tiempo que realmente nos queda por delante, haríamos las cosas de manera muy diferente, de eso no me cabe la menor duda. Pero no te tortures por algo así, no merece la pena. Jon sabía de sobra que lo apreciabas, se lo demostraste infinidad de veces a lo largo de todos estos años. La vida no se resume en una última llamada, créeme.

Gorka notó cómo las lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos. No obstante, las retuvo allí dentro mientras daba otro sorbo a su cerveza, tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

- Ya lo sé, Marcos, ya lo sé. Pero no dejo de preguntarme a mí mismo acerca de los motivos que tendría para llamarme con tanta insistencia durante dos días seguidos. Puede que estuviera preocupado por algún asunto concreto en el que necesitara mi ayuda, y yo no fui capaz de brindársela. Y pienso que es posible que, tal vez, aquello le generara un nivel de estrés tan elevado que precipitara los acontecimientos... - confesó Gorka, angustiado. - No sé, ésa es la terrible conclusión a la que estoy llegando yo solo, todo el rato. Por eso quería saber tu opinión. – Y Gorka clavó sus cansados y azules ojos en los de su amigo, en busca de respuestas.

- Eso no son más que elucubraciones, Gorka – aseveró Marcos. – Y tú deberías

saberlo mejor que nadie – añadió. - Además, es una manera gratuita de hacerte daño a ti mismo.

Ambos amigos guardaron silencio por un momento. Acto seguido, Marcos se inclinó hacia delante en busca de una mayor intimidad, y al volver a tomar la palabra, bajó ligeramente la voz.

- Pero te diré que, en efecto, no andas desencaminado cuando sospechas que podría estar bastante estresado – le confesó. – Sus responsabilidades se habían disparado desde el momento en que le nombraron director, y lo cierto era que no lo llevaba demasiado bien. Pero esto es algo de lo que a él no le gustaba hablar en absoluto.

- Y entonces, ¿cómo lo sabes tú? – preguntó Gorka, intrigado. – Yo creía que él estaba muy contento con su ascenso, a mí no me hizo ningún comentario negativo al respecto...

- Y lo estaba, Gorka, no cabe duda. Pero al parecer, soportaba tanta tensión... - continuó hablando Marcos. – Yo lo sé porque se sinceró conmigo y me pidió consejo profesional. Allá por el mes de mayo, vine a Barcelona para asistir a un congreso de cirugía y quedamos después a tomar unas copas. Fue entonces cuando me confesó que se sentía muy presionado por las responsabilidades que había adquirido al aceptar su nuevo cargo. Me dijo que dormía mal y que, debido a ello, a veces le dolía mucho la cabeza durante el día.

Gorka le escuchaba atentamente, mostrándose tan sorprendido como abatido. De todo aquello que Marcos le estaba relatando, él no había llegado a saber absolutamente nada.

Se sintió mal por aquellos meses en los que había permanecido tan enfrascado en sus propios problemas y en las vicisitudes de su nueva vida, que casi no se había preocupado por contactar con Jon con la frecuencia que ahora hubiera deseado. Pensó que, si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, si aquello fuera materialmente posible, rebobinar los últimos seis meses de su vida y volver a comenzar, se esforzaría muchísimo más por saber cómo le iba a su amigo, por averiguar su verdadero estado de ánimo... Le habría animado a compartir con él sus preocupaciones...

Si aquello fuera posible... Que no lo era... Ésa era la cruda realidad.

- ¿Y tú, qué le dijiste que hiciera? – quiso saber Gorka.

- Le recomendé un relajante muscular que le ayudara a dormir, con Zoldipem como principio activo – contestó Marcos. – Es un análogo a las benzodiazepinas que funciona muy bien como tratamiento del insomnio a corto plazo, pero del que no conviene en absoluto abusar. Es por ello que al día siguiente le proporcioné una única caja y le aconsejé que solo lo empleara de manera puntual y durante un breve espacio de tiempo, como forma de paliar los síntomas de un ligero estrés. Le advertí que si el insomnio persistía, tendría que plantearse soluciones más serias y a más largo plazo.

Marcos tenía la mirada fija en algún punto de su jarra de cerveza, aparentemente concentrado en la tarea de secar con la yema de los dedos las minúsculas gotitas de líquido que resbalaban por la superficie del frío vidrio, y su expresión reflejaba un profundo estado de tristeza. Gorka comprendió entonces, que no era él el único de los amigos de Jon que se sentía mal por todo lo que había sucedido.

- También le dije que me preocupaban esos dolores de cabeza de los que hablaba – continuó Marcos. – Que si no desaparecían, era recomendable que acudiera a su médico y se realizara una serie de pruebas.

- ¿Qué clase de pruebas eran esas?

- Oh, pruebas diagnósticas, tan solo para descartar posibles patologías. Le insté a que empezara con un chequeo general, ya sabes, el típico análisis de sangre, un electrocardiograma y una revisión de la tensión arterial. Eso, como medida previa antes de plantearse la conveniencia de visitar a un neurólogo.

- ¿Y él qué te contestó?

- Bueno, se limitó a reírse – dijo, bajando aún más los ojos. – Me dijo que era un exagerado. Que no me preocupara, que lo suyo era algo completamente pasajero, hasta que se acostumbrara a sus nuevas responsabilidades. Me dio las gracias por las pastillas y se marchó. Y ésa fue la última vez que lo vi.

Marcos alzó la vista con los ojos humedecidos, y miró directamente a los de su amigo.

- ¿Te das cuenta, Gorka? – dijo. - Yo sí que podría sentirme responsable de lo que sucedió. Tendría que haberle insistido más en que se hiciera un examen completo, tendría que haber estado encima de él, supervisándole, tendría...

- Marcos, Marcos, espera – le interrumpió Gorka.- Tú me dijiste que probablemente se trataba de un problema congénito. ¿Acaso se podría haber prevenido o detectado de alguna manera, a simple vista?

- No, ciertamente no, Gorka – reconoció Marcos. – Nada se habría podido hacer. El aneurisma que presentaba era enorme, quién iba a adivinar que aquello estaba allí... Desde vete a saber cuándo... La hemorragia intracraneal que sufrió, inundó completamente de sangre el parénquima cerebral. La destrucción del tejido fue demoledora. En el hospital no pudieron hacer otra cosa que mantenerlo artificialmente con vida durante veinticuatro horas más.

- Pues entonces hagamos un trato, Marcos – le propuso Gorka a su amigo, apretándole con fuerza el antebrazo. – Ni tú ni yo nos vamos a culpar más por aquello que no hicimos, y ahora suponemos que deberíamos haber hecho, ¿de acuerdo?

- De acuerdo Gorka, tienes razón – contestó un apesadumbrado Marcos. – Si no lo hacemos así, nos vamos a volver completamente locos...

Gorka se percató de que el rostro de su amigo, que a momento dado parecía tenso y crispado, comenzaba por fin a relajarse, y ambos sintieron que les invadía una cierta sensación de alivio. Aquella conversación había resultado ser reconfortante para los dos.

- Gracias, Gorka – le dijo Marcos. – Ha sido un placer poder hablar contigo.

- Lo mismo digo, Marcos. Lo mismo digo.

Las pantallas de sus teléfonos móviles se iluminaron al unísono. Estaban recibiendo un mensaje de Julen, anunciando que acababa de aparecer por el hotel, el último de los amigos que faltaba por llegar. En unos minutos se iban a reunir todos en el vestíbulo principal.

Marcos y Gorka se pusieron en pie y salieron a la calle, dispuestos a ir al encuentro del resto del grupo.

---

## VII

A Gorka le produjo una extraña sensación el hecho de reencontrarse con gran parte de sus amigos de Vitoria-Gasteiz allí reunidos. Todo aquél que había encontrado la manera de desplazarse hasta Barcelona aquel día, sorteando obligaciones laborales y demás compromisos, lo había hecho.

Estaba Unai con su mujer, Marta, y Óscar había venido acompañado de Eva. También estaban Koldo y Julen, cuyas mujeres se habían quedado en casa con los niños, y ellos se excusaron en su nombre por no haber podido acudir, muy a su pesar.

Y estaba Ander, otro de los imprescindibles del grupo, que fue uno de los primeros en confirmar su presencia en aquel encuentro, como no podía ser de otro modo. Marcos y Gorka comenzaron a abrazarse afectuosamente con cada uno de ellos.

Elisa también estaba allí. Gorka advirtió su presencia nada más entrar. Habría sido capaz de localizarla de un primer vistazo, incluso si el vestíbulo se hubiera encontrado abarrotado de gente.

Él siempre la veía destacar entre la multitud.

Gorka la contempló, como de costumbre, desde la otra orilla de aquel río que ambos iban recorriendo en paralelo a lo largo de su vida, dos márgenes que no habían llegado jamás a converger en punto alguno. Y los pocos puentes que en ocasiones fueron tendidos sobre aquellas aguas turbulentas, resultaron ser tan frágiles y endebles, que nunca sirvieron para que ninguno de los dos consiguiera cruzarlos.

Gorka pensó que si alguna vez hubo una metáfora que realmente definiera su relación con Elisa, aquélla era, sin duda, la más acertada.

Se miraron por un momento, los dos inmóviles, de pie uno frente al otro. Ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar, si optar por darse un abrazo como estaban haciendo los demás, o limitarse a intercambiar los dos besos que dictaba el convencionalismo más elemental. Al final, esbozaron un intento de abrazo que se quedó en nada para, acto seguido, escenificar un parco y frío cruce de mejillas, en el que sus rostros no llegaron siquiera a rozarse.

Todo el grupo mostraba un semblante triste y abatido. De sus conversaciones tan solo se desprendían las frases de condolencia, las palmadas en la espalda, las miradas al suelo para controlar las lágrimas que asomaban a los ojos, los llantos de aquéllos que no eran capaces de contenerlas... El panorama era completamente desolador. Incluso Ander, el más bromista del grupo y el que habitualmente era el primero en amenizar las fiestas con sus mofas y payasadas, se mostraba ahora taciturno y sombrío.

- Bueno, creo que será mejor que nos movamos de aquí, ¿no os parece? – propuso Julen, aprovechando uno de aquellos largos silencios que se produjeron. – Venga, Gorka, tú que eres el que mejor conoce la ciudad, llévanos a algún sitio.

En la calle empezaba a oscurecer, mientras que la temperatura seguía siendo cálida, algo que agradaba especialmente a los vitorianos, acostumbrados como estaban a que refrescara irremediabilmente nada más caer el sol.

Todos juntos encaminaron sus pasos hacia la parte más antigua de la ciudad. Dado que algunos de ellos apenas conocían Barcelona, Gorka les condujo hasta la cercana Catedral y una vez allí, dieron un paseo callejeando por los lugares más relevantes del Barrio Gótico. Más tarde, cruzaron de nuevo al otro lado de la Vía Laietana y se dirigieron al mercado de Santa Caterina, una edificación en la que la fachada más relevante es, curiosamente, su cubierta de trazo ondulado. A todos ellos les causó una grata impresión que estuviera espectacularmente rematada con mosaicos cerámicos de vivos colores.

- ¡Es impresionante! – exclamó Eva. - ¡Nunca había visto nada igual! Gorka, ¿se había hecho antes una cubierta así?

Eva miró a Gorka, que parecía no haberle escuchado, enfrascado como estaba en sus propios pensamientos.

- ¿En qué piensas, Gorka? – le preguntó ella.

- ¡Oh, sí!, perdona Eva, te he oído perfectamente – se disculpó él. – Pero es que, precisamente en estos momentos me estaba acordando del arquitecto que la diseñó - añadió. – Se llamaba Enric Miralles y la proyectó junto a su esposa, la también arquitecta Benedetta Tagliabue. Él, a pesar de ser un hombre joven, era un arquitecto ya consagrado, una de las grandes figuras de la arquitectura de nuestros tiempos.

- ¿Era? – preguntó Eva, con curiosidad.

- Sí, era. Falleció a los cuarenta y cinco años, nuestra misma edad. La edad de Jon. De un tumor cerebral. Y no tuvo ocasión de ver construida esta gran obra. Ni ésta, ni muchas otras más que tenía proyectadas.

- Oh, qué desgracia... - musitó Marta, apesadumbrada. – Qué injusta es la vida con muchas personas, ¿verdad?

- Cuando menos te lo esperas... Llega tu final... - corroboró Eva. – Una injusticia total...

- Dices que la diseñó junto a su mujer, ¿no es así? – quiso saber Unai. - ¿Y qué fue de ella, una vez que su marido falleció?

- Bueno, ella siguió adelante con su carrera y con su estudio. Hoy en día es una de las arquitectas más prestigiosas del panorama internacional – le informó Gorka.

- ¡Vaya, cuánto me alegro! – exclamó Eva. - Ésa es una buena señal, significa que la vida sigue, ¿no es cierto? Pues habrá que aceptarlo así... Qué remedio nos queda...

Todos parecieron reflexionar sobre ello.

- Y en este edificio que veis enfrente del mercado – dijo Gorka, y señaló el inmueble que se encontraba a sus espaldas, - se halla la sede de la emisora de radio en la que trabajó Jon, al poco tiempo de nacer su hijo Marc.

Todos se giraron a contemplarlo e, instintivamente, guardaron un momento de silencio, como si estuvieran visitando un templo sagrado o algún tipo de mausoleo en el que tuvieran que mostrar respeto y recogimiento.

– Os he traído hasta aquí para enseñároslo. El hecho de que el edificio se encuentre justo enfrente del mercado, es tan solo una pura casualidad – prosiguió Gorka.

- La vida está llena de pequeñas casualidades... - concluyó Marta, como en un susurro.

La que no decía nada, era Elisa. Se mantenía al margen de la conversación, un tanto apartada. Tan solo miraba y escuchaba atentamente todo lo que se decía. Pero no pronunciaba ni una sola palabra.

- ¡Bueno, yo tengo hambre! – exclamó Ander, sacándolos a todos del ensimismamiento tan profundo en el que parecían haber caído. – Gorka, ¿dónde tienes pensado llevarnos a cenar?

---

## VIII



En aquel restaurante del Paseo del *Born*, justo delante del antiguo Mercado del mismo nombre, cuyos muros albergan los restos de la ciudad antigua, les habían preparado una gran mesa en el exterior para que pudieran cenar a la luz de la luna. Todos tomaron asiento alrededor de ella, y comenzaron pidiendo el vino.

- ¡Vamos a brindar por Jon! – anunció Óscar alzando su copa, y los demás le secundaron. – Porque estoy seguro de que a él no le gustaría vernos tristes y deprimidos. Y brindo porque esta noche seamos capaces de recordarlo en los buenos momentos, que, como todos sabemos de sobra, han sido muchos.

- ¡Por Jon! – exclamó a su vez, Ander. - ¡Y por los buenos tiempos! ¡Y por todo lo que hemos compartido juntos!

Los demás se pusieron en pie y brindaron con la emoción a flor de piel y con los ojos humedecidos, tan brillantes como la oscilante y saltarina llama de una vela.

Les hacía falta relajarse un poco y aquél era sin duda un buen comienzo, una manera de aparcar la tristeza y la pesadumbre que les acompañaba a todos, aunque solo fuera durante las horas que pasaran juntos. Siempre era bonito reunirse y charlar todos unidos, recordando los viejos tiempos y las anécdotas tantas veces repetidas, algunas de las cuales se remontaban a su época de estudiantes.

- ¿Recordáis cuando Jon y Ander pusieron aquel petardo en la papelera del patio del colegio? – preguntó Unai. Y dirigiéndose a Ander, prosiguió: - ¡Erais unos cabrones, casi se nos cae el pelo a la clase entera!

Y todos rieron.

- ¡Oh, calla, capullo! – ordenó Ander, entre risas. – Ahora va a parecer que tú eras un santo. ¡Menuda liasteis Koldo y tú, en tercero! ¡Ésa sí que fue buena! El Padre Francisco estaba tan enfadado... ¡A punto estuvo de suspender la excursión de fin de curso!

- ¿Qué hicisteis, cariño? – preguntó Marta, divertida. – ¡Esa historia, yo no me la sé!

- Marta, no quieras saberlo... – respondió Unai, mirando a su mujer con sonrisa pícara.

- Los dos eran monaguillos del Padre Francisco, y se les ocurrió la genial idea de tirar por el retrete las hostias que tenía que consagrar – relató Julen. - ¡Nunca había visto a aquel hombre tan cabreado!

Y más risas.

La noche avanzaba y la lista de travesuras e historietas varias era interminable. Justo lo que necesitaban para disfrutar de un buen rato todos juntos, de una manera amigable y distendida.

- Gorka, ya me he enterado de que te golpearon la semana pasada en una

manifestación – comentó Ander, de pronto, reparando en la mano vendada de su amigo.  
- ¿Cómo te encuentras? ¿Te dieron una buena paliza?

Entonces Gorka se percató de que, al oír aquello, Elisa levantaba la cabeza y le miraba con aparente interés, y se sintió aliviado al comprobar que, a pesar de todo, al menos ella seguía preocupándose por su bienestar, aunque solo fuera un poco.

- ¡No, qué va, no fue nada! – respondió, restándole importancia al incidente.

No quería pasar a ser el centro de atención, ni que sus amigos se inquietaran por él. Y aunque la lesión de la mano no tenía nada que ver con los disturbios de Minnesota, tampoco le apetecía tener que dar explicaciones al respecto. No se sentía con ganas de contarles a todos por qué se había desollado la mano contra aquella columna.

- Me llevé un buen golpe en la espalda y nada más, estoy bien – dijo, tratando de dar por finalizado el tema.

- ¡Pero tengo entendido que un día te llegaron a disparar y todo! – exclamó Eva. - Ocurrió en Dallas, ¿no es así? ¡Nos lo ha contado Marcos!

Efectivamente, Gorka recordaba habérselo comentado de pasada a su amigo por teléfono, un día de éstos en los que estuvieron charlando un buen rato. Y en aquel momento, se arrepintió de haberlo hecho.

- ¡Sí, aquel tiroteo fue serio! ¡Salió en las noticias! – añadió Óscar. - ¡Murieron varios policías!

- No me pasó nada, de veras, yo me encontraba lejos de la línea de fuego... - mintió Gorka.

- ¡Pero qué trabajo tan peligroso te has buscado, tío! – exclamó Julen, mirando a su amigo con preocupación. - ¿Para eso, no habría sido mucho mejor que te quedaras aquí, en casa? ¿Por qué tenías que marcharte?

Y al hilo de esta pregunta, fue Gorka el que buscó descaradamente la mirada de Elisa. Ésta, al ver sus ojos clavados en ella, sintió un ligero sonrojo y bajó bruscamente la vista hacia el mantel.

- Bueno, no creáis que es así siempre – contestó Gorka, tratando de tranquilizar a sus amigos. – La mayoría de los días son pacíficos, no estoy asistiendo continuamente a manifestaciones...

De pronto, Ander empezó a reírse estrepitosamente. Se había acordado de algo.

- ¡Lo que te pasa a ti, es que añoras las broncas que se armaban en los ochenta!, ¿a que sí? ¡Le cogiste el gusto a eso de correr delante de los *beltzas*! [\[4\]](#)

- ¡Ander, qué bruto eres! – le recriminó Eva.- ¡Nadie echa de menos aquellos tiempos! ¡Es horrible lo que acabas de decir!

- Pues por aquel entonces, a mis primos de Madrid les encantaba venir a las fiestas de Vitoria – reconoció Koldo. – Siempre volvían a casa con algún *souvenir*, del estilo

de un bote de humo aplastado, o un par de pelotas de goma reventadas. Para ellos, lo de las manifestaciones y la policía disparando contra todo lo que se movía, era un atractivo más de las fiestas. Algo así como los encierros de San Fermín en Pamplona, vaya.

- ¡Qué frívolos, tus primos! – protestó Eva.

- Lo cierto es que, a veces, hasta nos lo pasábamos bien... - reconoció Julen.

- Es que éramos jóvenes e inconscientes... - añadió Elisa. - Si lo piensas ahora... - Y su cara se sonrojó de nuevo al recordar.

- Pero, ¡y qué remedio teníamos! – exclamó Ander.- ¡Era eso, o no salir de casa, no había otra elección!

- Y nosotros nunca lo buscábamos. Ni lo alentábamos, ni lo defendíamos. Simplemente, nos lo encontrábamos por sorpresa – añadió Koldo.

- Difícil olvidar aquellos tiempos, sí... - reconoció Óscar.

Todos recordaban perfectamente los altercados que estallaban en las calles de Vitoria-Gasteiz durante aquella época convulsa, en los que a veces se veían involucrados muy en contra de su voluntad, y a pesar de ser completamente ajenos al conflicto que los originaba.

Ellos tan solo eran unos adolescentes que trataban de disfrutar al máximo de aquellos preciados años de su juventud.

## ***Fiestas de la Virgen Blanca.***

***Vitoria-Gasteiz, 6 de agosto de 1987.***

### **I**

- Ayer salí a dar un paseo con la familia – le confesó Antonio, de pronto, a su compañero Rafael.

- ¿Va en serio? – le preguntó éste, muy sorprendido.

>Rafael conducía el vehículo, mientras su compañero iba de copiloto. Los dos pares de ojos siempre abiertos, expectantes, escrutando con milimétrica precisión cada detalle de lo que ocurría al otro lado de las lunas de aquel *Talbot Horizon*, atentos ante la mirada furtiva de un viandante, al menor gesto sospechoso...

- ¿Y a dónde fuisteis? – quiso saber.

- Bueno, pues sin más. Dimos una pequeña vuelta. Lo pasamos bien – le explicó Antonio, vagamente. – Mi mujer quería ver el ambiente de las fiestas, y pensamos que no había nada de malo en ello. Los niños se lo pasaron en grande con el *Gargantua* [5], aunque al pequeño le dio un poco de miedo al principio. Después, les compramos unos bollos en *La Suiza* y nos volvimos a casa.

- ¿Y no subisteis al Casco Viejo? – preguntó Rafael, verdaderamente intrigado.

Dejaban atrás el Paseo de Cervantes y se adentraban en Armentia, siguiendo al coche patrulla que les precedía.

- ¡No hombre no! – exclamó Antonio. – Ni se me pasó por la cabeza. Nos limitamos a pasear por la calle Dato y llegamos hasta la Plaza de la Virgen Blanca. Justo por el centro, ya sabes. Esa zona es bastante segura.

Rafael se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Aquél era un día muy caluroso y el sol se mostraba inmisericorde allá en lo alto, cayendo a plomo sobre el vehículo policial que, a pesar de todo, mantenía las ventanillas bien cerradas.

El barrio de Armentia, compuesto en gran medida por caseríos de piedra y viviendas unifamiliares con jardín, se veía muy animado a aquellas primeras horas de la tarde. Las múltiples sidrerías de la zona, inmersas en el ambiente festivo que reinaba en toda la ciudad, estaban llenas a rebosar. Sentados a las mesas de las terrazas y formando grandes grupos, los clientes daban buena cuenta de sus respectivos cafés, copas y

puros, entre risas y animados cánticos. Y todo ello, sin duda, después de haber disfrutado de una opípara y bien regada comida.

Rafael les observaba con sana envidia. A él también le habría gustado poder salir a divertirse durante las fiestas, a pasear con su mujer y con sus dos hijas, y a contagiarse de la alegría de la ciudad, tomando unos potes con los amigos en algún local de la Plaza España, o en uno de los múltiples bares que abarrotaban las pintorescas calles del Casco Antiguo. Él, que también era joven como su compañero, habría deseado, en definitiva, poder disfrutar de la vida y de la felicidad como lo haría cualquier otro ciudadano.

Sentirse libre. No tener miedo.

Pero aquello podía ser. No, al menos, para un policía nacional que viviera en *Euskal Herria* [6] en aquellos tiempos tan complicados. Él no se atrevería a salir con la familia por el centro de la ciudad como, al parecer, había hecho su compañero. Al contrario que Antonio, él no podría evitar mantenerse alerta en todo momento, desconfiando, vigilando por si alguien les miraba, por si alguno le reconocía y le daba un codazo al compañero de al lado, avisando de su presencia...

No le merecía la pena ni tan siquiera intentarlo, no sería capaz de disfrutar ni un solo segundo, ante la angustiada posibilidad de que estuviera poniendo en peligro a los suyos. A los que él más quería en este mundo.

Rafael suspiró y pensó que tal vez, con el paso del tiempo, llegaría el día en que la policía podría vivir tranquila en un entorno que ahora le resultaba tan hostil, sin miedo a cumplir con su cometido y sin ser objeto de un evidente rechazo social que, en el peor de los casos, podía llegar hasta el extremo de convertirles en el blanco del terror más despiadado.

Lo deseaba especialmente por sus hijas, para las que soñaba con una vida en paz. Tal vez algún día, esa vida llegaría.

Tal vez... Algún día...

- Vamos a parar en la fuente de Armentia – anunció una voz conocida, que se abrió paso entre el ruido de fondo del radiotransmisor. El mensaje provenía del coche que les precedía.

- Recibido – contestó Antonio, asiendo el aparato con la mano derecha y pulsando el botón de habla. – Pararemos detrás vuestro.

Siguiendo al primer vehículo de la patrulla bordearon las campos de Armentia, coronadas en su extremo oeste por la presencia de la basílica medieval.

Esparcidos por la hierba del vasto prado, un grupo de *punkies* – muy aficionados ellos también a las fiestas vitorianas, – descansaban bajo las sombras de los escasos fresnos del lugar, reponiendo fuerzas para afrontar otra noche de juerga ininterrumpida hasta el amanecer.

Los dos vehículos del convoy policial rodearon la iglesia y se detuvieron uno detrás de otro, a escasos metros de una fuente de aguas puras y cristalinas que borboteaba alegremente. Los cuatro agentes se bajaron de sus respectivos coches y se acercaron al surtidor para beber y refrescarse, tratando de mitigar aquel sofocante calor.

- Bueno, vámonos de aquí cuanto antes – ordenó uno de los compañeros del primer coche mientras se sacudía el agua de las manos, después de haberse humedecido con ellas la nuca y el rostro. – Este sitio no es seguro.

En efecto, aquel lugar no formaba parte de su trayecto oficial. No tenían un cometido específico que cumplir en aquella zona, desde el punto de vista policial. Solo tenían calor, un calor insoportable que les adormecía, y del que trataban de desprenderse de la mejor forma posible para poder mantenerse atentos y vigilantes.

Y no era la primera vez que paraban allí. Aquel verano estaba resultando asfixiante.

A los pocos minutos ya estaban todos de nuevo en el interior de sus coches Z.

Ya giraban la llave del contacto de sendos vehículos y reanudaban la marcha, uno siguiendo al otro, en el mismo orden en el que habían llegado.

Ya dejaban atrás el Alto de Armentia y se encaminaban hacia el Paseo de San Prudencio.

Ya pasaban por una curva, a escasos cien metros de la fuente del agua, donde un coche- bomba les esperaba aparcado junto a unos contenedores de basura, cargado con diez kilos de amonal y abundante metralla compuesta por bolas de rodamiento y tuercas.

Ya estaba todo dispuesto para accionar el detonador a su paso, tratando de causar el mayor daño posible.

Y así se hizo.

La explosión fue tan fuerte, que algunos fragmentos de la metralla aparecieron incrustados en las fachadas de las casas situadas a centenares de metros del lugar, desencajándose puertas y ventanas a causa de la onda expansiva.

Fue tan devastadora, que arrasó la vegetación colindante dejando un paisaje de tierra quemada, de árboles destrozados y ramas arrancadas y esparcidas por todos lados.

Fue tan certera, que alcanzó de lleno al segundo coche del convoy en el que viajaban Antonio y Rafael, haciendo estallar el vehículo en mil pedazos.

Fue tan cruel, que sesgó bruscamente la vida de dos hombres jóvenes, reventándoles el cráneo y produciéndoles quemaduras por todo el cuerpo de tal magnitud, que nada se pudo hacer por ellos cuando ingresaron en el hospital más allá de certificar su muerte.

Fue tan injusta, que se llevó por delante la felicidad de dos inocentes familias, con sus ilusiones y esperanzas, con sus sueños y sus planes para el futuro.

En tan solo un instante.

-----

## ***Vitoria-Gasteiz, 8 de agosto de 1987.***

### **II**

Aquel verano, el ambiente de las fiestas de La Virgen Blanca estaba enrarecido. No hizo falta que nadie se lo contara, Gorka se dio cuenta por sí mismo nada más poner un pie en el Casco Viejo de la ciudad.

Por primera vez en mucho tiempo, llegaba a Vitoria-Gasteiz cuando la semana festiva estaba ya muy avanzada. Él habría preferido dejarse caer por allí el cuatro de agosto, al igual que hacía siempre, y así poder disfrutar de las fiestas desde el principio. Pero en esta ocasión, se trataba de escoger entre la diversión *gasteiztarra* [7] asegurada, o unos campamentos en Besalú junto a los compañeros de su colegio de Barcelona, así que optó por la segunda opción, como cosa excepcional.

Y no se trataba de una elección casual. Para nada. La balanza se había decantado hacia ese lado, desde el mismo momento en el que Meritxell le susurró al oído que ella ya se había apuntado, para después alejarse de allí dedicándole una seductora sonrisa. Por toda la clase corría el rumor de que ella estaba loquita por Gorka, y a él, por su parte, la idea no le desagradaba en absoluto.

Así que su elección resultó ser a todas luces la acertada porque, efectivamente, el campamento fue tan interesante y provechoso como prometía desde un principio. Durante el día realizaban numerosas excursiones por las rutas de la Garrotxa e interesantes visitas para conocer la magnífica villa medieval junto a la que acampaban, mientras que, por las noches, Gorka se entregaba con ardor a los tiernos besos adolescentes de la muchacha, que intercambiaban furtivamente detrás de alguna tienda de campaña, a la tenue luz de una hoguera lejana.

Sí, en efecto, había sido una elección feliz. Al fin y al cabo, las fiestas de Vitoria se repetían cada año. Y además, por disfrutar de aquella bella historia de amor, no había tenido que renunciar del todo al acontecimiento más esperado del verano: todavía le quedaban dos días – y lo que era aún más importante, sus dos noches, - para sacarles el máximo partido, en compañía de sus mejores amigos.

Como cada vez que regresaba a su ciudad natal sin la compañía de sus padres, Teresa, la madre de Jon, le había invitado a dormir en su casa, donde siempre tendría

una cama reservada para él.

Nada más poner un pie en la estación de tren, Gorka reconoció a lo lejos a su amigo Jon, que venía a buscarlo. Con su metro ochenta y cinco de estatura, sobresalía por encima de aquella amalgama de pasajeros y acompañantes que inundaba el andén, de modo que resultaba sencillo localizarlo. Se dieron un fuerte abrazo. Gorka sintió al instante que había regresado a su hogar.

- ¡Bienvenido! – le recibió cariñosamente Teresa en cuanto entraron en casa, quitándose el delantal y dándole al muchacho un par de cariñosos besos en las mejillas. – ¡Me alegro mucho de tenerte aquí de nuevo! ¡Jon estaba impaciente por que llegaras!

- ¡Yo también estaba deseando venir! – correspondió Gorka, afectuoso. - ¡Echaba de menos tus maravillosos guisos! – y le dedicó una amplia sonrisa al percibir el delicioso olor que provenía de la cocina. – Estás preparando *marmitako*, ¿verdad?

- ¡Sí, has acertado! – contestó ella, complacida. - Espero que os guste.

- No tengas la menor duda, Teresa. Estará exquisito. – aseguró Gorka, amablemente.

A ella le llamó la atención lo mucho que había cambiado aquel muchacho, desde que se fuera a vivir a Barcelona dos años atrás. Si antes lo recordaba como un niño tímido y de aspecto retraído al que no le gustaba nada destacar, ahora, en cambio, a sus dieciséis años, se mostraba desenvuelto y mucho más seguro de sí mismo, dirigiéndose a Teresa de frente cuando antes escondía la mirada, e incluso refiriéndose a ella por su nombre.

Echó un vistazo a su aspecto y apreció que los cambios físicos también eran muy evidentes: había crecido y estaba visiblemente más delgado. Nadie que no lo conociera desde su más tierna infancia como ella podría pensar que tiempo atrás tuvo un ligero sobrepeso, porque de aquello ya no quedaba ni rastro.

- ¡Pero qué guapo te veo! Has adelgazado, ¿verdad? ¡Menudo cambio! ¡Estás estupendo! – exclamó Teresa mientras Gorka agachaba la cabeza, sintiéndose halagado y azorado al mismo tiempo.

Ella sonrió disimuladamente: estaba claro que la timidez de aquel muchacho no había desaparecido por completo. Seguía allí latente, en lo más profundo de su ser, oculta bajo capas de recién estrenada autoestima.

-----

### III

Después de disfrutar de la magnífica cena que Teresa les había preparado, los dos



amigos se encaminaron hacia la parte vieja de la ciudad. Iban al encuentro del resto del grupo, con los que habían quedado en un bar de la Cuesta de San Vicente para empezar la noche.

Poco antes de llegar a su destino, pasaron por delante de un comercio al que le habían reventado las cristalerías del escaparate. Acto seguido, se cruzaron con dos contenedores de basura que se encontraban volcados sobre la acera, medio calcinados y con su contenido desparramado por todo el suelo, reducido prácticamente a cenizas.

- ¡Buf! ¡Pero qué ha pasado aquí! – exclamó Gorka, sorprendido.

Aquello parecía el escenario de una batalla campal.

- Bueno, lo cierto es que estamos teniendo unas fiestas, digamos, “moviditas” – le explicó Jon. - ¿Te has enterado del asesinato de los dos policías?

Gorka asintió con la cabeza. Lo había escuchado en las noticias.

- Anteayer les hicieron volar por los aires, tío, una salvajada. Les metieron nada menos que diez kilos de explosivos – prosiguió Jon. - Y para colmo de males, la bomba estalló nada menos que en Armentia, justo a la hora en la que todos los restaurantes de la zona estaban llenos a rebosar. Podría haber causado una auténtica masacre, de veras... Y desde que ocurrió, todo el mundo está muy nervioso en esta ciudad, no veas cuánto...

Y mientras caminaban, se iban cruzando con numerosas personas de estética *abertzale* [8] que se dirigían apresuradamente en dirección contraria, portando *ikurriñas* [9] y pancartas enrolladas en las que se podían leer frases escritas en *euskera*, con mensajes de apoyo a los presos de E.T.A.

- Ya me acuerdo del año pasado, también entonces hubo jaleo – comentó Gorka, recordando los incidentes que tuvieron lugar el verano anterior a causa de los enfrentamientos entre los manifestantes y la policía.

- Sí, pero esta vez es peor. No veas qué movidas llevamos estos días – prosiguió Jon. - No hay noche que no termine en bronca. Hoy se han celebrado los funerales por los dos policías, y eso no les ha frenado a los de las gestoras pro- amnistía para seguir con lo suyo. Ya puedes ver que, a pesar de todo, han organizado una manifestación por el Casco Viejo – dijo, señalando a las personas con las que se cruzaban. – Y como era de esperar, no les han dado autorización. Ya veremos la que se lía...

Llegaron al bar donde habían quedado con sus amigos y las malas vibraciones que arrastraban con aquella conversación que venían manteniendo, se esfumaron como por arte de magia. Gorka fue recibido con profusas muestras de afecto, como siempre que volvía a la ciudad. Todos se alegraban de verlo, y se interrumpían unos a otros tratando de relatarle, con mayor o menor fidelidad a la verdad, las anécdotas más variopintas y divertidas que se habían producido durante su ausencia. También le pusieron al día de las principales novedades.

- ¿Sabes que a partir de este próximo curso tendremos chicas en el colegio? – le contó Ander, visiblemente encantado con la idea.

– Dicen que tocará a unas diez por clase, eso como mínimo – añadió Julen.

- ¡Flipo con que todavía estéis así, tíos! – exclamó Gorka, divertido ante el evidente entusiasmo que se reflejaba en las caras de sus amigos. – Es que esto de la segregación no lo entiendo. Yo voy a clase con chicas desde que me fui a Barcelona. Y os aseguro que el trato con ellas es de lo más normal.

- ¡Eyyyyy! ¡Cuenta, cuenta! – le animó Óscar.- ¡Que ya nos ha llegado la onda de que tienes novia!

Gorka le dedicó una mirada inquisidora a Jon, que se encogió de hombros y le devolvió una sonrisa a modo de disculpa, ya que era evidente que la noticia la había filtrado él.

- ¡Venga tíos, idos a la mierda! – contestó Gorka entre risas, zanjando toda posibilidad de dar explicaciones al respecto.

No le gustaba nada hablar de sus intimidades y, mucho menos, alardear de sus experiencias a costa de una chica. Prefería guardarse los detalles para sí mismo.

– Es una amiga y ya está – añadió, como todo comentario. - ¿Qué pasa? ¿Qué aquí no os coméis un roscó, o qué?

Gorka lanzó la pregunta al aire por ver si alguien recogía el guante, tratando de desviar la atención lejos de su persona. Y realmente lo consiguió porque, a continuación, cada uno de sus amigos pasó a relatar sus propias aventuras amorosas y escauceos varios, llevados a término con mayor o menor fortuna, según los casos.

- Oye, y en general, ¿qué tal están las chicas de tu clase? – volvió a la carga Ander, insatisfecho con la poca información que le habían conseguido sonsacar al recién llegado. - ¿Están buenas?

- No alucines tanto, Ander – le respondió Gorka, dándole una palmadita en la espalda a su amigo, como si se tratara de un incauto discípulo al que un experto consejero como él habría de orientar. - Ya verás que hay de todo. Algunas están realmente bien, y otras son unos orcos de cuidado. ¡Tú por si acaso, prepárate para lo peor!

Y todos rieron con ganas.

- Pues precisamente, una de las chicas nuevas que viene en septiembre al colegio, es Elisa Unza, la prima de Marcos – soltó Óscar, de pronto. - Así que tú juzgarás, pero yo diría que por el momento, la cosa no pinta nada mal... – dejó caer como si nada, dedicándoles a todos una mirada maliciosa.

A Gorka, el comentario le pilló completamente desprevenido. Con la sola mención de aquel nombre, todos sus sentidos se habían puesto en alerta y la sonrisa se le había

descolgado de golpe de los labios.

Elisa.

Compartiendo aula con sus antiguos compañeros.

Y mientras tanto, él estaría bien lejos de allí. A cientos de kilómetros.

Si no se hubiera marchado, podrían haber coincidido en la misma clase...

Se había quedado repentinamente callado, obligando a su rostro a convertirse en un muro que no transmitiera la menor emoción, mientras trataba de encajar aquel golpe bajo que el destino le acababa de dar.

- Ojo con lo que dices de mi prima, ¿eh? – saltó a la defensiva, Marcos. – Que es una tía majísima. ¡No te pases ni un pelo! – amenazó.

- ¡Claro que no, Marcos! – le replicó Unai. – ¡Tranquilo, que no nos la vamos a comer!

- Tienes que reconocer que tu prima está muy bien – puntualizó Koldo. – No estamos diciendo nada malo, es la verdad. Es muy guapa, admítelo.

- La que está buena, pero bien buena de verdad, es su amiga – apuntó Julen. - ¿Cómo se llama la morena, la que va siempre con ella?

- Se llama Irene – informó Ander. – Y además, es muy simpática. Últimamente hablo mucho con ella. Me la suelo encontrar en la biblioteca.

- ¡Jo tío, pero qué suerte tienes! – exclamó Julen, admirado. – ¡De verdad, no sé cómo te lo montas para hablar con todas las chicas guapas de la ciudad!

Ander sonrió, poniéndose todo ufano, y comenzó a alardear jocosamente de ser un conquistador.

- ¡A ti te lo voy a contar, capullo! - le espetó a su amigo Julen, en tono provocador.

En ese momento, todos aprovecharon para meterse con él.

- ¡Éste solo va a la biblioteca a ligar! – se mofó Jon. - ¡Si no sabe ni leer!

- ¡Calla, cabrón! – se la devolvió Ander. - ¡Tú vas a ser virgen hasta los treinta! ¡Si se te ve en la cara, pardillo!

Semejante comentario se hizo merecedor del aluvión de collejas que Jon le propinó entre risas, y Ander por su parte se defendió, repartiendo numerosos codazos que cayeron en todas direcciones, provocando de paso que los demás se sumaran a la trifulca. Aquello, en definitiva, no era más que una clara demostración de afecto entre verdaderos amigos camuflada de riña, esa extraña reacción que se produce en las pandillas de chicos, cuando se mezcla la testosterona con las muestras de camaradería.

Gorka se sentía muy a gusto rodeado de todos sus amigos. Cada vez que llegaba a la ciudad, lo primero que quería hacer era verlos cuanto antes. Junto a ellos, el tiempo volaba entre risas y bromas.

Y aunque hubiera pasado mucho tiempo desde su última visita, lo cierto era que, cada vez que regresaba, se sentía completamente integrado entre los suyos y experimentaba la grata sensación de no haberse marchado nunca.

-----

## IV

Nada más salir de aquel local, iniciaron su habitual ronda por los bares de siempre, con la particularidad de que, al ser fiestas, estaban todos tan abarrotados que a menudo tenían que conformarse con sacar las bebidas a la calle. Apenas se podía acceder al interior, y en muchas ocasiones, lo hacían tan solo para tratar de atrapar al vuelo a unos saturados camareros, que atendían diligentemente al otro lado de la barra.

Ya se acercaba la madrugada, cuando decidieron cambiar de zona y dirigirse a los bares de la Calle Zapatería.

Entraron en uno que se encontraba a media calle, y se toparon de frente con Elisa, Irene, y todas sus amigas. Marcos y Ander fueron los únicos en dirigirse a ellas y entablar conversación, mientras que el resto del grupo organizó su propio corrillo a una distancia prudencial del de las chicas, procurando no mezclarse con ellas. Siguiendo esa misma tendencia, Gorka optó por retomar sus viejas costumbres y mantenerse también al margen, ofreciéndose a acompañar a Jon – que llevaba el bote, - a la barra, tratando ambos de encontrar un hueco libre entre la multitud que se agolpaba ante ella, a fin de poder pedir unas cervezas para todos.

Una vez lograron su intrépido objetivo, regresaron abriéndose camino entre la gente con la ayuda de los codos y se unieron al resto del grupo de los chicos, comenzando a repartir los botellines entre sus amigos.

En ese instante, Gorka advirtió que Elisa no hablaba con nadie. Permanecía de pie junto a una de sus amigas, que intercambiaba risas con Ander, pero no prestaba atención a la conversación que ambos mantenían y además, parecía que se estaba aburriendo. Aquél era su momento, sin ninguna duda. Tenía que decidirse y aprovecharlo.

- Hola – saludó Gorka escuetamente, tras recorrer aquellos difícilísimos cuatro pasos que le separaban de ella, y plantarse a su lado.

Estaba nervioso, hacía mucho tiempo que no hablaba con Elisa y no sabía exactamente cómo reaccionaría ella. Tal vez después de aquel saludo inicial tan parco, no tuvieran nada más que decirse. Y eso sería terrible. Pero tenía que arriesgarse, no había más remedio.

- ¡Ah, hola Gorka! – respondió Elisa, dedicándole una amplia sonrisa.

Y en ese preciso instante, él notó que las manos le dejaban de sudar.

Había pronunciado su nombre.

De inmediato, se relajó y comenzó a sentirse a gusto allí, junto a Elisa, solos los dos en un universo privado, en el que el resto de la humanidad que se agolpaba a su alrededor se había vuelto repentinamente invisible.

- ¿Qué tal te van las cosas por Barcelona? – preguntó ella.

- ¡Sí! ¡Bueno! ¡Estupendamente! – respondió él con firmeza, pero sin saber muy bien ni qué decir en realidad. – Aunque me acuerdo mucho de Vitoria, desde luego. Ya ves que regreso siempre que puedo...

*“Aunque me acuerdo mucho ti... Y de aquel verano de hace dos años, en el que no me despedí...”*

Pero ya era tarde para hacer semejantes confesiones. Apartó aquella idea de su mente y trató de encontrar un tema que animara la conversación, ajeno como estaba a todo lo que le rodeaba que no fuera,

Ella.

Y por esa sencilla razón, no se estaba enterando de lo que sucedía allá afuera, al otro lado de la cristalera del bar, hacia donde todos los presentes comenzaban a dirigir sus miradas. La maraña de gente que hasta hacía unos instantes invadía todo el espacio frente a los bares y ocupaba cada milímetro cuadrado de la acera, se estaba empezando a dispersar, y la calle se iba quedando paulatinamente desierta, como si estuviera suspendida en una especie de calma tensa.

- Me han dicho mis amigos, que este curso empiezas a estudiar en su colegio – le dijo Gorka a Elisa, procurando que su comentario sonara amable y distendido, sin dejar entrever que estaba dolido. – ¡Ten cuidado con ellos, son todos unos piezas! – trató de bromear.

- ¡Sí, ja, ja, ya me lo imagino! – rio Elisa, divertida. - ¡De la pandilla de mi primo, no me espero otra cosa! ¡Ya voy prevenida!

Y mientras tanto, a lo largo de aquella angosta calle, la extraña placidez reinante se veía puntualmente interrumpida por el paso galopante de algunos jóvenes que, esprintando como si les fuera la vida en ello, cruzaban velozmente por delante de los cristales del local. Después, aquella insólita calma regresaba de nuevo, aunque los intervalos de tiempo entre una y otra de esas apresuradas carreras eran cada vez más cortos.

- Bueno, aunque no te creas... – proseguía hablando Gorka, aislado como estaba en su propio mundo, y tratando de esbozar para Elisa la mejor de sus sonrisas. – Entre los amigos de tu primo también hay excepciones. Algunos merecemos la pena...

No sabía por qué había dicho eso, pero, de inmediato, él mismo se sintió incómodo por el descaro con el que acababa de tontear con ella. ¿Le habría sonado aquello a Elisa tan a flirteo, como lo había escuchado él mismo de sus propios labios? Se avergonzó al pensar en que tal vez habría sido mejor no trincarse de golpe aquella última cerveza que, sumada a las muchas que la precedieron, le habían desatado la lengua.

Pero, curiosamente, fue el dueño de aquel local el que no tardó en sacar a Gorka de su embarazosa situación. Se estaba poniendo terriblemente nervioso al ver lo que sucedía en la calle.

Gente corriendo. Problemas asegurados.

Aún conservaba en sus pulmones la sensación de ahogo que había experimentado la noche anterior, cuando los *beltzas* [10] hicieron acto de presencia en su bar a la hora de máxima concurrencia. Sin cruzar palabra con nadie, habían arrojado en el interior del local varios botes de humo, de forma que los jóvenes que estaban allí divirtiéndose, ajenos a lo que pasaba fuera, comenzaron de pronto a sentir que no podían respirar. La gente, asustada, intentó desesperadamente encontrar la salida, cegada por el denso humo que en pocos instantes invadía cada rincón del establecimiento.

Al tratar de salir, agachándose para sortear la persiana que la policía les había entrecerrado, algunos de ellos fueron golpeados por las porras de los agentes que les aguardaban en el exterior, flanqueando ambos lados de la puerta y formando un estrecho corredor por el que los clientes del bar se veían obligados a pasar. El propio dueño del local había recibido varios de aquellos golpes que los agentes propinaban a cualquiera sin preguntar, de una manera totalmente indiscriminada.

Estaba tan alterado recordando el incidente, que no paraba de sudar. Notaba que su angustia iba creciendo por momentos. Se estaba volviendo paranoico, tratando de localizar entre sus clientes a algún sujeto que tuviera un aspecto sospechoso, alguien que pudiera despertar de nuevo el interés de la policía por desalojar a porrazos su bar.

Pero aquello no podía volver a pasar. Oh, no. Otra vez, no.

Bruscamente, procedió a apagar el equipo de sonido y a saltar los fusibles del cuadro de luces, de modo que el local se vio inmediatamente sumergido en la penumbra, iluminado tan solo por el débil resplandor de las lámparas de emergencia.

- ¡Venga! ¡Se acabó por hoy! ¡Todo el mundo a casa!– gritó a viva voz, tratando de hacerse oír por encima de las protestas de los jóvenes que abarrotaban su local y que exigían airadamente que volviera a sonar la música. - ¡El bar está cerrado! – insistió el dueño.

Y con vehemencia, conminó a todos los presentes para que procedieran a abandonar el lugar sin más dilaciones:

- ¡Hala! ¡Todos a la puta calle!

---

## V

Gorka no fue consciente de que algo iba mal hasta que no se vio a sí mismo fuera del bar, en mitad de aquella angosta calle del Casco Antiguo, que se encontraba prácticamente desierta. La gente se iba dispersando en todas direcciones, profiriendo maldiciones e improperios dirigidos al dueño del local que les acababa de echar.

Poco a poco, el grupo de amigos,- junto con el de las chicas, - se fueron quedando solos.

- ¡Jo, qué putada! – protestó Julen, rezongando a viva voz. - ¡Vaya corte de rollo!

- ¿Y ahora, qué hacemos? – preguntó Gorka. - Parece que todo está cerrado, no sé si vamos a encontrar otro bar por aquí....

- Tíos... – dijo Jon, abriendo mucho los ojos y apuntando con su dedo índice hacia el inicio de la calle, - tíos, tíos, mirad...

Allí, taponando completamente el paso, comenzaba a apelotonarse un nutrido grupo de policías antidisturbios, agentes especiales del cuerpo de élite de la *Ertzaintza* [11], cada uno de ellos del tamaño de un armario ropero. Llevaban el rostro cubierto por un pasamontañas negro y portaban un escudo de protección en una mano, y una escopeta en la otra.

- Creo que lo que deberíamos hacer... - prosiguió Jon, - ...ahora mismo... es...

Aquello impresionaba de verdad. Los *beltzas* acababan de colocarse en ordenadas filas, sus uniformes negros se confundían en la oscuridad de la noche, sus cascos rojos refulgían bajo la luz de las farolas. A una señal de su superior, se precipitaron rápidamente calle abajo en dirección a donde ellos se encontraban.

- ...¡CORREEEEEEEER! - gritó Jon a pleno pulmón, saliendo disparado en dirección contraria.

A la paralización inicial que sufrieron todos nada más ver a los *beltzas* en formación, le siguió la estampida general. Los jóvenes reaccionaron de inmediato y emprendieron la huida, imprimiendo a su carrera toda la velocidad que les permitían sus piernas. Los más rápidos, entre los que destacaba Jon, corrían y a la vez miraban hacia atrás para asegurarse de que ninguno de sus amigos se quedara rezagado. Gorka chequeaba constantemente la posición de Elisa, que le seguía tan rápidamente como podía, a escasos metros de distancia detrás de él.

Aquella calle estrecha era una ratonera: en el caso de que otro grupo de *beltzas* les aguardara en la salida, no tendrían ninguna escapatoria. Jon, que iba en cabeza, analizó rápidamente la situación y decidió que sería conveniente cambiar de rumbo cuanto antes. Se detuvo al llegar al cruce con el Cantón de las Carnicerías y exhortó a todo el que iba detrás de él a bajar por aquella calleja empinada, que conducía directamente a la fachada posterior del Museo de Ciencias Naturales.

- ¡Por aquí! ¡Rápido! – Gritó, señalando el cambio de dirección y esperando a que llegara la última de las chicas, que corría más despacio.

A lo lejos, en la calle que abandonaban, aún tuvo tiempo de distinguir a sus perseguidores que, por fortuna para ellos, se habían entretenido a medio camino a disparar pelotazos de goma a un grupo de jóvenes radicales. Éstos, a su vez, repelían violentamente aquel ataque a base de pedradas.

Sortearon la torre medieval que albergaba el museo y fueron a parar al espacio abierto que conformaba la Plaza de Aldabe, una encrucijada de caminos donde el enfrentamiento entre los alborotadores y las fuerzas del orden se encontraba en pleno apogeo en aquellos momentos. Las pelotas de goma y los botes de humo volaban en todas direcciones.

- ¡Deprisa! ¡Detrás de los coches! – gritó Unai, y todos corrieron a refugiarse tras varios automóviles que estaban aparcados en la acera más próxima.

Gorka se escondió junto a Elisa detrás de un *Renault 5*.

- ¿Estás bien? – le preguntó a ella al ver su cara sofocada, tratando él mismo de recuperar el aliento.

Elisa asintió con la cabeza.

- ¿De verdad? – insistió él, preocupado.

- Sí, sí, tranquilo, no pasa nada – respondió ella, jadeando, en cuanto pudo tomar aire. – Si aquí, ya estamos acostumbrados...

A Gorka, aquella respuesta tan inesperada le dejó perplejo.

Parapetado como estaba junto a la rueda trasera del vehículo, hizo acopio de todo su valor y se atrevió a asomar la cabeza, para tratar de ver algo a través de las lunas del coche que les servía de escudo. De este modo, pudo comprobar cómo los *beltzas*, que llegaban en perfecta formación desde la calle de Aldabe, avanzaban en dirección a donde ellos se encontraban, disparando sus escopetas cargadas de pelotas de goma y lanzando botes de humo a discreción.

A estos ataques, los manifestantes, - muchos de ellos con la cara cubierta con pasamontañas y pañuelos palestinos, - respondían lanzando todo tipo de objetos que encontraban a su alrededor, incluidos los mismos botes de humo que previamente les habían lanzado a ellos. Con gran habilidad los recogían del suelo, protegiéndose las



manos desnudas con la manga de sus sudaderas, y los volvían a arrojar, esta vez contra las fuerzas del orden.

Mientras tanto otros alborotadores levantaban barricadas, utilizando para ello los contenedores de basura que previamente volcaban y después cruzaban en mitad de la calle, y las reforzaban añadiendo todo el mobiliario urbano que conseguían arrancar de las aceras.

- Jo, esto es alucinante – exclamó Gorka, sin poder apartar la vista de la contienda que tenía lugar ante sus ojos, y hablándole a una Elisa a la que él suponía refugiada a su lado. – Si yo lo cuento en mi clase, de verdad que no me creen...

Gorka se giró en busca de la joven, imaginando que ésta le devolvería la mirada con ojos atemorizados, y que trataría de buscar en los brazos de él, el escudo y refugio necesarios para salir ilesa de aquel percance. Pero para su sorpresa, no fue aquello lo que se encontró.

Atónito, observó cómo Elisa y otra amiga suya abandonaban la seguridad que les proporcionaba aquel vehículo, para lanzarse a correr detrás de las numerosas pelotas de goma que, erráticas, chocaban contra las paredes adyacentes y después llegaban rebotando por el suelo hasta las proximidades de donde ellos se encontraban.

- ¡Pero qué hacéis! ¡Qué hacéis! – les gritó Gorka, sin dar crédito al imprudente comportamiento de las chicas. - ¡Volved aquí ahora mismo! – les ordenó, asustado como estaba ante la posibilidad de que recibieran el impacto directo de alguna pelota perdida.

- ¡No te preocupes, Gorka! – le respondió Elisa, haciendo gala de una pasmosa tranquilidad. - ¡Solo vamos a tratar de coger una! ¿Has visto que las hay de varios colores? ¡Son muy chulas!

- ¡Mi hermano ayer consiguió tres! – añadió su amiga, que se mostraba tan entusiasmada con la tarea, como si las dos estuvieran recogiendo moras silvestres en un prado.- ¡Dos verdes y una gris! – añadió, sonriente.

- ¡Estáis locas! ¡Venid aquí os digo! – insistió Gorka, sin ningún éxito, antes de sentir cómo un aluvión de pequeños fragmentos de vidrio se precipitaba sobre su cabeza.

Asustado, miró hacia arriba y descubrió que en lo alto de una farola que tenía justo al lado, un *punkie* al que le faltaba una pierna, se aferraba al fuste de la luminaria con sorprendente facilidad, y hacía estallar sus cristales a golpe de muleta.

Una vez se cercioró de que los había roto todos, aquel sorprendente individuo - que llevaba una chupa de cuero con un gran símbolo de la paz pintado en blanco en la espalda, - procedió a descender de la farola con la misma asombrosa agilidad con la que se había encaramado a ella, para, acto seguido, alejarse de allí cojeando a toda velocidad, confundiéndose al instante entre la multitud.

Gorka no daba crédito a lo que veía.

- ¿No lo reconoces? – le preguntó Jon, al ver su cara de asombro. – Es el “*Cojo Mantecas*”, un habitual de las *manifas*...

Gorka seguía intentando procesar toda aquella información que estaba recibiendo de golpe, tratando de discernir si todo el mundo se estaba volviendo loco a su alrededor, o tan solo era cosa suya, cuando, de repente, oyó los gritos de satisfacción que profería Elisa:

- ¡Ya tengo una! – exclamó la joven, saltando con graciosa agilidad sobre una pelota que, tras haber impactado contra un muro cercano, recorría la acera dando pequeños botes.

Acto seguido, Elisa regresó corriendo a protegerse detrás del coche, junto a un boquiabierto Gorka, que le miraba con absoluta incredulidad.

- ¡Pero no te asustes, que no pasa nada! – trató de tranquilizarlo ella. – ¡Si tenemos mucho cuidado! - aseguró, con absoluta parsimonia.

Y a continuación le sonrió, mostrándole orgullosa el fruto de su esfuerzo.

- ¡Toma! Esto es para ti.

Elisa cogió la mano de Gorka entre las suyas y la giró con delicadeza, dejando la palma abierta mirando hacia arriba. Acto seguido, depositó sobre ella la pelota de color gris oscuro que acababa de recoger.

– Para que siempre te acuerdes de nosotros... - dijo ella.

Gorka observó aquella inusual ofrenda que la joven le acababa de entregar, sintiéndose absolutamente conmovido. En su mano, aquella pelota medio reventada, que mostraba sus entrañas chamuscadas, aún calientes y humeantes por efecto del fuerte impacto sufrido, resultaba ser el más valioso presente que jamás hubiera soñado recibir de manos de una mujer:

Era un ramo de rosas frescas de sonrosados pétalos, cubierto por las suaves gotas del rocío de la mañana.

Era un diamante perfecto de geométricas caras, que resplandecía bajo los rayos del sol de verano.

Era un tesoro de brillantes monedas, hallado bajo la espesura de la más impenetrable de las selvas.

Era...

Oh, una vez más, a Gorka le estaban traicionando las metáforas, dejándole allí plantado sin saber cómo reaccionar, tan indefenso y desarmado, tan profundamente emocionado con el gesto de Elisa, que no se veía capaz siquiera de articular palabra alguna.

- Gracias... – acertó a decir, en un susurro apenas audible para su interlocutora.

Pero desde luego, aquél no era el sitio ideal para que a Gorka le diera por liberar su vena poética, como él mismo pudo comprobar unos segundos después.

- ¡Vámonos de aquí a toda pastilla, que esto se pone feo! – gritó Julen, súbitamente.

“¿Más todavía?” – se preguntó Gorka.

Y en efecto, así era: Los *beltzas* habían logrado abrirse paso entre las barricadas y avanzaban ahora a toda velocidad, cargando contra un enjambre de jóvenes de estéticas varias, una mezcla en la que se confundían los radicales independentistas, promotores de la *kale borroka* [12], con los *punkies* antisistema y los buscabroncas de diversa índole y condición, aderezado todo ello con el apoyo espontáneo y desorganizado de multitud de jóvenes sin ideología conocida pero cabreados en general que, después de haber ingerido abundantes cantidades de alcohol, aprovechaban aquella oportunidad para desahogarse a través de la violencia física.

El apogeo máximo de la contienda se alcanzó en el momento en el que otro escuadrón policial, proveniente de la Plaza de la Provincia, hizo su aparición por el sur, convirtiéndose aquello en un auténtico campo de batalla. En un instante estalló el caos, y cada uno de los miembros de la pandilla salió corriendo de allí como buenamente pudo, dispersándose todo el grupo en medio de la gran confusión reinante.

- ¡Nos vemos en las *txosnas*! – Oyó Gorka a alguno de sus amigos gritar, antes de perderlos a todos de vista.

-----

## VI

Al cabo de un rato, cuatro de ellos - Jon, Koldo, Julen y Gorka - lograron reunirse dos calles más abajo, junto con un par de amigas de Elisa que aseguraron haber tenido suficiente por aquella noche, y que anunciaron que se marchaban inmediatamente a su casa.

- ¿Y dónde está el resto? – se preguntaban los chicos entre sí, desconcertados. - ¿Habéis visto a alguien más?

Gorka se sentía angustiado por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Tan solo recordaba que, en medio del desconcierto que se había generado, él había aferrado con fuerza aquella pelota de goma que Elisa pusiera en su mano. Acto seguido, ella había desaparecido entre la multitud, sin dejar rastro...

- Antes de separarnos, alguien ha mencionado las *txosnas*– recordó Gorka. – Puede que se tratara de Unai. Deberíamos ir hacia allí, a ver si aparecen los demás.

Las *txosnas* eran unas pequeñas casetas de venta ambulante de comida y bebida, que se montaban cada año ilegalmente durante las fiestas de la ciudad, ocupando gran parte de la explanada del Parque de la Florida.

Dado que la mayoría de ellas estaban regentadas por simpatizantes del radicalismo vasco, o incluso, del terrorismo, carecían de las pertinentes licencias municipales para su apertura, y en consecuencia, su instalación estaba totalmente prohibida. El Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz anunciaba cada año a bombo y platillo que las cerraría si osaban desafiar la prohibición, pero lo cierto era que casi nunca se cumplían tales amenazas, y los puestos solían permanecer abiertos durante toda la semana, ofreciendo bocadillos y cerveza a todo aquél que quisiera acercarse al parque durante las fiestas.

En algunas ocasiones, también solían montar un pequeño escenario en el que tocaban grupos musicales vascos, algunos de ellos muy conocidos, por lo que el público que frecuentaba este lugar era marcadamente joven. Antes de que estallara el *boom* de los festivales de música al aire libre a finales del siglo veinte, aquello era para los adolescentes de los ochenta, lo más parecido a este tipo de eventos que se podría llegar a encontrar en la ciudad de Vitoria-Gasteiz. Aunque, eso sí, contaba con el pequeño inconveniente de que el ambiente en estos conciertos no tenía nada que ver con el rollo *indie* que tanto se empezó a estilar más tarde con el nuevo siglo, y sí resultaba en cambio, mucho más politizado y radical.

Los cuatro amigos llegaron al parque en el momento en el que estaba a punto de empezar el concierto de *Hertzainak*, así que se quedaron a escucharlo. Al poco tiempo de estar allí, divisaron entre el público a Unai, Ander y Óscar, a los que acompañaban Irene y otra amiga suya, de la que Gorka no recordaba el nombre.

Su angustia no paraba de aumentar, ¿dónde estaba Elisa?

Preguntó a todos por ella, pero nadie lo sabía. Ninguno de los presentes la había vuelto a ver, y no había manera de localizarla.

- Tampoco ha aparecido Marcos. Me apuesto algo a que está con su prima – razonó Unai.

Pero aquello no acababa de tranquilizar a Gorka, que se estremecía cada vez que la recordaba corriendo detrás de aquella pelota y exponiéndose al peligro de los disparos de los agentes.

Ajenos a estas preocupaciones, sus amigos se sentían plenamente integrados en el ambiente y habían comenzado a bailar al son de los ritmos *reggae* y *ska* de aquel conocido grupo de tendencia *punk*, que se declaraban seguidores de los *Sex Pistols* pero en versión *euskaldun* [13]. Una vez superada la tensión que habían experimentado horas atrás, se relajaban a gusto disfrutando de un buen concierto, en el que un público totalmente entregado se dejaba llevar por la música, moviéndose frenéticamente desde

el instante en que sonaban los primeros compases.

Después de interpretar las canciones con más ritmo de su repertorio, y una vez lograron dejar exhausta a toda la concurrencia, el grupo aminoró la marcha y se puso a tocar sus baladas más lentas. En el parque empezó a escucharse el tema *Aitormena* [14], uno de los más populares de la banda, y entre el público descendió la agitación, comenzando todos a corear a viva voz la letra de la canción.

*“Los mejores momentos no son para siempre,  
al fin y al cabo, somos simples humanos.  
Tras la calma viene la tempestad.  
No habrá nuevas primaveras para nosotros...”*

Gorka buscaba en todas direcciones, con la esperanza de reconocer entre el público aquella cara amiga que tanto ansiaba encontrar, pero nadie le devolvía la mirada que él anhelaba. Frustrado por la ausencia de Elisa, sintió que ya no le apetecía seguir rodeado por todas partes de gente que se divertía, mientras él estaba tan preocupado. Sin decir nada a sus amigos, decidió apartarse del ruido y de los empujones de los más exaltados, y abandonó aquel bullicio, dispuesto a pedirse una cerveza en la que ahogar sus penas.

En cuanto logró abrirse paso entre el público y llegar hasta las últimas filas, se percató de que a escasos metros de donde tenía lugar el concierto, un grupo de *punkies* se entretenía amontonando sillas y mesas que otros colegas, por su parte, iban sustrayendo de los veladores cercanos. Una vez se dieron por satisfechos con la pila que acababan de montar, procedieron a rociarlo todo con un bidón de gasolina y a prenderle fuego.

*“Sin darnos cuenta, hemos llegado al fin.  
El mundo se nos ha caído encima.  
Cariño, liberémonos cuanto antes.”*

Al instante, aquella pira ardió y se formó una gran hoguera de rugientes llamas, crepitando con fuerza y devorándolo todo a su alrededor. El incendio lo habían provocado en un extremo del parque muy próximo a la calzada, y no se sabía si la elección de aquel emplazamiento era premeditada o lo habían escogido al azar, pero lo cierto era que, frente a él, nada más cruzar la calle, había una gasolinera.

Mientras las llamas amenazaban con alcanzar los numerosos árboles colindantes, un par de *punkies*, alentados por los gritos y los vítores de sus compañeros, habían cruzado la acera y tomaron por asalto los dos surtidores de gasolina que se encontraban en el establecimiento. Entre empujones y risas de beodos, ambos

accionaron las mangueras y el combustible comenzó a manar, desparramándose alegremente por el suelo, formando un riachuelo que no paraba de crecer. Aquel par de descerebrados estaba tratando de conseguir que la gasolina cruzara al otro lado de la calle y alimentara la fogata, que ya de por sí se propagaba de manera descontrolada.

*“Seguro que no te olvidaré jamás.*

*Confieso que has sido lo mejor de mi vida,  
pero ahora, liberémonos cuanto antes...”*

Al mismo tiempo que otro *punkie* aprovechaba para colarse en la cabina de control y rapiñar el dinero de la caja, el avisado empleado de la gasolinera corría a toda prisa hacia el interior del establecimiento y conseguía cortar el suministro eléctrico. La falta de energía hizo que las mangueras dejaran de manar, y que el río de gasolina que discurría por la calzada se detuviera, provocando un monumental enfado entre los asaltantes que, armados con barras de hierro y empleando todo tipo de artilugios que encontraron a su alrededor, comenzaron a romper los cristales del local y a destrozar el mobiliario, arremetiendo a su vez contra los propios surtidores.

Y en medio de aquella nueva refriega, Gorka reconoció a su amigo Marcos que, ajeno a los incidentes que se estaban produciendo, se acercaba directo al lugar, con paso seguro y decidido. Lo vio aparecer por detrás de la Catedral Nueva y encaminarse peligrosamente hacia el cruce de peatones que se encontraba justo delante de la gasolinera. Sin percatarse de nada en absoluto, Marcos iba a meterse de lleno en la boca del lobo.

- ¡Marcos! ¡Marcos! – gritó Gorka con todas sus fuerzas, haciéndole señas y aspavientos con los brazos, tratando de alertar a su amigo del peligro que corría.

Marcos vio a Gorka saludándole con gran profusión de gestos, y erróneamente, interpretó que se trataba de un caluroso recibimiento, por lo que decidió corresponder a su amigo de igual manera. Él también comenzó a mover exageradamente los brazos, empleando para ello una gran profusión de mímica, sin percatarse de que, mientras cruzaba despistadamente por aquel paso de cebra, estaba pisoteando de lleno el reguero de gasolina que conducía directamente hasta la hoguera.

Gorka corrió hasta él y le agarró con fuerza del brazo, logrando llevárselo a rastras de allí en el preciso instante en el que la gasolina alcanzaba la fogata y provocaba una fuerte explosión. A pesar de haber actuado con rapidez, Gorka no pudo evitar que les alcanzara la onda expansiva que se generó y que a punto estuvo de tirarlos al suelo, seguida de un impresionante estruendo que penetró en los oídos de ambos, dejándolos completamente aturdidos y con un molesto zumbido resonando en sus tímpanos.

- ¡Joder tío, pero qué es esto! – exclamó Marcos, tapándose los oídos con las manos, mostrándose tan sorprendido como asustado al percatarse por vez primera de la

existencia de aquella hoguera. - ¡Vaya día llevamos!, ¿no?

Acto seguido, el lugar se llenó de camiones de bomberos y de furgones repletos de agentes antidisturbios, que comenzaron a surgir por doquier. La gente se echó a correr despavorida en todas direcciones.

- ¡Marcos, dónde está Elisa! – le interrogó Gorka a su amigo, agarrándolo con fuerza por ambos hombros, dando rienda suelta a su ansiedad. Esta vez no se iba a conformar con la incertidumbre como respuesta. - ¡DÓNDE ESTÁ! – gritó, zarandeándolo.

- ¡En casa tío, en casa! – respondió Marcos, trastornado aún por la experiencia y extrañado por el tono excesivamente exigente que empleaba su amigo.- ¡Acabo de dejarla en su portal!

Y por fin, Gorka respiró tranquilo.

Mientras tanto, el parque se había quedado vacío en cuestión de segundos. Tan solo quedaban por allí los *punkies* más enfebrecidos y los acólitos de la *kale borroka* que, fieles a su estilo, plantaban cara a los agentes con extrema virulencia.

- ¡Vámonos de aquí, antes de que sea tarde! – Le gritó Gorka a Marcos, tratando de hacerse oír entre el ruido ensordecedor de la contienda.

Habían visto al resto de sus amigos correr en dirección al Parlamento Vasco, y ambos tomaron el mismo camino.

Cuando todos se encontraron de nuevo y recuperaron al fin el aliento, buscaron una zona tranquila al otro lado del parque donde hubiera bancos para poder sentarse. Una vez allí, se pusieron a comentar los acontecimientos a los que, de manera totalmente involuntaria, habían asistido a lo largo de aquella insólita noche.

- Bueno, tú decías que venías a Vitoria con muchas ganas, ¿no es cierto? – bromeó Ander, dirigiéndose a Gorka. - ¡Pues toma fiestas! ¡Al menos, no podrás decir que te has aburrido!

---

## VII

Amanecía ya cuando Jon y Gorka pusieron rumbo a casa, exhaustos.

Los primeros rayos de sol se atrevían tímidamente a iluminar los destrozos que había provocado la refriega de la noche anterior: restos de barricadas que era preciso sortear, un reguero de señales de tráfico arrancadas, vasos rotos por doquier y, como guinda del pastel, algún que otro joven borracho que se había quedado dormido sobre

un charco de vómito seco, tirado a las puertas de cualquier portal.

- Oye, de todo esto que ha sucedido esta noche... Ni una sola palabra a mi madre, ¿de acuerdo? – le advirtió Jon a Gorka, guiñándole un ojo en señal de complicidad. – Que si ella se entera, mañana no nos va a dejar salir...

Los barrenderos, diligentes, se disponían a limpiar hasta el último rincón de la ciudad, afanados como estaban en borrar las huellas de los excesos y la sinrazón que habían tomado las calles la noche anterior.

En tan solo unas pocas horas, Vitoria-Gasteiz volvería a lucir radiante y hermosa de nuevo, dispuesta a dar lo mejor de sí misma para que sus vecinos y visitantes pudieran disfrutar de otro magnífico día, entregándose a la celebración de sus queridas y entrañables fiestas patronales.



## ***Barcelona, madrugada del jueves 14 de julio de 2016.***

Después de cenar todos fueron a tomar una copa a un bar de la calle Montcada. Las chicas ya avisaron que ésa sería la última para ellas, y de hecho, lo cumplieron.

- Estamos agotadas – afirmó Marta, apurando su cerveza. – Eva y yo nos vamos ya de regreso al hotel.

- De acuerdo, ¿sabéis cómo llegar? – quiso saber Gorka.

- Yo las acompaño, Gorka, no te preocupes – se ofreció Elisa.

Aquella había sido, sin duda alguna, la frase más larga que ella le había dedicado en toda la noche. Y por lo menos se había dignado a hablarle, pensó Gorka. E incluso, se había dirigido a él por su nombre. Dadas las circunstancias, sabía que no podía esperar mucho más de ella.

- Bueno, y el resto, ¿qué hacemos ahora? – preguntó Marcos.

Cuando la velada apenas acababa de comenzar, a ninguno de ellos se le habría ocurrido pensar que se alargaría hasta las tantas, y mucho menos aún, que se pasarían la noche yendo de bar en bar como en los viejos tiempos. Pero lo cierto era que, a pesar del cansancio que todos arrastraban a sus espaldas, ninguno tenía la menor intención de regresar al hotel, visto lo cual, Gorka decidió seguir una ruta que había realizado innumerables veces con Jon, y esperar hasta que sus amigos se agotaran y decidieran poner el punto y final.

Para empezar, se fueron a la Plaza Real y recorrieron los distintos bares que allí se fueron encontrando, hasta que comenzaron a cerrarlos todos a sus espaldas. A continuación enfilaron la calle *Nou de la Rambla*, en la que todavía hallaron algún que otro garito en el que les permitieron entrar.

Y cuando estos últimos cerraron también, acabaron su recorrido en la sala *Apolo*, donde asistieron a la sesión de un *Dj* que, afortunadamente para ellos, resultó ser más propenso al *post punk*, el *rock* y la música *indie*, que a la electrónica en general.

De este modo y sin habérselo propuesto en absoluto, lo que en un principio iba a consistir en dar una pequeña vuelta, se prolongó hasta altas horas de la madrugada.

Nada más salir del *Apolo*, enfilaron la Avenida del Paralelo en dirección al mar, tratando de encontrar un par de taxis libres que les devolvieran al hotel.

Al pasar junto a las tres imponentes chimeneas de ladrillo que pertenecieron a *La*

*Canadiense* - auténticos vestigios del esplendor decimonónico de la Barcelona industrial, - se sentaron en un banco lineal que encontraron bajo unos chopos, flanqueados por lo que en su día fueron unas turbinas eléctricas, y a las que el paso del tiempo acabó adjudicando el estatus de esculturas urbanas.

Todos ellos empezaban a ser víctimas de un profundo cansancio, y la sensación de bienestar que hasta entonces les había proporcionado el hecho de estar juntos – y el alcohol, que también había ayudado lo suyo, - se estaba empezando a desvanecer por momentos.

- ¡Qué putada más grande, tíos! – exclamó Ander, desesperanzado.

Y no hizo falta que nadie le preguntara a qué se estaba refiriendo. Aquella sencilla oración resumía con perfecta claridad el sentir general, un cúmulo de dolor e impotencia que todos ellos compartían en absoluta y manifiesta sintonía.

- ¡Qué putada! – repitió.- ¡Es que no me lo puedo creer!

Y como nadie encontraba una manera mejor de expresarlo, se mantuvieron todos en silencio durante un largo rato, perdidos cada uno de ellos en sus propias reflexiones.

- Bueno, tíos, vamos a movernos de aquí, o no encontraremos un taxi jamás – resolvió Gorka al cabo de un tiempo, diligente.

Demasiados recuerdos se agolpaban para él en aquel momento y en aquel lugar, resultándole insoportable permanecer sentado allí por más tiempo.

– Si caminamos hacia Colón, tendremos más oportunidades de parar alguno que baje de las Ramblas - añadió.

Cabizbajos y obedientes, se pusieron todos en pie y comenzaron a andar como autómatas en la dirección que Gorka les marcaba.

Al llegar a los pies del monumento coronado con la estatua de Cristóbal Colón, uno de ellos preguntó:

- ¿Podemos asomarnos un momento a ver el mar?

En el *Moll de les Drassanes*, dos embarcaciones de ésas que llaman “*Golondrinas*” se balanceaban arrulladas por las tranquilas aguas del puerto, esperando pacientemente a que despuntara el alba y diera paso a otro frenético día en el que las avalanchas de turistas las volvieran a invadir. A aquellas horas, las hordas extranjeras se encontraban dispersas por la ciudad, iniciándose su despliegue unos cuantos metros más arriba de donde ellos se encontraban, justo en el punto en el que daban comienzo las Ramblas. Y de allí precisamente parecía provenir la intensa algarabía que escuchaban de fondo y que, aunque amortiguada, venía a perturbar la tranquilidad del muelle, enmascarando el suave murmullo que producían las olas.

El grupo de amigos contemplaba silencioso el *Port Vell*, abstraídos por la hermosa melancolía que se desprendía de aquel lugar. A su derecha, un enorme crucero atracado

delante del *World Trade Center* transmitía una inusual sensación de placidez. A su izquierda, los mástiles de las embarcaciones de recreo del Club Marítimo, mecidos por el suave oleaje, parecían saludarles con su acompasado vaivén.

Por delante de los barcos discurría la *Rambla de Mar*, una elegante pasarela de madera que une el muelle de España con el Paseo de Colón, mostrando ante ellos sus suaves curvaturas, que recrean las sinuosas formas de una ola.

Las innumerables luces de colores de uno y otro lado se percibían por partida doble: unas, las reales, centelleaban en mitad de la oscuridad, mientras que las otras, las proyectadas, mostraban sus lánguidos reflejos sobre la superficie del mar.

- ¿Os acordáis de Málaga? – preguntó Koldo de improviso al resto de sus amigos.

La visión de aquel puerto le había traído los ecos de antiguos recuerdos.

- ¿Recordáis lo bien que lo pasamos aquella vez? – insistió.

- ¡Hombre, unos más que otros, porque a mí me hicisteis sufrir de lo lindo, capullos! – protestó Marcos, recordando aquel fin de semana en el que celebraron su despedida de soltero.

- ¡Acaso creerás que tienes derecho a quejarte! – replicó Unai, fingiendo estar muy sorprendido. - ¡Pero si nos portamos genial contigo!

- Bueno, al final no me humillasteis demasiado, lo he de reconocer – confesó Marcos. – ¡Pero me tuvisteis en vilo hasta el último momento! ¡Para cuando llegué allí, ya estaba desgastado por la preocupación!

- ¡Joder, desgastado dice! – se jactó Óscar. - ¡Pero si tuvimos que sacarte a rastras de la discoteca, de madrugada!

Y se rieron todos.

- ¡Porque para entonces, ya me había relajado! – se defendió Marcos. – Después de toda la tensión que tuve que soportar...

- ¡Vaya si te habías relajado! – rio Koldo. - ¡Sobre todo en la playa! ¡Menudo campeón! ¡Qué tío! ¡Y hay que ver la que nos liaste!

- ¡Mira quién fue a hablar! ¡Si el premio a la insensatez más grande te lo llevaste tú! – le espetó Marcos a Koldo, entre risas – ¡Que desde entonces, no te ha vuelto a salir el pelo!

Inmediatamente, todos se enzarzaron en una dura batalla de pullas y burlas mordaces, que volaban por el aire como proyectiles y que les hicieron reír con ganas, mientras rememoraban las múltiples anécdotas que atesoraban de aquel viaje.

Por su parte, Marcos sonrió recordando la noche de su llegada.

## ***Málaga, junio de 1998.***

### **I**

Casi todos ellos tomaban el tren en Vitoria-Gasteiz y viajaban juntos con destino a Málaga. Una vez llegaran a la ciudad costera, se reunirían con Gorka y con algún amigo más de los que vivían fuera y que, por tanto, realizaban aquel trayecto por su cuenta.

En el interior del vagón, el viaje transcurría animadamente entre risas y bromas. Por lo general Marcos solía sentirse cómodo en ocasiones como aquélla, en las que se encontraba rodeado por su grupo de amigos. Aunque él era un tipo muy serio, de naturaleza más bien reservada y bastante poco aficionado a perder la compostura, encontraba en su pandilla el contrapunto perfecto, que hacía que fuera capaz de divertirse a gusto, aparcando por unas horas la rectitud y la responsabilidad de las que siempre hacía gala en su día a día.

Sin embargo, en esta ocasión en concreto, no podía evitar que el desasosiego fuera creciendo en su interior: la despedida de soltero a la que acudían era precisamente la suya, de modo que no iba a poder permanecer ajeno y divertirse con la situación como si fuera un mero espectador, tal como hiciera en otras muchas ocasiones. Esta vez, no. Porque esta vez, el objeto de todas las chanzas, iba a ser precisamente él.

Todavía resonaban en su cabeza los ecos de la última despedida que se había organizado hasta el momento, la de su amigo Julen. Al pobre desdichado lo habían ataviado con un peludo y regordete disfraz de conejita de color rosa, provisto de una capucha adornada con largas orejas y de una cola en forma de pon-pon. Hasta aquí, podría parecer que se trataba de una vestimenta completamente inocente y carente de maldad, pero nada más lejos de la realidad: la parte peluda y blanda de aquel inofensivo atuendo se acababa a la altura de la zona inguinal, rematándose a modo de braguero en tan impúdica ubicación. De este modo, el modelo en cuestión dejaba a la vista unas largas y desgarbadas piernas apenas cubiertas por unas vulgarísimas medias de rejilla negras, y que acababan en unos igualmente negros y brillantes zapatos de tacón alto.

El ideólogo y precursor de la indumentaria en cuestión – por supuesto, se trataba de Ander, que siempre se ofrecía voluntario para este tipo de menesteres, - bautizó aquel incalificable conjunto con el nombre de “conejita de *Playboy*”. Y tal y como él bien pretendía, el efecto que causaba semejante atavío traspasaba sobradamente la barrera

de lo vulgar y lo grotesco, hallándose a medio camino entre el estereotipo propio de un peluche infantil adorable, y el de un travestido muy poco agraciado al que le faltaran muchas horas de práctica en lo alto de aquellos atrevidos tacones.

El pobre Julen se vio obligado a pasearse de semejante guisa por todo el centro de Vitoria-Gasteiz, retorciéndose los tobillos continuamente por culpa de aquellos zapatos tan altos y tropezando a cada paso, para sorpresa de los viandantes y regocijo de los amigos que le seguían varios pasos más atrás, mofándose continuamente de las penurias a las que había de enfrentarse él solo. Incluso se toparon por el camino con algunos conocidos, cosa que por otro lado resultaba bastante predecible, teniendo en cuenta que caminaban por las calles más céntricas de la ciudad.

Los niños miraban embelesados los grotescos coloretos rojos del conejito, pintados a ambos lados de su barbuda cara, y se encandilaban con su cuerpecito rechoncho y de aspecto mullido y suave. Confundiéndolo con algún personaje entrañable y digno de ser abrazado, se acercaban a él, le abarcaban con sus pequeños bracitos y le dispensaban todo tipo de cariños, con la esperanza de que él les devolviera el gesto con la misma ternura que ellos empleaban, y ya de paso, confiando en que les hiciera entrega de unos succulentos caramelos o, en su defecto, al menos les diera un globo.

Esta escena tenía lugar hasta el momento en el que los padres, convencidos en un principio de se trataba de algún tipo de animador infantil contratado por el Ayuntamiento, reparaban en aquellas piernas travestidas y en los brillantes zapatos de pelandusca que lucía aquel extraño individuo. Y entonces, alarmados, acudían raudamente a separar a sus hijos de semejante esperpento, zafio y peludo.

Para Marcos, era acordarse de aquel día y le entraba un escalofrío que le recorría toda la espalda. Él mismo había pasado tanta vergüenza ajena por su amigo, que se había mantenido bastante alejado del grupo durante todo aquel bochornoso paseo. Y ahora que el turno le había tocado a él, era mejor que los demás no supiesen que estaba asustado, o de lo contrario, se cebarían aún más con su persona, y la despedida se convertiría en un auténtico calvario sembrado de padecimientos.

Por lo menos, Marcos contaba con la inestimable ventaja de que le llevaban a otra ciudad donde nadie lo conocía, lo cual suponía para él un alivio de considerables dimensiones, independientemente de lo que tuvieran planeado hacerle nada más llegar.

- Ya verás qué disfraz tan boniiiiito te he buscado – le anunció Ander, soltando una carcajada socarrona.

Su amigo le llevaba martirizando con el temita en cuestión durante todo el viaje, aderezando sus palabras con gestos soeces y muecas burlonas. Los demás se reían también con malicia, y contribuían con sus comentarios a amedrentarlo aún más.

– Menos mal que en Málaga no hace frío, que si no... - añadió Óscar, con sonrisa maliciosa.

- ¡De ésta, te aseguro que no te vas a olvidar! – exclamó Ander, partiéndose de risa.

- ¡No me dais miedo, cabrones! – replicó Marcos, riéndose por fuera en muestra de cordial camaradería y alegre animosidad, y reprimiendo por dentro el temor que sentía, y las ganas que le estaban entrando de bajarse en la próxima estación y darse a la fuga, ocultándose en algún recóndito lugar hasta el mismísimo día en que se celebrara la boda.

Marcos reflexionó acerca de la curiosa manera que tienen la mayoría de hombres de demostrar su afecto por los amigos, siendo ésta directamente proporcional a su capacidad para avergonzarlos. En definitiva, cuanto más retorcida sea la preparación de la despedida de soltero de un individuo, más patente resultará ser la amistad que le une al grupo. Era como si las horas invertidas en diseñar maquiavélicos planes y disfraces indecorosos para humillar a un colega, fueran las más bellas ofrendas jamás entregadas a un ser querido, en señal del más sincero y profundo de los afectos.

Pero Marcos tenía muy claro que él no se iba a emocionar precisamente. Con lograr sobrevivir a aquel despropósito de aventura al que no se había podido negar, le bastaba, y no veía el momento de poner rumbo a su casa, a la seguridad de su vida, a la rutina de cada día, a su quirófano y a su trabajo como cirujano en el Hospital de *Txagorritxu*. Mientras tanto y hasta que llegara aquel ansiado momento, tendría que hacer de tripas corazón y soportar estoicamente las bromas que quisieran gastarle sus amigos, o de otro modo, las burlas acerca de su cobardía le perseguirían durante los tiempos venideros. Incluso podrían llegar al extremo de declarar aquella despedida nula y pretender repetírsela de nuevo. Era evidente que no le quedaba más remedio que aguantar, pasara lo que pasase.

Y para acabar de hundir su maltrecho estado de ánimo, tan solo le faltaban los negros auspicios que llegaban en violentas ráfagas de la mano de Ane, su prometida, y que socavaban aún más su confianza y contribuían a agrandar la sensación de pánico que ya de por sí sentía.

Ane, una doctora internista a la que conoció en la Facultad de Medicina cuando ambos estudiaban, era una excepcional especialista en su materia y una gran persona, pero contaba con menos sentido del humor aún que él, y resultaba ser pésima a la hora de encajar las bromas de mal gusto, o para ser más exactos, de encajar las bromas en general, fuera cual fuese su naturaleza.

- Ten cuidado con lo que te hacen los salvajes de tus amigos – le había advertido ella, en vísperas del viaje. - Sobre todo vigila a Ander, no me fío un pelo de él. Ése no tiene una idea buena en la cabeza - aseveró. - Lo que tendría que hacer es buscarse una novia en condiciones y madurar de una vez, que ya va siendo hora. Ya verás cuando le llegue el turno de las despedidas a él, ya. – Y Ane saboreaba sus palabras con regocijo. - Ese día, os tendríais que vengar todos y que se arrepintiera de sus descerebradas ocurrencias, una detrás de la otra.

- Ane, estoy seguro de que a Ander no podríamos hacerle nada que le molestara, toda broma le parecería poca cosa – afirmó Marcos, sacudiendo la cabeza. - ¿Acaso no ves que no tiene ningún sentido del ridículo? Se lo pasaría en grande, aunque le obligáramos a pasearse desnudo por la calle...

Marcos suspiró. Estaba claro que su prometida no era capaz de entender la particular naturaleza de la “confraternización” masculina y, en especial, la de su amigo Ander.

- ¡Oye, no se le ocurrirá llevaros de putas!, ¿verdad? – saltó Ane, de repente. - ¡A Ander, se le puede antojar cualquier cosa! ¡Sí, sí, lo estoy viendo! ¡Fijo que os lleva de putas! – comenzó a elucubrar, convenciéndose a sí misma sobre la marcha de la veracidad de sus propias invenciones. - ¡Ése es putero, seguro! ¿Y si no, cómo se explica que no tenga una novia formal a estas alturas, con todo lo que liga? ¡Tú ten mucho cuidado! ¡Ojito con dónde te meten!

- ¡Por supuesto que no, Ane! ¡Cómo puedes pensar semejantes disparates! ¡Es una idea descabellada, ten por seguro que a Ander ni se le pasaría por la cabeza algo así! – replicó Marcos, airado, tratando de imprimir seguridad a su voz, aunque en el fondo no tuviera demasiada convicción.

Las piernas le estaban empezando a temblar. Ya estaba lo bastante nervioso él solito, como para que viniera Ane con sus disparatados argumentos a aportar su granito de arena. ¿Sería posible que Ander propusiera algo así? A Marcos ni se le había pasado por la cabeza. No cabía duda de que nadie hasta la fecha había insinuado tal cosa. Pero no era menos cierto que, en aquellos tiempos, las despedidas de soltero se sucedían unas a otras, y cada vez resultaba más complicado sorprender al despedido con algo nuevo e insólito. Pero, ¿cabría la posibilidad de que a alguno de sus amigos se le ocurriera arrastrarlos a todos a un prostíbulo, o a algún tipo de antro de similares características? ¿Serían capaces de hacer una cosa así? Desde luego, Ane no estaba resultando ser de gran ayuda, empujando a la desbordada imaginación de Marcos a un abismo de tormentos aún mayor del que habría sido capaz de concebir él mismo.

Cada día estaba más nervioso pensando en ese condenado viaje pero, por encima de todo, quería evitar que ella se percatara de sus miedos. Conociendo bien su fuerte carácter, lo mismo era capaz de plantarles cara a sus amigos y de exigirles que anularan la despedida, lo cual le dejaría a él en el más completo de los ridículos. Aquélla sería la prueba fehaciente de que él no era más que un pelele en manos de su novia. Y bastante fama de mandona tenía Ane ya de por sí entre sus colegas, como para permitir que se pusiera en evidencia ante todos ellos de una manera tan irrefutable.

Tenía que mantener la calma, y convencer a su chica de que todo iría bien.

- ¡Ane, deja de una vez de inventarte cosas! Va a ser una despedida más, como todas las que han organizado hasta la fecha, y no va a pasar nada especial –aseveró, con voz firme. - Nos vamos a Málaga un par de días, y eso significa playa, un poco de juerga

por la noche, volver a casa y se acabó. No sé qué concepto tienes de mis amigos, pero te aseguro que no se ajusta en absoluto a la realidad. – Marcos se esforzó por expresarse con total vehemencia. – ¡No son unos monstruos! ¡Por favor, no le des más vueltas al tema!

- Tendrías que haberte conformado con aquella copa que nos tomamos con los compañeros del hospital. Nos felicitaron por nuestra boda, y punto. Y una hora después, cada uno estaba en su casa, como debe ser - insistió Ane, como si no hubiera escuchado nada de lo que Marcos le había dicho. – Ésa era, a mi modo de ver, una despedida más que suficiente. Sin embargo, estas pantomimas que organizan tus amigos son ridículas e inapropiadas, y te vas a arrepentir de haberte dejado arrastrar...

-----

## II

Tenía tanto miedo al momento en el que le desvelaran cuál sería su disfraz que, cuando al llegar al hotel pudo contemplar al fin aquella inocente vestimenta de salchicha sonrosada que pusieron ante él, envuelta en dos sencillos panecillos color crema y sin más trampa ni cartón, no pudo reprimirse y mostró abiertamente lo contentísimo que se había puesto de repente.

- ¿Has visto qué buenos somos? – le dijo Koldo entre las risas de los demás, estirando el disfraz de perrito caliente sobre una de las camas para que lo viera bien.

Le habían acompañado todos a su habitación para hacerle entrega del secreto mejor guardado de la despedida, y a ninguno de ellos se le había escapado la cara de alivio e inmensa satisfacción que puso al ver resuelto definitivamente aquel misterio.

– ¡Tío, que no te queremos putear! –añadió Jon, propinándole una amigable palmada en la espalda. – Sabemos que si nos pasamos mucho contigo, te vas a agobiar. ¡Y queremos que disfrutes de tu despedida!

- ¡No me han dejado elegir el disfraz a mí! – protestó Ander, al tiempo que recibía collejas de los amigos más próximos. – ¡Yo tenía fichado un modelito de dominador masoquista, con tanga y látigo de cuero, que te iba a ir al pelo! ¡Y estos capullos, no me han dejado comprarlo! ¡Son unos blandos! ¡Eso no vale, quiero impugnar esta despedida!

Marcos se probó el disfraz. La mullida salchicha, junto con los dos tiernos panecillos que la flanqueaban a ambos lados, estaba rellena de algún tipo de gomaespuma que hacía que el conjunto alcanzara una envergadura considerable, lo cual resultaba francamente aparatoso a la hora de moverse. Pero aquello no le importó en



absoluto, era un detalle nimio que no pensaba tener para nada en cuenta. Aquel atuendo era perfecto para él, comparado con las opciones que su mente había barajado con inmenso terror, y que dejarían al descubierto las partes más pudendas de su anatomía. Observó con agrado que, además, la salchicha se remataba en su extremo superior con una capucha que tan solo dejaba a la vista su redonda cara, como si se tratara de una perfecta luna llena, lo cual agrandaba aún más su sensación de total anonimato.

Se miró al espejo, y éste le devolvió la pletórica imagen de una especie de muñeco *Teletubbie* [15] pero en versión salchichasca, dichosa y sonriente. Se notaba que el disfraz lo había elegido Jon porque era muy largo, seguramente se lo habría probado y todo, y con su metro ochenta y cinco de estatura, era probable que le hubiera quedado bien. Pero Marcos era mucho más bajito y el traje le llegaba a los tobillos, constriñéndole el movimiento y forzándole a caminar con pasitos cortos y muy rápidos para no quedarse atrás.

Ya en la calle, se veía obligado a dar varios saltitos seguidos para no descolgarse del grupo, y no convertirse así en una salchicha solitaria y abandonada. De cualquier forma, aquél era otro inconveniente por el que Marcos no pensaba poner la menor objeción, dispuesto como estaba a ser aquella noche la salchicha más feliz y desconocida de toda Andalucía.

Como era de esperar, el plan para la velada incluía la peregrinación por todos los bares de copas del centro de la ciudad, tarea que iniciaron con diligencia. Para empezar se encaminaron hacia la Plaza del Obispo, y una vez allí, se sentaron en una terraza a los pies de la imponente y profusamente enmarmolada fachada de la Catedral de Málaga, con esa curiosa asimetría suya, que le proporciona la presencia de una esbelta torre en su extremo norte, frente a la inacabada torre del sur.

Allí tomaron unas tapas, todos sentados en unas cómodas butaquitas de mimbre, mientras Marcos se resignaba a permanecer de pie, tras varios intentos fallidos por sentarse él también. Trató por todos los medios de doblar aquel perrito caliente, a fin de formar un ángulo de noventa grados que le permitiera embutirse en una de las butacas, pero no tuvo éxito: la obstinada salchicha se empeñaba en permanecer tan tiesa como si llevara insertado el palo de una escoba.

A esta terraza le siguieron otras tantas, en las que las tapas iban dejando paso a los más variados caldos de la región, degustando los vinos de diversas uvas, desde el moscatel hasta el tempranillo o el *cabernet sauvignon*, en lo que podría considerarse una inmersión gastronómica en toda regla. La noche era cálida y acogedora, apenas soplaba un suave viento del norte, ése que los malagueños llaman terral. El aire descendía por las laderas de los montes del interior que rodean la vega y bañaba la ciudad con un manto caliente y seco que, si más adelante resultaría ser a todas luces sofocante, en aquellos días de finales de primavera aún era bastante soportable.

La noche avanzaba y con ella, el grupo de amigos seguía barriendo la parte antigua

de la ciudad en busca de los bares de copas más sugerentes y atractivos. A escasos metros de la Plaza de Uncibay descubrieron una taberna irlandesa, cuyo nombre aparecía rotulado sobre la puerta de acceso con grandes letras doradas: “*Morrissey’s*”

- ¡Oh, esto es una señal!- bromeó Jon, que era un fan incondicional del que fuera cantante de los *Smiths*. - ¡Aquí hay que entrar, fijo!

Y mientras daban buena cuenta de unas pintas de cerveza *Guinness*, *Affligem* o *Smithwick’s*, Jon le insistía machaconamente al camarero para que pusiera alguna canción de *Morrissey*, y no cejó en su empeño hasta que el joven se hartó y dio su brazo a torcer, sonando a continuación el disco *Viva Hate* completo.

En la calle de las Beatas, - una pintoresca calleja de palacetes y edificios decimonónicos situada junto a la que fuera la antigua muralla, - la presencia de multitud de jóvenes de aspecto universitario, no les desanimó en absoluto a la hora de entrar en un garito oscuro y sórdido. A sus veintisiete años, superaban ampliamente la media de edad de toda la concurrencia de aquel lugar.

Ander no desperdició la oportunidad de hacer gala de su fama de Don Juan y, de inmediato, se dirigió a conversar con un grupo de chicas que charlaban animadamente en un rincón cercano a la barra. Mientras, los demás contemplaban divertidos la escena, situados a una prudente distancia.

-¡Qué tío!- comentaba Julen, admirado. - De verdad que no sé cómo se lo monta, pero el caso es que esas chicas le están siguiendo el juego. ¡Hasta parece que se divierten con él y todo!

Efectivamente, aunque en un principio las muchachas miraron con extrañeza y un punto de arrogancia al intruso, enseguida Ander se hizo con el control de la situación, gracias a una combinación de ingenio, una fluida verborrea y un descaro supino. Visto de lejos, fuera lo que fuese aquello que les estaba contando a aquel grupo de jovencitas, el caso es que debía de ser de lo más divertido, porque todas empezaron a reírse alegremente.

En el otro extremo de la barra, la silueta de los seis amigos restantes y una salchicha con panecillo se dibujaba a contraluz, recortada bajo la escasa claridad que aportaban las farolas de la calle al interior del oscuro local.

- ¿Y nosotros, qué hacemos? ¿Vamos a echarle una mano? – preguntó Koldo, guiñando un ojo cómplice al resto.

- ¡Buf! ¡Qué va! ¡Qué pereza! – respondió Jon, con gesto cansado. – Que intente ligar Ander si le apetece, a la vista está que eso le divierte. Pero yo paso. Estoy genial desde que salgo con Irene, y no me interesa ir haciendo el tonto por ahí – y dicho lo cual, apuró su trago.

Acababan de descubrir una bebida nueva, que el camarero había presentado bajo el nombre de “*porrón de Málaga*” y que contenía grandes cantidades de alcohol, de la

cual, servida en vasos de chupito, iban dando buena cuenta entre todos.

En circunstancias normales, ninguno de ellos acostumbraba a plantear cuestiones de índole personal a los demás. Pero lo cierto era que el progresivo estado etílico en el que se iban sumergiendo poco a poco les abría la puerta a las confidencias, de modo que Unai se atrevió a formular en voz alta la pregunta que hacía meses que se estaba haciendo todo el mundo:

- ¿Y cómo te lo has montado para que Elisa aún te dirija la palabra, después de lo que le hiciste? ¿Cómo conseguiste que no te partiera la cara?

Al instante, se empezaron a escuchar unas risillas malévolas de fondo, de las cuales, los únicos que no participaban en absoluto eran Gorka y Marcos. En el caso del primero, éste se limitaba a beber sin decir nada, como si la cosa no fuera con él, mientras que Marcos por su parte, no tardó en ponerse a la defensiva.

- ¡Sin cachondeos con mi prima!, ¿eh? – les espetó a todos, tajante, estirando muy dignamente el cuello dentro de la salchicha. - ¡Cuidadito con lo que decís!

- ¡Que sí hombre! ¡Que solo preguntábamos! – le tranquilizó Óscar.

Jon por su parte no dio muestras de haberse enfadado con aquella pregunta tan directa. Muy al contrario, parecía aceptar su culpa con resignación. Pausadamente, volvió a llenar su vaso con aquella bebida tan fuerte y apoyó los codos sobre la barra, como si necesitara reflexionar sobre el asunto, antes de decidirse a contestar.

- Tu prima es una chica sensacional, Marcos - dijo al fin, como toda explicación. Tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida en algún punto del infinito. – En los momentos complicados, no todo el mundo es capaz de demostrar tanta clase como ella. Eres muy afortunado por tenerla en tu familia.

- ¡Oh, venga ya! – protestó Ander. - ¿De veras, eso es todo lo que nos vas a contar?

Y se oyeron murmullos de desaprobación.

- Pero dinos: ¿te seguías enrollando con Elisa, cuando empezaste a hacerlo con Irene? – preguntó Julen.

Se había abierto la veda de las preguntas, y algunos andaban con la lengua desatada.

- ¡Bueno, ya basta! ¡Dejadlo en paz de una vez! – intercedió Gorka, de repente, abandonando su mutismo y su aparente indiferencia ante aquella cuestión. – ¡No tiene por qué contaros nada más, eso ya es cosa suya!

- ¡Joder, qué aguafiestas eres, Gorka! – protestó Óscar.- Para una vez que preguntamos sobre ese asunto...

- ¡Pues es que resulta que ese “asunto”, en realidad, no es vuestro “asunto”! – respondió Gorka, airado, mostrándose más enfadado de lo que cabría esperar de él en aquella situación. - ¡Parecéis una panda de viejas chismosas, coño!

Todos le miraron muy sorprendidos con aquella inesperada reacción. El ambiente se

estaba caldeando por momentos, y de la manera más insospechada.

- Tío, no te cabrees, que solo estaba bromeando... - se defendió Óscar. – Y además, ¡a ti qué demonios te importa! ¡Ni que fuera tu novia!

Gorka apretó las mandíbulas y estaba a punto de responder, cuando Unai le interrumpió:

- ¡Marcos, suponte que todo llega a salir bien, y tienes a Jon como nuevo miembro de la familia! – bromeó, tratando de rebajar la tensión del momento y de retomar el buen ambiente que reinaba entre ellos hasta hacía un instante. - ¡Imagínatelo cenando en casa de tu abuela por Navidad! ¡Menuda putada más gorda!

Y afortunadamente, aquello fue suficiente para que los demás comenzaran a hacer bromas acerca de Jon, y volvieran a reír todos juntos en buena sintonía.

- ¡Joder que sí! ¡De buena me he librado, tíos! – se rio Marcos, divertido con la idea, contoneando su abultado disfraz en todas direcciones y empujando sin pretenderlo a la gente que se encontraba a su alrededor, que comenzaban a mirarle, molestos.

A esas alturas de la noche y con el calor que hacía dentro de aquel bar, su cara sudaba hasta por el último poro de su piel, mostrando un color tan sonrosado como la propia salchicha del disfraz, en un logradísimo ejercicio de mimetismo.

Después de los chupitos de vodka, ron y tequila, y una vez que Ander se cansó de dar conversación a aquellas niñas, – había tratado de arrastrar a la salchicha con patas hasta ellas, a fin de realizar las pertinentes presentaciones, pero ésta se resistió de todas las maneras posibles, dado que no le apetecía nada conocer a gente nueva, y menos todavía, a unas universitarias borrachuzas que no harían otra cosa que cachondearse de él, - decidieron abandonar el local y buscar otros garitos en las inmediaciones.

-----

### III

Para las cuatro de la mañana ya habían cerrado todos los bares del centro, y solo les quedaba una opción: buscar una discoteca que estuviera cerca. Encontraron una que les causó buena impresión, y en la que bebieron y bailaron al ritmo de una música bastante aceptable para su gusto, hasta que el *reggaetón* acabó imponiéndose en la pista de baile, y decidieron que era un buen momento para iniciar una pacífica retirada.

Curiosamente, fue a Marcos al que tuvieron que sacar de allí casi a la fuerza porque,

una vez hubo perdido todo asomo de vergüenza – espoleado, en gran parte, por la ingesta de una serie de chupitos de fórmula indescifrable que ofrecía aquel local, - había descubierto que su modelito, que tan incómodo resultaba para caminar, era en cambio un aliado perfecto a la hora de contornearse por la pista al son de los ritmos caribeños. Al parecer, su generoso perímetro contribuía de algún modo a reubicar su centro de gravedad, aportándole estabilidad y ayudándole a girar a las mil maravillas sin caerse, meneando las caderas a un lado y a otro como un poseso. Se sentía como si fuera la reina del baile.

- ¡Venga, *Beyoncé!* – le gritó Gorka, haciéndose oír por encima del volumen ensordecedor de la música. - ¡Deja de contornearte, que nos vamos de aquí!

Y al grito de “*Hang the DJ!*” [\[16\]](#) abandonaron la sala cuando las agujas del reloj anunciaban que eran las seis de la mañana. Cansados de tanta fiesta, dirigieron sus pasos hacia el puerto en busca de un poco de aire fresco que respirar antes de volver al hotel.

Una vez allí, advirtieron que la actividad en los muelles era madrugadora, anunciando lo que unas horas más tarde sería sin duda un incesante ir y venir de personas y mercancías. Llamaba la atención la presencia de unas descomunales grúas de carga, alineadas unas tras otras al borde del muelle, que transportaban con soltura unos coloridos contenedores desde tierra firme hasta la cubierta de los buques de mercancías, como si fueran tan livianos como una pluma. Bastaba con uno de esos larguísimos barcos para ocupar todo el espacio bajo aquellas inmensas grúas. Y en su superficie, las cajitas alargadas se apilaban perfectamente ordenadas, como si se tratara de piezas de un vistoso juego de construcción. Los contenedores se superponían en tal cantidad de filas, que a simple vista daba la impresión de que podrían llegar a partir aquel larguirucho barco en dos mitades.

Alejados de la zona de carga, un par de inmensos cruceros permanecían conectados a sendos brazos hidráulicos, preparados para trasladar a los pasajeros directamente a la Estación Marítima sin necesidad de que pusieran un pie en el muelle. A su lado, un barco de la compañía regular que realiza la ruta de Ceuta y Melilla esperaba su turno con apacible tranquilidad.

Parecía que la contemplación de los barcos y el tranquilo paseo entre las palmeras del puerto que dieron a continuación, habían ayudado a sacudirles de encima el sopor de la madrugada y el embotamiento producido por el alcohol, por lo que decidieron proseguir caminando en dirección al mar. Dejaron atrás los muelles y se dirigieron, a su izquierda, hacia la Playa de la Malagueta, desde cuyo paseo marítimo pensaron que tal vez podrían ver amanecer.

Y efectivamente, así fue. Y el espectáculo no les defraudó en absoluto. Sobre el horizonte sin fin que se divisaba desde aquella inmensa playa, el cielo empezó a arder al contacto con el borde del mar, dibujando un fuego de intensas brasas rojas que se

tornaban anaranjadas a medida que ascendían, para volverse amarillas en sus estratos superiores y después, adquirir gradualmente el color azul claro de un cielo que comenzaba a despertar, y en el que la oscuridad de la noche iba perdiendo la batalla.

A aquellas tempranas horas de la mañana, la playa estaba desierta y la mar permanecía tranquila, sin rastro de oleaje, con esa calma chicha tan característica de los días en los que sopla el terral.

- Bueno, ¿a qué esperamos para bañarnos? – preguntó Julen, mirando a sus amigos.

Y como si aquella frase fuera el pistoletazo de salida de alguna especie de carrera imaginaria, los demás empezaron a quitarse los zapatos y las camisetas a toda prisa, y con todo ello en la mano bajaron corriendo a la playa.

- ¡Eh! ¡Esperad! ¡Pero qué vais a hacer! – les gritaba Marcos por detrás, tratando a duras penas de seguir a sus amigos, trastabillando con sus cortos pasitos por aquella arena que se le antojaba movediza. – ¡Que no hemos traído bañador!

Cerca de donde ellos se encontraban, un oasis de altas palmeras crecía en mitad de la playa y, justo delante de él, una gran escultura de hormigón modelado rezaba en minúscula la palabra “*malagueta*” con letras individuales. Cada una de aquellas letras medía unos dos metros de altura, y todas ellas tenían un aspecto tan redondeado y suave que parecían estar hechas con la propia arena, como si las hubiera modelado un niño gigante con su cubito y su pala.

Los chicos llegaron corriendo hasta la base de la “*u*” y terminaron de desvestirse, dejando todas sus pertenencias sobre la superficie cóncava de aquella letra.

- ¡Tíos, estáis locos! ¡No lo hagáis! – gritaba a lo lejos una salchicha que se tambaleaba mientras corría, y que trataba a duras penas de alcanzarlos. - ¡Que puede empezar a venir gente en cualquier momento!

Pero para cuando Marcos consiguió llegar hasta ellos resoplando por el esfuerzo, sus amigos ya se habían desnudado por completo.

- ¡Vigílanos la ropa, “*Salchi*”! – gritó Unai, mientras todos salían corriendo hacia la orilla.

A falta de brazos, Marcos meneó los panecillos arriba y abajo en señal de impotencia. Sus amigos estaban locos. Y él estaba muy cansado. Pues que hicieran lo que les diera la gana. Por él, como si querían enseñarle el culo a media ciudad. Al fin y al cabo, mientras le dejaran descansar un ratito tranquilo, a él qué más le daba...

Derrotado por el esfuerzo realizado, dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la “*u*”, tratando de recuperar el resuello.

- ¡Joder, el agua está helada! – Exclamó Gorka, introduciendo un pie en la orilla.

El amanecer iba avanzando, y Marcos tenía razón al afirmar que no tardaría en aparecer alguien por allí, de modo que si querían bañarse desnudos, más valdría que lo

hicieran deprisa.

- ¡Meteos enseguida! ¡Que a los pocos pasos, cubre! – informó Jon, que ya estaba dentro del agua y había comprobado que el fondo descendía bruscamente.

Al oír aquello, Koldo se tiró de cabeza desde la orilla, yendo a estrellarse directamente contra la arena.

- ¡Pero qué haces, so bestia! – le reprendió Jon, una vez lo vio emerger de entre las aguas. – ¡He dicho que cubre muy pronto, pero no tanto!

Por efecto de la abrasión, Koldo lucía un enorme rasponazo que iba desde la frente hasta la coronilla. Allí donde se había rozado con la arena, en una franja de cuero cabelludo perfectamente delimitada, había perdido todo el pelo. Era como si le hubieran pasado una máquina cortacésped por la cabeza, dejándole una tira al cero. Mientras tanto, un hilillo de sangre le resbalaba por la cara y al llegar a su barbilla, se precipitaba al vacío.

- ¡Ostras tío! ¡Qué pasada! ¡Te has depilado la cabeza! – exclamó Ander, y los demás empezaron a reír a carcajadas, sin poder contenerse.

- ¡Idos todos a la mierda, cabrones! – les gritó Koldo, indignado, apartándose de la cara los deshilachados mechones de pelo que le colgaban por delante de los ojos, junto con la sangre aguada, los restos de arena y la dignidad herida.

Terminaron de bañarse y volvieron corriendo en busca de su ropa al lugar donde la habían dejado, justo sobre la superficie de la escultura en forma de “u”. Pero al llegar hasta allí, se llevaron la desagradable sorpresa de encontrarse todas sus pertenencias revueltas. Era evidente que alguien había estado hurgando entre sus cosas porque faltaban unas cuantas camisas, gran parte de los pantalones y algunas deportivas de marca. El resto de prendas de vestir aparecían esparcidas por el suelo.

- ¿Y dónde está Marcos, si puede saberse? – empezaron a preguntarse todos.- ¡Se suponía que tendría que estar aquí, vigilando!

No lo encontraban por ninguna parte.

Hasta que miraron detrás de la escultura.

Allí, las letras de hormigón contaban con unos refuerzos en la base a modo de contrafuertes, que sujetaban cada pieza por separado. Con sus formas suaves y pulidas, ligeramente cóncavas, estas piezas se asemejaban a unas tumbonas hechas de arena.

Y eso era, precisamente, lo que debió de pensar Marcos al verlas, porque finalmente encontraron a la salchicha tumbada sobre el contrafuerte de la “m”, plácidamente dormida y roncando a pleno pulmón, disfrutando por añadidura de la comodidad que, sin duda alguna, aportaría a su sosegado descanso aquel abrigado y mullido atuendo.

-----

## IV

En la Comisaría de Distrito Málaga Centro, en la calle Ramos Marín, el veterano sargento Agustín Benavides no empezaba su turno de muy buen humor aquel día.

En gran parte, se debía a aquella dichosa partida de bolos que había jugado la noche anterior. Aprovechando la buena racha que llevaba y con tal de impresionar a los amigos, decidió echar el resto en una jugada, sin importarle nada el enorme esfuerzo físico que aquella heroicidad requería. Con un poderoso golpe de efecto, había derribado todos los malditos bolos al primer intento. Y ahora se arrepentía de su hazaña porque le valió un tirón y, a consecuencia de ello, esa mañana le dolía toda la espalda. Y a eso había que sumarle el intenso martilleo que sentía en la cabeza, por culpa de los cubatas de garrafón que se había trincado para celebrar su gran gesta.

En definitiva, él mismo llegó a la conclusión de que nada de lo que había hecho la pasada noche, era lo más recomendable para una persona de su edad que, además, se viera obligada a madrugar lo indecible para ir a trabajar un domingo por la mañana. Precisamente él, que había pedido el traslado a aquel puesto administrativo – “Pase a situación de segunda actividad, puesto SA- 1” lo llamaban, - para poder llevar una vida más tranquila, mientras esperaba pacientemente a que llegase el feliz día de su jubilación. Aquella sería, sin duda alguna, la recompensa a todos sus largos años de dedicación y servicios prestados al cuerpo, que recibirían finalmente un más que merecido reconocimiento.

En su mente ya solo había espacio para los largos días de pesca y las noches de bolos, aunque eso sí, éstas habrían de dosificarse con medida si quería conservar la salud, como bien acababa de comprobar. Ya casi no le quedaba sitio para los madrugones. Ni para la disciplina. Ni para ese teniente jovencito que quería medrar a base de buscarle a él las cosquillas. Ni para el engorroso papeleo.

Ni mucho menos, pero que ni muchísimo menos, para tener que soportar a tipos como ese extranjero que se encontraba plantado delante de sus narices en aquel preciso instante, mirándole con cara de susto, mientras trataba de explicarle en un idioma que suponía él que debía de ser inglés, o algo parecido, lo que quisiera Dios que fuese lo que le habría sucedido aquella noche.

Después de tenerlo delante de su mesa durante un tiempo que se le antojó una eternidad, lo único que el sargento había conseguido sacar en limpio, era que aquel forastero se llamaba “*Cruasán*”, lo cual sonaba directamente a tomadura de pelo.

Y mientras tanto, la comisaría se iba llenando de bote en bote con gente que esperaba con una mayor o menor dosis de paciencia a ser atendidos, cosa ciertamente insólita para un domingo por la mañana. Pero aquel extranjero no parecía percatarse de



lo ocupado que él estaba, no paraba de parlotear moviendo los brazos y agitando en su mano el formulario que el agente Benavides le acababa de entregar.

- No tengo ni pajolera idea de lo que me *eztá uzté* contando, *zeñó* – replicó el sargento con un marcado acento del sur, visiblemente molesto ante la incesante verborrea de aquel joven. - Le repito a *uzté* que tiene que *rellená* el formulario que le he *dao*. *Zi* lo que quiere *denunciá uzté zon hecho deliztivoz*, a fin de que *practiquemo diligenciaz*, ha de *rellená* primero el formulario. ¿Me entiende *uzté*?

Por supuesto, el extranjero no estaba entendiendo ni una palabra, y el agente Benavides empezaba a perder la poca paciencia que tenía ya de por sí.

- ¡*Zu* denuncia *ze* ha de *adecuá* al ordenamiento *hurídico*! ¿Entiende? – bramó el agente, utilizando ese lenguaje tan técnico que emplean a menudo para expresarse las fuerzas y cuerpos de seguridad.

- Ejem... Si no es molestia, permítanme que me entrometa humildemente en su conversación...

El sargento Benavides alzó la vista de su escritorio, y para su sorpresa, se encontró con una salchicha gigante que le hablaba directamente a él.

– No he podido evitar observar la escena, tomando conciencia de que tienen ustedes un serio problema de comunicación – prosiguió la salchicha.

El veterano agente escuchaba con atención a aquel estrafalario personaje, plantado ahí en medio de la comisaría con su absurdo disfraz, intentando sopesar si se trataba de un gracioso gastándole una broma pesada, o tan solo de un chiflado que realmente tenía ganas de ayudar.

- ¿*Y uzté* quién *é*? ¿*Y* qué *hase* aquí? – preguntó el agente, mosqueado.

- ¡Oh! Yo he venido acompañado de mi grupo de amigos, a fin de denunciar un hurto del que hemos sido objeto en la playa, hace escasamente una hora. Estamos esperando nuestro turno.

Y alzando un panecillo por brazo, el individuo señaló a un grupo de jóvenes que se apelotonaban sentados en un estrecho banco de la sala de espera, en el que prácticamente no cabían. Algunos iban sin camisa o sin zapatos, y la mayoría de ellos ni tan siquiera llevaban pantalones, luciendo con escaso recato sus paños menores. Observando su actitud, se veía a simple vista que el disgusto por el robo sufrido no les había mermado las ganas de juega. Muy al contrario, todos parecían estar de buen humor, riendo y bromeando entre sí. Incluso los había que mataban el tiempo de la espera, tratando de expulsar a culetazos al compañero que estaba sentado al borde del abarrotado banco, mientras el resto llamaba al orden entre carcajadas mal contenidas.

– Debe usted disculpar la indumentaria un tanto indecorosa de mis amigos – se excusó la salchicha, viendo las pintas que llevaban todos, - pero ello se debe, como ya he mencionado, al desafortunado percance que hemos sufrido. Y yo mismo, por respeto

a esta institución, me habría desprendido gustosamente de este disfraz antes de entrar en su comisaría, si no fuera porque debido al calor que hace en esta maravillosa tierra suya, debajo no llevo puestos más que los calzoncillos y no me parece apropiado que...

- ¡Bueno, *bazta* ya! – bramó el sargento Benavides.

Aquel tipo le estaba poniendo de los nervios con esa forma tan rebuscada de expresarse, y aunque la intención de Marcos no era otra que la de demostrar su profundo respeto hacia la autoridad, no era ésa la impresión que le estaba causando al agente, que empezaba a acariciar la idea de encerrar a aquel tipejo en un calabozo bajo siete llaves.

- ¡Qué *demonio* quiere *uzté!* – exclamó, enfadado.

- El caso es que yo poseo un cierto dominio del inglés – prosiguió la salchicha, tratando de transmitir una credibilidad impropia de un individuo vestido de semejante guisa, – y me ofrezco gustosamente a traducirle lo que este joven trata de explicarle, señor agente.

- ¡Déjeze de *pamplina!* – replicó el sargento Benavides, molesto con tanta palabrería. - ¡A mí no me tiene que *explicá uzté ná!* ¡Hágale *zabé* a *ezte* ciudadano *eztranhero* que tiene que *rellená* el formulario! ¡*Ná má* que *ezo!*

Marcos optó por obviar la evidente ingratitud que demostraba aquel agente para con su persona, y tradujo con diligencia sus instrucciones a aquel sorprendidísimo joven, que le miraba con ojos desorbitados. El pobre muchacho parecía sentirse completamente desorientado.

El problema radicaba en el hecho de que aquel formulario que tenía en la mano estaba escrito exclusivamente en castellano, y por tanto no entendía una palabra, siendo incapaz de rellenar ni tan siquiera su nombre.

- *Don't worry! I'm going to help you with pleasure!* – se ofreció amablemente Marcos, haciendo gala de su perfecta pronunciación del inglés, pues no en vano era un idioma que manejaba con destreza, dados los numerosos congresos internacionales a los que asistía.

Al poco tiempo, el joven ya tenía el formulario rellenado y su denuncia practicada.

Su nombre era Stijn Kroesen, y no “*Cruasán*”, como Marcos hizo puntualmente saber al agente Benavides. Era holandés, de Rotterdam, para ser más exactos. Estaba en Málaga de vacaciones con unos amigos. Aquella noche, tras un inoportuno descuido, se había perdido de su grupo y, una vez solo y desamparado, un malhechor se le había acercado y le había birlado la cartera.

Aparte de eso, el joven no pudo precisar mucho más, ni acerca de la descripción del ladrón, ni sobre el método que empleó para robarle... Ni tan siquiera supo decir si llevaba un arma o no, o si intentó agredirle de algún modo.

Aquel joven parecía estar muy alterado. Le había costado una barbaridad rellenar aquel escueto papel y, mientras lo hacía, se había frotado continuamente los ojos como si tuviera problemas de visión, tratando de sostener con temblorosa mano un bolígrafo que se le escurría a cada momento entre los dedos sudorosos.

Todo su comportamiento resultaba extraño y sospechoso, cosa que acabó por despertar el olfato clínico de Marcos.

Éste se acercó a inspeccionar detenidamente el rostro del joven holandés, y enseguida le llamaron la atención los restos de saliva reseca que presentaba en las comisuras de los labios, unas pupilas exageradamente dilatadas...

-----

## V

Stijn Kroesen estaba verdaderamente asustado. Lo que en un principio iba a ser un episodio de placer lisérgico, se estaba convirtiendo de repente en un “*mal viaje*”.

Había oído hablar de que esas cosas pasaban, que un viaje podía volverse malo en cualquier momento, y si lo hacía, la experiencia podía llegar a resultar terrorífica. Lo había escuchado antes y, sin embargo, nunca había hecho demasiado caso.

Y no estamos hablando precisamente de sus vacaciones, sino de los dos *tripis* que se había tomado aquella misma noche. Y eso, a pesar de que ya le había dado mala espina aquel tipo de aspecto abyecto que se los había vendido en el callejón, a la vuelta de la disco. Y mucho menos aún, le había acabado de convencer la *Alicia en el País de las Maravillas* mal dibujada y a medio borrar, que aparecía en los cartoncitos impregnados de LSD. Y a pesar de todo, se los tragó. Uno detrás de otro.

Tendría que haber escuchado a su instinto y no haberlos comprado. Y mucho menos aún, haberlos ingerido. Él, que consumía drogas de una manera tan esporádica que no recordaba bien cuándo había sido la última vez. Pensó que, probablemente, fuera en la boda de su prima Jetta, pero claro, en aquella ocasión se los había proporcionado su primo Manfred, que entiende de esto y sabe dónde comprarlos.

Pero él no. Él no sabría distinguir un *tripi*, de un simple trozo del cartón de una caja vieja de zapatos. Se había pasado de listo, y ahora se arrepentía. Él habría querido volver a casa y contar sus vacaciones en España como una gran aventura, y en vez de eso, aquello se estaba convirtiendo en una grandísima e inconfesable metedura de pata.

Para colmo, como iba colocado, no se acordaba con exactitud del supuesto momento en el que aquel camello le había robado la cartera. Incluso era posible que ni siquiera hubiera sido él, no lo recordaba bien, no podía pensar con claridad. También cabía la

posibilidad de que, simplemente, la hubiera perdido...

Pero ya no había marcha atrás. Se había presentado en comisaría, decidido a denunciar a aquel tipo guiado por una gran euforia interior, y ya no podía irse, aunque su determinación se hubiera esfumado hacía un rato y las dudas comenzaran a angustiarse. ¿Cómo iba a acusar de un robo a un tío que le había vendido droga, sin implicarse él mismo en otro delito? Lo mejor era dar muy pocas explicaciones acerca de la identidad del sujeto en cuestión, y salir de allí cuanto antes. Y si por casualidad, encontraban su cartera tirada por algún rincón y se la devolvían, pues estupendo. Tal vez pudiera recuperar, al menos, su documentación.

Con lo que Stijn no contaba en absoluto, era con la espontánea aparición en escena de aquel tipo rechoncho disfrazado de salchicha, y con cara igualmente de salchicha que, si bien en un primer momento pareció tratar de ayudarlo, ahora le estaba escrutando el rostro con tremenda suspicacia, enarcando las cejas y torciendo el labio, en un gesto de clara desaprobación. Lo tenía tan cerca, a un palmo escaso de distancia, que incluso podía sentir su aliento sobre su cara.

Aquello era tan surrealista que no podía estar pasando de verdad. Se encontraba frente a su *Sombrero Loco* particular. De repente, le entraron las dudas. ¿Y si nada de aquello era real?, pensaba él. ¿Y si se trataba de una alucinación, de un efecto secundario de los *tripsis*?

¡Ay, al menos, el segundo no se lo tenía que haber tomado, por supuesto que no!, se arrepentía Stijn, sintiendo cómo comenzaba a invadirle el miedo, mientras unos gruesos goterones de sudor resbalaban por su frente.

Desde luego, aquel tipo no parecía real. Y tal vez no lo fuera. Stijn empezaba a ser presa del pánico.

*“No, no, este tío es real, claro que lo es. Simplemente está disfrazado, nada más”* – procuraba convencerse a sí mismo, tratando de relajarse y de recuperar el control.

El problema no era que sus facultades mentales estuvieran perturbadas, no. Aquella era una percepción verdadera. Estaba allí. Seguro. Se veía a la legua que lo suyo era un disfraz, con capucha y todo. Tan solo era un tío con cara de pez globo y un disfraz horroroso, nada más.

Stijn se repetía a sí mismo estas afirmaciones una y otra vez, como si de un mantra se tratara.

Entretanto, y sin pedir permiso alguno, aquel tipo liberó sus manos del aparatoso envoltorio de panecillos que las cubrían por completo y, ayudándose del dedo índice y del pulgar, se dispuso a abrirle los párpados para inspeccionar sus pupilas, con la meticulosidad propia de un doctor.

- *What are you doing, man?* – Protestó Stijn, pero aquel individuo no parecía estar dispuesto a atender sus quejas ni a cejar en su empeño.

Tenía que zanjar aquello como fuera, y salir por patas de esa comisaría.

Justo empezaba a recuperar el valor y la confianza en sí mismo cuando, al tratar de localizar la puerta de salida de la comisaría, su vista se topó con unos individuos que esperaban sentados en un banco próximo.

Stijn sintió una punzada de terror: sus ojos le devolvían la imagen de unos tipos aparentemente tranquilos y despreocupados, pero a los que él creía estar viendo sin camisa y sin pantalones. A algunos, incluso, los veía sin zapatos. Y sin embargo, a nadie parecía llamarle la atención, ninguna persona de su entorno daba muestras siquiera de percatarse de ello. Estaba claro que aquello era algo que solo él percibía. Se trataba de una alucinación en toda regla, sin duda alguna.

Uno de aquellos tipos, que parecía estar aburrido, permanecía sentado con las piernas ligeramente abiertas y los codos clavados en los desnudos muslos, mirando al suelo con la cabeza apoyada entre las palmas de las manos. Aparentaba estar distraído hasta que, de repente, alzó la vista y clavó sus ojos en él. Le dedicó una mirada que le pareció fría, gélida. En su cara se apreciaban manchas de sangre reseca, y unos mechones de pelo lacios y encrespados se le descolgaban por la frente. Se veía que eran restos de cabello desgarrado que se habían desprendido de su cabeza, como si algún animal salvaje se los hubiera arrancado de un zarpazo. Y en el lugar que antes había ocupado el cabello, entre el escaso pelo que de por sí lucía ya en su cabeza, se dibujaba una franja de cuero cabelludo descarnada y rosácea.

El tipo se rascó aquella calva con una mano, y un goterón de sangre fresca fue a impactar contra el frío suelo, estrellándose en la loseta de hormigón gris situada entre sus dos pies desnudos. Aquel individuo se empezó a reír, con una risa que a Stijn se le antojó demoníaca y espeluznante, y de pronto sintió que estaba inmerso en alguna pesadilla ideada por el mismísimo *Stephen King*.

Tenía que marcharse de allí inmediatamente, o iba a sufrir un ataque al corazón. Para empezar, dio un paso atrás con objeto de librarse de la inspección ocular a la que la salchicha le estaba sometiendo, y después, echando mano de la mayor cortesía de la que se vio capaz de emplear, se despidió del agente Benavides con un escueto “*adiós*”, y salió pitando de la comisaría.

Una vez en la calle, miró con espanto en todas direcciones, tratando de localizar nuevos esperpentos que le atormentaran, o quién sabe si incluso *zombies* vivientes que salieran de sus tumbas para atemorizarle. Pero no encontró nada de eso, simplemente contempló con alivio cómo a su alrededor discurría la vida cotidiana de una ciudad tranquila, que se despertaba un domingo por la mañana con total normalidad, poblada por gente corriente que paseaba a su perro o se dirigía a comprar el pan.

De un golpe, soltó todo el aire que inconscientemente llevaba reteniendo largo rato en sus pulmones, y sintió cómo se relajaba hasta el músculo más pequeño de su cuerpo.

Mientras caminaba desorientado por las calles, en busca de alguna que le resultara mínimamente reconocible, se juró a sí mismo que no volvería a probar las drogas en lo que le quedara de vida.

-----

### ***Barcelona, madrugada del jueves 14 de julio de 2016***

- ¡Vaya tipo más raro, aquel holandés al que ayudaste en comisaría! – prosiguió Unai, comentando los avatares de aquella despedida de soltero.

El tema estaba dando de sí lo suficiente como para provocarles a todos unas buenas risas, aparcando por un momento la tristeza que arrastraban consigo.

- ¡Estaba completamente drogado! – aseveró Marcos. - ¡Y al ver que yo me había percatado, se fue corriendo de allí!

- ¡Se fue corriendo de allí, al ver que un psicópata vestido de salchicha se abalanzaba sobre él! - se pitorreó Óscar. - ¡Pero si estaba muerto de miedo! ¡Eso fue lo que pasó!

Y todos rieron divertidos.

- ¡Qué dirás tú! ¡Menudo porte elegante que tenía yo con mi disfraz! – bromeó Marcos, riéndose de sí mismo.

- Desde luego, aquel tipo tenía cara de pirado - afirmó Koldo. – Recuerdo que a mí me miró como si se le hubiera aparecido un fantasma.

- ¡Jo tío te parecerá extraño! ¡Con las pintas que llevabas tú, con la cabeza medio depilada y chorreando sangre por todas partes! – se jactó Ander. - ¡De ésa no te recuperaste nunca, así comenzó tu galopante alopecia!

- ¡El próximo que se meta con mi sedosa melena, probará el sabor de la puntera de mi zapato! – rio Koldo, mesándose los escasos cabellos que aún conservaba sobre su cabeza.

Y mientras hablaban, habían enfilado el *Moll de la Fusta* y se dirigían ahora al Paseo de Colón, con la esperanza de ver aparecer por fin algún taxi que les devolviera al hotel. Tan solo faltaban unas pocas horas para que comenzara una jornada que inevitablemente sería muy dura para todos, y necesitaban descansar.

- Tíos, estoy hecho polvo, se nos han hecho las mil, y lo de mañana va a ser insoportable – se sinceró Julen, aparcando definitivamente las bromas. – Para colmo, vamos a estar cansadísimos...

- Mejor así. De todos modos, yo esta noche no habría sido capaz de dormir aunque quisiera – confesó Unai.

Gorka advirtió que se acercaba un taxi con la luz verde, y rápidamente alzó el brazo para indicarle que se detuviera.

- Id subiendo los que quepáis dentro – dijo. – Los que faltamos, esperaremos a que venga el siguiente.

Cuatro de ellos montaron en el coche y éste arrancó, dejando tras de sí a los otros tres restantes. Éstos continuaron caminando a paso lento a lo largo del muelle.

Antes de alejarse, los ocupantes del vehículo pudieron ver la silueta de sus amigos reflejada en el espejo retrovisor, desdibujándose en la distancia bajo la tenue luz de las farolas.

***En el hotel. Marcos.***

***Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.***

## I

- Bueno, ¿cómo va todo por ahí? ¿Qué tal ha ido el reencuentro? ¿Y la noche? – inquirió Ane, nerviosa.

No quería despertar a nadie, así que esperó pacientemente a que el reloj marcara una hora más que razonable, a saber, las nueve de la mañana, para proceder de inmediato a llamar al teléfono móvil de su marido.

- Pues todo lo bien que podría haber ido. Ya te puedes imaginar... – contestó Marcos al otro lado, saliendo de puntillas de la habitación que había compartido aquella noche con dos de sus amigos y cerrando sigilosamente la puerta tras de sí. – Ayer, en cuanto llegó a la ciudad el último de los nuestros, nos reunimos todos en el vestíbulo del hotel. Aquello parecía una procesión de caras largas. La gente todavía se encuentra en estado de *shock*. Todo esto está siendo verdaderamente horrible. Y más que lo va a ser, porque ahora toca asistir al funeral. De verdad que no quiero ni pensar en ello.

Y mientras lo explicaba, Marcos daba vueltas por el interminable pasillo de aquel hotel, en busca de algún rincón que le proporcionara una mínima sensación de privacidad, justo lo que necesitaba para poder hablar con su mujer. Al no encontrarlo en aquella planta, optó por enfilarse por las escaleras hacia la azotea, y una vez en ella, se sentó en una hamaca junto a la piscina. Daba por hecho que a aquellas horas tan tempranas, ése todavía sería un sitio tranquilo.

- Ya me hago cargo, ya... - respondió una compungida Ane. - ¡Qué duro, Marcos, qué duro! – su voz sonaba como si en cualquier momento fuera a romper a llorar. – No sabes lo triste que resulta para mí no haber podido ir contigo a Barcelona... Pero claro... Los niños... Y encima, esta semana, que estoy de guardia...

- No te preocupes Ane, los amigos saben lo mucho que lo has sentido. Así se lo transmitiré también a Irene esta mañana cuando la vea. Además, no eres la única que no ha podido venir, puedes estar segura de que todo el mundo lo entiende perfectamente.

Por un momento se hizo el silencio. Al otro lado del teléfono tan solo se escuchaba el desconsolado llanto de Ane que, entre hipos, trataba de recomponerse para poder



retomar la conversación.

Y a juzgar por el repentino cambio en el tono de su voz, unos segundos más tarde ya lo había conseguido, y volvía a ser ella misma.

- Bueno, ¿y ya cenaste bien anoche?

Ésa era la auténtica Ane, la controladora de siempre, que regresaba a su puesto de mando después de haberse perdido por un momento en el mundo de los sollozos.

– ¿Y qué cenasteis? – prosiguió ella. - ¿Te acostaste tarde? Y esta mañana, ¿ya has desayunado? ¿Qué has desayunado? Ojo, no te pases con el café que luego te hace daño en el estómago, ya lo sabes. ¿Y con quién has dormido?

Marcos ya sabía por experiencia que, nada más despuntar el alba, Ane le estaría esperando con la escopeta cargada con una batería de preguntas que formularía a discreción. Era evidente que, - sin ser ella misma consciente de que siempre lo hacía, - le sometería a un estricto y minucioso tercer grado, con la única finalidad de conocer hasta el más mínimo detalle de todo lo acontecido durante las últimas veinticuatro horas en las que ella, y muy a su pesar, no había podido registrar los hechos por sí misma.

Marcos sabía que su mujer lo hacía todo con la mejor voluntad, que tenía un corazón enorme y que estaba lleno a rebosar de bondad, y por esa misma razón él la amaba profundamente. Pero aun así, había de reconocer que ella a menudo se excedía en su celo por supervisar todo. Y a consecuencia de ello, Marcos acababa siendo objeto de las burlas de sus amigos, cosa que sucedía en más de una ocasión.

Era algo habitual que, en el fragor de alguna de sus entrañables batallas verbales, cargadas de irónicas pullas y amigables improperios varios, a él le cayera encima el sambenito de “calzonazos” oficial del grupo, que le dijeran hasta la saciedad que Ane lo tenía domesticado, o que le echaran en cara todo tipo de lindezas por el estilo. Por eso, y a fin de evitar que sus amigos pudieran oír la conversación que ambos mantenían y encontraran algún chiste fácil que hacer al respecto, prefirió alejarse de la habitación que compartían lo más apresuradamente posible, y así poder hablar con ella a solas.

Y en efecto, si Ander y Koldo, sus dos accidentales compañeros de sueños, hubieran tenido la oportunidad de escuchar lo que Ane le decía, sin duda se hubieran partido de la risa a su costa durante un buen rato.

Por su parte, y una vez se sintió a salvo de sus despiadados amigos, Marcos accedió obedientemente a complacer a su esposa, relatándole punto por punto lo que había comido, cenado y desayunado, además de asegurarle pacientemente unas diez veces que, efectivamente, se había tomado el protector gástrico que ella le había metido en la maleta, a fin de garantizarle una buena digestión.

No era de extrañar por tanto, que Marcos prefiriera soportar los molestos berridos de los desconocidos que chapoteaban en el agua, antes que hacer frente a las bromas

insulsas e infantiles de sus amigos. Y es que, si en un principio la azotea se encontraba desierta, al poco tiempo de llegar él, el sol empezó a calentar con fuerza y la piscina del hotel fue tomada al asalto por un grupito de extranjeros, exultantes de energía que derrochar.

- ¡Qué es ese ruido que se oye! ¿Acaso estás en una fiesta? – preguntó Ane, mosqueada con aquella algarabía que escuchaba de fondo.

- ¡No, Ane! ¡Qué dices, mujer! – respondió Marcos, haciéndose el ofendido. – Es que me he acercado hasta la piscina para poder hablar contigo tranquilamente. – le explicó, mientras veía con desagrado cómo la pernera de su pantalón acababa empapada de agua por completo, por culpa de un chaval que, al grito de “¡Jerónimo!”, se había tirado de bomba justo a su lado, desplazando tal cantidad de agua que bien podría llegar a vaciar la piscina entera él solito si se lo propusiera.

- Dime, ¿con quién has dormido hoy? – insistió ella.

- Con Koldo. – mintió él.

No tenía ninguna gana de confesarle que, en realidad, Ander también había acabado durmiendo con ellos, a pesar de haber reservado habitaciones dobles para todos. Ella no lo iba a entender. El sentido del humor no era precisamente su fuerte, y mucho menos en aquellas circunstancias.

– Ayer nos retiramos pronto, estábamos muy cansados. – Siguió mintiendo. Era mejor no entrar en detalles. – Bueno, y te dejo ya, que tengo que acabar de arreglarme. En una hora hemos vuelto a quedar todos en el vestíbulo, antes de ir a Montjuïc.

Marcos se quería marchar de allí cuanto antes. Aquel jovenzuelo tan movido que se tiraba de bomba, estaba a punto de repetir la gracia a un metro escaso de distancia de donde él se encontraba, sin percatarse en absoluto de lo mucho que molestaba.

- Ay, sí... No te entretengas...

La voz de Ane sonaba de nuevo triste y desangelada. Marcos notó que su mujer volvía a emocionarse, y que apenas conseguía decir unas palabras de despedida antes de colgar.

– Dale un beso muy fuerte a Irene de mi parte... Dile que les queremos mucho, a ella y a los niños... Sin falta... Que les queremos... Mucho...

Escuchando a su mujer, a Marcos se le partió el corazón.

“Pobre Ane” - pensó. Con lo fuerte que parecía ser siempre, y sin embargo, en momentos como aquél, la dura corteza de la que aparentaba estar revestida se resquebrajaba como si estuviera hecha, en realidad, del más fino cristal.

Ella lo estaba pasando fatal. Al igual que él. Al igual que todos.

Solo que no todo el mundo expresaba el dolor y las emociones de la misma manera. Y precisamente eran sus dos amigos, Koldo y Ander, la más clara evidencia de esta

realidad, porque a pesar de hallarse moralmente destrozados, al igual que el resto, no eran capaces de controlar ese espíritu gamberril y payasesco que les había caracterizado a lo largo de toda su vida.

Marcos recordaba la manera tan grotesca que habían tenido ambos de finalizar la noche, a altas horas de la madrugada de aquel día.

---

## II

En el *Moll de la Fusta*, él se había subido al primer taxi que consiguieron parar. En el asiento trasero, junto a Marcos se sentaron Ander y Koldo, mientras que Unai ocupaba el puesto del copiloto.

La discusión comenzó en el preciso instante en el que el taxi arrancaba.

- Tíos, no estoy para nada de acuerdo con el reparto de habitaciones que habéis hecho – protestó Ander, airadamente. – Habéis sorteado antes de que yo llegara. Y claro, luego va y me toca con Julen, mira tú qué casualidad. ¡Eso no es justo!

Cada vez que iban juntos de viaje y tenían que distribuirse las habitaciones, surgía el mismo problema de siempre: nadie quería dormir con Julen. Su célebre manera de roncar, se había ganado a pulso la animadversión de todos sus amigos. Éstos rogaban al cielo en cada ocasión, a fin de no ser ellos los elegidos por la diosa Fortuna para ocupar un puesto de honor en la cama de al lado. A nadie le apetecía pasar una noche desesperante junto a aquella locomotora desbocada que era su amigo, el cual, y a juzgar por lo audible que resultaban ser sus ronquidos, parecía llevar incorporado un amplificador que hacía que la situación fuera completamente insufrible.

Nadie alcanzaba a comprender cómo era posible que Nerea, su mujer, pudiera llevar más de quince años compartiendo dormitorio con él. De hecho, las lenguas más viperinas estaban convencidas de que, en realidad, una vez llegaba la noche, ella desplegaba aquel sospechoso canapé que tenían en una habitación de su casa aparentemente sin usar, y Julen acababa durmiendo allí, convirtiendo aquel catre en su obligado destierro. Sin duda, aquello era lo más lógico y probable, no cabía otra explicación.

Y en esta ocasión, el afortunado ganador de una noche de insomnio parecía haber sido Ander.

- A mí no me mires, tío. Yo ya estoy ocupado – exclamó Unai, desde su asiento delantero. – Y te aseguro que con mi mujer no vas a dormir.

Unai pensó en Marta, que sin duda a esas horas ya estaría profundamente dormida en la cama de matrimonio del hotel, esperándole para acurrucarse junto a él, en busca del calor de su cuerpo. Y en esos momentos sintió una gran sensación de alivio.

- Pues mira chico, qué le vamos a hacer... Así es la vida - replicó Koldo, dedicándole una despiadada y burlona sonrisa a su amigo Ander. -. Yo duermo con Marcos. Y a ti, te ha tocado la china. Ahora vas y te jodes.

La mecha ya estaba encendida y la pólvora, seca. Aquello era el preludio de una inevitable sesión de denuestos e improperios cruzados, que amenazaba con alargarse más allá de su llegada al hotel.

Y en efecto, así fue. El taxista cobró la carrera y se alejó de allí a toda prisa, encantado de haberse librado de aquellos pesados, que en todo el trayecto no habían parado de discutir. Pero para el pobre Marcos, que se veía obligado a soportarlos, el fin de la contienda no quedaba cerca, ni muchísimo menos.

- Bueno, tíos, yo me piro. Mañana nos vemos. *Agur!* [17] - se despidió escuetamente Unai, deseoso como estaba de reunirse con su mujer. - ¡Felices sueños! - les deseó, burlón, pillando al vuelo uno de los ascensores del vestíbulo, justo un instante antes de que se cerraran las puertas automáticas.

La discusión se trasladó del vestíbulo del hotel al ascensor, del ascensor al pasillo, y de éste, finalmente, hasta la entrada de la habitación que Marcos y Koldo compartían. Koldo había intentado cerrarle la puerta a Ander en sus narices, pero éste estuvo hábil, introduciendo un pie a modo de traba entre la puerta y el marco, y evitando así que su amigo zanjara la cuestión por las buenas.

En un esfuerzo por concluir el espectáculo que estaban dando en mitad del pasillo, y con tal de evitar que medio hotel se despertara por culpa de sus gritos, Marcos ayudó a Ander a abrir completamente la puerta y a entrar, en contra de la voluntad de un Koldo que seguía empeñado en presionarla con todas sus fuerzas a fin de cerrarla, sin importarle, al parecer, que para ello le tuviera que amputar medio pie a su amigo.

Una vez estuvieron los tres en el interior de la habitación, Marcos intentó arrojar un poco de madurez y de sentido común sobre aquella disputa de niños.

- ¡Vamos a ver! ¡Parad los dos de una vez! - les ordenó, tajante. - Nos tenemos que ir a dormir ahora mismo, o de lo contrario, mañana vamos a estar destrozados. Y con el día tan terrible que nos espera, considero que lo último que nos conviene en estos momentos es descansar poco.

- ¡Sí, hombre, Marcos! ¡Lo que tú digas! - se encaró Ander. - ¡Pues si lo tienes todo tan claro, vete tú a dormir con el maestro “*Serruchini*”!

Y ofreciéndole la llave de la habitación que le había tocado en desgracia, insistió.

- Toma. Coge mi llave y vete a dormir con él. Supongo que los demás no habrán tardado mucho en conseguir otro taxi, así que estarán a punto de llegar. Con un poco de

suerte, todavía estás a tiempo de dormirte antes de que comience la sonata en Mi bemol.

- ¡Uy, no! ¡No, tío! – reuló Marcos, arrepentido de haberse inmiscuido en la discusión. – A mí me ha tocado dormir aquí, ya lo siento, el sorteo ha sido limpio. Tendrás que ser tú el que se vaya a tu habitación.

- ¿Lo ves, capullo? – en ese instante, Koldo aprovechó para arremeter contra Ander. - ¡Vete a tu cuarto cagando leches! ¡O si no, lo vas a hacer igualmente, pero con una llave metida por el culo! – amenazó, alzando la voz mientras forcejeaba con su amigo.

- Chicos, chicos, por favor. Seamos sensatos... Chicos... - rogaba Marcos, tratando inútilmente de calmar los ánimos.

Viéndolos comportarse de semejante manera, cualquiera diría que eran unos hombres hechos y derechos que hacía tiempo que habían dejado atrás los cuarenta.

- ¿Ah, sí? ¿Con que ésas tenemos, eh? – se enfrentó Ander a Koldo, desafiante - ¡Pues vas a ver lo que hago con la llave!

Inmediatamente, Ander salió disparado hacia el cuarto de baño y cerró la puerta por dentro con pestillo, antes de que ninguno de sus amigos tuviera tiempo de reaccionar. Al otro lado, Marcos y Koldo pudieron oír con claridad cómo Ander levantaba la tapa del inodoro y acto seguido, procedía a orinar copiosamente en su interior. A continuación, Ander abrió la puerta y reapareció en la habitación.

- ¡Hala! ¡Mirad lo que he hecho con la puta llave! – exclamó, señalando la taza del inodoro.

En su interior, la blanca tarjeta magnética en la que aparecía impreso el nombre del hotel en grandes letras, flotaba mansamente sobre una base de abundante y espumosa orina.

– ¡Atrévete a cogerla ahora, si tienes huevos! – le retó Ander a Koldo.

La discusión no tenía visos de irse a acabar nunca, para desgracia de un Marcos que se sentía completamente agotado. Éste, finalmente, y dando por perdida toda posibilidad de arreglar aquel entuerto de una manera civilizada, procedió con resignación a abandonar a los otros dos a su suerte, y a ponerse su pijama. Después, se lavó minuciosamente los dientes en el cuarto de baño, ajeno a los improperios que seguían lanzándose sus amigos.

Para cuando se dispuso a dormir, los otros dos estaban tirados encima de una de las camas, propinándose toda serie de empujones y patadas, como si de dos hermanos adolescentes se tratara. Ambos luchaban por ver cuál de ellos se hacía con aquelpreciado botín y cuál, por el contrario, acababa la noche dando con sus huesos sobre el duro suelo.

A Marcos ya le empezaba a invadir el sueño cuando, para su consuelo, advirtió que

aquellos dos cargantes estaban empezando a perder las ganas de pelear, para acabar por fin resignándose a compartir el mismo colchón.

Cuando se despertó por la mañana y se fue a duchar, se los encontró a ambos profundamente dormidos, vestidos encima de la cama sin deshacer.

---

### III

Y en aquel momento en el que regresaba a la habitación después de haber hablado con Ane, pudo comprobar que Koldo seguía durmiendo plácidamente, tirado sobre la cama y en la misma posición en la que lo había dejado al marchar. Por su parte, Ander ya se había levantado y estaba tomando una ducha, a juzgar por el murmullo de agua que se escuchaba proveniente del cuarto de baño.

Al ver que todavía estaban sin arreglar, Marcos agradeció el hecho de ser él mismo una persona ordenada y precavida, capaz de madrugar y de bajar a la cafetería con el margen de tiempo suficiente como para poder desayunar con tranquilidad, mientras que esos dos, sabiendo la hora que era, no iban a poder tomarse ni un triste café. De todos modos, a él todavía le faltaba peinarse y lavarse los dientes.

Marcos se dirigió a la puerta del baño y llamó con los nudillos.

- ¡Ander! – gritó.

Y al no obtener respuesta alguna, insistió, golpeando nuevamente con el puño.

- ¡Ander, tío, contesta! ¡Sal pronto, que tengo que entrar!

Nuevamente, Marcos obtuvo el silencio como respuesta. Le disgustaba la idea de ir con el tiempo justo y quería acabar de prepararse cuanto antes, de modo que se estaba empezando a impacientar.

- ¡Pero tío!, ¡de verdad! – protestó. - ¿Por qué demonios no utilizas el baño de tu habitación? ¿Es que Julen también ronca en la ducha?

- ¡Vete a la mierda, gilipollas! – fue la áspera respuesta que le dedicó Ander, desde el otro lado de la puerta.

Marcos no contestó. Se quedó en silencio, estupefacto. Aquella brusca reacción de su amigo le había dolido como una bofetada. Nunca antes Ander le había hablado así, con semejante acritud, y mucho menos sin venir a cuento. Y ahora, que él supiera, no estaban bromeando. En absoluto. Le había contestado mal de una manera completamente gratuita, y punto.

Sacudió la cabeza, como si de ese modo quisiera borrar aquel exabrupto de su mente y ya de paso, desprenderse de todo el desasosiego que le empezaba a invadir por momentos. Era obvio que todos estaban nerviosos. Y más que lo iban a estar, inevitablemente, a medida que avanzaran las horas. Habría que hacerse a la idea de que estarían más sensibles e irascibles de lo normal, y no tenérselo en cuenta a nadie.

La pérdida repentina de Jon les estaba afectando a todos de una manera tan dolorosa y brutal, que Marcos pensó, descorazonado, que tal vez no fueran capaces de volver a ser los mismos de siempre. De hecho, ninguno de ellos estaba preparado para reaccionar adecuadamente ante aquel zarpazo que les acababa de dar la vida, arrebatándoles de la noche a la mañana a uno de sus amigos más preciados, y dejándoles a todos vacíos y confusos.

Robándoles a uno de los suyos. Para siempre.

***En el hotel. Ander.***

***Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.***

## I

Sus entumecidos músculos se mostraron agradecidos al recibir aquella lluvia de agua caliente, de modo que Ander pudo notar cómo se relajaban poco a poco, sintiéndose aliviado. No había nada comparable con una buena ducha para comenzar bien la mañana. Y aquel día, más que nunca, le estaba haciendo falta.

La noche no había transcurrido precisamente en calma: se había visto obligado a reivindicar continuamente su derecho a la mitad de la cama, frente a un Koldo completamente obcecado en echarlo de allí a toda costa.

Reconocía que, en el fondo, y a pesar del cansancio que sentía, aquello había resultado divertido. Estaba escrito en su A.D.N., era su destino ineludible el encontrar siempre la manera de liarla parda en cada ocasión, independientemente de cuáles fueran las circunstancias. Era lo que todos sus amigos esperaban de él, y una vez más, estaba seguro de no haberlos defraudado.

Desde que eran bien pequeños, aquél había sido su rol año tras año, y se sentía muy cómodo interpretándolo a perpetuidad. Sin duda, no había anécdota colectiva digna de mención – ni tan siquiera si se remontaban a los primeros tiempos de la infancia, – en la que él no estuviera implicado de alguna manera, o tuviera un papel decisivo en el transcurso de los acontecimientos.

Siempre fue el niño malo de la clase, aquél al que el profesor buscaba rápidamente con la mirada para encasquetarle las culpas de cualquier fechoría con escaso margen de error porque, efectivamente, la mayoría de las veces, el culpable había sido él. Si aparecía un chicle pegado en la silla del Padre Antonio, de seguro que había sido él; si el pelota de la clase acababa sentándose en el suelo porque a su silla le faltaban todos los tornillos, había sido él; si el profesor estaba escribiendo en la pizarra, de espaldas a la clase, y los niños empezaban a descontrolarse y a proferir exclamaciones del tipo: “¡Uy!” y “¡Auu!”, sin lugar a dudas había sido él, que se las había ingeniado para fabricar una cerbatana con un boli *Bic*, y no había dudado en emplearla contra sus compañeros.

Le divertía fastidiarles, disparándoles bolitas de papel que previamente había



rechupeteado, y que al impactar contra la piel desnuda de cuello y brazos, les producía a todos una enorme sensación de asco y repelús. Y a pesar de que el tiempo iba transcurriendo, - y de los numerosos castigos que recibía por su mal comportamiento, - Ander seguía siendo un díscolo y mantenía en pie a la afición, ganándose el respeto y el cariño general de sus compañeros de clase.

Precisamente la noche anterior, durante la cena, todos se habían acordado de aquella ocasión en la que contó con la inestimable colaboración de su fiel amigo Jon, para llevar a cabo una de sus mayores y más laureadas fechorías. Hacía tiempo que acariciaba la idea de hacer estallar un petardo a la hora del recreo, por el puro placer de contemplar el revuelo mayúsculo que se podría generar en cuestión de segundos. Pero Ander no era tonto, y sabía perfectamente que si intentaba lanzarlo por las buenas en mitad del patio, de seguro que alguien le vería y se chivaría, y el castigo llegaría antes incluso de que tuviera tiempo de saborear las mieles de la gesta realizada.

Fue entonces cuando le comentó sus intenciones a su amigo Jon, haciéndole partícipe de la frustración que sentía al verse incapaz de resolver las lagunas de su plan. Pero por fortuna, a Jon se le ocurrió enseguida la manera de solventar los problemas logísticos que éste presentaba: sabía dónde, cómo y cuándo habría de producirse la deflagración. La clave para no ser inculcados de la comisión del delito, estaba en asegurarse de que en aquel preciso instante, ambos se encontraran muy lejos del lugar de los hechos. De ese modo, nadie podría sospechar siquiera de ellos.

Jon se las ingenió para robarle a su padre una caja pequeña de cerillas y un cigarrillo *Habanos*, de ésos que a él tanto le gustaban y que fumaba a discreción. Llevaron a cabo su plan una buena mañana, escondidos en un recóndito rincón del patio y aprovechando que en ese momento apenas jugaban allí un puñado de niños. Dándole un par de caladas con soltura, Jon encendió aquel cigarrillo negro que sabía a mil demonios y que le hizo toser copiosamente. Acto seguido le arrancó el filtro, e introdujo por ese extremo la mecha del petardo. Por último, dejaron el artilugio cuidadosamente colocado sobre un montón de desperdicios, al fondo de una papelera.

Entre risas, se apresuraron a ocupar su puesto en la fila, justo cuando el timbre avisaba de que el recreo se había terminado. No había dado tiempo siquiera a que todos los niños se sentaran en sus respectivos pupitres, cuando en el aula se pudo escuchar con claridad un tremendo estruendo. Ander y Jon se intercambiaron una mirada triunfante. Aquello significaba que el petardo había estallado, y que su plan había sido un completo y absoluto éxito.

El incidente desencadenó un gran revuelo en el colegio. Durante toda la semana, los profesores buscaron infructuosamente a los culpables, rindiéndose al fin ante la evidencia de que nunca conseguirían dar con ellos. Ander y Jon estaban tremendamente orgullosos de su proeza, no en vano eran los autores intelectuales y materiales de un auténtico crimen perfecto. Sin embargo, el error que cometieron vino de la mano de su

falta de modestia, y de su deseo irrefrenable de presumir ante sus compañeros.

Empezaron a contar por ahí que eran ellos los que habían hecho estallar aquel petardo, explicándole a todo el mundo el método que habían empleado para llevar a cabo su hazaña y, en consecuencia, despertando las más sinceras muestras de admiración entre sus coetáneos. La historia fue corriendo de boca en boca, y no pasó mucho tiempo hasta que su voluntaria confesión llegó a oídos del director, siendo ambos severamente reprendidos por su deplorable comportamiento. Como castigo, los mandaron a casa durante toda una semana.

En cuanto a Ander, la broma no le salió cara en absoluto. Su madre se apiadó de él y lo tuvo en palmitas durante los cinco días que faltó a clase. Hasta le compró cromos un día en el quiosco de *la Nieves*, junto al Parlamento Vasco.

- ¡Que no se entere tu padre! – le había advertido ella entre susurros, entregándole aquellos sobres tan a escondidas, que más que una madre parecía una traficante de drogas.

Sin embargo, Ander tenía la sospecha de que Jon no había corrido la misma suerte que él.

Su amigo nunca le dijo nada al respecto, pero no fue necesario que lo hiciera. Ander se percató por sí mismo de las extrañas marcas y de los moratones que le asomaban por las mangas y por el cuello del jersey, y que Jon trataba de esconder a toda costa, cerrándose hasta el último botón de la camisa a pesar del calor.

Su padre era un energúmeno, eso lo sabían todos, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta.

Realmente, para Jon tuvo que ser un gran alivio que aquel hombre malvado decidiera marcharse un buen día...

-----

## II

Ander no había sido consciente de ello cuando empezó a hacerlo, pero lo cierto era que estaba llorando desconsoladamente bajo la ducha, mordiéndose los labios para que no le oyeran afuera. Del mismo modo, agradecía que el murmullo del agua tapara cualquier sollozo que se le pudiera escapar, viéndose incapaz de contenerlos todos.

Trató de calmarse un poco, apoyando la espalda contra la fría pared de azulejos y alzando el rostro hacia la ducha, buscando que el torrente de agua le salpicara directamente en la cara, y le ayudara a descartar aquel recuerdo de su mente.

No quería bajo ningún concepto que los demás supieran que había estado llorando de semejante manera. No. Aquél no era el papel que tenía asignado. Ninguno de sus amigos tenía que enterarse, nadie debía saber que él era una persona mucho más frágil y vulnerable de lo que aparentaba ser en su día a día.

Nunca había pretendido quitarse la máscara. No estaba preparado para ello. Y desde luego, ése no era en absoluto el día.

Ni mucho menos, el momento.

---

### III

¡Qué diferente era su comportamiento cuando no estaban delante sus amigos!

Ander reflexionó acerca de lo mucho que cambiaba su actitud, en cuanto traspasaba el umbral de la sucursal bancaria en la que trabajaba. Allí todo el mundo le tenía por una persona muy seria y responsable, no en vano ocupaba un puesto de gerente de riesgo en aquella entidad. Y como tal, de él dependía la supervisión y el visto bueno de las operaciones de activo, asunto para nada baladí, y para el que se requería responder a un perfil profesional muy concreto, que le hacía merecedor de la total y absoluta confianza del director.

El hecho de desempeñar un cargo tan importante como aquél, unido a que la naturaleza le había dotado de un físico nada despreciable, hacían que, inevitablemente, despertara el interés de buena parte del sector femenino de su banco. Y de lo que no era su banco, también.

En general, Ander gustaba mucho a las mujeres y lo sabía, no teniendo ningún problema a la hora de acercarse a ellas y entablar una conversación. Es más, se sentía a gusto si estaba rodeado del sexo opuesto y, a diferencia de otros hombres – incluidos buena parte de sus amigos, – nunca se sentía intimidado por ellas. Por tanto, no era de extrañar que el reguero de corazones rotos que dejara a su paso fuera constante, exceptuando, claro está, a aquéllas mejor informadas que conocían también a sus amigos, y tenían por tanto información de primera mano con respecto a su lado más rebelde y salvaje.

Él revoloteaba de flor en flor y hacía gala de ello pero, a la hora de la verdad, nunca acababa de decidirse por ninguna. Y eso, a pesar de los múltiples intentos por encontrarle pareja fija que habían hecho algunas de sus compañeras de trabajo.

Pero, sin duda alguna, la que más empeño había puesto en semejante tarea había sido

Ane, la mujer de su amigo Marcos. Ésta se había tomado el reto como una cuestión personal, presentándole a una sucesión de conocidas y amigas disponibles, y fracasando estrepitosamente en todos y cada uno de sus intentos. Ander no se dejaba atrapar. De ninguna de las maneras.

Ane tenía claro que este chico iba a acabar sus días soltero, aunque solo fuera para fastidiarle a ella, acostumbrada como estaba a salirse siempre con la suya.

---

## IV

Hacía tres meses que Ander tenía un compañero nuevo en su sección. Se llamaba Mikel. Era un chico de unos treinta y tantos años, sumamente preparado y muy trabajador, que todos los días llegaba a la oficina impecablemente vestido con sus trajes de pantalón pitillo y sus corbatas estrechas. Pero su corte de pelo, más largo de lo habitual, y su cuidada barba a lo *hipster* le delataban, dejando entrever que en los fines de semana, su rollo era otro bien distinto, mucho más desenfadado y casual que el que llevaba a diario. Inmediatamente, Ander y él congeniaron, no tan solo dentro del ambiente profesional - donde se compaginaban a las mil maravillas, - sino también durante su tiempo libre.

Precisamente, aquel domingo pasado habían quedado para ir juntos al festival de música que se estaba celebrando en lo alto de Kobetamendi, un monte cercano a Bilbao al que suelen acudir cada año las mejores bandas del panorama *indie* del momento. Mikel se había ofrecido a llevarle en coche. Llegaron allí alrededor de las seis de la tarde y sin ninguna intención de marcharse hasta bien entrada la madrugada, dispuestos a disfrutar de la música en directo de grupos como *New Order* o *Love of Lesbian*.

Y fue durante la actuación de estos últimos, cuando sucedió todo.

El grupo estaba tocando el tema *Allí donde solíamos gritar* y ambos bailaban frenéticamente entre el público, coreando la letra a viva voz y cantándosela a gritos el uno al otro. Aprovechando aquel momento de euforia que estaban compartiendo, Mikel se decidió a dar el primer paso: apoyó su mano sobre el hombro de Ander, lo atrajo hacia sí e intentó besarle.

En cuanto vio las intenciones de su amigo, Ander apartó bruscamente aquella mano que le sujetaba y acto seguido le propinó a Mikel un empujón, mostrándose tremendamente ofendido.

La magia del concierto se acababa de esfumar.

Con el gesto serio y los puños apretados, Ander se dispuso a largarse de allí inmediatamente. Quería poner tierra de por medio entre su amigo y él, lo antes posible. Pero Mikel salió corriendo detrás y, aferrándole del brazo, trató de retenerlo.

- ¡Espera, Ander! ¡No te vayas así! ¡Tienes que escucharme! – le gritó, mientras Ander se zafaba continuamente de su mano. – Tenemos que hablar. Esto no puede quedar así.

- ¿De verdad? ¿Tú crees? – le espetó Ander, rabioso. - ¡Tío, tú de qué vas! ¡Has intentado besarme!

- Sí. Así es. Porque quería hacerlo – confesó Mikel. – Y además, porque creía que tú también querías que lo hiciera.

Ander se estaba agobiando tanto con la situación, que sentía que le empezaba a faltar el aire y no podía respirar.

- ¡Las cosas no son tan fáciles, tío! – respondió éste, exasperado, negando efusivamente con la cabeza. - ¡No, no! ¡No lo son! ¿De verdad crees que puedes llegar y besarme, así, como si nada? ¡Tú no conoces mi mundo! ¡Tú no conoces mi vida!

- Es cierto. Puede que no conozca todos los detalles de tu vida, Ander. Pero te conozco bien a ti – sentenció Mikel, soltando el brazo de su amigo. Ya era libre de marcharse cuando quisiera. – Y ahora dime: ¿de qué tienes miedo?

*“¿De qué tienes miedo?”*

Aquella pregunta resonaba en la cabeza de Ander una y otra vez, mientras observaba los bellos colores del amanecer desde la ventanilla del autobús de línea que le llevaba de vuelta a casa. ¿De qué tenía él miedo, exactamente? ¿De dar la cara? ¿De decir la verdad? ¿Del rechazo que pudiera llegar a sufrir por parte de su entorno? ¿Del de sus colegas tal vez?...

De lo único que podía estar seguro, era de no haber experimentado jamás el rechazo de la más auténtica y entrañable de todas sus amistades, el que fuera durante tantísimos años su fiel e inseparable amigo Jon.

---

## V

Ander recordaba perfectamente aquel verano del 88, en el que la madre de Jon y la suya se pusieron de acuerdo para enviar a sus hijos al mismo campamento juvenil. Los chicos, que tenían entonces diecisiete años, se lo pasarían estupendamente acampando en los alrededores del parque natural del Gorbeia y realizando un sinnúmero de actividades

al aire libre.

A lo largo de aquellos magníficos quince días, Ander y Jon se volvieron inseparables y, curiosamente, se lo pasaron tan bien que apenas tuvieron tiempo de planear ninguna travesía. Había que reconocer que en ese sentido, resultaron ser unas vacaciones un tanto anómalas. Pero no había tiempo para bromas, los jóvenes se pasaban el día realizando las más diversas pruebas físicas, que les dejaban extenuados al llegar la noche y sin fuerzas para otra cosa que no fuera dormir a pierna suelta, dentro de sus tiendas de campaña.

No obstante, el espíritu rebelde de ambos amigos les llevaba a protagonizar alguna que otra escapada furtiva, en las que procuraban alejarse todo lo posible del campamento para charlar un rato a solas, o echar un pitillo a escondidas. Habían encontrado el lugar perfecto para hacerlo, junto a la fachada posterior del módulo de baños de los chicos. Era una zona que estaba muy mal iluminada y por tanto, al abrigo de miradas indiscretas.

Una noche, Jon estaba relatando una anécdota de lo más divertida acerca de algo que le habían contado unos compañeros, y los dos amigos no podían parar de reír. Ander no recordaba muy bien qué fue exactamente lo que se le pasó por la cabeza aquel día: tal vez se debió al buen momento que estaban pasando juntos; tal vez fuera a causa de las cervezas que habían comprado de extranjería en un pueblo cercano, y de las que acababan de dar buena cuenta; o simplemente, tal vez le sentaron mal los efluvios de aquellos asquerosos cigarrillos mentolados que les había dado por fumar. Ya daba igual. El hecho era que, súbitamente, sintió una irrefrenable necesidad de besar a su amigo y así lo hizo, estampándole sus labios con fuerza en mitad de la mejilla.

Jon, por su parte, reaccionó con sorpresa. Realmente confundido, miró a su amigo Ander mientras éste comenzaba a sonrojarse.

- Oye, tú no serás... maricón... ¿verdad? – le preguntó a Ander, con toda la franqueza del mundo.

- ¿Yo? ¡Pero qué va! ¡Qué dices, tío! – negó rotundamente Ander, mientras su cara se encendía como si fuera una luciérnaga.

- Que sepas que a mí me gustan las tías... - prosiguió Jon, tratando de dejar muy claro aquel aspecto.

- ¡Que sí! ¡Qué sí, tío! ¡Que a mí también!

Y Ander continuaba ruborizándose, sin que diera la impresión de que aquello fuera a detenerse en algún momento. Hasta podía sentir cómo le hervían las orejas, del intenso calor que le estaba subiendo por toda la cara.

Una vez superada la sorpresa inicial, a Jon le dolió ver la angustia reflejada en el rostro de su amigo. Al pobre se le veía tan nervioso y alterado, que parecía que iba a ponerse a llorar allí mismo, delante de él.

- Desde luego, lo que es por mí, no tienes por qué preocuparte – le aseguró Jon, poniéndose muy serio y mirándole fijamente a los ojos. – Yo soy tu amigo y me da igual como seas. Eso no va a cambiar nunca.

Ander suspiró, aliviado. Ahora solo faltaba comprobar que, en efecto, Jon cumplía su promesa y no le trataba como a un bicho raro delante de todo el mundo. Le aterrizzaba la sola idea de que pudiera delatarle y reírse de él en público. Pero sus miedos resultaron ser infundados, porque Jon era ante todo un buen amigo y un chico de palabra, de modo que al día siguiente se comportó con él con toda normalidad, haciendo las mismas bromas de cada día, y riéndose con las mismas tonterías de siempre.

Los campamentos se acabaron y llegó la hora de regresar a casa. Al bajar del autobús, justo antes de separarse para el resto del verano, Ander no encontraba las palabras adecuadas para despedirse de su amigo.

- Bueno... Jon... En fin... Felices vacaciones... - balbuceaba tímidamente, sin atreverse a levantar la vista de las puntas de sus zapatos. – Yo quería decirte... Yo... Yo... Yo quería darte las gracias...

- ¡Ey, tío!, ¡para ya! – le cortó en seco Jon, dándole un afectuoso golpecito en el hombro con el puño. - ¡De qué vas! ¡Somos amigos!, ¿no? – Ander afirmó con la cabeza. – ¡Pues los amigos no se dan las gracias por chorradas!

Jon le agarró del hombro y le obligó a girarse hacia él y a mirarle a los ojos.

– Nunca jamás me vuelvas a dar las gracias, ¿entendido? – recalcó Jon, con voz firme. - Nadie tiene que perdonarte la vida por ser como eres. Ni tú tienes por qué pedir permiso.

Ander asintió de nuevo, esperanzado.

- ¡Sé tú mismo!, ¿de acuerdo? ¡Que nunca te digan cómo tienes que ser!

Y acto seguido le dio un fuerte abrazo, antes de alejarse en dirección a su madre, que le aguardaba pacientemente en la acera.

Ander tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no ponerse a llorar allí mismo de la emoción. Él también fue a reunirse con sus padres, que le esperaban con los brazos abiertos.

La madre, al percatarse de que su hijo traía los ojos húmedos y los labios trémulos, inmediatamente pensó que aquello iba por ellos.

- ¿Ves, Javier? – le dijo a su marido, propinándole un codazo lleno de orgullo. - ¡Mira cuánto nos ha echado de menos el niño!

-----

## VI

- ¡Ander! ¡Ander, tío, contesta! ¡Sal pronto, que tengo que entrar!

Al otro lado de la puerta, los gritos de Marcos le habían sacado bruscamente de sus pensamientos.

- ¡Pero tío!, ¡de verdad! – proseguía Marcos, tozudo, aporreando la puerta. - ¿Por qué demonios no utilizas el baño de tu habitación? ¿Es que Julen también ronca en la ducha?

- ¡Vete a la mierda, gilipollas!

Ander sabía que no debía haber contestado tan mal a su amigo. Que él no tenía la culpa de nada. Que no podía descargar en Marcos toda su rabia contenida. Pensó que, en cuanto consiguiera calmarse un poco, secar sus lágrimas y comprobar ante el espejo que su rostro no le delataba, saldría del baño y le pediría disculpas. Seguro que Marcos lo entendería, estaban todos muy nerviosos.

Y no era el único de su lista con el que se tendría que disculpar. En ella también figuraba Mikel, ocupando con honores el primer lugar.

*“¡Sé tú mismo!, ¿de acuerdo?” “¡Sé tú mismo!”*

No lo había sido. No había cumplido con lo que Jon le había pedido que hiciera, tantos años atrás. Se había pasado la vida ocultándose como un furtivo, sin darse cuenta de que jamás sería capaz de esconderse de sí mismo. Y ahora, la cruel realidad le venía a recordar que la vida no dura para siempre, y que un buen día, sin previo aviso, cae el telón. Fin.

Y de nada sirve protestar, y decir que uno se ha quedado a medias, que no ha tenido tiempo suficiente para vivir una vida auténtica, para aunar el coraje necesario para enfrentarse a la verdad, para ser uno mismo.

Y todo, porque no se ha encontrado el momento...

...porque no se ha tenido el valor...

...de serlo.

Jon se había ido para siempre, pero con su marcha le había dejado una última lección de vida. Estaba decidido a ser valiente, a tomar las riendas de su propio destino y a mostrarse al mundo tal cual era, de una vez por todas. Nunca más permitiría que su historia fuera una narración a medias, una crónica prestada, la vida de otros. Y si llegado el momento, en otra vida, en otro lugar, se volvían a encontrar de nuevo, podría volver a mirar de nuevo a los ojos de su amigo y decirle que sí, que efectivamente, había sido él mismo.



Y que había tenido una vida.

Jon... Su más leal amigo, su compañero fiel. El que siempre había guardado su secreto, aceptándolo tal cual era, sin importarle el hecho de no entender.

Aquél por el que albergó en silencio un profundo y sentido amor, del que nunca se consiguió desprender por completo.

Aquél que, mientras Ander regresaba a casa en la madrugada de ese fatídico lunes en el que todo sucedió, inmerso en su conflictivo mar de dudas y deseos, yacía en una sala de hospital a cientos de kilómetros de allí, bajo el mismo cielo impertérrito que a unos les reserva el más trágico de los finales, al tiempo que a otros, como a Ander, sentado tras los cristales de un triste autobús de línea, les regala el espectáculo de un bello amanecer.

## ***Montjuïc. Barcelona, mañana del jueves 14 de julio de 2016.***

### **I**

Gorka había asistido a muchos funerales a lo largo de toda su vida, pero nunca a uno tan cercano como éste. Nunca, para despedir a un buen amigo.

Lo que caracteriza a esta clase de ceremonias cuando el fallecido es una persona joven, es que los asistentes al acto en su mayoría también lo son, y este hecho tiene algo de oscuro y perturbador: la muerte interfiriendo en la vida a destiempo, fuera de hora. Cuando no toca.

No era el momento de Jon. No debería haberlo sido. Y aquella realidad resultaba insoportable y desgarradora.

Aparcó su coche lo más cerca que pudo del edificio principal. Tomó aire, e hizo acopio de valor para salir de aquel vehículo y encaminarse hacia la multitud que allí se hallaba congregada, tratando de que no le temblaran las piernas al hacerlo. Antes de diluirse entre los asistentes, dio un rápido vistazo a su alrededor.

Y toda la vida de Jon pasó por delante de sus ojos, en unos segundos.

Allí estaban los amigos de Vitoria-Gasteiz que habían llegado la noche anterior, e incluso algunos más que lo acababan de hacer aquella misma mañana. También reconoció de inmediato los rostros de los compañeros de universidad, aunque a la mayoría de ellos hacía muchos años que no los había vuelto a ver.

Formando corrillos distribuidos por doquier, pudo ver a lo más granado del deporte y del periodismo de la ciudad: habían acudido a aquella despedida, tanto directivos como jugadores, tanto redactores como directores de las principales publicaciones de la prensa escrita.

Al verlos a todos allí reunidos, Gorka sintió un vacío en el estómago y notó que le invadía un ligero vahído. Pero aquél no era el momento de venirse abajo ni mucho menos, así que respiró hondo de nuevo y se acercó a saludar a los presentes.

Empezó por las personas relacionadas con el mundo profesional, agradeciendo a Balcells su presencia en aquel acto, así como a todos los compañeros redactores, tanto de su periódico como del de Jon. Le dio un fuerte abrazo a Carlos Méndez, al que encontró realmente abatido, y que le presentó a una tal Lucía Banyoles, una chica de

pelo rizado y gafas de pasta que, al parecer, también era redactora del diario de Jon. La joven se mostraba tremendamente afectada, y en el momento de las presentaciones le dio los preceptivos dos besos a Gorka sin dejar por ello de llorar desconsoladamente.

Acto seguido intercambió unas palabras cordiales con la directora de la revista semanal vinculada a su periódico, Roser Puig, a la que encontró hablando con Elisa. Prudentemente, procuró estar con ellas el mínimo tiempo indispensable como para resultar correcto y amable, pero sin dar ocasión a que Roser se percatara de que, en realidad, Elisa y él ni siquiera se cruzaban la mirada.

Y a continuación se dirigió a saludar a los compañeros de universidad, que le recibieron con abrazos y pésames, y también con alguna que otra breve anécdota de los años en los que estudiaron juntos, que surgió al recordar todo el tiempo que había transcurrido sin verse.

Para su sorpresa, también estaba allí Didier, el chico francés con el que compartieron el piso de estudiantes.

- ¿Sabes, Gorka? – le dijo éste, con un perfecto acento castellano que le sorprendió sobremanera. – Al final nunca regresé a casa, me casé con una catalana y me quedé a vivir en Barcelona. ¡Esta ciudad me atrapó desde el principio!

Cuando hubo terminado con aquella ronda de saludos, se unió finalmente al grupo que formaban sus amigos de Vitoria-Gasteiz.

En ese momento llegó el coche de los padres de Irene, un amplio vehículo de siete plazas del que descendieron toda la familia. Ella llevaba del brazo a Teresa, caminando ambas pesarosamente y con el rostro desenchajado. Detrás de ellas, los abuelos maternos cogían a los niños de la mano. Gala lloraba desconsoladamente y Marc se aferraba al vestido de su hermana, cabizbajo.

No pasó un segundo sin que fueran recibidos con afecto por todos los presentes, que inmediatamente les llenaron de abrazos en un intento por reconfortarlos y por transmitirles todo su cariño y su enorme pesar.

Poco tiempo después, fueron conducidos a una enorme sala de planta cuadrada llena de filas de butacas que resultaron ser insuficientes para acoger a la gran cantidad de personas que se hallaban allí congregadas, por lo que muchos de los asistentes permanecieron de pie, apoyados contra las paredes.

Toda la distribución de la sala se orientaba hacia el centro de la misma, lugar en el que habían instalado una pantalla de proyección y un pequeño atril, situados ambos junto a un zócalo de mármol de escasa altura que reseguía un perímetro rectangular y que ocupaba el centro geométrico exacto de la estancia. Gorka cayó en la cuenta con desasosiego, de que la función de aquel bordillo perimetral no era otra que la de albergar en su interior el ataúd de su amigo, cuya presencia apenas se adivinaba tras

aquel discreto parapeto, sobre el que habían esparcido una gran cantidad de hermosas rosas rojas.

Cuando todo el mundo estuvo dispuesto alrededor de ese espacio y el murmullo general comenzó a acallarse, las luces empezaron a descender gradualmente, hasta dejar iluminada únicamente la zona central de la estancia. La oficiante de la ceremonia, una mujer vestida con un discreto traje de chaqueta gris oscuro, se situó ante el micrófono del atril y procedió a darles la bienvenida, agradeciendo a todos su presencia y su acompañamiento a la familia en aquellos tristes momentos. Acto seguido, comenzó a pronunciar unas palabras acerca del motivo por el que se hallaban allí reunidos, y sobre la figura de su amigo Jon.

*“¡Por favor, que no diga eso de que era “amigo de sus amigos”!”* – pensó Gorka, para sus adentros. Odiaba profundamente aquella dichosa tautología. – *“¡Por favor, que no lo diga!”*

Pero para su sorpresa, y en contra de lo que venía siendo habitual en otro tipo de funerales, las palabras de aquella mujer sonaron sinceras y cálidas, huyendo completamente de estereotipos y frases manidas. Se veía que aquella señora se había tomado la molestia de hablar con Irene o con Teresa con antelación, y todo lo que dijo resultó ser acertado y acorde con el tipo de persona que Jon había sido y que todos recordaban, reflexionando después acerca de la vida y la muerte de una manera serena y completamente alejada de todo artificio.

Gorka respiró aliviado. No imaginaba que la ceremonia fuera a resultar reconfortante en cierto modo, y sin embargo, estaba siendo más agradable de lo que él esperaba.

Tras aquella intervención, le había tocado el turno de hablar a él. Se levantó despacio y se encaminó hacia aquel pequeño estrado que la oficiante le cedía llevando sus manos vacías, sin papeles que leer o guiones a los que aferrarse. Se trataba tan solo de él, y del intenso amor que le unía a su amigo. Decidió que hablaría con franqueza y se dejaría llevar, y daba igual si su discurso resultaba ser demasiado largo o apenas duraba unos pocos minutos. Se limitaría a decir aquello que le dictara su corazón, sin patrones ni medidas.

Y así lo hizo, haciendo acopio del mayor aplomo que fue capaz de reunir.

Y lo que dijo debió de llegarles a todos muy hondo, porque así se lo confirmaron las caras de los asistentes que le rodeaban. Cuando comenzó a hablar todos le miraban atentos y expectantes. Y a medida que avanzaban sus palabras, los rostros se fueron transformando poco a poco, dejando entrever un glosario de emociones que cada cual liberaba o contenía con mayor o menor recato. Se empezaron a oír suspiros. Se vieron sonrisas. Se derramaron lágrimas...

Al finalizar, Gorka volvió a ocupar su sitio con la sensación de haber sido, al

menos, honesto consigo mismo y con su amigo, y aceptó agradecido las palmadas en la espalda y los gestos de afecto y cariño con los que le recibieron los compañeros que se sentaban a su lado.

Durante un breve espacio de tiempo, se hizo de nuevo el silencio. Acto seguido, un joven vestido completamente de negro hizo su aparición en la sala, portando una silla plegable en una mano y un violonchelo en la otra. Se sentó en el espacio central, cerca de la pantalla, y se puso a interpretar una canción popular catalana, *El cant dels ocells*. Aquella era, sin duda alguna, una melodía tremendamente triste pero a su vez, absolutamente hermosa, y el contraste entre ambos sentimientos que producía hizo que a los presentes se les encogiera el estómago con el armonioso sonido de cada una de sus notas.

Mientras aquel músico tocaba, en la pantalla que tenía a su lado se fueron proyectando diversas imágenes de Jon, fotografías que reflejaban los distintos momentos de su vida. Allí estaba un Jon de niño, en el campo de fútbol del Alavés, sonriendo feliz mientras abrazaba las piernas de su jugador de fútbol favorito; fotos de familia, fotos del colegio, fotos con los amigos... A todos los compañeros de la infancia allí presentes, se les escapó una sonrisa al ver aquellas viejas imágenes del colegio en las que aparecían retratados con sus pantalones cortos y sus cortes de pelo a tazón.

La secuencia era interminable, y cada una de aquellas instantáneas iba cargada de emociones, de sentimientos...

El violonchelista terminó de tocar aquella pieza. Hizo una breve pausa, y a continuación prosiguió su magnífico repertorio encadenando una melodía tras otra. Pero la música no estaba elegida al azar. Gorka la reconoció al instante, desde el primero hasta el último de aquellos temas: el músico estaba tocando una a una las mejores canciones de los *Smiths*, que resultaron estar maravillosamente interpretadas, a pesar de que para ello empleara tan solo aquel único instrumento de cuerda.

Gorka identificó el tema *Asleep* a la primera nota, y enseguida le vino a la mente la letra de aquella canción:

*“Cántame para dormir,  
cántame para dormir,  
estoy cansado y me quiero ir a la cama.”*

Mientras tanto, las fotografías seguían sucediéndose sin parar.

*“Cántame para dormir,  
y después, déjame solo.  
No trates de despertarme por la mañana*

*porque me habré ido.”*

Un sonriente Jon miraba a la cámara sentado sobre la arena de la playa del Bogatell, en un bonito y soleado día de finales del otoño, de un mes de noviembre que bien podría ser un mes cualquiera...

*“No te sientas mal por mí.  
Quiero que sepas  
que dentro de la celda de mi corazón  
me sentiré feliz de ir...”*

... a los ojos de quien no hubiera estado allí ese día...

*“Cántame para dormir,  
cántame para dormir,  
no quiero levantarme solo  
nunca más...”*

Gorka contuvo la respiración, tratando de evitar que las emociones se adueñaran de él e hicieran aflorar unas traicioneras lágrimas que se apoderaran de sus ojos.

*“No te sientas mal por mí.  
Quiero que sepas  
que dentro de la celda de mi corazón  
me sentiré feliz de ir...”*

Imágenes de Jon jugando al fútbol con un grupo de muchachos jóvenes que encontraron en la playa ese día...

*“Hay otro mundo,  
hay un mundo mejor...”*

De Jon y de él, el brazo del uno alrededor del cuello del otro, sonriendo felices ante el objetivo de Elisa, que disparaba su cámara sin parar...

*“Bueno, debe haber uno.  
Bueno, debe haber uno.  
Bueno, debe haber uno...”*

Una Elisa que, a modo de presencia invisible, capturaba el momento con increíble maestría y lo hacía perdurar, inmortalizándolo para siempre...

*“Adiós...*

*adiós...*

*adiós...”*

Unas sonrisas que jamás se borrarían. Jamás.

La música cesó tras la última imagen que aparecía proyectada en aquella pantalla, y la sala se quedó en penumbra, envuelta en un extraño silencio.

La oficiante de la ceremonia volvió a aparecer, y anunció que había llegado el momento de la despedida.

Para finalizar, leyó un soneto de Pablo Neruda:

*“Si muero sobrevíveme con tanta fuerza pura  
que despiertes la furia del pálido y del frío...”*

Mientras la mujer leía, Gorka se percató, sorprendido, de que la penumbra en la que se hallaban envueltos hasta hacía escasos segundos se iba disipando, y una blanca y radiante luz comenzaba a adueñarse lentamente de la sala, hasta que al cabo de unos instantes lo abarcó todo con su presencia.

*“Vive en mi ausencia como en una casa...”*

Al principio, Gorka creyó que aquella claridad era producto de su propia sugestión, pero enseguida descubrió que estaba equivocado. Comprobó que, efectivamente, la sala se había visto repentinamente invadida por una potente y nívea luz cegadora, como si el mismísimo cielo se estuviera abriendo y quisiera volcar todo su resplandor sobre sus cabezas, transmitiéndoles a los allí presentes una profunda y sobrecogedora sensación de paz.

La misma deslumbrante luz con la que Gorka había soñado la noche anterior.

*“Es una casa tan transparente la ausencia,  
que yo sin vida te veré vivir  
y si sufres, mi amor, me moriré otra vez...”*

Costaba discernir cuál sería exactamente la fuente de la que provenía aquella intensa luz, pero Gorka se esforzó por encontrarla y, entornando los ojos, descubrió que su

origen estaba en una gran claraboya ubicada en el techo de la sala y orientada al este, por la cual hacía su entrada a raudales la penetrante luz de la mañana.

El efecto que se conseguía dentro de la estancia era realmente magnífico, y Gorka pensó que no existía una luz más bella ni más pura que la mediterránea, y que nunca en su vida había visto una forma más hermosa de escenificar la marcha de un ser querido que aquélla, y se sintió tranquilo y reconfortado.

La lectura llegó a su fin, y aquella reluciente luz comenzó a perder intensidad y se fue apagando poco a poco, a medida que procedían a tapar de nuevo el ventanal. En unos instantes, la sala recuperó el umbral del claroscuro que presentaba en un comienzo, y todos los asistentes procedieron a salir al exterior.

La gente aguardaba con paciencia para abrazar a la madre, a la viuda y a los dos niños, y mostrarles su respeto y sus condolencias. Finalmente, les llegó el turno al grupo de amigos.

- ¡Me alegro muchísimo de teneros a todos aquí conmigo! – exclamó Irene, agradecida, mientras ellos le prodigaban besos y abrazos cargados de cariño. – Ahora que la ceremonia ha terminado, me gustaría estar con vosotros y que podamos charlar un rato.

Irene les facilitó la dirección de un local cercano en el que acordaron verse al cabo de aproximadamente una hora, y en el que podrían tomar una copa juntos y hablar tranquilamente de una manera más informal y distendida.

Todos comenzaban a marcharse ya, pero Gorka procuró quedarse un poco rezagado. Quería estar a solas, asomarse a uno de los muretes de piedra que recorren el laberinto de calles empinadas que conforman este magnífico cementerio y, desde ese lugar, contemplar las espléndidas vistas que se extienden a los pies de la montaña de Montjuïc.

Ante él, los grandes muelles del puerto de mercancías de la ciudad exhibían su incesante actividad. Más allá de las grúas y de los barcos, el sereno mar azul se prolongaba hasta donde alcanzaba a divisar la vista, perdiéndose al borde del inmenso cielo de aquella hermosa mañana de verano.

Gorka cerró los ojos e inspiró con fuerza, queriendo retener la esencia de aquel sobrecogedor momento dentro de él. Necesitaba llevarse consigo algo de ese lugar, aquel aire que respiraba y aquellas vistas que contemplaba, que se quedarían grabadas para siempre en su retina.

Al poco tiempo de permanecer allí, notó el cálido contacto de una mano amiga que se apoyaba en su hombro.

- Vamos, Gorka – le dijo Marcos. – No te quedes aquí solo. Es hora de marcharse.

Y ambos se encaminaron lentamente hacia la salida.



A su paso se cruzaron con un inmenso panteón de piedra tan profusamente esculpido, que bien podría haber sido erigido en honor a alguna divinidad antigua. Era un templo magnífico, rodeado de columnas con fustes acanalados y espléndidos capiteles decorados con volutas. Ocupando su centro destacaba un enorme ataúd de piedra ricamente labrado, y sobre él, la figura a escala humana de un ángel que desplegaba sus espléndidas alas y se recostaba sobre la pétrea superficie de aquel féretro, ocultando su rostro entre los brazos.

Y aquel ser alado, lloraba.

Y permanecería allí tumbado durante toda la eternidad, derramando sin cesar sus sentidas lágrimas de piedra.

---

## II

No se prodigaban los bares por aquella ladera de la montaña de Montjuïc.

No obstante, Irene había dado con un lugar lo suficientemente próximo y tranquilo como para que pudieran reunirse en él, y así tener la oportunidad de volver a saludarse de una manera más íntima y relajada. Se trataba de un local *chill out* ubicado entre la espesura de un bosque de pinos y en el que sonaba una música suave y envolvente, lo que lo convertía en un espacio muy agradable para conversar. Grandes toldos blancos sobre pérgolas de madera cubrían la parte principal de la terraza, protegiendo a los asistentes del inclemente sol que a aquellas horas de la mañana caía a plomo sobre sus cabezas. El lugar ofrecía además una maravillosa panorámica sobre el mar.

Tras la ceremonia, Irene había convocado allí a los amigos más próximos, tanto a los de Barcelona como a los de fuera de la ciudad, y la mayoría de ellos no dudaron en acudir. En aquel posterior encuentro se respiraba un ambiente mucho más sosegado y distendido que el que reinaba tan solo unas horas antes, una vez se sintieron todos liberados de la dosis extra de tensión emocional que suponía asistir al acto en sí. La gente hablaba animadamente formando pequeños grupos, y entre los asistentes se volvían a escuchar las risas, que por largo rato habían sido prudentemente silenciadas.

- Bueno, y tú qué tal estás... - le preguntó Gorka a Irene, ofreciéndole una cerveza que acababa de pedir para ella en la barra.

Él por su parte bebió un gran sorbo de la suya. Le estaba haciendo mucha falta.

- Bien, Gorka, gracias. Os agradezco a todos muchísimo el apoyo y el cariño que me habéis dado – dijo ella, dirigiendo su mirada hacia el numeroso grupo de personas que allí se congregaban. – Mira a toda esta gente que ha venido a despedirse de Jon. Aquí

están todos sus amigos, está todo aquél que alguna vez ha significado algo en su vida – prosiguió, y Gorka notó cómo la voz de Irene temblaba por la emoción.

- Por supuesto que sí, Irene. Ya sabes que Jon era una persona muy querida y apreciada por todos, y...

- De entre todas las personas que nos han querido y que nos quieren, hoy aquí no ha faltado nadie – le interrumpió Irene, como si no le escuchara, insistiendo una vez más en aquella idea, enfrascada como estaba en sus propias reflexiones.

- Sin duda, Irene, así es... - volvió a afirmar Gorka.

– Pero déjame que te diga que, de entre todos ellos, hoy también ha sobrado alguien – soltó ella de repente, girándose hacia Gorka y mirándole de frente. - Y tal vez tú deberías saber mejor que nadie a quién me refiero.

Gorka se quedó petrificado. Aquel inesperado comentario de Irene le había pillado completamente desprevenido.

- ¿Cómo?... ¿Qué quieres decir, exactamente? - preguntó, desconcertado.

- Vamos Gorka, tú eras su amigo más íntimo, tendrías que haberlo visto venir – afirmó Irene, y dio un pequeño sorbo a su cerveza. - Yo sé que tú siempre has estado a tus cosas y que no te metes en la vida de los demás, pero aun así... De verdad, me cuesta creer que no lo supieras. – prosiguió ella, con semblante serio. Y concluyó, tajante: – Jon tenía una amante.

- ¿¡Qué!?! – exclamó él, sorprendido.

E instintivamente Gorka miró a Elisa, que mantenía una animada charla con un pequeño grupo de amigos a escasos metros de donde ellos se encontraban. Aquella mirada duró apenas un segundo, Gorka nunca hubiera querido fijarse en ella en medio de semejante conversación, pero sus ojos le traicionaron, y en cuanto fue consciente de haberlo hecho, apartó la vista de inmediato. Asimismo, confió en que Irene no hubiera tenido tiempo de percatarse de su desliz, ya que se había tratado tan solo de una mirada fugaz, una breve indiscreción que él se había apresurado a corregir.

- De este asunto era precisamente del que te quería hablar antes de ayer, cuando viniste a verme a mi casa – prosiguió Irene. - Jon tenía una amante, y yo tengo que saber la verdad – afirmó, rotunda, mientras clavaba en Gorka una suplicante mirada cargada de angustia. - Y necesito que tú me ayudes a descubrirla. No es mucho pedir, Gorka. Tan solo quiero que hagas eso por mí.

Gorka, completamente perplejo, buscó apresuradamente un buen argumento con el que rebatir a su amiga.

- No, no... Irene... eso no es así... no... - trató de explicar, pero su mente no lograba dar alcance a sus palabras, y éstas salían de su boca como balbuceos intermitentes.

Necesitaba encontrar a toda prisa un razonamiento contundente al que aferrarse, y que resultara ser lo suficientemente convincente como para persuadir a Irene de que estaba equivocada, pero ya no tuvo tiempo de continuar: eran muchas las personas que querían saludarla y que se acercaban a hablar con ella, y aquel instante de intimidad del que habían disfrutado ambos, se acababa de esfumar por completo. Ya no encontró otra oportunidad de hablar con ella a solas en toda la mañana.

Al cabo de un rato la gente comenzó a despedirse y a anunciar su marcha, hasta que al final tan solo quedaron allí los amigos más íntimos de la infancia. Todos comenzaron a organizarse para ver cómo se repartían entre los coches de los presentes, a fin de regresar al hotel.

- Déjame que te lleve a casa, Irene – se ofreció Gorka.

Hacia horas que el padre de Irene se había llevado al resto de la familia de regreso a Sant Cugat. Una vez finalizada la ceremonia, ni su esposa, ni Teresa, ni mucho menos los niños, tenían demasiadas ganas de permanecer rodeados de gente por más tiempo.

– Y así vamos hablando por el camino – añadió él.

Pero muy a su pesar, al instante Eva y Marta se unieron a la conversación.

- ¡Sí, por favor! ¡Nosotras queremos acompañarte también! ¿Nos llevas, Gorka? ¡Y así estaremos juntas un rato más! – exclamó Eva, rodeando a Irene con su abrazo protector, en una actitud muy cariñosa.

- Os lo agradezco mucho a todos, de veras – respondió Irene. Y viendo que no podría seguir hablando con Gorka en privado, añadió: - pero me gustaría volver a casa por mi cuenta. Tengo mucho en lo que pensar...

- ¡Oh, no! ¡Cómo te vas a ir sola! ¡De ninguna de las maneras! ¡No lo vamos a permitir!, ¿verdad que no, Gorka? – replicó Marta.

Tras mucho negociar con sus amigas, Irene tan solo accedió a que le llevaran en coche hasta la estación de ferrocarril más próxima. Ella se sentó en el asiento de atrás junto con Marta, mientras Eva ocupaba el lugar del copiloto. Gorka condujo el vehículo hasta la Plaza de Cataluña y una vez llegaron allí, comenzaron a despedirse.

- Tengo que pensar con calma acerca de cuál sería el lugar ideal para esparcir las cenizas de Jon – les comentó Irene antes de bajar del coche, mientras repartía besos y abrazos entre los ocupantes. – Ha de ser un sitio que para él fuera especial. Prometo pensarlo muy seriamente durante toda la tarde, y esta noche, sin falta, os envío un mensaje con un plano en el que figure cuál será nuestro punto de encuentro, mañana viernes.

- Tranquila, tómate tu tiempo – le respondió Gorka. – Dínoslo cuando estés completamente segura de dónde quieres hacerlo. Nosotros podemos esperar.

Irene asintió con la cabeza, pensativa. Descendió del coche – no sin antes escuchar

una retahíla de reproches por parte de las chicas, que se sentían fatal por el hecho de que no se dejase acompañar hasta la puerta de casa, - y encaminó sus pasos hacia una de las bocas de acceso situadas en la plaza, perdiéndose de vista entre la multitud.

*Irene.*

*Camino de Sant Cugat, jueves 14 de julio de 2016.*

## I

A aquellas horas siempre solía haber sitio libre donde sentarse en el ferrocarril que hacía la ruta de Barcelona a Sant Cugat, e Irene escogió un asiento junto a la ventanilla. Le gustaba mirar el paisaje que se extendía al otro lado del cristal, una vez que el vagón dejaba atrás Sarrià y abandonaba el subsuelo de la ciudad, emergiendo a la superficie.

Le había costado un gran esfuerzo convencer a sus amigas para que le dejaran marchar, pero lo cierto era que, aunque su compañía siempre era bienvenida, en esta ocasión sentía la urgente necesidad de estar por un momento a solas y poder escuchar sus propios pensamientos en paz y tranquilidad. Con la casa invadida por los abuelos por un lado, y rodeada permanentemente de amigos deseosos de expresar sus condolencias por otro, lo cierto era que aún no había tenido ni un minuto de intimidad para encontrarse consigo misma.

Y se tenía que ir acostumbrando a ello. Porque en cuanto se bajara el telón de los actos públicos y la gente volviera a retomar la cotidianidad de sus vidas, como era lo normal, las luces que ahora le enfocaban se apagarían, y ella estaría irremediablemente sola. Y decidió que era preferible enfrentarse a aquella circunstancia, más pronto que tarde.

Pensaba en la conversación que había mantenido con Gorka esa mañana, y que ambos se habían visto obligados a dejar a medias. Todo apuntaba a que, durante aquellos días, iba a ser muy complicado encontrar un momento para retomarla. Ella habría deseado disponer del tiempo necesario para hacerlo, pero estaba tan ocupada con el papeleo y demás asuntos urgentes que requerían de su máxima atención, que aquello le había resultado materialmente imposible.

Pero no importaba, podía esperar. Tarde o temprano, Gorka tendría que sincerarse con ella y contarle todo lo que sabía o, en su defecto, lo que era evidente que él también intuía. Un buen amigo como él, no podría negarle su derecho a conocer la verdad.

Aunque, en cierto modo, Irene era consciente de que Gorka ya le había confirmado

sus peores sospechas. No se le había pasado por alto aquella mirada que él le había dedicado a Elisa, justo en el momento en el que ella mencionó que Jon tenía una amante. Y luego, Gorka se había ruborizado y había tratado de disimular, creyendo que ella no se había dado cuenta de nada.

Pero Irene se había dado cuenta de todo.

Porque Irene sabía de sobra que la amante de su marido era Elisa. Desde siempre lo había sabido, se lo decía su instinto y se lo gritaba su corazón. Y era obvio que Gorka, o bien lo sabía también, o bien lo sospechaba con tanta o mayor convicción de lo que ella misma lo hacía.

Sus más negros presagios se habían hecho realidad.

Y la historia se repetía.

Solo que esta vez, era a ella a la que le había tocado perder.

---

## II

Irene recordaba perfectamente el momento en el que Elisa empezó a salir con Jon.

Su amiga había estado enamorada de él desde la adolescencia, cuando ambas dejaron su colegio de siempre e ingresaron en uno nuevo que, hasta el año anterior a su llegada, solo había admitido chicos. Pero los tiempos estaban cambiando rápidamente, de modo que a partir del último curso de bachiller, el centro había abierto sus puertas a la enseñanza mixta y las chicas empezaron a formar parte del paisaje cotidiano.

Recordaba que Elisa se había quedado pillada por él desde el primer día, en cuanto a los dos los sentaron juntos en el mismo pupitre. Aunque lo cierto era que, en aquella época, su amiga no consiguió despertar en Jon el menor interés.

Sin embargo, años más tarde, la casualidad quiso que los dos se pusieran a hablar de nuevo una noche próxima a la Navidad, en uno de esos bares que ambos grupos de amigos solían frecuentar. Irene se acordaba de aquel día porque también estuvo allí, incluso recordaba lo feliz que se había sentido por Elisa cuando vio que su amiga y Jon se empezaban a besar en la discoteca, sabiendo lo mucho que ella había deseado que aquello ocurriera algún día.

En aquel vagón de ferrocarril medio vacío, Irene no pudo evitar que se le escapara un hondo suspiro. Pensaba en lo absurda que resulta ser, a veces, esa caprichosa cosa a la que nos empeñamos en llamar “destino”.

Porque lo más irónico de toda aquella historia, era pensar que Irene conocía a Jon

desde la misma época en la que la propia Elisa lo conoció. Había coincidido con él en el pasado en multitud de ocasiones, y sin embargo, nunca, lo que se dice nunca, ni en los tiempos del colegio, ni mucho menos, años después, se había sentido atraída por él. En absoluto.

No fue hasta que Elisa comenzó a salir con Jon, que Irene empezó a verlo con otros ojos.

¿Por qué había sucedido aquello? ¿Por qué tenía ella que haberse ido a fijar precisamente en él, el novio de su mejor amiga, y en consecuencia, el único chico del mundo al que nunca podría llegar a tener?

Irene no sabía la respuesta a esa pregunta. Lo único que sabía a ciencia cierta era que ella, desde el primer momento en el que fue consciente de estar albergando tales sentimientos, trató de hacer lo que indudablemente era lo más sensato y lo más correcto. Y para ello, se mantuvo mucho tiempo apartada de Jon, procurando coincidir lo menos posible con él y evitando dirigirle la palabra más allá de lo que resultara estrictamente indispensable.

Durante el primer año en el que Elisa y Jon salieron juntos, ella misma descartó por completo la posibilidad de sentirse atraída por él. Cada vez que aquella disparatada idea se paseaba por su mente, ella la rechazaba de inmediato, convencida de que aquello no era más que una trampa del inconsciente, una especie de capricho pasajero que hacía que se le antojara, precisamente, aquello que estaba totalmente fuera de su alcance.

Pero aquel sentimiento tantas veces silenciado, con el paso del tiempo no hizo otra cosa que crecer.

Y llegó un momento en el que Irene no sabía cómo iba a ser capaz de reprimirlo por más tiempo, y sintió que sus ojos, su rostro y hasta la última parte de su cuerpo le delataban, y clamaban al cielo lo absoluta y perdidamente enamorada que estaba de él.

Elisa y Jon no llegaron a cumplir su segundo años juntos.

Antes de que llegara esa fecha, Irene ya estaba saliendo con él.

---

### III

Otro suspiro que se le escapó. El ferrocarril se había detenido en la estación de La Floresta, pero ningún pasajero pulsó el botón de apertura de puertas para salir. Y ninguno quiso entrar tampoco.

Nunca se había sentido orgullosa de aquello, no. Haberle robado el novio a su mejor amiga, no era algo que figurase entre las cosas más honestas que había hecho en su vida. Pero por otro lado, y siendo sincera consigo misma, tenía que reconocer que jamás se había arrepentido. En absoluto. Jon había sido, era, y siempre sería, con mucho, el gran amor de su vida. Compartir este mundo con él había sido un gran honor, y nada importaba que para ello hubiera tenido que pagar un alto precio.

Y en cuanto a su amiga... Parecía mentira lo bien que Elisa había encajado aquella traición. Demasiado bien, pensó Irene en su momento, y se sintió incómoda con la aparente naturalidad con la que ésta se resignó a aceptar aquella deslealtad suya, sin dar ninguna muestra de estar enfadada con ella, ni de guardarle el menor rencor.

Pero esa actitud de Elisa, lejos de mejorar las cosas, no hizo más que ponerlas más difíciles. Irene ya no se sentía a gusto en su compañía, no le apetecía continuar quedando con ella como si nada hubiera sucedido, y mucho menos aún, seguir compartiendo confidencias como acostumbraban a hacer en el pasado. Aquel momento en el que se encontraba su amistad, a Irene se le antojaba, cuando menos, raro.

Y por encima de todo, lo que más le disgustaba era que Elisa se acercara a Jon, y que siguiera charlando y bromeando con el que ahora ya era oficialmente su novio, como si nada hubiera pasado entre ellos dos. Visto desde fuera, daba la impresión de que se tratara de un par de buenos colegas: ambos parecían haber olvidado por completo que hubo un tiempo en el que mantuvieron una intensa relación de pareja.

Pero Irene no era capaz de olvidar este pequeño detalle, de modo que fue ella misma la que acabó marcando las distancias con Elisa, porque, ¿acaso esta chica no tenía dignidad? ¿Cómo era posible que les hubiera perdonado a ambos lo que le habían hecho, como si no le importara nada en absoluto? ¿Cabría la posibilidad de que, en el fondo, todo aquello formara parte de una estrategia para tratar de recuperar a Jon? Aquellas dudas asaltaban a Irene y le causaban una enorme inquietud, de modo que rompió de manera definitiva con su amiga, y ya de paso, se aseguró de que ésta se alejara por completo del entorno de Jon, y de que no volviera a hablar con él nunca más.

Tal vez no formara parte de la naturaleza de Elisa el hecho de ser celosa pero, desde luego, Irene sí que lo era. Y sabía perfectamente cómo defender su territorio.

-----

## IV

Y ahora, pasados los años, todo apuntaba a que Elisa había tratado de recuperar lo



que en su día le fue arrebatado.

¿Era justo aquello? ¿Tenía ella derecho a hacer algo semejante?

¡Oh, Irene pensaba que desde luego que no! Una cosa era lo que pudiera haber sucedido durante su juventud, cuando ninguno de ellos contaba con ataduras de ninguna clase ni experiencia en la vida de casi ningún tipo, y tenían por tanto todo el derecho del mundo a probar suerte y a equivocarse, y otra bien distinta era entrometerse en la vida de un hombre casado, que tenía mujer y dos hijos, muchas responsabilidades a sus espaldas y una vida hecha y establecida, y tratar de destrozar de este modo a toda una familia, el bien máspreciado que cualquier ser humano podría llegar a poseer.

No, de ninguna de las maneras, el daño que Elisa le había causado a ella y a su familia, no era para nada equiparable con el que ella le ocasionara a su vez en el pasado. Aquello no tenía ni punto de comparación. Y a Irene, la recién descubierta traición de Jon le producía tanto dolor como la pérdida misma del ser amado, de aquél que lo había sido todo para ella durante tantísimos años, y por el que habría dado la propia vida sin dudarle siquiera, si realmente eso hubiera servido de algo.

Y aquella sensación era tan descorazonadora, que sentía cómo las entrañas se le desgarraban por dentro.

Pasados los años, Irene no había vuelto a sentir celos de ninguna otra mujer. Confiaba plenamente en su marido, y consideraba que nunca le había dado motivos para dudar de él. Si Jon faltaba a menudo de casa durante algunas noches o, incluso, los fines de semana, Irene siempre lo achacaba a sus numerosos compromisos profesionales, y se creía a pies juntillas las explicaciones que él le ofrecía a su regreso. Es más, ella siempre se reía cuando escuchaba a sus compañeros de trabajo contar alguna truculenta historia relacionada con un conocido al que su pareja le había engañado vilmente, o cuando las amigas cotilleaban en los cafés acerca de lo infieles que eran los hombres por naturaleza, y de la poca credibilidad que la mayoría de ellos se merecían, a criterio de muchas de ellas.

La primera vez que Irene tuvo una sospecha fundada fue aquel día, a principios de la semana anterior, en el que una de las camisas favoritas de Jon olía a perfume de mujer. Era un olor muy suave, casi imperceptible, y a punto estuvo de pasarlo por alto en el momento en el que la introducía en la lavadora. Pero en el último instante le pareció notar un aroma especial, y se la acercó a la nariz para comprobarlo.

Efectivamente, la camisa desprendía una fragancia suave, con aromas de vainilla, caramelo y un ligero toque de almizcle, que difícilmente podría corresponder a otra cosa que no fuera a un perfume femenino. Y sus sospechas se confirmaron inmediatamente, porque en los cuellos de aquella camisa también encontró una pequeña mancha de rímel. Era evidente que una mujer había recostado su cabeza sobre el hombro de Jon. Y no parecía muy lógico pensar que nadie hubiera adoptado semejante posición, a no ser que le estuviera besando el cuello... Oh, con tan solo imaginar que

aquella escena habría podido tener lugar, a Irene se le erizó todo el vello del cuerpo, y el estómago se le contrajo al tamaño de una nuez.

Por esa misma razón, tras la ceremonia de aquella mañana en Montjuïc, cuando Elisa se le acercó para darle el pésame y ambas rozaron sus mejillas de una manera fría pero cortés, Irene no pudo evitar cerrar los ojos por un instante y aspirar el olor de su antigua amiga, en busca de aquel aroma que habría sido capaz de reconocer en cualquier parte.

Y no lo encontró. Elisa no olía a vainilla aquel día, lo que no significaba que no pudiera haber cambiado de perfume, o incluso, que tuviera por costumbre utilizar dos o más aromas diferentes, según la ocasión. Pero de lo que Irene no tenía ninguna duda, era de que los celos le reconcomían por dentro como si se hubiera tragado vivo un ratón, y que la ansiedad que le provocaban estaba empezando a hacer una profunda mella en su ánimo. Sabía que si seguía por ese camino, se acabaría volviendo completamente loca.

Porque aquella camisa no había sido la única prueba de que las cosas no marchaban bien entre ellos dos.

---

## V

Irene estaba enterada de que, desde hacía un par de años, Elisa viajaba periódicamente a Barcelona por motivos laborales y que se reunía habitualmente con Gorka, que era precisamente la persona que le había conseguido aquel trabajo. Pero también tenía constancia de que, en numerosas ocasiones, a ellos dos se les unía su marido, Jon. Y sabía que él nunca quería hablar de este tema en casa, porque era consciente de que Elisa era la última persona a la que Irene querría ver en este mundo, ya que despertaba en ella una mezcla de sentimientos en los que confluían la culpa, los remordimientos y los celos.

Y la cosa fue a peor, cuando Gorka decidió a principios de año mudarse a Washington y dejar así el camino libre para que Elisa y Jon pudieran verse a solas, sin testigos de ninguna clase. Porque Irene presentía que ambos continuaban quedando, aunque él nunca se decidiera a contárselo.

Tres días antes de su fallecimiento, se lo vino a confirmar una compañera del trabajo.

- Irene, no sé cómo decirte esto, pero creo que es mi obligación contarte una cosa muy importante... - le dijo con mucho misterio, mientras ambas se preparaban sendos

cafés en el *office* del primer piso. – Creo que tenemos la suficiente confianza tú y yo, como para que me pueda sincerar contigo...

- ¿Qué ocurre, Cristina? – preguntó Irene, sin mostrar en un principio la menor curiosidad por el asunto en cuestión.

A aquella compañera de trabajo, que acostumbraba a hacerse eco de todos los chismes que llegaban a sus oídos, le encantaba airear las historias más sórdidas y truculentas de la vida de los demás empleados de la empresa. Por eso, en un principio, Irene no se dejó impresionar por aquel tono de confianza que empleó al dirigirse a ella.

- Verás, se trata de Jon, tu marido – dijo Cristina, e inmediatamente pudo observar cómo sus palabras despertaban un repentino interés en Irene. – Es muy duro decirlo... Pero creo que debes saberlo, por tu propio bien y, por supuesto, por el de tus hijos.

- Venga, dímelo de una vez – se impacientó Irene.- ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme?

- ¿Recuerdas que te he comentado alguna vez, que yo vivo en la calle Diputación? – preguntó Cristina, e Irene asintió con la cabeza, mientras alternaba el peso de su cuerpo de un pie al otro, tratando de contener su ansiedad y de escuchar hasta el final. – Es una zona muy buena del Ensanche, la verdad, desde que mi marido y yo nos trasladamos allí...

Cristina se interrumpió al ver el hastío que comenzaba a reflejarse en la cara de Irene, y acto seguido retomó el hilo de la conversación.

- ¿Conoces el restaurante *Thai Gardens*, un tailandés que se encuentra justo debajo de mi casa? – Y como Irene negó con la cabeza, Cristina prosiguió. – Pues ayer miércoles fuimos a cenar allí, mi marido y yo. Era nuestro aniversario de boda. Un aburrimiento total, qué te voy a contar. Pero como se supone que hay que celebrarlo porque toca, aunque ya no haya apenas nada que festejar, pues...

Y Cristina se detuvo en seco. Era consciente de que se estaba yendo otra vez por las ramas, y de que Irene no estaba dispuesta a esperar mucho más.

- Pero obviamente, ésa no es la cuestión que a ti te interesa – dijo ella, reculando. - Lo que yo realmente te quería contar, es que en la mesa de al lado estaba cenando tu marido, Jon. Acompañado de otra mujer.

Irene sintió que su cara comenzaba a hervir, y que el calor ascendía hasta sus pómulos sin que ella pudiera controlarlo.

- ¿Y cómo sabes que era mi marido, Cristina? Tú apenas lo conoces. Como mucho, lo habrás visto una vez en aquella cena de empresa que hicimos el año pasado – contestó ella, notando que se estaba empezando a enfadar por momentos. – Es más, estoy convencida de que él no se acuerda de ti, en absoluto.

- Oh, no, claro que no se acuerda de mí, Irene, eso es bien cierto – respondió la otra, con parsimonia.- Te aseguro que él no me reconoció, ni se percató en absoluto de mi presencia. Pero yo sí que me acuerdo de él, ¡cómo no hacerlo!

Y dicho lo cual, Cristina bajó la voz y miró a Irene con cara pícara.

- Hija, has de reconocer que tu marido no es de esos hombres que se olvidan fácilmente. Está como un queso, qué quieres que te diga. Si fuera mi Paco, ya sería otra historia... Pero al tuyo, con verlo una vez, basta.

- ¡Bueno, y qué! – replicó Irene, cortante, sopesando la posibilidad de mandar a paseo a aquella cotilla y retomar sus tareas pendientes del día. - Mi marido se reúne con mucha gente a lo largo del día, es parte de su trabajo como periodista.

- Uy, no, no, qué va. No estaban trabajando, no, créeme – respondió Cristina, inclemente.

Esa mujer no tenía la menor intención de ahorrarle a Irene ni el más mínimo detalle de aquel trago tan amargo que pretendía servirle en bandeja.

– Estaban de confianzas - prosiguió. - Se veía a la legua, te lo aseguro. A momento dado, ella incluso se puso a llorar y él trató de reconfortarla pasándole el brazo por su espalda, de la manera más galante que he visto yo nunca. Desde luego, es todo un caballero, tu marido.

Irene escuchaba atentamente, sin atreverse siquiera a pestañear. Su cuerpo entero se había convertido en piedra y su corazón era lava fundida, a punto de precipitarse por su boca como si se tratara de la erupción de un volcán.

- Acabaron de cenar antes que nosotros, y salieron juntos del local – prosiguió Cristina. – Desde nuestra mesa pude ver lo que hacían una vez fuera, al otro lado de las cristaleras de la entrada. Tu marido la abrazaba con fuerza, y ella hundía su cabeza en el pecho de él. Parecía una despedida. Se veía que se iban a echar mucho de menos – dijo ella, dando a su comentario un marcado toque de ironía. - Permanecieron así durante un largo rato, antes de que yo los perdiera de vista. Luego, no sé decirte bien qué dirección tomaron, la verdad es que no llegué a ver nada más.

Cristina dio por concluido su relato y se quedó en silencio, expectante, observando el rostro de Irene, a la espera de su reacción. E incluso para una mujer como ella, que disfrutaba lo increíble narrando las penurias sentimentales de los demás, la mirada desolada que ésta le devolvió, bastó para que sintiera una gran lástima por ella.

- Dime, ¿cómo era aquella mujer? ¿La recuerdas? – preguntó Irene, tragando saliva y sacando fuerzas de flaqueza.

- Sí, perfectamente. Era mucho más bajita que él, eso sin duda. Pero era muy guapa: pelo largo y castaño, tirando a rojizo, unos bonitos ojos color caramelo...

- Si te muestro la foto de una mujer, ¿me podrías confirmar si es ella? – le

interrumpió Irene.

- Claro, seguro que sí – respondió Cristina, convencida de que podría hacerlo sin ningún esfuerzo. Ella nunca olvidaba una cara.

Aquella tarde, antes de que Jon llegara, Irene rebuscó en todos los álbumes que encontró por casa y no paró hasta dar con la foto más reciente que tenía de Elisa. Perteneecía a la boda de su primo Marcos, una de las pocas ocasiones en las que ambas habían coincidido en los últimos años. Y aunque era un retrato de grupo bastante numeroso, a Elisa se la reconocía perfectamente: aparecía de cuerpo entero en primera fila, agarrada del brazo del novio y sonriendo, feliz.

La extrajo del plástico que la protegía, y al día siguiente se la mostró a su compañera.

- Sí, es ella – afirmó Cristina, sin detenerse a pensarlo ni un segundo. – No me cabe la menor duda.

---

## VI

Se había pasado todo aquel último fin de semana dándole vueltas a la cabeza, barajando la posibilidad de hacerle frente a Jon y de escupirle a la cara que sabía que le estaba engañando con Elisa. Si conseguía reunir el valor suficiente como para dar aquel paso, le exigiría a su marido que dejara de ser un cobarde y que confesara. Que se arrepintiera de lo que había hecho y que le pidiera perdón. Que le jurara que rompería con ella de inmediato, y que aquella aventura se acabaría...

Pero en el caso de que así lo hiciera, si decidiera plantarle cara directamente, era consciente de que también se arriesgaría a que él le dijera que, en realidad, amaba a Elisa, y que jamás la había llegado a olvidar; que se iría con ella y que no volvería nunca más...

La hora de la verdad podría traer consigo la más contundente de las victorias, o podría acarrear la más amarga de las derrotas, dependiendo de la verdadera naturaleza de los sentimientos que se ocultaran tras el corazón de Jon.

Y no se vio capaz de enfrentarse a tal dilema. No estaba preparada para afrontar las consecuencias. No, en caso de que él decidiera abandonarla y lanzarse en brazos de Elisa, aquellos de los que Irene lo había arrancado a su vez, tantos años atrás. Al fin y al cabo, ambos amantes podrían llegar a la conclusión de que no era demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido, y para retomar aquel amor de juventud que una entrometida trató un día de destruir.

Y aquel pensamiento hacía que a Irene le temblaran las piernas.

Así que no le dijo nada. Necesitaba reflexionar, tenía que estar convencida de lo que hacía, construirse una coraza fuerte y segura antes de hacer volar por los aires su matrimonio, su familia, y todo lo que juntos habían construido durante muchos años, empleando para ello tanto esfuerzo y cariño.

Quería ganar tiempo. Tan solo un poco de tiempo más.

---

## VII

Aquel domingo por la mañana, Jon amaneció tranquilo y relajado. Se había levantado tarde y de buen humor. Estuvo sentado a la mesa del jardín durante horas, enredando con su ordenador portátil mientras los niños jugaban a su alrededor.

Comieron los cuatro juntos en un ambiente muy distendido, entre las risas y gracias de los pequeños, que parecía que aquel día se habían olvidado de discutir, y en lugar de eso, se mostraban particularmente divertidos y amenos.

No fue hasta unas cuantas horas más tarde, cuando su rostro adquirió un rictus inesperadamente serio. Aquello ocurrió exactamente después de recibir una misteriosa llamada.

Estaban los dos en el jardín, tumbados en sendas hamacas disfrutando de la sombra, cuando su teléfono móvil sonó. Jon miró la pantalla iluminada, y al ver el nombre que aparecía reflejado en ella, de inmediato se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

Rápidamente, se incorporó como si hubiera sido impulsado por un resorte invisible. Cogió su teléfono y se introdujo en el interior de la casa antes de descolgar, en un intento por evitar que ella pudiera escuchar ni una sola palabra de su conversación.

Al regresar de nuevo al jardín, Irene pudo ver que se encontraba visiblemente alterado, pero no obstante, también advirtió que hacía todo lo posible por tratar de disimular su nerviosismo. Jon se volvió a tumbar en la hamaca, e hizo como si retomara la lectura de un libro que acababa de empezar, aunque Irene estaba convencida de que no se estaba concentrando en absoluto.

Pasaron las horas y a eso de las ocho de la tarde, el teléfono volvió a sonar. Tras conversar dentro de la casa de nuevo, Jon regresó al jardín anunciando que lo lamentaba muchísimo, pero que se tenía que marchar, y alegó para ello los mismos motivos profesionales de siempre. Esta vez y según su versión, en la redacción había surgido un problema de última hora que requería de su inmediata presencia.

Ella escuchó sus excusas y asintió, quedamente.

Él le besó en los labios y se marchó a toda prisa.

Y ella, entonces, tuvo unas ganas infinitas de llorar.

Llegó la noche y nada sabía de él. Irene no se atrevía a llamarle por teléfono, le aterraba la sola idea de que él descolgara y entonces, de fondo, se oyera la voz de una mujer. Una mujer que sin duda sería Elisa, que podría estar junto a Jon en aquellos momentos, acostada, desnuda a su lado, y de la que tal vez podría llegar a oír hasta su risa... y de la que tal vez podría llegar a oír hasta una respiración entrecortada...

No, no quería arriesgarse por nada del mundo a escuchar semejantes cosas, así que optó por enviarle un mensaje de texto por *WhatsApp*, al que él nunca respondió. Y eso, a pesar de que lo había visto: el símbolo del *doble check* color verde situado junto al mensaje, así se lo confirmaba.

Lo había leído y no había querido contestar.

Irene tuvo entonces la certeza de que Jon estaba con ella.

Acostó a los niños temprano y esperó su regreso despierta, oteando continuamente la calle a través de las cortinas del salón.

Ya había dado la una de la madrugada en el reloj, cuando Irene vio al fin las luces de un vehículo que iluminaban el camino, delante de su jardín. Aquel coche avanzaba con inusitada lentitud. Irene reconoció enseguida que se trataba del *Volvo XC90* de Jon, y permaneció expectante tras las cortinas, apretando las mandíbulas y sintiendo una creciente sensación de rigidez en la nuca.

No fue hasta el último momento, cuando advirtió que algo iba terriblemente mal. El vehículo realizó un giro brusco e inesperado, y fue a estamparse contra el muro de ladrillo que delimitaba la finca, provocando que éste se derrumbara parcialmente. El estruendo que originó al chocar, hizo que las luces de la vecindad comenzaran a encenderse tras las ventanas de las casas.

Irene salió corriendo al exterior, atravesó apresuradamente el jardín y llegó hasta el coche de Jon, en el preciso instante en el que éste abría la puerta del conductor y salía tambaleándose, completamente aturdido y arrastrando las piernas al caminar.

En un primer momento, Irene temió que estuviera malherido a causa del impacto que había sufrido contra el muro, y a otros golpes que sin duda había recibido el vehículo aquella misma noche, a juzgar por las numerosas abolladuras y desperfectos que presentaba la carrocería en general. Pero enseguida comprobó que no tenía ninguna lesión aparente ni sangraba por ninguna parte. Y aun así, parecía incapaz de valerse por sí mismo.

- ¡Irene! – llamó Jon a gritos, alargando los brazos hacia ella, tratando desesperadamente de que su mujer acudiera en su auxilio. – ¡Irene! – repitió, con una

agónica voz cargada de desesperación.

Ella respondió a su llamada y corrió hacia él, abrazándolo con todas sus fuerzas. Él se desplomó en sus brazos y ella trató de sujetarlo, pero aquello resultaba imposible, porque Elisa no podía aguantar ella sola todo el peso de su cuerpo inerte, de modo que ambos fueron descendiendo lentamente hasta llegar al suelo, en donde ella lo atrajo contra su pecho, aspirando aquel perfume almizclado que impregnaba toda su ropa con aromas a vainilla y caramelo. Él se fue escurriendo entre sus brazos, hasta que su cabeza acabó tendida boca arriba sobre el regazo de ella.

- Irene... - repitió Jon, mirando a su mujer con ojos que parecían no ver, mientras a ella se le iba cubriendo el rostro de lágrimas y de angustia.

A su alrededor, los vecinos salían de sus casas y se acercaban a ver qué había sucedido: los perros ladraban; la gente gritaba; algunos corrían para tratar de prestar su auxilio...

Gala y Marc también se habían despertado al oír aquel alboroto. Ambos salieron corriendo de la casa y comenzaron a gritar con fuerza:

- ¡Papá!, ¡PAPÁ!

La vecina de la casa de al lado los vio, y se apresuró a ir tras ellos. Estaban allí de pie, descalzos y en pijama en mitad de la acera, sus pequeños cuerpecitos estremeciéndose, llorando y gritando desesperados, así que los abrazó con fuerza contra su cuerpo y tapó sus rostros con sus manos, en un intento por evitar que los niños miraran hacia donde su padre yacía tirado en el suelo.

---

## VIII

Irene trataba de recordar lo que había sucedido, y su mente representaba los hechos envueltos en un halo de irrealidad, como si todo formara parte de un mal sueño del que en algún momento se fuera a despertar. Era como si los acontecimientos hubieran transcurrido a cámara lenta, en una sucesión de imágenes borrosas, de gritos ahogados, de voces apagadas que resonaban dentro de su cabeza, lejanas, extrañas...

El tren se había detenido en la estación de Sant Cugat.

Irene se enjuagó las lágrimas de los ojos y se levantó de su asiento, descendiendo del vagón en el último instante, un segundo antes de que sus puertas se volvieran a cerrar.



**Jon.**

***Parque Natural de Collserola, un domingo de mayo de 2016.***

El ferrocarril nos ha dejado a los pies del funicular de Vallvidrera, de modo que hemos tenido que caminar muy poco para llegar hasta la estación. A los niños les ha encantado subirse en una de estas curiosas cabinas que ascienden por la empinada ladera de la montaña, como si de un ascensor inclinado se tratara. Con su trazado angosto y tremendamente empinado, el funicular evoca los ecos de un pasado que hoy percibimos como lejano, y es un medio de transporte tan bucólico y pintoresco, que tanto nuestros hijos como nosotros dos, nos hemos dejado seducir inmediatamente por su encanto.

Hoy es un día claro, y las vistas sobre la ciudad de Barcelona que se disfrutan desde nuestro vagón son fantásticas. Incluso se llega a ver el mar.

Los niños no paran quietos ni se quieren sentar, intentan admirar el denso y verde paisaje que nos rodea a través de los ventanales de ambos costados al mismo tiempo, y para ello van de un lado a otro, corriendo y dando tumbos por el estrecho vagón. También quieren ver las vistas que dejamos atrás, la ciudad de Barcelona enmarcada en una ventana alargada que se encuentra sobre los asientos, en una perspectiva en picado que da auténtico vértigo. Y para llegar a verla, se suben a las butacas y las pisotean, se ponen de puntillas y estiran el cuello para tratar de alcanzar el cristal de la ventana.

Irene les regaña porque están ensuciando la tapicería: cuando nosotros nos marchemos, otras personas se tendrán que sentar ahí donde ellos han dejado las huellas de sus deportivas, y eso no se puede consentir. Pero, en el fondo, los dos nos alegramos de verlos tan contentos y emocionados con esta excursión. Por fortuna, vamos solos en la cabina, y no tenemos que disculparnos con otros viajeros por su mal comportamiento.

Irene está sentada a mi lado, me coge de la mano y me sonrío.

Nadie sabe sonreír como ella.

Y con su dulzura, me reconforta y me anima a aparcar el cansancio que arrastro en mi día a día, y yo me concentro en intentar disfrutar plenamente de una magnífica

jornada de domingo en la naturaleza junto a mi familia.

Llegamos a la bonita y modernista estación de Vallvidrera Superior, que está construida con ladrillo y piedra y que cuenta con unas voluptuosas líneas curvas que recorren el perímetro de sus puertas y ventanas, que enseguida nos llaman la atención. Abandonamos el andén y al salir al exterior, subimos por unas escaleras siguiendo las indicaciones que nos guían hacia la fuente de la Budellera.

Gala y Marc cantan y ríen, saltan y juegan, se pelean y vuelven a hacerse amigos, y mientras ellos hacen todas estas cosas, todos juntos nos vamos adentrando en el bosque y paseamos por un entorno privilegiado de denso arbolado, compuesto por pinos y encinas.

Contemplamos las vistas de la ciudad desde un recodo del camino, en el que la vegetación se abre en torno a un claro y la pendiente se acentúa, creando un hermosísimo mirador natural que permite contemplar el horizonte, allá a lo lejos, perdido sobre la línea que divide el azul del cielo del cian del mar.

El día es hermoso y soleado, pero por fortuna, todavía no sufrimos los rigores del intenso calor, que aún dará una pequeña tregua antes de llegar. Irene y yo caminamos unos pasos por detrás de los niños, cogidos de la mano, mientras reímos con las trastadas que hacen nuestros pequeños, y luego les regañamos, y más tarde les advertimos de que han de tener más cuidado con las zarzas que nacen al costado del camino, y les decimos que no se empujen, y que no se caigan... Y nos volvemos a reír.

Y yo me alegro infinito de haber venido.

Casi me pierdo la oportunidad de disfrutar de este día solo porque esta mañana, cuando me he despertado, me encontraba terriblemente fatigado y no me veía con fuerzas ni tan siquiera para levantarme de la cama. Y eso habría sido un tremendo error.

Adoro a mi familia, adoro verlos alegres y felices, y no sé si es que la edad me está volviendo un sensiblero empedernido, o es que el estrés comienza a hacerme desvariar, pero lo cierto es que estos sentimientos de amor que albergo hacia los míos son tan profundos y me embriagan hasta tal punto, que hay momentos como éste en los que pienso que, de la emoción tan inmensa que siento, bien podría echarme a llorar.

Marc me trae las bellotas que ha estado recogiendo por el suelo. Las ha ido acumulando sobre su camiseta nueva como si ésta fuera un simple trapo, y ahora está dada de sí y además, llena de polvo y barro, al igual que sus pequeños deditos, sus manos, su cara entera... Pero no le vamos a reñir por eso, porque hoy es un día para pasarlo bien, para experimentar, para descubrir y, por supuesto, también para ensuciarse sin miramientos.

Gala encuentra un tronco caído a un lado del camino y nos llama a gritos, alertándonos a todos de su descubrimiento. Su hermanito pequeño corre detrás y ambos

se suben en él, haciendo equilibrios e intentando caminar por su rugosa superficie sin caerse. Cerca del árbol hay una pequeña ladera cubierta de hojas. Los niños se deslizan por ella como si se tratara de un tobogán. Irene está a punto de advertirles que tengan cuidado, pero yo la sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí, le sonrío y le beso en los labios. “*No te preocupes*” - le digo, - “*déjales que disfruten*”. Saco mi móvil y les hago una foto. Ellos me ven, y corren a subirse al árbol otra vez. “*¡Sácanos aquí!, ¡sácanos aquí!*”, - gritan, y se abrazan y se empujan y se vuelven a abrazar para no caerse rodando los dos... Y me sonrían, y me hacen el signo de la victoria para que yo los fotografíe de esa manera.

Avanzamos por el frondoso camino y llegamos a un rellano en el que hay una gran piedra pulida, en cuya superficie figuran las huellas de varios animales. Gala y Marc ponen sus manitas encima y las comparan con las que están allí impresas. Las de Gala resultan ser más grandes. Las de Marc, en cambio, son pequeñitas como las de algún mamífero de los que corretean por estos bosques.

Después de atravesar un túnel de frondosa vegetación, llegamos a la *Font de la Budellera*, un caño de agua que mana directamente de un muro de piedra, a través de la boca de una figura humana esculpida en ella. Se trata de un hombre de gruesas cejas y abundante mostacho con cara de enfadado. “*¡Tiene nariz de patata!*” - grita Marc, señalando justo encima del caño. Y en efecto, el niño tiene razón: la figura también se caracteriza por tener una anchísima y achatada nariz, dotada de unas generosas fosas nasales.

“*¡Saca el mapa, papi!*”, - grita Gala, - “*¡Saca el mapa!*” Y yo abro la mochila que llevo a la espalda, donde he puesto el agua y algunas galletas para el camino, y extraigo el plano que previamente he impreso en casa, y que nos ha de guiar exactamente hasta la ubicación en la que se encuentra el *caché* que hemos venido a buscar.

En el colegio de los niños se ha puesto de moda este juego: consiste en que alguien esconde un pequeño objeto en algún lugar de público acceso, y después, publica en internet las coordenadas exactas en las que se encuentra, para que los demás puedan ir a buscarlo. El objeto a ocultar, ha de ser un pequeño contenedor hermético que guarde en su interior un papel, en el que las personas que lo encuentren puedan apuntar su nombre. De este modo, se crea un registro de la gente que ha pasado por allí, y que se ha tomado la molestia de buscarlo y lo ha conseguido. Los *cachés* se esconden preferentemente en sitios bonitos que merezca la pena visitar, y son un gran incentivo para los niños, por el reto que para ellos supone su búsqueda, algo que los padres pueden aprovechar a su favor, a la hora de convencer a los pequeños para ir a conocer un sitio nuevo. En nuestro caso, no es el primero que buscamos por Barcelona y aun así, los niños están tan nerviosos y emocionados como si lo fuera.

Este *caché* en concreto está difícil de encontrar. Las pistas y las fotos que ofrece en

internet la persona que lo escondió, indican que lo hizo entre las rocas del muro. Pero aquí hay muchos huecos y rendijas en las que se podría esconder casi cualquier cosa, así que nos tenemos que aplicar en la tarea los cuatro con ahínco.

Al cabo de un rato de intensa búsqueda, al fin soy yo quien acaba dando con el *caché*, y parece que hemos descubierto el tesoro escondido del mismísimo *Barbanegra*, a juzgar por los gritos de júbilo que profieren los niños. Se trata de un tubo cilíndrico de plástico negro con tapa, uno de éstos en los que antaño guardábamos los carretes de fotos antes de usar. En su interior hay una lista enrollada en la que ya figuran varios nombres. Ponemos los nuestros: Gala, Marc – en este momento surge la discusión, porque los niños no se ponen de acuerdo con respecto a cuál de sus nombres ha de figurar primero, - Irene y por fin, Jon. Nos sentimos todos muy satisfechos de haberlo encontrado, y así lo publicamos en la página web a través de mi teléfono móvil, para que todo el mundo sepa que merece la pena venir hasta aquí y buscarlo.

Que merece la pena el paseo. Que merece la pena la vida, y disfrutar de estos pequeños momentos en familia que enriquecen el alma, y te llenan de valor y de ánimo para afrontar cualquier cosa que haya de venir en el futuro.

Miro a los niños. Miro a Irene, esa fantástica mujer con la que hace ya tantos años que me casé, y con la que volvería a hacerlo un millón de veces más. Y me siento afortunado, y se lo gritaría al viento, y a los árboles y al cielo, y a los pajarillos que cantan entre la espesura del bosque y que me alegran el día, y que me hacen olvidar lo terriblemente extenuado que me siento.

Los niños corren cuesta abajo por la empinada ladera del bosque. Irene me espera, me regala otra de sus hermosas sonrisas, me tiende su mano y coge con ella la mía.

Y ambos caminamos juntos tras los niños, adentrándonos de nuevo en esta densa espesura.

## ***Vallvidrera, mañana del viernes 15 de julio de 2016.***

### **I**

Gorka se presentó en Sant Cugat a primera hora de la mañana. Previamente había parado en una *fleca* [18] que encontró por el camino, y traía consigo el inconfundible aroma que desprendían los cruasanes calientes y el pan recién hecho, acompañados de un par de botellas de zumo recién exprimido.

Los niños se levantaron de la cama a toda prisa, emocionados con la inesperada visita. Con el pelo revuelto y la mirada aún somnolienta, le prodigaron un montón de besos y abrazos rebosantes de ternura, muestras de cariño a las que Gorka correspondió inmediatamente, muy agradecido. Teresa, Carmen e Irene también le dieron la bienvenida con un fuerte abrazo, y el padre de esta última le estrechó la mano con efusividad.

Estaban todos emocionados y nerviosos. Ninguno de ellos había podido dormir bien esa noche. El hecho de estar a punto de esparcir las cenizas de Jon desde la ladera de una montaña, despertaba en ellos sentimientos encontrados.

- Quiero que una parte de Jon esté presente en cada uno de los lugares que han sido importantes para él– dijo Irene, cabizbaja, mientras preparaba el café. – Para nosotros... - puntualizó.

Todos se habían sentado alrededor de la mesa de la cocina, y los niños comenzaban a dar buena cuenta de aquellos cruasanes dorados y tiernos, devorándolos con avidez.

– En Barcelona, he escogido ese rincón de Vallvidrera del cual te hablé ayer, Gorka. ¿Les has explicado a los demás dónde se encuentra, como te pedí?

Gorka asintió y le dijo que estuviera tranquila, que había dado instrucciones precisas a los amigos la noche anterior, cuando todos se reunieron de nuevo a la hora de cenar, y que éstos no tendrían ningún problema para encontrarlo.

- Ayer por la mañana, cuando celebramos la ceremonia de despedida en Montjuïc, aún no tenía ni idea de cuál sería el lugar idóneo para esparcirlas – dijo Irene. - Y sin embargo al acercarse la noche, de repente lo vi con total claridad, como si hubiera tenido una especie de revelación – continuó. – Me acordé de una de las últimas excursiones familiares que hicimos por el Parque de Collserola, y de lo mucho que disfrutamos los cuatro juntos aquel día. ¿Os acordáis, niños? – y los pequeños

asintieron con la cabeza. - ¿Te acuerdas, mamá, que te conté que hasta subimos en funicular y todo?

Carmen, que desayunaba en silencio procurando no intervenir en la conversación, al sentirse aludida, no pudo evitar que se le escapara un suspiro de desaprobación.

- Ay, hija, sí. Si todo eso suena muy bonito y muy poético, no te digo yo que no, ya ves... - afirmó la mujer, con cara de resignación. - Pero con lo bien que estaría en el cementerio de Santa Isabel... - y Carmen buscó con la mirada a su consuegra - Teresa, ¿tú no estás de acuerdo conmigo, en que sería mejor así? Por la paz de su alma...

- A mí me parece muy bien lo que Irene decida - afirmó Teresa, respaldando a su nuera. Y ésta le dedicó una mirada cargada de profundo agradecimiento. - Ella conocía mejor que nadie los deseos de Jon.

Carmen, consciente de que se encontraba en clara minoría una vez más, decidió darse por vencida y se levantó de la mesa, comenzando a recoger los platos y vasos del desayuno, y depositándolos en el fregadero.

Todos ellos tenían que empezar a arreglarse cuanto antes, si no querían llegar tarde a la cita. En cuestión de una hora, los amigos más íntimos de Jon volverían a reunirse, esta vez en Vallvidrera, preparados para arropar a la familia en aquel último acto de homenaje y despedida.

- Llévame contigo en tu coche - le pidió Irene a Gorka, cuando los demás empezaron a levantarse de la mesa. - Solos tú y yo. Y así podremos hablar de una vez por todas.

---

## II

En cuanto todos estuvieron arreglados y vestidos, y los niños bien peinados, Irene y Gorka se marcharon en el coche de este último.

No tardaron en recuperar la conversación que tenían pendiente. Gorka había decidido no perder más el tiempo, y mostrarse claro y rotundo desde un primer momento.

- Irene, estás muy equivocada con respecto a Jon. Él nunca jamás tuvo una amante - aseveró, con voz firme.

Si bien el día anterior, el comentario de Irene le había pillado completamente desprevenido y no había sabido cómo reaccionar, en esta ocasión en cambio, se mostraría rotundo en sus explicaciones y vehemente en sus afirmaciones, sin que su discurso dejara lugar alguno a la duda.

– Tú eras la mujer de su vida – prosiguió Gorka, - y jamás hubo nadie más. De eso te puedo dar mi palabra. No sé de dónde te habrás sacado esas ideas, pero estás muy equivocada.

- ¿Sí? ¿Tú crees? – replicó Irene. - ¿Y qué hay de Elisa? – preguntó ella, y pudo ver claramente cómo las mandíbulas de Gorka se apretaban una contra la otra al oír aquel nombre, y su rostro entero comenzaba a tensarse.- ¿O es que acaso no estamos hablando de ella, en realidad?

- No sé en qué te basas para insinuar que Elisa pudiera tener algo que ver con Jon...

De golpe, el tono de Gorka había perdido toda la contundencia que mostraba al inicio.

- ¡Oh, vamos Gorka! ¡Creo que lo sabes mejor que yo! – exclamó Irene, perdiendo la paciencia.- ¡No sé qué ocurriría durante el tiempo en el que tú aún andabas por aquí, pero sé que te fuiste hace ya seis meses, y que ellos seguían viéndose a solas, ya sin ti!

- No dudo de que se vieran, Irene – afirmó Gorka. – De hecho, es bastante probable que lo hicieran. Pero de ahí a que tuvieran una relación sentimental, eso sí que resulta descabellado a todas luces. Eran amigos, Irene. Y nada más. Te lo puedo asegurar.

- ¡Y tú cómo me vas a asegurar nada, Gorka, si ya no vivías aquí! – replicó ella, alzando la voz. - ¡Tú qué sabrás de lo que pasaba entre ellos, una vez que te marchaste y les dejaste el camino libre! ¡No tienes ni idea!

- Sí lo sé, Irene. Lo sé. Y la respuesta es bien sencilla: nada. ¡No pasaba nada! – respondió Gorka, consciente de que sus argumentos estaban perdiendo fuerza por momentos.

- ¡Basta ya! ¡No lo defiendas más! ¡Él ya no está! – estalló ella, muy enfadada. - ¡Pero yo sí que estoy aquí! ¡Y para seguir adelante con mi vida, preciso saber qué ha sucedido en realidad!

E Irene rompió a llorar. Gorka trató de consolarla, de insistir, de persuadirla de que aquello solo estaba en su imaginación... Pero sabía que aquella partida estaba perdida, y que había jugado mal sus cartas de nuevo. Los argumentos que él le estaba ofreciendo eran demasiado débiles, y con ellos jamás conseguiría convencerla, por mucho que insistiera.

Si quería que Irene le creyera, tendría que darle algo más.

---

### III

Habían llegado ya a Vallvidrera. Numerosas personas se agrupaban frente a la estación del funicular, punto de encuentro en el que habían sido citadas la noche anterior. Irene se enjugó las lágrimas y trató de recomponerse rápidamente.

- Pero qué de gente ha venido hoy también... - se sorprendió ella al verlos. – Creí que tan solo estaríamos unos pocos amigos...

- Nadie tenía intención de perderse esta despedida, Irene – afirmó Gorka. – Quieren acompañaros a Jon y a ti hasta el final.

Gorka aparcó el coche y ambos descendieron, y se volvieron a fundir en un mar de reconfortantes abrazos con todos los presentes. Irene les agradeció una vez más su asistencia, y les advirtió que el acto que iba a tener lugar aquel día, iba a ser muy breve y totalmente informal. Todos le insistieron en que estaban encantados de estar allí, y que daba igual si duraba dos horas o dos minutos, que ellos querían participar en aquella emotiva despedida de todas formas.

Caminaron durante un rato hasta salir del área urbana, y se adentraron de lleno en el frondoso bosque. En un rellano del sendero, la vegetación dejaba un gran claro que se abría hacia una pendiente muy pronunciada, y desde allí, las vistas sobre la ciudad de Barcelona eran realmente hermosas. Irene recordaba que durante aquel paseo familiar que dieron los cuatro juntos un domingo del mes de mayo, se habían detenido en aquel punto del camino y habían contemplado el paisaje durante unos minutos. Y ese rincón que descubrieran meses antes de una manera puramente casual, a partir de ahora sería para ella su lugar especial de peregrinaje, al que podría regresar cuando necesitara meditar un rato a solas o, incluso, cuando sintiera la necesidad de hablar con Jon.

Arropada por Teresa y por los niños, Irene abrió una pequeña cajita de plata que contenía una parte de las cenizas, y volcó su contenido en el vacío. La sueva brisa de la mañana se encargó de hacer el resto.

Desde ese momento, Jon recorrería cada rincón de aquellos densos bosques y aquella hermosa sierra de Collserola, y se mezclaría con el viento para sobrevolar más tarde la ciudad, trasladándose de extremo a extremo, desde el Besós hasta el Llobregat, y llegar al fin a completar su recorrido, sumergiéndose dulcemente en las profundidades del mar.

Y la historia de su vida quedaría ligada a Barcelona, por siempre jamás.

Todos guardaron unos minutos de silencio.

-----

## IV



Una vez regresaron a Vallvidrera, buscaron un bar en la plaza y se reunieron en su terraza a tomar algo de pie, antes de proceder a despedirse. En cuestión de horas, cada cual retomaría sus rutinas del día a día, y todos volverían a la creencia de que siempre habría un mañana y una nueva oportunidad para llevar a cabo futuros proyectos y anhelos, ya que en eso consiste, en definitiva, la vida.

La mayoría de los amigos de Vitoria-Gasteiz ya habían anunciado que emprenderían el camino de regreso a casa, nada más finalizar aquel acto. Otros, en cambio, habían optado por quedarse a pasar el fin de semana en Barcelona y aprovechar así para visitar la ciudad.

Gorka no sabía lo que había decidido hacer Elisa.

La vio junto a un grupo de amigos que charlaban. Estaba algo distraída, como perdida en sus propios pensamientos. Se acercó discretamente y le hizo un gesto que ella supo interpretar de inmediato, invitándola a apartarse de los demás. Tenían que hablar a solas. Sin falta.

- Hola, Elisa, qué tal estás... - saludó Gorka, algo cohibido, en cuanto ambos se alejaron unos pasos del resto.

No tenía pensado cómo iba a abordar aquel tema tan delicado.

- Vaya, qué curioso. Es la primera vez que te decides a dirigirme la palabra en estos dos días - le recriminó ella. - ¿A qué se debe, que ahora te tomes la molestia de hacerlo?

- Elisa, tenemos que hablar. Esto es importante – dijo Gorka, eludiendo el reproche, y tratando de cerciorarse con el rabillo del ojo de que no había nadie lo suficientemente cerca como para poder escuchar su conversación.

Al oír aquello, Elisa rompió a reír. Pero no era una de esas risas suyas, frescas y espontáneas, que tanto le gustaban a él. Ésta estaba cargada de sarcasmo.

- ¿Lo dices en serio, Gorka? – y su rostro se puso tenso de repente, y una sombra de tristeza invadió sus ojos. - ¿De verdad, crees que aún tenemos algo que decirnos, nosotros dos?

Todo el mundo comenzaba a despedirse ya, y Gorka era consciente de que no disponía de mucho tiempo para los circunloquios, así que decidió ir al grano.

- Irene está convencida de que Jon tenía una amante – le soltó, sin cortapisas.

- ¿¡Qué!?! – exclamó ella, muy sorprendida.

En ese momento fue Elisa la que comenzó a mirar a su alrededor, en busca de posibles oyentes indiscretos.

- ¿Cómo es posible que crea semejante cosa? – preguntó, alarmada.

- Y aún hay más – continuó Gorka. – Ella piensa que esa mujer, eras tú.

Elisa tuvo que taparse la boca con la mano para que no se le escapara una exclamación de asombro.

- Pero... ¡cómo!... ¡cómo!... ¡Por qué! – se preguntó ella con estupor, tratando de acallar su voz en un susurro.- ¡Oh, esto es de locos, no puede ser! ¡Gorka, tienes que convencerla de que está completamente equivocada! – le ordenó, tajante.

- Eso es lo que llevo intentando hacer toda la mañana – aseguró Gorka. - Pero no me está resultando nada fácil, no consigo que me crea.

- ¡Pues has de lograrlo, Gorka! – insistió Elisa. - ¡Debes hacerlo! ¡Tienes que evitar que piense eso de mí!

En ese momento Gorka se percató de que Marta y Unai, que llevaban un buen rato despidiéndose de todos los presentes, se dirigían directamente hacia donde ellos se encontraban. Aquél no era el momento ni el lugar adecuados para mantener una conversación tan personal sin ser interrumpidos.

- Nos vemos esta tarde y hablamos – le dijo Gorka a Elisa rápidamente, un segundo antes de que sus amigos se unieran a ellos. – A eso de las seis. En la Playa del Bogatell.

Elisa asintió y al instante, ambos trataron de simular que mantenían una conversación de lo más trivial. Esbozaron su mejor sonrisa ante aquella pareja que ya se marchaba, les repartieron besos y abrazos y les desearon un buen viaje de regreso a casa. La propia Elisa se marchó de allí rápidamente y con discreción. No quería ser de las últimas personas que abandonaran el lugar.

El grupo se estaba disolviendo por momentos. Cada cual se despedía y se encaminaba hacia donde tenía aparcado el coche.

- Te llevo a casa de vuelta – le dijo Gorka a Irene. – Y esta vez me vas a escuchar, aunque tenga que emplear para ello el resto del día.

-----

## V

Cuando estaban a medio camino de regreso a Sant Cugat, Irene subió el volumen del reproductor de música, con un mohín de enfado dibujado en su cara. Estaba harta de que Gorka insistiera en tratar de convencerla de su error. Pero ella no quería creerle. A esas alturas de la conversación, y dada la defensa a ultranza que Gorka se empeñaba en hacer de Jon, ella estaba convencida de que su intención era protegerlo hasta las últimas consecuencias, y de que no tendría ningún reparo en mentirle a ella, con tal de

preservar el buen nombre de su amigo y de mantenerse fiel a él. Y por ese motivo, no estaba dispuesta a escuchar nada más.

- Irene, en unos pocos días me tendré que marchar de regreso a Washington – anunció Gorka. – Por favor, tienes que creerme. No me quiero llevar esta preocupación conmigo.

- Esta mañana, ni siquiera se ha tomado la molestia de despedirse de mí... – protestó Irene, con amargura.

- ¿A quién te refieres? ¿Estás hablando de Elisa? – preguntó Gorka, pero era obvio que sí. - Bueno, ¿y qué esperabas? Hace muchos años que no tenéis ninguna relación - razonó él. – Tal vez ella ha pensado que no merecía la pena acercarse más a ti, sabiendo que no iba a ser bien recibida...

- ¡Vale, me rindo! – exclamó Irene, y su cara reflejaba un profundo cansancio. - ¡Ya veo que vas a defenderlos a los dos, pase lo que pase! ¡Gorka, me has decepcionado, quiero que lo sepas!

-Irene... - trató de tranquilizarla él.

Pero ya era demasiado tarde. Irene estaba realmente enfadada, y su airada reacción no había hecho más que empezar.

- ¡Me has decepcionado, ésa es la verdad! – y comenzó a llorar de nuevo. - ¡Siempre creí que eras un buen amigo! ¡Y sin embargo, me mientes! ¡No me dices lo que sabes en realidad!

- ¡Eso no es cierto! – afirmó Gorka, notando que estaba empezando a sudar, a pesar del aire acondicionado.

- ¡Por supuesto que lo es! – gritó Irene. - ¡Tú mismo te delataste cuando te hablé de la amante de Jon! ¡Inconscientemente, miraste a Elisa!

- Eso no fue más que un malentendido... - se justificó Gorka, arrepintiéndose de haber cometido semejante torpeza. – No tendría por qué haberla mirado a ella en ese momento. Yo... Yo no...

- ¡Claro que no! ¡Desde luego, no tendrías que haberla mirado, no! - replicó Irene, que ya era incapaz de bajar la voz. - ¡Pero de hecho, lo hiciste! ¡Y si la miraste, fue por alguna razón! ¡Y ahora, niégalo!

- Irene, ya basta...

Gorka trataba de no apartar sus ojos de aquella enrevesada carretera de Vallvidrera, mientras procuraba a su vez que no le afectara la desagradable conversación que estaban manteniendo y, sobre todo, que no supusiera una distracción peligrosa para ambos. Pero lo cierto era que, muy a su pesar, se estaba empezando a poner muy nervioso y, en esas circunstancias, le resultaba complicado concentrarse en la conducción. Bajó el volumen de la música, a fin de que al menos ésta dejara de

sumarse a los gritos que profería Irene, que ya de por sí comenzaban a taladrarle la cabeza.

- ¡Gorka, esto no me ayuda! ¡No me ayuda! ¡Por qué la proteges a ella! ¡Por qué! – seguía gritando Irene.

- ¡Porque ella no tenía nada que ver con Jon! – gritó Gorka, a su vez. - ¿Cómo quieres que te lo diga, Irene? ¡Dime! ¡Cómo quieres que te lo diga!

Era consciente de que cada vez estaba prestando menos atención al volante, y la velocidad que llevaba el vehículo era a todas luces excesiva para una carretera como aquélla, plagada de curvas en cada recodo.

- ¿Y tú cómo lo sabes?, ¿eh? ¡Cómo puedes estar tan seguro! ¿Acaso estabas tú en su cama? – le espetó Irene, fuera de sí.

Gorka no pudo más. Aquello no podía continuar así, o de lo contrario, acabarían sufriendo un accidente. De un brusco volantazo, sacó el coche de la carretera justo cuando atravesaban una recta, y frenó bruscamente sobre la gravilla de la cuneta, levantando una intensa polvareda a su alrededor. Pasado el susto inicial que se llevó Irene, Gorka le miró a los ojos y procedió a contestar a su pregunta:

- Pues sí. Efectivamente. El que se acostaba con Elisa, era yo - confesó, pausadamente.

Y contra todo pronóstico, ni siquiera le tembló la voz.

– Era yo, y no Jon, como tú pensabas.

Y dicho lo cual, respiró profundamente.

Bueno, al menos, ya lo había soltado.

Por fin había dejado de ser un secreto que guardara bajo siete llaves en lo más profundo de su consciencia, un tormento del pasado que él creía haber sepultado en el lugar más recóndito e inaccesible de su mente, y sin embargo, lejos de desvanecerse poco a poco, como habría sido su deseo, con su regreso al punto de partida se había hecho más fuerte, devorándole por dentro. Y en el fondo de su ser, sintió que se aligeraba por momentos aquel pesado lastre que arrastraba a sus espaldas en completa soledad, y del que comenzaba a darse cuenta de que no lograría desprenderse por sí mismo, por más que lo intentara.

Probó a poner un océano de por medio, miles y miles de kilómetros de distancia que lo separaran de Elisa y de los profundos sentimientos que albergaba hacia ella. Y además, sin pretenderlo en absoluto, encontró otros labios que besar y que le ofrecieron un amor incondicional, justo aquello que había pretendido obtener de Elisa y que ésta no fue capaz de brindarle. Y aun así, aquellos ardientes y jóvenes besos no lograron borrar la marca que dejaron los que un día les precedieron, y todo aquel inmenso océano que los separaba, no había sido capaz de ahogar en sus profundas

aguas las pulsiones de un corazón que latía con fuerza por un amor equivocado.

Aquella respuesta tan inesperada que Gorka le acababa de dar, le había pillado a Irene completamente por sorpresa, dejándola sin palabras. Ella le miró con absoluto desconcierto.

- ¿Cómo has dicho? – preguntó Irene, en un tono de voz mucho más calmado.

- Era conmigo, con quien Elisa tenía una aventura – reiteró Gorka, como si Irene no lo hubiera entendido la primera vez que se lo dijo. – Éramos amantes, siempre escondiéndonos, siempre furtivos. Pero yo no podía vivir así, no podía aceptar que aquella situación se prolongara indefinidamente. Yo quería tener mi propio espacio en la vida de Elisa, y ella no me lo quiso dar. Y fue por esa razón, por la que acabé marchándome a Estados Unidos.

En el interior del vehículo se hizo el silencio.

De fondo, apenas se escuchaba la música que susurraba tímidamente desde el reproductor.

- Nno... No lo sabía – acertó a decir ella - No tenía ni idea... yo...

- Nadie lo sabía – aseveró Gorka. – Ni siquiera Jon. Yo jamás se lo dije. Y supongo que Elisa tampoco lo haría.

- Oh, Gorka... No sé cómo disculparme... - dijo Irene, tremendamente azorada. - No sé cómo decirte lo mucho que lo siento, haberte forzado a contármelo si tú no querías... Si no era ésa tu intención... yo... Yo...

E Irene le dirigió una mirada cargada de culpa, con los ojos bañados en lágrimas, mientras introducía sus dedos en el cabello de Gorka como si quisiera peinarlos, poniendo en ello toda la dedicación y el cariño que emplearía una madre en tratar de consolar a un hijo que se acabara de lastimar al caerse al suelo. Gorka tomó cuidadosamente la mano de ella, y la retiró de su pelo.

- No hay nada que perdonar, Irene, lo entiendo – le dijo, tratando de dotar a sus palabras de toda la dulzura y afecto que le fuera posible. – Estás atravesando un momento verdaderamente terrible, es normal que esto te produzca temor y un profundo desconcierto.

Ella le escuchaba y asentía en silencio, esta vez sin tratar de discutir ni poner en duda ninguna de sus palabras. Gorka tomó con su mano la barbilla de Irene y giró suavemente su cara hacia él. Tenía que asegurarse de que tras su confesión, ella acababa definitivamente de entender que le estaba diciendo la verdad.

- Quiero que me mires a los ojos, y me prometas que vas a alejar esa idea tan descabellada de tu mente, ¿de acuerdo?

Irene le miró fijamente por un instante, y acto seguido bajó la vista hacia su regazo, asintiendo de nuevo.

Gorka lanzó un suspiro. Se sentía tremendamente cansado con aquel cóctel de emociones que la vida le estaba sirviendo en apenas unos pocos días. Giró la llave del contacto y el motor le respondió, devolviéndole un suave rugido. Metió primera y se dispuso a incorporarse nuevamente a la carretera.

- Entonces, es hora de regresar a casa – dijo.

## ***Playa del Bogatell, tarde del viernes 15 de julio de 2016.***

Ya eran las seis de la tarde y aun así, el sol brillaba en lo alto del cielo y el calor se hacía sentir con fuerza. Pero al menos, a esas horas, la suave brisa que venía del mar ayudaba a mitigar aquella intensa y sofocante sensación de bochorno que reinaba durante el día.

Encontró a Elisa sentada en una de las mesitas del chiringuito de la playa, resguardada en la zona de sombra, bajo un entoldado de lona.

- ¡Hola! – le saludó Gorka, aproximándose a ella por la espalda.

Y Elisa, sorprendida, dio un respingo y se puso en pie, sintiéndose inmediatamente incómoda por haber tenido aquella espontánea reacción. Se volvió a sentar, disgustada consigo misma: sin necesidad de haber empezado siquiera a hablar, ella ya le había dejado claro a Gorka lo tremendamente nerviosa que estaba, y aquello no le agradaba en absoluto. No quería mostrarse tan transparente, no era ésa la intención que traía consigo cuando aceptó verse con él.

Acto seguido Gorka también tomó asiento frente a ella, pasando por alto los formalismos de rigor. No quería enfrentarse de nuevo a la incertidumbre de no saber si darle dos besos o no, así que prefirió ahorrarse el mal trago. Al fin y al cabo, en medio de aquella playa nadie les conocía, y no necesitaban fingir una cordialidad que estaba lejos de existir entre ellos dos.

- ¿Qué tal está Irene? – preguntó Elisa, dando un trago a su cerveza directamente de la botella.

El camarero se acercó a su mesa, y Gorka pidió otra para él.

- No muy bien, si te digo la verdad – contestó Gorka. - Está nerviosa, está cansada...

- Y además, cree que yo me acostaba con su marido – dijo Elisa, con una sonrisa sarcástica dibujada en la cara.

Volvió a dar otro sorbo a su cerveza y después, negó repetidas veces con la cabeza, como si tratara de expulsar aquello de su mente.

- ¡Qué idea más absurda! Lo cierto es que ella siempre ha estado obsesionada conmigo – dijo, y su rostro se entristeció por momentos.- Y yo no sé por qué. Nunca le he dado el menor motivo.

- Sí, así se lo he explicado yo también – corroboró Gorka, bebiendo a su vez del

botellín de cerveza que el camarero le acababa de servir.

Un trago largo y frío era lo que más necesitaba en aquellos momentos.

- ¿Y ella, te ha creído? – preguntó Elisa, mirándole fijamente a los ojos.

Pero él apartó la mirada antes de responder.

- Sí, lo ha hecho, sí. Yo he sido completamente sincero con ella – respondió Gorka, bajando la vista hacia la mesa.

A Elisa, aquella respuesta no le acabó de convencer. Intentó retomar el contacto visual, pero él no le devolvía la mirada.

- ¿Qué quieres decir con eso de que has sido “completamente sincero”? ¿A qué te estás refiriendo, exactamente?

Y los ojos de ella persistían en su intento por escrutar los azules ojos de él. Pero Gorka seguía esquivando la mirada de Elisa.

- Me refiero a que he tenido que contarle lo nuestro - confesó Gorka, al fin.

- ¿¡Qué!?! – exclamó ella, entre sorprendida e indignada. - ¿¡Que se lo has dicho!?

Y se llevó las dos manos a la cabeza, como si acabara de escuchar un auténtico disparate.

- ¡No puedo creerlo, Gorka! – protestó Elisa, - ¡de verdad que no puedo creer lo que me estás contando! ¡Se lo has dicho! – repitió, como si aquello fuera tan inverosímil para ella, que necesitara oírlo varias veces de sus propios labios para darle crédito.

- No he podido hacer otra cosa – aseguró Gorka. – Y recuerda que tú misma me insististe para que le convenciera.

- Sí, pero no a costa de... No a cambio de explicarle... De contarle... - balbuceó Elisa, confusa, sin que aparentemente supiera encontrar la manera de acabar la frase.

- Elisa, de verdad... ¿Tanto te cuesta decir, “nuestra relación”? – le reprochó Gorka, molesto. – Además, ¿acaso te crees que lo he hecho por gusto? Era la única manera de convencerla de que no tenías nada que ver con su marido. Si no le llego a contar la verdad, ella nunca me habría creído. Y te aseguro que lo intenté. Por todos los medios.

- ¡Ah, muy bien, Gorka, muy bien! ¡Qué maravillosa manera de resolver este asunto, la tuya! – exclamó Elisa, muy enfadada. – ¡No sé si eres consciente de que acabas de confesarle, nada menos que a mi ex- amiga, que yo le he sido infiel a Pablo!

- Porque eso es lo único que realmente te importa de todo este asunto, ¿verdad? – ahora era Gorka el que estaba enfadado, y el que miraba fijamente a los ojos de Elisa. – ¡Lo único que te preocupa a ti, en definitiva, es que algún día todo esto llegue a oídos de tu marido!

- ¡No seas injusto conmigo! – replicó ella, defendiéndose.

- ¿Injusto, dices? ¿Y qué hay de mí? – exclamó. - ¿Qué hay de mis sentimientos?, ¿Te



has parado a pensar alguna vez en lo que yo pudiera llegar a querer? ¿En algún momento te he llegado a importar, aunque solo sea un poco?

Elisa le miró con ojos encendidos, y unas lágrimas contenidas batallaban por encaramarse a sus párpados y una vez allí, precipitarse al vacío.

- ¡No fui yo la que se marchó corriendo a Washington, huyendo de todo y sin importarle una mierda a quién dejaba atrás! – le espetó ella, furiosa.

Y acto seguido, Elisa se levantó precipitadamente de la mesa y encaminó sus pasos hacia el malecón. Gorka le imitó y salió tras ella, dándole alcance al instante. Elisa caminaba apresuradamente, apretando los puños y tratando de contener el temblor que se apoderaba de sus labios y que evidenciaba que estaba perdiendo la batalla frente a las lágrimas. Gorka se situó a su lado y caminó junto a ella, manteniendo su paso rápido y tratando de mirarle a la cara mientras le hablaba.

- ¡No, tú no te marchaste lejos, claro que no! ¡Lo tuyo fue mucho peor! – le recriminó él. - ¡Tú regresabas una y otra vez a echarme en los brazos de tu marido, dejándome aquí tirado, esperándote ansioso, desesperado, loco de deseo, hasta que volvieras a dignarte a obsequiarme con las migajas de tu amor!

Ella se detuvo bruscamente, y él lo hizo frente a ella a su vez. Elisa le miró a los ojos, desafiante, acribillándole con la mirada, y Gorka sostuvo aquella mirada también.

- Y ahora, ¿qué vas a hacer? – preguntó Gorka, encogiéndose de hombros y levantando las palmas de las manos, en un gesto que evidenciaba su sensación de impotencia. – Dime, ¿qué harás, Elisa? – insistió él. - ¿Pegarme otra vez?

Por un instante, ella pareció dudar. Hizo un amago de reemprender su marcha, y una fracción de segundo después, regresó sobre sus pasos y se situó nuevamente frente a él. Ambos se atravesaron con los ojos como si fueran espadas, tan cerca ella de él que sus rostros casi se llegaban a tocar. Podían sentir el aliento del otro en la cara, podían oír sus respiraciones aceleradas, escuchaban el latido de sus corazones y sentían que ambos palpitaban desbocados.

Ella seguía apretando sus puños con fuerza. Él no descartaba aún la posibilidad de que le fuera a pegar, y estaba preparado para sujetar su brazo a tiempo, en caso de que así lo hiciera. Entonces, sin previo aviso, Elisa aflojó los puños, elevó los brazos y asió fuertemente la cara de Gorka con ambas manos atrayéndola hacia sí, alcanzando sus labios y besándolos ruda y bruscamente, como si aquella fuera, sin duda alguna, la mejor manera de castigarle que se le hubiera podido pasar a ella por la cabeza. Él reaccionó al instante y respondió a sus ardientes besos cubriendo completamente los labios de Elisa con los suyos, mordiéndoselos con vehemencia, con desespero, con rabia y pasión. La envolvió toda ella con su fuerte abrazo y la apretó contra su pecho, tratando de lograr que ambos cuerpos se fundieran en un solo ser, transformándose en un todo, en un solo uno. En un ente indivisible.

Y de ese modo, Gorka pensó que tal vez al fin lograra que sus destinos nunca más volvieran a discurrir separados, por aquellas intrincadas sendas que les deparara la vida.

O tal vez también, se tratara tan solo de otro espejismo más de aquéllos con lo que él se solía topar tan a menudo a mitad del camino.

## ***En el hotel. Calle Princesa, madrugada del sábado 16 de julio de 2016.***

- ¿Gorka? Gorka, ¿estás ahí?

Gorka se frotó los ojos, tratando de espabilarse. A pesar de que su teléfono móvil estaba en modo vibración, la luz de la llamada entrante le había despertado, y nada más verla, él se había apresurado a contestar. La voz que escuchaba al otro lado del aparato era la de su redactor jefe.

- ¡Andreu! Ah, eres tú...

Miró el reloj que tenía sobre la mesilla, esforzándose por enfocar unos adormilados ojos que no acertaban a distinguir los números con claridad. Y cuando lo consiguió, vio que apenas pasaban unos minutos de la una de la madrugada. No era habitual que Andreu le llamara a aquellas horas tan intempestivas.

- Hola, ¿qué ocurre? – preguntó, sorprendido.

- ¿Has visto las noticias? – quiso saber Balcells.

- No... Estaba dormido... - respondió Gorka, echando un rápido vistazo a su compañera de cama.

La tenue luz que se filtraba a través de los ventanales del hotel, apenas iluminaba el cuerpo desnudo de Elisa. Ella yacía a su lado, dormida, descansando plácidamente a pesar del intenso calor que reinaba en la habitación, con el cabello arremolinado sobre la almohada y apenas cubierta por una fina sábana.

Estaba exhausta. Aquel reencuentro había resultado ser muy intenso. Todo el deseo que ambos acumulaban en su interior y que llevaban largos meses silenciando, había comenzado a manar de pronto sin control. Y cada uno de los besos que durante tanto tiempo se negaron, habían brotado a borbotones de sus labios encendidos.

Al caer la tarde, se habían encerrado en aquella habitación y desde entonces no habían vuelto a salir, entregándose el uno al otro sin descanso, con la intensidad del que no espera un mañana, con la voracidad de los amantes que saben que su locura de amor llegará a su fin con las primeras luces del amanecer.

– Dime, qué sucede – preguntó Gorka, sentándose en la cama con mucho cuidado. No quería despertar a Elisa.

- Se está produciendo un golpe de estado en Turquía, Gorka – le dijo Andreu. –

Comenzó nada más caer la noche, hace apenas unas tres horas.

- ¿Cómo? – preguntó él con estupor, tratando de mantener un tono de voz lo más bajo posible.

Mientras escuchaba atentamente a Andreu, se levantó de la cama con sigilo e intentó descubrir el paradero del mando a distancia del televisor. Tras buscarlo con ahínco durante unos instantes, finalmente lo encontró sepultado bajo el embrollo de ropa que ambos se habían arrancado mutuamente la noche anterior, y que habían ido esparciendo por todo el suelo de la habitación.

Inmediatamente sintonizó el canal internacional de noticias, tomando la precaución de bajar el volumen al mínimo. Al instante, la pantalla se llenó de imágenes repletas de carteles sobreimpresos que anunciaban la retransmisión en directo. En ellas se mostraba lo que parecía ser un gran puente, y delante de él, una hilera de tanques apostados de tal manera que cortaban completamente su acceso. Mientras tanto, los rótulos a pie de pantalla se sucedían sin parar, informando acerca de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en aquel mismo momento. Por lo que Gorka pudo apreciar de un primer vistazo, el golpe militar contra el presidente Erdogan había estallado a las diez de aquella misma noche.

Pero él no se había enterado de nada. Volvió una vez más la vista hacia la cama, en la que Elisa acababa de murmurar algo en sueños mientras cambiaba levemente de posición. La tersa y suave piel de su cuerpo brillaba bajo el reflejo trémulo que proyectaban sobre él las imágenes que provenían del televisor.

- Parece ser que el presidente se encuentra a salvo, pero no sabemos qué va a suceder a partir de ahora – prosiguió hablando Balcells. – En estos momentos hay camiones militares cortando el paso en el estrecho del Bósforo, en Estambul, y las calles de Ankara han sido tomadas por blindados y tanques.

- Sí, ya lo estoy viendo. Y me estoy conectando a internet a la vez que hablo contigo – dijo Gorka, diligente, sentándose frente a su portátil y subiendo la tapa. – Voy a ver qué información están proporcionando al respecto nuestras agencias de noticias habituales.

Entonces Gorka se dio cuenta de que Elisa, inevitablemente, se había despertado, y lo lamentó profundamente. Desde la mesa de escritorio frente a la cual se había sentado, pudo ver de soslayo que ella se levantaba silenciosamente de la cama y procedía a revolver entre los restos de la batalla, en busca de su ropa interior.

Él habría querido rogarle que no lo hiciera. Que se detuviera. Que le esperara. Él habría deseado mandar a Balcells a paseo y lanzarse una vez más sobre ella, y retomar el delirio de aquella noche en el mismo punto en el que lo habían dejado, justo antes de que ambos cayeran rendidos por el sueño.

Si hubiera podido hacer eso... Si todas las decisiones estuvieran siempre en su

mano...

Pero él tenía que hacer frente a sus obligaciones profesionales, y no podía permitirse el lujo de acallar la incesante verborrea de su jefe, por mucho que quisiera hacerlo. Éste por su parte, y ajeno por completo a los quebraderos de cabeza que tanto atribulaban a Gorka, no paraba de verter una ingente cantidad de información en su oído, obligándole a concentrarse para no perder el hilo de las explicaciones, al tiempo que estudiaba todo aquel torrente de datos que iban apareciendo a un ritmo frenético en la pantalla de su ordenador.

- En Ankara ya se están oyendo las primeras voces que acusan a los seguidores del *clérigo* Fethullah Gülen de estar detrás del levantamiento – proseguía Balcells. - Como ya sabrás, Gülen se autoexilió del país a finales de los noventa, y desde entonces reside en Pensilvania, a menos de 400 kilómetros de distancia del Capitolio. Ahora mismo, el golpe militar se enfrenta a un enorme rechazo por parte de la población civil que ha tomado masivamente las calles, y todo apunta a que fracasará antes de que amanezca. De ser así, no faltará quien comience a pedir la extradición de Gülen en las próximas horas. Estaremos atentos a lo que diga la Casa Blanca al respecto.

Gorka, teléfono en mano, asentía a todo lo que Andreu le iba diciendo, mientras contemplaba con creciente desasosiego cómo Elisa ya había terminado de vestirse y se disponía a entrar en el cuarto de baño. Se estaba preparando para marcharse.

Y en ese preciso instante, él tuvo la absoluta y descorazonadora certeza de que no podría detenerla.

- Quiero que vuelvas a Washington cuanto antes, Gorka. Allí son las siete de la tarde y la noticia está llegando a las rotativas de los periódicos, de modo que mañana será portada de todos los diarios del país. El Secretario de Estado, John Kerry, que se encuentra estos días de gira por Europa, ya ha anunciado que piensa interrumpir su visita y regresar a Estados Unidos inmediatamente. Y quiero que tú llegues allí antes de que lo haga él.

- Bien, de acuerdo, no te preocupes – asintió Gorka, con un tono de voz neutro y profesional, que no reflejaba en absoluto el grado de nerviosismo que estaba alcanzando por momentos. – Ahora mismo me pongo a buscar un vuelo de vuelta para primera hora de la mañana.

Elisa salió del baño y comenzó a revolver entre las sábanas que se arremolinaban en el suelo. Al final dio con su bolso y, con él en la mano, se dirigió con paso firme hacia la puerta de la habitación, dispuesta a salir por ella inmediatamente.

Viendo que no tenía la menor intención ni tan siquiera de despedirse, Gorka se levantó rápidamente del escritorio y, sin soltar el teléfono, corrió hacia ella y la aferró por la muñeca con la mano que le quedaba libre, atrayéndola hacia sí.

- Andreu, tengo que dejarte – anunció, escuetamente. – En un rato te confirmo a qué

hora sale mi avión.

Y sin dar ocasión a la réplica, colgó la llamada y se giró hacia Elisa.

- No te vayas, por favor – le rogó, con ojos suplicantes. – Siento mucho haberte despertado.

Elisa le dedicó una gélida mirada a él y, acto seguido, otra a la mano que aprisionaba su muñeca, y Gorka la liberó de inmediato, pronunciando unas casi inaudibles palabras de disculpa. Se quedó de pie frente a ella, en silencio, aguardando su respuesta, esperando a que reaccionara y se enfadara con él, que le gritara, que le increpara.

Pero no encontró nada de eso. En su lugar, Elisa parecía contemplarle con una mezcla de tristeza y resignación. Era una de aquellas miradas del que no espera nada del otro, y Gorka se sintió repentinamente invadido por una profunda desazón. Él habría preferido mil veces que se enojara terriblemente con él.

Cualquier cosa, menos esos ojos cargados de desencanto.

Cualquier cosa, menos aquella pasmosa indiferencia reflejada en su rostro.

- No pasa nada, Gorka – respondió Elisa, con aparente tranquilidad. – No te molesto más. Te dejo que sigas adelante con tu trabajo y con tu vida.

Y con un gesto de cabeza señaló el ordenador portátil que se hallaba sobre el escritorio, cuya potente luz se abría paso en medio de la penumbra de aquella habitación.

– Porque acabo de oír que te marchas ya, ¿verdad? – añadió ella, y por su tono de voz parecía que aquello le resultara completamente indiferente.

- Elisa, lo siento muchísimo, ha surgido un imprevisto, yo... - trató de justificarse Gorka, y él mismo notó cómo sus palabras sonaban a excusa improvisada. – Yo no esperaba tener que regresar tan pronto... Creí que tendríamos algo más de tiempo para nosotros... para estar juntos...

- Gorka, no te engañes a ti mismo, hazte ese favor – le cortó Elisa, tajante. – Los dos sabíamos que hoy te volverías a marchar de nuevo, nada más despertar – afirmó ella, aparentemente sin inmutarse en lo más mínimo.

Gorka sintió que Elisa quería castigarle con ese pretendido desapego que mostraba hacia él, y sin duda alguna podía sentirse satisfecha, porque lo estaba consiguiendo. Aquella frialdad, intencionada y cruel, le estaba haciendo mucho daño.

- Elisa, créeme, si yo pudiera quedarme por más tiempo, te aseguro que lo haría, yo, yo... Lo último que quiero que pienses de mí, es que lo tenía todo previsto, yo no...

- ¡Oh, no, Gorka! ¡No te preocupes, no haré tal cosa! – respondió ella, como si nada. – Yo ya no te juzgo, ¿y sabes por qué? Porque a estas alturas, sinceramente, ya no espero nada de ti.

Gorka no respondió. Aquél había sido un golpe bajo.

Sabía que podía alegar muchas cosas al respecto, que podría contraatacar echándole a ella en cara su falta de decisión y su evidente incapacidad para elegir entre su marido y él. Pero se había cansado de discutir. Ya no le apetecía defenderse atacando, hurgando en aquella llaga tan profunda que para ella suponía su matrimonio, como solía hacer él en los tiempos en los que aún tenían por costumbre arrojarse los trapos sucios.

No quería que las últimas palabras que ella escuchara de sus labios, repitieran los mismos reproches de siempre.

No quería terminar de enfangar lo que a todas luces sería otra de sus dolorosas y amargas despedidas.

Otra herida sangrante más a sumar para Gorka, que se veía incapaz de curarlas todas.

Así que se limitó a mirarla en silencio, sintiendo cómo se iba agrandando en su pecho por momentos aquella nueva brecha abierta a la tristeza y la desilusión.

- Qué distintas podrían haber sido las cosas, Elisa. Qué distintas... - se lamentó, al fin.

- Sí, claro que podrían haber sido muy distintas, cómo no, si todo hubiera ocurrido de otra manera - asintió Elisa. - Figúrate, si Jon no hubiera sufrido ese maldito ictus, aún seguiría aquí con nosotros. Así de sencillo.

Y las lágrimas volvieron a aflorar a los ojos de ella. Pero no quería llorar. Otra vez no. Nunca más, delante de Gorka. Así que hizo acopio de entereza, y prosiguió hablando.

- Pero resulta que las cosas son como son, Gorka, y no como nos habría gustado que fueran. Y en lo que a nosotros respecta, hemos de admitir que todo ha sucedido por nuestra culpa, y que somos los únicos responsables de las decisiones que hemos ido tomando a lo largo de nuestra vida.

Elisa hizo una pausa y le miró a los ojos con rostro serio, antes de proseguir.

- Y lo único que sé a ciencia cierta a estas alturas, es que tú y yo no somos nada. Nunca lo hemos sido, y nunca lo seremos. Ésa es la pura realidad.

Y Gorka pensó entonces en todas aquellas ocasiones que había desperdiciado a lo largo de su vida, en todas las veces en las que no se había atrevido a sincerarse con ella y a decirle la verdad acerca de sus sentimientos, por miedo a verse rechazado, o a que ella pudiera burlarse de él...

Pero lo cierto era que nunca había sabido afrontar aquella situación, que nunca se había lanzado a dar el primer paso sin importarle las consecuencias, siempre a la espera de un momento más propicio en el que enfrentarse a las cosas, en la confianza

de que más adelante habría una nueva oportunidad. Y al final, la vida se había ido pasando sin atreverse. Quedándose con las ganas.

Nunca antes se había planteado intentarlo siquiera. Nunca, hasta aquel día del mes de noviembre de hacía dos años, en el que estuvieron sentados en la arena de la playa del Bogatell. Hasta que Elisa le diera la primera pista de que hubo un tiempo en el que ella también se interesó por él, y aquella señal provocara una reacción en Gorka que hiciera cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Pero para entonces, ya era demasiado tarde.

Si durante aquel verano en el que se hicieron tan amigos le hubiera confesado que la amaba desesperadamente, con ese amor sincero y desconcertante que los niños descubren en su corazón por primera vez, en lugar de marcharse sin una despedida, sin un triste adiós...

Si se hubiera arriesgado antes a ponerse en evidencia, en cualquier momento, en cualquier lugar, a lo largo de tantos años en los que aún eran libres y carecían de responsabilidades y de ataduras que marcaran a fuego sus vidas y mermaran su capacidad de decisión...

Si lo hubiera hecho antes de que Pablo se cruzara en su vida...

Y mucho mejor que eso, si lo hubiera hecho antes de que se cruzara Jon...

Aún recordaba aquel día en el que se enteró de que su mejor amigo y ella salían juntos. Nunca se había atrevido a decirle a Jon que Elisa le gustaba, con lo sencillo que habría resultado entonces. Sin embargo, en aquella época Gorka no era consciente de lo valioso que es el tiempo, ni de lo necesario que resulta el saber aprovecharlo bien.

Y de haberlo hecho entonces, puede que aquel día en el que Elisa se acercó a ellos bailando en aquel bar, quizá... tal vez... al que habría mirado ella a los ojos mientras bailaba, habría sido a él...

- Si hubieras bailado para mí... - murmuró Gorka.

En un principio, ni siquiera fue consciente de haber formulado aquel pensamiento en voz alta. Simplemente se le había escapado de la boca, como en un susurro.

- ¿Pero se puede saber qué dices? ¿Qué chorrada es ésa? – preguntó Elisa, indignada. - ¡Más te valdría haberle echado huevos en su momento y haberme dicho que me querías, en lugar de esperar a que yo tuviera una familia para dar el primer paso! – le reprochó, furiosa. - ¡Pero fuiste incapaz de hacerlo! ¡Y ahora, asume las consecuencias, como lo hago yo! ¡Porque así es la vida!

Y su voz sonaba cargada de amargura. Una a una, aquellas palabras se le fueron clavando a Gorka en el corazón, como si en lugar de haberlas pronunciado con sus labios, ella se las hubiera arrojado a modo de dardos envenenados.

Elisa sintió que ya no tenía nada más que decir. Se había quedado vacía por dentro.



Tomó aire, y con gesto resuelto se dirigió hacia la puerta de la habitación.

- ¡No te vayas, por favor! ¡No te vayas! ¡Otra vez no! – suplicó Gorka, y sintió que sus rodillas comenzaban a flojear, como si fueran incapaces de mantenerlo en pie por más tiempo. - ¡Te he echado terriblemente de menos! – confesó al fin, desesperado ante la imposibilidad de seguir reteniéndola por más tiempo. - ¡A todas horas! ¡Oh, no sabes cuánto me has faltado! ¡Cuánto te he añorado!

Elisa ya había abierto la puerta y se encontraba allí de pie, delante de él, dispuesta a cruzar el umbral. Pero antes de hacerlo, ella se giró y le miró a los ojos por última vez, con un poso de infinita tristeza reflejado en ellos. Y con una gran serenidad en su voz, le dijo:

- No, Gorka, no te equivoques. No se puede añorar lo que nunca se ha tenido.

Y acto seguido salió al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

*Jon.*

*Sant Cugat, domingo 10 de julio de 2016.*

## I

Si uno supiera de antemano en qué día se va a morir, supongo que se plantearía las cosas de una manera bien distinta a como tuviera por costumbre hacerlo. Que se iría preparando poco a poco, y que trataría de ir allanando el camino, a la espera del fatídico desenlace.

Y así es como lo habría hecho yo mismo, de haber sabido que precisamente hoy, un domingo soleado y caluroso como cualquier otro del mes de julio, iba a ser mi último día para disfrutar de mi estancia en la tierra. Si hubiera llegado a sospechar siquiera que así sería, habría aprovechado mejor las pocas horas que me quedaban de vida.

Para empezar me habría levantado más temprano, en lugar de holgazanear en la cama hasta que han dado las diez, como he hecho en realidad. Pero incluso, antes que eso, me habría acurrucado contra el cuerpo caliente de Irene y habría permanecido abrazado a ella durante un largo rato, susurrándole al oído lo muchísimo que la quiero, y lo feliz que ha sido mi vida desde el día en que comencé a compartirla con ella. Y después habríamos desayunado juntos, sin ocurrírseme siquiera encender la radio o la televisión, y por supuesto, sin echar mano de los periódicos que me deja el repartidor todas las mañanas en el buzón, y que leo concienzudamente mientras me tomo un gran tazón de café bien cargado.

No.

En este caso, habría preferido sentarme frente a frente con mi mujer ante la mesa de la cocina, a charlar de nuestras cosas y a mirarnos a los ojos a través de los humeantes vapores de nuestros respectivos cafés.

Y una vez hubiéramos terminado, habría dedicado un buen rato a ayudar a Marc a completar ese puzle que es sin duda su favorito, y que tanto le gusta montar una y otra vez hasta el aburrimiento. Y habría disfrutado con ello, con total plenitud. Porque habría sido la última vez.

Y habría ayudado a Gala con los deberes del cole, y con esa redacción que ha de preparar para la clase de lengua y que se le atraganta, y que está haciendo que la escritura, lejos de ser para ella una diversión, se convierta en una pequeña tortura a la

que la niña está a punto de coger una tremenda manía. Yo podría tomar las riendas de la situación y tratar de revertirla, y aprovechar la ocasión para enseñarle a mi hija a amar las letras como las ama su padre, de modo que la tarea encargada dejara de ser una enorme carga y se convirtiera, en cambio, en el tremendo placer que me gustaría que fuera para ella.

Claro que todas estas cosas, tan solo las podría llevar a cabo de una manera consciente, si realmente supiera que se me acaba el tiempo y mañana ya no estaré aquí para poder hacerlas. Pero lo cierto es que nadie puede precisar cuál será su último día de vida y, como no podría ser de otra forma, yo, al igual que el resto de los mortales, tampoco lo sé.

No he sido consciente de ello cuando me he levantado por la mañana, y por tanto, no he realizado correctamente ninguna de todas esas pequeñas cosas que me habría gustado hacer en el último día antes de morir.

Nada más levantarme, me he instalado directamente en la mesa del jardín, acompañado de mi ordenador portátil y de un café oscuro y humeante. Le he despachado cariñosamente a Marc, diciéndole que luego haríamos juntos ese puzle, y cruzando los dedos para que el pequeño se encuentre lo suficientemente entretenido a lo largo de todo día, como para que no se acuerde de lo que yo le he prometido. Y a Gala, le he dicho que me leeré su redacción gustosamente en cuanto la termine, pero que ahora mismo lo que más deseo en el mundo es poder disfrutar de un rato a solas, y les he pedido a los dos que procuren no hacer demasiado ruido.

He oído en la redacción decir que vienen *The Cure* a Barcelona, y me gustaría asegurarme de que me reservo esa fecha libre para poder ir a verlos. Sin falta. Busco en internet y encuentro que, efectivamente, se dejarán caer por la ciudad en noviembre, y como pienso que seguiré aquí cuando ellos lleguen, la noticia me hace una ilusión tremenda. Se lo diré a Elisa por si quiere venir conmigo, seguro que encuentra la manera de hacerlo, a ella también le encantará poder ir a verlos. A Elisa le gusta la misma música que me gusta a mí, por eso siempre nos llamamos cada vez que nos apetece ir a un concierto. Ella es, sin duda, la compañera perfecta para este tipo de ocasiones: se pone a bailar como una loca en las primeras filas, y se sabe todas las canciones de nuestros grupos favoritos.

A Irene, en cambio, mejor ni se lo voy a comentar. Hace unos años, *The Cure* fueron cabeza de cartel en el festival BBK de Bilbao. Resultó que, casualmente, en aquellos días estábamos en Vitoria-Gasteiz de vacaciones, y le engañé para que me acompañara a verlos. Durante más de tres horas, *Robert Smith* y los suyos dieron un ininterrumpido repaso a todo su repertorio más oscuro y desconocido para el gran público, de manera que si no eres un fan incondicional de la banda - como lo podemos ser Elisa o yo, - era relativamente fácil caer en un tedio casi absoluto, e Irene estuvo a punto de matarme por ello, antes de dar tiempo siquiera a que *A Forest* acabara de sonar.

Definitivamente, mejor no le digo nada a ella. Sonríó solo de pensar en lo muchísimo que me apetece volver a verlos.

Y es que hoy me he levantado de muy buen humor. Los dolores de cabeza que últimamente me asedian en el momento más insospechado parecen haberse apiadado de mí, y han remitido considerablemente durante el fin de semana. Y eso que he llegado a preocuparme muy seriamente por ello. Las pastillas que Marcos me dio dejaron de hacerme efecto a los pocos días de tomarlas, así que he conseguido por otros medios unas cápsulas de 1 mg de *Orfidal*, y he de confesar que hay noches en las que no tengo suficiente con una única dosis.

Mis jaquecas son repentinas, bruscas y de una intensidad del todo inusual. Algún día me ha dolido tanto la cabeza que hasta he sentido un ligero mareo, e incluso he tenido la impresión de que perdía momentáneamente la visión. Estoy decidido a ir al médico, sin falta, ya me lo ha advertido Marcos muy seriamente, y aunque él crea que no le voy a hacer ni caso, lo cierto es que me he tomado sus recomendaciones al pie de la letra. Tengo cita para dentro de tres días. No quiero esperar a sentirme mal de nuevo para decidirme a ir.

Y no es que no haya podido encontrar antes el momento oportuno para hacerlo, tan solo se trata de que no quiero asustar a nadie. No quiero que se preocupe Irene. Y tampoco quiero que en mi diario, en el que ahora soy el director, puedan sospechar que estoy enfermo. Si llegaran a enterarse de que no me encuentro del todo bien, tal vez pensarán que no deberían haberme elegido a mí para el cargo. O tal vez, y solo tal vez, me estoy volviendo totalmente paranoico.

Y es que este reciente nombramiento ha venido acompañado de una enorme responsabilidad, la llevo cargando sobre mis espaldas desde hace unos cuantos meses como un fardo bien pesado que me lastra al caminar. Y contra todo lo que la gente pudiera llegar a pensar, lo cierto es que no me gusta nada que me hayan nombrado director. Es un puesto que muchos otros desearían, lo vi reflejado en sus rostros el día en que mi predecesor anunció que se jubilaba, y los directivos del grupo al que pertenece el diario me nombraron a mí para sustituirlo. Muchos compañeros que se merecían aquel ascenso tanto o más que yo, me miraron con tremenda envidia. Aunque para ser justo, he de decir en su descargo que, en el caso de la mayoría de ellos, se trataba de una envidia completamente sana.

Y mientras tanto, yo, sin embargo, en lo más profundo de mi ser, habría deseado que aquel puesto se lo hubieran dado a cualquiera de ellos antes que a mí. Eso es algo que ninguno de mis colegas podría llegar ni tan siquiera a imaginar. Es un asunto que no le he confesado a nadie.

Y a Irene, menos que a ninguna otra persona.

---

## II

Se supone que ser director de uno de los diarios deportivos de mayor tirada nacional habría de entrañar para mí un gran honor, además de conllevar un enorme reconocimiento y un ascenso meteórico en mi carrera, y por tanto, tendría que estar realmente contento y agradecido por ello. A Irene le hizo una ilusión enorme cuando se lo conté. Me abrazó y me besó con fuerza, y pude ver en sus ojos que estaba tremendamente orgullosa de mí, y eso bastó para que yo mismo también lo estuviera. Sentía que se lo debía a ella, más que a nadie en este mundo.

Ella, que durante años había salido a trabajar para mantenernos a todos, mientras yo me quedaba en casa cuidando de la pequeña Gala, porque no encontraba un trabajo decente en esta ciudad que me permitiera ser el padre de familia que cuida y protege a los suyos, el tipo de hombre que por aquel entonces yo aspiraba a ser. Y por fin, a base de tiempo y mucho esfuerzo, yo había conseguido obtener un buen empleo y equipararme a Irene en el terreno laboral, liberándola de la responsabilidad de cargar a solas con todo el peso económico de la familia. Pero me había pasado de frenada.

Yo habría sido feliz si me hubieran dejado a perpetuidad en mi primer puesto, el de redactor, siguiendo a los equipos de fútbol y a sus jugadores adonde quiera que fueran a disputar un partido, y elaborando mis agudos artículos, que tantas veces fueron elogiados por el resto de los redactores y por los lectores en general, siempre escritos con el mayor rigor y desde la perspectiva más neutral que resultara posible. Aquélla era mi pasión, sin ninguna duda. Y era lo que realmente se me daba bien.

Pero ahora como director, mis ocupaciones son otras bien distintas. Ya casi no escribo, y la mayor parte de mi tiempo se consume tomando decisiones de peso acerca de las grandes líneas editoriales del diario, y resolviendo disputas y rencillas entre algunos de mis redactores jefes y sus egos colosales. Nunca dejaré de sorprenderme la desmedida ambición de poder que demuestran tener algunas personas, a veces me siento como si fuera el valido de algún oscuro rey del siglo XVII, participando involuntariamente en un capítulo de *Juego de Tronos* [\[19\]](#), tratando de adelantarme siempre a los movimientos de los demás, destapando intrigas, y descubriendo quién querría moverle la silla a quién y por qué motivo.

---

## III

- Tenemos un serio problema con Albert Cadals, el redactor jefe de Fórmula 1 – anunció a principios de semana uno de los subdirectores del diario, en una de nuestras habituales reuniones. - Algunos redactores se están quejando, dicen que Cadals no les marca con claridad las líneas a seguir. Que no se expresa correctamente, que se limita a enunciar el título del reportaje sin dar los ángulos que se deben abarcar, y después nunca está satisfecho con el trabajo resultante. Dicen los redactores que están surgiendo problemas de productividad, ya que no existe una comunicación asertiva.

Yo suspiré discretamente, agobiado con la situación. Aquellas disputas baldías me resultaban particularmente tediosas, porque no solía resultar tarea fácil dar con una solución rápida y eficaz.

- Tal vez podrías mandar a Cadals a ciclismo...

El que acababa de hablar era Carlos Méndez, que había formulado su propuesta con cierta timidez.

- ¿Cómo dices? – pregunté yo, sorprendido por el inesperado comentario.

- A ciclismo. Que lo envíes a ciclismo. Tan solo es una sugerencia – repitió Carlos, con su tono modesto de siempre. - ¿Sabías que, de joven, a Albert le faltó muy poco para llegar a ser ciclista profesional? - Yo negué con la cabeza, y Carlos prosiguió. – La Fórmula 1, en cambio, la odia. No le dicen nada las motos, no las entiende en absoluto, y ahí radica, en mi opinión, el principal problema que está teniendo con sus subalternos. Hay un redactor especialmente bueno y con mucha experiencia en el tema, Joan Rovert, que podría ocupar perfectamente su puesto.

- Pero ciclismo ya tiene su propio redactor jefe... - objeté yo. – Cadals se lo tomaría como una degradación en sus funciones...

- El redactor jefe de ciclismo está a punto de jubilarse – apuntó Carlos. – Así que para Cadals no supondría una pérdida de categoría, sino una preparación para la sucesión. Se lo tomará bien, sin ninguna duda.

Pero lo que de verdad no admite duda alguna, es la magnífica capacidad organizativa que me demuestra tener Carlos cada día. Estoy convencido de que encajaría en mi puesto muchísimo mejor que yo. Todavía no entiendo por qué me han elegido a mí y no a él para guiar este barco de locos hacia buen puerto, cuando Carlos lo haría de una manera mucho más eficaz y además, sin arriesgarse a perder la cordura por el camino, como hago yo.

Ese lunes acabé harto de reuniones y de problemas porque, desafortunadamente, no todos se resolvieron con la misma diligencia que aquél, y llegó un momento en el que sentí que me estallaba la cabeza, así que me fui al *office* y engullí un par de aspirinas seguidas.

Y allí estaba todavía, cuando una recepcionista me vino a buscar.

- Señor Urialde – me dijo, - hay una persona en la entrada que pregunta por usted.

- Bueno, pues averigüe a ver quién es, qué demonios quiere y, en caso de que deba atenderla, haga el favor de avisar a mi secretaria y de acompañarla a la sala de espera - le respondí yo de un tirón, dejando entrever mi mal humor.

Me acababa de tomar las dos pastillas, y aún no me habían hecho el menor efecto.

- Señor Urialde... - insistió la recepcionista, bajando la voz como si tratara de hacerme una confidencia. - Creo que debería atenderla usted mismo... Si he subido yo personalmente a avisarle, es porque me da la impresión de que se trata de un tema... digamos... personal...

Así que tomé el ascensor y bajé directamente a la planta baja, muy intrigado por el tono tan misterioso que había empleado aquella señorita.

Cuando llegué a la recepción, mi sorpresa fue mayúscula: allí, de pie, plantada en medio del vestíbulo y sin saber muy bien qué hacer, con los brazos encogidos y la mirada perdida en el trajín de gentes que entraban y salían del edificio sin cesar, me esperaba una muchacha menuda, de piel oscura como el azabache, y grandes y redondos ojos como negras lunas llenas.

Y la reconocí inmediatamente.

A pesar de todo el tiempo transcurrido desde que Gorka y yo viajamos a Guinea Ecuatorial acompañando a la selección de fútbol, enseguida supe que era una de las chicas a las que subimos a la habitación aquel día. Concretamente, se trataba de la joven con la que yo estuve hablando durante largo rato en la terraza.

Y a estas alturas, ya no sabía con certeza si sería capaz de recordar su nombre.

-----

## IV

- Peluquería... – dijo ella de pronto, después de beber un pequeño sorbo de su copa de champán.

Nos habíamos quedado los dos solos en aquella terraza bañada por la cálida luz de la luna, mientras la otra chica y Gorka conversaban en el interior.

- ¿Cómo dices? – pregunté yo, desconcertado. No sabía de qué me estaba hablando aquella muchacha.

- Tu amigo antes quería saber si nos gustaría seguir con nuestros estudios – dijo ella, mirándome con timidez. – Pues a mí sí que me gustaría. Y quisiera estudiar peluquería.

Y al oír aquello, a mí se me partió el alma. Aquella muchacha tan dulce y tan bella, apenas una chiquilla entonces, albergaba contra todo pronóstico una serie de esperanzas y sueños intactos dentro de su corazón, ocultos bajo ese cuerpo hermoso y joven que había sido cruel e injustamente saqueado antes de que hubiera tenido tiempo siquiera de madurar. En ese momento, sentí una tremenda lástima por ella.

Enseguida me interesé por su vida, le di ánimos, le dije que todo se podía conseguir si se deseaba de verdad, que no se viniera abajo, que nunca perdiera la esperanza. Ella me comentó que tenía planes, que un día saldría de aquella isla y que vendría a Europa en busca de una nueva vida en la que pudiera cumplir sus sueños, y que jamás volvería a mirar hacia atrás.

Entonces yo le di mi tarjeta, en la que figuraba mi nombre y la dirección del diario.

- Toma – le dije. – Por si pasas alguna vez por Barcelona. Llámame e intentaré ayudarte.

Y ahora, casi tres años después, la tenía justo delante de mí.

---

## V

- Mathilde... - dije, algo titubeante, tratando de recordar.

Y afortunadamente se ve que acerté, porque al oír aquel nombre ella sonrió al instante, feliz de comprobar que no la había olvidado.

- ¿Qué haces tú aquí? – le pregunté, perplejo.

- ¡He venido a cumplir mi sueño! – exclamó ella, tratando de mantener congelada en su rostro aquella sonrisa franca y alegre que había desplegado nada más verme llegar.

Pero a pesar de los esfuerzos que hizo no lo consiguió, y al instante, aquella sonrisa se desdibujó en un gesto de profunda tristeza, que evidenciaba a todas luces lo desdichada que era.

- Venga, vamos a tomar un café – le propuse yo, asiéndola suavemente del brazo.

Me resultaba muy incómodo seguir hablando allí, en mitad del vestíbulo, con las recepcionistas clavando sus indiscretos ojos sobre nosotros. Como les diera por hablar de más, no pasaría mucho tiempo antes de que los bulos acerca de mi joven “amiga” y de mí se propagaran por las plantas superiores. Y es que algunos de los que trabajan en esta redacción, bien podrían estar haciéndolo en cualquier medio sensacionalista del país, a juzgar por su pronta predisposición para el chismorreo.

Entramos en el bar de enfrente. Pedí un café para mí, y una *Pepsi Light* para la



chica. A pesar del tiempo transcurrido, Mathilde me seguía pareciendo una muchacha muy joven.

Nos sentamos en una discreta mesa, al fondo del establecimiento.

- Dime, ¿qué edad tienes? – le pregunté.

- Acabo de cumplir los diecinueve – contestó ella, y sentí una punzada en el corazón.

Aquello confirmaba mis peores sospechas: cuando las conocimos a su amiga y a ella, tres años atrás, realmente eran menores de edad. No obstante, preferí no comentar nada al respecto.

- Bueno, ¿y por qué has venido a verme? – quise saber.

Ella tomó aire y pareció dudar antes de contestar. Se veía que estaba sopesando la posibilidad de contarme toda la verdad o, por el contrario, de endulzar su relato. Al final, la determinación que demostró al empezar a hablar, me confirmó que estaba decidida a contarme las cosas tal cual eran, con toda su crudeza.

- En Malabo conocí a un tipo que me prometió trabajo en España – dijo Mathilde, bajando la mirada hacia la mesa, como si le avergonzara tenerme que hacer este tipo de confesiones. – En un principio se trataba de hacer las tareas del hogar, de cuidar a niños y a ancianos... Ya sabes, ese tipo de cosas. Me habló de Barcelona. Y yo, inmediatamente, me acordé de ti.

En ese momento Mathilde abrió su bolso y se puso a revolver en su interior hasta que encontró lo que buscaba, una pequeña cartulina de papel arrugado y un tanto sobado que puso sobre la mesa, delante de mí. Se trataba de la tarjeta que yo le había dado tanto tiempo atrás, y que por lo visto ella había guardado con celo durante todos estos años. Acto seguido levantó la vista y clavó sus oscuros ojos en mí, aquellos ojos hermosos y tristes que clamaban por un poco de ayuda.

- Me gustó la idea de venir a esta ciudad y empezar una nueva vida – continuó ella. – Pero en cuanto puse un pie en Barcelona, descubrí que todas las promesas que me hizo eran una pura mentira. Solo me traía para que siguiera siendo prostituta, al igual que lo era en Malabo – dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. – Y encima, aquí todo es aún peor: nos pegan, nos encierran, solo nos dejan salir para que busquemos clientes. Normalmente nos hacen trabajar por la zona de las Ramblas, nos llevan en grupos y allí nos distribuyen en distintos puntos de la calle, un puñado de chicas en cada uno de los cruces más concurridos. Después, regresan a por nosotras y nos vuelven a encerrar. ¡Es una auténtica pesadilla!

Y Mathilde comenzó a llorar, desconsolada.

- Yo llevo aquí cuatro meses, y es la primera vez que he podido salir sola en todo este tiempo...

A medida que Mathilde me iba haciendo partícipe de su relato, la rabia y la

indignación iban creciendo en mi interior de manera exponencial. Aquello no se podía tolerar. De ninguna de las maneras.

- Mathilde, tienes que denunciar a los que te engañaron y ahora te están reteniendo en contra de tu voluntad – le dije yo, convencido de que aquello sería lo más correcto.

Pero ella me miró con una profunda tristeza en sus ojos, y me di cuenta de que no era ésa la respuesta que esperaba de mí.

- ¿Tú sabes lo que me podrían hacer si se enteran de que hoy no estoy trabajando, y de que he venido a hablar contigo? – preguntó, sacudiendo la cabeza a ambos lados. Mathilde estaba realmente asustada. – Si les denuncio, vendrán a por mí. Y me hago una ligera idea de lo que me puede pasar. He visto cómo le dejaron la cara a una compañera que intentó fugarse – dijo, y me miró fijamente a los ojos. - ¿Te haces una idea del aspecto que tiene un rostro cuando lo revientan a puñetazos? ¿Has visto acaso cómo se hincha la carne y cómo se amorata? Pues yo sí, y te aseguro que alguna ha perdido un ojo por eso, o varios dientes, en el mejor de los casos...

En aquel momento sentí que mi dolor de cabeza, que parecía haberme dado una pequeña tregua durante la última hora, regresaba súbitamente, y lo hacía con una violencia inusitada. Tenía que regresar a la redacción y tomarme de inmediato otra buena dosis de aspirinas.

- Mathilde, este asunto es muy complicado, necesito que me des tiempo para pensar – le dije. - Vamos a hacer una cosa: te voy a dar algo de dinero, lo suficiente como para que hoy trates de justificar que has estado trabajando, y un poco más para ti. Guárdalo lo mejor que puedas e intenta mantenerte al margen de problemas, en la medida que te sea posible. Sé discreta y habla poco. ¿Tienes teléfono? – le pregunté y ella asintió, y respiré aliviado al comprobar que, al menos, le habían permitido tener uno. – Dame tu número. Yo también te voy a dar el mío personal, que no aparece en esa tarjeta que tienes tú. Estaremos en contacto. Te iré llamando a medida que sepa qué hacer, ¿de acuerdo?

Ella asintió de nuevo con la cabeza. De hecho, durante todo el tiempo que yo estuve hablando, ella no paró un momento de asentir y de sonreír, y también de llorar, y de volver a sonreír una vez más. Y por primera vez desde que estábamos allí sentados, vi una luz de esperanza brillar en los oscuros y profundos ojos de aquella muchacha.

- ¡Gracias! ¡Oh, muchísimas gracias, Jon! – y me abrazó con todas sus fuerzas, apoyando su linda cabecita en mi cuello y derramando gruesas lágrimas sobre mi camisa.

Su pelo olía deliciosamente a un perfume dulce que me recordaba al aroma de la vainilla, un olor que en ella se me antojó casi infantil. Pensé que haría falta ser un monstruo para hacer daño a una criatura tan frágil e indefensa como aquélla, pero por desgracia, el mundo está lleno de seres abominables y despreciables que no dudarían

en destrozar a quien fuera necesario, con tal de obtener a cambio el más mínimo rédito.  
Vergüenza de condición humana.

---

## VI

Volví a la redacción del diario y me tomé otras dos aspirinas. Acto seguido, fui a mi despacho y pedí una cita con mi médico. Lo hice yo personalmente, no quise encomendárselo a mi secretaria. Pensé que, por el momento, sería más conveniente actuar con total discreción con respecto a este tema. No quería añadir un nuevo problema a mi larga lista.

La persona que me atendió, me preguntó si se trataba de algún tema urgente y yo le mentí y le dije que no, que tan solo era una revisión rutinaria. Me citó para el miércoles de la semana siguiente, concretamente para el día 13, y yo me quedé mucho más tranquilo después de haber llamado. Por fin sentía que, al menos, ya había dado un primer paso en la buena dirección, admitiendo que algo estaba fallando y tomando las medidas oportunas para solucionarlo.

Lo que no veía tan claro por el momento, era la manera en la que iba a resolver el asunto de Mathilde. ¿Cómo podría yo ayudar a aquella joven? Desde luego, el tema era muy peliagudo. Pensé que tal vez podría llevarla a mi casa y ocultarla allí durante un tiempo, pero enseguida descarté aquella idea por el riesgo que podría suponer para mi propia familia, en caso de que aquellos hombres que la retenían llegaran a descubrir su paradero. De ser así, no solo la muchacha correría un serio peligro, sino también mi mujer, e incluso, mis hijos. No, aquello resultaba impensable, tendría que encontrar otro modo mejor de ayudarla, sin que para ello tuviera que arriesgar la seguridad de los míos.

Además, no me veía con ganas de hacerle partícipe a Irene de todo este asunto. No, por el momento. Me resultaba complicado encontrar la manera de explicarle quién era exactamente aquella joven, y en qué circunstancias la conocí. Y mucho más engorroso era aún tratar de justificar por qué su amiga y ella acabaron subiendo con nosotros a la habitación de Gorka, y por qué tenía ella mi tarjeta profesional. No, aquello no era algo sencillo de argumentar, y mucho menos teniendo en cuenta que ni se me ocurrió contárselo en su día, nada más regresar a casa.

Instintivamente, marqué el número de teléfono de Gorka. Solo él sabía las circunstancias en las que habíamos conocido a aquellas chicas, y por tanto, era la única persona a la que yo no tendría que dar explicaciones incómodas. Pero Gorka no

respondió.

Insistí otra vez, y otra vez más, testarudo. Y nada. Comprobé el reloj. En Washington sería aún muy temprano, era probable que Gorka estuviera durmiendo y hubiera silenciado el teléfono. Pensé en enviarle un correo o un *WhatsApp* explicándole mi problema, pero no tardé ni dos segundos en descartar esa posibilidad: no resultaba sencillo explicar un asunto tan delicado en tan solo unas pocas líneas, de modo que decidí darle tiempo y volver a probar suerte un poco más tarde. Intenté llamarle varias veces más al final del día, y otras tantas también a la mañana siguiente. Y obtuve el mismo resultado.

No conseguía hablar con él, y aquél era un problema acuciante que requería de una solución rápida. Era evidente que no me quedaba más remedio que comentar el tema con otra persona, pero ¿cómo hacerlo sin que nadie pensara que había mantenido relaciones íntimas con aquella chica, allá en Guinea? Por desgracia, las acciones altruistas y sin contraprestaciones de ninguna clase, no gozan de demasiada credibilidad en la sociedad en la que vivimos. Todo el mundo tiene tendencia a pensar mal, y yo estaba convencido de que nadie creería que mis intenciones con ella habían sido siempre puras y cristalinas.

Pero afortunadamente para mí, no todo el mundo es igual.

Acababan de llamar a mi puerta. Carlos Méndez entró en mi despacho, dispuesto a consultarme algo acerca de un artículo de opinión que estaba redactando. Tratamos el tema con detalle y, una vez lo dimos por finalizado, me decidí a comentarle lo que me había sucedido.

- Y no sé cómo ayudar a esa chica – le dije, concluyendo. – Ella ha depositado toda su confianza en mí, y yo te juro que estoy completamente perdido.

Carlos se quedó meditando en silencio durante unos instantes, y acto seguido, procedió a abrirme las puertas a la esperanza.

- Hay una redactora en la segunda planta... - dijo, pensativo. - Una morena de pelo rizado, que lleva unas gafas oscuras de pasta. Se llama Lucía Banyoles, ¿te suena? – me preguntó Carlos.

- ¿Lucía? Sí, claro que la conozco, he hablado varias veces con ella – le contesté. - ¿Por qué lo preguntas?

- Sé que colabora activamente con varias ONG – continuó Carlos. – Seguro que ella te puede orientar acerca de cuál podría ser la mejor solución.

Una vez más, agradecí sinceramente a Carlos su tan imprescindible e inestimable ayuda. Bajé de inmediato a la segunda planta y busqué a Lucía por todas partes. La encontré de pie junto a la máquina de café, de modo que le invité a tomarse uno conmigo mientras le exponía el tema. Ella me escuchó atentamente sin hacer el menor ademán de estar juzgándome en absoluto, cosa que me llenó de tranquilidad.

Afortunadamente parece ser que yo estoy equivocado, y dentro de la especie humana también hay personas que son algo más compasivas y bien pensadas de lo que yo creía en un principio.

- Conozco una asociación que trabaja directamente con las víctimas de la trata de personas – dijo ella, una vez di por finalizado mi relato. – Les dan una asistencia integral y les alojan en pisos de acogida. Déjame que me informe un poco más al respecto, y en cuanto sepa algo te cuento.

Yo se lo agradecí de todo corazón. Aquello me estaba haciendo sentir francamente bien. Inmediatamente llamé a Mathilde y le expliqué lo de la asociación, y que una amiga mía estaba tratando de gestionar el tema. Volví a quedar con ella aquel mismo martes por la tarde, esta vez en un café cercano a las Ramblas, próximo al lugar en el que le obligaban a ejercer la prostitución. Una vez más, le di dinero para que pudiera justificar su ausencia durante unas cuantas horas.

- Y a poder ser, procura alejarte de aquí la tarde entera – le recomendé, poniendo un par de billetes sobre su mano.

No quería darle demasiado dinero de golpe por si acababan descubriéndola, y entonces, sus verdaderos problemas no habrían hecho más que empezar.

Ella no paró de formular palabras de agradecimiento en ningún momento. Pero para mí estaba todo pagado. Me bastaba con ver la luz que proyectaban sus ojos, y el brillo de su enorme sonrisa.

---

## VII

Al día siguiente era miércoles. Había quedado con Elisa para cenar en nuestro tailandés favorito, ése que nos descubrió Gorka en su día y al que tantas veces hemos vuelto los dos desde entonces.

Elisa quería despedirse de mí hasta septiembre, ya que no tiene previsto aparecer por Barcelona en los próximos dos meses. Todos sabemos lo que le desagradan a Pablo sus continuos viajes a esta ciudad, de modo que, según me contó, ambos han acordado que ella se tomará unas largas vacaciones y no volverá a venir por aquí, al menos hasta que se acabe el verano.

- No entiendo por qué has aceptado ese trato, Elisa. No tendrías por qué hacerlo – le dije yo, con toda franqueza.

Elisa y yo tenemos una gran confianza para hablar entre nosotros sin tapujos, y

solemos darnos nuestra más sincera opinión sobre cualquier cosa.

- Bueno, ya sabes, Jon. A veces es preferible claudicar que seguir discutiendo - me confesó ella.

Y por el tono de voz que empleó al hacerlo, era evidente que aquel tema le producía un profundo malestar.

- Pero tú vienes aquí a trabajar. Y tu trabajo es tan importante como el suyo, ¿o acaso no es así? – insistí yo, hurgando en la herida. - Colaboras con una revista de primera línea. Pablo tendría que estar orgulloso de ti y animarte a venir, en lugar de oponerse.

Elisa me escuchaba con semblante triste. Daba la impresión de que aquella batalla en la que yo le incitaba a seguir peleando, ella ya la había dado por perdida desde hacía mucho tiempo. De cualquier forma, me agradeció sinceramente mi apoyo y mis palabras de aliento, y me confesó lo mucho que le animaba el que yo estuviera siempre ahí, dándole mi respaldo.

Y lo cierto es que yo lo hago encantado, porque ella me importa y es mi mejor amiga.

Elisa y yo estamos en sintonía desde hace muchos años, y es por ello que nos gusta compartir nuestras preocupaciones, porque siempre encontramos en el otro un consejo que nos ayuda a seguir adelante. Yo a menudo le cuento mis problemas, y ella hace lo propio con los suyos. Incluso, a veces, en un arrebato de sinceridad, hemos llegado a comentar algunos asuntos de índole estrictamente conyugal, de ésos que se supone que no deberían salir de las cuatro paredes de cada casa.

Estoy seguro de que ni a Irene ni a Pablo les haría la menor gracia enterarse de que hemos estado hablando de ciertos temas, pero he de reconocer que a mí, particularmente, la opinión de una mujer acerca de según qué cuestiones me interesa especialmente, porque me da una visión de la materia que otro hombre no puede darme, por mucho que lo intente.

Pero ninguno de los dos tiene por qué llegar a saberlo. Hablar de nuestras cosas nos sienta bien a Elisa y a mí. Y es nuestro pequeño secreto.

Por mi parte, yo había acudido a nuestra cita con la intención de contarle lo que me había sucedido con Mathilde, y de pedirle su opinión acerca de tan delicado asunto. Pero lo cierto fue que, para mi total sorpresa, no tuve ocasión ni tan siquiera de comentárselo, porque la conversación principal versó sobre un tema absolutamente insospechado para mí.

Y todo empezó porque se me ocurrió preguntarle acerca de Gorka.

- ¿Por casualidad, tú has hablado con él últimamente? – quise saber. – Me he pasado dos días llamándole, y no contesta al teléfono...

Entonces, Elisa reaccionó de una manera completamente inesperada. De repente

bajó la vista hacia el mantel, tratando de esquivar mi mirada.

- No, no sé nada – respondió, brevemente.

- Es que me resulta muy extraño que no me conteste - insistí yo. – Y que ni siquiera me devuelva las llamadas. Porque he probado ya varias veces y a distintas horas, y a estas alturas, reconozco que me empieza a preocupar el hecho de no tener noticias tuyas. ¿Crees que estará bien?

- Oh, sí. Sin duda. Está viviendo su gran aventura norteamericana, ¿no es cierto?, justo como él quería... – respondió ella, y noté que en sus palabras había un deje de amargura, como si detrás de ellas se ocultara un gran reproche.

Aquello me resultó cuando menos chocante, porque yo no tenía constancia de que hubiera habido ningún problema entre ellos. Por el contrario, estaba convencido de que ambos se llevaban muy bien.

- ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? – inquirí, mientras mi curiosidad iba en aumento.

Elisa no contestó. En lugar de hacerlo, se puso a jugar con los palillos de madera que tenía a un lado del plato, eludiendo mirarme a la cara.

- Elisa, respóndeme – dije yo. - ¿Hace mucho tiempo que no hablas con él?

Como toda respuesta, Elisa se encogió de hombros, y yo insistí.

- ¿Puede que sean unas semanas? ¿O tal vez un mes?

Y por la expresión de su cara, enseguida supe que, en realidad, hacía muchísimo tiempo que no mantenían ningún contacto.

- ¿Pero es que no has hablado con él en todos estos meses? – pregunté yo, muy sorprendido. – No me digas que no sabes nada de él desde que se fue...

La cara de Elisa se estaba empezando a congestionar por momentos. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

- Gorka nos ha abandonado, Jon - dijo al fin. - Cogió un avión y salió corriendo, sin mirar siquiera lo que dejaba atrás. No quiero preocuparme nunca más por él.

- Bueno, yo no considero que nos haya abandonado – alegué yo, en su defensa. – Él tiene derecho a vivir su vida como le dé la real gana, ¿no te parece?

Y entonces, Elisa rompió a llorar. Aquello no me lo esperaba en absoluto.

Jamás habría imaginado que Elisa estuviera enamorada de Gorka, y de repente, ella lo acababa de dejar bien claro. Y lo más sorprendente de todo, era pensar que aquello había tenido que suceder por fuerza delante de mis narices, y yo ni me había enterado.

- Pero... Gorka y tú... Gorka y tú... - dije, no sabiendo muy bien cómo completar aquella frase. - ¡Madre mía, no tenía ni idea! – exclamé. – Pero... pero... ¡Desde cuándo!

- Desde hace más de un año – confesó ella, cabizbaja, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. – Desde que empecé a venir a Barcelona con cierta regularidad...

Yo no salía de mi asombro.

- Pero cómo es posible... - seguía preguntándome yo mismo en voz alta.- Si ninguno de los dos me habíais dicho nada... ¿Por qué no lo hicisteis? ¿Es que no confiabais en mí?

- ¡No, no, Jon, de ninguna manera, no es por eso! - se apresuró a asegurar Elisa, con voz firme. – No pienses que ha sido por falta de confianza, ni mucho menos. Tan solo se trata de que no queríamos involucrarte, y convertirte por tanto en nuestro cómplice. Eso no habría sido justo para ti, tú no tienes por qué cargar con el peso de nuestros errores... - dijo ella, limpiándose la nariz con el pañuelo que yo le acababa de prestar. – Además, te habríamos puesto en un aprieto, porque tú eres amigo de Pablo también...

- A Pablo lo conozco de jugar al fútbol y de poco más – aseguré yo, tajante. – Y además, hace mil años que no tengo la menor relación con él. Y sin embargo, Gorka y tú sois mis amigos, y vuestra felicidad es importante para mí. No sé por qué no me habéis dicho nada. De haberlo sabido, tal vez os podría haber ayudado de algún modo...

- Jon, no hay nada que tú pudieras haber hecho por nosotros, te lo aseguro – dijo Elisa, y me miró con unos ojos cargados de agradecimiento y de lágrimas. - Y además, no tienes por qué preocuparte ya por lo nuestro, porque hace meses que se terminó. Él decidió marcharse a principios de año sin consultármelo siquiera, y de este modo puso punto y final a la relación. Y ya está. Se acabó. Tal vez sea mejor así.

La vi tan triste y tan abatida que quise consolarla de algún modo, pero lo cierto era que no sabía ni qué decir. La noticia me había pillado completamente desprevenido. Pasé mi mano sobre sus hombros y le acaricié suavemente la espalda, tratando de reconfortarla.

- ¿Pero estás segura de que se ha terminado? – le pregunté. – Porque no es ésa la sensación que me está dando a mí... Desde luego, viendo tu reacción, nadie lo diría...

Elisa no contestó, se limitaba a sollozar y a secarse discretamente las lágrimas, tratando de que las otras mesas del restaurante no se dieran cuenta de lo afligida que estaba.

- Y por lo que dices, intuyo que Pablo no sabe nada de este asunto, ¿no es cierto? – me atreví a preguntar.

- No, qué va a saberlo, no – me respondió Elisa, que estaba intentando recomponerse y volver a dar una imagen de normalidad. – En todo caso, puestos a sospechar de alguien, él sospecharía de ti.

Y su propio comentario le arrancó a ella misma una sonrisa.



- Tiene gracia, ¿verdad? – dijo, sin parar de sonreír, mirándome con aquellos grandes ojos que seguían estando muy húmedos.

- ¿¡De mí!? – exclamé yo, riendo también, divertido con la idea. - ¿Y de mí, por qué, si puede saberse?

- Pablo siempre ha tenido celos de ti – me confesó Elisa. – Ésa es la pura verdad. Y ése es también uno de los motivos por los que no le gusta nada que yo venga a Barcelona. Mira tú por dónde... Qué equivocado está...

- Nuestras parejas nunca han llevado bien que tú y yo saliéramos juntos en el pasado – le comenté yo. – Y es una pena. Podríamos haber sido todos muy buenos amigos. Tal vez si las cosas hubieran sido diferentes entre tú y yo, si nunca hubiéramos llegado a salir, entonces...

- Entonces, Jon, y solo entonces, tú y yo tampoco habríamos llegado a ser nunca amigos – razonó ella, dedicándome una bellísima sonrisa de oreja a oreja. – Al acabar el colegio nos habríamos perdido la pista, y punto. Pero si eso no ha sucedido, es porque tuvimos la oportunidad de conocernos muy a fondo. Y ése es, precisamente, el origen de nuestra amistad.

Y yo caí en la cuenta de que no podía estar más de acuerdo con ella.

- No podríamos cambiar nada del pasado, sin que se viera alterado el presente – prosiguió ella. – Y no sé qué opinas tú, Jon, pero yo tengo muy claro que no me arrepiento de nada de lo que hice en su momento. Y mucho menos, muchísimo menos aún, de haber salido contigo.

Y siguió sonriéndome, con esa sonrisa franca y hermosa suya, capaz por sí misma de iluminar mi día. Siempre me reconforta sobremanera el poder hablar con ella. Para mí es, ciertamente, la mejor terapia antiestrés que existe en este mundo.

- Yo tampoco me arrepiento de haber salido contigo, Elisa, ¡cómo podría! – le contesté a su vez, ya que así lo sentía yo también, e igualmente le sonreí.

Permanecimos callados unos segundos, mirándonos a los ojos con una sonrisa tonta pegada en la cara, como si fuéramos dos críos.

- Bueno, ¿y qué piensas hacer con respecto a lo de Gorka? – le pregunté al fin, cargándome de un plumazo aquel bello momento de nostalgia que había surgido entre nosotros. - ¿Callarás para siempre? ¿No le piensas decir nunca lo mucho que le quieres? – proseguí.

Y la sonrisa de Elisa se esfumó de sus labios inmediatamente.

- Jon, déjalo, por favor – replicó ella, incómoda. – Gorka nunca será capaz de entender las responsabilidades que se adquieren cuando uno tiene una familia, cuando se tiene una hija... No se hace cargo de nada, él no comprende que...

- ¿De verdad, vas a seguir viviendo toda la vida junto a un marido al que ya no

quieres, cuando realmente estás enamorada de otro? – le interrumpí yo, formulando mi pregunta a quemarropa.

Tal vez me había pasado de sinceridad, pero creo que en estas ocasiones, los amigos no están para ponerte las cosas fáciles, ni para regalarte los oídos. Me pareció que era mi obligación decirle las cosas tal cual las pensaba.

- Jon, no insistas, te lo ruego – reiteró ella, y vi que estaba a punto de echarse a llorar de nuevo. – Gorka ya ha elegido su camino. Hace tiempo que se fue, y ahora tiene su propia vida. No quiero darle más vueltas a este asunto, de verdad. Ya es tarde para remover el pasado.

Habíamos terminado de cenar y también nos habíamos acabado los cafés. A través de las cristaleras del restaurante se apreciaba que la noche había desplegado su manto de total oscuridad. Era el momento de despedirse. Yo quería asegurarme de que antes de marchar, ella supiera que podía contar conmigo. Le dije que siempre la iba a apoyar, independientemente de las decisiones que tomara, y por supuesto, que no la iba a juzgar.

Una vez estuvimos fuera del restaurante, le di un fuerte abrazo y le prometí que estaría a su lado siempre que me necesitara. Y también le hice una advertencia:

- Vive tu vida como tú decidas hacerlo, no como te dicten los demás – le dije. – La vida es demasiado corta como para no intentar ser plenamente feliz.

No quiso que le llevara en coche a su hotel, prefería coger el metro y caminar un poco bajo aquella cálida noche estrellada. Nos despedimos allí mismo, a las puertas del restaurante, y cada uno tomó su propio camino de regreso.

Mientras me dirigía al aparcamiento a coger mi coche, iba pensando en que no me vendría mal aplicarme a mí mismo la recomendación que le acababa de hacer a Elisa. No estaría de más que reconociera que no me gustaba mi trabajo, que no quería ocupar ese puesto, y que aquel cúmulo de responsabilidades tan alejadas de mi verdadera pasión - que sin duda alguna, siempre ha sido escribir, - me estaban causando una gran infelicidad. Me dije a mí mismo que se lo comentaría la próxima vez que quedara con ella, sin falta. Hablarlo con Elisa me vendría muy bien para desahogarme, y para afianzar mi confianza en el hecho de que estaba tomando la decisión correcta.

Y si yo estaba convencido de hacerlo, seguro que cuando se lo contara a Irene, ella me comprendería y me apoyaría en mi toma de decisiones, como siempre lo había hecho.

Me daría de margen hasta septiembre para pensármelo bien, mientras reunía el valor de dar aquel paso y renunciar al cargo.

-----

## VIII

- ¡Buenas noticias, Jon! – me anunció una jovial Lucía, apareciendo de repente en mi despacho el viernes por la mañana. – Tal como quedamos, contacté con la ONG de la que te hablé y les expliqué la situación en la que se encontraba tu amiga. Pues bien, hoy me han devuelto la llamada. Y me han dicho que quieren ayudarla.

Y Lucía sonrió de oreja a oreja, se veía que estaba muy satisfecha.

– Esta organización cuenta con un piso de acogida en *Terrassa* – prosiguió. - Por suerte, en estos momentos tienen una plaza disponible, y ya le están esperando. Allí le darán asesoramiento legal y la protección que necesita. – dijo. – Ponte en contacto con ella y dile que vaya sin falta a la siguiente dirección, mañana sábado por la mañana.

Y me entregó una tarjeta en la que figuraban las siglas de la organización, y la dirección del centro de acogida al que Mathilde debía ir.

- Lucía, no sabes cómo te lo agradezco – dije yo, sintiéndome tremendamente aliviado y devolviéndole a cambio la mejor de mis sonrisas. – Te debo una. Pero una bien gorda.

- De nada, hombre, solo faltaría – dijo ella, restándole importancia.- Esto no es un favor que yo te hago. Esto es un gesto que a ti te honra – añadió, y me miró con una sonrisa llena de simpatía y afecto. – ¡No sabía que teníamos un jefe que molaba tanto, la verdad!

Y dicho esto, me sonrió una vez más y salió por la puerta de mi despacho.

Inmediatamente llamé a Mathilde, pero ella no me contestó. Ahora ya eran dos las personas que no me cogían el teléfono. Pensé en Gorka. Me pareció extraño que a estas alturas, aún no me hubiera devuelto las llamadas. No era habitual en él, y me estaba empezando a preocupar muy seriamente.

Gorka, mi buen amigo.

No solo Elisa te echa de menos.

Insistí en llamar a Mathilde por la tarde, y a eso de las seis conseguí al fin que descolgara el teléfono.

- ¡Hola Jon! – me saludó, y por su tono de voz supe que estaba bastante nerviosa. - Perdóname que no te haya contestado hasta ahora, pero es que creo que comienzan a sospechar que me traigo algo entre manos, y me están controlando más de cerca. Veo que ya no se fían para nada de mí.

- Mathilde, tenemos que hablar – le dije, sin perder el tiempo. – Tengo la dirección del centro de acogida del que te hablé. Están esperando tu llegada para mañana

temprano. No tienes nada que temer, es un lugar seguro, donde te van a ayudar y cuidarán de ti, de eso te doy mi palabra. Tengo que verte para explicarte dónde está y cómo debes ir.

- Jon, me están vigilando... - dijo una angustiada Mathilde, en voz baja. – Tengo que colgar...

- ¿Dónde te encuentras ahora? – pregunté.

- En la Rambla Canaletas. Trabajando – dijo ella. – Y hoy no nos quitan el ojo de encima.

- No te vayas con nadie – le ordené. – Pon cualquier excusa y espérame. Llegaré enseguida, estoy a tan solo cuatro paradas de metro de distancia.

Salí a toda prisa de la redacción y me dirigí a la estación de *les Glòries*. Afortunadamente, a esas horas los vagones no estaban muy concurridos. Hacía mucho calor, había caminado muy deprisa y sentía que me mareaba, de modo que tomé asiento, al tiempo que notaba que me estaba empezando a fallar el equilibrio.

Observé el cartel luminoso situado en la parte superior de las puertas del vagón, tratando de saber en qué estación me encontraba en cada momento, pero a consecuencia del mareo, no conseguía enfocar bien la vista. Tan solo veía un puntito luminoso que se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba...

Afortunadamente se trata de un trayecto corto que conozco bien, y enseguida supe que había llegado a mi destino. No habían transcurrido ni veinte minutos. Aún no sé cómo conseguí levantarme de aquel asiento y abandonar el vagón, creo que en aquellos momentos prevaleció la imperiosa necesidad que tenía de cumplir con mi palabra, frente a cualquier otra consideración.

Me senté un momento en un banco del andén, para intentar recuperarme antes de seguir adelante. Sudaba a mares, y me tuve que secar la cara empleando para ello las mangas de la camisa. Mi cargo de director me obligaba a utilizar traje de chaqueta y manga larga, incluso en días tan calurosos como aquél. Me doblé los puños de la camisa hasta el antebrazo y me deshice el nudo de la corbata, que me aprisionaba de tal forma el cuello, que no me permitía respirar.

A pesar de ir impecablemente vestido, supongo que mi aspecto era de lo más desastroso. Una señora mayor me repasó indiscretamente con la mirada, y después sacudió la cabeza en un claro gesto de desaprobación. Probablemente debió de pensar que era un drogadicto en plena crisis de abstinencia, o alguna otra cosa peor que pudiera concebir su imaginación. Y seguro que no le faltaban razones para ello.

Sentía el pelo pegado en la frente y el sudor resbalando por mi cara. Nada más salir a la Plaza de Cataluña me dirigí a la fuente de Canaletas y allí me mojé la cara y el pelo, tratando de recuperar un aspecto medianamente digno. Por fortuna, lo peor del mareo ya había pasado y volvía a recuperar la visión y el equilibrio.

Miré a mi alrededor y no tardé en descubrir a un grupito de chicas subsaharianas apostadas en mitad del paseo central de la Rambla, a la altura de la calle Tallers. Con paso decidido, me encaminé hacia ellas. Me di cuenta enseguida de que todas eran muy jóvenes. Atterradoramente jóvenes. Las muchachas estaban siendo importunadas por una pandilla de veinteañeros que derrochaban vulgaridad y ganas de juerga. Se notaba que los chicos eran turistas extranjeros, a juzgar por su pelo exageradamente rubio y su piel sonrosada que, tras permanecer todo el día expuesta al sol, a aquellas horas de la tarde ya había adquirido la tonalidad propia de una gamba. A pesar de ser aún temprano, a la vista estaba que aquellos jóvenes llevaban ingeridos unos cuantos litros de alcohol de más, y eso parecía proporcionarles a todos la falsa sensación de que estaban resultando ocurrentes y graciosos, cuando en realidad, las pobres chicas aguantaban sus bromas como buenamente podían, tratando de poner buena cara ante las numerosas impertinencias que les dedicaban. Aquellos jóvenes habían venido con ganas de fiesta y de seguro que la iban a encontrar, aunque fuera a costa de la desgracia de aquellas pobres muchachas.

Inmediatamente la vi entre sus compañeras, y me dirigí directamente hacia ella.

- Hola, ya estoy aquí – le dije. - Vamos a buscar un sitio tranquilo donde podamos hablar.

- Espera un poco. Nos observan – me alertó Mathilde, señalando discretamente a un par de hombres de raza negra que estaban apostados junto al muro del edificio de la acera de enfrente. Ambos tenían aspecto de ser muy poco amigables. – Finge que estás hablando conmigo, como si fueras un posible cliente o algo así – dijo ella y me sonrió, y yo procuré hacer lo mismo. - ¿Ves a aquel tipo de allí, el que más reluce?

Disimuladamente, volví a mirar en aquella dirección. Uno de los dos hombres, el que tenía la piel más oscura, llevaba la camisa abierta y el pecho completamente cubierto de deslumbrantes cadenas de oro, metal precioso que también adornaba sus muñecas y dedos en forma de ostentosos anillos y pulseras.

- Se llama Salvador y es, con mucho, el más peligroso de todos – continuó explicándome Mathilde. – Me han contado que llegó a cortarles dos dedos de la mano a una chica que no le obedecía. Es una bestia despiadada – dijo, y por un instante su cara reflejó un profundo sentimiento de odio.

- Venga, vámonos de aquí de una vez. Me estoy poniendo nervioso.

La agarré por la cintura y los dos avanzamos hacia la calle *Tallers*, perdiendo rápidamente de vista a aquellos dos gorilas. Acto seguido giramos a la izquierda hacia un callejón estrecho, y entramos en *L'OVella Negra*, una tasca que Gorka y yo solíamos frecuentar en nuestra época de estudiantes. Allí nos sentamos a una mesa, pedimos dos cervezas y comenzamos a hablar.

- Éste es el lugar al que has de ir mañana – le dije, entregándole la tarjeta con la

dirección del centro de acogida que previamente me había dado Lucía. – Te esperan allí a primera hora. Pero yo te propongo una cosa – añadí. - No regreses hoy a las Ramblas. Ven conmigo ahora mismo, buscaremos un hotel para que pases la noche, y mañana te pasaré a recoger con mi coche y te llevaré hasta allí. Por favor, no pases ni un minuto más bajo el yugo miserable de esta gente.

- ¿Y que se queden con todas mis cosas? – protestó Mathilde. - ¡Ni hablar! ¡Primero he de recoger mis pertenencias de la casa en donde vivo! ¡Quiero recuperar lo que es mío!

En aquel momento me pregunté para mis adentros qué valor podrían tener los escasos bienes que aquella chica hubiera podido acumular a lo largo de toda su vida, y llegué a la conclusión de que no sería muy alto. Desde luego, no era probable que fueran tan cuantiosos como para que mereciera la pena arriesgar sus planes de libertad por ellos, pero no se lo dije con tanta sinceridad para que no se sintiera ofendida.

- Creo que deberías pensártelo bien – le insistí. – Ningún objeto material es tan importante como para no poder prescindir de él cuando se corre un serio peligro.

- ¡Son mis cosas! – exclamó en voz alta, como si aquella fuera una razón tan evidente, que resultara para ella totalmente inconcebible que yo no la llegara a entender. - ¡No quiero prescindir de ellas! ¡De ninguna manera! Allí tengo mis vestidos. Mis zapatos. Mis pendientes. ¡Todo lo mío! Todo lo que poseo en este mundo, se reduce al contenido de esa maleta.

Y mientras decía esto, Mathilde alzaba la barbilla y estiraba mucho el cuello, y en ese momento comprendí que hasta las personas más vulnerables de este mundo tienen su dignidad y su propio orgullo, y que eso es algo que hay que respetar por encima de todo.

- En ella guardo también las pocas fotografías que conservo de mis padres, de mi familia... - prosiguió hablando Mathilde. Y después me miró fijamente a los ojos, suplicante. – Jon, no quiero perder lo poco que me queda de mi pasado, lo que me une a mis raíces, no. Tengo que recuperar mi maleta esta noche sin falta. No te preocupes por mí. Sabré sobrevivir un día más por mi cuenta, lo llevo haciendo desde hace muchísimos años.

- De acuerdo. Será como tú quieras – le contesté yo, dándome por vencido. - ¿Crees que mañana podrás salir de la casa en la que vives sin problema?

- ¡Por supuesto que sí! – respondió Mathilde, decidida. Daba la impresión de que la esperanza que se abría ante ella, le había infundido una gran dosis de valor. – Salvador acabará tan borracho esta noche, que mañana a primera hora roncará como un cerdo al que están a punto de degollar – dijo, con desprecio. – Me marcharé mientras duerma, y para cuando despierte, ya estaré muy lejos de su alcance.

Viéndola tan segura de sí misma, le di las instrucciones precisas para que al día

siguiente cogiera un autobús cerca de donde vivía, en el barrio del *Carmel*, y después tomara los ferrocarriles de la *Generalitat*, que le conducirían hasta la *Rambla de Terrassa*. Una vez allí, las indicaciones para llegar hasta el centro de acogida eran bien sencillas. Al igual que en días anteriores, también le di dinero. Ella me abrazó con fuerza y me besó en la mejilla, con la ilusión dibujada en su rostro.

- Gracias, Jon – me dijo, sonriendo como una niña a la que acaban de visitar los Reyes Magos. – Te lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

- Por favor, ten cuidado – le pedí. - Ten muchísimo cuidado.

Ella asintió, y acto seguido se levantó de la mesa y se marchó, dejando el rastro de su dulce olor tras de sí.

---

## IX

Y hoy domingo, pienso en Mathilde y en cómo he conseguido ayudar a esa criatura y me siento plenamente satisfecho. Creo que la gente debería conocer los maravillosos efectos secundarios que produce el ayudar a los demás. Sin duda alguna, uno después se siente sumamente orgulloso de sí mismo y en un estado de paz y serenidad que no resulta comparable a ninguna otra experiencia de la vida. Pienso en ella, y me la imagino desde ayer por la mañana a salvo de esa gentuza que la explotaba, acogida en un entorno protector, capaz de proporcionarle seguridad y una oportunidad de futuro. Y eso me permite respirar tranquilo. Quién sabe si al final conseguirá cumplir su sueño y estudiará peluquería. Ojalá sea así, se lo deseo de todo corazón. Espero que se acuerde de llamarme uno de estos días para contarme qué tal le va.

La jornada está transcurriendo de una manera deliciosamente tranquila y relajada. Hemos comido en el jardín, como hacemos siempre en verano, y los niños se han portado especialmente bien, contándonos cosas divertidas del colegio y de cómo disfrutaban con sus amigos. Después los dos se han sentado a jugar en la sombra, y nosotros también nos hemos instalado en nuestro rincón favorito bajo unos frondosos árboles, donde hemos colocado las hamacas bien juntas y nos hemos tumbado en ellas a descansar.

Irene ha cogido mi mano y la mantiene sujeta con la suya. Yo la miro, le sonrío y ella me sonrío también. Miro a los niños y observo cómo juegan y cómo crecen, lo hacen a una velocidad que a veces me llega a producir auténtica sensación de vértigo. Y en este momento pienso que soy el hombre más afortunado del mundo, y que tengo la mejor familia que nadie podría imaginar, y me siento orgulloso de ello.

Y estoy tan a gusto que me quedo un rato dormido, escuchando el leve susurro que produce el aire al pasar entre las hojas de los árboles.

---

## X

Me ha despertado el sonido de mi teléfono móvil. Miro la pantalla. En ella figura un escueto nombre de tan solo tres letras: “Mat”. Así he registrado el teléfono de Mathilde, he preferido no poner el nombre completo. Al final tendré que acabar explicándoselo todo a Irene, pero prefiero hacerlo cuando el asunto esté completamente resuelto. No quiero que ella se preocupe en absoluto.

Pero yo sí lo hago, y en cuanto veo su nombre reflejado en la pantalla, me pongo tenso. Me levanto de la hamaca, cojo el teléfono y me dirijo al interior de la casa para que Irene, que está aún medio dormida, no pueda oír la conversación.

- ¿Mathilde? ¿Qué tal fue todo ayer? –pregunto, con absoluta expectación.

Pero el llanto que escucho al otro lado, ya me indica que las cosas no han salido según lo previsto.

- ¡Ay, Jon! ¡No conseguí escaparme! ¡No me dejaron salir! ¡Sospechan algo de mí, y le han dado instrucciones a la señora que nos vigila para que no me deje poner un pie en la calle! ¡Ya ni siquiera me dejan salir a trabajar! – se lamenta Mathilde, entre lágrimas. - ¡Debí hacerte caso! ¡Tenía que haberme largado cuando aún estaba a tiempo! ¡Aunque fuera con lo puesto!

Noto una aguda punzada en la frente. El dolor de cabeza envía su tarjeta de presentación, anunciándome su más que inminente visita.

- ¡Tranquilízate, Mathilde, no ganamos nada con que te pongas nerviosa! – le ordeno yo. – Vamos a ver, el tal Salvador y sus secuaces saldrán en algún momento de la casa, ¿no es así?

- Sí, ellos entran y salen continuamente. Pero a las chicas que estamos dentro, nos dejan a cargo de la señora Catalina.

- ¿Y ésa quién es? – pregunto yo.

- Es una vieja que nos encierra con llave y amenaza con llamar a Salvador si hacemos cualquier cosa que le moleste. ¡Es peligrosa, Jon, hay que tener mucho cuidado con ella! ¡Es una bruja! ¡Ha llegado a emplear magia negra contra algunas de mis compañeras! – me advierte Mathilde, y su voz suena realmente alterada.

- ¡Bueno, ya está bien! – zanjo yo al final, asqueado con este asunto. - ¿Están



Salvador o alguno de los suyos en este momento en el piso?

- Sí, ahora sí – contesta Mathilde, en un susurro. – Pero no tardarán en marcharse.

- De acuerdo. Pues avísame en cuanto se vayan. Iré a buscarte y hablaré con esa señora.

- Pero... Jon... No sé... Tengo miedo... Esta gente no se anda con tonterías...

Yo también lo tengo. Noto que la cabeza me palpita como si una manada de caballos al completo estuviera galopando dentro de mi cráneo. Quiero acabar con este asunto de una vez por todas.

- Ten la maleta preparada – le digo, como si no le hubiera escuchado. – Y llámame en cuanto te parezca que tienen intención de marcharse.

Cuelgo el teléfono. Noto el pulso totalmente acelerado. Me tomo otras dos aspirinas en el cuarto de baño y regreso a mi hamaca. Irene está leyendo un libro, aparentemente ajena al hecho de que yo me haya ausentado. Yo hago lo mismo, intento centrarme en mi lectura pero me resulta totalmente imposible. Leo sin saber siquiera qué estoy leyendo, y cuando termino una página, he de volver a empezar.

Estoy deseando contárselo a Irene pero no puedo hacerlo. De ninguna de las maneras. Solo conseguiré que se preocupe, o que intente disuadirme de mi intención de ayudar a esta chica, y no quiero fastidiarle el domingo ni me apetece discutir. Son tantos los secretos que llevo acumulados, que tendré que ir pensando la manera de explicárselos todos, uno a uno. Para empezar, a ver si esta misma noche puedo desvelarle por fin el que me traigo entre manos en este preciso instante. Pero primero lo he de solucionar. Y no veo el momento de hacerlo.

Me siento terriblemente cansado. Me prometo a mí mismo que arreglaré este asunto a la mayor brevedad posible y que regresaré inmediatamente a casa, a tiempo para tumbarme al lado de Irene en el sofá, y abrazarme a ella mientras vemos una película. Sí. Ése sí que sería un bonito final para un buen domingo como lo ha sido éste. No voy a permitir que nada me lo estropee.

No hago más que mirar la hora. Estoy absolutamente impaciente, y el hecho de tener que soportar esta tensa espera, me está machacando los nervios. Ya ha transcurrido más de media hora desde que me he tomado las aspirinas, y no parece que tengan la menor intención de hacerme efecto. Me estoy empezando a desesperar.

A las ocho y cinco, el teléfono suena de nuevo. Es Mathilde. Irene está jugando en el jardín con los niños, así que me levanto y me dirijo al interior de la casa sin dar ninguna excusa.

- Parece ser que se marchan ya. Hablan entre ellos de ir a un bar cercano, a emborracharse como de costumbre – me dice Mathilde en voz baja.

- De acuerdo. Voy para allá. ¿Cuál es la dirección?

---

## XI

La casa en la que retienen a Mathilde se encuentra en el barrio del *Carmel*, situado en las estribaciones de la sierra de Collserola. Ella me dice que la calle se llama *Portell*, y como no me suena de nada, lo primero que hago al entrar en el coche es localizarla con ayuda del GPS.

Veo que se trata de una estrecha y empinada callejuela, que tiene la particularidad de encontrarse entre el *Turó del Carmel* y la parte trasera del Parque Güell, justo en medio de ambas colinas. Con semejante orografía, uno podría llegar a pensar que estará ubicada en lugar maravilloso e idílico, pero en cuanto me aproximo a la zona, descubro que está muy lejos de ser así.

La exigua calidad de las edificaciones que conforman el barrio, junto a la presencia de toscos postes de madera que mantienen el cableado eléctrico a la vista en lugar de hallarse soterrado, ofrecen una paupérrima imagen de esta zona. Y aunque debido a su estratégica situación cuenta con unas privilegiadas vistas sobre la ciudad, tengo la absoluta certeza de que no me encontraré ni a un solo turista por estos lares.

La mayor parte de la calle *Portell* discurre confinada entre altos muros y presenta un trazado intrincado y tortuoso, con empinadas cuestas que suben y bajan continuamente. Por fin llego al final de la calle, y compruebo el lamentable aspecto que presenta la casa en la que se supone que está esperándome Mathilde. Es una edificación de tres plantas, cuya fachada está surcada de lado a lado por multitud de cables eléctricos despellejados y cajas de registro que se asemejan a negras cicatrices. El revestimiento de los muros, de un blanco muy sucio, se cae a pedazos y deja ver tras de sí un ladrillo descarnado que se va deshaciendo poco a poco con la humedad y la exposición a la intemperie. La profusión de ropa colgada y expuesta a la calle me da una pista de que, efectivamente, la casa se encuentra habitada, porque de no ser por ese detalle, habría pensado que allí no se le ocurriría vivir a nadie.

Un cartel me ha alertado unos metros antes de que me encuentre ante un callejón sin salida, y efectivamente, así lo compruebo al llegar. Delante de mí ya no hay más carretera asfaltada, tan solo un camino de tierra que parece adentrarse en la espesura de una frondosa arboleda. Llego a la conclusión de que se trata de la parte trasera del Parque Güell. Casi nadie conoce esta zona del parque, agreste y selvática, que se desarrolla más allá de las magníficas construcciones que en su día diseñó el genial Gaudí. Es un auténtico bosque, maravilloso y enigmático, que permanece ajeno a las visitas masificadas de los turistas y a los flashes de sus cámaras de fotos.

No me gusta nada la idea de que la calle termine aquí. Me inquieta pensar que si ocurriera cualquier imprevisto, no habría manera de escapar. Ni siquiera hay espacio suficiente como para que un coche maniobre y dé media vuelta. Me invade una sensación de angustia y claustrofobia. No pienso aparcar aquí.

Doy marcha atrás y recorro la calle en sentido contrario, cruzando los dedos para que no aparezca ningún coche detrás de mí, porque en la mayoría de los tramos no hay espacio suficiente como para que nos crucemos. Por suerte, no me topo con ningún otro vehículo en todo el recorrido. Regreso y bajo por la calle Tirso. Aparco cerca de la *Placeta de Montserrat*. Ahora me siento un poco más seguro.

Paro el contacto y me quedo quieto un momento. De repente, tengo la sensación de que se me nubla la vista, y los martilleos regresan a mi cabeza. Estoy seguro de que son los nervios. Tengo que tratar de tranquilizarme. En cuanto lo consiga, me empezaré a encontrar bien de nuevo. Entonces iré a buscar a Mathilde y me la llevaré conmigo. Será cuestión de unos minutos. Solo necesito controlar la ansiedad que crece en mi interior. Y no solo siento ansiedad, también tengo miedo, lo he de reconocer. Pero llegados a este punto, sé perfectamente que ya no hay vuelta atrás.

Abro la puerta del coche y hago un primer intento por salir. Noto que las piernas me fallan y estoy a punto de perder el equilibrio. Pero solo dura unos segundos. Ahora mis piernas vuelven a estar bien. Recorro la calle *Pau Ferran*. Agradezco el hecho de estar en buena forma física, porque resulta ser tremendamente empinada. Cuando llego al final, me topo con unas escaleras que conducirán sin duda a la calle *Portell* y a la casa de Mathilde, porque lo que acabo de hacer es cerrar el círculo para llegar al mismo punto. Antes de comenzar a subirlas, me detengo un momento y trato de ralentizar la respiración hasta alcanzar un ritmo normal, porque estoy agotado y noto que el corazón se me va a escapar por la boca. Tal vez no esté tan en forma como yo me pensaba.

Mando un mensaje a Mathilde desde mi móvil, a través de *WhatsApp*.

Ya estoy aquí – escribo.

¿Se han marchado ya? – pregunto.

Sí – contesta Mathilde, de inmediato.

Han ido al bar de siempre – añade.

¿Ves unas escaleras enfrente de mi casa? – pregunta.

Sí - respondo yo. - Casualmente, me encuentro delante de ellas.

Mala idea - me responde ella.

Sal de ahí - añade.

Estás justo delante de ese bar – concluye.

Leo aquello y se me hiela la sangre. Me acabo de quedar completamente paralizado del susto. No quiero mirar, pero la curiosidad es mucho más fuerte que yo, así que

despego la vista del móvil, giro mi cabeza hacia la derecha y compruebo que, efectivamente, estoy parado delante de un garito que parece ser un bar. No me había percatado de ello porque, por lo destartado de su aspecto, más bien se asemeja a un garaje o a un almacén. Un triste rótulo medio despintado es la única señal identificativa que anuncia su presencia.

El local tiene una cristalera muy sucia que da a la calle, y a través de ella puedo observar el interior, que se encuentra medio en penumbra y que tiene toda la pinta de estar muy mal ventilado. Justo al otro lado del cristal, a un palmo de donde yo me encuentro, unos hombres de raza negra beben cerveza y fuman exhalando grandes bocanadas de humo mientras juegan una partida de cartas, sentados en torno a una mesa. Uno de ellos se ríe con ganas, y yo lo reconozco al instante. Se trata de Salvador, y observo que no solo está forrado de oro por el exterior, sino que también tiene fundas doradas cubriendo sus muelas.

Al verlo me quedo petrificado por el miedo, como si me acabara de convertir en una estatua de sal. Bastaría con que se distrajera un segundo de su partida y girara levemente la cabeza hacia mí para que me viera, plantado como estoy delante de sus narices como un lelo. Si no existiera un cristal de separación entre nosotros, con solo levantar un brazo incluso me podría tocar. Al fin consigo reaccionar y comienzo a subir los escalones de dos en dos, a grandes zancadas y a toda velocidad. Espoleado por el pánico, acabo de recuperar de golpe mi habitual agilidad.

Ya estoy delante de la casa. No he acabado de decidir cuál será exactamente mi próximo paso, cuando veo a una chica que sale de la entrada principal del edificio. Inmediatamente me pongo a su lado y le sujeto educadamente la puerta, haciéndome a un lado para dejarla pasar. Acto seguido, me cuelo dentro. Subo al primer piso. Allí hay una única puerta y tiene un timbre. Llamo con ganas. Oigo unos pasos al otro lado. La puerta se abre y aparece una mujer negra entrada en años, tan gorda y tan alta como un mastodonte. Lleva puesta una bata de guatín de vivos colores y unas viejas zapatillas de hombre, muy desgastadas por el uso. Cubre su pelo con un pañuelo atado a la frente con un nudo. De su labio inferior cuelga un cigarro encendido, que parece que lleve allí desde siempre. Me mira de arriba a abajo con manifiesta desconfianza.

- ¿¡Quién es usted!? – me pregunta y me espeta a la vez, todo con cierto desdén.

De su boca sigue colgando aquel cigarrillo, y compruebo que es capaz de hablar sin que se le despegue y se le caiga.

- Soy amigo de Mathilde. Y vengo a buscarla.

Mientras pronuncio estas palabras, veo que Mathilde asoma la cabeza por el pasillo y nos observa, expectante. La expresión de su rostro revela que está asustada. Con una mano sujeta con fuerza el asa de una maleta. Compruebo que está lista para marchar.

La señora expulsa una densa bocanada de humo contra mi cara, que casi me hace

toser.

- Mathilde no se va a ninguna parte – me suelta la vieja, desafiante.

- Mathilde se viene ahora mismo conmigo – le respondo yo, con idéntica determinación.

- ¡Lárguese inmediatamente si no quiere meterse en problemas! – me increpa, y trata de darme con la puerta en las narices.

Pero yo la sujeto con mano firme, y evito que gire ni un milímetro.

- La que se va a buscar un problema muy serio es usted, si no la deja salir inmediatamente – le amenazo yo con vehemencia, mientras extraigo con la otra mano mi teléfono móvil del bolsillo trasero de mis pantalones. – Estoy a punto de llamar a la policía y denunciarle por secuestro y tráfico de seres humanos.

Mis palabras surten el efecto deseado y la vieja suelta la puerta, dando un paso atrás. Parece ser que he conseguido asustarla.

- ¡Mathilde, vámonos! – ordeno yo, con voz firme.

Hay que aprovechar el momento rápidamente, no sea que la señora se lo piense mejor y decida hacerme frente. Mathilde sale corriendo por el pasillo y se une a mí en el rellano de la escalera, sonriendo muy satisfecha.

- Te vas a arrepentir de esto, niña – dice la vieja, y su voz suena a terrible amenaza.

Noto cómo se me eriza el cuero cabelludo de la nuca. Desde luego, no hay duda de que esta señora tiene algo que infunde miedo, pero no me quiero quedar aquí para descubrir qué es exactamente. Agarro la maleta de Mathilde y ambos comenzamos a bajar las escaleras a toda prisa.

- ¡Corre! ¡Que no nos atrapen! – me grita Mathilde.

Allá arriba se sigue oyendo a la vieja vociferar.

- ¡Rufina! – exclama la mujer, con una voz tan ruda y desagradable como lo es toda ella. - ¡Llama a Salvador y que venga ahora mismo!

Salimos precipitadamente al exterior y comenzamos a bajar las escaleras que nos conducirán de regreso a la calle *Pau Ferran* y desde allí, a donde yo tengo aparcado el coche. Pero ya es demasiado tarde: frente a nosotros, cortándonos el paso, comienzan a aparecer algunos de los hombres de Salvador. Están saliendo por la puerta del bar acompañados por su jefe, que no despega la oreja de su teléfono móvil. Sin duda alguna, la tal Rufina estará alertándole de que Mathilde se acaba de escapar. En ese preciso instante nos ven a nosotros, quietos como estamos en mitad de las escaleras, mirándonos a ellos como si nos hubiéramos quedado petrificados. Gritan algo mientras nos señalan, y entonces yo agarro con fuerza la mano de Mathilde y tiro de ella escaleras arriba de nuevo.

Imprimiendo toda la velocidad que nos permiten nuestras piernas, los dos tomamos

el camino de tierra que serpentea y se adentra en el interior del bosque que conforma la parte superior del Parque Güell. A fin de camuflarnos, considero una gran ventaja el hecho de que se encuentre densamente poblado de vegetación en esta zona, mientras corremos entre grandes ejemplares de pinos, alcornoques y encinas. La tarde está empezando a decaer y el espeso follaje de los árboles impide que pase gran parte de la luz, de modo que el interior del bosque se encuentra sensiblemente más oscuro, y eso es algo que en nuestras actuales circunstancias agradezco sobremanera.

Corremos tan deprisa como podemos, y cuando ya hemos recorrido un buen trecho, abandonamos el camino y comenzamos a avanzar monte a través, marchando ladere abajo a grandes zancadas. A veces tropezamos y nos caemos. Al rato, estamos exhaustos. Paramos a descansar y nos sentamos, apoyando nuestras espaldas contra el grueso tronco de un pino. Guardamos silencio y escuchamos. Se oye un intenso murmullo, pero no pertenece a los hombres de Salvador, sino a los cientos de turistas que abarrotan la gran Plaza que constituye la pieza fundamental del Parque Güell. Sustentada por casi un centenar de columnas dóricas, la explanada superior de la plaza se abre ante nosotros, que salimos de entre los árboles y nos mezclamos con los visitantes. Mathilde observa a su alrededor, asombrada.

- ¿Nunca habías estado aquí antes? – le pregunto yo, sorprendido.

Ella niega con la cabeza.

- ¿De verdad que no? – insisto, incrédulo. - Viviendo aquí al lado, ¿nunca te habías asomado a contemplar esta maravilla?

- No, nunca – me contesta ella, poniéndose muy seria.

Y sus ojos miran hacia abajo, y en su cara aparece una gran sombra de tristeza.

– Nunca he hecho nada que yo quisiera hacer – se lamenta. - Nunca he estado en ningún lugar bonito.

Mathilde alza la vista y continúa hablando con determinación:

– Pero a partir de ahora, sí lo haré. Y éste será, sin duda, el primero de esos lugares que pienso visitar, el que recordaré mientras viva, todos y cada uno de mis días. Y para mí – dice, mirándome fijamente a los ojos, - este primer recuerdo, siempre estará ligado a ti.

Realmente, me emociono al oír estas palabras. Le cojo de la mano y avanzo con ella hasta el banco ondulado revestido de cerámica que conforma el perímetro de la plaza. Las luces de la ciudad al anochecer ofrecen desde allí una maravillosa panorámica. Mathilde mira el paisaje. Acaricia con sus dedos los suaves mosaicos de vivos colores que resiguen las orgánicas formas de los respaldos de los bancos. Es un momento mágico, sobrecogedor.

- Y yo te prometo que te mostraré muchos lugares bonitos de esta ciudad, Mathilde – le digo, y siento que estoy completamente extasiado por la emoción.

Y cruzo los dedos para que todo termine bien, porque aún estamos en peligro, y hay que ponerse a salvo urgentemente.

- Pero ahora tenemos que marcharnos – le digo. – Otro día te volveré a traer para que conozcas bien el parque.

Ella asiente, y nos adentramos de nuevo en la vegetación, esta vez en dirección al oeste. Si mi sentido de la orientación no me falla, acabaremos apareciendo en el barrio de *El Coll*. Al cabo de un rato compruebo que, efectivamente, allí es donde hemos ido a parar. Subimos por la calle *Torrent del Remei*. Al poco tiempo llegamos a la *Placeta de Montserrat*. Y mi coche sigue perfectamente bien aparcado donde lo dejé. Menos mal.

Abro las puertas y entramos en su interior. Arranco el motor y enciendo las luces. Al instante, otro coche que está en doble fila unos metros más atrás, enciende las luces también. Desaparco y enfilo la calle, dispuesto a salir de este barrio lo antes posible. El otro coche hace lo mismo. Se sitúa detrás de nosotros y nos sigue a escasos milímetros de distancia.

- Es el coche de Salvador... - dice Mathilde, y veo por el rabillo del ojo que toda ella comienza a temblar de los pies a la cabeza.

- ¡Mierda! – exclamo yo. - ¿Y cómo ha sabido que éste era mi coche?

- No se ven muchos vehículos de alta gama por este barrio... - me contesta ella, tímidamente, y yo me cabreo conmigo mismo por no haberseme ocurrido coger el coche de Irene en lugar del mío, que es mucho más discreto.

Salgo del laberinto del barrio del *Carmel* y desciendo por un acceso a la *Ronda de Dalt*, incorporándome al tráfico soterrado. Aquí puedo pisar el acelerador a fondo, pero Salvador también es capaz de hacerlo y de hecho, lo hace a conciencia. Avanza por mi carril izquierdo y nos alcanza, poniéndose a la par de mi coche. Les miro de soslayo, tratando de no apartar la vista de la carretera porque vamos muy deprisa y no quiero sufrir un accidente.

En su coche van tres individuos, el tercero sentado en el asiento de atrás. Salvador conduce. Su copiloto me mira con cara de psicópata y hace un gesto muy significativo con su mano derecha, pasándosela por el cuello como si fuera un cuchillo. Aquello no deja lugar a dudas de lo que piensan hacer conmigo en caso de que me atrapen. Ahora sí que no tengo más que una escapatoria, y es hacia adelante y con el acelerador pisado a fondo.

Tratando de despistarlos, en el último segundo decido tomar la salida 6 con dirección al puente de Vallcarca. Observo con desasosiego que Salvador ha visto mi jugada y ha dado un brusco volantazo, saliendo justo detrás de mí. Emerjo a la superficie y en la rotonda, giro bruscamente a la derecha y me dirijo hacia la carretera de la Arrabassada. Su trazado se asemeja al de un circuito de *rallies*, pero

afortunadamente estoy muy acostumbrado a recorrerla, casi me sé de memoria dónde se encuentran las curvas más cerradas o los tramos más peligrosos.

Circulo a gran velocidad, a punto estoy de salirme en cada curva, y es por ello que agradezco que mi coche tenga una gran estabilidad y un buen agarre a la carretera. Mathilde va sentada a mi lado, muerta de miedo. Se aferra al asiento con sus manos como si fueran garras, y aprieta con fuerza los dientes. Murmura algo en voz baja, suena como una especie de letanía. Creo que está rezando.

De repente, el coche de Salvador, que sigue sin despegarse del mío, acelera y nos embiste bruscamente por detrás. Siento el golpe como un latigazo que me impulsa hacia delante y luego me hace rebotar, y oigo cómo crujen todas las vértebras de mi cuello. El impacto ha sido brutal. Sin dejarme apenas reaccionar, se sitúa a mi lado y maniobra con el volante, de modo que su coche golpea lateralmente al mío repetidas veces, tratando insistentemente de expulsarme de la carretera. En este instante, un coche que circula en sentido contrario comienza a hacerle luces y a pitar con desesperación, viendo que está a punto de chocar de frente con él. Salvador maniobra rápidamente y trata de esquivarlo, pero en el intento pierde momentáneamente el control de su coche y sale despedido hacia la cuneta.

Es mi momento de darle esquinazo. Y tengo que aprovecharlo bien.

De un giro de volante abandono la Arrabassada, justo en la bifurcación que conecta esta carretera con la de conduce hacia Vallvidrera. Aprieto fuerte el acelerador y confío en que Salvador no se haya percatado de que hemos abandonado la carretera principal. Pasamos por debajo del parque de atracciones del Tibidabo y del Templo del Sagrado Corazón, en la cima del cual, un Cristo con los brazos extendidos nos saluda desde lo alto. Un poco más adelante tomo otra desviación que me conduce hasta los pies de la Torre de Comunicaciones de Collserola, esa soberbia estructura que domina y personaliza con su imponente presencia la actual silueta de la montaña. Al cobijo de la gigantesca construcción, aparco junto a unos árboles y detengo el motor.

No puedo más. Me encuentro exhausto. La cabeza me va a explotar. Creo que estoy a punto de desmayarme. Aun así, saco fuerzas de flaqueza para mirar a Mathilde y dedicarle una sonrisa. Ella está encogida en el asiento del copiloto, con la cara bañada en lágrimas, temblando como una hoja.

- No llores más. Estamos a salvo. Ya se ha terminado – le aseguro, y la acojo entre mis brazos, en los que ella busca inmediatamente refugio.

Sé que acabo de hacer lo correcto diciéndole aquello aunque, por desgracia, no estoy convencido del todo de que Salvador no nos haya visto tomar ambos desvíos. Si apareciera ahora de repente en este paraje desierto, no tendríamos la menor oportunidad de escapar. Pero eso mejor me lo guardo para mí y no se lo digo a Mathilde.



- Esperaremos un rato aquí para asegurarnos de que se ha marchado – continúo diciendo yo, aunque en realidad debería confesarle que estoy tan absolutamente mareado que no me veo capaz de arrancar el coche y conducir cien metros más, y que me falla hasta la vista, y la cabeza está a punto de estallarme. Pero no debo preocuparla. Eso, de ninguna manera.

En lugar de decirle la verdad, apoyo mi cabeza sobre su pelo y aspiro su dulce aroma a colonia de niña, mientras la abrazo fuertemente contra mi pecho para infundirle confianza y seguridad. No sé cuánto tiempo permanecemos así. Creo que incluso ha llegado un momento en el que he perdido la consciencia, pero no estoy seguro. Estoy metido en una especie de nebulosa de la que no sé si conseguiré salir.

Poco a poco me voy tranquilizando. Empiezo a convencerme de que si el coche de Salvador no ha aparecido aún por aquí, es muy probable que lo hayamos despistado de verdad. Respiro hondo. Hago un esfuerzo por fijar la vista en un punto concreto. Parece que poco a poco lo voy consiguiendo. No sé ni qué hora es, pero hace mucho tiempo que se hizo de noche.

Consulto mi teléfono móvil. Tengo un mensaje de texto de Irene, preguntándome dónde estoy y a qué hora pienso llegar. Lo leo pero no voy a responder. Hay tanto que explicar... Prefiero esperar y decírselo en persona.

Estoy deseando llegar a casa.

No veo el momento de que eso ocurra.

- Venga. Es hora de llevarte a tu nuevo hogar – le digo, invitándole a secarse las lágrimas con un pañuelo de papel y a sentarse erguida en su asiento.

Ella sonríe entre hipos, y me mira con sus maravillosos ojos llenos de agradecimiento. No entiendo cómo alguien podría ser capaz de hacer daño a una criatura así.

Casi una hora después, llegamos a la *Rambla de Terrassa*. He conducido muy despacio durante el resto del camino, vigilando muy atento a la carretera de Vallvidrera, que aunque tiene menos curvas que la de la Arrabassada, éstas tampoco son nada desdeñables.

Aparco el coche y buscamos la dirección exacta del centro de acogida, y al poco tiempo lo encontramos. En la fachada de un edificio de viviendas figura un cartel con el distintivo de la ONG, en un lugar bien visible. Llamamos al timbre y nos dicen que subamos, están en el tercer piso. Al llegar nos recibe una mujer muy amable, que nos hace pasar a una sala decorada modestamente pero con buen gusto.

- A estas horas de la noche ya no te esperábamos, Mathilde – dice la mujer, mirando su reloj. – desde ayer que tendrías que haber venido... Nos has tenido muy preocupados todo el fin de semana.

- Es que han surgido... complicaciones – digo yo, dejándome caer en una silla que

me ofrece.

La mujer nos pregunta si queremos tomar algo, y Mathilde reconoce que apenas ha comido nada en todo el día. Yo le digo que agradecería mucho el poder tomarme un vaso de agua. Ella va a la cocina y vuelve enseguida con dos vasos, una jarra de agua y un sándwich para Mathilde. Ésta come en silencio mientras la mujer toma asiento junto a nosotros, nos dice que se llama Mireia y a continuación nos informa acerca del tipo de ayuda que allí prestan a las chicas, y nos expone las normas básicas de funcionamiento del centro. La impresión que me causan a mí sus explicaciones es sumamente satisfactoria, y estoy seguro de que a Mathilde también le agradan porque no para de sonreír, a pesar del inmenso cansancio que refleja su rostro.

Una vez Mireia ha terminado de hablar, yo anuncio que me tengo que marchar y las dos me acompañan a la puerta. Cuando voy a salir, Mathilde se abalanza sobre mí, me abraza con fuerza y rompe a llorar mientras me besa repetidamente en las mejillas y me dice:

*“gracias, gracias, gracias...”*.

No para de repetirlo. Yo retiro con cariño sus brazos de mi cuello y le digo que le llamaré, que quiero que conozca a mi familia, que entre todos cuidaremos de ella.

Que los tormentos y las penurias han terminado por fin. Miro su rostro iluminado por la luz de la esperanza, y me siento inmensamente feliz.

- Sé buena – le digo, dándole un beso en la frente.

Y me marchó, camino de mi casa.

---

## XII

A pesar de que estoy muy cerca de Sant Cugat, me cuesta una eternidad llegar. Voy tan despacio que no sé precisar cuánto tiempo estoy tardando. Me ha parecido que algún coche que iba detrás de mí, hasta me ha pitado y todo, e incluso creo que me ha hecho luces antes de adelantarme.

Pero no sabría precisar con certeza si se ha molestado por mi evidente lentitud, o ha sido por otro motivo. No acierto a distinguir bien. Tampoco sé si me han adelantado de verdad, o simplemente me lo he imaginado al ver el reflejo de alguna luz. Ya no consigo discernir con claridad, todo está tan borroso por momentos, que estoy convencido de que sería incapaz de llegar a mi casa si no me conociera de memoria el camino. Hace rato que ni siquiera consigo leer los carteles de señalización.

Dejo atrás la carretera y me adentro en una zona urbana. Lo sé, porque me percató de que cada vez hay más iluminación en las calles y la edificación se va volviendo más densa. Aparte de eso, no sé muy bien ni dónde me encuentro. Sigo avanzando, y debo de estar conduciendo francamente despacio, porque ahora sí que estoy seguro de que hay coches que me hacen luces.

Por fin... Ésta es mi calle... Ya estoy llegando.

No lo veo siquiera, porque mis ojos prácticamente ya no me dan ninguna información que no sea borrosa o distorsionada. Pero lo sé. Lo presiento. Me lo dice el corazón. He llegado a casa. He llegado a mi hogar.

Maniobro para tratar de aparcar, pero sin querer he pisado el acelerador y me acabo de estrellar contra una pared. Vuelvo a sentir otro latigazo en el cuello, y la cabeza me palpita como si fuera un tomate caliente a punto de estallar. Estoy tan cansado...

Solo quiero llegar a casa.

Solo quiero abrazar a Irene.

Y dormir junto a ella un largo sueño.

Y que todo esto termine de una vez.

Salgo del coche, pero las piernas apenas me sostienen.

Veo a mi mujer. Corre hacia mí.

- ¡Irene! – la llamo yo, alargando mis brazos hacia ella. – ¡Irene! – repito.

Quiero que me rodee a su vez con los suyos y que me lleve con ella dentro. Pero algo falla y yo acabo tirado en el suelo, y observo su bello rostro que me mira desde arriba.

- Irene... - llamo de nuevo.

*“Irene. Hay tantas cosas que me gustaría explicarte... Pero si solo tengo la oportunidad de decirte una de ellas, te diré que te quiero. En realidad, eso sería lo más importante, porque en estas dos sencillas palabras se encierran todos los demás sentimientos que guardo para ti.”*

- Irene... - repito.

Intento compartir con ella muchísimos pensamientos que ahora mismo están pasando por mi mente, y no acierto a expresar ninguno de ellos en voz alta. Tan solo repito su nombre, una y otra vez.

Pero en realidad no importa, porque estoy donde quería estar, envuelto entre sus brazos, y ya me encuentro mucho más tranquilo y el dolor empieza a remitir.

Y las luces comienzan a apagarse.

Y ya no hay sufrimiento.

Y yo sé que, al fin, voy a descansar.

***Elisa.***

***Regreso a Vitoria-Gasteiz, mañana del sábado 16 de julio de 2016.***

## I

Hacía un día tan bonito que, al parecer, todas las familias de Barcelona habían decidido al unísono coger el coche y desplazarse aquella misma mañana hasta la playa o a la montaña.

Eso fue lo que pensó Elisa al contemplar con impotencia el monumental atasco al que había ido a parar nada más abandonar la ciudad, a la altura del *Hospital General de Catalunya*. La autopista se encontraba totalmente congestionada, y aquella situación no tenía visos de ir a solucionarse rápidamente.

Se armó de paciencia y decidió no ponerse nerviosa. Llenó sus pulmones de aire y lo fue soltando poco a poco, notando cómo aquel sencillo ejercicio le ayudaba a serenarse, y a alcanzar un estado que se asemejaba bastante a una más que aceptable sensación de paz interior.

Miró por el espejo retrovisor. Allá a lo lejos se divisaba con claridad la silueta de la sierra de Collserola recortándose en el horizonte y, destacando sobre ella, el castillo del Tibidabo y la inmensa Torre de Comunicaciones, tan característicos ambos de este inconfundible paisaje. A partir de ese momento, Elisa no volvería a contemplar aquel lugar con los mismos ojos. Cada vez que lo hiciera, recordaría que desde la ladera de una de aquellas montañas se habían esparcido las cenizas de su amigo y que, por tanto, aquel paisaje estaría indefectiblemente ligado a la figura de Jon. Para siempre.

Y Jon, a su vez, estaría ligado por siempre jamás a aquel lugar.

Y formaría parte de él, mientras quedara con vida una sola persona capaz de recordarlo.

---

## II

Al tiempo que Elisa esperaba con resignación a que aquel atasco comenzara a disolverse poco a poco, sus pensamientos fueron a parar a Irene y a sus absurdas sospechas acerca de ella. Parecía mentira que alguna vez, en alguna otra vida, ellas dos hubieran llegado a ser muy buenas amigas, porque lo cierto era que Irene no la conocía en absoluto, y así lo ponía de manifiesto cada vez que tenía ocasión de hacerlo.

Lejos de lo que Irene pudiera temer, Elisa jamás había pretendido apartar a Jon de su lado, y mucho menos aún recuperarlo para sí misma, como si fuera un trofeo que un buen día le hubieran arrebatado, y necesitara resarcirse de la ofensa robándolo ella a su vez. Aquello resultaba ser completamente absurdo. Ella nunca quiso medir sus fuerzas con su antigua amiga, ni vengarse de ella, ni tomar la revancha, ni nada parecido. Semejantes disparates tan solo podían ser fruto de una mente tan insegura como la de aquella mujer.

El único objetivo que Elisa había perseguido desde el momento en el que Irene y Jon comenzaron a salir, era que aquello no significara irremediablemente el final de su amistad con él. Nada más que eso. Así de sencillo. Pero durante muchos años, su legítima pretensión no había sido atendida en modo alguno.

Y a pesar de todo lo que había sucedido, en aquel atasco camino de regreso a su casa, Elisa llegó a la conclusión de que se sentía inmensamente afortunada. Aunque solo fuera durante un breve espacio de tiempo, sus anhelos se habían visto finalmente satisfechos. Y en los últimos años de la vida de Jon, ellos dos habían vuelto a ser tan íntimos amigos como lo fueron antes, y como nunca debieron dejar de serlo.

Y aquello había merecido la pena. Oh, sí, claro que la había merecido, aunque ahora tuviera que pagar por ello el elevado precio de la pérdida.

Jon sería para siempre su amigo. Y durante el resto de sus días, adonde quiera que Elisa fuera, llevaría su recuerdo consigo, muy dentro de ella.

Y eso era algo que nadie, ni siquiera un desconfiado Pablo o una celosísima Irene, podrían volver a arrebatarse.

Nunca jamás en la vida.

-----

### III

Cuando Elisa comenzó a salir con Jon, muchos años atrás, corrían tiempos bien distintos.

Ella estaba locamente enamorada de él desde el colegio, y parecía que por fin había llegado el momento en el que sus sueños se iban a hacer realidad.

Al comienzo de su relación todo marchaba a las mil maravillas. Ellos disfrutaban plenamente de aquel amor, y se sentían tremendamente felices el uno en compañía del otro. Lo que más les unía a ambos, era el hecho de que se compenetraban a la perfección. Al margen del consabido fútbol que tanto le apasionaba a Jon - y en cuyo mundo, ya por aquel entonces, él pretendía labrarse una profesión como periodista deportivo, - ambos tenían los mismos gustos y disfrutaban de las mismas cosas.

Siempre que algún grupo *indie* o *rock* del panorama nacional o internacional daba un concierto cerca de la ciudad, se las ingeniaban para ir a verlo, aunque para ello tuvieran que conducir de regreso durante gran parte de la noche. Les gustaba leer los mismos libros, ver las mismas películas, asistir a las mismas exposiciones, comer los mismos platos, bailar en los mismos bares. Eran dos seres inseparables. En un mundo perfecto habrían sido dos almas gemelas, destinadas a vivir para siempre unidas por el resto de sus días.

Sin embargo, el mundo en el que vivían no era para nada perfecto, como nunca lo fue el de nadie. Y un buen día, pasado ya el ecuador de su segundo año, Elisa comenzó a notar que algo estaba empezando a fallar. Al principio se trataba de una sensación casi imperceptible, una especie de ronroneo en el estómago que le advertía de que las cosas ya no eran como antes, y ella no sabía precisar muy bien el por qué, ya que sus sentimientos hacia Jon se mantenían en perfecto estado, justo como el primer día.

Pero por mucho que ella quisiera apartar esa absurda idea de su mente, lo cierto era que, bajo aquella apariencia de perfecta armonía en su relación, que todos alababan y envidiaban, había algo dentro de ellos que ya no marchaba bien, y que avisaba de que los engranajes que hasta entonces hacían rodar su amor en perfecta sintonía, se estaban empezando a estropear.

No fue hasta mediados del otoño, cuando Elisa tomó al fin conciencia de qué era exactamente aquello que les estaba pasando.

La madre de Jon acababa de anunciarles que se iba a visitar a una prima suya, y que estaría fuera de la ciudad durante todo el fin de semana. Inmediatamente, ambos se frotaron las manos ante la perspectiva de tener la casa para ellos solos hasta el domingo, e hicieron multitud de planes a fin de aprovechar al máximo aquel regalo que les había caído del cielo.

El viernes comenzaron la noche invitando a los amigos a tomar cervezas y a escuchar música, y después salieron todos juntos de bares, y entonces bailaron, bebieron, disfrutaron, se emborracharon. A continuación, durmieron. Y el sábado, repitieron.

A lo largo de aquellos dos días, se atiborraron de pizza y comida china que pidieron

a domicilio, jugaron a la consola, vieron varias pelis, comieron palomitas. Al atardecer del domingo, Teresa regresó y se los encontró a los dos tirados en el sofá bajo una comfortable mantita, descansando tan a gusto, el uno sentado al costado del otro.

Elisa saludó afectuosamente a Teresa, se interesó por su estancia en casa de su prima, y después de darle las gracias por todo, se dispuso a marcharse a la suya. Pero entonces, mientras iba caminando por la calle, cayó en la cuenta de que, efectivamente, aquel fin de semana había sido memorable, no se podía decir otra cosa, se lo había pasado en grande junto a Jon y en compañía de todos sus amigos... Y sin embargo...

¿En qué punto se encontraba exactamente su relación? ¿Dónde se habían quedado aquellos tiempos en los que aprovechaban cualquier oportunidad en la que Teresa faltara unas horas de casa, para quitarse la ropa a toda prisa y enterrarse bajo las sábanas de la cama de Jon? ¿Dónde quedaban aquellos besos, aquellas caricias, aquellos escauceos amorosos en los que ambos se sumergían intensamente, y que les mantenían encerrados sin salir de su cuarto durante horas, sin preocuparse de comer, de dormir, de respirar siquiera, si aquello no era estrictamente necesario?

Hubo un tiempo en el que eran dos seres que se entregaban mutuamente a la menor ocasión, y que no habrían dudado en aprovechar aquel fin de semana para hacer el amor sin descanso. Pero ahora, en cambio, se habían convertido en dos fantásticos amigos que disfrutaban muchísimo juntos, pero que ya no se iban buscando el uno en el cuerpo del otro como solían hacer antaño.

En su relación había amor. Y profundo afecto. Y respeto mutuo. Y todo ello no había parado de aumentar con el tiempo, eso era verdad. Pero también había que aceptar que, a la vez que el afecto había ido creciendo, el deseo en cambio, se había ido perdiendo por el camino. Se había ido apagando silenciosamente, como se apaga una vela. Y la triste realidad era que entre ellos dos, ya no quedaba ni rastro de pasión.

La pasión era otra cosa.

La pasión era, precisamente, lo que Elisa no tardó en descubrir en los ojos de Irene, cuando ésta miraba a Jon.

Y la pasión era, precisamente, lo que no tardó en descubrir en los ojos de Jon, cuando éste miraba a Irene.

Curiosamente, fue Elisa la primera de los tres en ser plenamente consciente de la profunda atracción que estaba surgiendo entre ellos. Cuando se encontraban el uno frente al otro, Elisa podía ver que sus ojos se encendían de deseo, y que aquella química que surgía entre ambos iba acrecentándose, haciendo que saltaran tales chispas que casi se podían tocar.

Ella fue la primera en descubrirlo y también, la primera en aceptar que las cosas fueran de ese modo. Comprendió que el amor era, ante todo, un acto de generosidad

completamente desinteresado, en el que a veces se ha de dar mucho, aún a costa de quedarse con las manos vacías.

Elisa quería a Jon. Y quería que fuera feliz, aunque para ello no le quedara más remedio que pasar por el amargo trago de tener que renunciar a él. Pero antes de dar aquel paso, debía prepararse emocionalmente.

Durante toda una semana alegó estar enferma para tratar de esquivarlo, y evitar así que ambos tuvieran que verse. Y entonces, en cuanto podía, se encerraba a solas en su cuarto, se tumbaba en su cama y escuchaba el disco *Wish* de los *Cure* una y otra vez hasta el hartazgo. Y al día siguiente, volvía a ponerlo de nuevo.

Y mientras lo escuchaba, lloraba. Y pensaba. Y volvía a llorar. Y no solo era *A letter to Elise* la canción que se le clavaba en el alma. Cada uno de aquellos temas le traía a la mente los ecos de un pasado muy reciente, durante el cual ella había sido inmensamente feliz.

*“Y cuando te veo andar de esa forma tan tuya  
como solías hacerlo,  
digo que seguiré abrazándote  
muy fuerte entre mis brazos  
y nunca, nunca te dejaré marchar.”* (The Cure, High)

Llegó el viernes y los recuerdos se agotaron, por fin, No quedaba ninguno en el que pensar, que no lo hubiera hecho ya antes. Elisa decidió que era el momento de recoger del suelo los pedazos esparcidos de su maltrecho corazón, y de dejar de llorar de una vez.

*“Es un día perfecto para dejarse ir.  
Para quemar puentes,  
naves, y otros tristes mundos, ¿sabes?  
¡Seamos felices!”* (The Cure, Doing the Unstuck)

Se acercaba la fecha de su segundo aniversario. Ella recordaba la ilusión con que lo habían celebrado el año anterior, lo felices que eran entonces y lo dichosos que se sentían de poder disfrutar juntos de la vida.

*“Es un día perfecto para realizarse.  
Para levantarse con una sonrisa, sin duda alguna.  
Para estallar, reír, sonreír,  
para deleitarse, dar saltos, cantar y gritar.”*



*¡Seamos felices!”*

Pensaban que el amor no se acabaría nunca. Qué ingenuos eran.

*“Pero es demasiado tarde, dices,*

*para hacer todo esto ahora.*

*Debimos haberlo hecho antes.*

*Bueno, esto demuestra*

*lo equivocado que puedes estar...”*

Elisa imaginó cómo sería esta vez su aniversario, de llegarse a celebrar. Se vio a sí misma y a Jon, yendo juntos a cenar. Seguramente repetirían en aquel mismo restaurante del año anterior, aunque solo fuera por tratar de recuperar la magia que les acompañó entonces. Y tal como hicieran en aquella ocasión, brindarían, se reirían, e intercambiarían regalos. Ambos fingirían y dirían que lo estaban disfrutando igual, aunque en el fondo de su ser, los dos sabrían que aquello no era verdad. Y después, cada uno se iría a su casa llevándose consigo una inexplicable sensación de vacío, con la tristeza de haber escenificado una representación que ya no significaba nada.

*“Y lo que realmente deberías saber*

*es que nunca es demasiado tarde*

*para levantarse e irse...”*

Solo de pensar que aquello pudiera llegar a ocurrir, Elisa sentía escalofríos que le recorrían toda la espalda. Tendría que ser valiente, dar un paso al frente y adelantarse al irremediable final, antes de que los acontecimientos se desarrollaran por sí mismos.

No podía permitir que todo lo que de maravilloso había tenido su amor, acabara encenagado en los estertores de una relación que ya agonizaba.

*“¡Saca a patadas la oscuridad!*

*¡Saca a patadas la tristeza!*

*Arranca las páginas que hablan de malas noticias.*

*Derriba los espejos y las paredes,*

*destroza las escaleras y los suelos.*

*¡Oh, simplemente, quema la casa!*

*¡Quema la calle!*

*Conviértelo todo en rojo, y el sueño estará completo,*

*con el sonido de tu mundo  
quemándose en el fuego...”*

Había llegado el momento de apartarse voluntariamente de la vida de Jon y dejarle, al fin, volar.

*“Es un día perfecto para volver la cabeza hacia atrás  
y despedirse de todo, con un beso...”*

Y esa decisión, dolía.

---

## IV

Aquel otoño tocaba a su fin.

Tras una semana sin verse, había llegado el sábado. Y con él, el momento de la verdad. Elisa se armó de valor y le llamó para quedar. Estaba decidida a romper con Jon aquella misma tarde.

Se citaron en una cafetería situada junto al quiosco de la música del Parque de la Florida. A través de sus paredes de cristal, Elisa observaba los enormes castaños que los rodeaban y que poco a poco iban perdiendo sus hojas, que se rendían ante la inminente llegada del invierno.

Ella pensó entonces que aquellas hojas que caían lánguidamente sin oponer la menor resistencia, eran la viva imagen de su propia situación. Pero aunque aquel pensamiento le pareció triste a simple vista, enseguida se percató de que, en realidad, no lo era. Precisamente, eran esas mismas hojas las que, al acumularse unas encima de otras, formaban pequeños montículos que llamaban la atención por la belleza de su variedad cromática, desde los tonos ocres a los marrones.

Y aquellas sencillas hojas, tan simples e insignificantes que habían sido incapaces de derrotar al frío desde las alturas, podían en cambio crear hermosísimos mantos que cubrían el suelo, y que comenzaban a tupir la mayor parte de los senderos, como si éstos estuvieran alfombrados con terciopelo.

Las hojas caídas también eran bellas. Extraordinariamente bellas. Y aquella certeza le acabó de llenar de esperanza y, a su vez, le proporcionó una dulce sensación de melancolía.

Le dijo a Jon sin cortapisas que sabía que Irene y él estaban enamorados. Que lo había visto en sus ojos, leído en sus labios, escuchado en las palabras que ambos se decían y, mucho más aún, en aquéllas que todavía no habían llegado a pronunciar.

Jon, por su parte, se mostró muy sorprendido. En ningún momento habría sido capaz de imaginar que Elisa fuera a descubrir en su interior unos sentimientos que ni siquiera él se había atrevido aún a admitir. Ella iba un paso por delante de él. Era evidente que lo conocía mejor de lo que Jon se conocía a sí mismo.

Una vez superado el estupor inicial, él no tuvo más remedio que reconocer que aquello era cierto.

Que, efectivamente, estaba enamorado de Irene, y que no sabía ni cómo ni cuándo había llegado a suceder. Le dijo que entre Irene y él jamás había ocurrido nada, que ni siquiera habían hablado de ello. Finalmente, le confesó que él tenía la sospecha de que sus sentimientos eran correspondidos, pero le aseguró que nunca hasta el momento había hecho nada al respecto para tratar de averiguarlo.

Elisa escuchó atentamente todo lo que Jon le contaba, y aguantó las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Y en lugar de llorar, hizo un enorme esfuerzo y le dedicó una sonrisa cargada de afecto.

- ¿Y a qué esperas? Ve y dile que la quieres. Estoy segura de que ella está deseando que lo hagas – le dijo, sin permitirse el lujo de dejar que le temblara la voz.

El amor exigía sacrificios. Y aquél era, con mucho, el mayor sacrificio que Elisa podía llegar a hacer por Jon.

Y si había obrado mal al mostrarse tan generosa, ya daba igual. Estaba hecho. A esas alturas, tan solo aspiraba a aguantar el tipo sin derrumbarse, durante el poco tiempo que le quedara a aquella conversación antes de finalizar. Quería llegar al duro momento de la despedida con la cabeza bien alta, y sin dejarse la dignidad por el camino.

El gélido viento se había adueñado del parque, arrastrando las marronáceas hojas de los árboles y amontonándolas en los rincones. La tarde se estaba volviendo gris y desapacible. Como sus sentimientos.

Dentro de la cafetería sonaban *The Zombies* y su hipnótico tema *Time Of The Season*.

*“Es el momento de la estación  
cuando el amor se hace notar...”*

Ya no quedaba nada más de qué hablar. Había llegado la hora de decirse adiós.

Al levantarse de la mesa, Jon creyó que Elisa se marcharía a la vez que él. Pero ella le dijo que no, que prefería quedarse allí sola un poco más.

No quería que él la viera llorar.  
“Y esta vez, dámelo fácilmente,  
y déjame probar, con manos placenteras...”

Elisa lo vio salir de la cafetería. Él se subió el cuello del abrigo y se dispuso a atravesar lentamente el parque, recorriendo aquellos senderos cubiertos de hojas que se arremolinaban en torno a sus pies.

“Es el momento de la estación para amar...”

En la mente de ella se repetían una y otra vez las últimas palabras que él había pronunciado antes de marchar.

Jon le había agradecido su infinita generosidad. Le había prometido que nunca la olvidaría.

Y que ella siempre sería para él, su Elisa.

Y que entre ellos dos, jamás existirían las cartas tristes de despedida.

---

## V

Elisa suspiró, angustiada. Podía controlar el ritmo de su respiración, pero no el de sus recuerdos.

La autopista se desplegaba ante ella, aún congestionada por el intenso tráfico existente. Por delante le esperaban cientos de kilómetros de monótono recorrido, a lo largo de una carretera que se iría vaciando paulatinamente hasta quedar semidesierta en algunos tramos.

Las promesas de Jon... Cómo olvidarlas.

Y lo cierto era que él las había cumplido, y que nunca se olvidó de su amiga y de lo mucho que ambos habían compartido.

Y aunque tardaron años en conseguir que se les permitiera ser simplemente amigos, lo cierto era que, en cuanto se dieron las circunstancias apropiadas, ambos volvieron a comportarse con la naturalidad y la desenvoltura de siempre, como si su amistad no se hubiera visto jamás interrumpida. Fue comenzar Elisa a visitar Barcelona a raíz de sus nuevos compromisos profesionales, y regresar atrás en el tiempo, como si nunca hubieran dejado de ser aquellos dos jóvenes veinteañeros que tan bien sabían

divertirse cuando estaban juntos.

Elisa recordaba una de aquellas primeras ocasiones. Fue un día de otoño, en el que Jon les invitó a Gorka y a ella a conocer la sede de su diario. Los tres habían acabado paseando descalzos por la playa del Bogatell. Jon, bromeando como si fuera un crío, la había cogido en sus brazos y había tratado de meterla en el agua. Ella se había reído muchísimo.

La vida acababa de dar un giro inesperado, volviendo al punto del que nunca tendría que haberse alejado.

-----

## VI

Para desgracia de Elisa, en cuanto Irene y Jon empezaron a salir, ésta hizo lo imposible para que ella no se volviera a acercar nunca más al que hasta entonces había sido su novio.

A Elisa, los celos que Irene demostraba sentir por ella le agobiaban sobremanera, así que se resignó a perder al mejor amigo que jamás había tenido, y decidió apartarse de su camino.

De cualquier forma, a su amiga Irene ya la había perdido también. Después de lo que había sucedido entre ellas, Irene ya no se sentía cómoda con Elisa, y no tardó mucho tiempo en hacérselo saber. Y se acabó definitivamente la amistad que durante tantos años las había unido.

Y aunque en el fondo de su ser, Irene siempre se sintió mal por ello y no consiguió liberarse por completo de un cierto remordimiento, Elisa en cambio no albergó en su corazón ningún tipo de rencor. Decidió que aquélla era una carga demasiado pesada para llevarla a sus espaldas y la dejó ir, sin resentimientos. Una vez superó el dolor inicial por la pérdida de ambos, siguió adelante con su vida.

Hasta que comenzó a salir con Pablo, y parecía que entonces su camino y el de Jon se volverían a cruzar. Pero no fue así en absoluto, Pablo resultó ser aún más celoso y desconfiado de lo que ya era de por sí Irene, y en poco tiempo Elisa vio cómo ambos amigos se distanciaban definitivamente.

No fue hasta que Elisa y Jon tuvieron la oportunidad de reencontrarse en Barcelona, que pudieron volver a ser amigos de nuevo, sin someterse por ello a los prejuicios ni a los vetos externos de nadie.

---

## VII

Durante aquellos años de buena amistad, Jon nunca llegó a saber nada de lo que sucedía entre Gorka y ella. No lo supo hasta el último día en el que se vieron. Hasta aquella última cena en el tailandés de la Calle Diputación, al que tanto les gustaba ir a ambos.

Elisa no pretendía contárselo, pero le traicionaron los nervios. Lo cierto era que por más que lo llevara intentando durante meses, ella no había logrado expulsar a Gorka de su corazón y de su mente, muy a su pesar.

Para Jon, aquel descubrimiento supuso toda una sorpresa. Pero no obstante, se mostró muy comprensivo con ella y le brindó todo su apoyo y consuelo.

Le había aconsejado que viviera su vida como ella decidiera hacerlo, y no como quisieran los demás.

Y después, se habían despedido con un fuerte y cálido abrazo. El último que le podría volver a dar.

---

## VIII

Ya se encontraba en las cercanías de la montaña de *Montserrat*, en la comarca de *l'Alt Penedés*. Y efectivamente, tal y como ella esperaba, la densidad del tráfico en la autopista había descendido considerablemente. Los densos bosques y el terreno montañoso iban dejando paso a las plantaciones de vides, que se extendían a lo largo y ancho del paisaje entre cortados de roca de un intenso color rojo, erosionados por el viento.

Pensó en Gorka.

Oh, Gorka...

Qué difícil había resultado siempre tratar de conocerlo, traspasar aquella muralla que él mismo había construido a su alrededor para defenderse del mundo, dejándolos a todos al otro lado.

Incluida ella.

Ese chico introvertido por el que Elisa llegó a interesarse un día cuando apenas era

una niña, y con el que se llevó su primera decepción amorosa, antes de saber siquiera qué significaba exactamente eso del amor.

Porque lo que ella sintió por Gorka aquel verano en el que ambos acababan de cumplir los catorce años era, sin duda, algo mucho más profundo que una simple afinidad. Y solo lo supo bastante tiempo después, ya que entonces era aún muy joven, y no habría sido capaz de ponerle un nombre a los sentimientos que albergaba en su corazón.

Pero antes de llegar a este punto, lo primero que Gorka despertó en Elisa fue una gran curiosidad. Siempre que ella pasaba cerca del campo de fútbol del *Estadio* y veía que su primo Marcos estaba disputando un partido junto al resto de sus amigos, se paraba a observarlos durante un rato. Y entonces, también se acababa fijando en ese chico tan serio y callado que tarde tras tarde se sentaba solo en una de aquellas gradas, y le intrigaba el hecho de que él nunca quisiera jugar. Ese muchacho era distinto a todos los demás, eso se veía a la legua, y Elisa quiso descubrir hasta qué punto lo era en realidad.

De este modo, fue la curiosidad la que la animó a acercarse a Gorka y a entablar conversación con él. En cuanto Elisa comenzó a subir aquellas gradas con paso decidido y en dirección a donde éste se encontraba, Gorka se empezó a sonrojar. Y aquello, a Elisa le halagó sobremanera y también le divirtió, a partes iguales. Así que decidió ser un poco mala y martirizar un ratito a aquel chico tan tímido y al que, al parecer, tanto impresionaba ella con su presencia. Con actitud resuelta, se sentó a su lado y comenzaron a hablar.

Y enseguida descubrió que más allá de aquella evidente timidez, se escondía una persona tremendamente interesante a la que merecía la pena conocer. Gorka era, en realidad, un chico encantador, capaz de mantener una conversación amena y divertida acerca de casi cualquier cosa que, por supuesto, no tuviera nada que ver con el consabido fútbol.

Cada día que pasaba, Elisa se sentía más cómoda con él. A ella le agradaba sentarse a su lado y escucharle atentamente, mientras su mirada se perdía en el intenso azul de sus ojos. Y sin darse apenas cuenta acabó buscándolo todos los días, ansiosa como estaba por disfrutar de su compañía. Incluso había noches en las que llegaba a soñar con él.

Pasados los primeros días de aquellos encuentros fingidamente casuales, dejaron de aparentar que ambos iban allí motivados por el fútbol y, en lugar de quedarse hablando en las gradas, se iban juntos a bañar a la piscina, o a tomar una *Coca-Cola* en el bar.

Un día ocurrió un incidente gracioso con un vigilante al que Elisa había sacado de sus casillas y, a fin de evitar que aquel desagradable personaje los encontrara, ambos acabaron escondidos y muertos de risa detrás de unos arbustos. Entonces, ella sintió frío y él la abrazó cariñosamente contra su cuerpo. Elisa llegó a pensar que la besaría,

y su corazón se aceleró por primera vez en su vida como si fuera una locomotora descontrolada.

Pero no pasó nada de eso. Y cuando al día siguiente fue a buscarlo de nuevo, con la excitación aún latente por el recuerdo de aquel momento y las emociones a flor de piel, se encontró con que todas sus ilusiones se ahogaban de golpe en un pozo de tristeza y decepción. Él no volvió a aparecer por el *Estadio* nunca más. Extrañada, fue a preguntar a su primo Marcos por él, y éste se encogió de hombros y le contestó que Gorka no estaría allí el próximo curso.

Que se había ido a vivir a Barcelona, y que tal vez no volvieran a verlo en la vida.

Y a Elisa se le partió el corazón en mil pedazos.

Y como ella aún no sabía que aquellas cosas pasaban, y que al igual que lo acababa de hacer el suyo, los corazones de la gente se rompían sin cesar por culpa del desamor, sintió unas tremendas ganas de llorar y se marchó corriendo, avergonzada, para que su primo no se diera cuenta de nada.

---

## IX

Pasado el tiempo, a Elisa le hizo ilusión comprobar que, por lo menos, Gorka no se había marchado para siempre, y que de vez en cuando se dejaba caer por la ciudad. Concretamente, en cuanto llegaban las vacaciones de verano o la Navidad, ella sabía que tarde o temprano acabaría viéndolo por ahí. Y efectivamente, así era.

Ambos se solían encontrar en algún bar y, cuando esto sucedía, a veces charlaban... Y a veces, se reían... Y a veces también, él parecía estar echándole los tejos, como en aquella ocasión en la que acabaron la noche viéndose involucrados en una manifestación, en plenas fiestas de Vitoria-Gasteiz. Precisamente, el incidente había surgido en la conversación de la cena del *Born* en la que se reunieron todos, tres días atrás. Elisa recordaba bien aquel verano del 87: ambos grupos de amigos habían coincidido en un bar de la calle Zapatería, y mientras Gorka y ella conversaban, él se había insinuado de una manera velada, aunque la cosa no había ido más allá de un simple comentario sutil. Después, en plena refriega entre alborotadores y las fuerzas del orden, ella le había regalado una pelota de goma que recogió de la calle, un presente muy poco romántico, lo había de reconocer... Aquello resultó ser una tontería por su parte, pensaba Elisa, lo más probable era que Gorka la hubiera tirado a la basura en cuanto ella se dio media vuelta... De cualquier forma, si estuvo acertada o no, la verdad es que daba exactamente igual, porque al final Gorka acabó



desapareciendo aquella noche sin dejar rastro, como ya había hecho en otras tantas ocasiones.

Como hacía siempre... Al igual que acababa de hacer la madrugada pasada, cuando recibió aquella llamada a media noche y decidió que se volvía a Washington en cuanto amaneciera, sin más contemplaciones.

Siempre lo mismo, la historia se repetía una y otra vez. Ella ya había decidido muchos años atrás dejarlo por imposible y no volver a prestarle excesiva atención, porque a menudo le sucedía que, después de habérselo encontrado por casualidad una noche y de haber charlado durante un buen rato con él, cuando se iba a dormir, Gorka acababa colándose en sus sueños. Y ya no quería que aquello le volviera a suceder. Al fin y al cabo, si él jamás había demostrado tener el menor interés por ella hasta la fecha, ya era hora de que ella hiciera lo mismo y lo expulsara de sus pensamientos de una maldita vez.

Y así lo hizo Elisa.

Y para cuando ella empezó a estudiar en el nuevo colegio, junto a Jon y al resto de los amigos de su primo Marcos, ya lo había apartado de su mente por completo.

---

## X

Y lo más probable era no hubiera pensado en él nunca más, de no ser porque Gorka restableció el contacto con ella hacía un par de años, al llamarle por teléfono y encargarle un trabajo en Barcelona.

Y de esta manera reapareció otra vez en escena, haciendo gala de nuevo de aquella aparente timidez suya, comportándose como si creyera que Elisa ya no se acordaría de él. Como si ambos no hubieran compartido los suficientes recuerdos de adolescencia, o lo suficientemente bonitos, como para no recordarse mutuamente toda la vida, pensó Elisa con tristeza.

Pero Gorka era así. Se presentaba un buen día como si nada, de esa manera suya tan sigilosa, actuando como si su presencia apenas se fuera a notar, para acabar revolucionando la existencia de ella por completo y poniendo su mundo patas arriba.

Para Elisa resultaba exasperante ver que Gorka nunca parecía ser consciente de aquel revuelo que generaba en los sentimientos de ella cada vez que interfería en su vida, y mucho menos aún, cada vez que le daba por desaparecer, siempre en el momento más inesperado.

Los efectos secundarios de que Gorka se cruzara en su camino siempre respondían a un mismo patrón emocional: en un primer momento, él conseguía que Elisa se sintiera tremendamente elogiada y halagada, segura de sí misma, para después y una vez que se confiaba, conducirla a un estado en el que se veía inevitablemente avocada al abandono. Pues bien, en esta ocasión, él le había ofrecido un encargo estupendo, asegurándole que contaba con ella porque la consideraba una excelente fotógrafa. Por tanto, el elogio ya estaba servido y su ego bien alimentado.

Ahora solo faltaba que esta vez, aquella reaparición de Gorka no acarrearra consigo también las consecuencias negativas, sabiendo ella que habría de afrontar en solitario la posterior caída y sus desastrosas secuelas.

---

## XI

Elisa le llegó a insinuar a Gorka que hubo un tiempo en el que a ella le gustaba él.

Lo hizo aquel día de noviembre de 2014 en la playa del Bogatell, cuando Jon jugaba un improvisado partido de fútbol con unos muchachos, al tiempo que ellos dos charlaban sentados en la arena.

Estaban recordando los tiempos en los que ambos solían pasar el rato juntos, mientras observaban cómo sus amigos jugaban al fútbol en el *Estadio*. Y para sorpresa de Elisa, Gorka seguía comportándose como si no supiera que, por aquel entonces, ella acudía a verlos tan solo porque quería estar con él.

Así que, de repente, Elisa no se pudo contener y se lo soltó, en parte como una revelación y en parte como un reproche, porque sintió la necesidad de decirle de una vez por todas que hubo un momento en el que ella estuvo disponible para él, y que lo único que Gorka hizo entonces fue ignorarla.

Elisa sabía que no debía haberlo hecho, que aquello resultaba inapropiado y que no venía a cuento a estas alturas de la vida, pero lo hizo igualmente, exasperada al comprobar lo ciego que Gorka había estado siempre con respecto a ella y, al parecer, lo continuaría estando de por vida.

No fue una confesión en toda regla, tan solo se trató de una frase indirecta, de un comentario entre líneas. Ella incluso pensó que, tal como lo había expresado, era probable que Gorka no se hubiera dado por aludido o siguiera haciéndose el tonto, como tenía por costumbre hacer.

Pero no fue así.

Y su revelación no solo había resultado inapropiada, sino también sumamente peligrosa, porque aquella vez sí, estaba claro que Gorka había captado el mensaje. Y a partir de ese momento, su actitud con respecto a ella cambió radicalmente.

Él comenzó entonces a mirarle a los ojos mientras hablaban.

Y la cuestión no era que nunca lo hubiese hecho antes, no. Por el contrario, Gorka se mostraba siempre muy educado con ella, y escuchaba atentamente todo lo que le decía, observándola mientras lo decía. Lo que había cambiado esta vez no era el hecho de mirarla en sí. Era la manera como la miraba.

Gorka no se limitaba a contemplar sus ojos, sino que parecía querer penetrar dentro de ellos, tratando de encontrar algo en su interior que permaneciera oculto para él. Era como si buscara las respuestas a ciertas preguntas, que los labios de Elisa no parecían satisfacer. Y ella era plenamente consciente del cambio que se había producido en su manera de examinarla, mucho más directa y descarada que antes. Y cuando sus miradas se cruzaban y chocaban como dos potentes haces de luz, sentía que le faltaba el aire en los pulmones y que todo su cuerpo se empezaba a estremecer.

A partir de aquel momento, cada vez que quedaban para verse y comenzaban a charlar, sus conversaciones se alargaban hasta que la tarde se convertía en noche, y ninguno de los dos parecía encontrar el momento oportuno de levantarse de la mesa y decidirse a marchar, de despedirse del otro, de cortar los hilos de aquella peligrosa atracción que iba creciendo descontroladamente entre ellos y que amenazaba con devorarlos a ambos por completo.

Elisa recordaba aquel café de la calle Ferrán en el que solían quedar. Allí, acompañados de unas cervezas, había tardes en las que incluso les acababa sorprendiendo la madrugada. Ella sabía que jugaba en un terreno resbaladizo, y no solo por el hecho nada desdeñable de que estuviera casada. Por encima de todo, era madre de una niña a la que debía proteger, por la que debía velar, y cuyo bienestar habría de anteponer a cualquier otra consideración personal que pudiera ella tener, no estando dispuesta a ponerla en peligro por nada del mundo.

Y por ese motivo, sabía que no debía arriesgarse jamás a cruzar aquella delgada línea que separaba su estrecha amistad con Gorka, de algo mucho más incierto y oscuro.

Guiada por su sentido de la responsabilidad, se mantuvo alerta cuando sus ojos y los de él comenzaron a buscarse con avidez.

Y se contuvo en los momentos en los que se le erizaba el vello, cuando sus manos se rozaban con las de él por casualidad.

Y trató de restar importancia al hecho de que cada vez que se daban dos besos, sus rostros tardaban unos segundos más en separarse de la mejilla del otro.

Y a pesar de que se aseguró de tomar todas estas precauciones, no estuvo lo

suficientemente atenta a los avisos que le enviaba su desbocado corazón, cuando le advertía del peligro que entrañaba el invitar a Gorka a subir a su habitación aquel día.

---

## XII

Estaban tomando una cerveza en el *Schilling* mientras repasaban el último trabajo que Elisa tenía a medio preparar para la edición del mes de diciembre.

Era un encargo importante y ella quería conocer su opinión. Elisa le mostró las fotografías que tenía seleccionadas para ilustrar aquel reportaje, y le comentó que había realizado muchas más, pero que las había descartado intuitivamente de un simple vistazo. A preguntas de él, ella reconoció que probablemente se había precipitado, y que tal vez las instantáneas que eligió en un primer momento, las había escogido de una manera poco exhaustiva.

Gorka le aseguró entonces que aquel trabajo le parecía excelente, y añadió que quería conocer la totalidad de ese material. Elisa le comentó que el resto de las fotografías las había dejado en la habitación del hotel. Decidieron subir a verlas, y poder valorar así la tarea que ella había realizado desde una perspectiva más completa.

Antes de levantarse de la mesa, se miraron a los ojos por un instante.

Ambos eran conscientes de que aquella decisión entrañaba muchísimos riesgos. Llevaban demasiado tiempo jugando con fuego, como para no saber que ahora, de repente, estaban a punto de quemarse.

Ella abrió la puerta de la habitación y se dirigió directamente al escritorio en el que había dejado la carpeta que contenía los descartes de aquel trabajo. Él avanzó tras ella y se situó a su lado. Ella dispuso las fotografías sobre la mesa y empezaron a ojearlas juntos, los dos de pie, hombro rozando con hombro, sintiendo cómo el contacto con el otro les aceleraba el corazón. Cruzaron sus miradas. Él apartó un mechón de pelo que caía por el rostro de ella, y lo pasó delicadamente por detrás de su oreja.

Ya no quedaba mucho más que decir.

- Creo que éste es uno de esos momentos en la vida, en los que debería hacer lo correcto y marcharme... - dijo Gorka, aunque en un primer intento no consiguió apartarse ni un milímetro de ella. Sus pies se habían quedado anclados al suelo y no había fuerza humana que consiguiera arrancarlos de allí.

- Sí. Creo que los dos deberíamos hacer lo correcto... - contestó ella, dándole la

razón.

Entonces Gorka decidió respetar su voluntad, e hizo un minúsculo amago de estar dispuesto a marcharse. Tan solo fue un leve gesto, un pequeño paso atrás, y para darlo, necesitó reunir grandes dosis de aplomo y hacer uso de una extraordinaria fuerza de voluntad. Porque aquella renuncia comportaba un sacrificio inmensamente grande para él, y aún así, estaba dispuesto a desistir y a abandonar todas sus aspiraciones, tan solo con que ella se lo pidiera una vez.

Pero no hubo un segundo paso atrás. Cuando estaba a punto de darlo, Elisa le sujetó firmemente por el brazo, reteniéndolo. Y aquélla era una invitación que él ya no pudo rechazar. Los ojos de ambos se miraron por un instante con tremenda expectación. Acto seguido, Gorka inclinó su cabeza hacia la de ella y la besó en los labios.

Primero lo hizo con suavidad, como si realmente no hubiera nada de malo en ello, al igual que si se tratara del inocente beso de un adolescente, dulce y tierno, que no conlleva por tanto motivo alguno de culpa en sí mismo. Pero acto seguido, la intensidad fue en aumento y empezaron a besarse con pasión. Y la candidez con la que habían comenzado en un principio se esfumó a toda velocidad, desterrada por unos insaciables labios que bebían ávidamente de la boca del otro, y unas ansias manos que buscaban con impaciencia apoderarse de todo aquello que durante largo tiempo habían deseado y les había sido dolorosamente vetado.

Esa tarde no salieron del hotel. Ni lo hicieron durante toda la noche. Ni tampoco durante muchas otras noches que vinieron después, a lo largo de todo aquel año en el que ambos fueron amantes.

Algunas veces, sus encuentros amorosos tenían lugar en el hotel de las Ramblas en el que ella se hospedaba, y otras, en cambio, Elisa acudía al apartamento donde vivía Gorka, situado en el popular barrio de *Gràcia*. En todos los casos, en todas y cada una de aquellas ocasiones en las que se veían a solas, se devoraban mutuamente con un apetito que parecía insaciable, con la vehemencia propia de dos seres que saben que su tiempo para gozar del otro es limitado, y que han de tratar de colmar todo su deseo en apenas unas horas, en apenas unos pocos días. Algunas veces sus besos, abrazos y caricias se prolongaban hasta la madrugada, y el amanecer los sorprendía abrazados, dos cuerpos entrelazados que se buscaban entre las sábanas y que nunca parecían tener suficiente el uno del otro.

Los meses pasaban y ellos seguían amándose así, a su manera, furtiva y apasionada. Y aquello parecía que podría prolongarse para siempre, que lograrían preservar su idilio del mundo que les rodeaba como si no formara parte de él, como si no se fuera a contaminar con el entorno y nada pudiera afectar o truncar su rumbo de ningún modo.

Pero aquello solo era una quimera, y el tiempo demostró que su felicidad no estaba a salvo de vientos ni mareas, encerrada en aquella burbuja onírica en la que pretendían mantenerla para siempre. Porque, en ocasiones, llega el día en el que los sueños se

rompen, y entonces resulta imprescindible abrir los ojos y despertar a la realidad.

Y fue precisamente Gorka el que vino a rasgar aquella cápsula maravillosa, esa membrana protectora que resguardaba su relación y la mantenía alejada del exterior.

Fue Gorka, y no ella, el que hizo añicos la fantasía que ambos habían interpretado durante todo aquel tiempo, acerca del amor ideal.

---

## XIII

Transcurría el mes de diciembre de 2015. Las Navidades se hallaban muy próximas, y su relación estaba a punto de saltar por los aires.

Y todo, porque a él le dio por hacer preguntas inapropiadas.

Cuando Elisa se despertó en la cama de Gorka aquel sábado por la mañana, descubrió que él ya se había levantado y permanecía de pie, apostado en el ventanal del balcón de su dormitorio que daba sobre la siempre concurrida Plaza del Sol. El leve rastro de vapor de agua condensada que empañaba la parte inferior de los vidrios, daba una ligera idea acerca del intenso frío que debía de hacer en el exterior a aquellas horas.

Gorka sujetaba entre sus manos una gran taza de café de la que iba tomando pequeños sorbos, con movimientos pausados. Parecía hallarse profundamente sumido en sus pensamientos, absorto como estaba en la contemplación de la vida que transcurría al otro lado del amplio ventanal.

Allá abajo, en la plaza, multitud de personas iban y venían deambulando entre los concurridos puestos navideños de artesanía que invadían cada rincón. La gente empezaba a realizar sus primeras compras, preparándose para las fiestas que habrían de llegar. El murmullo alegre y mundano de aquel gentío llegaba hasta su dormitorio, amortiguado en parte por los cristales de las ventanas cerradas.

- Buenos días, Gorka – saludó Elisa, estirando los brazos y desperezándose. - ¿Qué estás mirando con tanta atención?

Él se giró un instante hacia ella al oír su voz. Parecía como si Elisa, al hablarle, le hubiera sacado de un profundo ensimismamiento. Acto seguido volvió a centrar su atención en lo que acontecía tras el cristal, mientras daba otro sorbo a su café.

- Ya está aquí la Navidad... - susurró él, y su voz sonó repleta de tristeza y melancolía.

A Elisa se le escapó un suspiro. Hasta el momento, ella había hecho un enorme

esfuerzo por esquivar el engorroso tema de las vacaciones navideñas, pero estaba claro que tarde o temprano tendrían que enfrentarse a él.

Los dos sabían de sobra que durante aquellas fechas no podrían estar juntos, y que tendrían que celebrarlas por separado, completamente alejados el uno del otro. Se acercaba el momento de decirse adiós por un período de tiempo muy superior al habitual. Lo más probable era que no se volvieran a ver aproximadamente durante un mes, como ya había sucedido el año anterior, cuando su relación no había hecho más que empezar. Y Elisa sabía cuánto le entristecía a Gorka el tener que pasar de nuevo por esta situación.

Él odiaba profundamente aquellas separaciones, lo cual explicaba esa actitud suya tan melancólica y taciturna que estaba mostrando nada más levantarse de la cama. Era evidente que Gorka ya había empezado a sufrir, adelantándose a la despedida.

Así que Elisa decidió hacer lo único que podía ella hacer, que no era otra cosa que tratar de restarle importancia a aquel forzoso e inevitable distanciamiento, a fin de que ambos lo sobrellevaran de la mejor manera posible.

- Gorka... mira... ya sé que son malas fechas... - comenzó hablando ella, – pero se pasarán pronto, créeme. Antes de que te des cuenta, yo estaré de vuelta y...

- ¿Todavía te acuestas con él? – preguntó Gorka, interrumpiéndole de repente.

Lo hizo sin siquiera mirarla. Él seguía observando atentamente la plaza a través del cristal.

- C... ¿cómo dices? – preguntó Elisa, perpleja.

- Es una pregunta bien sencilla. Y tiene una fácil respuesta. Solo tienes que responder sí, o no – aseguró Gorka, tajante.

Y en ese momento se giró hacia ella y la miró directamente, con el semblante serio e inquisidor.

- Esa respuesta nunca es fácil, Gorka – respondió Elisa mientras se incorporaba de la cama, dispuesta a vestirse de inmediato. Aquella conversación tenía toda la pinta de irse a poner muy fea, y ella decidió que era el momento oportuno para regresar a su hotel. – No es fácil, en absoluto.

- Permíteme entonces que intente responderla yo por ti – dijo él, acercándose a donde ella se encontraba. – Porque ahora sales de mi cama, para ir a meterte esta noche en la suya, ¿no es así?

- Gorka, no me gusta nada el tono que estás empleando... - le advirtió ella, abrochándose apresuradamente los cierres del sujetador. – Te pediría por favor que lo dejaras...

- Y es que estoy en lo cierto, ¿verdad? – prosiguió él, como si no le escuchara. – Irás directa a su cama, y supongo que después de tantos días sin verte, estará deseando

hacerte el amor...

- ¡Gorka, para de una vez, te lo ruego! – insistió ella, sintiéndose tremendamente incómoda con la conversación, mientras cerraba a toda prisa la cremallera de sus ceñidos tejanos. Quería salir de allí cuanto antes. - ¡Suenan muy sucio cuando lo dices así!

- ¿Y tú que contestas, cuando él te lo pide, Elisa? – prosiguió Gorka, mostrándose insensible a los ruegos de ella.

Elisa advirtió entonces que Gorka estaba empezando a sufrir un auténtico ataque de celos.

- Dime, ¿tú qué le respondes, Elisa? – insistió. - ¿Acaso me equivoco si pienso que le dices que sí?

- ¡Gorka, él es mi marido!, ¿qué otra cosa pretendes que haga? – replicó Elisa. - ¡No todo es tan sencillo como tú lo ves desde fuera!

Ella también estaba comenzando a enfadarse, pero aquella respuesta no hizo más que empeorar las cosas. Gorka apretó las mandíbulas y enarcó las cejas. Parecía estar a punto de explotar de rabia.

- ¡Claro, él es tu marido, no me cabe duda! ¡Pero lo que no sé exactamente, es qué soy yo para ti! – le espetó, furioso.

- Gorka, no sigas por ese camino, de verdad te lo ruego. Esto no nos hace ningún bien, a ninguno de los dos.

Elisa ya se había abrochado la blusa y, sentada en la cama de nuevo, comenzaba a calzarse sus botas. En un minuto estaría lista para marcharse.

- ¿Qué se supone que soy yo para ti? ¿Me lo puedes decir? – reiteró Gorka, situándose delante de ella.

Pero Elisa había optado por no responder nada, y se limitaba a esquivarle mientras seguía recogiendo apresuradamente el resto de sus cosas, que se hallaban dispersas por toda la habitación.

- ¡No contestas porque sabes perfectamente lo que soy! ¡Ambos lo sabemos! – exclamó Gorka. - ¡Y te agradecería que me miraras cuando te hablo!

Ella ya tenía el abrigo en la mano, así que se plantó delante de él, desafiante.

- Ya te estoy mirando, Gorka, ya te estoy mirando – respondió, con acritud.

Aquel tono imperativo que Gorka acababa de emplear con ella, le estaba recordando a uno muy parecido que solía adoptar Pablo cuando ambos discutían, y semejante coincidencia empezaba a ponerle de muy mal humor.

- Solo soy tu amante, ¿verdad?, nada más que eso, el juguete con el que te diviertes antes de regresar a tu casa y echarte en los brazos de tu marido, ¿no es cierto? – afirmó



él, y su voz temblaba de rabia mal contenida. – ¡Pues si lo único que buscabas era follar, mejor podrías haberte ligado a cualquier otro en un bar!

Aquello era mucho más de lo que Elisa estaba dispuesta a soportar, y le propinó una bofetada que resonó por toda la habitación. Gorka se quedó callado al instante. Sus azules ojos, que hasta el momento se habían mostrado desafiantes, clavaban ahora su mirada en el suelo.

Él sabía que no debía haber pronunciado aquellas palabras. Que se lo había merecido. No obstante, la rabia que sentía en su interior le impedía pedir perdón.

Ella sabía que no debía haberle pegado. Que él no se lo merecía. Inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho, y deseó ser capaz de dar marcha atrás en el tiempo y enmendar su error. Pero estaba tan furiosa y tan enfadada con él, que tampoco fue capaz de disculparse.

Los dos guardaron silencio por un instante, aturdidos, consternados por lo que acababa de suceder.

- No te atrevas a juzgarme, Gorka, porque tú no has de lidiar con mis problemas ni con mis responsabilidades, y no tienes ni idea de lo complicada que puede llegar a ser mi vida – le advirtió Elisa. Él seguía sin levantar los ojos del suelo. – Así que no vuelvas a hacerlo, nunca más.

Y dicho esto, se encaminó hacia la puerta del apartamento y se marchó dando un portazo.

---

## XIV

Como era de esperar, no se vieron en todas las Navidades. Tampoco hablaron por teléfono, ambos estaban envenenados por la rabia y la impotencia que sentían, y ninguno de los dos quería ser el primero en claudicar y reconocer su parte de culpa.

Llegó enero y volvieron a quedar. En el café *Schilling*. Una última vez.

Gorka le anunció a Elisa que le habían ofrecido una corresponsalía en Washington y que la había aceptado. Se marchaba al cabo de tres días.

Ella le deseó toda la suerte del mundo en su nuevo proyecto. Se tomaron un único café, de pie en la barra, y se despidieron rápidamente a las puertas del local, sin un beso, sin un abrazo. Tan solo se dedicaron un gélido adiós.

Acto seguido, ella apresuró el paso para regresar a su hotel. Una vez estuvo a solas en su habitación, cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama, dando rienda suelta a

todas las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, y liberando toda la angustia que permanecía apresada en su garganta y que amenazaba con ahogarla si no la dejaba escapar.

Gorka salía definitivamente de su vida. Y ella no podía hacer otra cosa, que no fuera verle marchar.

---

## XV

Antes de llegar a Zaragoza, se detuvo en una estación de servicio para comer algo. El restaurante estaba lleno a reborar, así que optó por tomar un sándwich frío y una lata de refresco que compró en una máquina expendedora.

Se dispuso a comérselo en un pequeño jardín provisto de mesas de picnic que se encontraba a un lado del aparcamiento, y para ello, eligió un banco bastante apartado del resto y resguardado bajo la sombra de un árbol. El paisaje era árido y yermo, y el calor, asfixiante. El hilo musical de una gasolinera cercana resonaba por todo el paraje, trayendo a sus oídos aquel tema de *Deluxe* que ella había escuchado tantísimas veces, *If Things Where To Go Wrong*.

*“Dime si esto es para siempre,  
¿es tu amor lo suficientemente fuerte?”*

Gorka... Su mente no lograba desprenderse de aquel nombre, que había sido su obsesión durante los últimos años. Gorka...

*“¿Deberíamos estar juntos  
si las cosas fuesen mal?”*

Él había sido su amigo, su amante, su confidente, su tabla de salvación en un momento de su vida en el que se encontraba hundida, personal y profesionalmente, sin expectativas reales de trabajo e inmersa en un matrimonio que hacía aguas. Era plenamente consciente de que se trataba de alguien absolutamente indispensable en su vida, y aun así, ¿qué podría haber hecho ella, para tratar de retenerlo a su lado?

Hacía mucho tiempo que sabía contestar a esa pregunta. Y la respuesta era, nada.

*“¿Vas a quedarte para siempre  
o te vas a marchar?”*

¿Qué podría haberle ofrecido, para que a él le mereciera la pena quedarse junto a ella, en lugar de abandonarla, como optó finalmente por hacer? Nada.

Así de claro. No tenía nada que ofrecer. Estaba atada de pies y manos a un marido con el que, si bien ya no sentía el menor vínculo amoroso, tenía en común el tesoro máspreciado que la vida le había dado: su hija June.

Y por ella, Elisa era capaz de darlo todo. Podría haber renunciado a su propia vida, si ello hubiera sido necesario. La niña era el principio y el fin último de su existencia, y por tanto, el bienestar de la pequeña era la prioridad que Elisa antepondría siempre, aún a costa de su propia felicidad.

¿Qué podría saber Gorka de aquellos sentimientos, si él nunca había sido padre? Elisa estaba convencida de que él no se había esforzado lo suficiente por intentar comprenderla. Que no quería entender que el hecho de que no se decidiera a dejar a su marido, no significaba que Gorka no le importara en absoluto, ni que fuera para ella tan solo un capricho frívolo con el que pasar el tiempo.

*“¿Deberíamos estar juntos  
si las cosas fuesen mal?”*

Pero, ¿cómo podría Elisa romper definitivamente con Pablo? ¿Cómo osaría separar a su hija del amor de su padre? ¿Cómo apartarla de sus raíces, del contacto diario con sus abuelos, con su familia y con su mundo entero, tan solo porque su egoísta madre tuviera la pretensión de llevar a cabo sus propios sueños?

¿Cómo se atrevería ella a engrosar aquella lista que contenía sus múltiples defectos con otros nuevos recién estrenados, si bastante culpable se sentía ya de por sí de ser la desastrosa progenitora que a todas luces era?

Hasta aquel mismo lunes en el que Marcos le comunicó que Jon había sufrido un ictus, todos estos principios habían permanecido inamovibles dentro de su cabeza, y ella los había cumplido a rajatabla con voluntad férrea.

Hasta aquel mismo lunes, en el que el mundo se había vuelto del revés.

En el aparcamiento, la gente iba y venía con celeridad. Permanecían en el área de servicio durante el menor tiempo posible, y enseguida reemprendían la marcha.

Elisa era la única que no parecía darse prisa por llegar a ninguna parte.

Tenía muchas cosas en las que pensar.

-----

## XVI

Durante los últimos días, Elisa le había dado muchas vueltas a la cabeza, barajando la oferta que le acababa de hacer la directora de la revista con la que colaboraba, Roser Puig.

Habían comido juntas el miércoles, nada más poner ella un pie en la ciudad. De hecho, fue la primera cosa que hizo al llegar, lo hizo incluso antes de dejar su equipaje en la habitación del hotel de la Calle Princesa.

- Como ya sé que no querías venir a Barcelona en todo el verano, iba a esperar a septiembre para hacerte una propuesta – le dijo Roser sin preámbulos, en cuanto Elisa tomó asiento en aquel restaurante de la *Rambla de Catalunya* en el que habían quedado a mediodía. – Es una buena propuesta – continuó diciendo, - una propuesta magnífica. Y quiero que te la pienses bien, Elisa. Me decepcionaría mucho que la rechazaras, sin haber hecho al menos un pequeño esfuerzo por valorarla en su justa medida.

El motivo por el cual su jefa le había citado ese día, no era otro que el de proponerle un empleo fijo en la revista, nada menos que como directora de fotografía de la misma. Cada imagen que se publicara en ella, tendría que pasar antes por su filtro y obtener su aprobación y su visto bueno.

El trabajo era a todas luces apasionante, y el sueldo, acorde con un cargo de semejantes características en una revista de tirada nacional. Y aquello era para pensárselo muy seriamente, sin lugar a dudas. Nunca jamás en su vida, Elisa habría soñado con alcanzar semejante estatus profesional.

Pero si se decidía a ocupar aquel puesto, tendría que vivir en Barcelona definitivamente. Eso, por descontado.

¿Y ahora? ¿Qué iba a hacer ella?

Durante los días posteriores, se había estado devanando los sesos con aquella cuestión. Y no fue hasta que estuvo debajo de ese árbol, que se dio cuenta de que, en realidad, ya tenía tomada su decisión. En lo más profundo de su ser, supo que había estado dispuesta a aceptar aquel trabajo, desde el mismísimo instante en el que Roser se lo había ofrecido.

Los sucesos de aquella trágica semana le habían ayudado a ver las cosas con claridad. Desde el fatídico lunes pasado – y su terrible desenlace posterior, - ella sentía que una parte de sí misma se había marchado y que no regresaría nunca jamás. Que ya no volvería a ser la misma persona de antes. La repentina pérdida de Jon le había mostrado una realidad que tenía delante, y que ella nunca se había parado a observar.

Le había enseñado que la vida que uno desea está ahí mismo, al alcance de la mano,

y que muchas veces, por cobardía o por un erróneo sentido de la culpa o la responsabilidad, no se acaba de dar ese indispensable paso al frente que permite alcanzar lo que se desea.

Que siempre parece que habrá un mañana, una nueva oportunidad para replantearse las cosas, para ser valiente y para tomar esas decisiones difíciles que se suelen aplazar, a la espera de que llegue ese momento propicio que hará que los acontecimientos se desarrollen de manera ideal.

Y que a veces, ese mañana nunca acaba de llegar. O simplemente, no existe.

Y la vida, de repente, se acaba.

Jon se había marchado. Definitivamente. Y para bien o para mal, lo que había alcanzado a vivir y a experimentar durante aquellos escasos años que le fueron concedidos, era lo que se llevaba consigo.

Elisa no quería continuar interpretando el papel que otros habían diseñado para ella.

*“¿Vas a seguir viviendo toda la vida junto a un marido al que ya no quieres?”*

En su último encuentro, Jon le había hablado con total sinceridad. Y ahora, sus palabras resonaban dentro de su cabeza con absoluta nitidez.

Decidió que era el momento de dar ese paso adelante, porque si no se lanzaba a hacerlo de una vez por todas, tal vez los años acabarían pasando frente a sus ojos a toda velocidad, y al final llegaría el día en el que sería demasiado tarde para ella.

Y ya había tenido que hacer demasiadas renunciadas en su vida.

Por mantener en pie la falsa apariencia de su matrimonio, había llegado al extremo de sacrificar el amor que sentía por Gorka. Por indecisión. Por cobardía. Por no atreverse nunca a afrontar el hecho de que realmente estaba enamorada de él. Y más aún, por no haberse reconocido a sí misma que tenía todo el derecho del mundo a estarlo, en lugar de albergar tantos sentimientos de culpa en su interior.

Y Gorka había acabado marchándose.

Y desde entonces, ella le había responsabilizado a él del fracaso de su relación.

Cuando en realidad, se daba cuenta de que era ella la que había cometido un grandísimo error.

No había sido valiente. En lugar de eso, había tratado por todos los medios de mantener aquella historia de amor en la clandestinidad, como si ésta no hubiera sido lo suficientemente buena como para habérsela mostrado abiertamente al mundo entero.

Primero había perdido a Gorka, y aquello resultó ser terriblemente doloroso para ella.

Y después, había perdido a Jon...

Y su corazón se había acabado de desgarrar por completo.

Ya no estaba dispuesta a perder nada más. Resolvió que quería vivir sin yugos ni imposiciones, sin sentimientos de culpa ni resquemores. Quería ser feliz. E iba a luchar por ello, con todas sus fuerzas.

Al llegar a casa, estaba dispuesta a anunciarle a Pablo que le dejaba. Que su matrimonio había terminado para siempre. Y que June y ella se marcharían a vivir a Barcelona, nada más comenzar el mes de septiembre.

Sabía que ese momento iba a ser horrible, Elisa era sumamente consciente de ello. Por delante le esperaba un verano de auténtica pesadilla, que transcurriría entre continuas discusiones, reproches y amenazas que Pablo le dirigiría con intención de amedrentarla y de socavar su férrea determinación, sin ninguna duda.

Y más tarde, cuando él comprendiera al fin que la decisión de ella era firme e irrevocable, y lo diera todo por perdido, probablemente se derrumbaría y le suplicaría que no lo abandonara. Y entonces, Elisa tendría que enfrentarse al momento más insoportablemente doloroso de cuantos se iban a suceder, en el que necesitaría mantener la mente fría y hacer acopio de todo su aplomo para no venirse abajo y claudicar.

Y en último lugar vendría la negociación, que sería extremadamente dura. Seguro que Pablo decidía vengarse de ella, tratando de imponerle las peores cláusulas posibles a su demanda de divorcio.

Pero ya daba igual. La decisión estaba tomada, y ella sería fuerte. Haría frente a todo lo que pudiera venir, con tal de obtener su tan ansiada libertad.

Y June comenzaría una nueva vida en Barcelona junto a ella. Y sería feliz, entre otras muchas cosas, porque sabría que su madre también lo iba a ser. Que sería un buen ejemplo para ella. Y que no volvería a esconderse nunca más.

-----

## XVII

Elisa tiró los restos de su sándwich a la papelera más cercana y caminó hasta su coche con paso resuelto. Giró la llave de contacto y se reincorporó de nuevo al flujo de tráfico que circulaba en aquellos momentos por la autopista, y que a medida que se aproximaba a Zaragoza se volvía a intensificar.

Pero a ella le daba igual. De cualquier forma, su propio camino se estaba empezando a despejar.

Encendió el reproductor de música. Sonaban *Los Planetas* y su *Espíritu Olímpico*, y

al instante, se dejó llevar por las buenas vibraciones que transmitía aquella alegre y pegadiza melodía, cargada de referencias a la tradición andaluza.

*“Aunque tengas más amores  
que flores tiene un almendro,  
ninguno de ellos te quiere  
como yo te estoy queriendo.”*

Y de repente, se dio cuenta de que a pesar de todo lo que se le venía encima al llegar a casa, estaba tranquila.

*“Ninguno podrá quererte  
como yo te estoy queriendo.”*

Que no sentía ningún miedo.

*“Tus ojos y los míos se han enredado  
como zarzamoras en el vallado.  
Y al mar por ser profundo se van los ríos,  
detrás de tus ojos, se han ido los míos.”*

Y aunque aquello pareciera una locura, sentía que no estaba sola, que con ella viajaba algún tipo de fuerza invisible y poderosa que la protegía...

*“A donde quiera que vaya  
parece que te estoy viendo,  
es la sombra de tu amor, que me viene persiguiendo.”*

... y que le daba fuerzas para seguir adelante...

*“La sombra de tu cariño, que me viene persiguiendo.”*

... y para no volver a rendirse, nunca más.

*“Me senté a la vera tuya  
y se me quitó la pena,  
se me quitó la amargura.”*

Y por primera vez en mucho tiempo, se dio cuenta de que sentía francamente

orgullosa de sí misma.

*“Solos tú y yo, solos tú y yo.*

*Solos tú y yo, solos tú y yo.*

*Solos tú y yo, solos tú y yo.*

*Solos tú y yo...”*



**Gorka.**

***Regreso a Washington, mañana del sábado 16 de julio de 2016.***

## I

No había podido conciliar el sueño desde que Elisa abandonara su habitación aquella madrugada. Ella se había marchado precipitadamente, al igual que lo hiciera siete meses antes, en vísperas de las odiosas Navidades pasadas.

Y al marcharse, estaba muy enfadada con él. Exactamente igual que la vez anterior. La escena se repetía de nuevo y seguía el mismo guion, como si ellos dos estuvieran atrapados en un tortuoso bucle de tiempo, del que fuera completamente imposible escapar.

Y en aquella tragicomedia que ambos acostumbraban a representar, ella siempre acababa interpretando el papel de la dama ofendida, la que se marcha muy dignamente abandonando al pérfido amante a su suerte, y dando un portazo al salir. Y aquello no era justo. No lo era, en absoluto. Porque si alguien se había ganado a pulso el derecho a sentirse utilizado en aquella relación, estaba claro que ése era precisamente él.

En cuanto Elisa se marchó, Gorka se sintió completamente hundido. Parecía que las cuatro paredes de aquella habitación estaban a punto de venírsele encima. Se llevó las manos a la cabeza y se apartó el cabello que le caía sobre el rostro, echándoselo hacia atrás. No podía creer que aquello estuviera sucediendo una vez más. Era como un mal sueño, una auténtica pesadilla de la que no se vislumbraba el momento de despertar.

Cogió su ordenador portátil del escritorio y lo puso encima de la cama, tumbándose junto a él. A su lado aún se distinguían las formas de Elisa, modeladas sobre las sábanas. Gorka las acarició suavemente con la mano. El calor que minutos antes desprendía su suave piel, se había disipado por completo. Y donde hacía escasamente una hora se concentraba la temperatura bajo el continuo roce de sus encendidos cuerpos, ahora solo quedaba una superficie de tela arrugada, fría e inhóspita, en una cama completamente deshecha.

Ella no le había dejado nada.

Lo único que no había podido llevarse consigo, era el casi imperceptible rastro de

su irresistible olor...

De repente, a Gorka le desagradó profundamente verse a sí mismo en aquella habitación de hotel, que ahora se le antojaba impersonal y vacía, demasiado grande para alguien que estuviera solo. Tan solo como lo estaba él.

Sentía que la rabia y la impotencia iban creciendo en su interior. Acababa de sufrir una nueva burla del destino, y estaba sumamente cabreado por ello.

Se quedó mirando la pantalla del ordenador, que le seguía bombardeando con aquella potente luz como si quisiera darle a entender que sus sentimientos le eran absolutamente indiferentes. El silencio le abrumaba.

Abrió *Spotify*. El último grupo al que había estado escuchando el día anterior era *Lori Meyers*. Bueno. Aquello le iría bien. No estaba de más poner algo que tuviera ritmo, y que le ayudara a expulsar toda su rabia y a digerir su creciente mal humor.

Pero estaba visto que ni con eso iba a tener suerte aquel día.

Pulsó el *Play* en modo aleatorio y, en lugar de aparecer un tema con una vibrante melodía, comenzó a sonar uno muy lento: *Deshielo*.

*“No quiso entrar en calor*

*nuestro amor bajo cero.*

*No habrá un “siempre” para los dos,*

*al final de este invierno...”*

Gorka sacudió la cabeza, tremendamente disgustado. Lo suyo con Elisa se podría resumir en un puñado de encuentros fortuitos y de amargos desencuentros, sin posibilidad alguna de solución.

*“No habrá nada que conservar,*

*no habrá olvidos ni recuerdos,*

*el río los arrastrará*

*cuando llegue el deshielo.”*

Un cúmulo de acercamientos que se producían inevitablemente a destiempo, sin que los dos desafortunados protagonistas de aquella triste historia logran sincronizar jamás sus vidas, y convertir su tormentosa relación en algo estable y duradero.

*“Y cómo decir que aún hay más,*

*y cómo decirte que te quiero,*

*y ser sincero.”*

Estaban destinados al más absoluto y rotundo de los fracasos, y aquello parecía ser completamente irremediable.

*“Y cómo decirte que te quiero,  
y ser sincero.”*

Y ni siquiera todo el amor que él sentía por ella, podría salvarles. Ni siquiera eso era suficiente.

No era suficiente.

*“Y cómo decir que aún te quiero,  
y ser sincero,  
y ser sincero...”*

Cerró *Spotify*, bajó la tapa del ordenador y lo apartó bruscamente con el pie. Se acostó boca arriba sobre la almohada y cerró los ojos. Un hondo suspiro se escapó de su boca.

Oh, por qué tenían que ocurrir las cosas siempre de aquella manera...

Aunque en el fondo de su ser, era muy consciente de que no todo lo había hecho bien. Sabía que no había estado lo suficientemente alerta como para aprovechar las oportunidades que tantas veces se le presentaron a lo largo de los años, permitiendo que éstas se le escaparan una a una como arena entre los dedos. Y a pesar de haber formado parte de la vida de Elisa desde siempre, lo cierto era que solo había irrumpido con fuerza en ella cuando ya era demasiado tarde. Y eso era culpa enteramente suya, y no podía tratar de consolarse achacándole la responsabilidad a los designios de su fatídico destino, tenía que admitirlo.

Pero ya de poco servían las lamentaciones. Por el simple hecho de reconocer sus múltiples equivocaciones, los errores del pasado no se iban a enmendar solos.

Pensó amargamente que si se le concediera la oportunidad de revivir ciertas etapas de su vida de nuevo, con la experiencia que le proporcionaba ahora el gran bagaje de fracasos que llevaba a sus espaldas, intentaría hacer las cosas de otra manera. Esta vez, incluso, puede que hasta fuera capaz de hacerlas bien.

Para empezar, en el terreno sentimental, nunca más se permitiría el lujo de esperar a que los acontecimientos se desarrollaran por sí mismos. Por el contrario, se atrevería a intervenir a tiempo sin dejarse amedrentar por los riesgos que ello pudiera conllevar.

Pero lo cierto era que la vida no acostumbraba a conceder esas tan deseadas segundas oportunidades con efecto retroactivo. Lo único que podía hacer él a partir de ese momento, era esforzarse en tomar las decisiones correctas en el futuro, eligiendo

aquello que realmente le dictara su corazón.

Había descubierto que no le importaban nada las consecuencias.

Y que estaba en un momento de su vida en el que ya le daba todo igual.

---

## II

Mientras esperaba pacientemente en la sala de embarque del aeropuerto de *El Prat* a que anunciaran su vuelo, Gorka chequeó su ordenador portátil.

Durante la mayor parte de la noche, y a falta de sueño, se había dedicado a recopilar toda la información que circulaba en la red acerca del nuevo golpe de estado que había sufrido Turquía, y a seguir puntualmente los acontecimientos.

Aquella situación había evolucionado con rapidez en el transcurso de las horas. Dado el masivo rechazo que mostraron los ciudadanos frente al levantamiento militar, con la multitud manifestándose en las calles y oponiéndose a la presencia de los tanques desde el primer momento, la revuelta se había sofocado de inmediato y el golpe había fracasado por completo, apagándose casi con la misma velocidad con la que se había iniciado.

No obstante, aquello traería importantes consecuencias. Era probable que el gobierno de Erdogan aprovechara para iniciar una masiva campaña de represión y purga contra los sublevados, y ante semejante perspectiva, la reacción de Washington no se haría esperar.

Washington... Gorka solo llevaba fuera unos pocos días, y sin embargo, ya lo sentía tremendamente lejano, como si hiciera años que no ponía sus pies en aquel lugar.

Nancy le había llamado temprano por la mañana. Para ella era de madrugada, y venía de tomar unas copas con sus amigas. Se puso contentísima en cuanto supo que él estaba a punto de regresar. Le prometió que le iría a buscar sin falta al aeropuerto, y le aseguró que no veía el momento de poder abrazarlo de nuevo. Al poco tiempo volvió a llamarle, esta vez con una sorpresa que pretendía haber guardado para el momento de su llegada, pero que al final decidió revelarle antes porque no se supo contener: aquella tarde había hablado con sus padres y les había prometido que, en el caso de que Gorka regresara pronto, ese mismo fin de semana irían a visitarles. De modo que, si su avión era puntual y se daban prisa, estarían a tiempo de presentarse en Filadelfia antes incluso de la hora de comer.

Sabía que tenía que habérselo consultado a él antes de aceptar, pero le confesó que

sus padres se morían de ganas por conocer a aquel novio suyo tan sumamente increíble, y por el que su hija había perdido completamente la cabeza. Y que ella, viéndolos tan ilusionados, no había tenido el valor de contrariarlos.

Gorka cerró los ojos y los apretó con fuerza, tratando de concentrarse en el tranquilizante sonido de su propia respiración. Estando como estaba a más de seis mil kilómetros de distancia de Nancy, su voz le resultaba tan extrañamente ajena y distante como si llevara varios años sin oírla, como si formara parte de un período extinguido de su vida, del que ya hubiera pasado página hacía tiempo.

Nancy era una chica estupenda. Y se merecía lo mejor.

Y tendría que tener a su lado a un hombre que fuera digno de ella. Alguien que estuviera dispuesto a conocer a sus padres, y que se muriera de ganas por demostrarles que era merecedor del amor de su preciosa y adorable hija. Eso, en lugar de conformarse con un tipo como él, al que la sola idea de tener que enfrentarse a aquella prueba de fuego le generaba tal sensación de malestar y tan profundo desasosiego, que le estaban entrando unas enormes ganas de perder aquel avión y de no regresar jamás.

Y de no volver...

Decidió que nada más aterrizar en Washington, hablaría muy seriamente con ella. Que le explicaría la verdad. Y que le diría que ella habría de aspirar a alguien que le consiguiera el sol y la luna, y que le bajara las estrellas. Y le haría saber que él, por su parte, estaba muy lejos de poder ofrecerle nada de todo aquello. Regresaba con las manos vacías de esperanza y el corazón tan maltrecho y parcheado, que ya no podría volver a albergar más amor en su interior, por mucho que él lo pretendiera.

Tendría que cortar con Nancy. Y devolverle su libertad, para que pudiera encontrar a una persona que le hiciera feliz. Aquello era, sin duda, lo mejor que podría hacer por ella.

Miró el cielo a través de las cristaleras de la terminal. Desde donde él se encontraba, ya no se podía aspirar aquel intenso olor que provenía del mar y que tanto le hacía sentir que había regresado al hogar. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a olerlo de nuevo, y aquella certeza le produjo una enorme tristeza y una profunda desazón.

Se sentía tremendamente cansado, como si cada pequeño paso que diera, requiriera por su parte de un esfuerzo descomunal.

Y no sabía si era debido al estrés acumulado, al hastío que le provocaban los encontronazos con Elisa, o al terrible dolor que sentía por la pérdida de Jon, pero lo cierto era que, por momentos, le estaba invadiendo una intensa sensación de melancolía.

Le dolía el alma al marchar.

Todavía estaba a tiempo de hacer una última llamada antes de embarcar.

- Hola Andreu, buenos días, ¿te he despertado? – preguntó Gorka, nada más escuchar cómo su jefe descolgaba el teléfono.

Al otro lado, un somnoliento Balcells le respondió lanzándole una especie de gruñido sordo.

- No, tranquilo – añadió acto seguido el hombre, en cuanto se hubo despejado mínimamente. – Es que esta noche he dormido muy poco con el asunto de Turquía. Parece ser que ya se ha acabado, me refiero a lo del golpe, claro está... Veremos ahora qué sucede...

- Andreu, quiero hablarte acerca de un asunto – dijo Gorka, adoptando un tono de voz más serio. - Se trata de una cuestión de suma importancia para mí.

Gorka tomó aire. Volvió a observar ese cielo tan extraordinariamente azul, aquél que envolvía la ciudad que le había adoptado con los brazos abiertos muchísimos años atrás, y que él llevaba dentro como suya. El lugar donde había vivido gran parte de su vida y donde guardaba escondidos con celo sus recuerdos más hermosos.

Y también, los más dolorosos.

Y en aquellos momentos, sintió unas ganas irrefrenables de abandonar aquella terminal y de regresar a su barrio de *Gràcia* para no volver a salir nunca más. De repente, era plenamente consciente de que era allí donde quería vivir durante el resto de su vida. Allí, y no en otro lugar, donde le gustaría pasar lo que le quedara de su existencia.

Se había cansado de huir.

Y estaba dispuesto a no volver a hacerlo jamás.

- Andreu, me gustaría volver – dijo Gorka, al fin. – Echo de menos Barcelona. Quiero pedirte que me devuelvas a mi antiguo puesto en la redacción, y que me pongas a trabajar contigo de nuevo.

- Pero Gorka, yo... - dudó Andreu, pensativo. – Sabes de sobra lo mucho que te necesito en Washington. La labor que estás realizando es absolutamente imprescindible para nosotros, y...

- Me quedaré hasta noviembre – le prometió Gorka, interrumpiéndole. – No abandonaré hasta que se celebren las elecciones presidenciales. ¡Te aseguro que me convertiré en la sombra de ambos candidatos! ¡Perseguiré a Trump como si fuera un perro sabueso! ¡Averiguaré quién es su peluquero, te serviré en bandeja la marca de su bronceador color zanahoria! ¡Todo!

Al otro lado del teléfono, Gorka pudo escuchar cómo Andreu se reía, divertido con el comentario.

- ¡Trabajaré día y noche, tú sabes bien de lo que soy capaz! – continuó Gorka, ya hablando en serio.

Acto seguido hizo una pausa, tratando de dar un respiro a Balcells para que éste pudiera reflexionar.

– Pero por favor – prosiguió, - cuando todo esto se acabe, déjame regresar. No tendrás ningún problema para sustituirme, sé que hay compañeros míos que están deseando ocupar mi lugar en Washington.

- Sí, Gorka, ya lo sé. Pero no hay ninguno que tenga tu valía... - replicó Balcells, y Gorka recibió aquel elogio como si se tratara de un castigo.

- Sí, sí los hay, Andreu, ya verás. Dales una oportunidad y te sorprenderán. Nadie es imprescindible, y yo no soy una excepción...

Se hizo un silencio que apenas duró unos segundos, y aun así, a Gorka le pareció que transcurría una eternidad. Balcells estaba sopesando su proposición, y aquel halo de suspense que se estaba creando a su alrededor le resultaba totalmente insoportable.

- Sabes que no te puedo ofrecer el mismo sueldo aquí, que el que tienes en Washington, ¿verdad? – dijo al fin. - Tus ingresos se reducirían considerablemente...

- ¡Oh, Andreu, no me importa! – exclamó Gorka. - ¡Eso me da igual, yo solo quiero volver!

- Vaya... Pues sí que te han afectado estos días que has pasado en Barcelona, sí... - se sorprendió Balcells. – Entiendo que ha debido de ser una experiencia muy dura...

- Puedes apostar a que lo ha sido, sí – reconoció Gorka. – Sin ninguna duda.

- Está bien – resolvió Balcells, poniendo fin a aquella incertidumbre. – Si eso es lo que quieres... Te traeré de regreso.

- ¡Oh, gracias Andreu! ¡No sabes cuánto te lo agradezco! – exclamó Gorka, exultante.

- No me lo agradezcas tanto, que no lo hago solo por ti – replicó Balcells, con sorna.

- Bien pensado, a mí también me conviene tenerte a mi lado, así que todos ganamos.

Y por primera vez en muchos días, Gorka se dio cuenta de que estaba realmente contento.

- ¡Genial! ¡Haré que te alegres de haber tomado esa decisión, ya lo verás!

- Tú preocúpate de hacerme un buen seguimiento de campaña este otoño – apuntó Balcells. - Y para mediados de noviembre, te garantizo que estarás aquí de vuelta.

Una voz femenina anunciaba por megafonía la inminente apertura de las puertas de embarque del vuelo con destino al aeropuerto de *Washington- Dulles*.

Gorka se despidió de Andreu, - no sin antes agradecerle efusiva y reiteradamente el hecho de que hubiera aceptado su propuesta, - y colgó la llamada.

Cerró su portátil y lo introdujo en su funda. Se levantó y ocupó su puesto en la fila que se estaba empezando a formar delante del mostrador, situado junto a las puertas de

embarque. Se puso sus auriculares y volvió a conectar *Spotify*. *Lori Meyers* sonaron de nuevo.

*“Dime, mi amor,  
nos falta pista de baile  
para bailar... tu canción...”* (¿Aha han vuelto?)

Parecía que, al fin, el enorme cansancio que llevaba arrastrando durante toda aquella semana, se estaba empezando a esfumar.

*“Nos falta pista de baile  
para bailar... tu canción...”*

Como por arte de magia.



***Irene.***

***Sant Cugat, mañana del domingo 17 de julio de 2016.***

## I

Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ello, así que se armó de valor y abrió las puertas del armario en el que Jon guardaba su ropa. Acto seguido, hizo lo que no se había atrevido a hacer en toda la semana.

Se quedó mirando el interior.

Allí reposaban sus camisas, recién planchadas. Sus trajes de trabajo colgaban de las perchas. También estaban sus vaqueros, y su ropa informal. Las camisetas que solía comprar en los conciertos a los que acudía asiduamente, estaban apiladas en su correspondiente balda, donde él tenía por costumbre colocarlas...

Aquel armario era un libro abierto. El libro de una vida. E Irene no tenía fuerzas para enfrentarse a él. No, al menos, por el momento. Tendría que ir dando pequeños pasos. Cada día. Y poco a poco.

Volvió a cerrar las puertas y lanzó un hondo suspiro. Acarició con ternura la superficie de aquel armario, como si ese pequeño gesto suyo pudiera traspasar la madera y llegar hasta Jon, llevando consigo todo el amor que ella albergaba para él en su corazón.

Sobre la mesita de noche descansaba el que fuera su teléfono móvil. Se lo habían devuelto a ella el martes por la mañana en el hospital, poco tiempo después de que procedieran a desconectar a su marido. Al hacerle la entrega, la enfermera le había dado una ligera palmadita de ánimo en el hombro. Pero no llegó a mirarla a los ojos.

Se lo dieron junto con el resto de pertenencias de Jon, todo ello metido dentro de una sencilla bolsa de plástico esterilizada y atada con un nudo. Y ella la había depositado en un rincón de su dormitorio, que hasta entonces había sido el de ambos, sin atreverse siquiera a mirar qué contenía en su interior. No fue hasta aquella misma mañana, que sacó fuerzas de flaqueza para abrirla. Y entonces, lo encontró.

Llevaba toda la semana tan aturdida, que ni siquiera lo había echado en falta. Y eso que, por descontado, los datos que se guardan en el teléfono móvil del cónyuge, son lo primerísimo que chequearía cualquier desconfiada esposa que sospechara de las infidelidades de éste. Pero algo así, a Irene, ni siquiera se le había pasado por la

cabeza. Vaya pedazo de detective que estaba hecha.

Nada más encenderlo, lo primero que hizo fue consultar el registro de llamadas. Quería descubrir quién había telefoneado a Jon hasta en dos ocasiones, la tarde de aquel fatídico domingo de la semana anterior.

En ambos casos figuraba el mismo nombre: “Mat”.

Aquello era muy extraño. Desde luego, ella nunca se lo había escuchado a Jon antes, ni conocía a nadie que se llamara así. A la fuerza, tenía que tratarse de una abreviatura o de una palabra en clave, de eso estaba completamente segura.

Y no era el teléfono de Elisa.

Eso también le quedó claro, porque fue lo que comprobó a continuación. Y es que, a pesar de lo que Gorka le había contado acerca de su relación con ella, y a pesar de que, sin duda alguna, Irene le había creído, no pudo evitar la tentación de cerciorarse por sí misma de que, efectivamente, bajo aquel seudónimo misterioso no se ocultaba, en realidad, la que era su ex amiga y principal sospechosa de ser la amante de Jon.

Buscó el teléfono de Elisa en la lista de contactos y allí lo encontró, sin ninguna dificultad. Aparecía registrado con su auténtico nombre, sin trampas ni misterios de ninguna clase. Jon no había intentado esconderlo bajo ningunas siglas.

Irene ya estaba convencida al cien por cien de que Mat era otra persona.

Y una vez que hubo comprobado lo que realmente le inquietaba, no pudo seguir mirando. Hurgar en las pertenencias más íntimas y privadas de Jon, le estaba causando un inmenso dolor. Decidió volver a dejar el teléfono sobre la mesilla. Ya tendría tiempo de seguir rebuscando en él más adelante. Al fin y al cabo, disponía de toda una vida para hacerlo.

Descendió las escaleras que conducían hasta la planta baja. Necesitaba tomarse un café bien cargado.

El silbido de la cafetera comenzó a resonar en aquella cocina vacía y silenciosa.

Toda la casa se encontraba extrañamente vacía. Sorprendentemente silenciosa.

Era la primera vez desde la muerte de Jon, que Irene se quedaba completamente sola.

-----

## II

Sus padres se habían marchado a toda prisa el viernes, nada más finalizar el acto

que había tenido lugar en Vallvidrera, en el que esparcieron las cenizas de Jon. Ambos eran de ese tipo de personas a las que, ya en condiciones normales, no les gusta nada ausentarse de su casa por más tiempo del que resulta estrictamente indispensable. No era de extrañar por tanto que en aquella ocasión, y dadas las trágicas circunstancias en las que se había producido su visita, estuvieran deseando emprender el regreso cuanto antes.

- Y que conste que nos hemos quedado hoy por respeto – le había dicho su madre al despedirse, con el motor del coche ya en marcha. – Pero la sola idea de tirar por ahí las cenizas de tu marido, me ha parecido absolutamente descabellada. Este domingo sin falta iré a hablar con el padre Pascual, para ver si puede oficiar un funeral por su alma como Dios manda.

- Haz lo que te dé la gana, mamá... – respondió ella, cansada de escuchar los reproches de su madre.

- Además, ya sabes que tu hermano Andoni no ha podido venir, con lo mucho que le quería él a Jon... Pero es que todo ha sido tan repentino... Y estoy segura de que muchísima gente en Vitoria querrá despedirse de él. Déjalo todo en mis manos, que yo lo organizo.

Carmen abrazó fuertemente a Irene, mientras la emoción se apoderaba de su rostro y hacía que las lágrimas brotaran de sus ojos. Se las secó rápidamente con el dorso de la mano, le dio dos enérgicos besos a su hija y se subió al coche, desapareciendo rápidamente calle abajo.

Irene se sintió liberada al ver a sus padres marchar. No cabía duda de que adoraba a su madre, pero la mujer era tan increíblemente intensa que, con solo una visita suya, conseguía dejarla completamente exhausta. Y en aquellos dolorosos momentos, ese agotamiento que le producía ya de por sí, se había multiplicado por mil.

Y por ese motivo, al tiempo que cerraba la puerta de su casa a sus espaldas, comenzaba también a sentir que al fin estaba recuperando su tan ansiada intimidad, algo que le empezaba a resultar completamente indispensable.

Sin embargo, su suegra era otra cosa. Con aquella mujer se podía hablar durante horas de cualquier tema, de una manera razonable y pausada, y ella siempre expondría su punto de vista respetando la opinión de los demás. Todo lo contrario de lo que pasaba con su madre, para la que todo era, o blanco, o negro, y no existían las gamas de grises. Y si su hija no opinaba igual que ella en un determinado asunto, lo cual era harto frecuente, la conversación se podía volver frenética y visceral, sin posibilidad alguna de acabar llevándola a buen término.

Atravesó la cocina y salió al jardín trasero. Allí estaba Teresa, ayudando a los niños a completar un puzle de elefantes de colores, el favorito de Marc. En cuanto ésta vio aparecer a Irene, dejó a los niños ocupados con aquella tarea y fue a su encuentro.

- He querido esperar a que se fueran tus padres para hablar un momento contigo a solas – le dijo Teresa.

- Claro, dime, ¿de qué se trata? – preguntó Irene, intrigada.

- Sabes que yo, durante toda esta semana, no he pedido nada para mí, ¿verdad? – continuó Teresa, e Irene asintió. – Pues ahora sí que quiero pedirte algo.

- Bueno, pues tú dirás...

- Quiero que me entregues una parte de las cenizas de mi hijo – pidió Teresa. – Quiero llevármelas a Vitoria. Y quiero que me dejes también llevarme a los niños conmigo.

-----

### III

Y cómo negarle nada a aquella mujer... Tenía todo el derecho del mundo a pedir lo que quisiera, de modo que Irene le dijo automáticamente que sí.

Aquella misma mañana de domingo, ella les había acompañado a los tres a la estación del ferrocarril de Sant Cugat, y allí se había despedido de ellos. Irene pensó que a sus hijos les vendría bien tomarse unas vacaciones, a sabiendas de que aquel verano iba a ser, con mucho, el más triste y amargo de sus cortas vidas.

Y en cuanto a ella...

Qué más daba.

A ella, ya no había nada que le viniera bien, en absoluto. Así que poco importaba cómo discurriera su verano. Hiciera lo que hiciese, iba a resultar igual de doloroso.

Pero estaba tan poco acostumbrada a no oír a los niños...

Y el sonido de la nada, invadía cada estancia y cada pequeño rincón de la casa.

Escuchando aquel extraño silencio, Irene se alegró de haber aceptado de buenas a primeras la petición de su suegra y de haberla dejado marchar, llevándose a los pequeños con ella. Si se lo hubiera pensado dos veces, probablemente no habría podido mostrarse tan generosa, porque lo cierto era que los estaba echando terriblemente de menos.

Se sentía total y absolutamente sola en aquella casa que, de repente, se había vuelto tan irreconocible para ella.

-----

## IV

El sonido del timbre vino a interrumpir sus pensamientos. Había alguien llamando en la calle, al otro lado de la valla del jardín delantero.

Irene salió al exterior, cruzó la escasa distancia que le separaba de la entrada, y abrió la verja metálica. Ella no esperaba a nadie, así que imaginó que, a aquellas horas, lo más probable era que se tratara de la vecina de al lado, aquélla que tan bien se había portado con ellos.

Pero se equivocaba. Y se sorprendió muchísimo al ver a aquella desconocida a la que descubrió tras la puerta.

Se trataba de una muchacha muy joven. Su piel era negra como el azabache y sus ojos, redondos y oscuros. La tristeza de su mirada delataba que había venido llorando por el camino. Iba vestida con unos pantalones vaqueros cortos y una sencilla camiseta, que le daban un aspecto casi infantil. A Irene le pareció que aquella criatura era muy hermosa, a la vez que frágil y vulnerable.

- ¿Sí? – preguntó Irene ante el mutismo de la chica, que estaba plantada delante de ella sin decir nada.

- ¿Tú eres Irene? – preguntó a su vez la joven, mirándola con timidez, y empleando para ello una vocecita que ponía en evidencia que era poco más que una niña.

- Sí, soy yo. ¿Y tú quién eres?

Irene, sorprendida, descubrió que la muchacha desprendía una fragancia fina y suave, con aromas de vainilla y caramelo, y un ligero toque de almizcle. Y comprendió entonces que aquella visita no era para nada casual.

La joven, que parecía esconder algo detrás de la espalda, le mostró tímidamente lo que ocultaba con tanto misterio. Se trataba de un pequeño ramillete de flores silvestres, que seguramente ella misma habría ido recogiendo por el camino. La chica estiró el brazo y se lo ofreció a Irene, al tiempo que comenzaba a sollozar. Y una gruesa lágrima, tan grande y redonda como sus ojos, comenzó a deslizarse por uno de sus tersos y marcados pómulos.

Irene cogió las flores que le ofrecían aquellas manos trémulas. La muchacha temblaba toda ella como si fuera una hoja expuesta al viento.

- Soy Mathilde – dijo ella al fin, con un hilillo de voz.

- Mat... Mathilde... - repitió Irene en voz baja, deteniéndose al pronunciar la primera sílaba de aquel nombre.

Y se quedó pensativa, contemplando a aquella jovencita de bellos rasgos y rostro

afligido. Era evidente que para aquella muchacha, ésa era una visita que no resultaba nada fácil de hacer, y desde el fondo de su alma, Irene agradeció que aun así, ella hubiera hecho el enorme esfuerzo de estar allí.

- He visto los periódicos... - continuó hablando Mathilde, entre lágrimas.- Me he enterado de que Jon... Yo... Lo siento mucho...

La joven no acertaba a expresarse con claridad, mientras sus palabras trataban de abrirse camino entre un mar de hipos y llantos entrecortados.

- Ven, Mathilde, pasa. Pondremos las flores en agua y charlaremos dentro. Acabo de preparar café – dijo entonces Irene.

Y apoyando cariñosamente su mano sobre la espalda de la joven, la invitó a entrar. Irene supo de inmediato que aquella muchacha tenía muchas cosas que contarle y que, gracias a ella, encontraría las respuestas a las múltiples incertidumbres que venían asaltándole durante los últimos días, y que tanto habían minado su confianza.

Y las dos se dispusieron a recorrer el corto sendero bordeado de azaleas que conducía a la entrada de la casa.

Y juntas, cruzaron el umbral.

***Teresa.***

***Vitoria-Gasteiz, tarde del domingo 17 de julio de 2016.***

## I

Era media tarde cuando Teresa y los niños se dispusieron a apearse del tren, en la estación de Vitoria-Gasteiz.

- Abuelita, déjame que te ayude – se ofreció Marc, haciendo un infructuoso esfuerzo por tratar de levantar un palmo del suelo aquella pesada maleta que llevaban.

No lo consiguió, y entonces comenzó a arrastrarla penosamente por el pasillo, camino de las angostas escaleras del vagón.

Teresa sonrió al verlo, y le revolvió cariñosamente el pelo con la mano en señal de agradecimiento, mientras él persistía en su empeño a pesar de las evidencias. Afortunadamente y como siempre solía suceder en esos casos, un amable viajero se prestó a echarles una mano.

Salieron los tres a la Calle Dato.

- Ya estamos en casa, chicos – anunció Teresa.

Y con tan solo decir estas palabras, notó cómo se encontraba mucho más tranquila y sosegada que al inicio de su viaje.

Había vuelto a su hogar, al lugar donde almacenaba los recuerdos que a partir de aquel momento se convertirían en el combustible que habría de alimentar su existencia.

Y ahora que había regresado, intentaría vivir tranquila durante el resto de sus días, con la soledad y la melancolía como inseparables compañeras de viaje.

En la calle, el ajetreo de la ciudad continuaba con su ritmo habitual. Todo seguía estando exactamente igual que cuando se marchó, como si nada hubiera cambiado.

Aunque para ella, en realidad, todo fuera distinto.

Teresa miró a los niños, que le cogían tiernamente de la mano y le sonreían con cariño. Y no pudo por menos que dar las gracias al destino por aquellos dos estupendos nietos que tenía. Y confió en que se le concedieran unos pocos años más de vida, lo justo para poder verlos crecer y disfrutar junto a ellos de su infancia, esa maravillosa etapa, única e irrepetible, en la que los abuelos se vuelven un aliado imprescindible, y juegan un papel tan entrañable en la vida de los niños, que éstos

nunca llegarán a olvidarlos cuando se conviertan en adultos.

Teresa les sonrió a su vez, y los tres se fundieron en un intenso y emotivo abrazo.

---

## II

Mientras tanto, no muy lejos de allí, en la Parroquia de San Vicente, una compungida Carmen trataba de convencer al Padre Pascual para que oficiara una ceremonia en recuerdo de su yerno.

Y al contrario de lo que Carmen se esperaba, el religioso no puso la menor objeción a su demanda, tranquilizando así a la buena señora, que temía que éste se negara a ello, al no haber dado cristiana sepultura al fallecido.

Y no muy lejos de allí, Marcos regresaba de disfrutar junto a su esposa Ane y a los niños, de un fabuloso día de excursión en familia. Habían cogido las bicicletas y se habían puesto a recorrer los bucólicos caminos que rodean el embalse de Ullibarri-Gamboa.

Él había tenido que desempolvar la suya, ya que hacía años que no la utilizaba. Pero aquélla era una ocasión muy especial. Se trataba nada menos que del primer domingo del resto de sus días, y decidió que a partir de ese momento no perdería la menor oportunidad de gozar de la compañía de los suyos, como si todas y cada una de aquellas horas compartidas fueran a ser las últimas. Y con cada pedaleada que daba, Marcos sentía cómo se llenaban sus pulmones con un nuevo soplo de vida.

Y no muy lejos de allí, en el Parque de la Florida, Ander acudía a su encuentro con Mikel, al que previamente había citado en una zona muy concurrida.

Los dos se vieron a lo lejos, se aproximaron el uno al otro, y en cuanto estuvieron frente a frente, sin mediar palabra, Ander se lanzó sobre los labios de Mikel y los besó apasionadamente, devorándolos con ansia y mostrando al hacerlo una total y absoluta desinhibición.

- Ander, para un poco, por favor, que nos está mirando todo el mundo... - acertó a decir Mikel, aprovechando un instante en el que ambos se detuvieron a recuperar el aliento.

Aquella espontánea y apasionada reacción de su amigo, le había pillado completamente desprevenido. Y hasta él, que nunca había tenido el menor reparo en mostrar su amor en público, se había sentido un poco cohibido.

Ander miró a su alrededor, y acto seguido le sonrió, pletórico.



- Pues que nos miren – dijo, fundiéndose de nuevo en otro húmedo y ardiente beso.

**Teresa.**

**Vitoria-Gasteiz, mañana del lunes 18 de julio de 2016.**

Aquella mañana se levantó soleada y calurosa en Vitoria-Gasteiz. Teresa vistió a los niños con ropa cómoda y zapatillas de deporte. Bien temprano, cogieron el autobús que les llevó hasta el barrio de Adurza, y desde allí se fueron caminando hasta las campas de Olarizu.

- ¡Recuerdo este lugar, abuelita! – exclamó Gala, en cuanto se vio ante aquella enorme explanada cubierta de un tupido césped. – ¡Aquí ya nos habías traído antes!

Teresa sonrió a su nieta y le acarició el rostro, satisfecha al comprobar que la niña tenía buena memoria.

- Efectivamente, cariño. La última vez que vinimos, fue a finales del verano pasado. En estas campas se organiza cada año una romería muy bonita. Y aquel gran edificio de piedra que ves allí enfrente, es la *Casa de la Dehesa*, ¿te acuerdas?

- ¡Recuerdo que nos compraste rosquillas de anís! Iban atravesadas por una rama de laurel, ¿verdad que sí?

- Sí tesoro mío, así es. Os he traído aquí desde que erais muy pequeños, y antes que a vosotros, solía traer a vuestro padre también. Éste es un lugar muy bonito para mí, lleno de recuerdos...

Y bajó la mirada, para evitar que la niña se percatara de la emoción que había en sus ojos.

La pequeña le miró, extrañada.

- Pero abuelita, hoy aquí no hay puestos de rosquillas, ni hay nada... Entonces, ¿para qué hemos venido?

- Hoy hemos venido por otro motivo, Gala. ¿Ves la cruz que se ve allá arriba, en lo alto de aquella colina? – dijo Teresa, y señaló la enorme escultura que coronaba la cima de un pequeño cerro, que asomaba justo detrás del extenso edificio de piedra que presidía las campas. Gala asintió. – Pues hasta allí vamos a subir nosotros tres. Y una vez estemos en lo alto, despediremos a tu padre.

La primera etapa del trayecto era la más sencilla, ya que discurría por un camino amplio y de pendiente moderada, y aun así, Teresa tuvo que hacer un gran esfuerzo por

recorrerlo a buen paso. Pero ya en la segunda parte comenzaba el ascenso propiamente dicho, y la senda resultaba agreste y pedregosa. En numerosas ocasiones, Teresa tuvo que ser auxiliada por sus nietos para conseguir salvar algún que otro recodo, en el que el trazado se volvía realmente abrupto.

- Abuelita, no sé si ésta es una buena idea, quizá deberíamos regresar... - propuso Gala, que empezaba a preocuparse ante las evidentes muestras de fatiga que mostraba su pobre abuela.

- No cariño, no. Tu abuelita va a subir a la cruz de Olarizu, ya verás – aseguró Teresa. – No te preocupes por mí, soy más fuerte de lo que te imaginas.

Se sentía agotada, y sin embargo, no estaba dispuesta a renunciar a ello, aunque para lograr su tan ansiado objetivo tuviera que emplear el resto del día.

Tardaron más de una hora en ascender a lo alto de aquel pequeño cerro pero, al final, y después de emplear toda su voluntad en ello, Teresa lo consiguió.

Nada más alcanzar la cima, se sentó penosamente en la base de piedra que se encontraba a los pies de la cruz, secándose el sudor de la frente con un pañuelo y sin parar de jadear. Mientras trataba de recuperar el aliento, echó un vistazo al paisaje.

Divisó los campos labrados que rodeaban la colina, la superficie que ocupaba el Jardín Botánico de Olarizu y, más allá, la ciudad que se desplegaba a sus pies, mostrando su cuidada geometría. Desde aquella distancia se distinguían sin problema los edificios más significativos. De los barrios nuevos, las cinco altas torres de Salburua llamaban la atención por su singular colorido y alineación, mientras que en la parte vieja, se apreciaban igualmente las características cuatro torres de los campanarios de las iglesias del Casco Antiguo. Y dejando atrás la llanura, al norte, los montes coronaban aquel espléndido paisaje.

Teresa respiró hondo.

Cerró los ojos.

Quería retener en su memoria todo aquello que acababa de contemplar. El esfuerzo que había realizado para subir hasta allí había sido inmenso, y era plenamente consciente de que no podría volver a hacerlo nunca más. Definitivamente, ésta sería su última vez.

Y por ello, quería llevarse con ella el recuerdo de cada instante vivido y de cada sensación percibida: de la imagen de la ciudad que se extendía allá a lo lejos, del sol que brillaba en lo alto... Hasta del suave viento que acariciaba su cara.

Y por supuesto, de sus preciosos nietos, para los que la subida a aquel cerro no había supuesto el menor esfuerzo. Lejos de cansarlos, parecía haberles dotado de un aporte extra de energía que les hacía corretear por todas partes, riendo y persiguiéndose sin parar alrededor de la planicie que conformaba la cima.

Había llegado el momento.

- ¡Venid aquí, chicos! – reclamó Teresa, y los niños acudieron de inmediato. – Vamos a decir adiós a papá, los tres juntos.

Teresa sacó de su bolso una funda de terciopelo negro. De su interior extrajo una pequeña cajita de plata profusamente labrada, y retiró la tapa.

Sobre las manos de ella, que sujetaban firmemente la caja, se posaron también dos manitas más pequeñas.

Con un leve giro de muñeca, entre los tres volcaron aquel pequeño recipiente y expusieron su contenido a merced del viento.

Durante unos instantes las cenizas danzaron ante sus ojos, movidas por las corrientes de aire que soplaban aparentemente en todas direcciones.

Después elevaron el vuelo, cada vez más distantes y dispersas.

Y finalmente, desaparecieron.

# Notas

***Black Lives Matter:*** Las Vidas Negras Importan. Movimiento político internacional que se originó dentro de la comunidad afroamericana y que realiza campañas contra la violencia hacia las personas negras. ([volver](#))

***Tocata***: programa musical para jóvenes emitido por Televisión Española entre 1983 y 1987. ([volver](#))

**Josep Pedrerol:** periodista catalán que presenta en televisión un conocido informativo deportivo especializado en fútbol. ([volver](#))



***Beltzak***: en euskera, los “negros”. Unidad antidisturbios de la Ertzaintza o policía autonómica del País Vasco. ([volver](#))

**Gargantua:** figura caricaturesca de un gigante enorme, típico de las fiestas populares del País Vasco. Los niños acceden por su boca y salen por la parte trasera, a través de un tobogán.[\(volver\)](#)

***Euskal Herria***: en euskera, País Vasco. ([volver](#))

***Gasteiztarra***: en euskera, relativo a Vitoria-Gasteiz. ([volver](#))

**Abertzale:** del movimiento político y social partidario del nacionalismo vasco. ([volver](#))

***Ikurriña***: bandera oficial del País Vasco. ([volver](#))

***Beltzak***: en euskera, los “negros”. Unidad antidisturbios de la Ertzaintza o policía autonómica del País Vasco. ([volver](#))

***Ertzaintza***: policía autonómica del País Vasco. ([volver](#))



***Kale borroka***: en euskera, pelea en las calles. ([volver](#))

***Euskaldun:*** en euskera, vasco parlante. ([volver](#))

***Aitormena***: en euskera, confesión. ([volver](#))

***Teletubbies***: personajes de un programa de televisión de la cadena británica BBC con contenidos orientados a los bebés y niños de edad preescolar. ([volver](#))

***Hang the Dj!***: ¡Ahorcad al Dj! Frase extraída del tema *Panic* de la banda británica *The Smiths*.

La canción se inspira en un incidente ocurrido en una emisora de radio, donde el Dj Steve Wright puso la canción *I'm Your Man*, de *Wham!*, inmediatamente después de dar la noticia sobre el desastre nuclear de Chernóbil. Es por ello que la banda, disgustada por la poca sensibilidad con la que Wright había tratado la noticia, incluyó en esta canción la siguiente estrofa:

*"Quemad la discoteca*

*Ahorcad al bendito DJ*

*Porque la música que ponen constantemente*

*no dice nada sobre mi vida*

*Ahorcad al bendito DJ"*

[\(volver\)](#)

**Agur:** en euskera, adiós. ([volver](#))

***Fleca***: en catalán, panadería. ([volver](#))

***Juego de tronos***: *Game of Thrones* en inglés, es una serie de televisión estadounidense de fantasía medieval, drama y aventuras, basada en la serie de novelas *Canción de hielo y fuego*, del escritor estadounidense George R. R. Martin, cuyo primer libro se titula *Juego de tronos*. El argumento principal se centra en las violentas luchas dinásticas entre varias familias nobles por el control del Trono de Hierro del continente de Poniente. ([volver](#))



# Agradecimientos

A Juan Lassalle (Ata) por su enorme creatividad, reflejada en esta ocasión en el diseño de la portada del libro.

A Iratxe, por prestarse a ser mi modelo sin protestar, y por esa buena predisposición suya para brindarme su ayuda siempre que la necesito.

A las doctoras Itziar Ozaeta y Carmen Castellanos por su sabio asesoramiento profesional, que espero haber sabido interpretar y emplear correctamente.

Al escritor y buen amigo Óscar Aragunde, por todos sus consejos y las estupendas ideas que me ha dado, y por ser uno de los primeros en leer el manuscrito y darme su opinión.

A Luis Ángel Apraiz, por el entusiasmo demostrado en la lectura de cada capítulo y por sus interesantes y motivadores comentarios posteriores, que yo esperaba cada día con auténtica impaciencia. Y por ser un apoyo imprescindible para mí y un acompañamiento fundamental en mi día a día, además de un referente al que acudo en busca de consejo cada vez con más frecuencia, a medida que avanzan los años.

A Ainhoa Dz. De Berrikano, Ane Agirre y Nerea Sevilla, por su amable lectura y por transmitirme unas increíbles buenas vibraciones con sus comentarios.

A Ainhoa Dz. De Berrikano, Ane Agirre, Lucía Bergareche, Maite Axpe, Nerea Sevilla y Silvia Arto, por los ánimos y por el apoyo que me han dado, espoleándome a seguir adelante en un momento crucial en el que realmente necesitaba un empujoncito. Y, novelas aparte, por estar siempre ahí. Siempre.

A Marina Elvira, por ser mi Elisa detrás de un *Renault 5*.

A Aitor Ortega, Álvaro Bárez, Andrés Madinabeitia, Carlos Dz. De Arcaya, Daniel Entrialgo, Iñigo Ibisate, Iñigo Resa, Javier Orive, Jon Aguinaco, Jorge de la Vega, Juan Castroviejo, Juan Lassalle, Luis Álvarez, Luis Ezpeleta, Mario Sádaba, Marcos Vila, Miguel Echávarri, Natxo Ibargoitia y Santiago Llorente, por ser una fuente inagotable

de inspiración.

A Elba Camacho, por escucharme.

A mis padres, por estar a mi lado y apoyarme en todas las decisiones que he ido tomando a lo largo de los años, por muy disparatadas que éstas pudieran parecer.

A Leyre, Uxue e Iratxe por su infinita paciencia conmigo, y por darme mucho más de lo que merezco.

A Dani. Por todo. No cabría en este libro.

-----